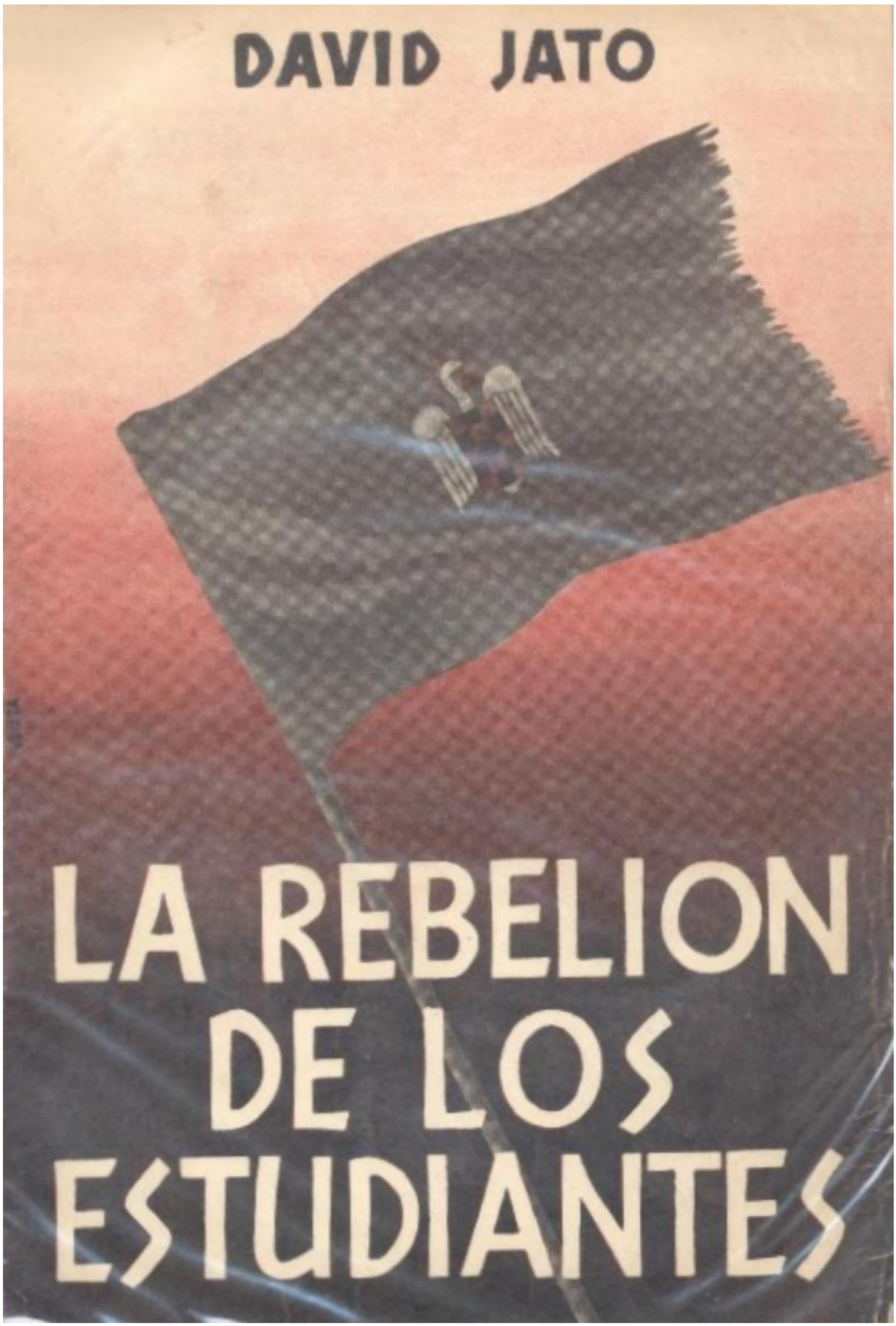
LA REBELION DE LOS ESTUDIANTES

DAVID JATO



Portada de la edición de 1953

DAVID JATO

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

MADRID
1975

Imp. ROMERO-REQUEJO, S. L. - Ardemáns, 63 - Madrid, 1975

A mis hijos Javier, David, Nuria, José Antonio, Verónica y Pablo.

ÍNDICE

PARANINFO 8

PRÓLOGO 10

CAPÍTULO I. INICIACIÓN (1898-1931) 11

- EUGENIO D'ORS 11
- UN REY ESTUDIANTE 11
- DOS ESTUDIANTES, MUERTOS POR LA FUERZA PUBLICA 14
- LA «BELLE EPOQUE» LIBERAL 16
- LOS ESTUDIANTES DERROTAN AL GOBIERNO 16
- CELTIBERISMO 18
- LOS INTELECTUALES EN EL RUEDO POLÍTICO 21
- ESPAÑA, PUZLE PARADÓJICO 22
- UN GRITO NUEVO: ¡VIVA RUSIA! 23
- «ME DUELE ESPAÑA» 25
- TOMAN CUERPO LAS ASOCIACIONES OFICIALES ESTUDIANTILES 27
- EL DESEADO CAMBIO 29
- LOS INTELECTUALES, CONTRA LA DICTADURA 29
- AYUNTAMIENTO DE MAESTROS Y ESCOLARES 31
- HECHOS SIN IDEOLOGÍA 32
- LA HUELGA UNIVERSITARIA DE 1929 35
- NORMALIDAD CONSTITUCIONAL 37
- DELENDA EST MONARCHIA 40
- LA FACULTAD DE MEDICINA, FORTÍN REVOLUCIONARIO 42
- LA REPÚBLICA DEL 14 DE ABRIL 44

CAPÍTULO II. PREPARATORIO: 1931-1933 46

- «LA CONQUISTA DEL ESTADO» 46
- «¡NO ES ESTO, NO ES ESTO!» 47
- JUNTA CASTELLANA DE ACTUACIÓN HISPÁNICA 48
- LAS JONS 49
- PRELUDIO PARA UNA GUERRA CIVIL 50
- LOS ESTUDIANTES CAMBIAN DE SIGNO 51
- ¿FASCISMO EN ESPAÑA? 53
- TERMINA EL ENSAYO POLÍTICO ATENEÍSTA 56

CAPÍTULO III. PRIMER CURSO: 1933-1934 58

- EL INSÓLITO MITIN DE LA COMEDIA 58
- FRANCISCANISMO 58
- FUNDACIÓN DEL S. E. U 59
- IDEAS DE PLATÓN A VEINTE CÉNTIMOS 60
- CALUMNIA, QUE ALGO QUEDA 61
- LA FUERZA COMO SAZÓN 62
- ASALTO A LA F. U. E. DE MEDICINA 63
- ASESINATO DE MATÍAS MONTERO 67
- SE UNEN FALANGE Y LAS J. O. N. S. 69
- EN DEFENSA DE LAS ASOCIACIONES PROFESIONALES ÚNICAS 70
- RESUELTA AVANZADA 71
- LA DECISIÓN DE LOS MAS JÓVENES 72
- IMAGINACIÓN Y MIMETISMO 72
- CARTA A UN ESTUDIANTE QUE SE QUEJA DE QUE «F. E.» NO ES DURO 73

- LA DIFÍCIL ALIANZA DE OBREROS Y ESTUDIANTES 74
- VIVIR EN PELIGRO 75
- CONSIGNA: NO BASTA LA PURA ACCIÓN 76
- LA COMPAÑÍA DE LOS INTELECTUALES 77
- EL ASESINATO DEL ESTUDIANTE CUELLAR ORIGINA LA PRIMERA REPRESALIA 78
- VACACIONES EN LAS CÁRCELES 80

CAPÍTULO IV. SEGUNDO CURSO: 1934-35 83

- PRIMER ACTO DE LA GUERRA CIVIL 83
- INDEPENDENCIA IDEOLÓGICA Y POLÍTICA 86
- CERCO DE POBREZA 87
- FARSA EN VARIOS ACTOS 88
- LA ESCISIÓN DE RAMIRO LEDESMA 88
- UNAMUNO, EN UN ACTO PÚBLICO FALANGISTA 91
- ESTÉTICA Y ESTILO 92
- SINDICATO POLÍTICO 93
- APARECEN «ARRIBA» Y «HAZ» 94
- EL DIALOGO DE LAS PISTOLAS 95
- DEBERES CON LA UNIVERSIDAD 96
- CERRANDO EL PASO A LA SUBVERSIÓN ROJA 98
- EL MITIN DEL CINE MADRID 99
- DISCURSOS DE ESTUDIANTES POR PUEBLOS Y CIUDADES 99
- SORDOS Y CIEGOS AL FUTURO 100
- UN CISNE SOBRE BANDERA NEGRA 101
- AISLAMIENTO INTERNACIONAL 102
- MIENTRAS ESPAÑA DUERME LA SIESTA 102

CAPÍTULO V. TERCER CURSO: 1935-36 104

- EL ESTRAPERLO 104
- CIERRE VIOLENTO DE LOCALES DE LA F. U. E. «A ESTUDIAR, A SUSPENDER Y AL JUZGADO» 104
- PRIMERA LÍNEA 106
- EL CONVENCIONALISMO DE IZQUIERDAS Y DERECHAS 108
- DE LA POESÍA A LA CANCIÓN 110
- ÉXITOS DEMOCRÁTICOS 110
- INTRUSISMO PROFESIONAL EXTRANJERO 111
- NUEVA POLÍTICA, NUEVA GENERACIÓN 112
- HUELGA NACIONAL CONTRA EL SEPARATISMO 114
- ESQUIVANDO LA CENSURA DE PRENSA 118
- «ELLOS, LOS DIPUTADOS; NOSOTROS, LOS MUERTOS» 118
- FRENTE ESTUDIANTIL 120
- CERCO DE SANGRE 121
- LA CÁRCEL, CUARTEL GENERAL 123
- LA VIOLENCIA COMO HÁBITO 125
- LA FALANGE, CLANDESTINA 127
- MOLA, DIRECTOR DEL ALZAMIENTO 131
- UN ESTUDIANTE ASESINA A CALVO SOTELO 132

CAPÍTULO VI - EXAMEN DE ESTADO: 1936-39 134

- 18 DE JULIO DE 1936 134
- LOS ESTUDIANTES, EN LOS CUARTELES 134
- LECCIONES DE BIEN MORIR 135
- LOS UNIVERSITARIOS, EN EL ALTO DE LOS LEONES 136

- LA VICTORIA SE PASA A LOS NACIONALES 138
- PASEOS, CHECAS Y SACAS 139
- INTENTOS PARA LIBERAR A JOSÉ ANTONIO 141
- EL ALCÁZAR DE TOLEDO 142
- LA POLÍTICA EN LAS DOS ZONAS 144
- EL CERCO DE OVIEDO 145
- EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID 147
- QUINTA COLUMNA 149
- EL INSÓLITO PROCESO DE JOSÉ ANTONIO 150
- ALFÉRECES PROVISIONALES 152
- LA TERCER FALANGE 153
- SEXTA COLUMNA 155
- EL ÉXODO DE LOS INTELECTUALES REPUBLICANOS 156
- LOCOS DEL CORAZÓN 159
- LA CENTURIA NAVARRA DEL S. E. U., EN LA CAMPAÑA DEL NORTE 159
- REACCIONES DEL EJERCITO ROJO 161
- ESCUADRILLA AZUL 163
- CLIMA DE RETAGUARDIA 163
- LEYENDA ANTES QUE CANAS 164
- TERUEL, EFÍMERA VICTORIA REPUBLICANA 165
- EL SILENCIO DE ORTEGA 166
- LA ZONA REPUBLICANA, PARTIDA EN DOS 167
- LA POLÍTICA, ARTE COMPLICADO 167
- NAVEGAR ES NECESARIO 168
- REPUNTA LA VIDA CULTURAL 168
- MILICIAS CLANDESTINAS 170
- BATALLA DEL EBRO 171
- LAS GUERRAS CIVILES HAN TERMINADO 172

CAPÍTULO VII. FIN DE CARRERA: 1939-1954 175

- ESQUIVANDO LA REALIDAD 175
- ENTRE LA REBELDÍA Y LA ESPERANZA 177
- FRENTE DE JUVENTUDES EN VERSIÓN ATENUADA 179
- LA DIVISIÓN AZUL 181
- DISPERSIÓN DE IMPULSOS 186
- DEL FUSIL A LA PLUMA 188
- EMBAJADORES EN EL INFIERNO 191
- LA OPOSICIÓN SE PRECIPITA 193
- PUENTE GENERACIONAL 195
- CON UN PRÍNCIPE ESTUDIANTE 196

EPÍLOGO EN TRES PARTES SOBRE EL «PODER ESTUDIANTIL» 198

- I. LA IMAGINACIÓN, CONTRA LA SOCIEDAD DE CONSUMO 198
- II. ESPAÑA NO ES DIFERENTE 201
- III. EL FUTURO ES DE OTROS 204

APÉNDICE 208

- UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA 208
- FUNDADORES DEL S.E.U. RELACIÓN COMPLEMENTARIA 210
- UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA ESTUDIANTES DE LAS PALMAS 211
- ESTUDIANTES DE SANTA CRUZ DE TENERIFE 212
- UNIVERSIDAD DE GRANADA 212
- UNIVERSIDAD DE OVIEDO 213
- UNIVERSIDAD DE SEVILLA 214

- FACULTAD DE DERECHO DE MADRID 215
- INGENIEROS AGRÓNOMOS (ESTUDIANTES ASESINADOS) 216
- CAÍDOS EN EL FRENTE 216
- UNIVERSIDAD DE SALAMANCA 217
- UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA 218
- FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID 218

PARANINFO

NOTAS SOBRE LA CUARTA EDICIÓN

Quienes sientan curiosidad por el futuro no encontrarán otros caminos para resolver el enigma que preguntando a las estrellas o buceando en el pasado. Si los hechos próximos nos llevan ostensiblemente de la mano, también los más alejados condicionan tercamente nuestro quehacer. Ponerse de espaldas a esta realidad conducirá a estériles aspavientos en el vacío.

Puede equivocarnos el alucinante desfile de logros científicos de los últimos años. En la mitad de este relato, 1933, ir a la Luna era una simple licencia poética. El siniestro hongo de la bomba atómica no figuraba ni como fantasía de los más pesimistas. Cambiar de corazón era un imposible, propio de fabricante de absurdos literarios. Inimaginable, la quiebra de la idea tradicional del tiempo al avanzarse con más rapidez que la sombra solar, y más poder recogerse en otros puntos del universo la vida ocurrida en la Tierra hace miles de años. La transmisión de imágenes por satélites; la curación casi mágica de multitud de enfermedades; la creación artificial de la vida se escapaban incluso a la inventiva de los más avanzados julioverniastas. ¿Y esa idea, aún vergonzante, de no considerar la muerte como inevitable? Ciertamente, los últimos cuarenta años son un puro vértigo.

Pero, si aplicamos como medida el hombre, el ritmo es muy distinto. ¿Por qué las cosas y las máquinas van más deprisa que sus creadores? Tal vez porque cada ser humano parte casi de cero, la experiencia de sus antecesores le sirve únicamente para seguir perfeccionando lo estrictamente material. Mientras, sigue repitiendo conceptos y expresando ideas con siglos de existencia. El espíritu del hombre, en lo que es perceptible, permanece inmutable.

De ahí que este libro alcance su cuarta edición, tras veintiún años de singladura, sin irreparables heridas del tiempo. Y lo renovado y ampliado nos hace volver a repetir con Antonio Machado que aun con distinta agua cantamos al mismo río. Y continúa siendo válido nuestro prólogo para la tercera edición, en el que decíamos, más o menos:

Cuando en 1953 aparece prematuramente «La rebelión de los estudiantes», lanzado al mar de las discusiones desde los desaparecidos astilleros literarios de Rafael García Serrano, recibió el reproche de albergar bajo un título sonoro una teoría desmesurada, pues los estudiantes —se decía— no eran capaces de influencia política reseñable y nunca pasarían de un romántico pelotón de vanguardia, objeto incitado más que incitador; en definitiva, un factor minúsculo en los forcejeos sociales.

Muy pocos entendieron el intento de hacerlos protagonistas de la accidentada vida celtibérica ni que fueran destacados del multitudinario estruendo de la guerra civil y de tantos apellidos militares cubiertos de prestigio. Por último, recordamos que los doctos sonrieron ante el ensayo de un relato histórico con visión estudiantil.

Por entonces, Herbert Marcuse, un profesor judío alemán, temprano desertor del marxismo militante, que había elegido como hogar los Estados Unidos, el país tecnificado hasta la saturación, carecía de renombre universal y se ocupaba en fijar las contradicciones tanto del capitalismo que disfrutaba como del socialismo. Ni él mismo podía imaginar, con su aversión a la violencia que llegaba hasta odiar al ruido, la explosión turbulenta de los universitarios, guiados por sus escritos. En cualquier caso, su texto desencadenante *One dimensional man* no había visto la luz. Los Cohn-Bendit, Rudi Dutschke o Tarik Ali apenas comenzaban su periplo escolar. Hasta 1967 no se publica el libro de Kai Hermann, con nuestro mismo título, *Die revolte der studenten*, y aún más tarde surge la consigna «Poder estudiantil».

Bajo el denominador común de «La rebelión de los estudiantes» aparecen libros en todos los idiomas: «Students Rebellion», de Charlton Th. Craig; «La revolte etudiante», de Jacques Sauvages. Y en nuestra propia lengua, en países hispanos: «La revolución de los estudiantes», J. A. Califano; Buenos Aires. También en Argentina se publica «La insurgencia estudiantil», recogiendo diversos estudios, entre ellos uno de Negro, «La revolución estudiantil». Título de sugestiva actualidad, por ello José María Llanos y Enrique Villar han traducido «La revolution in-trouvable», de Raymond Aron, como «La revolución estudiantil». Bajo la denominación «Rebellion der studenten» en Ham-burgo, se recopilan textos de Bergmann, Dutschke, Lefé-vre, Rabehl. Otro libro colectivo, «Die rebellischen studenten», con 14 autores bajo la dirección de Schocpps y Dannen-Mann, se publica en Munich.

Nuestra «rebelión», más un minucioso recuento histórico que un estudio crítico, es citada con frecuencia aquí y más allá de las fronteras. Algunos tan claramente enemigos con Southworth en «Antifalange», destacándolo en méritos. José Carlos Mainer, en su interesante, pero insuficiente, antología «Falange y literatura», dice de «La rebelión de los estudiantes» —elogios aparte— «crónicas de bravuconerías». Mientras no se modifique el diccionario de la Academia de la Lengua, tenemos que entender ha sido escrito ignorando escandalosamente su significado. ¿Acaso fueron sólo apariencia de valor los hechos que llevaron a la muerte a medio centenar de falangistas antes del 18 de julio? ¿Y también el Alcázar, Oviedo, la batalla del Ebro, o los cien episodios heroicos protagonizados por la División Azul? Raymond Carr, en «Spain, 1808-1939», certifica con nuestro libro la inquietud universitaria anterior al 18 de julio.

Con anterioridad a 1936, los universitarios enarbolan en España banderas rojas y también negras. Sienten con impaciencia el deseo de lograr un frente revolucionario con los obreros. Surge incontenible la tentación de la violencia, no estrictamente al servicio de los partidos políticos, y rechazan casi en bloque la sociedad circundante por injusta y alicorta.

Las «sentadas» universitarias, el sit-in que los estudiantes de Berkeley reivindican como propio, aparecen mencionados en los diarios españoles anteriores a 1931.

Relatar estos hechos es el objeto de las páginas que siguen, de las que se desprende la idea de que la Falange, imposible de desligar, en su pasado, del mundo universitario, sigue teniendo en los estudiantes la clave de sus posibilidades futuras. Como dice Christian Rudel, «puisque la Phalange se vent, et será, un mouvement de jeunes».[1]

Nuestro libro está escrito con eso que ahora llaman estilo triunfalista. Una aséptica versión, a buen seguro, obtendría la bendición de los entreguistas ,tipo humano dispuesto a dejar su razón en manos contrarias a los primeros reveses de la moda, pero disfrazar el pasado sería una estúpida cobardía. La generación que luchó generosamente en las calles y más tarde en la guerra no debe, para contar su historia, mojar la pluma en humildad franciscana, y quien lo intente será un hipócrita oportunista. Este punto de vista es compatible con la creencia de que verdades de entonces no lo son ya, cuando el dogmatismo resulta inservible en política.

El relato se prolonga en esta cuarta edición hasta más allá de esa fecha del regreso del «Semiramis» con los prisioneros de la División Azul, que cierra el ciclo épico de la generación del 36.

Ricardo de la Cierva, en el prólogo de su «Historia de la guerra civil española», nos pide una nueva edición.

Aquí está.

[1] La Phalange. París, 1972. 12

PRÓLOGO

A LA PRIMERA EDICIÓN

Y PARA la buena interpretación de la obra que intentamos prologar, lo mejor y primero será conocer al autor de la misma. Conociendo a éste y la razón fundamental que le liga al tema abordado en su trabajo, entonces sí que podemos iniciar la lectura, sabiendo lo que escuetamente nos vamos a encontrar. De David Jato Miranda podemos decir sin eufemismos que es uno de esos camaradas que han nacido con la Falange. Cronológicamente, sus balbuceos políticos en el año 33 coinciden con sus propios balbuceos en la vida de inquietudes. Casi un niño, toma parte activa en los primeros pasos de la Falange fundacional a través de su organización estudiantil. Así, el correr de los años, lo mismo en la guerra que en la paz, tanto por los campos de Rusia como en la integridad absoluta en el desempeño de los cargos políticos, han hecho de David Jato el hombre cuajado de experiencia y con un ya dilatado servicio político, que en diáfanas y claras páginas nos quiere relatar lo que vio y vivió como parte integrante de su vida.

El Sindicato Español Universitario nace a los pocos días del acto de la Comedia. Al acto fundacional concurrimos bastantes universitarios, cumpliendo variadas misiones. Ya en la comida de múltiple público que tuvo lugar al mediodía en el restaurante «Amaya», en la Carrera de San Jerónimo; en breve conversación con José Antonio, se quedó en que, después de las elecciones de Cádiz, a las que concurría «sin fe ni respeto», se abordaría el estudio de una futura organización universitaria, como así se hizo. Alos pocos días de salir nuestro Jefe triunfante en los comicios republicanos, nos encargó a un reducidísimo grupo el proyecto de organización y de estatutos. El estudio de los mismos se llevó a cabo en mi casa particular en compañía de Matías Montero y de Alejandro Allánegui. En la primera redacción se le llamó Sindicato Universitario Español, cuya sigla 8. U. E., por su similitud a la de la organización universitaria de oposición a la nuestra, llamada F. U. E., se modificó alterando el orden de Tas palabras; redactados los Estatutos, marchamos a la Dirección General de Seguridad para que fueran aprobados oficialmente, venciendo la obstinada oposición de un celosísimo funcionario, letrado de la Dirección, llamado Ulzurrum, que opuso toda una retahila de dilatadas razones jurídicas, guardadoras de la tranquilidad republicana, con olfato de buen perro pachón. Así nació él S. E. U., el primer Sindicato de la Falange. Para valorar su presencia en lo que verdaderamente era y significaba, no podemos dejar pasar por alto sin remarcar lo que para la Falange significó en aquellos tiempos anteriores al 18 de julio la organización universitaria de la misma.

Dada la amplitud de las múltiples facetas procedentes de los sectores públicos que habían asistido a la obra patriótica de la dictadura del General Primo de Rivera y que concurrieron aquél 29 de octubre, lo que verdaderamente nacía, como algo nuevo, fue principalmente el movimiento universitario. José Antonio tuvo la asistencia conmovedora, con absoluta continuidad filial, de todos los hombres que tan honradamente habían servido a su padre. En aquel día estaban presentes y dispuestos a la nueva brega política, pero ésta era mucha y muy dura, y no pasando en balde los años tenía que ser otra generación la que cumpliese él nuevo cometido histórico. Y así, en los años de máxima dureza, quedó casi exclusivamente «la gracia y levadura» que aportaba aquélla juventud que había de conquistar España «con ánimo universitario y paso militar». Puede decirse que hubo un momento en él cénit de la lucha en que la Falange vivía casi exclusivamente sobre el propio esqueleto de los cuadros universitarios. De aquí fácilmente se puede presumir con escueta perspicacia la trascendente misión de aquélla milicia intelectual y combativa en relación con el movimiento actual español. Y no fue menos cuando, al brotar él momento histórico del 18 de julio, aquellos camaradas universitarios se convirtieron en los gloriosos alféreces provisionales, verdaderos artífices del heroísmo hispano.

En todos estos períodos, incluso en aquél que llevó a la juventud española a los campos helados del Voljov, está David Jato Miranda como testigo, y lo que de él recibamos en estas páginas ha de ser siempre con el espíritu del mejor servicio a la verdad histórica.

MANUEL VALDÉS

CAPÍTULO I. INICIACIÓN (1898-1931)

Toda realidad es una gestación

EUGENIO D'ORS

UN REY ESTUDIANTE

«Regidos como por una maldición divina por un niño y una mujer» [2] y gobernados por el partido liberal, bajo la presidencia de Sagasta, España entra en 1898 en uno de los peores años de su historia. Mientras en la capital las gentes se entusiasman con la voz de Elena Fons y la belleza de Rosario Pino, los Estados Unidos nos amenazan insolentemente en las Antillas.[3]

En enero, los republicanos lanzan una campaña contra el sistema que permitía redimirse del servicio militar mediante dinero, y las madres de los destinados a Cuba y Filipinas gritan: «¡Que vayan también los ricos!»

El 13 de febrero, Barcelona es escenario de una amenazadora manifestación obrera, pidiendo responsabilidades por la tortura y fusilamiento de cinco anarquistas en los fosos de Montjuich. Dos días después se hunde, en el puerto de La Habana, el acorazado norteamericano «Maine», consecuencia de una gran explosión, de la que se acusa a las autoridades españolas.

El periodista americano Herst pide a sus corresponsales sólo fotografías. «Las noticias —dice— las invento yo.»

En marzo se rompe la precaria calma en las Filipinas y vuelven los combates con los separatistas. En abril, los Estados Unidos nos declaran oficialmente la guerra.

El primero de mayo, una escuadra «yankee», impunemente, tirando desde distancias inalcanzables para los cañones de nuestros barcos, deja fuera de combate la flota que desde el puerto de Cavite defendía las islas orientales y el arsenal de la plaza izó bandera blanca de rendición. En el último tercio de junio desembarcan tropas norteamericanas en Cuba.

El 3 de julio, otros seis barcos inservibles recibieron la orden de salir del puerto de Santiago de Cuba y combatir en mar abierto. Nuestros marinos sabían que un final catastrófico les esperaba. Con la tranquilidad de quien realiza ejercicios de tiro al blanco, los «yankees» hundieron la escuadra antillana. En agosto se aceptan las severas condiciones de paz impuestas por los vencedores, se rinde Manila y los norteamericanos ocupan Puerto Rico. Se perdían las últimas provincias de ultramar. Era la culminación de un ininterrumpido retroceso histórico. La noticia que sacudió la espina dorsal de muchos patriotas se recibió en la capital de la nación un domingo y no pareció, externamente, turbar el ánimo de jarana del pueblo madrileño; fue a los toros, se divirtió en teatros y cafés, y las calles, favorecidas por un tiempo primaveral, se vieron animadísimas. El Gobierno no dimitió.

El 13 de septiembre, el Congreso autoriza al Gobierno, por 161 votos a favor y 48 en contra, a renunciar y ceder los territorios y provincias de ultramar, de acuerdo con lo estipulado previamente con los Estados Unidos.

El año no centró las desdichas en Cuba; en la Península fue necesario declarar el estado de guerra, ante violentos sucesos originados por la falta y carestía de alimentos. El 29 de noviembre se arroja al Duina Ángel Ganivet; tenía treinta y tres años y había escrito páginas esclarecedoras sobre los males de su Patria.

En diciembre se firmó en París un Tratado por el que España renunciaba a Cuba, Puerto Rico, Filipinas y la isla de Guam. El negociador, Montero Ríos, consideró demasiado severo aquello para cargar con tanta responsabilidad y, lavándose las manos, declaró: «Todos matamos a Meco» [4]. Entre tanto, después de seis meses de cerco, seguían en Baler de Filipinas un puñado de españoles defendiendo el honor de sus compatriotas.[5]

Mientras se negociaba en París entre espléndidos banquetes, repartían su miseria por el suelo peninsular los soldados repatriados. Llegaban, entre la indiferencia de las gentes, consumidos por fiebres tropicales, repletos de piojos, con sus uniformes de rayadillo hechos jirones, ensuciando su disentería por las ventanillas de los trenes. Eran los últimos héroes del Imperio español. Las ciudades y los pueblos los soportaron durante años pidiendo limosna por las calles. Algunos invocaban caridad envueltos en trozos de banderas bicolores que habían ondeado orgullosas en América.

El 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes, atravesaron la capital de España tres féretros con los restos de Santocildes, Eloy García y Vara del Rey, caídos gloriosamente bajo el cielo cubano; el semanario Nuevo Mundo

[2] Vázquez de Mella en el Congreso. El príncipe Alfonso estaba entonces en edad de bachillerato.
[3] Nos acogimos los primeros, con las debidas reservas, a la tesis de suponer el 18 de julio como último estadio de un tiempo histórico que comienza en el «98». Ricardo Fernández de la Reguera, de la quinta del 36, que con Susana March se ha propuesto la ingente labor de continuar a Galdós en sus «Episodios Nacionales», comienza la nueva etapa en Cuba y termina en la posguerra española. Exactamente el ciclo de este libro.
[4] Personaje central de un cuento gallego, especie de Fuenteovejuna». Morreu o Meco, matárnoslo todos.
[5] Los últimos de Filipinas continuaron su resistencia hasta el 1 de junio de 1899, es decir, durante cinco meses, después de la firma del armisticio.

comentó: «Alumbró el sol los tres cadáveres maltrechos; pero no les ha sonreído ni ha llorado por ellos la muchedumbre. Realmente, ¿quién ha visto inocentada más en descrédito que la del estéril heroísmo?[6]. El Gobierno Sagasta caería sin estrépito un año más tarde.

El 31 de diciembre, las tropas americanas, acampadas en los alrededores de La Habana, se preparan para desfilar triunfales con el nuevo año por las calles de la capital cubana.

Surgió una minoría literaria que llegaría hasta nuestros días con la denominación de generación del 98. Se trataba de un grupo de seis o siete escritores, de ideología diversa y vario estilo, que enseñó a ver España con otros cristales.

La feliz denominación hecha por Azorín y la acusada personalidad de Baroja, Unamuno, Maeztu y Benavente hacen irreversible el concepto generalizado de unir ese grupo literario con la catástrofe cubana. Sin embargo, ninguno de ellos arranca de esa fecha. Habremos de esperar a Ortega, Marañón y Pérez de Ayala durante la guerra del 14 para encontrar una reacción política valorable. Y partiendo del hundimiento nacional, un hombre modesto, con fe en el socialismo, Pablo Iglesias, logra la atención de un grupo de universitarios.

Los escolares no permanecieron insensibles a la degradante situación antillana. En marzo del 98, en el anfiteatro de San Carlos, se reunieron cerca de 200 estudiantes, es decir, la totalidad de sus alumnos efectivos, con ánimo de abrir una suscripción para la adquisición de un acorazado. Era un gesto, pero no único. En julio asaltan con palos distintas empresas «yankees» establecidas en Madrid. Ya en marzo de 1896, los alborotos estudiantiles adquirieron especial virulencia callejera, con pedreas contra establecimientos norteamericanos. El día 4, rodeada la Universidad de San Bernardo de guardias, queman una bandera de los Estados Unidos. Los disturbios, que no acaban, obligan a cerrar los centros universitarios en Madrid, Granada y Barcelona. Las protestas se trasladan entonces a otros lugares públicos. En abril se manifiestan nuevamente, pidiendo que se cuente con ellos para defender la honra nacional.

En las postrimerías del siglo XIX, los estudiantes eran, en su mayoría visible, liberales, como la Universidad, con cierta tendencia anticlerical[7]. Aun cuando escasos en número, bullían, y los alborotadores políticos contaban con ellos. En Madrid, donde se reunía una población escolar de alguna consideración, podía computarse por centenares, repartía sus horas entre las mugrientas casas de huéspedes de San Bernardo y Atocha, los fríos claustros de las diversas Facultades y las salidas de cigarreras y planchadoras, cuando no el billar o el chámelo, y entre paño y bola con apariciones motinescas por las calles, en las que siempre cargaban con la peor suerte unos pobres guardias, apodados «guindillas». Si determinadas agencias proporcionaban falsos títulos universitarios por 50 duros, la valoración social de los que expedían los centros oficiales no era demasiado envidiable. Esta situación era compatible con la presencia de fuertes personalidades, que bastaban para hacer soñar a los optimistas con una falsa posición cultural. En las inauguraciones de curso, los catedráticos lucían levita y sombrero de copa, y los más apegados a la tradición seguían vistiendo así durante el curso. Estudiantes había que utilizaban capa aterciopelada de doble embozo y sombrero hongo; en los días de frío, la capa servía para resistir las clases; después, en los pasillos, las «batallas» a sombrerazos contribuían a restablecer la temperatura. El lujo de los profesores consistía en disponer de braseros de carbón de encina. El reducido número de estudiantes creaba un estado en donde la influencia de los maestros podía ser decisiva. Los suspensos eran escasos y las asignaturas «huesos» lo eran muy relativamente; no obstante, el buen humor estudiantil podía hacer coplas como esta de Salamanca:

Requejo es un oso blanco

y Gil Robles un león,

Dorado Montero una pantera

y Sánchez Mata un tiburón.

El verdadero «hueso» de la Universidad salmantina lo constituían sus instalaciones; el aula de Derecho Natural gozaba para las posaderas de una larga viga y otra similar hacía las veces de pupitre; si eso siguió ocurriendo en este siglo, puede comprenderse que su alumno Hernán Cortés no encontrara incomodidades en la conquista de la Nueva España. Aun así, existían los llamados trotauniversitarios, que iban soslayando las asignaturas difíciles, matriculándose en donde la condescendencia llegaba al máximo.

En el proceso desintegrador le tocaba el turno a Cataluña. España parecía hundirse como nación y no era absurdo pensar en un país fraccionado. Una parte de Cataluña, culturalmente la región más próxima a Europa, espoleada por exaltados, sentía como una cadena su unidad con los otros pueblos ibéricos. Con menos unanimidad la seguían los vascos y, muy tenuemente, los gallegos. Si la provincia de Cuba se había separado, ¿por qué no continuar con otras peninsulares?[8]. En los claustros universitarios de Barcelona, especialmente entre los alumnos

[6] Titulares del periódico El Español de diciembre de 1898: «Tropas repatriadas de Cuba llegan el 14 de este mes a Cádiz en el vapor "María Cristina".» «Muertos y enfermos durante la travesía.» Y después, a una columna: «El desembarco se hizo con orden y sin incidente alguno.» Meses más tarde los heroicos supervivientes de Baler, llegados al puerto de Barcelona, cuando salieron hacia Zaragoza fueron despedidos en la estación por dieciséis personas. Los filipinos, en cambio, les habían rendido los máximos honores militares.

[7] La parte alegre y noble de su espíritu está recogido en La casa de la Troya, de Pérez Lugín, novela con más de cien ediciones. La pensión de Generosa Carollo, que da nombre a la obra, es hoy museo.

[8] En La Habana, en 1928, se redactaría la primera Constitución del Estado Catalán.

de primero de Derecho, se observa al comenzar el curso 1898-1899 una mayor inquietud que se materializa con la fundación del semanario La Defensa Escolar, que desde su aparición se mostró republicano; este nuevo título de la preocupación periodística estudiantil duró como sus antecesores, y los que nacieron después, cualquiera que fuese su matiz, solamente unos meses. Cabeza visible de aquel grupo, Mario Aguilar, y cerca, un nombre que habría de repetirse, Luis Companys. En febrero de 1900, aquellos inquietos escolares, bajo el patrocinio del catedrático Odón de Buen, dan a luz la Asociación Escolar Republicana, primera organización estudiantil del siglo, que pronto perdería su carácter universitario para convertirse en un raquítico partido político de tendencia separatista. Cataluña asumiría, decididamente, el papel de pesadilla en la política española[9].

Como un signo anticipado del siglo XX, se matriculan en España los cuatro primeros automóviles y en abril de 1900, en una crisis parcial, se crea el Ministerio de Instrucción Pública. Se encargó de la cartera García Alix, conocido parlamentariamente como el hombre pararrayos, mote que con justicia hubieran podido ostentar casi todos sus sucesores. Este primer ministro para la educación anunció que pondría sus manos sobre algo que debe ser insoluble: la cabal organización de la segunda enseñanza; algunos comentaristas recordaron al reformador el adagio muy en boga entonces: «Bachiller en artes, burro en todas partes.» Gobernaban los conservadores, presididos por Sil-vela, figura de rango intelectual, que dotó al país de frases ingeniosas y muy escasos aciertos administrativos; él escribió: «En esta España, dondequiera que se ponga el tacto, no se encuentra el pulso», que reflejaba con exactitud la desconsoladora realidad.

En octubre cambia la Presidencia del Consejo, que pasa a otro conservador, el general Azcárraga, quien torpemente hizo frente en la Cámara a una interpelación sobre la educación del Rey y la elección de sus profesores [10]. Finalizando el año, el hijo de Pidal ataca duramente al ministro de Instrucción, lanzando graves acusaciones relacionadas con los libros de texto, fuente permanente de disgustos. A cambio, 1900 terminó sin disturbios escolares.

Al comenzar el siglo, en enero de 1901, el estreno de «Electra», de Galdós, dio lugar a alborotos de estudiantes de carácter anticlerical y republicano. Por entonces, el ánimo popular estaba sensibilizado contra el clero, con motivo del caso de una joven bilbaína, aconsejada severamente por su confesor para que ingresara en un convento, pese a la oposición de sus padres.

En febrero, otra vez los liberales al poder, con Sagasta como jefe del Gobierno; en Instrucción Pública, el conde de Romanones. No tardaría el nuevo ministro en declarar al Congreso que los estudiantes universitarios carecían, en general, de vocación por el estudio y que sólo pretendían obtener el título con el menor esfuerzo posible, actitud a la que correspondía la Universidad con amplias facilidades, convirtiéndose así en un trámite fácil y divertido el acceso a la licenciatura y doctorado, reservados prácticamente, dada la organización social, para los hijos de los ricos.

Romanones puso empeño en la primera enseñanza; pero más que en la reducción del censo de analfabetos, que alcanzaba a un 65 por 100 de la población, de la que solamente uno de cada tres niños iba a la escuela, en la atenuación del incierto estado económico de los maestros, del que se había servido el pueblo para un dicho lamentable: «Pasa más hambre que un maestro de escuela.»

En los carnavales de Cádiz se cantaba:

El ministro de Fomento...,

¡Huy, qué portento!,

Dice que les va a pagar...,

¿Será verdad?,

A tos maestros de escuela,

¡Viva su abuela!,

Toda la paga «atrasá».

El 13 de noviembre ocurre un pintoresco incidente, en el que por cuestiones sin importancia llegan a las manos estudiantes madrileños de Derecho y Ciencias; al intervenir los guardias con el propósito de poner paz, los contendientes decidieron unirse fraternalmente para enfrentarse con los agentes de la autoridad.

Lo ocurrido fue el preludio de un alboroto de más importancia. Los propósitos de Romanones de dar una mayor seriedad a los estudios universitarios creaban un clima de disgusto entre los escolares: ello suscitó una

[9] En Cataluña, adelantada del asociacionismo en todos los campos, ya al comenzar el curso de 1866 se creó el Centro Escolar Catalanista.

[10] La censura parlamentaria de Romero Robledo se centraba en su entendimiento de «una deficiente educación del rey». Clarín, sin intención política, escribiría: ¿Pero estudia? ¿Cuántas horas? ¿Qué libros tiene? ¿Le hacen hablar en francés antes de saber csatellano?» Se supo entonces que su madre, la reina regente, había insinuado la idea de que el príncipe asistiera a las clases en la Universidad en las mismas condiciones que el resto de los estudiantes.

violenta conmemoración de la llamada Santa Isabel[11]. El día 19, en la calle Ancha de San Bernardo, frente a la Universidad, incendiaron un tranvía, apaleando al conductor, que intentó eivtar la destrucción del vehículo. Se observó entonces que no secundaban las huelgas los estudiantes-obreros de las Escuelas de Artes y Oficios, quienes miraban a los universitarios, como «señoritingos encorbatados».

Mientras tanto, no solamente los anarquistas bullían, enfurecidos por una agravación de la endémica hambre andaluza. Una revista con rango intelectual, Juventud, describía la cara trágica de la alegre Andalucía: «El hambre y el desasosiego moral imperan sobre aquel pueblo, y hombres y mujeres, que la leyenda pinta como figuras de pandereta, son en las calles perfumadas una avalancha de odio.» En Barcelona, las huelgas promovidas por los sindicalistas habían obligado a mantener el estado de guerra de febrero a octubre.

El anarquismo asesina al Presidente de los Estados Unidos, Mac Kinley. En Cataluña, la burguesía separatista había enviado en el 98 telegramas de felicitación al «liberador de Cuba». Los anarquistas catalanes vieron con claridad que aquel supuesto «liberador» no hacía otra cosa que iniciar el colonialismo capitalista.

Un Real Decreto de 23 de noviembre, ordenando la enseñanza en castellano del catecismo, originó, en la Ciudad Condal, protestas con participación estudiantil.

El 17 de mayo de 1902, el país estrena un Rey de dieciséis años, Alfonso de Borbón, apenas un estudiante universitario y por libre. Aquel mismo día, Alfonso XIII preside un Consejo de Ministros en el que muestra su «real gana», inclinación que se dio en atribuir, amén de la sangre, a las enseñanzas del profesor de Religión y auditor de la Rota, Fernández Montaña.

El primer contacto del joven Monarca con la «inteligencia» se produce siete días después de la Jura Constitucional, en el Palacio de Bibliotecas y Museos, en donde escucha veintidós discursos, entre ellos los de Echegaray, Menéndez Pelayo y Unamuno. La pesada jornada se reflejó en el «Diario» del Rey, con su castizo decir:

> «Sábado 24.—Fuimos a las cinco al Palacio de Museos y Bibliotecas, donde se celebró una fiesta en honor de la ciencia.
>
> Los presidentes de las Academias y rectores de las Universidades iban leyendo su discurso, los cuales fueron servidos por el cabestro, que fue el ministro de Instrucción, señor Romanones, que fue el que empezó los ídem y yo los terminé con un breve pero sentido discurso. A las ocho, comilona en honor del Cuerpo Diplomático»[12].

DOS ESTUDIANTES, MUERTOS POR LA FUERZA PUBLICA

En diciembre suben otra vez los conservadores con Silvela, tocándole el Ministerio de Instrucción a Allende-salazar. Estrena Vital Aza «Ciencias Exactas», una comedia de estudiantes, con modistillas, como es natural, y un sonoro diputado que pronuncia frases huecas de halago sobre la juventud y el futuro, análogas a muchas actuales. El espíritu rebelde daba muestras de actividad en las Universidades de provincias; no eran solamente los estudiantes de Madrid, o los que en Barcelona se llamaban nacionalistas, los únicos en alterar la paz ciudadana. En marzo de 1903, un nuevo cuestionario de exámenes produjo tumultos varios. En Valencia, la manifestación de protesta fue disuelta sin demasiadas contemplaciones por los guardias. Como reacción por los palos recibidos, obsequiaron al gobernador y al jefe de orden público con silvas y cencerradas, pidiendo su sustitución. No era ajena a la agitación escolar la campaña republicana, encabezada por Salmerón, a la que se habían adherido 64 catedráticos.

En Salamanca, en una pelea entre estudiantes y «artesanos», un policía agredió severamente a un estudiante. Como reacción se reunieron en la Universidad en nerviosa irritación, nombrando una comisión con objeto de protestar ante el Gobernador civil y pedir una sanción para el agente. Era el 2 de abril, el Gobernador les contestó con destemplanza, lo que provocó el apedreamiento de su residencia.

Los guardias repelieron el ataque con dureza, utilizando armas de fuego, persiguiendo a los estudiantes hasta la Universidad, ocasionándoles varios heridos y dos muertos, Federico García Gómez e Hipólito Vicente. La indignada reacción del claustro de profesores y de la ciudad motivó la dimisión del Gobernador.

La impresión producida por lo sucedido aumentaba en proporción el exiguo número de matriculados: en Derecho y Ciencias Sociales apenas llegaban al cuarto de un centenar, y en Letras no rebasaban la media docena. Inmediatamente se soliviantaron todas las Universidades y sobre Allendesalazar, Ministro de Instrucción Pública, llovieron las protestas. El Gobierno, al notificar la destitución del Gobernador civil, lamentó lo ocurrido y accedió a la petición de poner a media asta la bandera nacional en la Universidad. Los estudiantes madrileños no se dieron por satisfechos: apedrearon edificios públicos, proporcionaron silbas y abucheos a diversos Ministros y al propio Presidente del Gobierno. El día 4, el conflicto adquirió gravedad al mezclarse obreros y estudiantes que, en grupos numerosos, recorrieron las calles principales de la Corte, piedra en mano y voz en grito. En Lavapiés, cuando los manifestantes se dirigían a la Fábrica de Tabacos buscando sumar al tumulto a las cigarreras, la fuerza pública los

[11] En 1884, en una algarada, la fuerza pública penetró en la Uni versidad, deteniendo a estudiantes y cerrando las Facultades; al hecho se denominó «la Santa Isabel», por ocurrir el 19, festividad de la santa.

[12] García Puche, al comentar el Diario de Alfonso XIII, entiende que el calificativo de cabestro no tiene sentido peyorativo, tratándose sencillamente de una expresión gráfica para indicar que todos siguie ron en el uso de la palabra al ministro.

rechazó con energía; hubo numerosos heridos, entre ellos varios guardias e inspectores de Policía, y un muerto, no estudiante.

«Delante del domicilio de la Unión Escolar —decía Nuevo Mundo—, la agitación llegó a adquirir mayor importancia. Un estudiante enarboló una bandera negra, y al apercibirse de ello los agentes de orden público dieron una terrible carga, de la que resultaron algunos heridos.»

Salvador Cañáis comentó:

«La opinión general se pone siempre de parte del que se rebela, al lado del que protesta, lo mismo si ésta va contra el "lacero" municipal que en días caniculares recoge los perros vagabundos que cuando se encamina contra el Gobierno, que no llega en el castigo de las faltas de sus servidores a los extremos de crueldad y saña que los protestantes persiguen. Todo huelguista y todo rebelde tiene siempre asegurado lo que los franceses llaman una "buena Prensa"...

Nuestros catedráticos hacen, a lo sumo, licenciados y doctores, pero no hacen hombres, y al querer actuar sobre sus discípulos como tales hombres sienten la triste y absoluta ineficacia de su obra por lo que a la educación social se refiere. Las exhortaciones del claustro de Salmanca a sus alumnos no tuvieron el menor éxito. Los primeros denuestos fueron para los profesores; para la Universidad, las primeras piedras. Llegó la represión, y allí quedaron tres víctimas inmoladas a este horrible "moloch" de la barbarie española, a este nuestro doloroso kabilismo que tan magistralmente ha flagelado el ilustre Unamuno, rector de la Universidad manchada con la sangre de sus discípulos.»

Días más tarde Jos republicanos ganaban en las principales ciudades, incluida la capital de la Monarquía, las elecciones para diputados a Cortes.

En julio, Silvela cede el poder a Villaverde, también conservador, quien lleva a Bugallal a Instrucción Pública. En diciembre, la Presidencia pasa al sucesor de Silvela en la jefatura del partido conservador, al arrogante Maura. El jefe del partido conservador fue una de las personalidades políticas más interesantes del reinado de Alfonso XIH; su persuasiva oratoria, actividad organizadora y clara honestidad le hicieron pronto uno de los ejes sobre los que habría de girar la vida poltíca nacional; no tardaría en formarse contra él un verdadero frente, y los gritos de «¡Maura, sí!», «¡Maura, no!» colmaron el ámbito español. Crecientes dificultades fueron enredando sus pasos y los grandes proyectos se quedaron a mitad, de camino o en simples metáforas, como su «revolución desde arriba», panacea contra la creciente e irritada lucha de clases.[13] Con Maura, en febrero de 1904, siendo ministro de Instrucción Pública Domínguez Pascual, el Rey volvió a tomar contacto oficial con la cultura, escuchó conferencias en distintas aulas y precisamente en la cátedra del republicano Azcárate recibió el título de «primer estudiante», las Academias le llamaron «primer intelectual», y el Ateneo, «primer ateneísta» [14]. Era puro simbolismo, pero era algo. Aquel mismo año presidió Alfonso XIII la apertura de curso en Salamanca. Los sucesos universitarios del año anterior daban a esta asistencia del Rey importancia política. Había adquirido la recién creada Unión Escolar, de la que era presidente Filiberto Villalobos, cierto auge. Los estudiantes destacados colaboraban en la Prensa local y mantenían revistas, Gente Joven, El Estímulo y Quo Vadis. De este último semanario copiamos un párrafo con motivo de la inauguración de la Academia Jurídica Escolar, en diciembre de 1904, que reflejaba el habitual desenfado de la literatura escolar:

«Bajo la presidencia de los señores Unamuno, Roca de Toogres, Jiménez, Sánchez Rojas y Camarasa se inauguró el jueves pasado la Academia Jurídica Escolar. Este último señor, que actúa de secretario, lee nerviosamente una carta en que don Teodoro Peña, con frases muy correctas y corteses, excusa su asistencia al acto porque no le da la gana concurrir, y otra de don Eduardo No, decano de Ciencias, donde con sinceras y cariñosas palabras da a los estudiantes sanos consejos, terminando el señor Camarasa con la lectura de un discursito que el público no logró oír por lo bajo que leía, efecto sin duda del cansancio que le produjo la lectura de las aludidas cartas.

El señor Sánchez Rojas se levanta y tose, como es de rigor en estos casos, y, con acento melancólico, dice que entre los estudiantes no hay unión más que para armar algaradas, cosa que ya sabíamos todos los oyentes.»

Como continuaron los agitadores republicanos induciendo a los estudiantes, el Gobierno hubo de prohibir los mítines de la Unión Escolar. En Madrid asumía el Gobierno Civil La Cierva, quien atribuía la efervescencia estudiantil al triunfo electoral republicano. Tratando de apaciguarla Universidad, estableció un sistema de multas de quinientas pesetas a los padres de los alborotadores. Pueden valorarse aquellas «quinientas» si tenemos en cuenta que, en novilladas organizadas con motivo de fiestas escolares, las barreras costaban una peseta, y «con estos precios nuestros bolsillos quedaban desangrados»[15]. Escuchar una zarzuela sin ir al alto «gallinero» y sentarse en sus palos era una temeridad financiera. Volvió la paz a los claustros, cobrando tan buena fama el método que decidió su entrada como ministro de Instrucción Pública, en cuyo cargo tendría ocasión de comprobar que no era tan sencillo meter en cintura a los estudiantes díscolos.

[13] No faltan historiadores que lo han visto como antecedente del falangismo, aun admitiendo que el maurismo carecía de mística y le sobraba carga derechista. De buscarse coincidencias, habría que referirse mejor a las juventudes mauristas, más radicales que su jefe, Fernando Meleiro, en 1936 jefe provincial de la Falange de Orense, señala cómo en 1918, venciendo el asco que los estudiantes universitarios sentían por la política, un gran número de ellos colaboraba a estacazo limpio en las elecciones en las que Maura prometía limpiar de sabandijas el pantano electoral.

[14] Más adelante, en el Ateneo, cuando se quería citar despectiva o injuriosamente al Monarca, se decía «nuestro socio número tantos».

[15] De «Tiempos pasados», artículo de Federico Camarasa, de la promoción salmantina de Derecho, de 1905.

La Cierva estrenó unos pantalones con dibujo de cuadros, que, unidos a su energía, se popularizaron como sinónimo de mando: «Se puso los pantalones a cuadros.»

Maura, contra viento y marea, llevó al Rey a Barcelona. Los cautos se oponían para evitar posibles desaires, el jefe del Gobierno no concebía un Monarca sin libre tránsito por su nación. El viaje fue positivo, pese a los cuarenta mítines republicanos el día de su llegada; las peticiones, a veces desabridas, de autonomías, incluida la universitaria solicitada por el barón de Bonet, y el atentado, contra el jefe del Gobierno, de un joven anarquista de diecinueve años.

LA «BELLE EPOQUE» LIBERAL

Oficialmente son años felices en Europa, que se prolongarían hasta el estallido sangriento de 1914. Desde Viena levantaban alegrías los aires de sus operetas. Apenas quedaba de la nostalgia cubana más que unas pocas habaneras, cantadas en los juegos infantiles. La capital política de la nación contaba con medio millón de habitantes y sobre sus calles rodaban media docena de automóviles, la electricidad iba reemplazando a los mecheros de gas y unos cuantos curiosos comenzaban a interesarse por un juego nuevo, importado de Inglaterra, el «football». Efectivamente, la vida era bella, pero para unos pocos, algo así como los asiduos del teatro Real, donde acudía «el todo Madrid», es decir, menos de un millar de personas; otro tanto podríamos decir de Barcelona con los habituales al Liceo y, ya en menor escala, en provincias.

Un catedráico de la Universidad madrileña escribiría de sus alumnos: «Nada tienen del estudiante moderno, habiendo tomado todo lo malo de los antiguos; son holgazanes, calaveras, jugadores, amigos de teatros, cafés y de los garitos»[16] Podemos, pues, colocar también a los universitarios entre los beneficiarios de la "belle époque".>

Para los demás valían las palabras pronunciadas por Canalejas en el Congreso: «España tiene hambre.»

Eran los vientos liberales, en cualquier esfera. Las mismas corrientes soplaban por Europa y no podía ni debía esperarse otra cosa. Pero, con esa simpleza con que se traducen al español los esquemas ideológicos, admitían como progresivo que las provincias americanas se emancipasen, mientras Francia, Inglaterra y Bélgica, que tanto hicieron por arrojarnos, se quedaban con nuestras más remuneradoras cuencas mineras y explotaciones industriales[17] al tiempo que consolidaban sus dominios coloniales, justificándolo, claro está, con adecuada fraseologia. Los inconvenientes del liberalismo político hubimos de padecerlos, aumentados a dimensiones celtibéricas y, por el contrario, las ventajas económicas e industriales que reportó quedaron sólo esbozadas.

Adquiría notable influencia la Institución Libre de Enseñanza, nacida en el siglo anterior, que tenía por cabeza visible al catedrático de Filosofía del Derecho, Francisco Giner de los Ríos. Su labor de captación de profesores se complementaba con una adecuada acción sobre los estudiantes[18]. No nos corresponde contabilizar los errores y los aciertos de la obra de Giner de los Ríos; pero es evidente que frente al conformismo mediocre, al ir tirando de una Enseñanza rutinaria, su ventana a Europa suponía una corriente deseable de renovación que encontró un instrumento útil con la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. Jóvenes profesores europeizados se encontraban con una nación en la que el Ministerio de Instrucción Pública se llamaba «de entrada» para aprendizaje de noveles políticos, quienes habían de conformarse con las migajas del Presupuesto del Estado, menos del 2 por 100 de las inversiones totales. Esta pordiosería en materia de Educación, con un censo de once millones de analfabetos sobre veinte millones de habitantes, inclinaba hacia la izquierda a quienes deseaban otro panorama para España.

Los modos liberales llegaron hasta el carlismo. Mientras sus jóvenes inmunes al desaliento, organizados militarmente, se entrenaban en prácticas de tiro, en terca espera de la ocasión propicia, Don Jaime, hijo de Carlos VII, declaraba a un periodista galo: «Mi ideal es una Monarquía como la de Inglaterra. No encuentro mal que el Gobierno francés tome medidas contra las Ordenes religiosas.»

El anticlericalismo, árbol perenne, popularmente se alimentaba con artículos contra las instituciones religiosas y chistes calumniosos contra frailes y monjas. En algunas cátedras universitarias se llegaba al ateísmo científico, explicándose la no existencia de Dios.

LOS ESTUDIANTES DERROTAN AL GOBIERNO

Casi en las Navidades de 1904, Azcárraga, conocido como general de salón, formó un Gabinete con la única finalidad de nombrar al general Polavieja jefe del Estado Mayor, cumpliendo así los deseos reales. En tan triste

[16] Juan Ortega Rubio: Historia de España.

[17] En 1897 escribía Pablo de Alzóla: «Con dos toneladas de mineral que valen 18 pesetas se obtiene una de lingote cuyo precio es de 64 pesetas; si se transforma en carriles, se vende a 140 pesetas; laminado en plancha de acero, alcanza el precio de 210 pesetas; resultando evidente que si cedemos la mayor parte de nuestros minerales por el precio ínfimo de 9 pesetas, imitamos a Esaú al vender su primogenitura por un plato de lentejas.» Entre los hombres de paja utilizados por el capital financiero extranjero figuraron muchos ilustres títulos de la aristocracia.

[18] Estimaba Giner que «el problema de España era un problema de educación». En ocasiones futuras, universitarios educados en un respetuoso liberalismo se comportarían con brutalidad suficiente para mostrar que la cuestión era más compleja.

Gobierno asumió la cartera de Instrucción Juan de la Cierva, quien diría del ministerio que le había tocado en suerte: «Se encontraba convertido en una verdadera Manigua de legislación, incoherente, contradictoria y confusa»[19]. A los treinta días, cumplida la «real gana», pasó Villaverde a la Presidencia, continuando La Cierva. Días después de un homenaje nacional a Echegaray por la obtención del Nobel de Literatura, estalló un conflicto estudiantil que acabaría con el Gobierno.

Doscientos alumnos matriculados para el doctorado de Medicina, que se exigía para la oposición a médico de baños, pidieron al ministro les eximiera del examen de «Lógica experimental o Psiquiatría», alegando que las lecciones que de esa asignatura daba el señor Simarro resultaban absolutamente incomprensibles. El ministro no atendió la petición; como réplica, los alumnos de Simarro o bien abandonaban en bloque la clase, o en ella leían los periódicos en voz alta, mantenían discusiones de banco a banco y hacían la imitación de diversos animales, entre otras bromas de un amplio repertorio. Antes de solucionarse este conflicto hubo una petición general de exámenes extraordinarios, que afectaría a quienes tuviesen pendientes una o dos asignaturas para concluir el curso o la carrera. García Alix había prohibido dichos exámenes, pero Domínguez Pascual los concedió, con la advertencia de que se hacía por última vez. La Cierva, después de plantear la cuestión en Consejo de Ministros, decidió negar la petición. Los estudiantes madrileños, dirigidos por los alumnos de Doctorado, repartieron un manifiesto el día 26 de marzo, que decía:

> «Compañeros: Agotados los medios legales para conseguir la abolición de los reales decretos de 31 de julio y 12 de diciembre de 1904, y en vista de la rotunda negativa del ministro, no sólo a acceder a esta petición, sino a cualquier otra que se le hiciera, hemos acordado, reunidas hoy en San Carlos representaciones de todos los claustros de Madrid, ir a la huelga general, lamentando la necesidad que nos impulsa a adoptar esta resolución.»

Comenzó la huelga, y pronto se adhirieron las Universidades de Barcelona, Valladolid, Zaragoza y Valencia. El día 29 se celebró en San Carlos una asamblea estudiantil, en la que hubo más gritos que razones, de allí se fueron los reunidos al Ministerio de Instrucción Pública, donde La Cierva les exigió para escucharles que entraran nuevamente en clase, pues no estaba dispuesto a dialogar con rebeldes. Esta actitud reforzó los tumultos, se confeccionaron peleles con la cara del ministro y se ahorcaban desde los balcones de las Universidades. La Cierva puso en marcha su sistema de multas, que esta vez careció de eficacia. Fue entonces mas lejos, cerró Universidades e hizo dimitir al rector de Sevilla por encontrarlo demasiado contemporizador.

Un factor político vino en ayuda de los estudiantes: estaba anunciado un viaje de Alfonso XIII a Valencia, para el cual Villaverde había pactado con Soriano, el líder republicano levantino, pero aun así, sin la previa paz estudiantil, la visita real a la capital mediterránea resultaba una temeridad. Esta circunstancia decidió al presidente del Consejo a parlamentar con los dirigentes de la huelga, quienes el 4 de abril, después de una reunión con el rector, propusieron a sus compañeros:

> «Volver al día siguiente a las clases, en virtud de haber sido satisfechas las reclamaciones y aspiraciones tanto de los alumnos libres como de los oficiales, así como el perdón de las faltas, tanto colectivas como individuales cometidas durante los días que duró la protesta.»

El Gobierno accedía a la petición de los estudiantes simplemente con que éstos entrasen previamente en sus clases; pero como no se trataba ya de conseguir lo solicitado, sino también de humillar a La Cierva, cuando los negociadores dieron cuenta a sus compañeros del acuerdo, éstos reaccionaro acusándoles de cobardía, decidiendo, por mayoría notoria, persistir en la huelga hasta que en la Gaceta apareciera la concesión de los exámenes. La Prensa de la oposición destacaba la debilidad del Gobierno, apremiado por el anunciado viaje de Alfonso XEH a Valencia, de donde había llegado el marqués de Cáceres con las nuevas de la ruidosa acogida que, meticulosamente, preparaban los estudiantes de la ciudad del Turia al cortejo real. Buscando toda suerte de soluciones, se le ocurrió a La Cierva la peregrina y desprendida idea de recorrer él primero las calles por donde habría de pasar el Rey, recogiendo las iras juveniles.

Reunido el Consejo de Ministros el día 5, dio a la Prensa la siguiente nota oficiosa:

> «El ministro de Instrucción Pública dio cuenta de la actitud de los estudiantes y de la aplicación por los rectores de las penalidades académicas, habiéndose mostrado el Consejo de completo acuerdo con la conducta del ministro y dispuesto a mantener la autoridad académica de los jefes de los centros docentes.»

La respuesta consistió en una serie de manifestaciones por las calles de Valencia y ensayos generales de silbas, como preludio al anunciado viaje. El Gobierno, a la vista de los acontecimientos y pese a su «actitud irrevocable», autorizó al decano de Medicina, señor Calleja, el día 7, a comunicar a los estudiantes la aparición, en la Gaceta del día 9, de la orden comunicada. La partida estaba ganada por los estudiantes rebeldes, quienes, conscientes de su victoria, aumentaron su altanería, exigiendo escuchar la promesa directamente del Presidente del Gobierno. Claudicó Villaverde: «Les doy mi palabra —dijo— de que inmediatamente se publicará la Real Orden accediendo a cuanto han solicitado.» Con una insolencia ejemplar, los comisionados replicaron: «Mientras no se publique la Orden en la Gaceta no entraremos en clase.» Y, para que sirviera de lamentable muestra de lo que se entendía por autoridad, el Presidente anunció que ordenaría la inserción urgente, en el periódico oficial, de la autorización para los exámenes extraordinarios.

Pero, como en la política española lo más disparatado era posible, la Orden no se publicó; la pública promesa del jefe del Gobieron se volatilizó en conciliábulos entre bastidores. Otra vez, y no sólo en Valencia, manifestaciones estudiantiles, ahora cargadas de razón; Villa verde, atemorizado, le dice a La Cierva: «Como ellos no ceden,

[19] Notas de mi vida: Juan de la Cierva.

tendremos que ceder nosotros. Los estudiantes son de difícil sometimiento material y si el Rey no pudiera ir a Valencia sería un desastre para nosotros.» La Cierva se fue a su casa, le sustituyó el doctor Cortezo, se concedieron exámenes extraordinarios, un auxiliar de Simarro dividió a los alumnos vencedores en tres grupos: aprobados, notables y sobresalientes, suprimiendo la calificación de suspenso y quedaron sin efecto todas las sanciones. El Rey pudo visitar Valencia y el día 21 de mayo dimitía el Gobierno.

CELTIBERISMO

En junio volvían los liberales al poder, presididos por el engociador del Tratado de París, Montero Ríos, quien nombró ministro de Instrucción Pública a Andrés Mellado, de antecedentes republicanos. Al tomar posesión llegaban de Andalucía desesperados telegramas denunciando el hambre que depauperaba extensas zonas rurales. Pero como esto ocurría con frecuencia no preocupaba excesivamente. El hambre física no afectaba solamente al Sur y a las masas campesinas y obreras. El mismo día 22 de junio, unas señoras de Madrid, en medio de motines populares, entregaban riquísimas joyas a la Virgen del Pilar.

En visita oficial a la capital francesa, Alfonso Xffl sufrió un atentado. Al pasar frente al Louvre, acompañado por el Presidente de la República, estalló una bomba que ocasionó varios heridos. El autor material del atentado fue un estudiante español apellidado Vallina, que más tarde destacaría entre los anarquistas que operaron en Andalucía.

En aquel año 1905 mueren Francisco Silvela, Juan Valera y José María Gabriel y Galán. Como nota cultural, señalamos el comienzo de la publicación de la Enciclopedia Espasa. Diciembre conoce otro Gobierno, presidido por Moret, en el que se encargó de la cartera de Instrucción Pública Santamaría de Paredes, que había sido profesor de Alfonso XIII. Moret, una de las figuras de más relieve intelectual del liberalismo, tenía una gran amistad con Giner de los Ríos, y creía con él, en un resquicio abierto a su pesimismo, que su misión consistía en preparar una generación capaz de enfrentarse con los problemas nacionales.

José Echegaray recibe en 1905 el premio Nobel de Literatura, no vamos a descubrir ahora los extrños otorgamientos que con tanta frecuencia salpican de dudas estas concesiones, pero, con todo, la llamada generación del 98 dio entonces muestras de discutible celo en su postura crítica, oponiéndose al homenaje propuesto por un grupo de escritores al autor de El gran Gáleoto.

En 1906 Unamuno sale al paso de la campaña europeizante, cuyo último valedor había sido Baroja, y en ensayo publicado en La España Moderna plantea la necesidad contraria, «pensar cómo puede españolizarse Europa.

Las campañas contra el Ejército, que ante la pasividad del Gobierno anterior, habían decidido a un grupo de oficiales jóvenes, en Barcelona, a tomarse la justicia por su mano asaltando las imprentas y redacciones de «Cu-Cut» y «La Veu», periódicos destacados por sus ataque calumniosos, movieron a Moret a presentar en las Cortes un proyecto de ley sobre jurisdicciones, por el que pasaban a los tribunales de guerra los delitos contra la Patria y el Ejército, que hasta entonces correspondían a los tribunales civiles. La ley de Jurisdicciones desató una agria campaña de la Prensa republicana, socialista, catalanista y buena parte de los periódicos liberales, así como de los carlistas, por razones éstos de equilibrio político en Cataluña. Era evidente que el mal exigía medidas radicales, pues la difamación se extendía por todas las esferas. En un libro de texto de las escuelas laicas de Barcelona, titulado «Correspondencia escolar», se leía en una carta, supuestamente escrita por un niño:

> «Los grandes matadores de hombres calificados de "héroes" en las historias no son más que horribles asesinos. Se olvida que el fin de todo ejército es matar hombres. ¡Cuántos crímenes contra la Humanidad y miserias para los soldados se ocultan bajo esos uniformes que parecen tan bonitos!»

En mayo se celebró la boda de Alfonso xm con la princesa inglesa Victoria de Batemberg, quien aprendió el español y abjuró de su religión, bautizándose en la Iglesia católica. La Prensa «ultramontana», como los liberales designaban a los periódicos carlistas, publicaron numerosos artículos poco, gratos para la futura reina. El día de la boda, desde un balcón de la calle Mayor, Mateo Morral, anarquista de veintiséis años, arrojó una bomba contra la comitiva regia, ocasionando veintitrés muertos y más de cien heridos. Morral, hijo de un industrial catalán, era culto, de aspecto elegante, profesor de la Escuela Moderna de Ferrer y director de un periódico titulado El Nuevo Maltusiano. Se suicidó al ser descubierto.

Días antes había frecuentado la tertulia literaria de la cervecería Candelas y su cadáver fue identificado, como contertulios, por Valle-Inclán y Ricardo Baroja.

Morral parecía una viva contradicción del criterio de Giner, estimando que «el problema de España era una cuestión de cultura».

El matrimonio real suponía un reforzamiento de la influencia inglesa, cuya privilegiada situación les permitía darnos un trato humillante. Cuenta el marqués de Vallurrutia[20], que en 1905, acompañando a don Alfonso XIII, escuchó en el palacio londinense de Buckinham, de boca de lord Landsdowne, entonces ministro de Negocios Extranjeros, una propuesta que por sí sola muestra la degradante situación de nuestro país: se trataba de un proyecto de acuerdo mediante el cual España garantizaría a Inglaterra la posesión de Gibraltar y, a cambio, los ingleses protegerían nuestra soberanía en Baleares. Pese al reinado español de la princesa inglesa, la Gran Bretaña

[20] «Palique Diplomático», editado en 1923.

no mostró la menor comprensión en el problema de Gibraltar; por el contrario, consolidaría su usurpación de la llamada zona neutral en la Roca.

Otra boda retuvo la atención de los españoles, un ídolo de la tauromaquia, Machaquito, se casó con una señorita aristocrática hija de padre inglés; fue padrino Pérez Caldos. Los toros, una de las pocas cosas que el país tomaba con seriedad, tenían un fuerte entronque con los literatos ; no tardaría Pérez de Ayala en escribir sus ensayos Política y toros, estableciendo nexos entre ambas actividades.

Con el calor aparece una crisis de moral en los espectáculos, que se denominó «ola verde», y otro Gobierno liberal, esta vez presidido por el general López Domínguez, quien llevó a Instrucción al catedrático Gimeno. La obligada demostración de anticlericalismo dio como resultado el establecimiento de un censo de centros de enseñanza religiosos abiertos sin cumplir ciertos requsitos legales. Gimeno dejó de ser ministro en noviembre, para volver nuevamente a su cartera a los tres días, bajo la presidencia del marqués de la Vega de Armijo, también liberal; duraría hasta enero, en que fue derribado por su propio partido. Resulta ciertamente destacable que con tan pintoresca inestabilidad se llevaron a cabo obras positivas. En octubre de 1906 se había concedido el premio Nobel, siendo el primer científico español que recibía tal distinción, a don Santiago Ramón y Cajal, trabajador infatigable de la asombrosa minoría que elevaba el prestigio decaído de la Patria[21].

La Universidad, especialmente en provincias, suponía un inapreciable regalo para los pocos alumbos que las frecuentaban. El curso de Griego en la Facultad de Filosofía de Salamanca, finalizando el año 1906, contaba con cuatro estudiantes, que escuchaban a Unamuno. A las ocho de la mañana se presentaba en clase don Miguel, generalmente a cuerpo, con un jersey muy cerrado, y por las tardes solía pasear con sus alumnos por la carretera de Zamora.

Con el comienzo del año 1907 vuelve Maura al poder; fue llamado el Gobierno largo, pues duró hasta 1909; lamentablemente, ocupó la cartera de Instrucción, Rodríguez San Pedro, un hombre viejo, que sólo destacaría por sus plúmbeos discursos parlamentarios, resultando el menos activo de aquel Gabinete; Maura no tenía excesivas preocupaciones en orden a la enseñanza; era en esto un perfecto conservador. Así, en respuesta al mensaje de la Corona al Congreso, los republicanos no perdieron la ocasión de señalar la omisión de temas culturales. Aquel Gobierno de «autoridad, luz y taquígrafos» hubo de hacer frente a las consecuencias de un lenguaje poltíico que alcanzaba desusada virulencia.

«Jóvenes bárbaros —decía Lerroux en una arenga antológica en el periódico La Rebeldía—, entrad a saco en la civilización decadente y miserable de este país sin ventura, destruir sus templos, acabad con sus dioses, alzad el velo de las novicias y elevarlas a la categoría de madres para virilizar la especie, y penetrad en los registros de la pro-ipedad y hacer hogueras con sus papeles, para que el fuego purifique la infame organización social; entrad en los hogares humildes y levantad legiones de proletarios para que el mundo tiemble ante sus jueces despiertos. Hay que hacerlo todo nuevo, con los sillares empolvados, con las vigas humeantes de los viejos edificios y el rodillo que nivele las hogueras... Seguid, seguid... No os detengáis ni ante los sepulcros ni ante los altares... Hay que destruir la Iglesia... Luchad, matad, morid»[22]. En general, los radicales no eran ni demasiado jóvenes ni excesivamente bárbaros, y en cuanto cogían cualquier partícula de poder dejaban marcadas sus huellas dactilares, como en la traída de aguas de Barcelona o el monopolio de la compra de cemento y tantos sucios negocios que les acompañaron hasta el fin. Por entonces, en un «aplech» carlista en la plaza de toros de Las Arenas, trataron los lerruxistas de realizar una demostración de fuerza, pero hubieron de huir ante la decidida actitud de los requetés, que les persiguieron pistola en mano ".[23]

De Lerroux, jefe del partido radical, dijeron los separatistas que había sido enviado a Barcelona con el apoyo interesado del Gobierno central, concretamente de Moret. En cualquier caso, supo acaudillar un amplio sector humano y sus huestes, frente a los separatistas, mandaron durante bastante tiempo en las calles.

Un ataque a obreros españoles en las obras del ferrocarril de Melilla desencadenó la guerra en África, en donde nuestras relaciones con el sultán de Marruecos iban de mal en peor. Entre el 26 y el 31 de julio se enarboló otra vez «la redención a metálico» del servicio multar, injusticia indefensibie que amparaba a los hijos de los ricos. Prácticamente, los universitarios no iban a la campaña africana, como no habían ido a Cuba.

Maura hubo de soportar en África los desastres militares del Gurugú y Barranco del Lobo. Pablo Iglesias, el «abuelo del socialismo español», se puso del lado de «los defensores de la independencia de Marruecos»[24]. Las fotografías con cadáveres de soldados amontonados, por cientos, dieron pretexto para desencadenar en Cataluña una ola de terror, que sería conocida como «la semana trágica». Un centenar de muertos, cincuenta iglesias y conventos incendiados, corte de comunicaciones, saqueos, profanación de cadáveres, violación de monjas; en fin, la más amplia gama de celtiberismo ácrata.

---

[21] Según el doctor Marañón, «Cajal es la primera mentalidad rigurosamente científica que surge en la España moderna, con todo el valor revolucionario que tal aparición significaba en un pueblo entregado a la política de cábila y a la retórica vacía, es decir, en plena ausencia de rigor mental, en plena disciplina anticientífica».

[22] Publicada en septiembre de 1906.

[23] El término «requeté» tiene su origen en la expresión onomatopéyica de un toque de corneta de las tropas de Zumalacárregui, que formaban el valeroso «3.° de Navarra», las juventudes carlistas organizaron sus milicias cívicas con dicho nombre. Puede deducirse su estado de ánimo de una de las hojas repartidas por las calles de Barcelona: «Requetés, al insulto contestad con la bofetada; a la bofetada, con el palo; al palo, con el tiro. ¡Viva España! ¡Viva don Jaime!»

[24] El candor pacifista del socialismo español sería burlado en la guerra europea de 1914 por una franca actitud nacionalista de sus maestros de Bélgica, Francia e Inglaterra. Los socialistas de estos países, una vez en el poder, entendieron como buen sistema una acentuada explotación colonial, que permitió elevar el nivel de vida de gran número de trabajadores europeos.

Naturalmente, la guerra de Melilla ocupaba el lugar de factor provocativo de una acción cuidadosamente preparada, ante las narices pasivas de gobiernos sin adecuados medios poltíicos, y «se cumplía, una vez más ,aquella extraña ley de regularidad con que en España son perseguidas las órdenes religiosas»[25]. Mientras los amotinados dominaban importantes zonas de la provincia de Barcelona, su gobernador civil, Osorio y Gallardo, una de las jóvenes esperanzas del maurismo, permaneció escondido en una casa del Tibidabo. Según el ministro de la Gobernación, Osorio, ante su impotencia para atajar el terrorismo, llegó a consultar con destacados videntes de la ciudad. En la corta etapa de sosiego que siguió, las tropas españolas recuperaron con creces las posiciones que habían perdido en África. Y el mismo pueblo que despedía a los soldados con mueras a la guerra se entusiasmaban ahora ante el valor de su Ejército.

Como producto de la semana trágica hubo cinco fusilamientos. El de Francisco Ferrer desató una intensa campaña en Europa. Ataques de Prensa, manifestaciones, telegramas de protesta; no faltaron sectores «avanzados» del catolicismo europeo que se vieron en el caso de señalar nuestro «tradicional oscurantismo». Ferrer Guardia, una especie de Don Juan anarquista, murió gritando: «¡Viva la Escuela Moderna!» ¿Qué era aquello? Oigamos al propio Ferrer: «Nosotros no podemos ocuparnos más que en hacer reflexionar a los niños sobre las injusticias sociales, sobre las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, de justicia, de política y de militarismo...» Estos centros llegaron a ser en 1905 cuarenta y ocho solamente en Cataluña y Valencia; las paredes se adornaban con cuadros representativos de revoluciones, asesinatos de sacerdotes y militares, saqueos y otros aspectos conducentes a sembrar el odio contra la sociedad. Cuando terminó la sangrienta semana, el Ministerio de Instrucción no pudo clausurar estas escuelas porque los expedientes requerían tiempo, aun cuando permanecieron cerradas mientras duró el estado de guerra. Unamuno escribió en una revista mejicana: «La Escuela Moderna es indefendible en pedagogía científica, sean cualesquiera las ideas que uno profese. Triste cosa es tener que juzgar a los ajusticiados, pero sin que yo me pronuncie ni por la inocencia ni por la culpabilidad de Ferrer —aunque propenso a creer en esta última—, debo decir que es ridículo querer hacer de él poco menos que un genio»[26]. Antes de la trágica semana un detective inglés, contratado por la burguesía catalana, intentó disolver el iberismo anarquista con procedimientos científico-policíacos; se fue, claro está, como había venido. Después del fusilamiento de Ferrer se acentúan los gritos de ¡Maura, no!, que se convierte en el lema de lucha de los «jóvenes bárbaros»; el propio Lerroux añade a su cadena de reloj una medalla con el negativo estribillo.

Como consecuencia de un debate en el Congreso sobre los sucesos de julio en Barcelona, se produjo la crisis en octubre. «Se bamboleó la monarquía —comentó Azorín— al pedir don Alfonso su dimisión a Maura.»

La caída de los conservadores supuso, como estaba previsto, la subida de los liberales al Poder. Tras un corto gobierno Moret, alcanza la presidencia Canalejas, figura con alta graduación masónica, con quien se recrudeció la política anticlerical.

En los cuplés del «¡Ahí va!», de La corte del Faraón, que se cantaban por patios y esquinas en 1910, se decía:

En Babilonia los ministros

entran y salen tan de repente

que él que gobierna por la mañana

ya por la tarde no es presidente.

Después de un lustro de trámites, se aprueba el empréstito que permitiría iniciar las obras de la Gran Vía madrileña, puesta en solfa por Chueca y Valverde en 1886.

La sombra de la posible vuelta al poder del jefe conservador preocupaba a sus enemigos. En el Congreso, en donde se sentaba por vez primera, Pablo Iglesias repitió un concepto que venía exponiendo en diversas actuaciones públicas: «Para impedir que el señor Maura vuelva al poder, ya dije en otra parte que mis amigos estaban dispuestos al atentado personal.» Era un 7 de julio. Quince días después, al embarcar Maura en Barcelona para Mallorca, en donde pensaba pasar sus vacaciones, Posa, un muchacho afiliado a la juventud radical, disparó tres veces contra el político mallorquín, alcanzándole con dos disparos, uno cerca del hombro y otro en un muslo.

Una intervención de Urzáiz en las Cortes, protestando contra la conversión de la Deuda pereptua exterior en amortizable, puso de relieve que con ello se regalaban millones a tenedores extranjeros y al rey. La guerra marroquí, pese a la ocupación de Alcázar y Larache, se hacía odiosamente interminable, y en ella apoyaban sus campañas los republicanos, quienes con el derrocamiento de la monarquía portuguesa, en octubre, recibieron renovados impulsos.

[25] E. Aunós: «Itinerario histórico de la España contemporánea». Es significativa la periodicidad de este ciclo incendiario: 1835, 1869, 1909 y 1936. Y sería muy conveniente que meditasen quienes suponen que el mundo es incómodo solamente por la existencia del comunismo ruso o chino; que en 1909, en Moscú, reinaba el zar Nicolás II y no existía en España el partido comunista.

[26] En Europa, desde las guerras religiosas, siempre han encontrado pretextos para atacarnos. En Bruselas, donde lucen variadas muestras de fobia española, se erigió un monumento a Ferrer. En la guerra del 14 quedó destruido y fue nuevamente levantado. Con la misma falta de lógica, pero con más justicia, podríamos recordar en la capital de Espaañ el oscuro asesinato de Lumumba en el Congo.

Como consecuencia de una insurrección a bordo de la fragata «Numancia» fue fusilado el fogonero Antonio Sánchez. Pablo Iglesias señaló el nombre de Canalejas, como antes había hecho con Maura. En las huelgas de protesta por el fusilamiento destacaron, por su crueldad, los alevosos crímenes cometidos en Cullera, en donde fueron arrastrados, entre gritos de triunfo, los cadáveres del juez, muerto a hachazos en la cabeza; del habilitado, al que clavaron una aguja alpargatera por la espalda, y del actuario, también apuñalado. De los siete condenados a muerte, el Gobierno decidió indultar a seis y confirmar la sentencia para un sujeto llamado «el Chato de Cuqueta», ejemplo de ferocidad. El rey, ante las amenazas de huelga, perdonó también a este criminal. El jefe liberal, disconforme, presentó la dimisión. Volvió Canalejas al Gobierno y Pablo Iglesias lanzó la consigna de «memoria y odio»; días después, el 12 de noviembre de 1912, cuando miraba el escaparate de la librería de San Martín, en la Puerta del Sol, moría asesinado Canalejas. Se inició entonces una campaña contra las incitaciones de Pablo Iglesias al atentado personal y se mostraron activos los estudiantes monárquicos, quienes, recibidos por Alfonso XIII, escucharon de los labios reales:

> «Vuestra protesta me da bríos. Si hasta ahora he ido hacia el progreso de España por camino vecinal, ahora iré por carretera.»

Romero Robledo, escéptico y cínico, comenta:

> «Esto no se arregla, no hay quien lo arregle ni conviene que se arregle.»

Con Romanones, la «entente» con Francia, pese a las buenas comidas y excelentes palabras de amistad, nos cede el miserable norte de Marruecos, quedándose con la zona pacífica y rica, y para colmo establece el enclave de Tánger.

LOS INTELECTUALES EN EL RUEDO POLÍTICO

Romanones, en la jefatura del Gobierno, desarrolló una acertada labor para acercar la corona a los catedráticos republicanos, cada vez más inclinados, como el resto de los intelectuales, a participar en el ruedo político. El primero de estos encuentros fue con Azcárate, santón del republicanismo, quien al salir de Palacio declaró que había encontrado al rey muy liberal en materia de enseñanza. Otro catedrático, Bartolomé Cossío, director del Museo Pedagógico, elogió el vivo deseo del soberano por levantar el nivel cultural de España; también fue comentada la audiencia a Ramón y Cajal. No sería ilógico relacionar estas visitas con dos reales órdenes, exceptuando a los soldados no católicos de asistir a misa y suprimiendo en las escuelas públicas la enseñanza del catecismo cuando fuera solicitado por los padres. Otro catedrático, Melquíades Alvarez, aglutinaba de forma creciente un selecto grupo con tendencia liberal republicana. Meses antes, el 19 de marzo de 1912, había muerto en Santander la figura más destacada de la intelectualidad conservadora, Marcelino Menéndez y Pelayo, diputado en varios Parlamentos en los últimos años del siglo xix, aun cuando sin efectividad política. También Galdós había sido varias veces diputado, pero en realidad era la política la que se aprovechaba de su popularidad y prestigio. Había sido diputado de Sagasta, por un distrito de Puerto Rico. Volvió a ser diputado republicano en 1907 y 1910. Pío Baroja intentó ser diputado lerruxista[27].

Se hacía política con la cultura, cosa muy distinta a tener una política cultural. La Tribuna podía mostrar una desoladora estadística sobre lo que en algunos países europeos se pagaba por la enseñanza por habitante:

Inglaterra	7,60
Italia	5,27
Portugal	2,15
España	1,65

En octubre de 1913 forma Gobierno Dato, un conservador no maurista, abogado de grandes empresas y de importantes casas aristocráticas; llevó a Instrucción Pública a un intelectual, Francisco Bergamín. La ascensión de Dato provocó un movimiento secesionista de los jóvenes del partido conservador, que dirigidos por Osorio y Gallardo formaron círculos mauristas independientes.

El 23 de marzo de 1914 el profesor Ortega y Gasset, cuyas lecciones sugestionaban a los estudiantes, dio una conferencia en el teatro de la Comedia, de Madrid, titulada «Vieja y nueva política»; habló en nombre de una «Liga de Educación Española» en la que figuraban, entre otros intelectuales, Ramiro de Maeztu, Azaña, Pérez de Ayala, Fernando de los Ríos y Salvador de Madariaga. Creía aquel grupo en la regeneración de España partiendo de la dolo-rosa fecha de 1898; declaraban su conformidad con la monarquía simplemente porque existía, y prometían, a largo plazo, vertebrar la Patria, inundarla de curiosidad y entusiasmo hasta los últimos rincones, sembrando amor e indignicación. Los intentos de acción política de esta minoría universitaria carecieron de importancia; no así el efecto de sus palabras.

Con la firma por Dato del decreto de las Mancomunidades, que concedía cierta autonomía regional, consolida sus éxitos el grupo intelectual, que en Barcelona encabezaba Prat de la Riba. Asumió Prat la presidencia de la Mancomunidad y conseguía, con la inteligente labor del filólogo Pompeyo Fabra, un idioma catalán más pulcro; esta

[27] En realidad, nunca dejó la política de utilizar los sonoros nombres consagrados por la literatura. Larra fue encasillado por Avila. Espronceda, en 1842, durante ochenta y cuatro días, hasta que murió de «garrotillo», fue diputado por Almería Azorín fue diputado en 1917 y después en 1916 y 1919.

revisión, unida a normas ortográficas simplificadas, supuso una lengua renovada sin diferencias apreciables entre las regiones de Cataluña. El conjunto de instituciones culturales creadas al calor de la Mancomunidad, con una indiscutible intención política, se denominó «Universitat Nova», marcando así su discrepancia con el espíritu de la Universidad de Barcelona, que recibía directrices de los organismos centrales.

Por estos años, el 14 de mayo de 1912, recibe su bautismo de fuego en Marruecos el teniente Francisco Franco. Había ingresado en la Academia de Infantería de Toledo en 1907 y en el curso siguiente juraba bandera en el patio del Alcázar. Formaba parte de una promoción que consideraba el estudio, en contraposición a sus antecesores, como la parte más importante de su preparación militar.

ESPAÑA, PUZLE PARADÓJICO

En el verano de 1914 un estudiante, para liberar Bosnia, asesina en Sarajevo al príncipe heredero de Austria. El atentado desencadenó la primera guerra europea. El conflicto bélico, en el que perecerían ocho millones de seres, dividió aún más a los españoles y los movió al compás de intereses extraños, resultando un nuevo y poderoso elemento de confusión y enturbiamiento político, pese a que España adoptó desde el primer momento una posición de neutralidad. Los intelectuales no fueron ajenos al encuadramiento en bandos irreconciliables de germanolófilos o aliadófilos; figuraron entre los primeros Bonilla San Martín, Benavente, Rodríguez Marín, entre otros, y como partidarios de los aliados, Altamira, Menéndez Pidal, Castro...

Estas tendencias llegaron a ser más fuertes que las ataduras de partido, y una agrupación tan férrea como el carlismo sufrió la escisión de Vázquez Mella, que llevó, con su fogosa oratoria, muchos ánimos al campo germanófilo, en contra de las claras inclinaciones hacia los aliados, del pretendiente don Jaime. El sector mellista, que optó por denominarse tradicionalista, acusó a su rey de falta de fe y religiosidad.

Algunos separatistas catalanes lucharon en la Legión Extranjera francesa, convencidos de que el triunfo de los aliados supondría la separación de Cataluña del resto de España, en la inevitable revisión que habría de experimentar el mapa de Europa. Olvidaban que Francia había ahogado no ya la expansión, sino la pervivencia de las culturas vasca y catalana dentro de sus fronteras, dejándolas reducidas a cuestión folklórica o de museo. Los republicanos catalanes que seguían a Lerroux estaban más cerca de una política centralista que los carlistas, y en Bilbao, cuando unos jóvenes derechistas, hijos de familias adineradas, queman una bandera nacional, fueron los republicanos quienes figuraron en la primera línea de la reacción de protesta, cortada por el gobernador, representante del poder central. Para colmo de desconcierto era alcalde de la capital vizcaína un nacionalista vasco, Mario de Arana, nombrado por real orden.

El turno pacífico de liberales y conservadores se encontraba en vías de agotamiento[28]. Rotos los dos partidos básicos en fracciones, afloraban con fuerza otras agrupaciones hasta entonces poco considerables y la política se complicaba. En uno de los ataques de Maura contra Dato,, también conservador, dimitió Bergamín la cartera de Instrucción. Con Romanones en el poder, la división electoral lleva al Congreso liberales, naturalmente en mayoría; conservadores, mauristas, ciervistas, republicanos, reformistas, radicales, regionalistas, jaimistas, católicos e independientes. En estas elecciones fue derrotado en León el republicano Azcarate, a quien envió el rey un cariñoso telegrama; no obstante este apoyo moral, en las elecciones senatoriales Azcarate fue nuevamente derrotado en la Universidad de Madrid por el monárquico Ortega Morejón.

Le guerra europea produjo cierto crecimiento de nuestra pobre industria, un florecimiento comercial, especialmente en Cataluña, y la aparición de una clase social, de nuevos ricos, surgidos al aire fácil de las especulaciones y al contrabando con ambos contendientes; pese a esta realidad, el Gobierno no pudo conseguir que fuese aprobado un proyecto de Alba, imponiendo una contribución directa sobre beneficios extraordinarios obtenidos durante la guerra; pero en compensación Villanueva, como presidente del Congreso, suprimió los caramelos con que se obsequiaba a los diputados.

En este período bélico los estudiantes parecen perder la relativa templanza iniciada después de los disturbios contra La Cierva en 1905, etapa de calma, que extrañó a muchos que esperaban, con cierta lógica, un recrudecimiento de las actitudes rebeldes, dado su éxito estruendoso. En Barcelona, en reacción contra los separatistas que luchaban bajo colores extranjeros, los universitarios españolistas alborotaron las clases en donde los catedráticos explicaban en catalán. En Granada participaron los estudiantes en una sangrienta algarada contra un cacique local, episodio que repercutió en Sevilla y Madrid.

Por influencia de La Cierva se crea en Murcia, en 1916, una Universidad. Era resultado de su lema «Murcia, para los murcianos», que ya al inventarse provocó la risa de los proipos beneficiarios. La creación universitaria del político conservador fue muy combatida; se dijo que su afluencia de alumnos estaba en razón directa con las facilidades que de allí se encontraban para aprobar. El Consejo Superior de Instrucción Pública propuso su supresión que por poco tiempo llevaría a efecto la Dictadura.

Aflora el complejo problema de las Juntas Militares de Defensa, que habían comenzado a organizarse en noviembre de 1916 en Barcelona. Gobernaba García Prieto, que había puesto en Instrucción al periodista Francos

[28] El montaje político ideado por Cánovas, con la restauración en la persona de Alfonso XII, suponía, en lo que a los partidos se refiere, una versión de la división inglesa de torys y wbigs. Los liberales y conservadores españoles se turnaban en el poder, en un juego, en virtud del llamado pacto del Pardo, con las cartas boca arriba. Cuando se disolvían las Cortes y se convocaban otras elecciones, se sabía que eran ganadas indefectiblemente por el partido al que se concedía el decreto de disolución.

Rodríguez y se había dejado poner por el monarca al general Aguilera en el Ministerio de la Guerra. El motivo que originó estas Juntas, cuya cabeza visible era el coronel Márquez, fue el disgusto en el arma de Infantería por los injustificados ascensos y premios de guerra; se calculaban en 100.000 los concedidos por las campañas de Marruecos. Arrestada la Junta de Barcelona, al negarse a su disolución, los detenidos, en un escrito, comenzaban aludiendo a «su disciplina» y terminaban dando un plazo de doce horas para ser puestos en libertad y reconocidos oficialmente en su estructura militar-sindicalista. Alfonso XIII, que había recibido con simpatía a diversos enlaces de las Juntas, temió cuando Leorroux ofreció libertad a los arrestados en Montjuich con ochocientos radicales armados. Al fin García Prieto se fue y el rey encargó a Dato la formación de un Gobierno. Reaccionaron en contra los mauristas, y pese a su monarquismo rompieron en su centro, en medio de un gran alboroto, el retrato de Alfonso XIH. Se aprobó el reglamento de las Juntas, que extendieron su acción a los ministerios civiles, y lo que resultaba más grave, los sargentos decidieron tomar el ejemplo de sus jefes.

UN GRITO NUEVO: ¡VIVA RUSIA!

Alfonso XIII se entusiasmaba en el teatro Real con los «ballets rousses», y en Rusia se desencadenaba una revolución social cuyas repercusiones eran entonces imprevisibles.

Una voluntad de rebeldía iba calando, una tras otra, las capas de la sociedad española. Republicanos y socialistas unen sus esfuerzos, pensando en un victorioso asalto al baluarte monárquico; aparecen juntos, en el mismo comité, los nombres de Largo Caballero y Melquíades Alvarez. Los elementos derechistas del catalanismo animan a los socialistas y Cambó diserta en una Casa del Pueblo[29]. Las Juntas militares incitan al rey para que se adelante a hacer la revolución. Pablo Iglesias, cada vez más atraído por los intereses de la Unión General de Trabajadores, no estaba decidido a jugárselos en una acción política turbulenta, pero fue rebasado por el grupo de universitarios incorporados al socialismo.

Estalló la huelga revolucionaria con su secuela de incendios, saqueos y muertes. Las fuerzas de Seguridad y del Ejército actuaron severamente: solamente en Sabadell hubo treinta y siete muertos. En Madrid adquirió entonces fama de bastión rojo la barriada de Cuatro Caminos. Ante las frecuentes suspensiones de las garantáis constitucionales, el ABC se pregunta: «¿Qué han venido a ser aquí lo normal y lo anormal?»

Las Navidades de 1917 fueron ampliamente festejadas por el hambre; con tal motivo la península volvió a presenciar el cuadro de saqueos y muertos, agravado en Madrid por la falta de luz en las calles. Un nuevo grito aparece en estos desórdenes: el de «¡Viva Rusia!», constituida en tierra de promisión de los famélicos.

Eran muy pocos los que concedían continuidad a la revolución bolchevique. Casi nadie compartía el punto de vista de Sofía Casanova, que escribía desde Varsovia: «La victoria de los bolcheviques es formidable y peligrosa, mucho mas peligrosa para el desenvolvimiento del mundo que ha de seguir que lo fuera la hegemonía militar de Alemania o el despotismo marítimo de Inglaterra.»

Por vez primera se celebran en España unas elecciones no regidas y organizadas por un solo partido. El ensayo dio como resultado una pulverización política que asignaba a Dato un centenar de puestos, Maura veintisiete, otros tantos Cierva, García Prieto ochenta, Romanones cuarenta, treinta Alba, Cambó treinta y tres, más nacionalistas vascos, republicanos, socialistas e independientes. Entre los diputados elegidos figuraban los componentes del comité de la pasada huelga general, presos en' el penal de Cartagena, entre ellos el catedrático socialista Julián Besteiro.

Después de angustiosos días se alcanza la única solución viable: un gobierno de concentración nacional, que fue presidido por Maura. Pese a las lágrimas derramadas por el rey el día de su constitución y a la eficaz labor desarrollada dentro de la línea de «renovación» entonces en boga, el Gobierno nacional sólo duró meses. En tan poco tiempo, entre varios aciertos, podían anotarse el comienzo de la electrificación de la rampa ferroviaria de Pajares, la creación de la fiesta de la Raza, el paseo marítimo de Barcelona y el Ministerio de Abastecimientos, creado por los catalanes Ventosa y Cambó, tardíamente lanzados a una política nacional con el lema «por una España grande». La crisis fue provocada por Alba, ministro de Instrucción Pública, con objeto de ponerse en la oposición, antesala casi segura del poder; para ello hizo cuestión de confianza la aprobación de una serie de reformas en la enseñanza, concediendo autonomía a las Universidades, creando 20.000 escuelas y mejorando el sueldo de los maestros, programa considerado como imposible. El ambiente de enriquecimiento rápido, sin esfuerzo ni base, que facilitó la guerra europea, no dejaba demasiado lugar para preocupaciones culturales. En mayo de 1918 el señor Zabala denunció en las Cortes «el negocio de las universidades», pues de ellas obtenía el Estado ganancias económicas. En la denuncia se enumeraban una serie de males que no parecen tan lejanos, tales como la ausencia de los catedráticos de su misión docente, los abusos con los libros de texto y el interés de alumnos y padres por el aprobado por medio de la recomendación, sin la menor preocupación por el saber.

El desinterés cultural produjo el hecho de que en el curso de literatura en la Facultad de Letras de Madrid, a cargo de Emilia Pardo Bazán, diera una asistencia media de tres alumnos.

La guerra europea trajo a Europa una masa de norteamericanos y sus costumbres, entre ellas las deportivas, en la práctica y en el aspecto, llevándose por delante pelambreras y bigotes. Comenzó entre los estudiantes la era

[29] Los domicilios de los sindicatos de la Unión General de Trabajadores adoptaban la denominación de «Casas del Pueblo».

del chicle, así se llama entonces el entusiasmo por las películas de aventuras de Eddie Polo, el gran caballista, y el gusto por el tango, importado de la Argentina.

Como telón de fondo de este panorama, un endémico estado de agitación social, oscurecido por el final de la gran guerra, llevó serios temores a industrias y comerciantes, y, como aliado, el pánico provocado por una terrible epidemia de gripe, que produjo miles de víctimas.

COMIENZAN «LOS FELICES AÑOS VEINTE» [30]

«A ver quién es ahora el guapo que se encarga del poder»; con esta democrática frase Maura anunciaba el fin del Gobierno nacional. El «guapo» fue García Prieto y su ministerio vivió un mes. Le sucedió Romanones, quien comentó con sorna: «Duraremos ocho o diez días.» En los cuatro años siguientes serían ocho más los gobiernos del país, hasta que el desgaste de hombres y la esterilidad de] sistema desembocaron en la Dictadura del general Primo de Rivera.

La Universidad tampoco gozaba de buena salud. Valgan como muestra dos cuestiones planteadas al iniciarse el curso 1920-21. Una comisión de estudiantes de la Universidad Central, en la que figuraban Joaquín Garríguez, M. Lora Tamayo y R. Blanco Caro se dirigen al ministro de la Gobernación en noviembre, pidiéndole que «inicie la regeneración del estudiante español». La «piadosa petición» se fundamentaba así:

«Los que suscriben, alumnos de las diferentes facultades de esta Universidad, inspirados en el mismo ideal que les llevó a crear las asociaciones oficiales que actualmente existen, y convencidos de que es preciso emprender con toda urgencia una activa campaña en favor de la moralización del estudiante y de que para el buen éxito de la misma no basta nuestro solo esfuerzo, sino que de modo imprescindible necesitamos el apoyo constante y eficaz de las autoridades, a vuecencia hacen presente la conveniencia de iniciar, desde luego, la aludida campaña, que por el pronto debe dirigirse a que se cumpla la prohibición que para los menores existe de entrada en las casas de juego, centros donde lo menos que el estudiante pierde es el dinero que tal vez para matrículas y libros tiene asignado. Asimismo sería muy conveniente hacer extensiva la prohibición a la venta y pignoración de libros de texto y apuntes, que proporciona intolerables ingresos a los profesionales de la usura.»

Y podemos adivinar la situación económica del profesorado a través de un artículo de Alvaro Alcalá Galiano:

«¿Por qué no se aumenta el sueldo a los catedráticos? ¿Por qué se permite, en cambio, la inmoralidad de que sean ellos los autores de textos obligatorios? ¿Por qué no se sacan a concurso las obras de texto, a fin de que sirvan las de un mismo autor para todas las Universidades de España?

El marqués de Portago podrá dejar un recuerdo imperecedero de su paso por el Ministerio de Instrucción Pública si en un Real Decreto lleva a la práctica lo que desde hace mucho tiempo piden cuantos se interesan por la instrucción pública en España.

Hay que terminar, de una vez para siempre, con esos vergonzosos libros de texto que son baldón de la enseñanza oficial y vergüenza de la cultura que se difunde con la garantía del Estado.»

Durante este período, España parece caminar hacia una catástrofe sin que se vislumbre solución. El separatismo afila sus dientes en el río revuelto del desconcierto nacional y, entre la estulticia de unos y otros, se caía en grotescas aberraciones. En Barcelona, en un acto en honor de Prat de la Riva, se iza la bandera norteamericana y se vitorea a Wilson. Por este disparatado camino, los reducidos grupos de separatistas vascos se dirigen por escrito al Presidente de los Estados Unidos como liberador de pueblos oprimidos. A veces, estas actitudes ocasionaban sucesos sangrientos; en Bilbao, un joven fue asesinado cuando vitoreaba a España, frente a un grupo de vizcaitarras. En tal clima, solamente los energúmenos llamaban la atención de las gentes; destaca, entre ellos, un viejo militar, Maciá, quien en Cataluña, con sus arrebatadas arengas contra la Patria común, convirtió, de hecho, a la Liga de Cambó en un grupo españolista más, fracasado por cierto en sus intentos de obtener concesiones de autonomía para su región, lo que llevó a la juventud educada por Prat de la Riva hacia un izquierdismo intransigente, que terminaría lindando con el separatismo. Estos movimientos suscitaron inquietudes semejantes entre gallegos nacionalistas y, muy tímidamente, en una docena de valencianos.

En la Universidad barcelonesa, los incidentes se sucedían y con cualquier pretexto, como una clase en catalán, o una insignia en la solapa más o menos catalanista.

Los forcejeos regionalistas se habían degradado. Antonio Royo Villanova, comentando el escaso interés de los jóvenes de Aragón y Cataluña por el Derecho Foral, escribía: «Cuando yo estudiaba mi carrera de Derecho en 1885 y 86, los estudiantes de Barcelona y Zaragoza luchamos unidos contra la unidad legislativa lograda por el artículo 15 del Código Civil.

Pero entonces no había regionalismo político. Los jóvenes de mi tiempo no éramos políticos, y los de ahora, sí.

Entonces luchábamos por el derecho, ahora luchan por el poder.»

[30] Se trata de una acertada expresión referida a los pueblos europeos, lanzados después del infierno de la guerra a una alegre evasión, pero que sólo con impropiedad ha podido utilizarse para nuestra Patria con las adjetivaciones dulces, locos, etc.

Pero un factor insospechado situó al separatismo en posiciones de interés secundario: se trataba de la acción terrorista iniciada por los Sindicatos de la Confederación Nacional del Trabajo, que agrupaba a la casi totalidad de los obreros catalanes, quienes, en sus numerosos atentados contra empresas y patronos, no discriminaban sobre la ideología de los mismos. Los empresarios, alegando los doscientos treinta atentados de que habían sido víctimas, organizaron una política de ojo por ojo, una vez que encontraron el hombre capaz de dirigirla.

El general Martínez Anido, desde el Gobierno Civil de Barcelona, montó el aparato contraterrorista, basado en unos Sindicatos «libres», en lucha con los Sindicatos «únicos» de la C. N. T. Los asesinos de policías, empresarios y sindicalistas formaron un clima selvático en el que tenían cabida las mayores atrocidades. El Estado, incapaz de imponer la Ley, intentaba la paz también por caminos criminales. El 22 de enero de 1921 se practicaban, oficialmente, veintiuna autopsias a sindicalistas que pretendieron «fugarse» al ser detenidos. La utilización de la llamada Ley de fugas pareció calmar, momentáneamente, el ritmo hasta entonces creciente de atentados[31]. Cambó se puso del lado de Martínez Anido, con quien estaba —dijo— la casi totalidad de los barceloneses. Como represalia por los métodos utilizados por el Gobernador civil, tres jóvenes sindicalistas, Matéu, Nicoláu y Casanellas, asesinan al Jefe del Gobierno, Eduardo Dato. Cuando Sánchez Guerra decidió la sustitución de Martínez Anido y el nombramiento de gobernadores legalistas, el terrorismo se agravó hasta lo insoportable, y en el entierro del somatenista Franquesa, asesinado por los sindicalistas, la multitud, irritada, zarandeó al gobernador Barber, al tiempo que ovacionaba al capitán general Primo de Rivera, en quien las gentes de orden de Cataluña veían la única solución.

No era Cataluña una excepción. Las estadísticas del año anterior señalaban mil trescientas dieciséis huelgas, con setecientas cincuenta y siete acciones armadas; los asesinatos sociales, ampliados hasta las jerarquías de la Iglesia, ocupan toda la geografía ibérica; a esto habríase de sumar atracos y actos de sabotaje, entre los que destacó el incendio del trasatlántico «Alfonso XIII».

Los años veinte trajeron un fenómeno por desgracia frecuente, la huida de nuestros capitales, por otra parte bien raquíticos, en busca de mejores y más seguros dividendos. El Gobierno hubo de tomar medidas, en mayo, para evitar el cambio incesante de pesetas por libras, francos, etc. El «A B C» utilizó, en disculpa del capital huidizo, el argumento, que debió ser muy agradecido por las cien familias dominantes, de que la culpa la tenían los obreros con sus excesivas pretensiones y la forma poco moderada de plantearlas.

La inacabable guerra marroquí alcanza momentos de dramática tristeza. Un despliegue en la comandancia de Melilla, realizado por el general Fernández Silvestre, confiado al valor y la suerte, con menosprecio de la técnica militar ,dio lugar a una serie de desastres en los que miles de soldados españoles murieron, unos con heroísmo y otros presos de pánico, dando la espalda a sus atacantes. Annual, el Barranco del Lobo y Monte Arruit enlutaron a muchas madres españolas[32]. Mientras tanto, en la Península se lanzaban claras e impunes incitaciones a la deserción. El estado de ánimo de la nación era buena muestra de cómo puede envilecerse un pueblo con una política inadecuada. Aquellas derrotas que nos inflingía un enemigo inferior sacó a la palestra la palabra responsabilidades. Del expediente, del que fue informador el general Picasso, saltaron salpicaduras hasta el propio Rey.

«ME DUELE ESPAÑA»

En el período anteriormente relatado, en 1920, muere Galdós y Benavente alcanza el premio Nobel. La Universidad despierta de una prolongada modorra política. El desconsolador paisaje nacional produjo fuerte desazón entre los profesores, que no tardó en contagiarse a los estudiantes. El mal quedaba genialmente diagnosticado con el unamuniano «Me duele España». El aumento de prestigio de los intelectuales y la debilitación de los partidos convierten el Ateneo de Madrid en un hervidero que movía el catedrático republicano Buylla. Otro catedrático, el socialista Fernando de los Ríos, defendió en Moscú la autonomía de su partido socialista frente a las tentativas de absorción de la III Internacional.

Era el verano de 1920, Lenin le repetía al profesor su célebre pregunta:

Libertad ¿para qué?

En abril de aquel año se fundó el partido comunista, con la escisión de un grupo de las Juventudes Socialistas.

Muere el 13 de mayo doña Emilia Pardo Bazán, que con su buen escribir elevaría el papel de la mujer española. La Asociación oficial de Estudiantes de Filosofía y Letras acuerda acudir en pleno al entierro, invitando a todas las asociaciones estudiantiles a acompañarles.

En agosto de 1921 vuelve Maura al poder y con él, como ministro de Instrucción Pública, Silió, quien dos años antes, en análoga combinación gubernamental, preparó una bienintencionada reforma universitaria que no pasó de proyecto, pues el Gobierno duró tres meses. No sería mucho más larga la vida de este ministerio, pero aun así pudo promulgar un Real Decreto concediendo cierta autonomía a las Universidades y otro reformando el Consejo

[31] La llamada ley de fugas consistía en el fusilamiento de presos pretextando intentos de huida.
[32] La retirada de Annual costó 9.000 muertos. Las columnas ene migas estaban al mando de Abd el Krim, que antes había servido a España, tras estudiar en Madrid.

de Instrucción, quedando establecida en cada Facultad una Asociación oficial de estudiantes con determinadas funciones y responsabilidades.

El 7 de octubre, Alfonso XIII recibió a una comisión de estudiantes presidida por Pablo Mendizábal. Se trataba de un grupo con clara tendencia conservadora, que ofrecía al Rey, para el Príncipe de Asturias, es decir, para el heredero del Trono, la presidencia de la Unión Nacional de Estudiantes y, de paso, pedían al Monarca su asistencia a la función que habían organizado para dos días después en el teatro Real y a beneficio de los heridos en África. Don Alfonso aceptó el ofrecimiento y la invitación, y aprovechó para expresar su deseo de que el curso transcurriese sin los incidentes que habían salpicado el año académico anterior.

El día 8 se reunió por segunda vez el Claustro universitario de Salamanca, pero no pudo nombrar rector, pues el señor Esperabé, que obtuvo veintiún votos, contra diecisiete de Unamuno, no tenía mayoría reglamentaria suficiente. Pronto el republicanismo de Unamuno sería ruidosa representación de aquella Universidad.

El primero de octubre, el Rey inaugura el curso académico en la Universidad Central. Alfonso xm entregó a los alumnos premiados los diplomas correspondientes.

Con frecuencia son nombres que se pierden después en la mediocridad. Esta vez, de los galardonados sonarían en el futuro: Pedro Sainz Rodríguez, Premio extraordinario en el grado de doctor, sección de Letras; Ciríaco Pérez Bustamante, en la sección de Historia; en Ciencias obtuvo el premio de la Fundación docente Rodríguez de Cela el estudiante Manuel Lora Tamayo; en Derecho, premio extraordinario en el grado de licenciado, Joaquín Garríguez; en el grado de doctor, Wenceslao Roces; en Medicina, premio extraordinario en el grado de doctor, Plácido González Duarte.

La terca actitud de las Juntas militares produjo un grave incidente, en el que fueron protagonistas alumnos de la Escuela Superior de Guerra, que llevaron su problema al periódico El Sol. Habían sido invitados a firmar su adhesión previa a la Junta de Infantería y veinticinco de ellos publicaron las razones de su negativa en el periódico que Aznar había convertido en el portavoz de la inteligencia reformadora. Por violación de secreto militar fueron juzgados por un Tribunal de Honor, que los separó de la milicia. El Consejo Superior de Guerra y el ministro de la Guerra negaron efecto legal al fallo. El Gobierno anuló la sentencia; pero, temeroso ante los rumores de un golpe de Estado por parte de las Juntas, nombró otro Tribunal, que decidió, definitivamente, la separación de los independientes alumnos.

Si la Constitución no garantizaba la vida normal del país, la suspensión de los derechos ciudadanos tampoco significaba una variación sensible. El sistema político era incapaz de gobernar a los españoles ni con garantías ni sin ellas. En la desorientación nacional, y en el Ateneo de Madrid, el sector republicano hizo bandera del célebre expediente Picasso. En sesión extraordinaria se decidió, a propuesta de Albornoz, organizar una manifestación pidiendo responsabilidades por las derrotas de África; en la misma moción se exigía la dimisión de quienes se negasen a concurrir. La votación hizo caer a la Junta de Gobierno, que presidía Romanones. Desde entonces, aquella sociedad cultural sería manejada por los republicanos.

La Asociación Oficial de Estudiantes de Derecho funda el Ateneo Jurídico. La conferencia inaugural estuvo a cargo, el 8 de noviembre de 1921, del prestigioso penalista, pese a su juventud, que polarizaba grupos estudiantiles avanzados, Luis Jiménez de Asúa.

Destacó una intervención de Unamuno, en febrero de 1922, que encontró amplio eco estudiantil. En aquel mismo año volverían los universitarios a la calle. Los oficiales de las fuerzas de choque que operaban en Marruecos eran contrarios a las Juntas, esta actitud culminó en una carta de Millán Astray pidiendo el retiro por negarse a obedecer «su poder subversivo»; sus palabras crearon un ambiente de irritación en el que los estudiantes de casi toda España asumieron el papel de agitadores de vanguardia. En Madrid, y por efecto de una carga de la Fuerza pública, resultaron varios heridos, pidieron entonces los escolares la destitución de Millán de Priego, Director general de Seguridad ; los incidentes obligaron, el 24 de noviembre, a clausurar la Universidad Central, a donde no volvió la normalidad hasta la caída del Gobierno y la disolución de las Juntas militares.

Pero realmente no se concedía importancia a los altercados universitarios:

—Cosas de estudiantes —se decía despectivamente.

El 7 de marzo de 1922, en plena crisis ministerial, mientras Sánchez Guerra componía la lista de sus ministros, entre los que figuraba César Silió en Instrucción Pública, se solemnizó la fiesta del estudiante en el día de Santo Tomás. A una misa celebrada en San José asistió nada menos que Alfonso XIII. Pero en la Universidad se marcaba un claro rechazo a la política oficial. Del comentario de A B C se deduce claramente:

«En virtud de oportunas disposiciones, se había ordenado hubiese ayer vacación en todos los centros docentes que dependen de los Ministerios de Instrucción Pública, Fomento y Trabajo. Algún Consejo universitario había decidido, en uso de sus facultades autonómicas, no haber lugar a vacación; pero una nota oficiosa del Ministerio de Instrucción Pública ha señalado «-que el régimen autonómico no atribuye a los Consejos universitarios la facultad de determinar el alcance de las disposiciones que, con carácter general, emanen del Poder.»

Los estudiantes acudieron a primera hora a la Universidad y, en actitud pacífica, permanecieron toda la mañana en los claustros.

La mayoría de los catedráticos de las Facultades de Derecho, Filosofía y Letras y Ciencias acudieron a sus clases.

Todos ellos, tanto a la entrada como a la salida de las aulas, fueron objeto por parte de los escolares de cariñosas demostraciones de simpatía y respeto.»

TOMAN CUERPO LAS ASOCIACIONES OFICIALES ESTUDIANTILES

En el curso 1921-1922 terminó su carrera, en la Facultad de Derecho de la Universidad Central, José Antonio Primo de Rivera[33]. Había estudiado el Bachillerato, entre los años 1912 y 1917, en el Instituto «Cardenal Cisneros», de Madrid, y en los de Cádiz y Jerez, matriculándose en Derecho en 1918, siendo decisivo en la elección de disciplina su amigo Raimundo Fernández Cuesta. José Antonio Primo de Rivera pertenecía a la extraña minoría que tomaba en serio sus estudios; ni el billar, ni los bailes de modistillas, ni la desenfadada bohemia le atraían excesivamente; pero su papel de estudiante lo asumió no sólo para sus libros, sino, también, íntegramente como parte de la colectividad[34]. En la Asociación de Estudiantes, nacida de la reforma Silió, fue secretario de la correspondiente a la Facultad de Derecho, siendo presidente Ramón Serrano Súñer, y en la Unión Nacional de Estudiantes, llegó a la presidencia como representante de Derecho. Por entonces, y alrededor de estas Asociaciones, comienzan a perfilarse los bandos estudiantiles que habrían de influir decisivamente hasta 1933.

El 4 de febrero de 1922, con motivo de la Fiesta del Estudiante, en el paraninfo de la Universidad se celebró una asamblea escolar.

Presidieron el rector de la Universidad Central, Rodríguez Carracido; el decano de la Facultad de Ciencias, Octavio de Toledo; la directora de la Normal de maestras, señorita La Rigada; el presidente de la Asociación Nacional de Estudiantes, Lamana, y el presidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, Serrano Súñer.

Hizo uso de la palabra el presidente de la Unión Nacional de Estudiantes, quien explicó el significado de la asamblea y los fines que propone, y que no son otros que el logro de una completa fraternidad entre todos los estudiantes.

A continuación, el catedrático de Derecho Penal, señor Jiménez Asúa, manifestó que era decidido partidario de las Asociaciones estudiantiles, a las que exhortó para que rechazaran toda posible injerencia de elementos extrauniversitarios.

Se refirió al Congreso Internacional de Estudiantes, que habría de celebrarse el próximo septiembre en Buenos Aires, y dijo que no podía faltar en él la representación española.

«En dicho Congreso no deben limitarse los estudiantes españoles a hablar, como generalmente se ha hecho, del pasado. Deben hablar también del porvenir. No deis lugar a que pueda seguir teniendo actualidad aquella frase de Kant de que «España es el país de los antepasados».

El mismo año que se creó la Asociación Oficial de Estudiantes surgió el propósito de fundar con las agrupaciones una entidad al margen de la Asociación Oficial o bien como grupo dentro de ella. José Antonio Primo de Rivera se opuso al propósito; debemos a Serrano Súñer esta versión de la dialéctica joseantoniana, que es su primer texto político, omitiendo naturalmente sus ejercicios escolares:

> «El Estado llama y admite a todos los estudiantes en la Universidad. Nosotros no tenemos la culpa de que no se exija, por ejemplo, una confesión religiosa para gozar de la enseñanza. Por lo tanto, no planteen ustedes un problema que el Estado no plantea. Hagan ustedes asociaciones para fomentar la piedad entre los jóvenes, pero no la hagan para participar en la Universidad profesionalmente. que es para lo que el Estado nos convoca. No invadan ustedes la órbita del Estado. Y en último término: si ustedes crean una entidad estudiantil con carácter de católica, al margen de la del Estado, y siendo presumible que la del Estado conservaría a algunos estudiantes, es indudable que estos estudiantes aparecerán como menos católicos por el solo hecho de interpretar mejor las leyes, y que, si su asociación lucha con la de ellos, es posible que la de ellos empiece, para estar totalmente en contra de la suya, a definirse como contraria a su definición; es decir, a ser contracatólica. Esto es deplorable. Si hubiera una asociación de estudiantes budistas, bien estaría defenderse de ella, pero ante una asociación integrada por católicos, en la que los fuertes podrían influir a los débiles, ¿por qué abrir esa lucha inútil?

Sus argumentos no fueron totalmente compartidos. Fernando Martín Sánchez creó la Confederación de Estudiantes Católicos, entendiendo que no era posible enderezar el matiz sectario que comenzaba a apoderarse de las Asociaciones oficiales y que urgía contrarrestarlo desde fuera. Destacarían y persistirían en el sector católico los hermanos Artajo, Alfredo López, Tomás Morales, Guillermo Escribano, Pedro Rocamora y Pedro Gamero del Castillo.

José Antonio prosiguió con tenacidad su propósito de mantener la profesionalidad de la Asociación Oficial y evitar que los estudiantes «católicos» tomaran tinte parcial por leve que fuera, mereciendo su conducta la aprobación del Nuncio, monseñor Ragoness> Con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino trató, en

[33] En el libro de Francisco Bravo José Antonio: el hombre, el jefe, el cantarada se lee en su página 10: «Yo fui de la F. U. E. — oímos decir a José Antonio alguna vez, cuando se hablaba de sus antecedentes políticos—. Estuve, como representante de mis compañeros de Derecho de la Universidad de Madrid, en el Congreso de Zaragoza.» Sin duda, se trata de un lapsus, pues la F. U. E. nació después de dejar José Antonio la Universidad. Y si la Unión Nacional puede invocarse como antecedente fueísta, es debido a su trayectoria, cuando ya José Antonio no era estudiante.

[34] Resulta obligado al citar a José Antonio considerar la biografía de Ximénez de Sandoval.

compañía de Serrano Súñer, de impedir la organiazción de unos actos fuera de la Universidad, patrocinados por Bergamín y Ossorio y Gallardo, entonces encuadrados en el sector católico ; Bergamín era decano del Colegio de Abogados de la capital y, cuando le argumentaron que, siguiendo su criterio, debiera crear un grupo de abogados católicos, replicó llamándoles, despectivamente, neutros. La actitud de José Antonio, condenada a naufragar en la pasión dominante, era consecuencia de su fervor por el Derecho, que en ocasiones futuras le harían parecer ante los demagogos como político no revolucionario.

Pero la Iglesia española mostraba entonces un decidido empeño en encuadrar a la juventud universitaria. El arzobispo de Toledo, cardenal Almaraz, decía a los prelados en una carta circular al finalizar el año 1921:

«El fin de la juventud católica española será formar para la Iglesia y para la Patria un núcleo escogido de jóvenes creyentes virtuosos, cultos y perfectamente organizados. De esta suerte se perfeccionaría la actuación educadora de la familia y de la escuela. Porque la juventud, en nuestros días, recibe, en Universidades, Institutos, Academias, etc., una educación literaria, científica, técnica y profesional más o menos intensa; pero si paralelamente no se la instruye y educa en sentido católico, sus convicciones, sentimientos y prácticas religiosas no podrán resistir los embates de la mala Prensa periódica, de los libros racionalistas y ateos, del teatro inmoral y de todo el conjunto de peligros que ofrece la actual sociedad.»

Un logro importante en este propósito de la Iglesia fue la inauguración, el 27 de noviembre de 1921, de la Casa del Estudiante en Madrid, instalada en la calle Mayor.

Presidió la solemnidad Silió, ministro de Instrucción Pública, con el rector de la Universidad Central y Martín Rucher, rector de la Universidad Católica de Santiago de Chile. En el estrado, los decanos de la Facultad de Medicina, doctor Recaséns; de Ciencia, Octavio de Toledo; de Filosofía y Letras, Bonilla y San Martín; el profesor de la Central señor Yanguas Mesía, y el secretario de la Universidad, Castro y Pascual.

El presidente de la Confederación Nacional de Estudiantes Católicos, Martín-Sánchez Julia, expuso lo que era la Confederación y el grandioso incremento que en un corto espacio de tiempo había conseguido, pues contaba con 16 Federaciones, 84 Asociaciones y 14.500 socios.

Expresó la gratitud de todos los estudiantes a Su Majestad el Rey por haber aceptado la presidencia honoraria de la Confederación.

Recordó a los estudiantes muertos en África y saludó a los que combatían.

El doctor Rodríguez Carracido expresó su entusiasmo por la obra emprendida por los estudiantes; obra que ve con tanta simpatía la Universidad que en los Estatutos sobre la autonomía universitaria da representación en el claustro a los escolares.

Declara que la Universidad de Madrid es la tercera de Europa y que es incapaz para la población que en ella estudia.

El ministro de Instrucción Pública manifestó que había abandonado por unos momentos el Consejo de Ministros para estar entre los estudiantes.

Anuncia que el día 3 de enero se celebrará una asamblea universitaria, donde se fijarán los cimientos de la autonomía, dentro de la cual las Asociaciones de estudiantes están llamadas a desempeñar un importante papel.

En la historia de las Asociaciones estudiantiles no se encuentra, salvo brevísimas situaciones de transición, períodos o grupos neutrales. En estos años, como tantas otras veces, una gran masa visible se deslizaba hacia la izquierda .incluso en sectores regionalistas, así los jóvenes de la Liga por reacción contra el complejo mundo de intereses económicos que movía a sus mayores y, análogamente, en Vizcaya, en donde expulsan del nacionalismo al periódico Aberri, órgano juvenil.

Si resulta excesivo, como afirma Serrano Súñer, que por esta actitud de los estudiantes católicos se desembocó en la F. U. E., es cierto que aceleró el proceso.

El triunfo del comunismo en Rusia y sus expeditivos métodos hacía difícil la permanencia del liberalismo en cualquiera de sus formas, imposibilitando las actitudes intermedias. Se imponían otros sistemas. En 1922 toma vida el fascismo italiano, que aparecía confuso, con su utilización de términos socialistas e imperiales, su jerarquizaron y demagogia, explicado en magníficas crónicas, «La revolución a paso gentil», enviadas desde Roma por Rafael Sánchez Mazas, corresponsal de ABC.

Durante el curso 1922-23, José Antonio hizo el doctorado; sus matrículas de honor, en todas las asignaturas, habían sido compatibles, pese a su sentimiento jurídico, con intervenciones a puñetazo limpio en los alborotos universitarios y con salidas al campo literario y poético[35].

En noviembre, la Universidad Central se agita con violencia. El comentarista «Aemece» la vio así:

«Lo que puede afirmarse es que San Eugenio pasará a ser compañero de San Daniel y Santa Isabel, no sólo en la Corte celestial, sino en el recuerdo del elemento escolar, porque el día de ayer fue trágico para la gente moza de las aulas de San Carlos: la agitación estudiantil de los días pasados se mostró ayer resentida con la Policía y se tradujo su enojo en silbidos, no encontrando un guardia mejor modo de contestar a los silbidos de los muchachos que con los de las balas de su pistola; resultado, seis u ocho heridos y la correspondiente indignación popular

[35] En la revista Raza Española publicó un poema a Magallanes.

repercutiendo en todas partes, incluso en el Parlamento, pidiéndose el castigo ejemplar del culpable y la destitución del director general de Orden Público.»

El conflicto escolar, con este incidente, se mantuvo con asambleas de estudiantes, claustros de profesores, anuncios de manifestaciones, etc., hasta las vacaciones de Navidad.

EL DESEADO CAMBIO

Padecía España un Gobierno García Prieto. Con él llegaría al colmo la crisis del sistema. Los militares acusan públicamente a los políticos de tratar de salvar su incapacidad encenagando con calumnias al Ejército. El anarquismo, asentado en Zaragoza por la persecución de Martínez Anido en Barcelona, asesina al arzobispo, cardenal Sol-devila. Los refuerzos que precisaba el ejército de Marruecos, que seguía su lucha cruenta, salían en medio de un ambiente de hostilidad y derrotismo. En Málaga, un grupo de soldados se opuso por las armas a su embarque, matando al suboficial que en un principio les hizo frente. Una ola de impunismo lo cubría todo, y el inductor y cabecilla de este hecho fue indultado. El Gobierno recibió, sin tomar ninguna decisión, insolentes telegramas de altos jefes militares, dolidos con la triste situación.

El 11 de septiembre de 1923, en Barcelona, en el homenaje a Casanova, se produce una manifestación en la que se arrastra la bandera nacional. Dos días más tarde, el capitán general de Cataluña, don Miguel Primo de Rivera, declara el estado de guerra e invita a las guarniciones a seguirle. García Prieto, que había anunciado en el Senado que moriría antes de ceder ante un golpe de Estado, comunica la destitución de Primo de Rivera. Las indecisiones del Rey, que se encontraba en San Sebastián, hicieron declarar al capitán general de Cataluña: «Prefiero legar a mis hijos una guerrera agujereada que una librea, signo de servilismo» [36]. El día 14, al llegar Alfonso XIII a la capital se encontró en el andén de la estación del Norte a todo el Gobierno. El Rey dio un beso a García Prieto y ordenó la presencia en Madrid de Primo de Rivera, dando paso a la Dictadura. El juego importado por Cánovas de los turnos gobernantes moría agotado después de haber dado evidentes frutos.

El jefe de la rebelión fue despedido triunfalmente en Barcelona, recibiendo el aliento de las fuerzas vivas, incluidos amplios sectores catalanistas representados por Puig y Cadafalch, sucesor de Prat de la Riba. La Dictadura supuso un alivio y su buena acogida llegaba hasta los socialistas, pese a sus declaraciones iniciales. El gobernador de Madrid, duque de Tetuán, visitó la Casa del Pueblo, declarando «que allí se educaba al obrero dentro de una buena orientación de ciudadanía». Los intelectuales no discreparon. «Calcúlese —decía en El Sol Ortega y Gasset— la gratitud que la gran masa nacional sentiría hacia esos magnánimos generales que, generosa, desinteresadamente, han realizado la aspiración semisecular de veinte millones de españoles, sin que a éstos les cueste esfuerzo alguno.»

Primo de Rivera intentó acercarse a la juventud universitaria. En octubre, las asociaciones estudiantiles recibieron una nota invitándolas a presentar cuantas sugerencias entendiesen de utilidad. El propio Dictador recibió a una comisión de la Asociación de Derecho, presidida por Serrano Súñer. También las Escuelas Especiales hicieron llegar sus aspiraciones al Directorio, y la Asociación de Alumnos de Ingenieros y Arquitectos —Scholarum— solicitó una revisión del profesorado y un Centro Politécnico común a las Escuelas Especiales.

Pero sus intenciones no iban más allá de la utilización de una escoba limpiadora y la aplicación de remedios simples, y ello con un equipo de militares desconocedores del arte complejo de gobernar. Comenzó afirmando que estaría tres meses en el Poder; mas la carencia de oposición y los alientos que recibía en el interior, y también en Italia, de Mussolini y Balbo, le hicieron variar su decisión primera de provisionalidad.

LOS INTELECTUALES, CONTRA LA DICTADURA

Duró poco el crédito abierto por los intelectuales. ¿Qué esperaban de Primo de Rivera? Evidentemente, algo más que una paternal Dictadura[37]. Más tarde se diría: «Los intelectuales se habían cansado de no ser más que intelectuales.» Deseaban intervenir directamente en la política, aun cuando, en general, no concretaban sus posiciones. De cualquier manera, la torpeza dialéctica de la Dictadura impidió el ensamble[38]. Centro de la oposición ilustrada fue el Ateneo de Madrid, y Unamuno, la cabeza más visible y activa. En febrero de 1924 es clausurado el Ateneo. En la toma de posesión de la presidencia de la Junta de Gobierno, el domingo 17, Armando Palacio Valdés invocó actitudes apolíticas; contestó el republicano Soriano con ataque a Primo de Rivera, terminando con la frase: «¡Hasta la cárcel!» El martes dimitió el novelista asturiano y al día siguiente se cerraban gubernativamente las puertas del centro cultural. Poco después es desterrado Unamuno. La salida del catedrático salmantino por la estación del Mediodía, de Madrid, para su confinamiento en Fuenteventura, se hizo en las mejores condiciones

[36] En mayo de 1921, en Córdoba, Alfonso XIII había prometido trabajar por el progreso de España «dentro o fuera de la Constitución».

[37] El Gobierno ni siquiera podía invocar como ejemplo el fascismo italiano, pues en 1924, en la Italia de Mussolini, se celebraban elecciones, obteniendo el partido comunista dieciocho actas. El final democrático del fascismo coincide con el endurecimiento stalinista y suponía obligada reacción defensiva.

[38] «A la Dictadura le faltó elegancia dialéctica; los intelectuales no entendieron al general y le volvieron la espalda; con los intelectuales se le volvió la juventud.» (Discurso de José Antonio en el Parlamento el 6 de junio de 1934.)

propagandísticas: una gran multitud le despidió, entonando una extensa gama de gritos subversivos. No faltaron a la cita los estudiantes, y muchos de ellos fueron detenidos. Las Universidades se encresparon, fueron expedientados los catedráticos Jiménez Asúa y García del Real, en Madrid, y Fernando de los Ríos, en Granada. Durante muchos años ya no habría paz en los claustros universitarios. Por aplicación de la Ley Moyano, se declaró vacante la cátedra de Unamuno «por abandono sin motivo justificado ni legal autorización». Los intelectuales de América y Europa iniciaron una campaña de protesta por tan irritante disculpa y por el hecho en sí, destacando, por la difusión alcanzada, una desgarrada carta de D´Annunzzio.

En abril, Primo de Rivera anuncia, en Barcelona, la creación de la Unión Patriótica —U. P.—; su invención desde el Poder, creando los Comités locales con nombramientos desde el Boletín Oficial, convertiría la organización en una entidad sin espíritu. Con su aparición se realiza otro intento para atraerse a los estudiantes, ofreciéndose el mando de la recién creada Juventud Patriótica a los presidentes de las asociaciones escolares; Antonio María Sbert, estudiante de Agrónomos, rechazó el ofrecimiento en nombre de los requeridos. Simultáneamente, y con evidente intención política, se preparaba la fundación de una Federación Universitaria Estudiantil, fuera de la jurisdicción gubernamental y y en la que se recogieran las asociaciones oficiales existentes.

En su afán de cambiar la faz del país, Primo de Rivera resucitó el proyecto de Ciudad Universitaria. En una actitud de oposición a cuanto viniera de la Dictadura, los republicanos desataron una torpe campaña en contra, con argumentos pueriles y ridículos:

«Contra una insigne torpeza, ¡salvemos a la Moncloa!», escribía Antonio Zozaya en La Libertad.

«Reclama Castrovido la unión de todos los madrileños amantes de la higiene y del embellecimiento de la corte contra el proyecto absurdo, aparentemente olvidado, pero, según parece, puesto en marcha, de construir en los terrenos de la Moncloa la llamada "Ciudad Universitaria".»

«El proyecto primitivo ya era malo, por pretender llevar esta ciudad antihigiénica al único sitio por donde viene el aire puro a Madrid.»

«Supongamos construida la Ciudad Universitaria. En el Madrid que conocemos quedarán muchas personas que también necesitan estudiar. Dividirá Madrid en dos grupos: estudiantes y analfabetos es una solemne tontería.» «Hablen todos y que cada palo aguante su vela cuando llegue la hora de los reproches y de las justas responsabilidades. En el mundo hay algo más que seminarios y conventículos y fábricas de expedir títulos académicos. En otro caso vayan los estudiantes a Salamanca o Alcalá.»

Los estudiantes todavía no estaban mimados por los republicanos, que les decían al iniciar el curso:

Cuantos «rodaos».

¡Todavía no...!

Desde el jueves, ya todos los estudiantes

estudian las materias más importantes.

... ...

Estudien mucho todos para que luego,

por mucho que logréis ir trabajando,

sólo obtendrán recursos para ir tirando,

y si buscan ganancias casi increíbles,

han de abrir una tienda de comestibles.

... ...

Desde el jueves reciben sabias lecciones...

(¡y aún no ha pedido nadie las vacaciones!) [39].

Este mes de octubre, y con motivo de un reticente discurso leído en la Universidad Central por el catedrático Pedro Sainz Rodríguez, se reunieron en accidentado banquete, que disolvieron los guardias de Seguridad, un grupo de intelectuales, entre ellos Melquíades Alvarez, Pittaluga, Bonilla San Martín, Alcalá Zamora y Villanueva, quienes brindaron con acompañamiento de vivas a la libertad ya la República.

Las dificultades crecientes para combatir la Dictadura desde el interior de la Patria hicieron de París un centro conspiratorio, en el que destacaron: Unamuno, residenciado ya en la capital francesa; Blasco Ibáñez, Eduardo Ortega y Gasset y Carlos Esplá. Desde la nación vecina se regularizó el envío de folletos clandestinos y también de grupos armados, que provocaron un grave incidente en la frontera de Vera de Bidasoa. Con la ayuda de los catedráticos Fernando de los Ríos y Jiménez Asúa, las Hojas Libres francesas hicieron una campaña contra Largo

[39] La Libertad.

Caballero, que dominaba la Unión General de Trabajadores, con objeto de impedir su colaboración con el Régimen, consiguiendo que la Central obrera socialista negara sus hombres a la Asamblea corporativa consultiva, aun cuando no lograron evitar que el líder sindical aceptara un puesto en el Consejo de Estado.

AYUNTAMIENTO DE MAESTROS Y ESCOLARES

A las incitaciones de sus maestros respondieron generosamente los estudiantes, convirtiéndose en su brazo incansable. Desde una organización denominada Unión Liberal de Estudiantes hacían posible cualquier iniciativa [40]. Como un anticipo de la popularidad que habían de lograr, en enero de 1925 se estrena la película «La Casa de la Troya», que constituyó uno de los mayores éxitos del cine español.

Existían núcleos universitarios partidarios de la Dictadura y otros que, opuestos a Primo de Rivera, no compartían, sin embargo, las actitudes violentas; pero la tónica la daban los pertenecientes a la Unión Liberal, quienes, con motivo de la repatriación de los restos de Ganivet, desde Riga, ocuparon lugar privilegiado en el homenaje que, el 28 de marzo de 1925, se rindió en la Universidad Central al escritor granadino. El cofre mortuorio fue llevado a hombros por los estudiantes desde la estación del Norte hasta el Paraninfo, allí habló el presidente de la Asociación de Estudiantes de Derecho, Antonio Garrigues, y a continuación varios catedráticos, entre ellos Gregorio Marañón; de una u otra manera, todos pusieron sus esperanzas liberadoras en la juventud estudiantil. El más destacado por su vehemencia fue Jiménez Asúa, muy en contacto con sus alumnos rebeldes. Derechas e izquierdas pretendieron llevar a sus intereses el cadáver del infortunado Ganivet; pero en la calle predominaron los enemigos de la Dictadura, no sin cargas de los guardias que a punto estuvieron de tirar por tierra el cofre fúnebre. Repartieron los estudiantes aquel día, clandestinamente, una carta de Unamuno fechada en París, en ella iba una frase que pasó a ser divisa íntima de aquella generación de universitarios: «España, más nuestra hija que nuestra madre.»

El 15 de mayo, durante la inauguración de un pabellón de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, ocurrió un incidente que tuvo gran resonancia y al que no fue ajeno un profesor, dolido por la unanimidad de los estudiantes en favor de la purga del profesorado inepto. Mientras Primo de Rivera esperaba al Rey, el director de la Escuela solicitó una audiencia para Sbert, presidente de la Asociación de Alumnos; el Dictador le indicó que la preparación de su viaje a Marruecos le impedía conceder audiencias, pero que estaba dispuesto a escucharle allí mismo, comentando, en tono de broma, si eran más vacaciones lo que iban a pedirle. La entrevista no fue cordial y se interrumpió al darse la noticia de la llegada del Monarca, resultando un falso aviso que animó al profesor Alcaraz a colocar nuevamente a Sbert frente a Primo de Rivera, quien, en tono desabrido, le indicó que un estudiante era como un soldado y le correspondía dirigirse a las autoridades por conducto de sus superiores. Replicó Sbert diciendo que si hubera sabido tal cosa no hubiera ingresado en Agrónomos. Después de la llegada de Alfonso XIII, muchos alumnos se retiraron ostensiblemente. Cuatro días más tarde, el presidente de la Asociación escolar, en una conferencia explicando el incidente, comentó que el Dictador había confundido lamentablemente a los estudiantes con los ordenanzas; fue confinado en Cuenca y expulsado de la Escuela ; a partir de entonces, el que llegaría a ser «eterno estudiante», excesivamente alabado o criticado, se convirtió en una víctima representativa. Otros tres directivos castigados con Sbert quedaron en el anónimo. Al reanudarse el curso, los de Agrónomos intentaron, con huelgas y alborotos, que fuera revisado el expediente de expulsión de su presidente, pero nada consiguieron.

En Cataluña, los más decididos enemigos de la Dictadura se refugiaron en instituciones juveniles deportivas o de cultura y adoptaron como suyos los signos regionales populares. La desafortunada réplica del Dictador restringiendo el uso del catalán, de enseñas y bailes motivó que los más exaltados se lanzaran a un radical separatismo, a pesar de que algunos habían brindado ante Primo de Rivera, por boca de Puig y Cadafalch, «por la España nueva». El «seny», el gran «bon sens» catalán que había empujado a Primo de Rievra hacia el Poder, dejaba paso, merced a los errores de su Gobierno, a la «rauxa», reacción apasionada que también caracteriza a Cataluña.

Se disolvió la Escuela de Funcionaris d'Administració Local y fueron sancionados los profesores que protestaron. No sólo mostraron su descontento los estudiantes barceloneses, sino también los residentes en París, que encontraron amplio eco en periódicos y revistas francesas, a pesar de que su escrito era pobre en ideas, en sintaxis y en indignación.

> «Nuestro contacto con la vida francesa y con París nos demuestra cada día que sin el respeto absoluto e integral de las instituciones culturales no hay civilización posible. El gobierno ilegal de los militares españoles, haciendo tabla rasa de nuestras instituciones, realiza no solamente un crimen contra el pueblo oprimido, más, sobre todo, se pone fuera de la ley, de la cultura humana. No podemos decir otra cosa en nombre de los intelectuales (escritores, artistas, estudiantes) de París.—José Pía, J. Carnet Ribalta, A. Trías, J. de Togores.»

[40] «En adelante nadie ganó a los estudiantes en entusiasmo y diligencia como agentes distriguidores de hojas subversivas y documentos clandestinos.» Historia del reinado de Alfonso XIII, de M. Fernández Almagro.

HECHOS SIN IDEOLOGÍA

En septiembre se llevó a cabo el desembarco de Alhucemas, que supuso a corto plazo el fin de las campañas que en Marruecos sangraban al país. Era una victoria importante, en la que colaboró una escuadra naval francesa. Mandaron las tropas de tierra Muñoz Grande y Franco.

Entendió el General que nada hubiera conseguido devolviendo el Gobierno a los partidos políticos y decidió, con la confianza del Rey, iniciar otra etapa con hombres civiles que provenían de la Unión Patriótica, entidad cuya composición humana fue calificada por uno de los ministros entrantes, Eduardo Aunós, de «grisácea y turbia».

El cambio suponía una evolución satisfactoria y su contabilidad de aciertos fue realmente importante. En febrero de 1926, los aviadores Ramón Franco, Ruiz de Alda, Duran y el mecánico Rada, en arriesgado salto, llegan a Buenos Aires tripulando el avión «Plus Ultra», lo que suponía la primera travesía aérea del Atlántico. España entera sintió orgullosa alegría. Los vítores de los pueblos americanos a los hombres del «Plus Ultra» resonaron en el corazón hispano con insospechada emoción. Juan de la Cierva, un año antes ,en diciembre de 1924, hacía volar un autogiro entre Cuatro Vientos y Getafe, abriendo nuevas formas de navegación aérea. Por vez primera en muchos años, los españoles se sentían mirados con admiración.

Pero la pasión se había apoderado de los círculos políticos y la más elemental objetividad parecía ausente; algunos periódicos conservadores silenciaron los méritos de Primo de Rivera en el día que fue condecorado por el triunfo de Alhucemas, en acto conjunto de homenaje a los tripulantes del «Plus Ultra». La Universidad continuó siendo la caja de resonancia más estruendosa de la oposición. El 24 de abril, en la inauguración de un monumento a Cajal en Madrid, grupos de estudiantes silbaron a Primo de Rivera al finalizar su discurso, organizando otro acto, a modo de supuesto desagravio, con Marañón, Jiménez Asúa, Pérez de Ayala y la Junta directiva del Ateneo, con objeto de tronar contra la Dictadura. El General reaccionó nombrando por Decreto nueva directiva para el Ateneo. En Barcelona continuaban los incidentes en las clases, en las que se explicaba en catalán, principalmente en la Facultad de Medicina. Para solucionar los conflictos se envió a la Ciudad Condal al ex ministro Gimeno.

La convocatoria de oposiciones a la cátedra que había ocupado Unamuno dio lugar a una serie de altercados. Cuando se anunció el otorgamiento a un sacerdote, el Tribunal examinador fue insultado por un grupo de estudiantes, siendo detenidos seis de ellos. Jiménez Asúa alentó a sus alumnos para que continuasen la protesta y su clase se convirtió en un mitin, con acompañamiento de gritos subversivos. Denunció lo sucedido el decano de Filosofía y Letras, don José Alemany, y cuando el catedrático socialista se trasladó a la Dirección General de Seguridad para visitar a los universitarios presos le notificaron que al día siguiente sería confinado a las islas Chafarinas en compañía del estudiante Salvador María Vila; los otros cinco compañeros detenidos pasaron quince días en la cárcel[41].

Meses antes de estos incidentes dieron muestras de actividad en un episodio semejante, pero de signo contrario, los estudiantes católicos, quienes abochornaron en la calle a los jueces que dieron una cátedra al discípulo de Jiménez Asúa, José Arturo Rodríguez Muñoz.

En esta segunda etapa primorriverista se encargó de Instrucción Pública Calleja, catedrático de Valladolid. Su reforma de la Segunda Enseñanza y la implantación del texto único, que perjudicaba económicamente al profesorado, intensificó la enemiga del mundo de la enseñanza a Primo de Rivera[42].

Contrastaba la severa adjetivación del único gobernante español conocido con el sobrenombre de Dictador con numerosas tolerancias. Existía libertad, casi total, para publicar libros políticos de cualquier índole. La Institución Libre de Enseñanza actuaba declarándose enemiga del Régimen. La Junta de Ampliación de Estudios no renovó sus hombres ni sus métodos de extremo liberalismo. Los antidinásticos celebraban alborozadamente el 11 de febrero, aniversario de la primera República española, y creaban nueovs instrumentos de penetración pública, como la «Escuela Nueva», movida por los profesores Martí Jara, Giral y Marsá; de allí saldría el Comité de la Alianza Republicana, que presidiría Lerroux. Azaña, que había dirigido la revista España, funda «Acción Republicana» y recibe un premio nacional de literatura. Las logias masónicas se fortalecían con nuevos elementos, entre los que no faltaban militares, profesores de Institutos, Escuelas Normales y Universidades, entre estos últimos Fernando de los Ríos, G. Bonilla, E. Martí Jara, L. Jiménez Asúa. Demófilo de Buen, J. Giral y R. Llopis.

El 9 de diciembre de 1925 muere Pablo Iglesias. Con entusiasmo y fe había realizado una ingente labor de propaganda socialista. Su cadáver fue acompañado por una enorme multitud al cementerio civil de Madrid. El catedrático Besteiro pronunció las palabras de homenaje en el entierro, que había presidido el alcalde, conde de Vallellano, con la asistencia en pleno del Ayuntamiento de la Dictadura.

Días después moría el político de la «revolución desde arriba», Antonio Maura.

Consecuencia del desembarco de Alhucemas y del espíritu de colaboración con Francia, después de duros combates, el cabecilla Abd-El-Krin se vio obligado a pedir la rendición. El pueblo, desacostumbrado a victorias de esta naturaleza, le concedió al General un margen de confianza. Pero mientras en África se ganaba la paz, una parte de militares peninsulares se entretenía en conspirar contra Primo de Rivera. Figuraba como cabeza responsable de este juego el general Aguilera, quien había preparado con el Dictador el golpe de Estado de

[41] La «quincena» era el castigo habitual para maleantes y carteristas.

[42] «Callejo trató de unificar los textos para evitar el lucrativo y arbitrario pequeño comercio de ciertos profesores. Bastantes textos únicos pueden incluso hoy considerarse como excelentes manuales pedagógicos, pero entonces se consideró un atentado a la libertad de cátedra. Su bachillerato con tres o cuatro asignaturas por curso produce todavía justificables añoranzas.» Historia de la guerra civil española, Ricardo de la Cierva.

septiembre, pero antes de producirse encajó una afrentosa bofetada que le propinó Sánchez Guerra, lo que motivó el desprecio del entonces capitán general de Cataluña; ahora pretendía «volver a la legalidad constitucional», incoloro incentivo que tenía la virtud, sin embargo, de unir las gentes más diversas: viejos políticos, estudiantes, intelectuales banqueros militares y obreros, al par que ideologías contrapuestas: monárquicos, republicanos, conservadores, comunistas. Se llamó aquello la «sanjuanada» por ser el día de San Juan el acordado para la sublevación. El intento fue dominado sin dispararse un solo tiro. Al general Aguilera no le había llamado Dios para ningún papel heroico.

Casi simultáneamente se produjo el levantamiento del arma de Artillería para defender a ultranza los ascensos por orden de antigüedad. La rebelión adquirió especial virulencia en Segovia, en donde participaron los estudiantes de la Academia.

No todo eran rebeldías políticas, Salvador Dalí es expulsado definitivamente de la Escuela de Bellas Artes, de Madrid, pues recusó a quienes le examinaron, diciendo en voz alta: «Lo siento, pero soy infinitamente más inteligente que este Tribunal.»

Antes de finalizar 1926, Maciá se lanzó a la aventura de invadir Cataluña desde Prats de Molió. Contaba con una caricatura de ejército, compuesto por una mayoría de italianos reclutados por Ricciotti Garibaldi, quien también por dinero los delató por partida doble y con toda clase de datos a las Policías española y francesa[43]. En la batida dada por los gendarmes franceses fueron detenidos un centenar de «invasores». El proceso seguido en Perpiñán contra Maciá puso en claro que había gestionado también personalmente en la Rusia soviética apoyo para su empresa.

Estos sucesos producían una inquietud que no podían contrarrestar los ambiciosos planes de las Confederaciones Hidrográficas de Guadalhorce, la electrificación ferroviaria, los firmes especiales en las carreteras y la planificación cultural, con cinco mil escuelas primarias, veinticinco Institutos de Segunda Enseñanza y la creación de Ciudades Universitarias. Se trataba de un serio intento para acortar «los cien años de retraso» que arrastraba el país en relación con el mundo europeo. Pero sin armazón ideológica, sin alma política.

Cuando se otorga el título de Doctor honoris causa por Salamanca a Primo de Rivera y se completa con el nombramiento de Rector de todas las Universidades y Doctor por la Central al Monarca, la Universidad estaba de espaldas al Régimen y, en primera línea de rebeldía, la masa escolar, que «aparece por primera vez —dice Ramiro Ledesma— con una conciencia juvenil operante». Este ánimo ilusionaba a pesimistas como Baroja, quien, en una conferencia de la Casa del Pueblo, decía:

«Es evidente que los jóvenes de hoy van teniendo una actitud ante la vida un poco más profunda y más digna que la de sus abuelos, y un poco más sonriente que la de sus padres; esta juventud que se presenta, de puño fuerte y de cabeza fuerte, ha de intervenir alguna vez en la vida social, sin respeto por la pesadumbre tradicional, con una energía que puede ser la salvación de España.»

Como resultado del esfuerzo entusiasta para lograr una Federación Nacional de Estudiantes que aglutinara las distintas asociaciones oficiales de Facultad, en enero de 1927 nace, en Madrid, la Federación Universitaria Escolar, la F. U. E. Destacaron en su creación y primeros trabajos Emilio González, Jiménez Siles, Graco Marsá, Sbert y An-tolín Casares, quien se encargó de la integración de las cinco asociaciones, una por Facultad, en el nuevo organismo, que recogería también agrupaciones de diversos centros y provincias. Siguiendo un esquema parecido al de la Confederación de Estudiantes Católicos, pensaron en montar Federaciones comprensivas de cada Universidad y formar juntas la Unión Federal de Estudiantes Hispanos.

Ramiro de Maeztu, al lado de Primo de Rivera, comentó en El Sol: «¿No podría decirse que se está reconstruyendo la Universidad? En su origen no fue otra cosa, como dice don Francisco Giner en su "Pedagogía universitaria", que el gremio de los maestros en París y el de los estudiantes en Bolonia.»

«La palabra Universitas significa "gremio", y continuaba demostrando que la falta de olfato político de los hombres situados a la derecha alcanzaba a los más inteligentes, "la nueva Federación no tendrá carácter político —no se trata de apedrear tranvías—, por eso me adhiero a su propósito".»

En íntima conexión con la F. U. E. actuaba la Federación Universitaria Hispanoamericana, que agrupaba a estudiantes americanos, y en cuyo domicilio de la calle de la Magdalena, de Madrid, celebraran reuniones comunes. Allí surgió la idea de un gran Congreso Iberoamericano de Estudiantes a celebrar en Sevilla, coincidiendo con la Exposición Internacional.

Los movimientos estudiantiles de la América hispana se propagaban con resonancia. En 1918, la Federación Universitaria de Estudiantes Argentinos lanza un manifiesto desde Córdoba a todos los universitarios del Continente, acompañado con todo género de violencias:

«Nuestro régimen universitario, aún el más reciente, es anacrónico. Está fundado sobre una especie de derecho divino: el derecho divino del profesorado. Se crea a sí mismo. En él nace y en él muere.» «La Federación Universitaria reclama un Gobierno estrictamente democrático y sostiene que el "demos" universitario, la soberanía, el derecho a darse gobierno propio, radica principalmente en los estudiantes.»

Antes, en 1908, Montevideo había sido escenario de un Congreso de estudiantes con representación de ocho países americanos, en donde se pidió el acceso a los Consejos directivos y se cantó un himno en el que se decía: Que los viejos maestros saluden al tropel que los va a superar.

[43] La política expansionista de Mussolini prestó insospechada atención al nacionalismo catalán.

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

En 1923, en La Habana, en una asamblea estudiantil se proclamó la unión de todos los pueblos latinoamericanos como base de un futuro Estado universal de Derecho.

Un buen gusto renovador precedió a la F. U. E. Los movimientos estéticos de origen europeo se reflejaban en periódicos de rasgos originales: Grecia, Tableros o El Estudiante, que ordenaba Cipriano Rivas-Cherif, en donde aparecían versos de García Lorca y Valle-Inclán publicaba en folletín su «Tirano Banderas».

La guerra europea había dado rienda suelta a los «ismos»; las posiciones academicistas se batían en retirada. Los estudiantes no podían alejarse de las actitudes renovadoras, reflejadas en numerosos movimientos estéticos, como el «Manifest», firmado por Dalí, Gasch y Mon-tanyá, en el que se declaraba la guerra al tradicionalismo intelectual catalán, al «Orfeó», al seudo folklor, a Maragall y Guimerá; proclamando, por el contrario, su adhesión al deporte, al maquinismo y al cubismo, que se consolidaba con la mano genial de Picasso.

Menéndez Pidal fue el primero en dirigirse a los federados, habiéndoles sobre el Romancero. En gozosa coincidencia, el año 27 sirve para bautizar un grupo poético reunido en torno a la que se llamó batalla por don Luis de Góngora.

En la «generación del 27» se agrupó un número indeterminado de poetas que se enfrentaron a lo que pudiéramos llamar criterio tradicional y académico en defensa del gongorismo, con motivo del tercer centenario de la muerte del poeta, en ella se hace figurar a Salinas, Guillen, García Lorca, Gerardo Diego, Dámaso Alonso, Alberti, Cernuda, Altolaguirre y Aleixandre.

Como signo del tiempo llega un baile convulsivo, el charlestón, y la moda, a su vez, pone escandalosamente la falda por encima de la rodilla.

Casi simultáneamente al nacimiento de la F. U. E., emprende el Gobierno una obra cultural de primer rango. El 17 de mayo se conmemora la subida al Trono de Alfonso XIII, con el comienzo de la Ciudad Universitaria de Madrid; pero la política era ya el único motivo de interés popular y los estudiantes no concedieron por ello ni una pausa en su afán levantisco.

El año 1928 fue de optimismo gubernamental, que comenzó con la liquidación del superávit del Presupuesto de 1927, lo que constituía un insólito hecho. El sosiego de las discusiones en la Asamblea Nacional se rompió un tanto con el polémico tema de la reforma del Bachillerato. Se aceleran las obras de la Ciudad Universitaria y quedó terminado, en la calle de Alcalá, el nuevo Ministerio de Instrucción Pública.

La calma universitaria del 27 tuvo su excepción a cargo de la F. U. E. madrileña. Se había levantado el confinamiento a Jiménez Asúa, quien pronto dio muestra de su capacidad de escándalo en una conferencia dada en la primavera en la Universidad de Murcia, sobre «El aspecto jurídico de la eugenesia y la maternidad consciente». Desarrolló crudamente sus ideas sobre el tema, levantando una polvareda de protestas que terminó con la suspensión del ciclo «eugenésico». En la campaña destacó el diario católico El Debate, en el que se centraba un grupo encabezado por don Ángel Herrera, que terminaría cuajando en uno de los partidos políticos más importantes del país. Se abrió nuevo expediente al profesor socialista y, como resultado del mismo, se le suspendió por un mes de empleo y sueldo. La F. U. E. replicó con una huelga de veinticuatro horas; grupos de sus afiliados apedrearon la redacción de El Debate e iniciaron una suscripción para compensar a Jiménez Asúa de su pérdida de sueldo. Al tiempo que el dinero recogido le entregaron un álbum con numerosas firmas. Era el primer ensayo de protesta organizado directamente por la F. U. E. Primo de Rivera seguía con atención a los estudiantes y, al comenzar el curso, les hizo un llamamiento a la cordura.

Pese a las fases de atonía, un observador perspicaz podía ya intuir por dónde vendría el desenlace. Alfonso XIII, dando muestras de frivolidad, inventaba chistes contra Primo de Rivera.

Con objeto de coordinar la acción estudiantil con los intelectuales proclives ya a la República se crea la Liga de Educación Social, patrocinada por los catedráticos Felipe Sánchez Román, Luis Jiménez Asúa y Gregorio Marañón, también figuraban Ramón Pérez de Ayala y Ramón del Valle Inclán.

En aquel año, el sacerdote José María Escrivá, sin que entonces se le concediera atención, creó ayudado por un grupo de estudiantes, el Opus Dei.

En enero de 1929, prácticamente los mismos elementos que habían montado la «sanjuanada», tramaron otro complot, demostrando, de paso, la blandura represiva de la Dictadura. Nos encontramos otra vez con el general Aguilera y los artilleros, que al parecer entendían que sus problemas profesionales les autorizaba a colocar los cañones de la nación por las esquinas. Figuraba en la cúspide cons-piratofia un político derechista exiliado en París, Sánchez Guerra, quien se presentó en Valencia el día convenido, declarando solemnemente: «Vengo a representar un drama, no un saínete.» Pero es el caso que la sublevación terminó sin un rasguño para nadie, pues asombrosamente, juzgado por un Tribunal militar, Sánchez Guerra fue absuelto.

El Gobierno disolvió el arma de Artillería y cerró la Academia; los cadetes reaccionaron asaltando el cuartel del XVI ligero, apoderándose del armamento, pero cedieron a petición de sus jefes; los alumnos fueron dados de baja definitiva.

Se inicia este año una inusitada actividad atlética estudiantil, impulsada por la F. U. E., que suponía el más serio intento deportivo emprendido en nuestro país. Y no sería el único esfuerzo creador de aquella promoción universitaria.

LA HUELGA UNIVERSITARIA DE 1929

Primo de Rivera, como si adivinara los conflictos estudiantiles próximos, prevenía en febrero de 1929 «a la juventud vehemente o excesivamente crédula e ingenua» para que no cayera en manejos de conspiradores. Pero fue inútil, pues «todo el año 1929 sería de constante rebeldía estudiantil»[44].

El Estatuto universitario, discutido en la Asamblea Nacional y promulgado por un Real Decreto-ley el 19 de marzo de 1928, provocaría el conflicto más grave de los muchos que enfrentaron a la Dictadura con la Universidad. La protesta se montó un año más tarde por razones de táctica, pues inmediatamente después de la bufonada patrocinada por Sánchez Guerra en Valencia, nadie podía mantener vivo el «fuego sagrado» de la rebeldía. La F. U. E. inicia esta batalla, pidiendo la derogación del artículo 5¿ del Estatuto, que, no obstante haber sido rechazado por la Asamblea Nacional, que presidía el catedrático Yanguas Messía, fue incluido posteriormente, por sugerencia de Callejo. Dicho artículo decía:

> «Los alumnos que hubiesen realizado sus estudios asistiendo habitualmente durante los años exigidos como mínimo de escolaridad a centros de estudios superiores que por más de veinte años de existencia hayan acreditado notoriamente su capacidad científica o pedagógica, realizarán sus exámenes de fin de curso en idéntica forma que los que hubiesen seguido sus cursos normales en la Universidad, siendo examinados en ella por dos profesores de aquélla, presididos por un catedrático de la Facultad en que estuviesen matriculados.»

De hecho, suponía una importante concesión para las Universidades que jesuítas y agustinos tenían en funcionamiento en Deusto y El Escorial[45].

Se encontraba entonces la F. U. E. en buena forma, su organización era excelente; se añadía lo antipopular de la medida tanto para profesores como alumnos, celosos siempre de la defensa de sus derechos, fueros y privilegios. Comulgaban en el mismo criterio, contrario a la concesión de títulos universitarios por centros de enseñanza privada, muchos estudiantes de diversas tendencias; así, la Federación de Estudiantes Católicos de Zaragoza acordó también oponerse al artículo 53. Conocedores de este ambiente, en la Asamblea extraordinaria convocada por la Asociación de Derecho de Madrid el 27 de febrero, se pidió la adhesión de los «estudiantes católicos» a la huelga proyectada. Asistían representantes estudiantiles de todas las Universidades, acordándose entregar un escrito al Rector de la Central, don Luis Bermejo, que había sucedido a Carracido, incapaz éste de contener la inquietud en las aulas. Sin creer en la posibilidad de rectificación por el Gobierno, se pedía la supresión del discutido artículo, amenazando con la huelga general de no obtenerse respuesta positiva en un plazo de ocho días. Se solicitaba, de paso, un aumento de la representación escolar en el Patronato de Gobierno de la Universidad, en donde se les asignaban dos puestos de vocales ;en el mismo apartado se hacía la crítica de las pocas atribuciones de dicho Patronato. Por último, en acto de amplia solidaridad estudiantil, se pedía el indulto de los cadetes del arma de Artillería.

Con la negativa de Callejo, se dio la orden de huelga general. Un día antes, Primo de Rivera hizo publicar una nota advirtiendo la pérdida de matrícula para quienes no entrasen en clase, añadiendo: «Se ha dispuesto la detención de un estudiante ya veterano, por la prolongación de sus estudios, bien caracterizado de agitador y cabecilla, el señor Sbert, que queda de hecho excluido definitivamente de poder figurar en ningún centro docente del Estado y de adquirir título ni empleo oficial de ninguna clase.» Se ordenaba así, por nota oficiosa, una «muerte civil»[46], fabricando un mártir para mayor moral de los disconformes. Sbert permaneció un mes incomunicado en la prisión de Madrid, después pasó a la cárcel de Torrelaguna, para terminar desterrado en Mallorca. Tan torpe medida parecía aconsejada por una deficiente información, pues el dirigente de la F. U. E. era decidido partidario de aplazar la huelga; dos días antes se había desplazado a Valladolid para sofocar el conflicto que allí nacía prematuramente, por lo que algún directivo local, poco amigo de tácticas, le apostrofó de cobarde. El 7 de marzo, primer día de huelga, los organizadores registraron pequeños éxitos y ostensibles fracasos, entre los que destacaban las Escuelas de Ingenieros, especialmente la de Agrónomos. La detención de Sbert y de otros estudiantes constituyó uno de los motivos que vitalizaron la protesta.

La interevención directa del Gobierno daba al conflicto un neto significado político que dejaba, en cierta manera, al margen a las autoridades académicas; no obstante, se produjo un intento de asalto de los huelguistas a la Rectoral de Madrid. Esta y otras violencias decidieron la entrada de la fuerza pública en la Universidad Central, en donde quedó instalado un retén de guardia, que pasó momentos de gran tirantez al convivir allí con los escolares. El Gobierno justificó la medida en otra nota: «Quedan en suspenso y a salvo todas las atribuciones de los claustros y autoridades académicas, por lo eminentemente político del movimiento estudiantil.»

La actitud de los estudiantes madrileños levantó a sus compañeros de provincias, a quienes animaba la preocupación que producían en Primo de Rivera, como se deducía de la nota publicada el día 10:

> «No pongan los estudiantes que anteayer y ayer se han manifestado rebeldes puntillo de honor en la contumacia; reflexionen que hacen infantilmente el juego a intereses y elementos muy contrarios a ellos mismos y, desde luego, enemigos de la patria. A la juventud sana y gallarda más corresponde hoy apoyar el mantenimiento del orden y reaccionar contra el libertinaje, que deshonra y compromete a la verdadera libertad, que enrolarse en empresas de piratería política.»

[44] Los anarquistas en la crisis política española, de José Peirats
[45] Un censo de enseñanza no religioso, la Academia Naharro, solicitó también los beneficios derivados del artículo 53.
[46] Historia del reinado de Alfonso XIII, de Melchor Fernández Almagro.

La acentuación violenta del conflicto llevó a los huelguistas a una ampliación de su campo de ataque. Lucharon en las calles, en encuentros con los guardias, que trataron de impedir las pedreas contra la Presidencia del Consejo, el domicilio del Dictador y las Redacciones de los periódicos A B C y El Debate, que propugnaban, aun cuando con distinto vocabulario, medidas contra los rebeldes. Los incidentes eran acompañados por roturas de retratos del Rey y gritos contra la Monarquía. En una de las colisiones resultó herido el estudiante Emilio Marchesi. Actitudes análogas, pero de menos gravedad, se produjeron en provincias. La huelga alcanzó su mayor éxito en Valladolid, Sevilla, Oviedo, Salamanca y Santiago, en donde explotaron tres bombas. En Salamanca apedrearon las placas de la Plaza Mayor, que había sido bautizada con el nombre de Primo de Rivera. En Valencia, después de abundantes mueras contra Alfonso XIII, que ocasionaron más de sesenta detenciones, se registró una reacción antihuelga. Hubo centros aislados, como la Escuela de Ingenieros de Bilbao, que funcionaron normalmente. Zaragoza, en donde los estudiantes católicos habían expresado su no conformidad al artículo 53, fue la excepción más saliente, pues las clases se dieron casi con normalidad. La unanimidad no era fácil conseguirla en Madrid, salvo la Facultad de Derecho; siempre había cursos o asignaturas en donde los alumnos preferían entrar en clase.

El día 14 acentuó la Policía las detenciones domiciliarias de dirigentes de la F. U. E. madrileña, lo que obligó a la creación de un Comité Pro Presos, en el que destacaron un grupo de muchachas, la mayoría de Filosofía y Letras, y, en menor número, de Medicina. La Cárcel Modelo pasó a ser conocida como «ciudad universitaria». Se formó una Junta Central del Movimiento Escolar, comúnmente denominado Comité de Huelga. Mostraron una gran actividad, equipos pictográficos que, con nitrato de plata, ponían inscripciones en piedras de fachadas o monumentos que era necesario picar para hacerlas desaparecer; se comentó de forma especial un «se alquila» colocado en el Palacio Real. Al anochecer, eran lugares de cita la Puerta del Sol y las calles de Alcalá y Carrera de San Jerónimo, en donde, mezclados con el público, para evitar las cargas de los guardias, los estudiantes vociferaban contra el Dictador y el Monarca, y apedreaban los escaparates en donde se exponían retratos del Jefe del Estado o del Gobierno.

Como la paz no volvía a los claustros, el 16 de marzo se clausura la Universidad Central, hasta octubre de 1930, con pérdida de matrícula para los alumnos y suspensión, en virtud de sus indecisiones, del Rector, los decanos e incluso el personal administrativo. Para asumir las funciones de los depuestos se creaban una Comisaría Regia; otros organismos análogos se hicieron cargo de las Escuelas de Caminos, Arquitectura, Minas e Ingenieros Industriales; a los estudiantes de Caminos, destacados en la huelga, se les impuso un año más de carrera. En otras Universidades y Escuelas Especiales de provincias se cerraron las clases hasta el 1 de abril, con anulación de matrículas. Otras medidas, como la exigencia de responsabilidad a los padres de los estudiantes menores de dieciocho años o la prohibición de matricularse en Madrid a quienes no tuvieran residencia fija en la capital, contribuían a un aumento del malestar.

Desde Hendaya, Unamuno envió una carta-manifiesto «a los estudiantes de España»; era una clara incitación a la rebeldía. Le contestó, por la F. U. E., con otra carta abierta, José López Rey; su redacción pudiera parecer hoy ligeramente cursi: «No aguardes a tu último ensueño que nos das a mecer; deja que nuestro ánimo se esponje para mecerlos cada día, que tus ensueños dan ritmo a nuestro vivir.» A continuación, Unamuno se dirigió «a los padres españoles», poniéndoles a sus hijos como ejemplo: «Es sagrado deber de esa juventud despertar en sus desgraciados padres y abuelos, en los de mi generación, el sentimiento de la dignidad, que parece se ha dormido, si es que no ha muerto.»

Con el ex Rector de Salamanca, un buen número de catedráticos, con más o menos moderación, se puso del lado estudiantil. El 27 de marzo, la Prensa publicó una carta de Menéndez Pidal a Primo de Rivera:

«Que se enjuicie a estudiantes y profesores, según las leyes preexistentes; que se derogue la disposición causadora del conflicto; que se devuelva a la Universidad su libre personalidad, la totalidad de su acción, y ella por sí sola, con sus autoridades elegidas por ella misma, representantes de su espíritu y de su tradición, regido por leyes protectoras, logrará en el acto restablecer no sólo su funcionamiento aparente, sino su verdadera actividad con estímulos de vida, de cooperación y de iniciativa, que sólo pueden surgir en la paz y satisfacción cordial.»'

«¿No podría la Dictadura —continuaba Menéndez Pidal— prescindir de sus procedimientos, al menos por ahora, en obsequio a la Unievrsidad y a la intelectualidad que tanto representa en España? ¿No podría inclinarse a hacerlo después de haber probado la inutilidad de la fuerza dentro de los claustros universitarios?» En su respuesta, el General argumentaba que la anarquía no podía ser ambiente deseable para la Universidad y que terminaría con ella.

Sánchez Román se negó a dar sus clases; Américo Castro devolvió una tesis doctoral, alegando no querer tener actividades universitarias. Renunciaron a sus cátedras Jiménez Asúa, Fernando de los Ríos, García Valdecasas y profesores de Escuelas Especiales, como José Torán y los hermanos Artiñano; Ortega interrumpió su curso sobre «¿Qué es la Filosofía?», iniciado en la Universidad, para continuarlo en la sala Rex. La infeliz fórmula de las Comisarías Regias empujó a más de un catedrático moderado hacia la oposición. El 1 de abril, el Comité Nacional de Huelga ordenaba continuar la lucha, basándose en el respaldo que recibían de sus maestros: «Legitimado nuestro movimiento por la terminante adhesión de los profesores, que representan lo mejor de la Universidad española, la verdadera Universidad, la clase escolar ha de sostener, con tensión todavía más vibrante, su ejemplar protesta. La nación entera y el mundo están pendientes, con cálida simpatía, de nuestra actitud, que ha roto el conjuro de cobardía colectiva de que vivía la Dictadura y abre ante España claros horizontes de redención.» Insistían: «Nuestros catedráticos han advertido que llegaba el momento de sacrificarlo todo en aras de la conciencia. Seamos nosotros, estudiantes y profesores, los que arrojemos la piedra en este charco pestilente.»

Al reanudarse las clases en las Universidades de provincias volvieron los incidentes. Los estudiantes de Salamanca arrastraron por las calles, con gran algarabía, un busto del Rey y enviaron un trozo a sus compañeros de

Madrid. En Barcelona hubieron de darse cargas contra los escolares, que elegían la plaza de Cataluña como escenario de sus manifestaciones. El Gobierno no encontró mejor camino que cerrar las Universidades de Oviedo y Barcelona y la Facultad de Medicina de Salamanca, dando a la publicidad una explicación, ejemplo de torpeza política:

> «Al Gobierno no le arredra el problema de ir suspendiendo, una por una, el funcionamiento de las Universidades, o reducir su número hasta haber conseguido que su funcionamiento se ajuste a normas de disciplina y orden que han de ser esencia de su vivir, no constituye un problema vital para España, donde es sabido que sobran abogados y médicos, que, aunque no todos, sí gran parte, cuando quieren serlo de verdad, y no a merced de un título formulario, tienen que agarrarse a los libros después de obtenerlo, porque en esos intangibles centros de cul tura que alegan tantos fueros y tantos merecimientos sabe el país sobradamente, y lo dicen de boca en boca todos los ciudadanos, y el Gobierno no tiene por qué ocultarlo, lo difícil que es a un estudiante serio y aplicado Ilegal su formación sólidamente, porque un régimen de clases numerosas y breves, con frecuentes faltas de puntualidad y asistencia de los catedráticos o delegación de sus funciones, charlas pintorescas o incoherentes, largas vacaciones, escarceos políticos y otras amenidades de nuestra natural idiosincrasia universitaria, no es como para que el país se ponga de luto por la suspensión, en vía de regeneración, de esta actividad nacional, en la que, como en tantas otras, se han venido imponiendo las minorías revoltosas que, por lo visto, no pueden aguantar más que un quinquenio el régimen de trabajo y orden impuestos por la Dictadura, que ante tal actitud, venga de donde viniere, no tendrá otro camino que prolongarse y fortalecerse si ha de seguir sirviendo al país, que le apoya y aclama con más entusiasmo que el primer día, por mucho que esto lo quieran disimular y ocultar sus adversarios.»

A pesar del enérgico lenguaje, el Dictador cambió pronto; el 9 de abril atenúa los efectos económicos de la pérdida de matrícula, pero el conflicto se había enfocado erróneamente y ya cualquier decisión, enérgica o transigente, se convertía en un triunfo para los estudiantes. La Junta Central del Movimiento Escolar salió al paso de la nueva postura del Gobierno, pidiendo, en una hoja clandestina, la continuación de la lucha hasta la derogación del artículo 53, pero confesando la verdadera intención con esta frase final: «No desmayemos. Está próxima la redención de la libertad española.»

El 10 de abril se produjo un alboroto en el Palacio de la Música, de Madrid, en el que intervinieron estudiantes; después de luchar a brazo partido con la policía José Troyano, Tomás Innerarity y Arturo Ruiz del Castillo, fueron encarcelados durante cuarenta y dos días. En la nota oficiosa, dada el día 11 para explicar el alboroto, se comunicaba el arresto de Valle-Inclán, a quien se definía graciosamente como «eximio escritor y extravagante ciudadano».

Antes de comenzar el curso 1929-30, el 21 de mayo se restablecía la vida académica en las Facultades, designándose fecha para los exámenes; quedaban disueltas las Comisarías Regias y en suspenso el célebre artículo 53 del Estatuto universitario; oficialmente, el motivo fue la inauguración de las Exposiciones internacionales de Sevilla y Barcelona, verdaderos éxitos de Primo de Rivera.

Midieron mal los duros de la F. U. E. sus posibilidades y, en vez de proclamarse vencedores y dar por terminada la huelga, incitaron a continuarla, en una hoja repartida el día 27:

> «ESTUDIANTES: Se os abren las aulas. ¡No entréis en ellas! Sbert sigue preso... Y es que Antonio María Sbert no está encarcelado sino por personal y añeja ene mistad con Primo de Rivera y su hijo Juan Antonio, a quienes diera sendas lecciones de noble ciudadanía; al vastago, en ocasión de actuaciones estudiantiles, a las que llevaba propósitos de personal medro (1922), y al otro, en la Escuela de Ingenieros Agrónomos..., y tiene su raíz la monstruosa inhabilitación, en la necia pseudo hombría de majo que educa para majos a sus hijos...» [47]

El manifiesto sufrió un desprecio total. Los estudiantes entraron en clase y se presentaron unánimemente a los exámenes convocados. Inesperadamente, el Dictador ganaba el último «round» del combate.

El incidente final se produjo en la Universidad Central, con el robo y decapitación de un busto de Alfonso XIII, obra de Benlliure, confirmando así el ánimo republicano que se apoderaba de los universitarios.

NORMALIDAD CONSTITUCIONAL

El país pasaba por años de progreso. Los españoles, aun cuando tímidamente, acercaban su vida al nivel europeo. Y no sólo en lo material. Granaban los frutos de una minoría intelectual realmente considerable, muy superior a lo que podía esmerarse si juzgamos el tono medio de la nación. Ciertamente, la inteligencia «no estaba secuestrada»; Ortega publica en *El Sol* las mejores páginas de «La rebelión de las masas», y la *Revista de Occidente*, fundada en 1923, alcanza su época de oro; la Gaceta Literaria, del inquieto Giménez Caballero, en donde se leían las firmas de Cernuda, Alberti y Salinas, era avanzada arrolladora de las modas literarias. Las revistas

[47] La desquiciada literatura de la hoja clandestina, de la Junta del Movimiento Escolar, cometía el error de llamar Juan al primogénito del dictador, equivocación disculpable, considerando la apresurada coneccion del manifiesto y la compleja composición del nombre de José Antonio, quien siendo estudiante él mismo había comentado: «Soy un desgraciado a quien el es imposible hacerse tarjetas al minuto.» Ésta referencia sirve como certificado de la popular gallardía de José Antonio universitario, quien, por otra parte, pudo decir: «Porque no me atraía la política pasé los seis años de la Dictadura sin asomarme a un ministerio ni en actuar en público. Bien sabe Dios que mi vocación está entre mis libros.»

poéticas proliferaban: *Papel de Aleluyas, Litoral, Alfar, Mediodía. Gallo*, lorquiana y granadina, gozó de curioso banquete de presentación, en el que Enrique Gómez Arboleya justificó el título: «El gallo es un animal que siempre tiene una alegría inquieta y juvenil; es un símbolo de juventud, cuyo canto confina por todas partes con la aurora.» Federico terminó así sus palabras: «Pedimos a Dios aventureros, locos..., y que un atleta desnudo, con un martillo de oro, vaya abriendo a la fuerza los puños cerrados, florecidos con el salitre de la avaricia.» Después se habló en defensa de los últimos ocho años del siglo xix, del primer trozo de la calle de Pavaneras, Antonio Luna en alemán y Miguel Rodríguez Acosta en inglés. Todo valía, menos la vulgaridad.

En el cine, Dalí, Buñuel y Giménez Caballero sorprenden con sus ideas, y Manuel de Falla escribe páginas de la mejor música española.

En diciembre de 1927, patrocinada por La Gaceta Literaria, se había celebrado en Madrid una exposición de seis mil títulos catalanes; durante la muestra de estos libros se pronunciaron numerosas conferencias; el acercamiento de la literatura catalana a los medios madrileños alcanzó emoción intelectual. Marañón escribe sus famosos ensayos sexuales. Los presupuestos de Instrucción Pública alcanzan su máximo de posibilidades, disponiendo de más del 6 por 100 de los gastos generales del Estado.

Pese a indiscutibles errores, el Régimen tenía la virtud de alentar empresas para un futuro no achatado ni pintoresco. En julio de 1929 se convocó un concurso urbanístico pensando en un Madrid «sin calles estrechas ni sucias», como lo encontrara Galdós[48]. Los arquitectos Zuazo y el especialista alemán Jansen, en su proyecto, dejaban a la espalda «las casas feísimas y con olor a pobreza», para situar en el eje de la Castellana y su prolongación un Madrid digno como capital.

En 1928 aparece el más sensible dibujante de Madrid, Eduardo Vicente, que expone en el Ateneo.

Sin embargo, estaba cansado el país de sus gobernantes y deseaban un cambio todas las clases sociales. Eran épocas de pasión por ideologías y la Dictadura no había sabido crear ninguna.

Primo de Rivera no entendió el porqué de esta situación, pero se daba cuenta de ella y buscaba una salida a su Gobierno. Intentó ampliar la Asamblea, sustitutiva del Congreso, con viejos políticos y fuerzas representativas, pero los pocos que se prestaban a colaborar lo hacían con evidente enemistad; así, la Universidad de Valencia elegía como representante al desterrado Unamuno; la Academia de Jurisprudencia, por 131 votos contra 62, decidió seguir la tesis abstencionista, patrocinada por Sánchez Román; el Colegio de Abogados, imitando a la Universidad de Valladolid, elegía a Sánchez Guerra, Santiago Alba y Eduardo Ortega y Gasset. Como excepción, en la Universidad Central, por 35 votos contra 31, resultó elegido don Pío Zabala, frente a la candidatura de Unamuno.

El 31 de diciembre, Primo de Rivera, en una nota entregada al Rey, expone la necesidad de unos meses para preparar el tránsito a un jefe de Gobierno civil que elaborase otra Constitución, pero nadie quiso secundarle. Alfonso XIII, al no dar fin sin ruptura al Régimen primorrive-rista, cometía un error que arrastraría a la Monarquía; la vuelta, sin más, a la vieja Constitución no solucionaba los problemas del país ni la acusación de «perjuro» que contra su persona enarbolaban los republicanos.

La vuelta a la normalidad suponía dejar sin justificación la admisión de la Dictadura por Alfonso M, cuya actuación, contraria a la Constitución jurada, podía basarse en razones profundas, de necesidad de dar otros cauces políticos para adecuarlos al tiempo; pero las masas no iban a entender que pudiera alterarse un juramento solemne por circunstancias pasajeras.

Primo de Rivera, entre otras medidas, tenía estudiada una Cámara legislativa con la elección, por sufragio universal, do la mitad de sus componentes.

El último acto había comenzado y de más allá de las fronteras colaboraban con una eficaz maniobra financiera, que situaba el valor de la peseta casi al nivel del año 98.

Otra vez fueron los estudiantes los encargados de caldear el ambiente. El 21 de enero de 1930, la F. U. E. comunicaba que declararía una huelga general por no haber sido levantadas las sanciones a Sbert, ni reintegrado a sus cátedras a los profesores que renunciaron con motivo del intento de modificación del artículo 53 del Estatuto Universitario y por las dificultades que ponían al funcionamiento de las entidades escolares no confesionales. Entregó la nota ,en la Secretaría del Jefe del Gobierno, una comisión de estudiantes presidida por un sobrino dp Primo de Rivera, José Orbaneja, entonces presidente electo de la F. U. E. La huelga se preparaba en el domicilio de la federación Hispanoamericana y en la Granja Florida, situada en la plaza del Callao, convertida en cuartel general. Resultó un éxito para la F. U. E.; sus banderas rojas lucían en los balcones de las principales Facultades, mientras volaabn en pedazos los retratos del Rey. Primo de Rivera explicó la situación, el 22 de enero, en una nota oficiosa que comenzaba así:

«No sé bien si tiene precedentes ni siquiera si será bueno el que ahora establece esta Presidencia dando contestación cumplida y cortés al escrito a ella dirigido, con fecha de ayer, por la representación de la Junta de Gobierno de la Federación Universitaria Escolar de Madrid, ratificado por la Cámara Federal; pero como la Dictadura tiene su finosomía y sus normas, en ocasiones superando a las más democráticas, paso a contestarlo.»

Más adelante, decía de Sbert:

«Sería difícil incluirle como estudiante efectivo en ninguna carrera ni disciplina, pues tránsfuga de unas y otras y sin aplicación para ninguna.»

[48] «La tormenta del 48».

Finalmente, reconocía la importancia de la huelga y hacía un llamamiento a los universitarios no afiliados a la F. U. E., es decir, a los independientes y Estudiantes Católicos:

«Recuerden el daño que produjeron los pasados alborotos estudiantiles, inducidos por elementos extraños o por los propios, sordos al interés nacional, retrayendo a los extranjeros en la visita a las grandes Exposiciones y dando lugar a una campaña mundial de alarmas e inquietudes, de cuyas consecuencias no se ha liberado el país aún. Yo no puedo admitir que a nombre de los estudiantes, que, en suma, son la juventud española, se produzcan daños y zozobras en la sociedad, tan necesitada de paz y tan aviesamente incitada desde fuera por intereses contrarios al nacional. Contra ello, si desgraciadamente surgiera de nuevo el caso, vulnerando la autoridad académica, antes que la intervención de la fuerza pública y más eficazmente, espero que han de actuar los propios estudiantes que sientan y piensen de otro modo, y que estén decididos a luchar por su criterio, por lo menos, con igual energía y virilidad con que trate de imponérsele el contrario.»

Martín-Sánchez Julia, como presidente de la Confederación de Estudiantes Católicos, recogió las dudas primo-rriveristas sobre la condición escolar de Sbert en una carta que publicó El Debate, al tiempo que exponía su oposición a la vuelta a sus cátedras de los profesores que las habían abandonado ubérrimamente. Pero los huelguistas contaban con la gran ayuda del presentimiento general de estar próximo el final de la Dictadura. En provincias se produjeron más disturbios, pero hubo menos unanimidad que en el conflicto anterior, con Zaragoza otra vez al margen.

El 28 de enero de 1930, Alfonso XIII hace saber al general Goded que ya no es necesario el levantamiento preparado (una amalgama contradictoria, en la que no faltaba la Asociación Militar Republicana con su figura, Queipo de Llano), en razón de que Primo de Rivera dejaba, por fin, la jefatura del Gobierno.

En su última nota oficiosa, el Dictador no pudo olvidar a los estudiantes, a quienes calificaba de «irresponsables, gozosos de alborotar», pero declarando que «las Universidades constituían los verdaderos cimientos del edificio social». En la noche del día 28, ya dimitido el Gobierno, los estudiantes de la F. U. E. quemaron un quiosco de periódicos de El Debate y en Oviedo asaltaron los locales de la Unión Patriótica.

«Parece un sueño», exclamó Romanones, y el pueblo olvidándose del intenso frío, manifestó su alegría al aire libre; grupos de la F. U. E. fueron disueltos en la calle del Arenal, cuando daban gritos contra la Monarquía, camino del Palacio Real. De espaldas al ambiente, Cambó y el duque de Alba confeccionaron un Gobierno para el genera! Berenguer; el propio duque se hizo cargo de la cartera de Instrucción Pública, con la misión de reintegrar a los intelectuales y estudiantes a la vida constitucional. Sbert volvió de su destierro como presidente de la F. U. E. y se le recibió triunfalmente. Por las calles resonaban los mueras al Rey y el grito deportivo fueísta:

Efe, U. E.; Efe, U. E.

Allá va, allá va..

Hurta, hurra.

Ra, ra, ra.

El espectáculo se repetía con cada uno de los profesores que se reintegraban a sus cátedras y de manera especial en Irún y Salamanca, al regreso de Unamuno. Quedaron en libertad los estudiantes detenidos y se aprobaron unos Estatutos consagrando a la F. U. E. como principal organización escolar. A la mesa presidencial del Ateneo volvió, con gran alborozo, la Directiva republicana depuesta. Por si no fuera suficiente, el Duque utilizó la táctica de colocar en los puestos gubernamentales a republicanos, o monárquicos tibios, estimando que así se apaciguaba al país. Después, el Duque pasó al ministerio de Estado, con gran complacencia de Inglaterra y su masonería.

Solamente con una tísica visión de la política podía creerse que el problema se resolvía con la vuelta a la normalidad constitucional, para pensar así era preciso estar de espaldas al torbellino revolucionario que se acentuaba por días.

El período Berenguer es altamente aleccionador, volviendo a lo fracasado antes no podía tener buen fin.

Los monárquicos solían, en su desorientación, adoptar medidas ambiguas y cobardes. Sirva de ejemplo Sánchez Guerra, quien en su célebre conferencia en el teatro de la Zarzuela, el 27 de febrero, después de afirmar que no era republicano, dirigió fortísimos ataques al Trono; dos frases alcanzaron popularidad: «He perdido la confianza en la confianza», y la repetida del duque de Gandía: «No más servir a señores que en gusanos se conviertan.» Asistieron a la Zarzuela muchos estudiantes que, a la salida, con banderas de la F. U. E. y gritos republicanos, se adueñaron de las calles céntricas. Mola, Director general de Seguridad, puso de relieve que aquellos jóvenes iban bien vestidos, lo que no ocurría con quienes continuaban los gritos por los barrios extremos.

En Valencia, Alcalá Zamora, un ex ministro de la Monarquía, propugna una República de curas, con el cardenal de Toledo a la cabeza. La pintoresca idea, expuesta en un homenaje a San Vicente Ferrer, llenó de euforia a muchos elementos «de orden» que no encontraban cómodo defender a la Monarquía. Por entonces se había iniciado un metódico contrabando de armas desde Barcelona y Valencia; que, a través de las juventudes socialistas, encontró como destinatarios a los estudiantes universitarios.

El ambiente hacía escasamente útil la Asociación de Estudiantes Católicos. Se planteaba la lucha, crudamente, en terrenos políticos y se precisaba un reforzamiento de los sectores de acción. Aparece en ese momento la Asociación Escolar Tradicionalista. En la A. E. T. formaron no sólo los carlistas, sino los que pudiéramos llamar antirrepublicanos. Destacaron como miembros más activos los hermanos Gómez Rubio, Coello, Orozco, Uzqueta, Triana y Pradera. Pero la gran masa estudiantil formaba decididamente en el bando republicano[49].

«El principal altavoz de las esperanzas republicanas —dice Ricardo de la Cierva— no eran los republicanos profesionales, sino los intelectuales, coreados por los estudiantes que sentían el aliento de su pretendida victoria sobre la omnipotente Dictadura.»

En marzo se celebró en el Ritz de Barcelona un resonante banquete en el que los intelectuales de la Ciudad Condal obsequiaron a los madrileños «que habían simpatizado con la lengua y el espíritu catalán», y cuya última muestra de cariño había consistido en la Exposición del Libro Catalán del año 1927. Los nombres de los que brindaron dicen claro de la importancia de la reunión: Serra Hunter, Giménez Caballero, Sainz Rodríguez, Marañón, De los Ríos, Ossorio y Gallardo, Ortega y Gasset y Pi y Súñer; presidió Ramón Menéndez Pidal.

En el mismo mes, enfermo de tristeza, moría en París el general Primo de Rivera.

El 1 de mayo llegó Unamuno a la capital, con objeto de pronunciar dos conferencias. La Policía se vio obligada a limitar la eufórica bienvenida callejera de los estudiantes, lo que produjo varios heridos y el encrespamiento de la Universidad. El día 2 se declaró una huelga en señal de protesta. Tres días más tarde, la presencia del catedrático salmantino en la Universidad Central originó nuevos incidentes y, a la intervención violenta de la fuerza pública, los alumnos de la Facultad de Medicina respondieron con armas de fuego. Por primera vez, el lunes 5 de mayo, los estudiantes utilizan pistolas dentro del recinto universitario. En el tiroteo encontró la muerte un obrero, unido a los universitarios «por civismo», según la versión de la F. U. E., de la que diez afiliados resultaron heridos; el profesor Cándido Bolívar sufrió un corte en el brazo, ocasionado por un sablazo. También en San Bernardo se produjo un tiroteo, pero afortunadamente sin heridos.

¿Qué hizo entonces el Gobierno de la normalidad? Clausuró los Centros universitarios de Madrid, dando por terminado el curso; combatió los alborotos que por solidaridad se produjeron en Sevilla, Valladolid, Granada, Santiago, Murcia y Valencia. Unamuno fue obligado por la Policía a trasladarse a Salamanca. Sin embargo, el Gobierno no podía apartarse ostensiblemente de una actuación constitucional y los republicanos no dejaban de insistir en este punto, que les daba tantas posibilidades; así, Sánchez Román, en una conferencia en la Asociación de Estudiantes de Derecho en Madrid, formuló, jurídicamente, un memorándum acusador, con las infracciones constitucionales cometidas por Berenguer. El pueblo español ideó pronto el término adecuado para calificar aquel Gobierno: la Dictablanda fue el nombre.

DELENDA EST MONARCHIA

El 17 de agosto de 1930 se celebró una importante reunión en la capital de Guipúzcoa, en la que se llegó a un convenio de unidad entre los distintos partidos republicanos, que se denominaría con el nombre de Pacto de San Sebastián. Estuvieron presentes desde la derecha liberal, con Alcalá Zamora y Miguel Maura, hasta el socialismo de Indalecio Prieto. No faltaron los intelectuales, con Sánchez Román y Azaña; Marañón no asistió por encontrarse en el extranjero. Concurrieron también representantes de los partidos regionalistas. La diversidad de ideas impidió la formulación de soluciones para los problemas nacionales; solamente hubo acuerdos concretos en la formación de un Comité ejecutivo preparatorio del golpe contra la Monarquía y para satisfacer las aspiraciones regionalistas a base del principio de autodeterminación. Sobre este último aspecto, cuya trascendencia lastraría penosamente a la II República, Prieto señaló el peligro de entronizar un separatismo vasco reaccionario y capitalista, es decir, cerraba los ojos a la posible desmembración de la Patria, pero se ponía en guardia por si ocurría con tendencia antisocialista.

El pulso monárquico era débil y la calle le resultaba cada vez más hostil. Para hacer frente a la violencia republicana, Albiñana crea el Partido Nacionalista, de corte fascista; pero sus cuadros legionarios no pasaban de caricatura de las milicias musolinianas. Actuaba con más deseos que ambiente popular la Unión Monárquica Nacional, fundada poco después de la muerte del general Primo de Rivera. La presidía Guadalhorce y José Antonio Primo de Rivera ocupaba la vicesecretaría. En octubre, en un mitin celebrado en Bilbao que provocó una huelga general y tiroteos callejeros, José Antonio denunció cómo en la Universidad del Estado, paradójicamente, los jóvenes recibían enseñanzas contra los fundamentos mismos del Estado.

En octubre es abortado por el Gobierno el golpe preparado por los comandantes Franco y Sancho. El 15 de noviembre, Ortega lanza su «Delenda est monarchia» y, el 12 de diciembre, el capitán Galán subleva la guarnición

[49] Si algo tradicional figuraba en las algaradas estudiantiles era su tendencia republicana. En abril de 1865, en la llamada «Noche de San Daniel», los disparos contra los estudiantes en la Puerta del Sol supusieron, nada menos, que la caída de un Gobierno presidido por Narváez. Había protestado Castelar contra el «rasgo» de Isabel II de ceder al Tesoro el 15 por 100 de las ventas que ella realizaba del Patronato Real, que Castelar estimaba patrimonio nacional; negóse la Universidad a la apertura de expediente contra este catedrático, y con ello comenzó el sonado alboroto.

Esta tendencia recogía buena parte de la Universidad; así, con cierta propiedad, la República de 1873 fue llamada «de los cátedra ticos». Y el mismo signo republicano se encuentra en las algaradas de inauguración de curso de 1884, y en las silbatinas a Cánovas en Madrid, Barcelona, Zaragoza y Sevilla, en 1888.

de Jaca. «Alguien tiene que empezar»,-dijo. Los jóvenes oficiales sublevados se lanzaron a una aventura que aplastaría con facilidad la tropa de Zaragoza. Tanto el grupo del comandante Franco como el de Galán mantenían enlaces con la F. U. E.

Un grupo de estudiantes pertenecientes a la Federación, encabezado por Ramón Martínez Pinillos, que dirigía un semanario titulado Rebelión, se situó en Jaca, simulando ser esquiadores. Llevaron desde Madrid unas cadenas que simbólicamente pensaban romper en el momento de la sublevación.

Horas antes del levantamiento llegó a Jaca uno de los fundadores de la F. U. E., Graco Marsá, con el propósito de aconsejar calma al inquieto capitán republicano, esto le permitió ser testigo de excepción del intento [50]. La nueva libertad nacía con un escueto bando firmado por Galán:

> «Artículo único.—Todo aquel que se oponga de palabra o por escrito, que conspire o haga armas contra la República naciente, será fusilado sin formación de causa.»

Dos días más tarde, después de un juicio sumarísimo, fueron fusilados los capitanes Galán y García Hernández. Supieron morir con gallardía, convirtiéndose en los mártires que necesitaban los opositores a la Monarquía.

El prematuro alzamiento de Jaca desorientó a los comprometidos y todo fue ya desordenado y sin nervio. Un decimonónico manifiesto, redactado por Lerroux y firmado en primer lugar por Alcalá Zamora como jefe de un Gobierno provisional, motivó la oposición del separatista Nicolau d'Olwer por el grito final de «¡Viva España con honra!» En el escrito se le adjudicaban al Trono las catástrofes de Cavite y Santiago de Cuba, y mostraban su seguridad de que las puertas de la Universidad se abrirían para dar soldados a la revolución. En Cuatro Vientos, base militar decididamente comprometida, el comandante Franco cargó un avión con proclamas y bombas, sobrevoló Madrid y el Palacio Real, pero no se atrevió a bombardearlos más que con hojas republicanas. La huelga general preparada fracasó en Madrid, Barcelona, Valencia, Zaragoza y Sevilla, es decir, en las poblaciones importantes. La rebelión fue dominada, pero el Gobierno carecía de la inteligencia política necesaria para consolidar su victoria.

El Comité Republicano encontró, en la Cárcel Modelo de la capital, un centro conspiratorio y propagandístico, cómodo e impune. En un solo día, por ejemplo, acudieron a visitarlos cuatro mil ferroviarios; estas actividades las dirigía Lerroux, que había logrado evitar su detención ayudado por el catedrático Honorato Castro. La F. U. E. no faltó a la cita de agitación, aun cuando sin contundencia; no obstante, el ministro de Instrucción, Elias Tormo, clausuró las Universidades por un mes.

En el Ateneo convivían entre el musgo de sus divanes nombres ilustres, resentimientos, impulsos brillantes y el complejo de pertenecer a un pueblo mentalmente subdesarrollado; antes de ser cerrado gubernativamente hicieron un llamamiento al extranjero, «dado el triste estado de nuestra ciudadanía». Su vicepresidente, don Antonio Royo Villanova, dimitió entonces, por discrepancia con tal actitud. No tardaría en aparecer la fe y la decisión traducidas a la más atractiva literatura política. En febrero de 1931, Ortega, Marañón y Pérez de Ayala lanzan la Agrupación al Servicio de la República, con razones más convincentes por su belleza que por su fuerza. En su proclama no olvidaron a los estudiantes, «muy especialmente necesitamos la colaboración de la juventud».

Reanudadas las clases, vuelven los incidentes; esta vez adquirieron su máxima gravedad en Sevilla, en donde los estudiantes colocaron una bandera de la F. U. E. en la fachada principal de la Universidad. El gobernador, conde de San Luis, pidió al Rector que «quitara el trapo rojo» que presidía los continuos alborotos callejeros; en su respuesta, el Rector se limitó a decir que «el trapo rojo» era simplemetne la bandera de la Federación de Estudiantes. Estando solitaria la Universidad, el comandante de la fuerza de Seguridad entró con unos números y se llevó la bandera. Presentó la dimisión el Rector, a quien secundó el profesorado por el atropello que suponía aquella invasión no autorizada y, ante el cariz que tomaba el incidente, el ministro de Instrucción llevó a La Gaceta, el 4 de febrero, un Real Decreto declarando treinta días de vacaciones extraordinarias en todas las Universidades. En la disposición se censuraba la actuación del gobernador de Sevilla, de quien se decía haber provocado «la emoción y natural protesta de los claustros y de los escolares a la vez, en camino de generalizarse».

Las dificultades con que tropezó el general Berenguer para convocar elecciones le obligaron, el 14 de febrero, a dimitir. En los intentos para formar nuevo Gobierno, Sánchez Guerra llegó hasta la Cárcel Modelo para ofrecer puestos al Comité Republicano, en un Gabinete cuya única misión consistiría en convocar elecciones constituyentes y vigilar su desarrollo; los republicanos rechazaron el ofrecimiento y lo mismo hicieron, en nombre del grupo intelectual, Ortega y Marañón. La Monarquía perdía fe en su legitimidad y, al intentar un pacto con sus enemigos, les hacía el regalo de fortalecerles. El día 17, reunidos en el Ministerio de la Guerra los jefes monárquicos para tratar de encontrar la solución más acertada, se rechazó la propuesta de Berenguer de ir directamente a elecciones constituyentes. Entendieron los reunidos, en su mayoría, que no había peligro republicano, cuyo ambiente estaba localizado en las tertulias de algunos intelectuales [51]. Por fin el almirante Aznar se prestó a presidir un Gobierno en cuya formación no había intervenido y que enterraría al Régimen. Hacía el número treinta y seis desde 1898, sin contar las numerosas crisis parciales. Ocupó la cartera de Instrucción Pública el catedrático de la Central, Gascón y Marín, próximo, políticamente, a Santiago Alba. El último ministro del ramo sería, al igual que el primero, nuevo en lides políticas.

[50] La sublevación de Jaca, por Graco Marsá.
[51] Tempestad, calma, intriga y crisis, E. Mola.

LA FACULTAD DE MEDICINA, FORTÍN REVOLUCIONARIO

El 28 de febrero, el Gobierno decidió la reapertura de los Centros universitarios clausurados; previamente, el señor Cascón y Marín ordenó la supresión, en los expedientes estudiantiles, de las observaciones desfavorables. Pero la rebeldía universitaria sería con su constancia más efectiva que la fluctuante acción gubernamental. El Gobierno Aznar, que había heredado el conflicto surgido en la Universidad sevillana, al iniciar su actuación, acordó nombrar otro gobernador, con objeto de evitar un enfrentamiento con las Universidades. Pasó al puesto del conde de San Luis, Vicente Gimeno, profesor auxiliar de la Universidad Central. Gascón y Marín declaró en el A B C, el 4 de marzo, a modo de explicación: «Sus noticias eran que la vida escolar se desenvolvía con tranquilidad. Creía que en Sevilla se reintegrarían las autoridades académicas a sus puestos, ya que ha quedado terminado el pleito de carácter político en vista del nombramiento del nuevo gobernador civil, cuyo nombre es garantía de normalidad y de justicia. Añadió que era ya conocido el acuerdo de la Junta de Gobierno de la Universidad Central de restablecer las clases el día 5.» La victoria estudiantil recibía así certificado oficial.

En marzo se publica la convocatoria de unas elecciones municipales, que se pretendía fuera un tanteo inocente de la opinión. El día 19, el Rey firmaba en Londres, no sábelos si como original homenaje al liberalismo inglés, un Decreto por el que se restablecían las llamadas garantías constitucionales, que, de hecho, no eran otra cosa que la impunidad para quienes preparaban la fosa a la Monarquía. Naturalmente, el Ateneo abrió sus puertas otra vez a la subversión. El Comité republicano salió de la cárcel en olor de multitud, entre vítores al Gobierno de la República, y tanto se convencieron de su triunfo que Alcalá Zamora notificó a la Banca Morgan que, cuando fueran Poder, no reconocerían el crédito de sesenta millones de dólares que estaba gestionando el ministro de Hacienda, señor Ventosa.

Con motivo de las esperadas sentencias del Consejo de Guerra ordinario, con el resto de los encartados en el alzamiento de Jaca, el 23 de marzo, piden los obreros en la Casa del Pueblo una amnistía general, con intento de manifestación callejera, disuelta por los guardias. Al día siguiente, los estudiantes se solidarizaban con la consigna socialista y repetían el alboroto, con similar réplica por los encargados del orden público. Los ensayos realizados por los universitarios durante la Dictadura iban a perfeccionarse actuando unidos a los trabajadores. El día 24, mientras se sucedían los alborotos, el Director general de Seguridad, general Mola, recibía a una comisión de estudiantes de la F. U. E., quienes solicitaban permiso para manifestarse por las calles. Mola les recordó que la Ley vigente, promulgada en 1880, exigía una solicitud por escrito; uno de los comisionados, en tono insolente, replicó al general: «Queremos el permiso en el acto, porque de lo contrario, después de un par de días, probablemente se habrá concedido la amnistía y nos quedaremos sin pretexto para poder celebrar la manifestación, que es nuestro objeto» [52].

Ya ese día se veían por los tejados de la Facultad de Medicina estudiantes armados; pero contra los guardias próximos se utilizaron solamente cascotes y piedras.

Los ministros de Gobernación e Instrucción Pública decidieron, para evitar heridos, que la fuerza pública se alejara de la Facultad. Esta medida envalentonaba a los estudiantes y les permitía entrar y salir cómodamente con armas y municiones.

El 25 se ordenó oficialmente el cierre de todas las Facultades, disposición que fue observada con la excepción de Medicina, en donde se acordó realizar un esfuerzo subversivo. La entrada en San Carlos no encontró dificultades mayores. Como la Policía vigilaba con especial atención las puertas de Atocha y Santa Isabel, con la colaboración de un profesor y de varios alumnos internos pudieron penetrar por la puerta de Santa Inés estudiantes y elementos axtrauniversitarios, armados con pistolas. «Se produjeron los mismos desmanes que la víspera y colocaron los revoltosos un paño rojo y negro, a modo de bandera, sobre la fachada de la Facultad» [53]. Los concentrados en la Facultad intentaron formar una manifestación, lo que motivó una carga de la fuerza pública. El general Mola vio así lo ocurrido:

> «La provocación partió siempre y en todo momento de la clase estudiantil, o mejor, de escasos estudiantes exaltados que incitan y entusiasman a los demás con sus gritos estentóreos de «Viva la República», «Muera el tirano», «Esos canallas», «Muera el rey», «Viva Galán» y otras frases por el estilo, pues se les ocurrían los dichos más peregrinos, que eran coreados por la multitud. Los oficiales, guardias y agentes se refugian en la Posada de San Blas; en estos momentos empiezan los disparos desde la azotea y la aglomeración de revoltosos en la puerta principal, oyéndose gritos e improperios de todas clases: «Cabrones, lo que aguantáis por ocho pesetas», decían, entre otras cosas, los de la puerta, y los más temerarios no sólo salían a mitad de la calle para alcanzar a los guardias, sino que se aproximaban hasta cuatro o cinco metros de ellos para hacer blanco con sus piedras; entonces fue cuando, para repeler la agresión, disparó Seguridad y cayó el estudiante Torres y dos obreros en un intervalo de quince minutos, pues la escena se repetía.» [54]

Presididos por el decano señor Recaséns, se reunieron en el anfiteatro varios profesores con los estudiantes, acordándose pedir la destitución del Director general de Seguridad. El general Mola debió recordar entonces la frase de salutación del anterior ministro de Instrucción, señor Tormo: «No olvide usted que las únicas algaradas que hacen

[52] E. Mola: El derrumbamiento de la Monarquía.
[53] Marqués de Hoyos: Mi testimonio. El entonces ministro de la Gobernación dedica un capítulo de su libro a este conflicto estudiantil, así como numerosas notas aclaratorias. Sin embargo, esta bandera rojo y negra de que habla no llegó a existir. Su error parte de la decía ración de un testigo que solamente pudo ver la bandera roja de la F.U.E.
[54] Nota confidencial del Director general de Seguridad al ministro de la Gobernación.

caer a los Gobiernos son las de estudiantes y cigarreras.» Recaséns declaró con preparado dramatismo que hubo de pedir la destitución de Mola tumbado en el suelo; pues, mientras hablaba por teléfono, las balas entraban por todas partes, incluso en las salas del Clínico, con el pánico de los enfermos. Antes, por aquel mismo teléfono, había declarado a un periodista del Heraldo de Madrid «que era incompatible con el Gobierno» y que había dicho a los estudiantes: «Dentro de la Facultad pueden ustedes hacer lo que quieran, pues soy yo la única persona responsable.»

Frente a la concertada acción subversiva, el Gobierno se debatía entre dudas y escrúpulos; Mola pidió reiteradamente la ocupación de la Facultad, y sostenía su petición La Cierva, que presenciaba los hechos desde el Ministerio de Fomento, en Atocha; sin embargo, prevaleció el criterio moderado de los ministros de Gobernación e Instrucción Pública; Mola asegura que su propuesta de ocupar la Facultad de Medicina, alegando la incapacidad de las autoridades académicas para mantener el orden, tropezó con el respeto al supuesto fuero universitario; el marqués de Hoyos replica en su testimonio:

> «Se confunde Mola al achacarme esa especie de reconocimiento del «Fuero Universitario»; en toda ocasión en la que usé esas palabras tuve especial cuidado en hacerlo señalando que este fuero no existía. El sentido que se había conseguido dar a esos vocablos, aplicados al régimen universitario, motivaba que, generalmente, se diera por supuesto que la Universidad y los catedráticos que le regían disfrutaban de un fuero exento, de un régimen de excepción distinto a la ley común.»

Mola insistió que, de no ocuparse la Facultad, lo más conveniente sería alejar la fuerza pública. Pero a esta medida replicaron los estudiantes invadiendo nuevamente la calle de Atocha, con intentos de manifestarse camino de la Puerta del Sol, obligando otra vez a la intervención de los guardias. La acertada consigna de no colocar la fuerza pública al alcance de las pistolas que se manejaban desde las azoteas de la Facultad hubo de quebrarse en razón de que, dentro de la Posada de San Blas, situada enfrente de la fachada principal, el Director general de Seguridad había puesto a tres agentes de Policía con objeto de informar desde tal observatorio sobre lo que vieran en San Carlos. Se dieron cuenta los estudiantes y decidieron asaltar la Posada; a la petición de auxilio de los sitiados acudió la Guardia Civil, que pronto sufrió dos bajas, una de ellas un guardia muerto [55]. La respuesta fue fulminante y el tiroteo contra la Facultad se generalizó. Un grupo de guardias, situado en tejados que dominaban la azotea en donde estaban situados los estudiantes más decididos, hizo que éstos se quitaran los pañuelos con que se cubrían la cara para pedir que cesara la acción contra ellos. Eran once los estudiantes heridos y un obrero muerto.

El decano llamó telefónicamente al ministro de la Gobernación pidiendo la retirada de los guardias, con la promesa de que los concentrados en la Facultad saldrían sin intentar manifestarse. Accedió el marqués de Hoyos, y los universitarios y trabajadores que se habían batido a tiros se fueron tranquilamente sin ser molestados.

El polvorín madrileño alcanzó con su onda expansiva a las Universidades de provincias, destacando como más alborotadas Sevilla, Barcelona, Salamanca y Valencia, en donde lograron formar una considerable manifestación, con franco matiz republicano, encabezada por un gran retrato de Blasco Ibáñez.

Se generalizaron las protestas, a cual más altisonante. El día 26, la Junta de Gobierno de la Universidad Central, con la firma de casi todos sus miembros, decía:

> «La Junta de Gobierno, enterada por manifestaciones de algunos de sus vocales, que presenciaron los sucesos des arrollados en el día de hoy en la Facultad de Medicina, y de escuchar el informe del señor rector después de su visita al lugar de los sucesos, acordó unánimemente lamentarlos; poner en conocimiento del Gobierno la manifestación de su más viva repulsa por lo ocurrido, que viene a imposibilitar la labor de dirección que la Junta tiene encomendada y solicitar, como satisfacción de sus sentimientos de justicia lastimados, la inmediata destitución del Director general de Seguridad y la depuración de toda clase de responsabilidades con motivo de los sucesos con traídos.»

Es de justicia señalar que la indignada protesta de los catedráticos olvidaba al guardia civil muerto, que la Facultad estaba oficialmente cerrada y la presencia de obreros dentro de la Universidad [56]. El acuerdo motivó la sustitución de don Blas Cabredo por don Pío Zabala en el Rectorado. El Colegio de Médicos puso de relieve «la saña de las autoridades encargadas, por cruel paradoja, de mantener el orden». No faltó el Ateneo a esta cita, ni aquella parte de la Prensa que se había puesto a favor de la República y, naturalmente, la Federación Universitaria Escolar. Mola escribió: «Todo, absolutamente todo, está minado por un sentimiento de hostilidad al Rey.»

El Gobierno, aun cuando inclinado a sustituir a Mola, prefirió aplazar su cese en un titubeante esfuerzo para mantener el principio de autoridad. Era evidente que los políticos monárquicos estaban sin ideas aptas para dominar la subversión.

Los estudiantes no perdían ocasión para manifestarse; acudían siempre grupos numerosos a los actos públicos, tanto para ovacionar a los oradores como para abuchearlos si eran contrarios. El día 27, con motivo de una conferencia del catedrático Recaséns, en la Academia de Jurisprudencia, a la que asistió Alcalá Zamora, objeto de grandes ovaciones, se produjo una pequeña reacción por parte de jóvenes monárquicos, que hubieron de sufrir las iras de la mayoría. Los estudiantes, única parte de la juventud con peso político, habían tomado en sus sectores

[55] El «ABC» del día 27 publicó a toda portada una fotografía de la madre del guardia muerto, una pobre mujer campesina, con un pie que decía: «También los guardias civiles tienen madre.»
[56] Miguel Maura, del comité republicano, menciona a «técnicos en contiendas». Así cayó Alfonso XIII.

activos partido republicano. No se entiende cómo José Pía, en su Historia de la segunda República española, comentando esta tendencia, intenta buscar razones económicas a la rebeldía estudiantil.

Singular atractivo tenía para los universitarios cualquier acto protagonizado por Unamuno. Su anunciada conferencia sobre el tema «Simón Bolívar, libertador de España», que pronunció en el Ateneo de Madrid el día 28, reunió una considerable masa escolar que superaba el millar. El Ateneo rebosaba; grupos de afiliados a la F. U. E. se repartieron por los pasillos, portando varas de fresno; quienes se quedaron en la calle mostraban descaradamente palos y porras. La conferencia transcurrió entre grandes ovaciones, mueras al Rey perjuro y gritos subversivos variados.

Comenzó Unamuno recordando su primera llegada a la capital rodeado de estudiantes y la brutal represión de los guardias. Después entró en el tema; su tesis consistía en mostrar que Bolívar se levantó contra la dinastía borbónica y no contra España y que su último propósito había sido el de terminar su lucha en la Península; por tanto, se trataba de una guerra civil por la libertad. La con/ cia estaba repleta de frases alusivas al Rey, y no precisamente respetuosas.

El mismo día, una comisión de la Unión Federal de Estudiantes, con su presidente, Vázquez López, visitó al ministro de la Gobernación, pidiendo permiso para celebrar una manifestación; cuando el marqués de Hoyos les aconsejó que se dirigieran al Director general de Seguridad, le replicaron con duras palabras para Mola, de quien pedían su procesamiento[57].

Al día siguiente, en el Colegio de Médicos, se reunió la F. U. E. de Medicina, acordando: «Un voto favorable al señor Recaséns. Una censura para los profesores Súñer y Aguilar. Hacer una suscripción a favor de la hija del estudiante Samper, muerto en los sucesos, con una visita colectiva para depositar flores en su tumba. Solicitar el procesamiento de los oficiales que madaban la fuerza pública en los sucesos. Y mantener la huelga con carácter indefinido» [58].

El socialista Negrín no perdió la ocasión de poner leña al fuego; cualquiera que hubiera leído su nota en El Sol podría creer que se trataba de un catedrático liberal al margen de la pasión política: «No pretendemos defender la actitud de los escolares, porque no queremos nunca mezclar nuestras funciones docentes con actitudes políticas. Hemos de decir, sin embargo, que en todos los momentos de nuestra historia, y de todos los pueblos, los estudiantes han tomado parte en las revueltas políticas y sociales. Observamos una diferencia fundamental: jamás hemos visto un sentido de civismo tan desarrollado en la clase escolar, una defensa tan viril de las libertades ciudadanas; un valor acentuado que les lleva a poner sus pechos ante los fusiles de las autoridades, con una tranquilidad que produce asombro y una audacia que raya en los límites de la temeridad.»

Mientras tanto, el Gobierno seguía discutiendo la conveniencia de tirar por la borda a Mola para no irritar a los republicanos; éstos utilizaban cualquier pretexto para exteriorizar su fobia monárquica. J. A. Ansaldo escribió: «... y escuché pitas de estudiantes y obreros al paso del Rey; según mis informes, multiplicadas en cines y teatros a la entrada de las "infantitas", hasta entonces tan queridas» [59].

LA REPÚBLICA DEL 14 DE ABRIL

El día 12 de abril, con Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Valladolid y Málaga, la mayoría de las capitales de provincias votaron claramente por la República [60]. Fueron vistos sacerdotes acercarse a las urnas ostentando papeletas republicanas, en inútil gesto oportunista. Los que iban a triunfar no los toleraban. Ramón Franco escribía ese día en Solidaridad Obrera: «¿Que un sacerdote en el pulpito, o un obispo quebrantando sus votos, disciplina y neutralidad, hace campaña política? Se recomienda el uso de la dinamita.»

Ni siquiera los caciques tradicionales consiguieron votos para la Dinastía, derrotada en Guadalajara, feudo electoral de Romanones, y en Murcia, en donde ejercía su influencia La Cierva. Y es más, pudo con razón escribir el Comité Revolucionario: «... y aún ha quedado en la calle vibrando, pero sin poder acudir a las urnas, la admirable férvida adhesión a nuestras ideas de las juventudes españolas». Los ministros quedaron petrificados; el Jefe del Gobierno, coma político en Babia, declaró: «Después de pasar la noche leyendo Rocambole me he encontrado con que la España que se acostó monárquica se ha despertado republicana.» Algunos intentaron escudarse en el democrático argumento de que el cómputo general d^oa un número mayor de concejales monárquicos. Era inútil, la Monarquía, que no había sabido obtener ventaja en ningún terreno legal, resultaba ahora indefendible. El propio general Sanjurjo ponía punto final a cualquier ilusión de resistencia al declarar que ni siquiera podía contarse con la Guardia Civil. Lógicamente, el Comité Revolucionario rechazó cualquier acuerdo que no supusiera la marcha inmediata del Rey. El pueblo ocupó las calles y sus gritos tenían más alegría que odio; se generalizó el «¡Fuera Gutiérrez!» y aparecieron banderas nacionales tricolores, con la banda inferior en color morado. Los cabildeos en las habitaciones de Palacio y las actitudes de resistencia hasta la última posibilidad no tenían msá valor que el

[57] Proclamada la República, se procesó a Mola por «indicios racionales de criminalidad». El 21 de abril el general se presentó en el Ministerio de la Guerra, quedando detenido. La causa fue sobreseída el 31 de diciembre de 1934.
[58] Los estudiantes y los republicanos en general jugaban su baza sin escrúpulos. Samper era un obrero jabonero sin el menor contacto con la Universidad.
[59] Este aviador confundía en su libro ¿Para qué...? los sentimientos políticos con las novelas rosa.
[60] Solamente en cuatro capitales de provincias hubo mayoría monárquica. En Madrid, los votos republicanos fueron más del doble que los dinásticos.

anecdótico. El «Comité», como Gobierno provisional, anuncia la implantación de la República «en nombre de esa España anhelante y juvenil que representamos».

A las dos y cinco de la tarde del 14 de abril, el conde de Romanones, por consejo del Rey, se reunió con Alcalá Zamora en el despacho de Marañón. Allí recibió un ultimátum. Poco después, Alfonso XIII salía hacia Cartagena para embarcar en el enacero «Príncipe Alfonso», camino del destierro.

Antes, la noche del 13, el Ayuntamiento de Vigo había proclamado la República, y en la mañana del 14 lo había hecho el de Eibar. El Rey puso su firma en un documento redactado por el duque de Maura, con trasnochada literatura política, en el que anunciaba su apartamiento de España, «reconociéndola así como única Señora de sus destinos». Había fracasado ya el intento de instituir una Regencia y el propio Gascón y Marín rogaba de parte del Comité Revolucionario, con quien se había comunicado, que no salieran tropas a la calle a proclamar el estado de guerra para evitar inútiles choques sangrientos. Mientras, grupos compactos de afiliados a la F. U. E. y juventudes socialistas, con gorros frigios, formaban guardia ante las puertas de Palacio para evitar desmanes de la masa vociferante. Pero antes que el Comité Revolucionario anunciara su victoria desde los balcones del Ministerio de la Gobernación, en la Puerta del Sol, en Barcelona se proclamaba la República catalana.

Asumió la Presidencia del primer Gobierno republicano Alcalá Zamora; la cartera de Instrucción Pública fue para Marcelino Domingo, maestro de escuelas laicas. El ministro de Justicia, Fernando de los Ríos, había sido agraciado por el duque de Alba, durante el Gobierno Berenguer, con la cátedra, creada para él y sin oposición, de «Estudios Superiores de Ciencias Políticas», dentro de la Facultad de Derecho. Alvaro de Albornoz, ministro de Fomento, protegido de la Institución Libre de Enseñanza, formaría con Marcelino Domingo y Azaña la trilogía más sectaria de aquella etapa inicial.

De los doce ministros, cinco pertenecían a la masonería y nueve eran socios del Ateneo, entidad subvencionada por el Estado monárquico. Según el general Mola, «en el centro ateneísta, foco de la rebeldía y parque de armas de la revolución, se hizo el reparto de carteras». Era, pues, en principio, un Gobierno de signo intelectual. El orden con que se verificó el cambio de Régimen fue asombroso. El Presidente del último Gobierno monárquico, almirante Aznar, se puso inmediatamente a las órdenes de Alcalá Zamora y Sanjurjo, figura representativa de la milicia real, ofreció la adhesión de la Guardia Civil. Colaboraba a esta transición pacífica un miedo derechista justificado; se tenía la impresión de que en cualquier momento podía surgir la chispa incendiaria; así, el martes y miércoles, los sacerdotes salieron a la calle con trajes civiles y bastantes conventos fueron evacuados por los religiosos.

En la revista España, dirigida por el socialista Araquis-táin, se decía: «La República es poca cosa; lo importante es la sustancia republicana.» Muchos universitarios creyeron que era posible, por fin, la revolución que la nación necesitaba. El Gobierno, seguro de contar con la juventud, rebajó inmediatamente la edad para ser elector hasta los veintitrés años.

Pero no solamente el nubarrón de la República catalana ennegrecía el apelativo de la «niña bonita», con que se bautizaba al nuevo Régimen. Por las calles se cantaba el Himno de Riego, con voces destempladas y con el siguiente estribillo:

Si supieran los curas y frailes

la paliza que les van a dar,

subirían al coro gritando:

¡Libertad, libertad, libertad!

CAPÍTULO II. PREPARATORIO: 1931-1933

Deber de la juventud es la rebeldía.

G. MARAÑÓN

«LA CONQUISTA DEL ESTADO»

Febrero de 1931, vísperas republicanas. En el madrileño café de Pombo, rico en sugestivas tertulias, se celebra un homenaje a Giménez Caballero, que ejercía en su Gaceta Ilustrada una especie de consulado intelectual del fascismo. Esto explicaba la presencia de Bagaglia, renovador del teatro italiano. En los brindis, Antonio Espina, calificado escritor surrealista, poniendo una pistola de madera encima de la mesa, comentó garbosamente el suicidio de Larra, ocurrido en otro febrero, lamentando que un representante mussoliniano se encontrara en lugar destacado en una reunión de españoles. Protestaron muchos asistentes. Uno, joven, de aspecto rudo, dando vítores a España e Italia, esgrimió una pistola auténtica, anunciando el comienzo de una campaña para recuperar la Patria con razones y armas verdaderas. Terminó brazo en alto, gritando: «Arriba los valores hispanos.» Ramiro Ledesma Ramos borraba así la preparada intervención de Espina y daba el primer toque de atención hacia una política distinta, revolucionaria, independiente de intereses económicos y de tópicos espirituales.

Ramiro Ledesma, zamorano, licenciado en la Facultad de Filosofía, becario de sí mismo con un trabajo modesto, admiraba a Ortega y colaboraba, si bien con parquedad, en La Revista de Occidente. Pocos días después del incidente del café de Pombo, Ramiro redactaba un manifiesto, para el que conseguiría, trabajosamente, diez firmas de jóvenes ganados por la arrogancia de los camisas negras y con inocultable influencia de Curzio Malaparte, se denominó La conquista del Estado. El lenguaje del manifiesto era claro, directo y sugestivo; comenzaba así: «Un grupo compacto de españoles jóvenes se dispone hoy a intervenir en la acción política de un modo intenso y eficaz.» «Somos, en gran parte, universitarios. La Universidad es para nosotros el órgano supremo, creador de los valores culturales y científicos. Pueblos sin universidad permanecen al margen de las elaboraciones superiores. Sin cultura no hay tensión del espíritu, como sin ciencia no hay técnica. La grandeza intelectual y la preeminencia económica son imposibles sin una Universidad investigadora y antiburocrática.» Más adelante, recalcando su carácter juvenil, declaraba: «Contamos con la presencia activa y sincera de una generación en cuya sangre fermenta la sustancia del porvenir.»

Y reafirmaba con original audacia:

«Los españoles de más de cuarenta y cinco años no podrán intervenir, de modo activo, en nuestras falanges.» No faltaban las invocaciones a un Estado total, lógica reacción frente al desmadejado armatoste liberal que regía al país, ni las promesas de grandeza nacional, como contrapunto de tanto enanismo.

El sentido social revolucionario era rotundo, decía el punto 14: «Expropiación de los terratenientes. Las tierras expropiadas se nacionalizarán y serán entregadas a los municipios y entidades sindicales de campesinos.»

Las adhesiones fueron escasas, apenas una docena de estudiantes. Ramiro lo explicaba en razón a que la juventud «generosa e inexperta» estaba ilusionada, sin más, con la presentida República. La primera adhesión escrita venía de un estudiante, Matías Montero, y el primer ofrecimiento personal, de un alicantino de la Facultad de Medicina, Luis Batllés.

La carta de Matías Montero decía: «Señor don Ramiro Ledesma Ramos. Muy señor mío: Habiendo leído el manifiesto La conquista del Estado, que usted suscribe como presidente, y sinceramente convencido de que su ideario viene para abrir un camino salvador en la actual confusión político-social, envío desde luego mi adhesión y le ruego me envíe folletos que expliquen detalladamente lo que va a ser el partido. Yo soy estudiante de Medicina y cuento actualmente diecisiete años, pero me falta muy poco tiempo para cumplir dieciocho años. Espero de su bondad no demore el envío de los detalles que solicito. De usted afectísimo y seguro servidor, Matías Montero y Rodríguez de Trujillo. Mis señas son: Marqués de Urquijo, 21, 3.°. Madrid, 9 de febrero de 1931.»

El 14 de marzo se voceaba: La Conquista del Estado, primer número de un semanario también fundado por Ramiro Ledesma, que en un análisis del manifiesto de los intelectuales, tras reconocer su prosa perfecta, señalaba: «Permanece todo él alejado de las realidades políticas universales.» Parecen considerar como muy importante «su republicanismo, en último extremo, cosa desde luego adjetiva.» Concluía con la idea de que no era bastante la proclamación republicana para dar solución a España.

Ramiro reconocía a la F. U. E. dentro del espíritu jonsista: En «la España que hace —decía— hay que rendirse a la evidencia de que la F. U. E. representa la joven vitalidad universitaria. Frente a ellos, los estudiantes católicos que disponían de los recursos magníficos que proporciona la cultura católica y la tradición hispana significan bien poco. Por culpa suya, claro. Por falta de impulso nuevo, de talento y de visión. Enviamos a la F. U. E. un cordial saludo de camaradas».

Y recalcaba este entendimiento uno de los primeros de la F. U. E., Antonio Riaño, firmante también del manifiesto:

«En las F. U. E. S, —afirmaba— se trataba, en definitiva, de dar una batalla a todo cuanto hubiera en la Universidad de viejo y decrépito. Frente a la desintegración individualista de generaciones jaraneras, levantar una juventud con brío y empuje.» «Contra el pupilo de casas de huéspedes, la alegría deportiva. Queremos ser serios

del modo más alegre.» Después vino la Unión Federal de Estudiantes Hispanos. Luego, el ingreso en la C. I. E. Destacamos la gran labor de Arturo Soria Espinosa, incansable fundador de esa fuerza juvenil en la que hay que poner grandes esperanzas.

La inicial euforia republicana hizo aparentemente estéril el llamamiento, por lo que se redujo la pequeña minoría inicial. Entre los impacientes huidizos, Antonio Riaño intentaría con otros universitarios, entre los que figuraba el profesor Valdecasas, poner en pie un partido, con el nombre de Frente Español.

Fueron cofundadores del Frente Español, Elíseo García del Moral, Antonio Bouthelier y Patricio González de Canales, que encabezaba un grupo católico dentro de la F. U. E. El F. E. fue presentado por Alfonso García Valdecasas en una conferencia en la Academia de Jurisprudencia.

Ramiro publicó el mismo año un pequeño libro con el título Hay que hacer una revolución hispánica, dedicado al camarada Ramón Franco, cuya adhesión, como la de Ruiz de Alda, buscaba afanosamente.

En el Lejano Oriente, los japoneses inician su ataque a China, apoderándose de Manchuria. La maniobra imperialista nipona habría de engendrar el comunismo maoísta.

«¡NO ES ESTO, NO ES ESTO!»

Las derechas españolas encontraron pronto el hombre que les marcó la táctica adecuada para salir del profundo pozo en donde habían caído el 14 de abril. El lunes 15, Ángel Herrera, director de El Debate y presidente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas[61] planteó a los afiliados más destacados la delicada situación, señalando la necesidad de crear un organismo aglutinador para defender dentro de la legalidad republicana postulados irrenunciables.

Quince días más tarde nacía Acción Nacional; ayudaban a Herrera José María Valiente y Alfredo López. En el lema fundacional figuraban nada menos que las siguientes palabras: “Religión, Familia, Orden, Trabajo y Propiedad.” Pero lo importante era la mezcla de actividad y serenidad, tratando de evitar la disgregación o desmoralización, calladamente, sacrificando espectacularidad provocativa y utilizando una dialéctica aplicable a los tiempos que corrían.

La humildad para encajar golpe tras golpe y esperar mejores momentos se hizo inmediatamente necesaria; la «sustancia republicana» anunciada por Araquistáin era una cáscara amarga y partidista que dividiría más aún a los españoles.

El ministro de Instrucción Pública, Marcelino Domingo, figuraba en el Anuario de la Asociación Masónica Internacional, editado en 1930, como primer gran maestro, adjunto del gran oriente. De conformidad con dicha filiación, se dio prisa en eximir a los maestros de enseñar religión en las escuelas, y en mayo, cuando apenas habían terminado las visitas de los obispos a los gobernadores civiles, en son de acatamiento, se produce la gran quema de conventos.

Los monárquicos, en cuyas especulaciones no se olvidaba la corta duración de la I República, como si ello tuviera necesariamente que repetirse, molestos con la actividad de respetuoso republicanismo acordado en Acción Nacional, decidieron, sin prever sus consecuencias, la apertura de un círculo monárquico en la calle de Alcalá y la celebración en el mismo de una asamblea. El acto servía a quienes venían buscando un pretexto para festejar amotinadamente el advenimiento republicano. Alegando haber escuchado desde la calle gritos monárquicos, se produjo un tumultuoso intento de asalto que impidió la fuerza pública. Ciertos núcleos de izquierda y los socialistas de la Casa del Pueblo decidieron una huelga general de protesta, encomendándose a los afiliados estudiantes la organización de alborotos en la Universidad, como punto inicial de la «purificación» preparada. Afortunadamente, esta maniobra fracasó y la F. U. E. se vio libre de esa ignominia.

El 11 de mayo se inicia la quema de iglesias y conventos en Madrid, corriéndose el reguero llameante por el sur y este. El número considerable de incendios y saqueos fue acompañado con sacrílegas carnavaladas, arrastrándose por las calles las imágenes sagradas y los cadáveres, momificados o no, de monjas y frailes, quedando destruidas obras de arte de valor inestimable.

La crisis de autoridad puso en acción a los hambrientos de justicia social. Solamente quince días después de proclamada la República pasaban de veinte los muertos en conflictos huelguísticos o invasiones de fincas y cortijos. La Confederación Nacional del Trabajo y la Federación Anarquista Ibérica, motor político del sindicalismo cene-tista, inician en Andalucía un movimiento del que eran cabezas visibles el médico Vallina y el notario Blas Infante. Contaban con un grupo de aviadores de la base de Tablada, entre ellos el teniente coronel Camacho, el comandante Franco y el capitán Rexach. Utilizando aviones militares se arrojaron proclamas por el campo andaluz incitando a la revolución: «Ha sonado —decían— la hora de la redención total de España; de la que gime en los talleres, en los campos y en las universidades.» El llamamiento a los universitarios se había hecho lugar común, aun cuando, como esta vez, sin justificación alguna. La insurrección social proporcionó una batalla de cuatro días por las calles de Sevilla y muchos pueblos de la provincia. En la capital andaluza fue necesario cañonear la Casa de Cornelio, un bar convertido en cuartel general por los sindicalistas, y en el Parque de María Luisa se aplicó la ley de fugas a cuatro obreros anarquistas. Los sucesos habían comenzado con una huelga de los obreros de la Telefónica, controlados en

[61] La Asociación de Propagandistas había sido fundada en 1909 por el jesuita Ángel Ayala.

su mayoría por la C. N. T. Los fornidos guardias de Asalto, creación republicana para represión de sus enemigos, recibieron orden de disparar sin previo aviso contra los sospechosos de cometer actos de sabotaje.

Azaña, destacado por su antimilitarismo, ocupó precisamente el Ministerio de la Guerra. Pronto ideó, en su afán para neutralizar al Ejército, la fórmula del acatamiento republicano, o la baja con todo el sueldo, medida que produjo, en buena parte, los efectos pretendidos. Anuló las convocatorias para el ingreso en las academias militares, por entender que eran «asilos para los hijos de las anémicas clases medias». Cerró también la Academia de Infantería de Zaragoza. Su director, el general Franco, diirigió a los setecientos veinte cadetes una alocución que fue muy comentada: «En vuestra acción futura —les dijo— ponemos nuestras esperanzas e ilusiones.»

Convocadas elecciones para elegir Cortes Constituyentes, los intelectuales republicanos decidieron acercarse a la tramoya electoral. Sufrieron, claro está, un asco decepcionante; Ortega escribió: «Dondequiera pululan candidaturas arbitrarias, decididas por comités de partidos semi-inexistentes. En muchos casos los candidatos son personas de aventura, sin solvencia alguna moral, política e intelectual.» A pesar de ello, Marañón, Pérez de Ayala, Ortega y once más del grupo consiguieron actas. Otros catedráticos llegaron al Congreso con el socialismo, auténtico vencedor en la disputa. Uno de ellos, Julián Besteiro, profesor de Lógica, fue elegido presidente de las Cortes. Jiménez Asúa encabezó la comisión parlamentaria encargada de la redacción del anteproyecto de Constitución; en la comisión figuraban catedráticos de otras tendencias, como Alfonso García Valdecasas y Gil Robles, que había destacado en la defensa de su acta.

Las discusiones del articulado adquirieron con demasiada frecuencia perfiles agrios y ofensivos. La alegría republicana inicial había dado paso a los pocos días a un resentimiento activo que muchos españoles no estaban dispuestos a soportar en silencio. De nada sirvió la advertencia de Ortega durante los primeros debates: «Nada de estultos e inútiles vocingleos, violencias en el lenguaje o en el ademán; no podemos hacer aquí ni el payaso, ni el tenor, ni el jabalí.»

La polémica más enconada se produjo alrededor del artículo 26, que proponía la disolución de las órdenes religiosas con voto de obediencia al Papa y la nacionalización de sus bienes. Fernando de los Ríos, en nombre del socialismo y de la Institución Libre de Enseñanza, se puso del lado de quienes «no vivían en la oscuridad de los mitos religiosos». Jiménez Asúa defendió la disolución de las órdenes religiosas, en razón de que «nadie tenía derecho a renunciar a su libertad» [62]. Azaña, siempre inclinado a los desplantes dialécticos, declaró entonces: «España ha dejado de ser católica.» La afirmación era un programa de gobierno, pues a continuación señalaba que todo consistía en ordenar el Estado con arreglo a la verdad por él anunciada. Alcalá Zamora, pensando que el artículo 26 contrastaba excesivamente con su prometida «república de obispos», anunció su dimisión.

Los esfuerzos de la Iglesia para acomodarse al régimen republicano resultaron inútiles. Al discutirse el artículo 26, Gil Robles dijo en las Cortes «a un número de diputados que quiso venir en plan de paz, vosotros le declaráis la guerra, vosotros seréis los responsables de la guerra espiritual que se va a desencadenar en España.» Albornoz, ministro de Justicia, le contestó con rudeza: «No más transacciones con los enemigos irreconciliables de nuestros sentimientos y de nuestras ideas; y si quieren hacer la guerra civil, que la hagan» [63].

Durante el verano, Cataluña votó en favor de un estatuto que comenzaba así: «Cataluña es un Estado autónomo dentro de la República Española.» Desde Barcelona se incitaba a las otras regiones a seguir un camino análogo. En el despropósito nacional, los nacionalistas católicos vascos, mientras en el Parlamento apoyaban la República que dictaba medidas sectarias, como la escuela única y laica, pensaban en una separación del Gobierno antirreligioso de Madrid para mejor salvar sus tradiciones, sin pensar en la suerte de los demás católicos españoles. Consiguieron una masa importante de seguidores y una alianza con la Comunión Tradicionalista. Mientras el más ilustre vasco de aquellos días, Unamuno, defendía la lengua española, le insultaba por ello un separatista catalán motejado de invertido: Ventura y Gassols.

La invasión de chabacanería parecía incontenible. Luis del Val y otras folletinistas encharcan la cabeza del pueblo semianalfabeto. Surge la más soez literatura anticlerical y los quioscos se pueblan de novelas cortas a precios ínfimos con ostentosos dibujos pornográficos.

Para confirmar las palabras de Ortega «sin pies ni cabeza», se llevan las máximas libertades a la Constitución, pero antes de aprobarse se sanciona la ley de Defensa de la República, que autorizaba todo género de prohibiciones. El rosario orteguiano de frases disconformes culminaría con su rotundo: «¡No es esto, no es esto!»

JUNTA CASTELLANA DE ACTUACIÓN HISPÁNICA

La violencia engendrada por la República hizo brotar diversas agrupaciones con el propósito de oponerse al marxismo. Hasta entonces, las ilusiones puestas por la juventud universitaria en el nuevo Régimen cerraban posibilidades a las organizaciones de carácter fascista, pero el sectarismo religioso, los separatismos insolentes, la anarquía social y el desencanto de los intelectuales dieron paso a los aires renovadores que venían de Roma.

En Valladolid surge un núcleo universitario, decepcionado de la experiencia republicana y dispuesto a la acción tras una nueva política. Un abogado joven, de veintiséis años, lector de español en la Universidad alemana

[62] Para no cometer errores de perspectiva, indicamos que el sector moderado del socialismo español era incomparablemente más agresivo y violento que el ala izquierda de cualquier sector comunista europeo actual.
[63] Más adelante, el propio Alcalá Zamora, escribió que la Constitución aprobada invitaba a la guerra civil.

de Manheim. Onésimo Redondo encauzará el descontento que germinaba en la Universidad, dándole cohesión [64]. El 13 de junio se vocea por las calles de Valladolid un periódico con un título aparentemente contradictorio: Libertad. Quienes leyeran el semanario por curiosidad, posiblemente quedarían desconcertados; no parecía de izquierdas; sin embargo, propugnaba por una revolución social; carecía de signos derechistas, pero defendía con energía la Patria y la religión. Su lenguaje fue entendido desde el comienzo por un grupo decidido de estudiantes universitarios. Ya en el segundo número del semanario se decía: «Libertad es de jóvenes y a los jóvenes se consagra preferentemente.»

El periódico nacía a la luz trágica de la quema de conventos, con el recuerdo de la expulsión del obispo de Vitoria, doctor Múgica, el anuncio de la secularización de cementerios, la supresión de honores militares al Santísimo, el divorcio, la conducción ordinaria por la Guardia Civil de sacerdotes detenidos, el Estatuto de Cataluña. Es decir, por razones ante las que reaccionaban también otros sectores. La diferencia radicaba en su afán de redención social. «Somos entusiastas de la revolución social y estamos enamorados de cierta saludable violencia, por el convencimiento de que en otra forma se escurrirán siempre los explotadores y acabarán al final de cada prueba flotando sobre sus oprimidos.»

Con objeto de encauzar las adhesiones recibidas, Onésimo, el 9 de agosto de 1931, formó la «Junta Castellana de Actuación Hispánica», nombre entroncado con acciones heroicas y políticas en la guerra de Independencia [65]. La Junta reforzaba diariamente su razón de ser ante la política agresiva del Gobierno, un equipo beligerante más en el Poder: el cardenal Segura, expulsado de España; la peseta, perdiendo valor en su cotización internacional; la aparición de masas de parados pidiendo limosna; Ventura y Gassol diciendo en Matar ó: «Los catalanes no pueden ser españoles, porque han nacido en Cataluña.»

La estructura e ideas de la «Junta» eran análogas a los de La Conquista del Estado, y desde el comienzo existieron contactos entre las dos agrupaciones. Indudablemente, el programa de Onésimo era menos radical que el redactado por Ramiro, quien veía con cierto recelo a la organización de Valladolid, pues dificultaba el crecimiento de sus menguadas huestes. Más adelante, Ramiro calificaría a la organización castellana de «ultraderechista y reaccionaria», basando este injusto juicio en la suposición de que la mayoría de sus componentes procedían de los «Luises» de la Compañía de Jesús [66].

LAS JONS

Con más audacia que posibilidades, la docena de «hegelianos empedernidos», como los calificó Ángel Herrera, afectos a La Conquista del Estado trataron de perturbar la llegada a Madrid de los representantes de la Esquerra catalana, que se trasladaban a la capital para entregar un ejemplar del Estatuto. Un reparto de hojas con amenazadora redacción, anunciando la colocación de petardos, fue suficiente para evitar su entrada triunfal.

Ramiro Ledesma sufrió una corta detención, que aumentó su autoridad. Pero aquello no tomaba cuerpo y podía temerse que no pasara de una especulación dialéctica, en la que destacaban Juan Aparicio, Ernesto Giménez Caballero, Manuel Souto Vila, Emiliano Aguado y Antonio Bermúdez Cañete. Había que intentar otros moldes. En octubre anuncian en su semanario la formación de las JONS, Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista.

Después de varias entrevistas, Ramiro y Onésimo llegaron a un acuerdo, y en diciembre, cuando aparece el manifiesto fundacional con un programa de dieciséis puntos, figuran los dos en el Comité ejecutivo. «En la asamblea de constitución —diría Ramiro— estuvieron presentes nueve camaradas, ante la extrañeza atónita del agente de la autoridad, a quien sin duda le parecían muy poca cosa aquellos nueve jóvenes para iniciar la salvación de España.» Desde el primer momento se creó un comité universitario, formado por Juan Aparicio, Emiliano Aguado y Antonio Correa. Tanto el manifiesto como los puntos programáticos presentaban pocas variantes en relación con La Conquista del Estado; si acaso, la terminante declaración «de organizar un ejército civil de juventudes, las milicias nacional-sindicalistas», en razón de que «las filas rojas se adiestran en el asalto y hay que prever jornadas violentas». El término nacional-sindicalista señalaba el afán de Ramiro por captarse las masas revolucionarias cenetistas, precisamente en el mes de junio, en una atrevida acción durante un Congreso extraordinario de la Confederación Nacional del Trabajo. La Conquista del Estado, que le dedicaba páginas enteras, se vendió en las puertas de la C. N. T. Eligió los colores rojo y negro para la bandera, al igual que los anarquistas de la F. A. I.

Se insistía en llamar a la juventud, declarándose «que los mandos políticos de más responsabilidad le serían confiados», y se acentuaba esta afirmación señalando atrevidamente los cuarenta años como edad tope para el mando. ES manifiesto estaba encabezado por el yugo y las cinco flechas de los Reyes Católicos. Se llegó a la elección del emblema de manera curiosa: en plena discusión. Juan Aparicio, que había estudiado en Granada, recordó unas palabras de Fernando de los Ríos explicando Derecho político. Habló De los Ríos sobre el fascismo, y al referirse a sus signos externos dibujó unas flechas y un yugo, diciendo que si hubiera fascistas en España ése tendría que ser su emblema. Rafael Sánchez Mazas, en 1927, había escrito sobre la inclusión de las flechas y el yugo en el escudo de España, y, posteriormente, Giménez Caballero propondría el mismo símbolo unitario, pero su adopción por el jonsismo venía de la lección universitaria del profesor socialista. El primer dibujo del yugo y las

[64] «La España de ayer», de Víctor Fragoso del Toro, constituye el más documentado relato de las primeras actuaciones de las huestes de Onésimo.
[65] Onésimo no olvidaría las «Juntas» levantadas por los comuneros, con su nacionalismo popular, más adelante, José Antonio pondría en la picota los nacionalismos estrechos y la pequeña visión política comunera frente a la idea imperial de Carlos V.
[66] La Asociación de San Luis Gonzaga, fundada en el último tercio del pasado siglo, de donde arrancó la cofradía de los Luises, fue una de las primeras agrupaciones estudiantiles españolas.

flechas se debe al tradicionalista Roberto Escribano, muy en contacto con los primeros círculos jonsistas. El jonsismo prendió, principalmente, entre universitarios. Santiago, Zaragoza, Barcelona, Valencia y Granada conocieron las primeras células tangibles [67]. Un estudiante que terminaba su carrera en la Facultad de Derecho en Valladolid, José María Areilza, se encargó de buscar las necesarias ayudas económicas. En su colaboración, en JONS escribiría en defensa de un sindicalismo que habría de terminar con los caducos partidos políticos. Octubre, mes fundacional de las JONS, consagra a Azaña como primera figura de la República, al formar como jefe un Gobierno en el que vemos un nombre nuevo, José Giral, ministro de Marina, catedrático de Salamanca, destacado como estudiante activo en los finales del siglo anterior, perteneciente también a la masonería. La cartera de Instrucción Pública pasaba a Fernando de los Ríos.

PRELUDIO PARA UNA GUERRA CIVIL

El 1 de enero de 1932 los españoles se enteraron de que en el pueblo extremeño de Castilblanco campesinos socialistas habían asesinado con navajas y cuchillos a cuatro guardias civiles, a los que machacaron a continuación con piedras y palos, mientras varias mujeres bailaban a su alrededor. Los socialistas tenían tres ministros en el Gobierno, que era el primero, después de jurar como presidente de la República, sin evangelios ni crucifijo, el católico Alcalá Zamora la Constitución que antes había atacado, pidiendo su revisión. Toda la prensa marxista mantenía una tenaz campaña, con la consigna «disolución de la Guardia Civil», originando una inquietud que se tradujo en numerosos encuentros, que produjeron dos muertos en Epila, otros dos en Jeresa, amén de atentados como el que costó la vida a un sacerdote en las cercanías de Bilbao. El día 5, unos guardias civiles, en Arnedo, bajo el recuerdo de Castilblanco, rechazan sin miramientos una manifestación de huelguistas, produciendo seis muertos y más de treinta heridos. Entre los muertos figuraban cuatro mujeres. El general Sanjurjo, director de la Benemérita, fue destituido, mientras en el Congreso se decía de él: «Es un cura con tricornio», «Hay que arrastrarlo».

No todos acosaban a la Guardia Civil. Entre las reacciones favorables señalamos una manifestación en Valladolid, la primera reseñable de las incipientes milicias jonsistas. El día 4 escribía Onésimo Redondo en Libertad: «No salvaremos la nación de la barbarie soviética sin organizar una falange extensa de españoles de todas clases dispuestos a defender con sus personas la vida civilizada de España.» «Hay que formar las milicias civiles de España, haciendo frente en primer término, con sagacidad y legalidad, hasta donde sea posible, a la franca y solapada oposición gubernativa.» Onésimo quería hacer de la Universidad «el cuartel civil de las futuras generaciones» [68].

El 17 de enero, con motivo de un mitin tradicionalista en el frontón Euskalduna, de Bilbao, se produjeron diversos encuentros, socialistas de una parte y requetés y nacionalistas, de otra; escenario, los alrededores del frontón, local de la Juventud Nacionalista Vasca y Círculo Tradicionalista; resultado, tres muertos socialistas. Al día siguiente, declarada una huelga general, fueron incendiados el diario La Gaceta del Norte y un convento de monjas. Los tiroteos y explosiones se extendieron por la ciudad y fueron detenidos cientos de personas, entre ellas un buen número de requetés y afiliados a los «Luises».

Los ataques socialistas a los partidarios de Aguirre, futuro presidente de Euzkadi, se justificaban con la consigna lanzada contra él por Indalecio Prieto: «Quiere establecer un Gibraltar vaticanista.» Aguirre, aprovechando la organización de mendigoitzales, creada por montañistas en 1921, había puesto en pie una extensa milicia. Casi simultáneamente, bajo el mando del coronel retirado Sanz de Lerín, se había reorganizado en Navarra el requeté, con finalidad defensiva de conventos y locales propios. Siempre que se producía un debilitamiento de la dinastía reinante, surgían con pujanza brotes carlistas. En 1930 aparecen las Asociaciones Escolares Tradicionalistas, que fueron las primeras en oponerse a las violencias de la F. U. E. en la Universidad. Su éxito las llevó a una ampliación de actividades. La A. E. T. navarra recogía la masa estudiantil y además encubría con denomiación de «Socios Protectores» a muchos de los requetés de Pamplona, que para llamar menos la atención hacían en ella sus ejercicios militares» [69].

Entre sus núcleos más activos figuraba el de Madrid, en donde destacaron y alcanzaron celebridad tres hermanos Miralles, que detenidos gubernativamente provocaron, en 1932, un eco de simpatía que llevó a la organización de un mitin de protesta por su encarcelamiento. Se celebró en el teatro de la Comedia el 21 de febrero. En la presidencia figuraron los estudiantes Pedro Gómez Ruiz, que regía entonces la Asociación; su hermano Adolfo, Manuel Pombo Ángulo y Tomás Lucendo. Ante una concurrencia numerosísima, Pedro Gómez Ruiz explicó la razón del acto «en pro de la libertad de los hermanos Miralles, infatiga-gles luchadores contra el masonismo de la Institución Libre de Enseñanza»; Adolfo Gómez Ruiz puso de relieve los ataques de la F. U. E. contra los tradicionalistas por su movilidad en las facultades, olvidándose de haber sido los introductores de las pistolas en la Universidad. Pombo Ángulo criticó a Maura, ministro de la Gobernación durante los incendios de conventos en mayo, y Lucendo abogó por la unidad de los católicos frente a los laicistas.

Quienes han juzgado al carlismo como un simple empecinamiento dinástico no podrían entender su revitalización, a pesar de que en octubre de 1931 había muerto Don Jaime, proclamándose pretendiente el hermano

[67] Con la firma de Luis Ramírez, seudónimo de Luciano Rincón, se publicó en París, en 1964, un libro titulado «Nuestros primeros veinticinco años»; en él se hace la caprichosa división de suponer como principal masa jonsista a los campesinos, frente a «los señoritos universitarios» de la Falange, como califica a los estudiantes, siguiendo el tópico marxista.
[68] Los estudiantes tradicionalistas mostraron una pancarta a la salida de unos funerales por los guardias asesinados.
[69] «El Requeté», Luis Redondo y Juan de Zabala; este último directivo de los estudiantes católicos en 1936.

de Carlos VII, Don Alfonso Carlos, único descendiente varón, a partir del cual el carlismo entraría sucesoriamente en un incomprensible galimatías familiar.

Los grupos de acción de la Federación Anarquista Ibérica, dominando a la C. N. T., pusieron en marcha una subversión que llegó el día 21 a proclamar por las armas el comunismo libertario en seis pueblos de la cuenca del Llobregat. La represión fue tajante y rápida. Azaña declaró en la Cámara: «He dado al general de la División quince minutos entre la llegada de las fuerzas al lugar de los sucesos y el aplastamiento de los sublevados.» Un cenetis-ta, el comandante Giménez, acusó en el Congreso al ministro de la Gobernación, Casares Quiroga, de «asesino de obreros» y «Napoleón de guardarropía». Fueron deportados a la Guinea 104 obreros. Como protesta se recrudece la plaga de las huelgas revolucionarias con su secuela de muertes. Según Pestaña, dirigente de la Confederación sindicalista, el intento sofocado no era más que un simple ensayo.

Las juventudes socialistas celebran el 10 de febrero un congreso nacional en el que marcaron una posición que les convertía en verdaderos comunistas, con quienes terminarían unificándose. En sus conclusiones pedían: Acentuación de la lucha de clases. Eliminación del espíritu patriotero entre los obreros. Retirada de las tropas de Marruecos. Supresión del presupuesto de guerra. Desarme total y la creación de milicias juveniles, jue justificaban argumentando así: «Si por un acontecimiento el Poder viniera a manos del partido socialista, no podemos correr el riesgo de encargar su custodia a la Guardia Civil o a otra fuerza mercenaria. Serán los jóvenes socialistas los encargados de esta misión, para lo cual deben de tener sus milicias preparadas.»

A continuación el partido comunista español reúne su IV Congreso Nacional durante el mes de marzo en la ciudad de Sevilla. Hasta entonces carecía de importancia numérica y de unidad. Pese a su habitual exageración, según la memoria leída, asistían al congreso veinte delegados juveniles en representación de solamente tres mil quinientos afiliados. De allí salieron las M. A. O. C, Milicias Antifascistas Obreras y Campesinas, que tenían como instructor militar a Francisco Galán, hermano del fusilado en Jaca. En el periódico Libertad, Onésimo acusaba la aparición de estas milicias señalando: «Bastan en cada provincia unos centenares de jóvenes disciplinados, idealistas, para dar en el polvo con esa amenaza roja. Es la hora de acudir al arma.» La proclama estaba fechada un 18 de julio.

Los ateneístas que gobernaban el país tenían capacidad para los desplantes dialécticos y hasta ideas atractivas, pero la nación no se sentía mandada. Y si en lo material no encontraban resultados prácticos, en lo espiritual sus medidas tenían la propiedad de herir los sentimientos de la mayoría de los españoles, señaladamente en lo relativo a la Iglesia y especialmente en materia de enseñanza; las preocupaciones culturales republicanas se reflejaban en una mayor dotación estatal para la educación, alcanzándose el 6,60 del total de los presupuestos. Pero muchs esfuerzos se perdían por sectarismo; así, el problema señalado por el ministro de 45.000 niños sin escuela en la capital, que se repetía en Barcelona, se agravaría con la disolución y expulsión de la Compañía de Jesús, acto en el que no se ahorraron escenas vejatorias, como la conducción por policías de jesuítas esposados. Todo se hacía con agresividad en la forma y resentimiento en las ideas. Así, el director general de Primera Enseñanza, el socialista Llopis, suprimía el crucifijo de las escuelas, con objeto «de respetar, sin coacciones, la conciencia del niño». Muy pocos dudaban de la necesidad de una profunda reforma agraria que sacara al campo de su miseria de siglos, pero la empresa requería decisión y seriedad técnica, pues las soluciones eran complejas y difíciles. Desgraciadamente, fue abordada con métodos sin adecuado estudio, en los que parecía más importante rebajar a la aristocracia terrateniente que elevar al campesino. Mientras proliferan las milicias civiles armadas y uniformadas, Azaña presenta los primeros presupuestos republicanos, con una drástica reducción en lo concerniente al Ejército, exclamando en las Cortes: «Ya nadie habla del Ejército en España», queriendo expresar así su postración política.

LOS ESTUDIANTES CAMBIAN DE SIGNO

La F. U. E., que había alcanzado su máximo poder en 1931, comenzó a decaer en 1932. Todavía se mantuvo fuerte ese año; pero día a día acusaba mayor debilidad. En contraposición, los Estudiantes Católicos sintieron una pujanza desconocida hasta entonces. El fenómeno se explicaba observando, sin más, el rumbo de la República. Pero era el delicado problema catalán el que empujaba de forma contundente el divorcio de los estudiantes. No puede extrañar que asunto de tal trascendencia adquiriese en aquellos días un desmesurado apasionamiento. Ya antes de iniciarse en las Cortes la discusión del Estatuto, el país estaba encrespado tras actitudes extremas. De una parte, se llegaba a propugnar por una Cataluña magna e independiente, según la opinión de Rovira y Virgili, a la que habrían de incorporarse Valencia, Baleares y ciertas zonas aragonesas; en la otra cara, algunos periódicos pedían al resto de los españoles que no comprasen productos catalanes.

Las protestas estudiantiles se iniciaron tomando como blanco el monopolio fueísta. Sus dirigentes, en buena parte, pasaron de universitarios perseguidos a políticos con influencia. Esta transición restaba fuerza moral a la gubernamental Federación escolar. Los alborotos contra los privilegios que tenía la F. U. E., en relación con el resto de las organizaciones estudiantiles, culminan el 6 de abril con la detención en Madrid de 57 estudiantes. Las protestas adquirieron cierta intensidad en Valencia, Sevilla, Toledo, Valladolid y Salamanca. Los «Estudiantes Católicos» pidieron en unos pasquines, tirados en Salamanca, «libertad de enseñanza». En este curso se celebró un plebiscito, no oficial, con objeto de mostrar la disconformidad de la masa estudiantil con el monopolio de la F. U. E. Durante un mes, los estudiantes firmaron en unos pliegos, previa presentación de su documentación. Con las prevenciones que legítimamente deben tomarse en estas modalidades seudodemocráticos, los datos resultaban aleccionadores:

En la Facultad de Medicina de Cádiz, de 220 estudiantes que asisten a clase, 126 protestan del monopolio; en la Facultad de Barcelona protestan 1.259; en la de Granada, de 220 estudiantes de Derecho, 120 firman contra el privilegio; en Medicia, de 420, 118; en Farmacia, de 211, 80; en Ciencias, de 37, 10; en la Facultad de Murcia, de 129, 26; en la de Oviedo, de 145, 90; en la de Salamanca, 387, y en la de Sevilla, en Derecho, de 232 matriculados, 217; en Ciencias, de 51 matriculados, 47; en Letras, de 26 matriculados, 25, y en Medicina, de 440, 150. En Valencia, en Derecho, de 350, 235; en Ciencias, de 50, 48; en Filosofía de 38, 35, y en Medicina, de 600, 150; en Valladolid firman 1.494, y en Zaragoza, 400 [70]. Bastó la lectura en las Cortes del dictamen aprobado por la Comisión encargada del Estatuto para que los estudiantes, con el aliento de considerables masas, se lanzaran a una campaña de agitación, ante la que resultaba impotente la F. U. E. Destacarían, otra vez, las Facultades de Medicina, pero con signo contrario, sin que faltara a la cita la de Barcelona. En las Cortes, aun reconociendo la necesidad de concesiones autónomas a Cataluña, ponían serios reparos al Estatuto los catedráticos Sánchez Román, Unamuno y Ortega, mientras en las aulas se recrudecía el ambiente.

En Valladolid, el 3 de mayo, las JONS inician una serie de actuaciones repartiendo pasquines y llenando las plazas más concurridas con gritos contra el Estatuto; en diversos encuentros con socialistas hubo veintidós heridos, de ellos solamente dos afiliados al jonsismo, lo que mostraba un grado de organización y pujanza muy considerables. Víctor Fragoso, en su libro La España de ayer, dice, comentando estos incidentes: «Fue creciendo en los días siguientes la agitación, que llegó a tener caracteres violentísimos en la Universidad y en la Normal. A los estudiantes jonsistas se unieron la mayoría de los que todavía seguían militando en la F. U. E., quedando, a partir de entonces, prácticamente extinguida esta organización estudiantil en Valladolid. Organizados en manifestación, los estudiantes recorrieron las calles, entrando en talleres y fábricas para exhortar a los obreros a que se sumaran a la protesta.» Los refuerzos de guardias de Asalto, llevados de Madrid, actuaron con tal brutalidad que provocaron una manifestación ante el Gobierno Civil, resultando gravemente herido, al ser disuelta a tiros, un estudiante de Derecho, Sil-vinio Alonso. Al día siguiente, en otro incidente, murió un joven obrero de dieciséis años, herido por los guardias madrileños. El día 10 alcanzan su punto culminante los conflictos en Zaragoza; la fuerza pública sitió la Universidad, resultando herido un teniente y dos estudiantes, teniendo que ser clausuradas las Facultades.

Cuando Azaña defendió en el Congreso el Estatuto, refiriéndose a la propuesta Universidad Autónoma, estimó como forma ideal la Universidad única y bilingüe, y trató de explicar la convivencia de institutos y escuelas con clases en español, si eran pagadas por el Estado, y en catalán, si estaban a cargo de la Generalidad. Contra semejante selva educativa protestaron, entre otros diputados, Royo Villanova y Unamuno. Pero, ciertamente, una gran parte de los españoles se desentendía de las razones parlamentarias de unos y otros, convencidos de que la verdad estaba en las palabras de Ayguadé, alcalde de Barcelona: «Tomaremos ahora lo que podamos y seguiremos la labor nacionalista.» El problema catalán no había entrado en vías de solución, pues cuanto más transigía el Gobierno, mayores eran las exigencias por parte de los separatistas.

La tensión contra el Estatuto catalán produjo el enfriamiento de los tradicionalistas en su compromisa con los nacionalistas vascos. El resultado fue que Navarra rechazó por mayoría de votos la propuesta de un Estado vasco-navarro. Aguirre consideró aquello como «una traición de la que la historia pedirá cuenta». Precisamente era una reacción que metía por la puerta grande de la recuperación nacional a las gentes navarras.

El clima antiseparatista crecía de tal forma que el 5 de agosto la propia F. U. E. de Medicina, en un escrito dirigido al presidente de las Cortes, pedía que se diese cuenta a los diputados de su discrepancia con las fórmulas que sobre enseñanza aparecían en el Estatuto.

Cuando más enrarecido estaba el ambiente, un hecho tan valeroso como disparatado, el golpe monárquico del 10 de agosto, traería como consecuencia la rápida aprobación de las leyes que se discutían en el Parlamento.

De otorgarse un premio al sector político con menos capacidad de acierto, nadie podía dudar en adjudicárselo a los monárquicos. Tal vez el remordimiento por su atonía el día de la República, les hacía moverse descompasadamente. Vimos que su prematura vuelta a la cosa pública en plena euforia republicana, había dado pretexto para los incendios de mayo; ahora se lanzaban a una aventura que solamente con la ayuda directa de la Divina Providencia no hubiera sido un fracaso, pues si bien la reacción antiseparatista originaba una considerable oposición al Gobierno, en modo alguno era posible la anulación del 14 de abril.

Grupos audaces, en su mayoría militares, pretendieron apoderarse por sorpresa del Ministerio de la Guerra y de Correos y Telégrafos, para desde allí levantar ciertas guarniciones de provincias, al parecer comprometidas. El Gobierno estaba perfectamente enterado del mal urdido complot y tenía la seguridad de desbaratarlo fácilmente; por ello lo deseaba. La noche del 9, al dejar el Congreso, Azaña se permitió el lujo de anunciar a los periodistas: «Hace mucho calor. Tal vez esta madrugada salgan algunos señoritos a tomar el fresco.» En Madrid, los guardias de Asalto reprimieron el intento en minutos, quedándose Sanjurjo aislado en Sevilla, de la que había logrado apoderarse.

Sanjurjo, cabeza visible de la sublevación, parecía precipitarse, ahora en sentido contrario al 13 de abril, cuando expresó su desconfianza ante cualquier propósito para defender la Monarquía. La única víctima civil fue José María Triana, tradicionalista y estudiante de Derecho; también murió Justo San Miguel, de la A. E. T., ya oficial de complemento. Con este intento se invalidaban las posibilidades monárquicas por un largo tiempo.

La intervención de tradicionalistas devolvió la estampa de padres e hijos luchando juntos por sus ideales. Adolfo Gómez Ruiz, estudiante de Medicina, se encontraba al lado de su padre en la plaza de la Cibeles la

[70] Joaquín Arraras, en su documentada «Historia de la segunda República Española», cita de la primera edición de «La rebelión de los estudiantes» estos datos, para llegar también, como conclusión, al comienzo de la decadencia fueista.

madrugada del asalto; Gómez Ruiz fue desterrado a Villa Cisneros, de donde se fugó con otros compañeros, no pudiendo reanudar sus estudios hasta la amnistía, promulgada dos cursos después.

¿FASCISMO EN ESPAÑA?

El primer acto de propaganda del jonsismo madrileño consistió en un intento de conferencia de Ramiro Ledesma en el Ateneo de Madrid. El tema, «Fascismo frente a marxismo», congregó a los veinticinco militantes de las JONS frente a un centenar de socialistas y comunistas. Ramiro se presentó vistiendo camisa negra y corbata roja, el confuso rojo y negro stendaliano y anarquista, sedujo desde el principio al fundador de La Conquista del Estado. La organización del acto era una prueba del valor y decisión del conferenciante y sus seguidores, pues nunca dudaron de que el final inevitable sería una batalla campal, como sucedió realmente, y en la que fue herido el estudiante Luis Batllés.

Cuando Europa parecía condenada a caer en las garras del comunismo staliniano, cuyos métodos estaban en la frontera de lo incivilizado, el fascismo italiano, instaurado por Mussolini, salvó al viejo Continente con la acción directa frente a la violencia roja, compatibilizando la revolución social con la Patria. El fascismo prendió en gran parte de la juventud europea, sin excluir, claro está, la española. En Francia surgía «el francismo»; no tardaría en aparecer el rexismo en Bélgica, las «mocidades» en Portugal, y en Inglaterra los «camisas negras» de sir Os-wald Mosley. Ya con anterioridad los estudiantes británicos se habían opuesto, en 1925, a la huelga general marxista, y eran también evidentes las simpatías escolares en los Estados Unidos con la American Legión.

Pero el movimiento más sugestivo y poético fue el iniciado por Codreanu con otros catorce estudiantes de bachillerato en los bosques rumanos de Dobrina, la Legión de San Miguel, que en 1931 se transforma en Guardia de Hierro.

Ramiro de Maeztu, que no pudo liberarse como conservador, de las «naderías muertas», con que en su juventud había acusado a Menéndez y Pelayo, declaró, al observar la reacción estudiantil, que constituían una aristocracia que sólo en el pasado excepcionalmente había sido revolucionaria.

La extensión internacional del fascismo suponía una contradicción con su acentuación nacionalista. También en nuestra Patria las nacientes agrupaciones de este carácter, casi sin excepción, huían del calificativo fascista. Ya en los primeros números de La Conquista del Estado Bermúdez Cañete escribía: «No se diga que esto es fascismo; el fascismo no podrá salir de Italia. Nosotros lo que queremos es una honda revolución española.»

De no haber sido derribada la Monarquía, el fascismo español hubiera sido como el italiano inicial, republicano y socialista. Los acontecimientos de los seis primeros meses del nuevo régimen, por reacción natural, atenuaban los extremismos. De ahí el error táctico de Ramiro, al empeñarse en nacer y crecer en ambientes considerados en la terminología de entonces de izquierda avanzada. La clave de estos comienzos puede contemplarse en un libro: ¿Fascismo en España? [71]publicado en 1935, con el seudónimo de Roberto Lanzas, en él explica «los esfuerzos hechos en España para organizar de modo brioso un movimiento político, de entraña nacional profunda y grandes perspectivas sociales, mejor dicho socialistas, lo que las gentes llaman por ahí fascismo».

Ramiro aglutinó una bien dotada minoría, que elaboró las bases por donde discurriría en el futuro la acción del jonsismo. En este año de 1932 aparece en «descubierta precursora» el libro de Ernesto Giménez Caballero Genio de España, escrito en tono exaltadamente profético, dirigido preferentemente a los jóvenes. «No será extraño —decía— que esta voz la oigan con el tiempo millares de gentes de corazones juveniles, sanos, ingenuos y desinteresados.» Después de recorrer los «trece 98» que fueron hundiendo la Patria, criticaba la objetividad de Ortega, ponía de relieve la inutilidad de las soluciones propugnadas por las derechas y las izquierdas, para terminar con un canto a la resurrección del genio de España, pero advirtiendo: «El fascismo para España no es fascismo, sino ca-to-li-ci-dad.» El libro de Giménez Caballero era la más alta cima literaria de las nuevas ideas.

En las esferas oficiales no se sentía la menor preocupación por los endebles brotes estimados como fascistas, máxime cuando otra crisis apasionaba a los partidos. Esta vez Azaña forma Gobierno sin los radicales e incorpora como ministro de Estado a Luis de Zulueta, disidente del catolicismo, que había sido propuesto para embajador en el Vaticano y era una figura relevante de la Institución Libre de Enseñanza.

Casi simultáneamente al pase de Lerroux a la oposición, don Ángel Herrera, que pronto abrazaría el sacerdocio, cede la presidencia de Acción Nacional a José María Gil Robles, quien a favor de mejores circunstancias redoblaría la actividad de la organización y cambiaría su nombre por el de Acción Popular. Muchos estudiantes católicos llevaron sus preocupaciones políticas a este partido; en sus juventudes, la disciplina y el espíritu ofensivo les daba de hecho carácter fascista.

Las persecuciones que originó el 10 de agosto hicieron refugiarse en Acción Popular a buena parte de los legionarios de Albiñana, estudiantes monárquicos y otros hasta entonces neutrales. Con ello adquirió aún mayor auge la sección juvenil del bloque populista, frenando considerablemente el crecimiento del jonsismo.

En enero de 1933 triunfa Hitler en Alemania. Las impresionantes formaciones nacional-socialistas influirían fuertemente en las juventudes españolas, inclinándolas hacia sus modos y parte de sus ideas. El partido hitleriano jamás se denominó fascista; preferían el apellido de socialistas y su política internacional discrepaba de la italiana.

[71] El 20 de noviembre de 1938, bajo el reinado de Carlos II, Codreanu fue sacado de la cárcel y asesinado.

Llegaban al Poder democráticamente, ganando de forma arrolladora unas elecciones preparadas y controladas por sus enemigos. Mientras, en España había aparecido el término «enchufismo» para designar con él la acumulación de cargos de los hombres gobernantes.

No cesó el dramático sendero de sangre del Régimen. Después del 10 de agosto había sido abolida la pena de muerte; sin embargo, los cadáveres prohibidos oficialmente en el Congreso se amontonaban en las calles, en donde pasaban de cuatrocientas las víctimas en desórdenes públicos en menos de cuatro meses. La supresión de la muerte como castigo legal alcanza trágica contrapartida en enero en Casas Viejas, un pueblecito de la provincia de Cádiz. Promovida por los anarcosindicalistas, bullía en armada rebelión buena parte del país. Dentro de ese desconcierto, unos campesinos proclaman en Casas Viejas el comunismo libertario. La represión gubernamental fue tan cruel como desesperada la resistencia de los sublevados, quienes, con un desprecio heroico por la vida, hicieron necesarias numerosas fuerzas de asalto con bombas de mano para que fuera reducido su fortín, una choza de paja defendida por el cabecilla «Seisdedos». Son necesarios más de cien guardias para dominar a la docena de anarquistas, que murieron ante las ametralladoras de los sitiadores cuando salían de la choza incendiada. Otros doce prisioneros cogidos en el pueblo fueron fusilados por los de Asalto, sin quitarles las esposas. Los españoles se enteran, entre asombrados y sobrecogidos, que en el expediente incoado figuraba atribuida al jefe del Gobierno, Manuel Azaña, la orden dada a los oficiales que dirigieron la represión: «Ni heridos ni prisioneros; los tiros, a la barriga.»

El 10 de agosto, que hizo sufrir las consecuencias a muchos que nada tenían que ver con el levantamiento, llevó consigo la suspensión de ciento veinticuatro periódicos, entre ellos el vallisoletano Libertad. Ledesma Ramos fue detenido; Onésimo Redondo lo evitó, pasando la frontera portuguesa.

Esta situación redujo casi a cero la actividad jonsista, de forma que son los estudiantes católicos y los tradicionalistas quienes llevan la iniciativa en la protesta estudiantil el 31 de octubre, con motivo del viaje a Madrid del jefe del Gobierno francés, Herriot. Popularmente, se veía en la visita del político galo una alianza militar. Nuevamente marcan la tónica los estudiantes de la Facultad de Medicina de Madrid, que se niegan a entrar en clase y se manifiestan gritando contra la guerra y el imperialismo francés. Al día siguiente, en la Universidad Central, Jiménez Asúa, en días muy cercanos cabecilla estudiantil, es abucheado por un grupo numeroso de alumnos, pese al intento de defensa llevado a cabo por afiliados a la F. U. E. En Barcelona, la represión de la fuerza pública contra la protesta de los universitarios fue de tal dureza que provocó una huelga escolar.

Los acontecimientos de fuera de las fronteras, sumados a los sucesos interiores, produjeron en el primer trimestre de 1933 una polarización de núcleos importantes en número, alrededor de la anunciada aparición de un semanario titulado descaradamente El Fascio. No se mostró ajeno a este proyecto periodístico Ramiro y su equipo, ansiosos de encontrar vehículo para exponer sus ideas. También Rafael Sánchez Mazas y José Antonio Primo de Rivera, sobre quien ya convergían muchas miradas esperanzadoras. El periódico tenía por subtítulo «Haz Hispano», y en el centro de la primera plana figuraba el inevitable llamamiento «a la juventud española». Por fortuna, aquel brote, sospechosamente poblado por antiguos servidores de la Unión Patriótica, fracasó al recoger la policía, el 16 de marzo, la edición casi íntegra.

El episodio del «non nato» periódico fascista dio lugar a una correspondencia entre José Antonio Primo de Rivera y Juan Ignacio Luca de Tena, publicada en el A B C. «Sabes bien —dijo entonces el primogénito del dictador—, contra los rumores circulados estos días, que no aspiro a una plaza en la jefatura del fascio que asoma. Mi vocación de estudiante es de las que peor se compaginan con la de caudillo. Pero como a estudiante que ha dedicado algunas horas a meditar el fenómeno, me duele que ABC —tu admirable diario— despache su preocupación por el fascismo con sólo unas frases desabridas.»

Si el jonsismo arrastraba una vida sin relieve, no así las tácticas e ideas que propugnaba. Ramiro Ledesma volvía a la cárcel en enero de 1933, por culpa de un viejo artículo. Allí recibió la inesperada visita de una docena de estudiantes, «algunos de ellos antiguos comunistas», que le propusieron organizar las JONS en la Universidad Central. No le planteaban simples proyectos, le hablaban de grupos ya organizados. Aparecían como destacados José Guerrero, Diego Aparicio y Alberto Ortega. Aparicio soñaba entonces con un Sindicato Español Revolucionario. Aquel sector, sobre el que Ramiro construiría el jonsismo madrileño, probó su decisión en un alboroto en la Facultad de Derecho el 10 de marzo, logrando imponer sus gritos frente a los intentos de entonar la Internacional por parte de los fueístas.

En noviembre se había recibido la primera inscripción femenina del jonsismo. Era de la estudiante de Filosofía y Letras Justina Rodríguez de Viguri. Como no estaba prevista la admisión de mujeres, Justina, en prevención, masculinizó su nombre, sustituyendo la «a» final por una «o». Más adelante Ramiro aceptó la propuesta del sector de Filosofía de admitir mujeres, y Justina quedó encargada del encuadramiento en su Facultad. La actividad de Alcalá Galiano, 8, despacho madrileño de José Antonio, centrada bajo el nombre de Movimiento Español Sindicalista, tampoco caía en tierra yerma; por el contrario, contribuía a madurar el lanzamiento definitivo. El M. E. S. alcanzó cierta extensión provincial; en Oviedo incluso dio públicas señales de vida, repartiendo hojas de propaganda, tiradas en ciclostyl; en el paseo del Bombí, en una con centración de labradores, tras los correspondientes golpes, fueron detenidos siete estudiantes, entre ellos Eugenio Miñón, José Esteban, Antonio Pérez Campoamor y José María García Cernuda. En otros lugares comenzaron a operar pequeños núcleos, sin conexión con Madrid, adivinando lo que había de ser; así, fue en Sevilla en donde dos estudiantes, Narciso Perales y Juan Domínguez, consiguieron las primeras adhesiones de sus compañeros.

Ramiro buscaba con ansia las ocasiones de operar públicamente. Llegó una oportunidad con la proyección en el cine Actualidades de una película comunista titulada «Los soviets deportivos». El local solía ocuparse con afiliados a las juventudes comunistas y socialistas; el golpe, que consistía en embadurnar la pantalla con pintura

negra en el momento de la aparición de Stalin, debía llevarse a cabo con rapidez y habilidad. Tomaron parte veinte afiliados; eran casi todo lo movilizable. En las últimas filas, quince de ellos suscitaron en el momento oportuno un conato de pelea, y cuando los demás espectadores se levantaron para mirar hacia atrás, los cinco encargados de manchar la pantalla arrojaron el líquido con toda eficacia. La confusión fue de tal naturaleza que no pudieron los de Asalto realizar ni una sola detención.

Después de una conferencia en Lisboa entre los dos jefes jonsistas, en el mes de abril, pareció reanimarse el partido. Reunidas dos mil pesetas, proyectaron una revista, tomaron un local para reunirse clandestinamente y se imprimieron las primeras hojas y manifiestos que llegaron a las Universidades. Hasta entonces la propaganda tomaba a menudo formas ingenuas, como hacer circular monedas de cobre de diez céntimos a las que se habían grabado las iniciales JONS.

En mayo de 1933 apareció el primer número de la revista JONS, bajo la consigna «Por la Patria, el Pan y la Justicia». En la presentación que Ramiro hizo se leía: «La revista JONS no será para el partido un remanso, un derivativo que suplante y sustituya en nuestras filas el empuje elemental, violento, el coraje revolucionario, por una actitud blanda, estudiosilla y razonable»; y terminaba pidiendo «fe en el esfuerzo de la juventud nacional». La venta del periódico se llevó a cabo casi exclusivamente por estudiantes de la Central y de los institutos Lope de Vega, Calderón y Cisneros, mandados por Diego Aparicio, José Guerrero, Cándido Sáez, Maté y Fernando González. La venta dentro de la Universidad costó un duro encuentro con los elementos de la F. U. E., cuya importancia era todavía manifiesta, hubo heridos por ambas partes, y por la decisión de Fernando González, que con su pistola hizo frente a la avalancha contraria, se salvó la situación. En Granada, gracias al entusiasmo de José María Gutiérrez Ortega[72], se hizo visible el jonsismo en la Unievrsidad. El 6 de mayo el periódico El Defensor de Granada publicaba una nota que reflejaba la actividad desplegada:

«El Gobierno de la República, con evidente acierto, ha prohibido la propaganda del fascismo en España. A pesar de tal prohibición, esos elementos organizan su propaganda, y en la Universidad casi todos los días se reparten manifiestos de las JONS. Esto entra de lleno en el terreno de lo intolerable.»

La revista JONS, laboratorio que proporcionaba la teoría revolucionaria necesaria, tenía su redacción en el Café del Norte, en la madrileña Red de San Luis; en aquella tertulia y en los primeros números encontraremos importantes aportaciones intelectuales, que, sumadas a las de La Conquista del Estado, suponían una minoría con fuerza creadora. Entre ellos, Eugenio Montes, Santiago Montero Díaz, Jesús Ercilla, José María Castroviejo y José María Cordero, amén de un joven vallisoletano, Javier M. de Bedoya, y el bilbaíno José María Areilza. Con fecha 30 de mayo, Ramiro Ledesma se dirigió a los estudiantes, instándoles a proseguir en las vacaciones su apostolado revolucionario:

«Camaradas: Finaliza el curso universitario, y ello os dispersa a vuestras provincias, os vuelve al círculo familiar, a las amistades antiguas y a la calma de las vacaciones. Pero el partido vigila la marcha y estima de gran interés orientar la actividad de los camaradas estudiantes en los próximos meses de verano.

Ha tenido lugar en las últimas semanas la presencia de las JONS como bandera rotunda de la juventud nacional. Os habéis unido a ella con entusiasmo fervoroso, dispuesto a nutrir las avanzadas del partido. Pusisteis voces y gritos nacionales en los recintos donde hasta aquí triunfaban las inconsciencias traidoras y los vejámenes marxistas contra la Patria. Cumplisteis las consignas del partido con decisión insuperable. ¡Bien por los camaradas estudiantes de las JONS!

Todos, pues, a conseguir:

1. Que en octubre haya en vuestras ciudades y pueblos núcleos jonsistas poderosos.

2. Que los obreros y gentes del campo conozcan los propósitos justos del partido.

3. Que nadie confíe en la democracia liberal-parlamentaria, como medio de aniquilar el poder marxista y de conseguir la paz y prosperidad nacional.

4. Que todos los jóvenes a quienes aliente un deseo de derrotar al marxismo se den cuenta de que ello se logra militando en nuestro partido, aceptando nuestra consigna de «Revolución nacional española frente a la revolución socialista», y abandonando esas pacíficas organizaciones, desde las que ancianidades con careta juvenil os recomiendan paciencia, prudencia y cursos de electoral sabiduría.

5. Que se extienda con pulcritud y pureza la significación del partido, evitando esos confusionismos con que hoy se nos calumnia, y reafirmando tenazmente nuestro absoluto desdén hacia las personas que levantan fuera de las JONS bandera de reivindicación nacional con espíritu reaccionario y baldío.

6. Que sean las JONS quien en toda ocasión y momento desarrollen la máxima violencia contra la barbarie comunista.

El manifiesto fue recogido por la policía casi íntegramente. El grupo de Santiago suplió este contratiempo colocando dos hojas en la puerta de la Universidad y haciendo guardia para impedir su rotura.

El jonsismo gallego, que debía su fuerza inicial a la personalidad del profesor Santiago Moreno Díaz, recibió el refuerzo de un buen propagandista, Jesús Suevos, que estudiando en Madrid se había afiliado a la F. U. E.

[72] Estudiante de Filosofía y Derecho y en la guerra teniente de la Legión.

Gilberto de la Llama, matriculado en la Universidad de Valladolid, llevó la simiente jonsista a Santander y formaría parte del primer triunvirato de mando, del que era cabeza visible el pintor Pancho Cossío y secretario otro estudiante de diecisiete años, Arturo Arredondo. El núcleo jonsista de Murcia surge también con estudiantes: Antonio Torrecillas [73], José Miras, Manuel Mora, Antonio Molina, Manuel Santo y Lizón.

Aquel verano, tan agitado en sus aguas políticas, conoció la realización de una sugestiva idea universitaria. Bajo la batuta de don Manuel García Morente, la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid organizó un crucero mediterráneo en el «Ciudad de Cádiz». Unos centenares de estudiantes, guiados por sus profesores Elias Tormo, Enrique Lafuente Ferrari, Ángel González Palencia, Julio Martínez Santaolalla, Jaime Vicens Vives, con universitarios destacados: Tovar, Marañón Moya, Granell, Diez del Corral, Marías, Alonso del Real, Díaz Plaja. El viaje fue calificado por Gregorio Marañón como «periplo de alegría, de salud y de inteligencia...; crucero fecundo, no recreo de millonarios más o menos frivolos...; la Universidad, con sus maestros y con la gente joven, recogiendo por esos mares la vieja historia viva». Un concurso convocado entre los viajeros para la obra que mejor recogiese el sentido del crucero fue ganado por Carlos Alonso del Real, con su *Diaro de un estudiante viajero*, obteniendo menciones Julián Marías y Manuel Granell. Dos años después, Guillermo Díaz-Plaja publicara, sobre el mismo tema, Cartas de navegar.

En la calle de Ferraz madrileña, próxima a la plaza de España, se había establecido una residencia escolar, regida por el presbítero Escrivá de Balaguer, con la sigla DYA, cuya traducción oficial parecía corresopnder a Derecho y Arquitectura, aun cuando para algunos significaba Dios y Audacia.

En abril se creó la «Asociación de Amigos de la Unión Soviética», persiguiendo con la adhesión de intelectuales, aun cuando fuera sumariamente, aminorar el aire bárbaro de la revolución rusa. L'Humanité, comentando la constitución de los «amigos de la U. R. S. S.», escribía: «Los estudiantes que simpatizan con el comunismo están en una proporción del 33 por 100 en el seno de la organización profesional, la F. U. E.» Si el porcentaje señalado podía ser no tan acusado, era evidente que el enflaquecimiento numérico fueísta daba como resultado una creciente escalada hacia los mandos de sus elementos marxistas. El documento de constitución de los «amigos de Rusia», el término U. R. S. S. no cuajaba popularmente, aparecía con las firmas de estudiantes de la F. U. E. y de intelectuales del máximo relieve; eran solamente los marxistas como Negrín, Roces, Jiménez Asúa, Hernando; allí estaban los nombres de Marañón, Baroja, Benavente, Valle-Inclán y Concha Espina, entre otros. Ninguno de éstos simpatizaba con la ideología comunista, como lo demuestran sus escritos de entonces y su comportamiento posterior, pero era una ocasión de mostrarse tolerantes, postura siempre difícil en España e indudablemente necesaria.

Ramiro buscaba ocasiones de hacerse notar y le pareció fácil y de seguro relieve una demostración contra la confusión que el comunismo podía lograr a través de esa asociación. Decidió ocupar el local social llevándose la propaganda. El 14 de julio, día señalado, se encontraba en las oficinas el profesor socialista Wenceslao Roces, quien fue atado y amordazado. Los asaltantes destrozaron el mobiliario y se llevaron toda la documentación. El hecho alcanzó la resonancia prevista y la Policía organizó una inconcreta persecución, deteniendo a más de cien sospechosos; entre ellos no se encontraba ninguno de los autores. Pocos días después, los jonsistas de Santander, en su mayoría estudiantes, penetraron en la Universidad de Verano, en donde maniobraba la F. U. E. a su antojo, y el retrato que presidía, de Alcalá Zamora, apareció colgado al día siguiente en los jardines del paseo de Pereda.

Antes de finalizar el verano comienza a repartirse propaganda de un grupo dirigido por José Antonio Primo de Rivera y Julio Ruiz de Alda; las hojas llevaban en un recuadro las iniciales F. E., que solía traducirse por sus repartidores indistintamente como Fascismo Español o Fe Española. Nadie identificaba la «F» con el término Falange, a pesar de haber sido utilizado ya en La Conquista del Estado.

El director general de Seguridad, Andrés Casaux, inventó un complot con objeto de terminar con los «fascistas» y de paso con los anarquistas de la F. A. I. Los detenidos pasaron de tres mil, y en el penal de Ocaña se mezclaron el padre Gafo, los pistoleros de la Federación Anarquista Ibérica, monárquicos y jonsistas.

Por si no fuera bastante la confusión que producía tanto grupito fascista en su casi totalidad, reaccionarias partidas de la porra, este conglomerado reunido por la policía azañista, era capaz de equivocar a cualquiera.

En esta atomización de agrupaciones antirrepublicanas, tal vez deba mencionarse la dirigida por Rafael Blanco Caro con el nombre de Hueste Española.

TERMINA EL ENSAYO POLÍTICO ATENEÍSTA

Al comenzar el pasado curso, los profesores de la Agrupación al Servicio de la República, aburridos por la esterilidad de sus esfuerzos y asustadnos por el giro de la política, habían disuelto sin pena ni gloria su intelectual congregación. Pero el Régimen siguió contando con su consejo, cuando menos, formulariamente. Al dimitir Azaña, en junio de 1933, Alcalá Zamora consulta, entre otros, a Ortega, Marañón, Unamuno y Sánchez Román, y llega a encargar la formación de un gobierno al catedrático Besteiro, quien fracasa, desautorizado por sus propios compañeros socialistas. Es Azaña quien forma nuevo gobierno, y en él, Fernando de los Ríos como ministro de Estado, reconoce oficialmente a la U. R. S. S. Figuraba como ministro de Hacienda un catedrático de la Central, Viñuelas, y en Instrucción Pública, Barnés, un radicalsocialista, que suponía el dominio del sector enseñanza por la

[73] Antonio Torrecillas murió en acción de guerra como alférez provisional en el Alto Pirineo en mayo de 1938.

Institución Libre. La pugna de los intelectuales se desarrollaba con acritud en otros terrenos no directamente políticos; así, en respuesta a «A. M. D. G.» de Pérez de Ayala, acerada diatriba teatral contra los métodos pedagógicos jesuíticos, José María Pemán presenta en el teatro Beatriz, en septiembre de 1933, El divino impaciente, y alrededor de San Ignacio y en cada presentación se sucedían tumultuosas ovaciones.

El primer semestre del año arrojaba el siguiente balance político-social: ciento dos muertos y ciento cuarenta heridos. En Cataluña, la felicidad presentida por los ilusos del autogobierno, obliga a Maciá a dar vía libre a unas milicias, los «escamots», con el doble objeto de «pasar la frontera del Ebro» si fuera necesario, según frase de Dencas, y contrarrestar la creciente actividad terrorista de los anarco-sindicalistas. Ciertamente, las milicias mandadas por Badía, que desfilaron en Montjuich ante el presidente, en octubre, no mostraron en ningún momento resolución suficiente para contener a la C. N. T.-F. A. I. ni a los boinas rojas catalanes. Para quienes entienden la política internacional con candorosa ingenuidad, resultaría ininteligible que el fascismo italiano, nada menos que por su jerarca Ciano, se mostrara propicio e interesado con aquellos separatistas uniformados con camisa verde.

Las ilusiones de una ínsula dorada regida por intelectuales nacieron y se criaron por los despachos y salones del Ateneo madrileño; su confrontación produjo una cosecha de sangre y rencor que arrastró a Manuel Azaña, su visible pontífice. La ofensiva fraseología azañista y el partidismo legislativo irritó a grandes masas de población. Al señalar como enemigos de la República a quienes no comulgaban con su política, consiguió enfrentarse con muchos que hubieran admitido el nuevo régimen de haber éste mostrado transigencia. Engrosaba así una oposición que Azaña convertía de antigubernamental en antirrepublicana. Su política dejó la impresión de que no era posible la convivencia pacífica de los sectores antagónicos españoles. Utilizando un término no en uso entonces, diremos que su posición era contraria al diálogo. De esta forma, su intransigencia hacía el juego al sectarismo conservador. Cuando en septiembre dimite, pasan al Gobierno bajo la presidencia de Lerroux los radicales constituidos en el bloque moderador del Régimen. Contra la política lerrouxista se concitaron el resto de sus aliados del 14 de abril.

El «líder» socialista Indalecio Prieto comentó: «Se llevarán hasta las alfombras de los ministerios», aludiendo a la historia de prevariaciones que acompañaba la actuación pública del partido radical. Se abría un paréntesis electoral. Como esperanzador augurio, las derechas, pilotadas por Gil Robles, ganaban en la Universidad la designación de representante en el Tribunal de Garantáis Constitucionales. Sin embargo, la apertura de curso tiene música comunista, con vivas a la F. U. E. revolucionaria y cánticos a la Internacional. Los grupos comunistas de la F. U. E. habían preparado esta acción propagandística pidiendo la revisión del profesorado para alejar de las cátedras a los derechistas, silbando también a Jiménez Asúa y Fernando de los Ríos, significando así su disconformidad por no haber depurado de reaccionarios el primer centro de cultura.

La Institución Libre de Enseñanza, por medio de Barnés, siguió dominando el campo de la educación, y Sánchez Albornoz, rector de la Central, pasó al Ministerio de Estado. Una derrota de Lerroux en las Cortes proporcionó un arduo problema de interpretación constitucional, sobre si podía o no otorgarse el decreto de disolución al presidente derrotado. Entraron en la danza de consultas los profesores Sánchez Román, Gregorio Marañón, Fernando de los Ríos, Luis Jiménez Asúa y Adolfo Posada. Mientras se desenredaba el ovillo, la Confederación Nacional del Trabajo declaraba en Madrid una huelga dentro del ramo de la construcción, con su correspondiente acompañamiento de tiros y victoria final.

Martínez Barrios sucedió a su jefe radical. El Poder se degradó culturalmente. El nuevo presidente era el primero en la historia del país que carecía de título universitario [74]. Convocadas elecciones generales, se hizo posible entonces el acto del 29 de octubre en el teatro de la Comedia.

[74] No resultaba extraño a la época. Mussolini era maestro con dos años de estudios; Hitler autodidacta total y Stalin poseía modesta cultura adquirida en un seminario.

CAPÍTULO III. PRIMER CURSO: 1933-1934

Está alzada la bandera. Ahora vamos a defenderla alegremente, poéticamente.

JOSÉ ANTONIO

EL INSÓLITO MITIN DE LA COMEDIA

El grupo que acaudillaba José Antonio Primo de Rivera intentó su primera salida un 7 de octubre, aniversario de la ocasión de Lepanto, en Burgos, cabeza de Castilla. Fracasado el primer propósito, se presenta en Madrid, en la Comedia, el día 29, en un acto anunciado como de «Afirmación nacional».

Participaron tres oradores: un profesor universitario que había militado en la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República, Alfonso García Valdecasas, a quien García Lorca había dedicado el último poema de su Romancero gitano; un famoso aviador, Julio Ruiz de Alda, y el hijo del general Primo de Rivera. El teatro lo llenaron por mitades estudiantes y antiguos admiradores del dictador. No faltaron los jonsistas, con Ramiro; los del Frente Español y de la Agrupación Escolar Tradicionalista. Aquella mañana nació la Falange, incluso el nombre, debido a una sugerencia de Ruiz de Alda.

El acto no pasó desapercibido; sin embargo, en cierto modo, decepcionó a los asistentes. José Maria Carretero comentaría: «Yo tengo la impresión de haber asistido a una *aimable causerie* literaria.» No se vieron jóvenes uniformados, como los más deseaban por mimetismo fascista; por el contrario, Valdecasas había afirmado: «Se ha dicho que este acto es fascista ¡tendremos quizá en el porvenir un contacto con el ideal del fascismo, pero no debemos imitar nada extranjero. España debe extraer sus fórmulas poltíticas de su propio ser.» Por otra parte, el discurso de José Antonio Primo de Rivera, que se presentó en el escenario con impecable traje azul y cuello blanco almidonado, no tenía nada que ver con la oratoria insultante, con el tópico y el lugar común. Esta absoluta discrepancia con los modos al uso seria uno de los factores que llevarían, tras la bandera que se alzaba, a los estudiantes fascinados por el anuncio de «un movimiento poético que no se detendría ante la violencia». La radio dio amplitud al mitin. En el casino de Salamanca Unamuno escuchó el discurso de José Antonio [75] y quedó sorprendido. «Este chico, este chico...», murmuró.

El acto fundacional hubiera tenido una marcada tendencia intelectual de haber participado, como se pensó en el proyecto de presentación en Burgos, Eugenio Montes, a quien José Antonio había conocido en el Ateneo de Madrid.

La reproducción íntegra del discurso de José Antonio por el diario La Nación, órgano de la Unión Patriótica, y en Acción Española, revista teórica de los monárquicos, dio confusión a los propósitos de F. E.

La tendencia a la simplificación haría que pese a la afirmación de Valdecasas y al discurso de José Antonio, en el que no había una sola referencia «fascista», Informaciones titulara el acto: «Los señores Valdecasas, Ruiz de Alda y Primo de Rivera alzan la bandera fascista.» En el fondo no era otra cosa que el deseo conservador de contar con un grupo de choque frente a la violencia marxista. Un intelectual girado a "la izquierda, José Bergamín, seria más exacto, y tratando de quitar importancia al acto de la Comedia, diría con ironía en el periódico Luz: «Tres eran, tres, los jóvenes españolistas; tres eran, tres y ninguno fascista.»

FRANCISCANISMO

En el naciente movimiento, la muerte se anticipó a los reglamentos. El 2 de noviembre muere apuñalado José Ruiz de la Hermosa, mientras apostrofaba a sus enemigos, durante un mitin socialista en el teatro Ayala, de Daimiel. José Ruiz de la Hermosa, que encabezaría la más impresionante lista de mártires de la política española, se afiliaba, en 1931, siendo estudiante, a las JONS de Daimiel, en donde otros dos estudiantes, los hermanos Galiana, conseguían formar un grupo decidido y eficaz. El primer caído del sindicalismo nacional[76] había ganado unas oposiciones al Cuerpo de Hacienda y se trasladó a la capital para escuchar a José Antonio en la Comedia. A su regreso, en plena concentración marxista, les recordó el crimen de Casas Viejas. El socialista que le asesinó se llamaba como él. Comenzaba así, con esta sobrecogedora coincidencia, una guerra entre hermanos que durante seis años se enfrentaron despiadadamente con lamentable frecuencia.

La revista JONS, con la pluma de Juan Aparicio, le pagó su sacrificio con un poema; de él eran esto» versos: «Tu cuerpo juvenil se ha desatado del haz de nuestro escudo. Revivirás allí, con el triunfo de las flechas y el yugo.»[77].

[75] Utilizaremos esta generalizada forma para designar al fundador de la Falange, sólo empleada antes por sus amigos. Los más íntimos le llamaban José. Públicamente se le conocía por Primo de Rivera, y de esa manera se le denominaba en los periódicos propios

[76] La palabra «caído» se aplicó ya a José Ruiz de la Hermosa.

[77] El Instituto Laboral de Daimiel lleva su nombre.

El 6 de noviembre se presentan en la Dirección General de Seguridad los Estatutos de Falange Española. Julio Ruiz de Alda sentía una gran prisa por encuadrar la avalancha de adhesiones que había suscitado el acto de la Comedia. Entre las primeras recibidas figuraban estudiantes de Madrid y también de provincias, como la de Pedro G. Cantolla, futuro poeta falangista, que en Santander, junto con Manuel Felipe de la Mora, estudiante en Oviedo[78] Manuel F. Oruña y Manuel Mijancos, formarían el núcleo inicial. En Murcia, otro estudiante, Manuel Muñoz, fue encargado de articular las adhesiones primeras. Por todo el Segura la identificación con los jonsistas fue completa y sin necesidad de la fusión oficial. Muñoz[79] y Torrecillas asumirían desde el primer momento las tareas del mando. Mientras, José Antonio proseguía su campaña en la provincia de Cádiz. En las elecciones convocadas para diputados a Cortes, el 12 de noviembre, en un mitin en San Fernando, unos pistoleros mataron a una persona, hiriendo a cuatro más. A partir de aquel atentado acompañó a José Antonio un estudiante de Medicina, Narciso Perales, con su escuadra. El triste suceso, no obstante haber ocurrido en un acto organizado por Acción Ciudadana de Cádiz, y el asesinato de José Ruiz de la Hermosa, inspiraron a Fernández-Flórez un comentario, en el que reflejaba insospechadamente, y al margen de su irónica intención, una de las características más hondas del pensamiento de José Antonio; decía uno de los párrafos del artículo, aparecido en A B C: «Si el fascismo paga dos cadáveres con unas protestas verbales, no es fascismo: es franciscanismo. Y hay que felicitarse de que así sea. Pero no creemos que el espíritu laico de la España actual permita desenvolverse y afirmarse una orden religiosa más.»

FUNDACIÓN DEL S. E. U.

El 19 de noviembre, las derechas españolas, unificadas en una confederación de agrupaciones autónomas —C. E. D. A.— y dirigidas por Gil Robles, ganaban en las urnas, lo que José Antonio llamó «victoria sin alas», aún cuando él mismo había obtenido un acta de diputado [80]. Aparece entonces el plan del ingeniero Lorenzo Pardo para la corrección hidrográfica de la península con el trasvase de parte de las aguas del Tajo al Segura. El Gobierno de radicales y derechistas lo arrinconó.

El día 21, un estudiante de Arquitectura, Manolo Valdés, campeón de España de natación en 100 metros libres, presentaba en la Dirección General de Seguridad, los Estatutos de un Sindicato Español Universitario. El triunfo electoral derechista no modificó el criterio de prudencia revolucionaria de separar para la Ley la Falange y el S. E. U.; así en los Estatutos no se hacía la menor alusión a F. E. Antes de esta presentación legal, los estudiantes falangistas habían comenzado su organización bajo el nombre de Sindicato Universitario Español. El Reglamento presentado, redactado con evidente menosprecio por la Ley de Asociaciones, fue rechazado el 24 de noviembre por la Asesoría Jurídica de la Dirección General de Seguridad.

La Falange, si atendemos a su constitución humana, nacía con un inconfundible eco juvenil y universitario. Ello explica que sin haber transcurrido un mes del mitin de la Comedia se hubieran cubierto ya los trámites legales para el funcionamiento del S. E. U. Julio Ruiz de Alda escribió: «Fueron los estudiantes los primeros que llegaron. Fueron los primeros y los más entusiastas» [81].

Los estudiantes que acudían a Falange no lo hacían pensando en un sindicato profesional. Incluso su incorporación, aun siendo numerosa, no suponía automáticamente la existencia del S. E. U. Sigamos la creación de un núcleo falangista, el de Baleares. Al inaugurarse el primer local social en Palma, Alfonso de Zayas señala: «Acudieron numerosos simpatizantes, de los cuales se afiliaron muchos estudiantes.» Más adelante dice, refiriéndose ya al año 1934: «El número de afiliados iba en aumento; eran principalmente estudiantes» [82]. En las primeras salidas por las calles actuaron estudiantes. Sin embargo, después de todo esto, en Palma de Mallorca seguía sin sentirse la necesidad de constituir el sindicato.

El curso escolar se presentaba, como el panorama nacional, cargado de negras nubes; un ambiente entre incómodo y divertido llenaba las aulas. Discusiones encrespadas, incidentes continuos, entremezclados en contradictorio maridaje con la invencible alegría estudiantil. Numéricamente, los Estudiantes Católicos tenían una ligera preponderancia, pero la hegemonía oficial seguía en manos de la F. U. E.

El 1 de octubre, en la apertura de curso en la Central, presidida por el vicerrector, León Cardenal, mientras actuaba la Orquesta Escolar Universitaria, dirigida por Benedito, se escucharon gritos de «¡Revisión del profesorado!» y «¡Viva la F. U. E. revolucionaria!». Al comenzar su discurso el representante escolar, Francisco Pérez, perteneciente a la Facultad de Derecho, fue desplegada una bandera roja, con el alboroto correspondiente. Al terminar el acto, varios estudiantes pronunciaron arengas políticas.

[78] Manuel Felipe de la Mora emprendería en 1972, con «Las sangrientas cinco rosas», la misión de historiar la falange montañesa.
[79] Manuel Muñoz moriría preso en Murcia en 1938.
[80] «Ahora... se formarán gobiernos y se escribirán leyes en papel. Pero España está fuera... La España de las hambres y de las sequías. La que, de cuando en cuando, aligera en un relámpago de local ferocidad embalses seculares de cólera... Desgraciados los que no se lleguen al torrente bronco de la revolución —hoy más o menos escondido— y encaucen, para bien, todo el ímpetu suyo. Nosotros iremos a esos campos y a esos pueblos de España para convertir en impulso su desesperación. Para incorporarlos a una empresa de todos... Nuestra España se encuentra por los riscos y los vericuetos. Allí la encontraremos nosotros, mientras en el palacio de las Cortes enjaulan unos cuantos grupos su victoria sin alas.»
[81] Lo atestiguan así, del campo enemigo: «Falange ha sido un movimiento estudiantil y de clases medias, preferentemente.» L. Ramírez, «Nuestros primeros veinticinco años». Editado por Ruedo Ibérico.
[82] Marqués de Zayas, «Historia de la Vieja Guardia de Baleares».

Quienes habían echado al rey no se resignaban a presenciar pacíficamente cómo la República caía en la esfera de dominio de unas derechas, tibias en lo que a la forma de régimen se refería. Las izquierdas comenzaron una áspera etapa de violencias, convencidos de que en ese terreno los conservadores españoles se batirían en retirada. Especialmente las juventudes socialistas intensificaron su entrenamiento militar, y sus concentraciones y desfiles mostraban cada vez mayor insolencia provocativa. Simultáneamente, la F. U. E. seguía el mismo camino. Por esto la presencia de la Falange fue acogida con alborozo por quienes la veían como fuerza de choque para defender sus vidas y haciendas.

El S. E. U. dio sus primeros pasos bajo el mando de un triunvirato, del que era máxima autoridad Manolo Valdes; le acompañaban José Manuel Fanjul y Luis Zaragoza, y como secretario, Manuel Gordejuela, de la Facultad de Farmacia. Eran escasas las preocupaciones académicas; el amenazador frente marxista, más peligroso fuera del marco universitario, obligaba a la formación de milicias. Se eligió un sistema triangular, integrado en su base por grupos de tres, uno de los cuales servía de enlace; cada tres elementos o grupos constituían una escuadra, más un jefe y subjefe; tres escuadras componían una falange; tres falanges, una centuria, y tres centurias, una bandera. La centuria que obedecía a José María Fanjul estaba formada por dos falanges, una de Ciencias y otra de Derecho, que tenían por jefes a José María Díaz Aguado y Leopoldo Martínez Campos, respectivamente, y dos escuadras, que pronto se convirtieron en falanges, de Filosofía y Letras y Farmacia, con Alejandro Salazar y Manuel Rodríguez Gimeno al frente. Los demás estudiantes, comprendidos los de escuelas especiales, se integraban en la centuria de Luis Aguilar.

Mandaba las milicias el comandante Arredondo, primer capitán seleccionado por Millán Astray para organizar la Legión, pero pronto se vio que su valor militar no era suficiente para conducir adecuadamente el fervor político de la juventud universitaria, que componía la inmensa mayoría de la llamada Primera Línea falangista.

IDEAS DE PLATÓN A VEINTE CÉNTIMOS

Las calles de Madrid conocieron el primer despliegue de las milicias falangistas con motivo de vocear y proteger la venta del primer número del semanario F. E., el jueves 7 de diciembre [83].

El dibujo sencillo y fuerte del título era del estudiante de Arquitectura Víctor d'Ors. El periódico tendría muchas más cosas «orsianas». José Antonio consideraba a don Eugenio d'Ors como uno de sus maestros.

En la Puerta del Sol, «cuya acera roja», la situada enfrente del Ministerio de la Gobernación, se consideraba feudo comunista, así como la glorieta de Cuatro Caminos, hubo de venderse el periódico a golpe limpio, pero ni un solo ejemplar fue roto o quemado. Acompañando a José Antonio, recibió Gordejuela un palo en la cabeza que le obligó a un riguroso vendaje. Las milicias eran como se pedía en el semanario que voceaban: «una juventud sana, limpia y heroica».

El boicot decretado por los sindicatos marxistas contra F. E. impuso la costumbre de que fuera vendido por los propios afiliados. En Sevilla, otro estudiante, Antonio García de la Torre, fue el primero en vocearlo por las calles [84].

La aparición del primer número de F. E., que se vendía al precio de veinte céntimos, coincidió con el comienzo de un nuevo levantamiento anarquista, la C. N. T. y la F. A. I. daban muestras de inagotable rebeldía. Los muertos y heridos volvieron a contarse por centenares, con incendios de fábricas en la provincia de Barcelona, combates por las calles de Zaragoza, actos terroristas como la voladura del rápido Barcelona-Sevilla, proclamación del comunismo libertario en numerosos pueblos y un episodio de valor alucinante en Villanueva de la Serena, en donde fue necesario utilizar la artillería para dominar un pequeño foco insurrecto. Así las cosas, en Madrid, al margen de la violenta «faísta», se preparaba otro Gobierno.

En esta situación, F. E. desconcertaba con su pulcritud. Ximénez de Sandoval lo encontró «con el aire de una revista intelectual de estudiantes de Filosofía». Ramiro Le-desma consideraba equivocado «el sumo propósito de conseguir una sintaxis académica y rango intelectual.» Para su apasionado sentir, resultaba absurdo «hablar de Roma o de Platón» en vez de lanzar consignas claramente revolucionarias. Si los propios afiliados se extrañaban, había de admitirse la perplejidad de los enemigos. Cuando murió el primer estudiante vendiendo el semanario, se diría con sarcasmo: «Primo de Rivera hace morir a sus muchachos por vender ideas de Platón a veinte céntimos.»

La Falange había perdido ya al profesor Valdecasas, que se apartó de sus campamentos sigilosamente, y había ganado a cambio «un tropel de escritores —decía F. E.— de intelectuales, de universitarios, de estudiantes, como nunca, como en ningún movimiento español se había conocido.»

En el primer número F. E. publicó los «Puntos iniciales de su doctrina.

> «Los que lleguen a esta cruzada —decían— habrán de aprestar el espíritu para el servicio y para el sacrificio.
>
> Habrán de considerar la vida como milicia, disciplina y peligro. Y servirán ese espíritu de una manera alegre y deportiva.»

[83] «La primera victoria de las escuadras del S. E. U. tuvo efecto en esa fecha», «Historia del sindicalismo español», Guillen Salaya.
[84] Antonio García de la Torre caería en acto de servicio el 18 de octubre de 1937.

No era un programa político de embaucadoras promesas. Sí un haz de ideas sugestivas para romper la decadencia nacional. Cuando los partidos mostraban unos programas concretos de gobierno, de cara al electorado, programas «con solución para todos los problemas», llamados a no cumplirse nunca, la Falange inicia su arquitectura ideológica con un cuerpo doctrinal, en el que comenzaba por plantearse: ¿Qué es España?. Exponía a continuación su entendimiento de las disgregaciones y luchas internas. Plantea su idea del Estado, de la superación de las luchas de clases; eleva a la máxima dignidad la libertad del hombre; hace del espíritu resorte decisivo en la vida y plantea las relaciones con la Iglesia en un plano de autonomía sin privilegios ni intromisiones del Estado y niega la violencia como sistema e instrumento de mando.

El editorial del primer número de F. E. terminaba con un ¡Arriba España! Rafael Sánchez Mazas hizo prevalecer este vítor excluyendo el viva clásico, que las izquierdas torpemente habían dejado en boca del nacionalismo derechista. Ya en La Conquista del Estado se utilizó el grito «¡Arriba los valores hispanos!». Juan Aparicio mencionó un libro de Pedro Pidal, editado hacia 1920, en cuya portada estaba escrito un «¡Arriba España!», pero seguramente en Sánchez Mazas había influido más el Gora de los vascos.

CALUMNIA, QUE ALGO QUEDA

El 18 de diciembre Lerroux forma un Gobierno que al día siguiente hizo su presentación en el Parlamento. En el debate en torno a su declaración política, Gil Robles, cuya incipiente obesidad y prematura calvicie parecían separarle de la juventud, lanza sobre la Falange la especie de que no era católica su doctrina. Ponía el jefe populista, con una envoltura de amabilidad, el primer grano de arena en una gran calumnia, que habían de fomentar durante años tantos políticos de sacristía.

En aquellos días, el sacerdote don Manuel Gutiérrez reunía en su casa, en la calle Santa Susana, de Oviedo, a los estudiantes falangistas Fernando Covián, Víctor Alvarez Pedrosa, José María Cernuda y a los hermanos Gil García, Victoriano y Luis, todos de la Facultad de Derecho. Don Manuel Gutiérrez pertenecía a la Junta de Mando de la Falange asturiana y había sido encargado de la organización del S. E. U. ovetense. Otro sacerdote, don Juan Cres-pi, organizaba en Palma de Mallorca la Falange de Baleares. No tardaría en ejercer su magisterio entre los cama-radas de Pamplona el sacerdote don Fermín Izurdiaga.

Un trapense, el hermano Benito, confeccionaba en Cóbreces la primera bandera rojinegra de la Montaña.

«Yo sé por dónde S. S. va —dijo Gil Robles—, y he de decir, para que a todos nos sirva de advertencia, que por ese camino marchan muchos españoles, y esa idea va conquistando a las generaciones jóvenes; pero yo, con todos los respetos debidos a la idea y a quien la sostiene, tengo que decir con toda sinceridad que no puedo compartir ese ideario, porque para mí un régimen que se basa en un concepto panteísta de divinización del Estado y en la anulación de la personalidad individual, que es contrario incluso a principios religiosos, en que se apoya mi política, nunca podrá estar en mi programa y contra ella levantaré mi voz, aunque sean afines y amigos míos los que lleven en alto esa bandera.»

Puede juzgarse del fariseísmo del dirigente cedista, teniendo en cuenta que por entonces había iniciado sus conversaciones para compartir el poder con los más destacados anticlericales del país, a los que cedería, precisamente, la cartera de Instrucción, y que la Falange, por el contrario, en su punto octavo declaraba:

> «La interpretación católica de la vida es, en primer lugar, la verdadera, pero es además, históricamente, ia española.
>
> Así, pues, toda reconstrucción de España ha de tener un sentido católico. Esto no quiere decir que vayan a renacer las persecuciones contra quienes no lo sean. Los tiempos de las persecuciones religiosas han pasado.
>
> Tampoco quiere decir que el Estado vaya a asumir di rectamente funciones religiosas que correspondan a la Iglesia.
>
> Ni menos que vaya a tolerar intromisiones o maquinaciones de la Iglesia, con daño posible para la dignidad del Estado o para la integridad nacional.
>
> Quiere decir que el Estado nuevo se inspira en el espíritu religioso católico tradicional en España y concordará con la Iglesia las consideraciones y el amparo que les son debidos.»

La respuesta de José Antonio constituyó su primera intervención parlamentaria:

> «Permitirme, señores Diputados —y sirvan estas primeras palabras de excusa y saludo—, que tercie en una discusión en la que hoy no esperaba hacerme oír, para poner en claro, con la misma publicidad que ha rodeado a las palabras, siempre tan acertadas y tan hábiles, del señor Gil Robles, algo que pudiera parecer una imputación ideológica para una juventud a la que ha aludido y de la que acaso tenga yo algún título para considerarme parte.
>
> El señor Gil Robles ha dicho que es mala solución una dictadura de derechas y que es mala solución una dictadura de izquierdas. Pues bien: los miembros de esa juventud de la que formo parte consideramos que no es sólo mala una dictadura de derechas y una dictadura de izquierdas, sino que ya es malo que haya una posición política de derechas y una posición política de izquierdas. El señor Gil Robles entiende que el aspirar a un Estado integral, totalitario y autoritario es divinizar al Estado, y yo le diré al señor Gil Robles que la diviniza ción del Estado es cabalmente lo contrario de lo que nosotros apetecemos.

Nosotros consideramos que el Estado no justifica en cada momento su conducta, como no la justifica un individuo ni la justifica una clase, sino en tanto se amolda en cada instante a una norma permanente. Mientras que diviniza al Estado, la idea «rousseauniana» de que el Estado, o los portadores de la voluntad que es obligatoria para el Estado, tienen siempre razón; lo que diviniza al Estado es la creencia en que la voluntad del Estado, que una vez manifestaron los reyes absolutos, y que ahora manifiestan los sufragios populares, tiene siempre razón. Los reyes absolutos podían equivocarse; el sufragio popular puede equivocarse; porque nunca es la verdad ni es el bien una cosa que se manifieste ni se profese por la voluntad. El bien y la verdad son categorías permanentes de razón, y para saber si se tiene razón no basta preguntar al rey —cuya voluntad para los partidarios de la soberanía absoluta era siempre justa—, ni basta preguntar al pueblo —cuya voluntad para los «rousseaunianos» es siempre acertada—, sino que hay que ver en cada instante si nuestros actos y nuestros pensamientos están de acuerdo con una aspiración permanente.

Por eso, divinizar al Estado es lo contrario de lo que nosotros queremos. Nosotros queremos que el Estado sea siempre instrumento al servicio de un destino histórico, al servicio de una misión histórica de unidad; encontramos que el Estado se porta bien si cree en ese total destino histórico, si considera al pueble como una integridad de aspiraciones, y por eso, nosotros no somos partidarios ni de la dictadura de izquierdas ni de la de derechas, ni siquiera de las derechas ni las izquierdas, porque entendemos que un pueblo es eso: una integridad de destino, de esfuerzo, de sacrificio y de lucha, que ha de mirarse entera y que entera avanza en la Historia y entera ha de servirse.»

LA FUERZA COMO SAZÓN

La llegada al poder, por vía democrática, del partido nazi alemán fue un serio contratiempo marxista. Alemania era una de las más fundadas esperanzas del socialismo y las consecuencias de la derrota fueron cuidadosamente examinadas. La II Internacional estimó, como primordial preocupación, establecer una celosa vigilancia para ahogar en su nacimiento cualquier brote «fascista» y cortar de raíz nuevos intentos en otros países.

En España, Largo Caballero, secundado por Alvarez del Vayo y Araquistáin, impusieron en el partido socialista la táctica de violencia, en contra del ala moderada, representada por los catedráticos Fernando de los Ríos y Julián Besteiro, desplazando a este último de la Ejecutiva de la U. G. T. Largo Caballero, con el apoyo de las juventudes socialistas, lanzó su operación «Alianza Obrera», pretendiendo lograr un plan conjunto con la C. N. T.

No suponía esto la iniciación de una etapa, sino la acentuación de la ya iniciada y que a Falange le suponía, además de un estudiante asesinado, la muerte de otras dos afiliados, Tomás Polo y Juan Grau.

El 2 de enero, distintas escuadras repartieron hojas de propaganda en la Puerta del Sol, Atocha y Cuatro Caminos. En la Puerta del Sol un contusionado declaró «haber sido agredido por varios desconocidos, que momentos antes le habían entregado unas hojas de propaganda de Falange Española, sobre cuyo texto hubo de hacer determinados comentarios con un amigo que le acompañaba». También los falangistas recibían porrazos y golpes; en Cuatro Caminos, donde hubo tres heridos, recibió una pedrada el estudiante Gumersindo García. Destacó allí la escuadra de Rafael Romero, de la Escuela Industrial. Estos incidentes motivaron un registro policíaco en el local del S. E. U. al día siguiente.

El 25 de diciembre fallecía Maciá en Barcelona, sucediéndole Luis Companys en la presidencia de la Generalidad. El cabecilla separatista desaparecido había proporcionado el primer susto a la República, proclamándose el 15 de abril jefe del Estado catalán. En la sesión necrológica dedicada a su memoria, el 4 de enero, en el Congreso, salió de los bancos derechistas un «Muera Cataluña», muestra de insensatez de los que José Antonio llamó allí mismo «fomentadores del separatismo desde este lado del Ebro, declarando indigno de ser español a quien hubiera pronunciado tal grito, que era un crimen contra España».

En el curso se había producido una huida de estudiantes catalanes, disconformes con el ambiente de la Universidad Autónoma de Barcelona; la patriótica dispersión fue maltratada por ciertos profesores con partidista rigor.

La rebelión anarquista de diciembre obligó a declarar al país en estado de alarma, suspendiéndose los periódicos cenetistas, y tal vez, como contrapeso, F. E. quedó prohibido durante un mes.

El día 11 de enero de 1934 caía herido por la espalda, en la calle de Alcalá, esquina a la de Sevilla, el estudiante Francisco de Paula Sampol, cuando leía un ejemplar del segundo número de F. E., que acababa de adquirir. No estaba afiliado al Movimiento, pero a él pertenecía y en él moría.

La persecución policíaca unida a la clausura del local de Eduardo Dato, la recogida del periódico y de las hojas de propaganda, la rotura de fichas antes de los registros de la policía y la ausencia de funcionarios hacían que en una gran proporción se perdieran las filiaciones. Teniéndolo en cuenta, en el número dos de F. E, se recomendaba: «A todo el que se haya inscrito en Falange Española y no haya recibido aviso alguno ni comunicación, se le ruega que vuelta a inscribirse, por si se hubiera extraviado su anterior nota», y se aconsejaba llevar personalmente la adhesión al despacho de José Antonio, que gozaba de inmunidad parlamentaria.

De Sampol, que hacía posible sus estudios trabajando como mecánico en la Telefónica, escribió F. E.:

«La muerte le ha traído a nuestras filas,

haciendo barro rojo con su herida.»

Tuvo un entierro falangista, y en respuetsa a su nombre, gritado por José Antonio, contestaron las escuadras por vez primera: ¡Presente! El sumario por su asesinato se instruyó en el Juzgado número 10, en donde nada pudo aclararse.

Vendiendo y defendiendo F. E. fueron detenidos, en la plaza del Callao, los estudiantes Fernando Reyes y Vicente Gaceo. Como se hicieron disparos en la calle de Miguel Moya, cerca del local del S. E. U., situado en Eduardo Dato, 7, García Nuche, de la Escuela de Comercio, temiendo un inmediato registro, cogió los ficheros dispuesto a ponerlos a buen recaudo. Cuando bajaba, sospechando que eran policías los que subían precipitadamente, se metió en la Biblioteca Popular, situada en un piso de la misma casa, salvando así la documentación.

No habría tregua, y apartarse de la política para íntegramente dedicarse al estudio, era una actitud casi imposible y para muchos reprobable. Cuesta trabajo imaginar las carteras de tantos estudiantes de entonces en los días agitados. Al lado del libro, la porra de alambre retorcido con una cabeza de plomo o la pistola, eran insustituibles compañeros. Algunos vaciaban un libro viejo, dando la forma de pistola en su interior, y de esta forma resultaba más discreto y seguro el llevar armas y esconderlas en casa, donde la familia, por reacción natural, realizaba una labor complementaria de la policía [85].

ASALTO A LA F. U. E. DE MEDICINA

El 18 de enero uno de los más esforzados del Sindicato de Zaragoza, Manuel Baselga, recibía de noche dos balazos disparados por la espalda. Los estudiantes de Zaragoza reaccionaron vigorosamente, y ante su actitud el rector clausuró los locales de la F. U. E., dejando en suspenso la representación escolar. De esta forma el S. E. U. ganaba su primera huelga.

En Sevilla no quisieron ser ajenos al atentado de Baselga, y tres escuadras, mandadas por Narciso Perales, Benjamín Pérez Blázquez y Rafael García Saro, asaltaron los locales que la F. U. E. tenía en la Universidad y en el Instituto. «El mobiliario quedó destruido y su prestigio hecho astillas, pues desde entonces comenzó contraria influencia en la Universidad, y tras de escasos incidentes de clausuras y tumultos, a principios de marzo ya estaba asegurado en ella el absoluto imperio de la Falange» [86]. Saro, uno de los asaltantes, había sido precisamente el jefe del sector del bachillerato fueísta.

Aquello exasperó a los dirigentes marxistas de la F.U.E. madrileña, quienes decidieron contestar can una huelga general, auxiliados por la agrupación comunista «Bloque Escolar de Oposición Revolucionaria», cuyo centro de actividad estaba en un viejo palacio de la calle Magdalena, en donde también tenían su domicilio oficial los estudiantes hispanoamericanos de la F. U. H. A., dirigidos por dos agentes comunistas, el cubano Lipiz y el peruano Masedo.

Alentados por la desautorización que el ministro de Instrucción Pública, Pareja Yébenes, hizo del rector zaragozano por la clausura, en la madrugada del día 24, de los locales de la F. U. E., su comité ejecutivo acordó como protesta la suspensión de las clases durante cuarenta y ocho horas en toda España. El S. E. U., las A. E. T. y los Estudiantes Católicos se opusieron, originándose numerosos incidentes. Grupos armados recorrieron las facultades, con objeto de obtener su cierre. Apalearon a seuístas aislados y se ensañaron especialmente con los de Medicina. Las autoridades académicas, «para calmar los ánimos», clausuraron los centros universitarios, pero antes unos cuantos afiliados a la Federación «apelaron al procedimiento de la ducha» contra Garrigues, que, asistido por la mayoría de los alumnos, se resistía a abandonar su clase de Derecho Mercantil.

Los falangistas decidieron no dejar impune lo sucedido; incluso estaban ansiosos de hacer una demostración de fuerza. En la casa de Julio Ruiz de Alda, que en los primeros momentos vigiló la marcha del Sindicato, se preparó el asalto al centro neurálgico de la F. U. E., el de Medicina. Se encargó de la dirección Agustín Aznar, famoso en la Facultad por su enfrentamiento con Montes, presidente de aquella F. U. E., y más aún por los golpes con que arrinconó a Mascaró, un fenómeno del rugby, jefe de deportes de la Federación; Agustín era campeón de Castilla de grecorromana. Se fijó el día 2 y se movilizaron las tres centurias. Más que un secreto plan, se trataba de un público desafío, y los contrarios se prepararon. Temerosos, cerraron las puertas de la Facultad. Agustín entró solo por el hospital, pero antes de abrir el portalón de Atocha para dar paso a los suyos necesitó empujar a un bedel y al catedrático señor Covisa, que trataron de oponerse. Los fueístas se refugiaron en su local, en el que penetró tumultuosamente un grupo de falangistas, entonces, parapetados tras dos ventanillas de la oficina, abrieron fuego de pistola contra los asaltantes. Los que no presenciaron aquello sólo podrán imaginárselo gracias a algunas escenas de películas del Oeste americano. El herido más grave, de la F. U.E., tenía una herida en el cuello. Agustín Aznar recibió un tiro en la muñeca, y por una especial circunstancia resultó leve. Su reloj estaba estropeado, y para realizar el golpe con exactitud, su hermano Guillermo le dejó el suyo; era de pulsera y sobre él recibió la bala. Después del

[85] Raymond Carr en su «España 1808-1939» cita este párrafo de nuestro libro para mostrar el estado de ánimo de los estudiantes en esa época.
[86] «Hacia una historia de la Falange», Sancho Dávila y Julián Pemartín.

asalto, alrededor de Agustín se creó una aureola que le llevaría a la jefatura de todas las milicias falangistas. En San Carlos participó Manolo Valdés y Víctor d'Ors, y también estudiantes tradicionalistas. En lo sucesivo esta coincidencia en la acción con la A. E. T. sería frecuente. El claustro condenó a Aznar a pérdida de carrera, y reconocido por el bedel y Covisa, fue además procesado. Detuvieron también al estudiante de Medicina José Miguel Guitarte, que días más tarde había de sustituir a Zaragoza en el triunvirato central.

Lo ocurrido tuvo resonancia y repetición. Al día siguente una sección del S.E.U. de Murcia penetró en los locales de la F. U. E., destrozando el mobiliario. El ministro de Instrucción Pública, en una nota que no tenía en cuenta la permanente incitación de los republicanos a la rebeldía en las aulas durante la Monarquía, decía: «Estoy seguro de que los perturbadores sistemáticos y obstinados del orden universitario no han de encontrar eco en la gran masa de nuestros estudiantes.» La «Federación», ya gubernamental, contestó candorosamente: «Puede estar seguro el señor Pareja Yébenes que la gran masa de los estudiantes que están dentro de la F. U. E. están al lado del ministro en su propósito de mantener la paz de la Universidad.» El nuevo rector de la Central, León Cardenal, se mostró evangélico: «Sea lo que quiera la ideología de cada cual, dentro de la Universidad debemos considerarnos todos como hermanos.» Pese a tantos buenos propósitos, la F. U. E. no abandonó las armas y se vio obligada a declarar el 20 de febrero: «Cuando, a pesar del acuerdo de la Junta de Gobierno, que prohibe el uso de armas en el interior de nuestros locales, se hallaban varios compañeros limpiando un revólver de su propiedad, se disparó inopinadamente, hiriendo gravemente a uno de ellos. Pasados los primeros momentos de estupor...» El suceso de San Carlos dio lugar, el 1 de febrero, a un debate en el Parlamento. El diputado socialista Hernández Zancajo afirmó que se habían producido por quienes antes realizaron lo mismo en el local de los Amigos de la Unión Soviética, en el periódico Heraldo de Madrid y en un Círculo Socialista y que estaban alentados por el diputado Primo de Rivera, «quien él mismo" participaba alegremente en demostraciones callejeras acompañando a los suyos».

En su discurso de réplica, José Antonio utilizó la ironía y la emoción que tantas veces adornarían su persuasiva dialéctica:

> «Aparte aspavientos y relatos melodramáticos de «horrores perpetrados por los fascistas», el suceso de San Carlos, el asalto de la F. U. E. de Medicina es, dados ciertos antecedentes, un fenómeno perfectamente explicable. Y los antecedentes que producen su resultado son, a mi modo de ver, simplemente estos tres: primero, la F. U. E. es una organización política; segundo, la F. U. E. ha introducido la violencia en la Universidad; tercero, la política del gobierno (para el que, como tal gobierno, tengo los mayores respetos, pero al que he de censurar en este punto), no es acertada en cuanto al tratamiento de ese fenómeno político y social del fascismo que se está produciendo en España como en todo Europa.
>
> En cuanto a lo primero, o sea al carácter político de la F. U. E., no tema la Cámara que me remonte al siglo XIII, ni siquiera a los tiempos de la Dictadura, porque acaso en mi interpretación de esos tiempos pudierais achacarme parcialidad. Voy, sencillamente, a referirme a lo que ocurre con la F. U. E. desde que se implantó la República. Cada una de las asambleas generales de la F. U. E. es un mitin político; en las reuniones de la F. U. E. casi nunca se habla de algo estudiantil, típicamente profesional, sino de las actitudes que deben tomar los estudiantes respecto a tales o cuales problemas políticos
>
> El 10 de abril de 1933 —es decir, antes de que hubiese empezado a manifestarse públicamente ningún movimiento fascista—, la Junta directiva de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, incorporada a la F. U. E., acordó proclamar solemnemente su carácter antifascista. (El señor Pascual Leone: «Muy bien hecho».) A. S. S. le parece muy bien; pero es una declaración política tan acertada como se quiera a juicio de ese señor diputado... (El señor Marco Miranda: «Y tan liberal».) Perfectamente; será liberal, luego es política. (El señor Marco Miranda: «En sus Congresos no se habló nunca de política.») ¿Que no se habló nunca de política en sus Congresos? Perdone un momento S. S., que ya iremos poniendo todo eso en claro.
>
> Pues bien, en cumplimiento de aquel acuerdo, que se tomó el 10 de abril de 1933, la Junta directiva de la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina convocó a Junta general para el 13 de enero de este año. Aquí esta esa convocatoria (enseñándola), y en el orden del día de la Junta general figuran estos dos puntos: Primero:
>
> Declaración antifascista de la Asociación. (El señor Pascual Leone: «Muy bien.») Perfectamente bien. Segundo (a ver si este punto le parece todavía mejor a S. S.): No admitir dentro de la Asociación a aquellos individuos que profesan ideas fascistas. (El señor Pascual Leone: «Me parece mejor.») (El señor Marco Miranda: «Muy liberal.») Perdónenme SS. SS., que habrá tiempo para todo, y disculpe también la presidencia si el discurso se alarga con las interrupciones. Esta declaración antiliberal —antiliberal, aunque parezca otra cosa— alcanza, si se fijan en su texto los interruptores, no a excluir de la Asociación Profesional de Estudiantes a los que despliegan actividad fascista, sino a aquellos individuos que profesen ideas fascistas. Es decir, que la F. U. E., resucitando los procedimientos de la Inquisición, pero todavía más sutiles (ru mores), se mete a indagar no lo que hacen los estudiantes fuera, sino lo que llevan en la cabeza, por si eso disgusta a los directivos de la F. U. E. (Aplausos y rumores. El señor Molina: «Escuchad un poquito, muchachos.») Pues bien, SS. SS. —y en esto tienen la misma manera de interpretar el liberalismo que la F. U. E.— entienden que los liberales... (Rumores. Un señor diputado: «¿Cómo interpreta S. S. el liberalismo?») ¿Me perdonan SS. SS.? ¿Me conceden todos un momento de silencio, poco más o menos hasta que acabe? El liberalismo precisamente lo que no puede hacer es calificar las doctrinas por su contenido, porque es dogma del liberalismo tributar a todos el mismo respeto. De manera que, en cuanto subordine ese respeto al contenido de las doctrinas y recuse las únicas que le resulten antipáticas —que son las antiliberales, como es natural—, el liberalismo pasa a ser tan inquisitorial como cualquier doctrina de las más inquisitoriales. (Muy bien. El señor Menéndez: «Que era lo que decía Pidal a Azcárate: Se aprovechan de la libertad para matar la libertad.» Rumores.) Se celebró la Junta general. En ella, los partidarios de esta

declaración de antifascismo redujeron la oposición de los disidentes por el también liberal sistema de apalearlos, y cuando, una vez apaleados los disidentes, se adoptó este acuerdo por aclamación, no tardó la F. U. E. en recibir un telegrama de los estudiantes revolucionarios de Barcelona en el que, después de felicitarla por su decisión, se decía: «Abrazos revolucionarios.» Como es natural, los estudiantes revolucionarios les enviaron este telegrama; pero el tal telegrama les debió parecer muy bien cuando, en el tablón oficial de anuncios de la F. U. E. de Medicina fue exhibido con todos los honores.

Vienen los primeros acontecimientos de los que han culminado en San Carlos. Ocurren unos incidentes, como saben todos los señores diputados, en Zaragoza y en Sevilla, y entonces se publica una hoja del Secretariado Central de los Bloques Escolares de Oposición Revolucionaria, en la cual hoja se imprimen una serie de gritos para todos los gustos. Hay, por ejemplo, un grito que dice: «¡Muera el Gobierno Lerroux-Gil Robles!» Este es uno de los gritos; pero otro es: «¡Con la F. U. E.!» Es decir, que los estudiantes del Bloque de Oposición Revolucionaria consideran a la F. U. É. como una cosa propia.

Pues bien; cuando todo está preparado así, llega un día en que esta pugna entre la F. U. E., declarada oficial mente, dogmáticamente, canónicamente antifascista, con unos cuantos estudiantes que sienten algún interés por este movimiento europeo que se denomina «fascismo», se va agravando. ¿Y sabe el Gobierno y sabe la Cámara cómo se resuelve la primera vez? Pues tratando de asesinar por la espalda al estudiante Baselga, de Zaragoza, a quien reputan fascista los de la F. U. E. (Un señor diputado: «¿Y Matteoti?») ¡Hombre, Matteoti! [87] ¿Pero qué me dice S. S. de Matteoti? Acuérdese de Caín y Abel, ¡Aquello sí que fue tremendo! (Risas y rumores. Un señor diputado: «Hablamos de Caín y Abel.») Mis respetables interruptores perdonarán que no les conteste siempre, porque algunas veces no les oigo; si no, lo haría con mucho gusto

Pues bien; al estudiante Baselga trata de asesinarle en Zaragoza un pistolero que va entre un grupo de estudiantes de la F. U. E., al cual pistolero le dicen: «Dispara ahora»; y, en efecto, el pistolero sigue al estudiante, y cuando va a entrar en un café, le dispara cuatro tiros, le atraviesa un pulmón con dos de ellos y le deja moribundo. Los estudiantes de Zaragoza reaccionan con toda indignación; el rector, ante el estado de indignación de la Universidad, acuerda la clausura de la F. U. E., directora de estos disturbios, y entonces la F. U. E. de Madrid, por solidaridad, contra todas las autorizaciones, de clara una huelga y obliga, por la violencia, a los estudiantes que van a clase a que se declaren en huelga también Ocurren incidentes en la Facultad de Derecho, donde, por ejemplo, el virrector, el profesor de Derecho mercantil, señor Garrigues (que es uno de los universitarios más brillantes, de la más limpia historia escolar, como profesor, y antes como estudiante, que dirigió estas mismas asociaciones profesionales, continuadas hoy por F. U. E.),_porque se resiste a dejar su clase, cediendo al requerimiento de más de cien alumnos, los estudiantes de la F. U. E le echan un cubo de agua. Dentro de la Facilitad de Medicina irrumpen en dos o tres clases y, airadamente, aun en la misma que da el señor decano, impiden que sigan. Entonces acude el señor rector y, entendiendo que donde uno no quiere, dos no riñen, en vista de que los de la F. U. E. pretenden impedir las clases y de que hay otros estudiantes —la mayor parte— que quieren ejercer su derecho a estudiar, resuelve la discrepancia dando gusto a la F. U. E. y suspende todas las clases.

En estos incidentes, que han empezado en tas Facultades de Derecho y de Medicina, aparece un grupo de la F. U. E.; este grupo, después de intervenir airadamente en las clases de Medicina, se dirige a la Escuela de Veterinaria, promueve un disturbio e impide también que se den las clases. Al día siguiente va al Hipódromo, y ante la Escuela Normal promueve otro disturbio. Como consecuencia de ellos, son detenidos varios individuos de la vieja guardia y resulta que llevan pistolas. Es decir, que la primera aparición de las pistolas en la Universidad de Zaragoza y aquí en la vieja guardia[88] fue en los bolsillos y en las manos de los estudiantes de la F. U. E. (Muy bien.)

Entonces se provoca un estado de exasperación en todos los estudiantes desafectos al monopolio escolar de la F. U. E., estado de exasperación que culmina el día 25. Llega a la Facultad de Medicina un grupo numeroso de estudiantes, penetran tumultuosamente y rompen la primera puerta del local de la F. U. E. Es de saber que el local de la F. U. E., después de una primera sala, se divide en dos piezas, separadas por un tabique; en este tabique no hay puertas, sino únicamente dos ventanillos de unos sesenta centímetros en cuadro. La pieza de la izquierda es la Secretaría, donde normalmente debían estar los estudiantes de la F. U. E., que forman la Junta directiva, en el supuesto de que debieran estar en alguna parte, puesto que la autoridad del rector había mandado cerrar la Universidad con todas sus dependencias. Pero no están en la Secretaría los estudiantes de la F. U. E.; están en la sala de al lado, que se destina a Juntas generales, aunque ese día no se celebraba ninguna, y cuando el tropel airado de los estudiantes penetra en la Secretan? y se limita, sin demasiada exageración, a maltratar algunos muebles, los que están en la sala de al lado, en la Sala de Juntas, a través de los ventanillos disparan los primeros, hacen fuego; y esto se ha podido comprobar, aunque la autoridad académica no permitió ningún registro de la policía y recogió por sí misma todos los enseres antes de que llegara el Juzgado, porque yo sé y me consta que hay un estudiante herido en una mano, precisamente por los disparos de los de la F. U. E. Comprenderá la Cámara que no voy a decir el nombre de este estudiante herido, porque lo sé bajo secreto profesional, y en este momento, en que está todo subjudice, podría comprometerle; pero comprenderá también la Cámara que cuando yo digo que he visto con mis ojos la herida en la muñeca de ese muchacho, es que ha sido verdaderamente herido. Entre los doscientos o trescientos asaltantes hay dos que llevan pistola. Lo encuentro

[87] El diputado socialista italiano, Matteotti, fue asesinado en jumo de 1924, se acusó a los fascistas del crimen. Mussolini declaró entonces «es un golpe adverso para nosotros».

[88] José Antonio utiliza por vez primera el término vieja guardia refiriéndose a los antiguos afiliados a la F. U. E.

vituperable; pero ¿es mucho que lleven pistola cuando varios días antes les han asesinado a un compañero en Zaragoza y cuando llevan pistolas los de la vieja guardia de la F. U. E.? Al verse tiroteados, esos dos muchachos disparan, con tan desgraciada suerte, que hieren gravemente a un estudiante que, por fortuna, parece que va a curar; pero que, en todo caso, es deplorable que resultase herido.

Estos fueron los hechos del asalto a la F. U. E. de San Carlos. Como ve la Cámara, dos de los tres factores que yo decía han aparecido ya. La F. U. E., que fue en sus orígenes, que debió ser desde su nacimiento una asociación profesional estudiantil, ha derivado abiertamente hacia la política, casi se ha desentendido de todo interés profesional para convertirse en una entidad política; y, en segundo lugar, es la primera que ha ejercido un régimen político de violencia.

Pero es que además —y ésta es la censura que moderadamente me atrevería a dirigir al Gobierno— ante el fenómeno del fascismo se están conduciendo el Gobierno y principalmente las autoridades subalternas, de una manera sumamente extraña. El fascismo, para el Director General de Seguridad, es una especie de institución secreta, que la Dirección muy de cerca vigila, hasta el punto de que, según el Director de Seguridad, es la pesadilla del fascismo. Pues bien; esta idea del fascismo —y perdóneme el señor Director General de Seguridad es una idea perfectamente zafia. El fascismo podrá concebirlo así, como una partida de la porra, tal vez un concejal de un lugar de España alejado de todas las comunicaciones; pero el fascismo es una inquietud europea, una manera nueva de concebir todo: la Historia, el Estado, la llegada del proletariado a la vida pública; una manera nueva de concebir todos los fenómenos de nuestra época e interpretarlos con sentido propio. El fascismo triunfó ya en varios países, y ha triunfado en algunos, como en Alemania, por la vía democrática más irreprochable.

Pues bien; ante estos hechos, ante esa inquietud universal del fascismo, que el Director General de Seguridad diga: «Tenemos muy vigilado al fascismo», es como si dijera: «Tenemos muy vigilada la geometría euclidiana», o «Tenemos muy vigilada la interpretación materialista de la Historia». Es una actitud perfectamente absurda. Yo encontraría muy bien que el señor Director General de Seguridad reprimiese las manifestaciones violentas del fascismo o de cualquier otra tendencia; pero no me explico por qué el señor Director General de Seguridad se constituye en vigilante de la difusión de una idea.

El señor Director General de Seguridad ha encontrado un auxilio admirable en el señor Fiscal de Prensa. Cada número de esa revista que se llama «F. E.» —que el señor Hernández Zancajo tiene el buen gusto de leer (Risas), y que habrá podido comprobar que es una revista literaria irreprochable—, cada uno de esos números, digo, cae en manos do! señor Fiscal y suscita su cólera. El primer número suscitó su cólera por un artículo en broma dedicado al señor Gil Robles. Estoy seguro que el señor Gil Robles es sobradamente inteligente para no darse por ofendido por ese artículo; pero, en cambio, el señor Fiscal estimó que el señor Gil Robles debía darse por ofendido y que era él el llamado a defenderle contra aquellas ofensas. (Risas.) Se retiró el artículo en broma y se publicó una nueva tirada sin el artículo; pero llega otro número, y entonces el señor Fiscal, que se cree depositario de la tranquilidad pública en orden de impedir la salida del periódico, se dijo: «Si denuncio un artículo van a hacer lo que la vez anterior; retirar el artículo y publicar otro número sin él;, y entonces denunció el número entero. Es decir, que un periódico que tiene doce páginas es delictivo desde el principio hasta el final. Si se ojea el periódico, se encuentra, por ejemplo, el anunció de un sacerdote que prepara muchachos para los exámenes, pues eso es delictivo; se encuentra una nota recomendando a los suscriptores que giren el duro del semestre, pues eso es delictivo. Y las fotografías de la basílica Ulpía y de la columna de Trajano, que aparecen en el número, son delictivas. Todas estas páginas son delictivas, a juicio del señor Fiscal. Naturalmente, como no íbamos a publicar otro periódico en blanco, el señor Fiscal se salió con la suya, y aquel número no se publicó. Falange Española es una Asociación registrada en la Dirección de Seguridad y con sus Estatutos aprobados. En estos Estatutos se prevé cómo han de constituirse las Asociaciones filiales de provincias. Se llevan los Estatutos a provincias, y donde se encuentra un gobernado que entiende los Estatutos y la aprobación de la Dirección de Seguridad, la Asociación funciona; pero donde se encuentra un gobernador, como el de Sevilla, que se cuadra, dice que él no aprueba por nada los Estatutos, olvidándose del pequeño detalle de que no los tiene que aprobar, entonces ya no funciona la asociación Falange Española. Y así es todo.

Y esto es lo que digo al Gobierno: Si estamos ante una actitud intelectual y espiritual, que anda por toda Europa y que pretende manifestarse en todas las formas lícitas que a todas las ideas se conceden, ¿por qué no ensaya el Gobierno a permitirla desenvolverse a la luz pública, mucho más fiscalizable, y no la comprime, para ver si se decide a la actuación secreta, que repelió siempre, y a ver si estalla de cuando en cuando con la vehemencia exasperada de unos estudiantes a quienes se les niega sus derechos?

No creo que el Gobierno nos vaya a dar el argumento de la F. U. É., de que somos una Asociación de tendencia antiliberal; pero no creo tampoco que el Gobierno —no lo podrá hacer sin injusticia— nos pueda decir que somos una Asociación violenta, porque aquí, frente a esas imputaciones de violencias vagas, de hordas fascistas y de nuestros asesinatos y de nuestros pistoleros, yo invito al señor Hernández Zancajo a que cuente un caso solo, con sus nombres y apellidos. Mientras yo, en cambio, le digo a la Cámara que a nosotros nos han asesinado un hombre en Daimiel, otro en Zalamea, otro en Villanueva de la Reina y otro en Madrid, y está muy reciente el del desdichado capataz de venta del periódico «F. E.»; y todos éstos tenían sus nombres y apellidos, y de todos éstos se sabe que han sido muertos por pistoleros que pertenecían a la Juventud Socialista o recibían muy de cerca sus inspiraciones. Estos datos son ciertos.

> Y nosotros, que tenemos en nuestras filas todas estas bajas y otros muchos heridos graves, nos hemos resistido a todos los impulsos vindicativos de los que no pedían una represión enérgica y una represalia justa, porque consideramos mejor soportar, mientras sea posible, que abran bajas en nuestras filas que desencadenar sobre un pueblo una situación de pugna civil. Nosotros hemos sufrido hasta ahora todas las víctimas, y las hemos sufrido en silencio, y si no lo hemos dicho antes y si lo digo ahora, sobria y solemnemente, para contestar a las imputaciones salidas de esos bancos (señalando a los de la minoría socialista), es porque nosotros, con nuestros muertos —y esto es lo más serio que os digo de todas mis palabras—, podemos hacer símbolo de enseñanza o escuela de sacrificio; lo que no queremos nunca es pasear sus despojos por el terciopelo ajado de estos bancos para convertirlos en efectos políticos desdeñables.»

En la Sala segunda de la Audiencia Provincial se constituyó el Tribunal de urgencia, que juzgó a los detenidos de la F. U. E. en la última huelga, frente a la Escuela Normal, en donde al cachearles se encontraron varias armas de fuego. Federico Coello, de Medicina, fue condenado a cuatro meses y un día. Jiménez Asúa declaró, sin enrojecer: «Los afiliados a la F. U. E. nunca usaron armas. Ahora es posible que las empleen y harán muy bien». Quien así hablaba tenía, además de una extendida aureola de afeminado, la cátedra de Derecho Penal y una impresionante facilidad para olvidar hechos bien recientes.

En la vista contra Agustín Aznar, José Miguel Guitarte y Joaquín Cambronero, el fiscal retiró la acusación por falta de pruebas; los gritos de júbilo de Guillermo, Rafael y Jaime, los tres hermanos de Agustín, hicieron que, mientras él salía de la cárcel, pasaran sus tres hermanos detenidos por desacato al Tribunal.

ASESINATO DE MATÍAS MONTERO

F. E. se vendía por grupos, con objeto de protegerlo contra los ataques de los milicianos socialistas y comunistas, y se tomaba la precaución de acompañar hasta su domicilio a los voceadores últimos para evitar atentados. Cuando terminó la venta del número seis, en el que se relataban, precisamente, los sucesos de San Carlos, a Matías Montero le dejaron sus camaradas próximo a su domicilio, pero al pasar por la calle de Mendizábal, hoy Víctor Pradera, dos individuos que le seguían le dispararon por la espalda; al caer al suelo mortalmente herido, uno de los agresores se acercó y le hizo a bocajarro tres disparos más. Varios transeúntes le recogieron en un coche y le trasladaron a la Casa de Socorro del distrito de Palacio, en donde no pudieron hacer más que certificar su defunción. Tenía cinco heridas producidas por pistola, tres en el vientre y dos en la espalda, una de éstas le había alcanzado el corazón, por ello los tiros en el vientre a bocajarro los habían hecho sobre un cadáver.

Cuando Matías Montero moría, José Antonio estaba cazando, al enterarse quedó profundamente apenado y ante el cadáver del joven camarada, asesinado a los diecinueve años de edad, no pudo ocultar su dolor: «Se acabaron en mi vida —dijo— los actos frívolos.» Su curiosidad intelectual, que le llamaba insistentemente, se rompió aquel día, eligiendo decididamente por la capitanía de la juventud española, y habría de ser «profeta, con fe, salud, entusiasmo y cólera», condiciones que antes de la fundación de la Falange él mismo había atribuido al caudillaje. El triunviro de Medicina, Matías Montero era asesinado el 9 de febrero; en otro 9 de febrero, en 1931, había enviado su adhesión a «La Conquista del Estado», renunciando a su filiación fueísta.

Matías Montero era huérfano, vivía con unas tías y dos hermanos en Marqués de Urquijo, 21. Cursaba quinto de Medicina, era un buen estudiante, familiarmente dependían de dos modestos sueldos en la Telefónica.

El entierro dio lugar a una emocionante manifestación estudiantil: tradicionalistas, con el conde de Rodezno; monárquicos, con Goicoechea, y jóvenes de Acción Popular se unieron al bosque de brazos en alto entre los que desfiló su cadáver [89]. A la Sacramental de Santa María llegaron también, en la tarde tibia de invierno, flores de una mujer joven.

José Antonio, con voz emocionada y fuerte, dijo:

> «Matías Montero: ¡Presente!
>
> Aquí tenemos, ya en tierra, a uno de nuestros mejores camaradas. Nos da la lección magnífica de su silencio; otros, cómodamente, nos aconsejarán desde sus casas ser más animosos, más combativos, más duros en las represalias. Es muy fácil aconsejar. Pero Matías Montero no aconsejó ni habló; se limitó a salir a la calle a cumplir con su deber, aun sabiendo que probablemente en la calle le aguardaba la muerte. Lo sabía, porque se lo tenían anunciado. Poco antes de morir dijo: «Sé que estoy amenazado de muerte; pero no me importa si es para bien de España y de la causa.» No pasó mucho tiempo sin que una bala le diera cabalmente en el corazón. Donde se acrisolaban su amor a España y su amor a la Falange.
>
> ¡Hermano y camarada Matías Montero y Rodríguez de Trujillo: Gracias por tu ejemplo! Que Dios te dé eterno descanso y a nosotros nos niegue el descanso hasta que sepamos ganar para España la cosecha que siembra tu muerte.
>
> Por última vez: Matías Montero y Rodríguez de Trujillo: ¡Presente!

La invocación final, pero con el grito de «¡Arriba España», sería en lo sucesivo rito obligado en el entierro de los falangistas muertos por sus ideales.

[89] La propia F. U. E. no pudo sustraerse al duelo universitario y publicó un suelto: «Lamentamos, sentimos la muerte de un estudiante...»

Con la congoja del asesinato, Rafael Sánchez Mazas compuso su «Oración por los muertos de la Falange»:

> «Señor, acoge con piedad en tu seno a los que mueren por España y consérvanos siempre el santo orgullo de que solamente en nuestras filas se muera por España y de que solamente a nosotros honre el enemigo con sus mayores armas. Víctimas del odio, los nuestros no cayeron por odio, sino por amor, y el último secreto de sus corazones era la alegría con que fueron a dar sus vidas por la Patria. Ni ellos ni nosotros hemos conseguido jamás entristecernos de rencor ni odiar al enemigo, y Tú sabes, Señor, que todos estos caídos mueren para libertar con su sacrificio generoso a los mismos que les asesinaron, para cimentar con su sangre joven las primeras piedras en la reedificación de una Patria libre, fuerte y entera. Ante los cadáveres de nuestros hermanos, a quienes la muerte ha cerrado los ojos antes de ver la luz de la victoria, aparta, Señor, de nuestros oídos las voces sempiternas de los fariseos, a quienes el misterio de toda redención ciega y entenebrece, y hoy vienen a pedir con vergonzosa urgencia delitos contra los delitos y asesinatos por la espalda a los que nos pusimos a combatir de frente. Tú no nos elegiste, Señor, para que fuéramos delincuentes contra los delincuentes, sino soldados ejemplares, custodios de valores augustos, números ordenados de una guardia puesta a servir con amor y con valentía la suprema defensa de una Patria. Esta ley moral es nuestra fuerza. Con ella venceremos dos veces a enemigo, porque acabaremos por destruir no sólo su potencia, sino su odio. A la victoria que no sea clara, caballeresca y generosa, preferimos la derrota, porque es necesario que mientras cada golpe del enemigo sea horrendo y cobarde, cada acción nuestra sea la afirmación de un valor y de una moral superiores. Aparta así, Señor, de nosotros todo lo que otros quisieran que hiciésemos y lo que se ha solido hacer en nombre de vencedor importante de clase, de partido o de secta, y danos heroísmo para cumplir lo que se ha hecho siempre en nombre de una Patria, en nombre de un Estado futuro, en nombre de una cristiandad civilizada y civilizadora. Tú solo sabes con palabras de profecía para qué deben estar «aguzadas las flechas y tendidos los arcos» (Isa. V. 28). Danos ante los hermanos muertos por la Patria perseverancia en este amor, perseverancia en este valor, perseverancia en este menosprecio hacia las voces farisaicas y oscuras, peores que voces de mujeres necias. Haz que la sangre de los nuestros, Señor, sea el brote primero de la redención de esta España, en la unidad nacional de sus tierras, en la unidad social de sus clases, en la unidad espiritual en el hombre y entre los hombres, y haz también que la victoria final sea en nosotros una entera estrofa española del canto universal de tu gloria.»

El número siete de F. E., que reseñó la muerte de Matías Montero, publicó un artículo suyo, titulado «Las flechas de Isabel y Fernando»; de él son estos párrafos: «Haremos que cruce el territorio de España la espina dorsal de una institución que antaño le dio unidad y sabiduría: la Universidad. Hoy no tenemos Universidad. No creas, lector, que esos viejos o modernísimos edificios que se dicen Facultades pueden ser la auténtica Universidad española. El hábito no hace al monje. Alfonso X el Sabio explicaba: «Universidad es el ayuntamiento de maestros y alumnos», y venía a decir el gran Rey: «Tiene como fin la verdad.» Estas palabras no son aplicables a nuestros centros docentes, rotos en banderías, divididos en pugnas y ensangrentados por el motín. Por eso, nosotros, Falanges Universitarias, tocamos la campana que llama a cruzada a la juventud. Acudid a nuestro llamamiento. Aprenderéis con nosotros a llorar los dolores de España, a reír sus alegrías, a luchar por su honor, a morir por su integridad. Vertebraremos a la Patria, flácida hoy, amando y edificando la Universidad que mañana dará a España, como en el siglo xvi, héroes y santos, guerreros y sabios, misioneros y caudillos.»

El artículo iba con él cuando le asesinaron y hubo de obtenerse una copia, sacándolo del sumario, en el Juzgado que entendió sobre su muerte. La Redacción de F. E. despidió al camarada ejemplar con estas bellas líneas:

«Matías Montero y Rodríguez de Trujillo nos deja con el legado sacro de su sangre generosa esta página clara, escrita pocos días antes de morir. El se había ya dado por entero a la Patria y a la Falange, con nobleza, con inteligencia, con alegría. Su prueba ejemplar en los estudios como alumno de Medicina se adornaba con un gusto certero por las letras. Una España fuerte y armoniosa de arquitecturas bajo la luz solar era su vivo sueño para después de la victoria. Muere antes de que nuestro sol alcance su cénit. Muere en el umbral de una España mayor, como aquel doncel de Sigüenza, don Martín Vázquez de Arce, hombre de letras y de armas que murió a la vista de Granada. Ante la figura pensativa de nuestro hermano muerto, que nos mira a través de esta página, todos vamos desfilando en silencio hacia el irrenunciable triunfo del mañana. Al pasar ante él, en el pecho nos cantan los versos de «Ariel», de Shakespeare, sobre la sepultura:

> «Nada de él será vano y, como milagro del mar, volverá convertido en algo rico y maravilloso».[90]

Su muerte suscitó numerosos comentarios de los derechistas, que deseaban contar con una organización de fuerza a su servicio. En el A B C se escribió: «La opinión pública esperaba algo más que la enérgica protesta de rigor en los periódicos; esperaba represalias inmediatas», «un fascismo así no es más que literatura, sin riesgo alguno para los adversarios», «asombra la indefensión en que Falange Española deja a sus animosas juventudes.» En respuesta, José Antonio hizo publicar una nota en la que se debía: Falange Española no se parece en nada a una organización de delincuentes ni piensa copiar los métodos de tales organizaciones, por muchos estímulos oficiosos que reciba.

El malestar entre los falangistas por la falta de represalias directas era evidente. El día 3 de febrero había sido herido de bala, en la Gran Vía, otro estudiante del S. E. U., Felipe Pérez Alonso; también el autor del disparo, Santiago Burgos, pertenecía a las Juventudes Socialistas. El día 10, en el entierro de Matías Montero, José Saiz,

[90] Una vulgar lápida en la pared lo recuerda hoy. Alguien quiso ponerla en el suelo, por donde corrió su sangre, como se encuentran en Jerusalén las de algunos cruzados heroicos.

jefe provincial de la Falange toledana, preguntó con acritud: «¿Es que nos vamos a dejar matar como moscas?» *No* —le contestó José Antonio—, *pero tampoco nos vamos a convertir en una banda de asesinos*. Los afiliados clamaban por acciones de réplica en el campo que los enemigos marcaban; pero si a cualquiera de ellos se le hubiera designado para realizarlas, habría sentido sobre su conciencia un peso moral que no deseaba y, más aún, rechazábanse unas represalias ejecutadas por pistoleros a sueldo. José Antonio tenía unos camaradas impacientes, pero limpios de corazón.

El asesinato de Matías Montero conmocionó la vida universitaria. Al día siguiente se produjeron reacciones ostensibles en las Facultades. Los católicos y tradicionalistas hermanaron su indignación con los falangistas, destacando la actuación en Sevilla, en donde el acuerdo de supresión de clases se logró dentro de un plan bien concertado, solamente hubo alguna violencia en Derecho, que trascendió a la calle, en donde fue volcado un tranvía. Acordada la continuación de la huelga, el día 11 pretendieron los afiliados a la F. U. E. celebrar una asamblea en el Aula Magna, en donde el S. E. U. se hizo oír primero y después disolvió «por las buenas», destacando Benjamín Pérez Blázquez, Perales, Cánovas, Ercilla, Herrera, Menchen, Narbona y Morales. Aquella tarde irrumpió la policía en, el local de los Estudiantes Católicos, verificando tres detenciones que suponían el refrendo oficial a la unidad estudiantil lograda, con la protesta por el vil asesinato; fueron detenidos Patricio Galvey, de Comercio, afiliado a la A. E. T.; José Murillo, de Medicina, afiliado a la F. E. C, y Francisco Arboleya Martínez, afiliado al S. E. U.[91].

El inspector de Policía, Justino Arenillas, logró detener al autor del crimen de Matías Montero, que resultó ser Francisco Tello Tortajada, del grupo socialista «Vindicación»; se le encontró correspondencia con el presidente de la Juventud Socialista madrileña y formaba parte de una banda que recibía dinero por sus actuaciones. José Antonio, en el proceso ante un Tribunal de urgencia, hizo de acusador privado e informó sin matices vengativos. El asesino fue condenado a veintitrés años y seis meses de prisión [92].

SE UNEN FALANGE Y LAS J. O. N. S.

A partir del mitin de la Comedia, el jonsismo, detenido en su crecimiento, pasa a gravitar alrededor de la Falange Aun cuando algunos de sus jefes miraban con recelo a buena parte de los colaboradores de José Antonio, las J. O. N. S. no podían, sin peligro de extenuación, continuar aisladas. La unión se firmó el 13 de febrero. En el Consejo Nacional jonsista que acordó la fusión figuraban varios estudiantes. Maximiliano Lloret, de Valencia, a cuyo entusiasmo se debía el periódico Patria Sindicalista, aparecido el 27 de diciembre de 1933; José Gutiérrez Ortega, granadino; Bedoya, de Valladolid, y Guerrero. La única actitud contraria fue la del profesor Montero Díaz, cuya juventud comunista enlazaba mal con los «perfiles derechistas del falangismo» [93]. Con el apartamiento de Montero Díaz, el jonsismo gallego perdía su más importante propagandista, y el periódico Unidad, nacido bajo la sombra universitaria de Santiago de Compostela, en diciembre de 1933, para combatir a la O. R. G. A., que propugnaba un separatismo gallego, quedaría sin vida. En la circular de las J. O. N. S. en que se comunicaba la fusión se decía: «Falange Española de las J. O. N. S. tendrá al frente un triunvirato formado por los camaradas José Antonio Primo de Rivera, Julio Ruiz de Alda y Ramiro Ledesma Ramos.» «El emblema y bandera del nuevo movimiento son los mismos de las J. O. N. S.» «Exactamente, como ya ocurría en nuestras Juntas, el nuevo movimiento tenderá a ser la expresión vigorosa de toda la juventud.» Los estudiantes jonsistas admitían de mejor grado la capitanía de José Antonio que la mezcla con ciertos mandos falangistas, que sólo tenían de revolucionarios el entusiasmo por la violencia antimarxista.

Aun cuando Onésimo Redondo quedaba fuera de este primer triunvirato, de hecho figuraba en un mismo plano jerárquico y se le otorgaba el carnet número tres. El radicalismo revolucionario de las J. O. N. S. suponía un considerable refuerzo que se reflejaría beneficiosamente en el futuro, aun cuando de forma inmediata produjera problemas. Importante era la incorporación del núcleo de Valladolid, que daba la consistencia numérica requerida para actuar en un plano nacional y, más aún, evitaba la peligrosa existencia de dos movimientos similares.

La Falange primera, la que va desde su fundación a este momento, supone una etapa esteticista si se quiere, de gestación de ideas, tal vez demasiado alejada de las preocupaciones propias de una entidad política.

La segunda Falange, que nace con la fusión jonsista, había de caracterizarse por su afán de acción, con sus ventajas y peligros, al tiempo que ganaba originalidad [94].

---

[91] Esta detención hizo caer en un estudiante el honor de lograr la primera ficha policial sevillana falangista.

[92] En *Falange. Historia del fascismo español*, de Stanley G. Payne se insinúa la posibilidad de que el atentado contra Matías Montero fuese una represalia «por haber dirigido quince días antes el asalto a la F. U. E. de Medicina». Matías Montero era triunviro del S. E. U. de Medicina, pero carecía de mando en las milicias. El día del asalto se encontraba, sí, en la Facultad, pero con bata blanca; la suposición de Payne es pura invención; no figura en la biografía de José Antonio, de Ximénez de Sandoval, libro aludido por él, ni en la primera edición de *La rebelión de los estudiantes*, citada por el autor americano más de treinta veces! ni siquiera en los relatos de los periódicos socialistas de entonces.

[93] Por el contrario, en Sevilla, en el primer triunvirato después de la fusión, figuraría el catedrático José María Cañadas.

[94] Aún así, José Antonio pudo escribir en abril de 1936: «Por habernos portado como ensayistas, por no haber caído en la idolatría de la actividad, de la agitación ruidosa y vana —de eso que llama Rafael Sánchez Mazas la retórica de la acción—, creo que hemos preservado a nuestra obra contra muchos gérmenes de fracaso. ¡Qué duros tiempos soportaría ahora si no le hubiéramos impuesto a tiempo aquella sal del bautismo.»

EN DEFENSA DE LAS ASOCIACIONES PROFESIONALES ÚNICAS

Los ruidosos incidentes de San Carlos dieron pretexto a varios diputados derechistas para pedir que, provisionalmente, se privase a los estudiantes de representación en la vida oficial universitaria, con el propósito de conseguir un reparto proporcional de puestos que recogiera las distintas tendencias. En una breve intervención, el 20 de febrero, en el Parlamento, José Antonio planteó el problema con un sentido corporativo de carácter profesional y no político:

> Tan pronto los menos combativos colaboradores de la prensa conservadora nos aconsejan el cultivo del asesinato como los diputados de la extrema izquierda nos recomiendan que nos atengamos a la ortodoxia. El señor González López, compañero y amigo mío desde hace muchos años, trata de abrumarme con los textos de Hitler, y precisamente si nosotros nos atuviéramos en todo a los textos de Hitler es cuando nos dirían que nuestro movimiento, de entraña genuinamente española, era un movimiento importado. Pero, aparte de que mi jefe político directo, a pesar de contar con toda mi admiración, no es el canciller Hitler, yo he de decir al señor González López que en la actitud sostenida por mí aquí hace unos días, no en la que ahora me atribuye amablemente, no había la más mínima ortodoxia. En las palabras que yo pronuncié no hubo, ni por asomo, nada que propugnase la pluralidad de asociaciones o la representación proporcional, y en el Diario de Sesiones consta. Pues, una de dos, o su señoría supone que esa intención, a la que yo procuraba servir, se quedó fuera de mis palabras, en un ámbito lejano, en el cual no puede nadie entrar ni yo aceptar discusión, o el señor González López hacía la crítica de mis palabras, que es a lo único que tiene derecho y lo único que yo debo defender, y entonces, ateniéndose a mis palabras, veréis que en nada de lo dicho en esta Cámara se aconseja la conveniencia de la pluralidad de asociaciones ni se propugna la representación proporcional.
>
> El señor González López, compañero mío, repito, desde los tiempos de la Universidad, lo fue también en la Junta de Gobierno de la entonces llamada Asociación Oficial de Estudiantes de Derecho, y la tesis de aquella asociación, la que nosotros sostuvimos con bastante tenacidad, fue cabalmente la de que los estudiantes integraban una entidad de carácter corporativo, de carácter profesional, y que sólo en su consideración de tales, para los efectos de representación corporativa y profesional, debían agruparse. Esa tesis sostuve yo entonces y esa tesis defendí aún con mis actos; pero no hay la más mínima contradicción con esas tesis en la crítica que el otro día hice de la actuación de la F. U. E., porque precisamente lo que echaba en cara a la F. U. E. es que se hubiera apartado de aquellas normas de los primeros tiempos y hubiera introducido la política en la Universidad.
>
> Recordarán los señores diputados que para evitar un terreno resbaladizo no quise hablar de los tiempos de la Dictadura; me limité a los últimos, y con textos en la mano demostré que la Asociación Profesional de Estudiantes de Medicina, integrante de la F. U. E., había proscrito, por ejemplo, a los estudiantes de ideas fascistas, penetrando en un ámbito político-espiritual en el que la F. U. E., de mantenerse en los linderos de su carácter profesional estricto, no podía entrar de ninguna manera Cabalmente por eso, por haberse apartado de la tesis considerada siempre mejor, es por lo que yo censuraba a la F. U. E. y decía que al hecho de haber introducido en la Universidad la política y de haber producido una verdadera exasperación entre los estudiantes de determinadas tendencias, se debían los sucesos de San Carlos. Y añadía que no sólo había provocado una discordia espiritual, sino que incluso había acudido la primera a los procedimientos violentos; porque si el señor González López sostiene que los estudiantes fascistas fueron los primeros que dispararon en la Universidad... (El señor González López: *Los tradicionalistas.*) ¿Los tradicionalistas? ¡Ah! Entonces no tengo por qué defenderlos, ya que tienen voceros admirables, pero puedo asegurar a su señoría que en el asalto de San Carlos —asalto puramente ruidoso, que hubiera terminado en la destrucción de unas carpetas y unas sillas—, los primeros que dispararon fueron los que estaban dentro. Los escolares asaltantes —en de la tendencia que se les quiera dar— dispararon en un momento de choque, cara a cara y limpiamente, lo cual podría parecerme discutible; pero encuentro mucho más vituperable que, aunque sea fuera de la Universidad y valiéndose de pistoleros de alquiler, se esté constantemente asesinando a estudiantes por el hecho de considerarlos fascistas.»

El 26 de febrero, en otra crisis, se encarga de formar Gobierno al jefe radical. Se intentó en Instrucción Pública una política ambiciosa, lo explicó Lerroux en sus declaraciones a la Prensa: «Como se proyecta una transformación de la enseñanza, me propuse buscar una persona de alto prestigio nacional, estuviese o no afiliada a un partido republicano.» Ofreció la cartera a tres famosos médicos, Marañón, Cardenal y Hernando, y los tres rechazaron el ofrecimiento; por fin, se encargó del Ministerio Salvador de Madariaga, embajador en París.

Coincidió la tramitación de esta crisis con la presentación de los Estatutos del S. E. U., ya reformados, en la Dirección General de Seguridad. Esta vez, el informe de la Asesoría Jurídica fue favorable y el 5 de marzo dio su conformidad el secretario general.

El artículo primero de las Estatutos señalaba los fines del Sindicato:

a) Fomentar el espíritu sindical entre los estudiantes, tendiendo a la sindicación nacional, única y obligatoria.

b) Exaltar la intelectualidad profesional, dentro de un sentido profundamente español, para hacer resurgir el pensamiento nacional que en un tiempo tuvieron las Universidades de Salamanca y Alcalá de Henares.

c) Relacionar las distintas especialidades y fomentar la unión, el compañerismo y la compenetración de trabajo entre los estudiantes para el logro de los fines puramente profesionales.

d) Crear, mantener y promover servicios mutuales y de asistencia.

e) Laborar por la enseñanza única del Estado.

f) Extender esta organización a las demás poblaciones españolas por centros universitarios.

g) Hacer asequible la enseñanza a todo español capacitado.

El esquema por el que se regiría el Sindicato era de abajo arriba: delegados de curso, elegidos por votación entre los afiliados. Los delegados de curso formaban la Cámara de Facultad o Escuela. La reunión de los delegados de curso de todos los centros del distrito universitario integraba la Cámara Sindical provincial. Los tres presidentes de Facultad más antiguos constituían la Junta ejecutiva. Los Estatutos aludían también a la celebración de un Congreso Nacional. El domicilio social se fijaba en la avenida de Eduardo Dato, 10, planta F, número 4.

No se aprobaron primero los Estatutos del S. E. U. que los de Falange, como dijo Ximénez de Sandoval en su biografía de José Antonio; pero sí fueron anteriores a los de F. E. de las J. O. N. S., autorizados el 22 de octubre de 1934.

RESUELTA AVANZADA

Desde el principio encontraremos a los estudiantes del S. E. U. incrustados en la Falange, formando un solo cuerpo. Así en el mitin del teatro Calderón, de Valladolid, el 4 de marzo. El periódico republicano *Luz* escribió: «Un éxito. No vale que nos obstinemos en negarlo. Cuando un orador, Onésimo Redondo, joven estudiante, lanza una maldición contra el agrarismo político: "Labriegos castellanos —dijo, mirando enérgicamente a un grupo de labradores—, no os llamo agrarios [95] porque esa palabra me da asco", el teatro se venía abajo de fervor.»

Era frecuente y lógico catalogar a los falangistas como estudiantes [96]; pero Onésimo Redondo, aunque joven, ya había concluido su ciclo por las aulas y trabajaba, con éxito, como abogado. Quien intervino en dicho acto en nombre de los estudiantes fue Martínez de Bedoya, que comenzó advirtiendo que, dentro del local, el orden se mantendría inexorablemente y pidió para la juventud de la Falange el puesto de vanguardia en la lucha y en la obediencia a los jefes.

El entusiasmo en el repleto Calderón tenía como réplica una masa socialista amenazante y numerosa que rodeaba el teatro en el que la Falange reunía su mayor concentración hasta entonces. La salida de los asistentes produjo encuentros en los que se utilizaron, por ambos bandos, armas de fuego. Escuadras al mando de estudiantes proporcionaron una memorable jornada para el naciente movimiento; José Antonio Girón, Anselmo de la Iglesia y Luis Alonso Otero, que recibió una puñalada, se batieron victoriosamente frente a los agresores. Otros dos estudiantes, José Vidal y Ángel Abella, fueron asistidos en la Casa de Socorro; este último fallecía, a las cuatro de la madrugada del martes, en el hospital. Abella estudiaba Medicina, era asturiano y fue asesinado por un grupo de ocho individuos; declaró al juez, antes de morir, que no pertenecía a ninguna organización política. «El infortunado Ángel Abella ni siquiera había asistido al Calderón. Simplemente el hecho de que llevase corbata y fuera decorosamente vestido motivó la agresión. No fue éste un caso aislado aunque sí el de peores consecuencias, ya que en varios lugares de Valladolid fueron agredidos pacíficos transeúntes que ni se habían enterado de que ese día se celebraba un mitin de la Falange» [97]. El S. E. U. asistió en masa al entierro de Abella. Entre sus agresores figuró Calle, de filiación marxista, presidente de la F. U. E. en la Escuela Normal, contra quien mantuvo su acusación en el acto del juicio otro estudiante también de Medicina, González Vicén.

La activa jornada daba relieve a una de las frases pronunciadas por Onésimo Redondo en su discurso del Calderón:

> «Somos mirados por la generalidad de los "señores" con la benevolencia que se otorga a los movimientos simpáticos de chicos atrevidos. Pues bien, si este acto tiene algo de extraordinario y si buscamos que tenga algo de trascendental, consiste ello principalmente en que estos chicos, en que estos jóvenes, vienen a pedir a la faz de España entera el primer puesto entre los hombres.»

Libertad, reaparecido después de su suspensión gubernativa tras una corta vida de su sustituto Igualdad, al relatar los hechos del 4 de marzo, publicaba el himno de las J. O. N. S. de Valladolid; sus primeras estrofas decían:

En pie, camaradas, y siempre adelante,

cantemos el himno de la juventud,

el himno que canta la España gigante...

[95] Se refería a un partido derechista llamado agrario, cauto y tí mido, pero numéricamente importante.
[96] «Los estudiantes constituían en realidad el mayor contingente de partidarios de Falange». Stanley G. Payne.
[97] La España de ayer, de Víctor Fragoso del Toro.

Al regreso, José Antonio decidió que los falangistas se tratasen de tú. La hermandad ante el peligro así lo exigía. Entre los estudiantes, esta decisión estaba impuesta por simple compañerismo; pero a nadie se le ocurrió quitar el tratamiento a los profesores, aun cuando fueran militantes [98].

José Antonio, al prever la violencia que rodearía al Movimiento, se opuso a la admisión de mujeres. Esta medida no podía mantenerse en el S. E. U., en donde negar la entrada a las universitarias carecía de sentido. Justina Rodríguez de Viguri, estudiante de Filosofía y Letras, realizó sus trabajos iniciales con María Dolores Galvarriato. Pero, en este primer año, la sección femenina importante, decía Justina, eran las novias de los falangistas. «Son, por tanto, las estudiantes del S. E. U. el primer grupo femenino que entra a militar en las filas de Falange Española de las J. O. N. S. Basándose en este hecho, un grupo de mujeres, encabezadas por Pilar Primo de Rivera, que reiteradamente había solicitado su admisión en Falange, alegan condición de estudiante y logran, de esta manera, participación oficial y activa en las tareas del Movimiento» [99]. En marzo, Fanjul dedicó sus preferencias a la organización de las Milicias Universitarias, sustituyéndole Enrique Quesada [100] en el triunvirato central del S. E. U. El día 25 recibió una confidencia de que en el local de la F. U. E. de Derecho de la Universidad Central existía un depósito de armas. Agustín Aznar, su hermano Guillermo; Peña, Moreno, Borondo y el propio Quesada registraron furtivamente dicho centro, descubriendo debajo de la biblioteca un lugar a propósito para esconder armas, pero vacío.

LA DECISIÓN DE LOS MAS JÓVENES

La audacia había prendido incontenible mente en los Institutos. La entrega de los más jóvenes constituía una grave preocupación para los mandos falangistas. Utilizar su empuje suponía exponerlos a peligros. Por otra parte, ellos mismos se encargaban de manifestarse y parecía preferible encuadrarlos adecuadamente. Pese a todas las precauciones, el mismo día del registro a la F. U. E. de Derecho, y alrededor de un alijo de armas, tras el que andaba un grupo de bachillerato y otro de anarquistas, fue mortalmente herido Jesús Hernández en la calle Augusto Figueroa, cerca de la Casa del Pueblo socialista; dos días más tarde moría sonriendo. Tenía quince años, aun cuando su fortaleza física le había permitido en el año anterior suscribir su adhesión a las J. O. N. S., poniendo en su ficha dieciocho años. En esta ocasión, algunos elementos conservadores llamaron a la Falange, con execrable gusto e incomprensión, «Funeraria Española».

Jesús Hernández hacía el número siete en la lista de los caídos. Su muerte desató una campaña contra José Antonio, acusado de «reclutar para acciones peligrosas a niños seducidos por la violencia». Una ley prohibió a los menores de dieciocho años pertenecer a partidos políticos. A la Falange, que no tenía juventudes organizadas, no le afectó la medida, ya que dentro del S. E. U. cabían los estudiantes de cualquier edad. Así F.E. pudo seguir diciendo: «Todo nuestro Movimiento es juventud.»

La policía detuvo, como autor del asesinato de Jesús Hernández, a un anarquista llamado García Guerra. El 10 de abril se celebró, en la Cárcel Modelo, el juicio contra el supuesto asesino, que fue absuelto. A la salida, una cuadrilla, seguramente de las Juventudes Libertarias, arrojó dos petardos, a los que siguieron unos tiros, dirigidos contra el coche de José Antonio. El Jefe de la Falange, que iba conduciendo, pero rápidamente y, pistola en mano, persiguió a sus agresores, que se dieron a la fuga. El gesto llenó de orgullo a los falangistas; sin embargo, José Antonio, poco amigo de actitudes espectaculares, el 2 de abril le decía en una carta a Pemartín: «Yo, por mi parte, serviría para todo menos para caudillo fascista.»

IMAGINACIÓN Y MIMETISMO

Los modos y las ideas fascistas prendían con inusitada capacidad de contagio entre las juventudes universitarias europeas. Una parte preponderante de los afiliados a la Falange se había enrolado por reflejo de las realizaciones mussolinianas o hitlerianas [101]. La traducción al español que ellos querían era más literal y demagógica en cuanto menos edad contaban. La juventud repleta de «antis» apenas vislumbraba cómo orientar los problemas patrios; esta situación daba lugar a que en buen número pasaran de un partido a otro, sin distinguir claramente límites ideológicos, aun cuando el instinto les llevara cada vez en mayor proporción tras José Antonio. Muestra de esta confusión fue la colocación de una bandera en la «Casa del Pueblo» socialista con las inscripciones «FE Viva el Fascio», llevada a cabo por el requeté Manuel Urbano.

En los Institutos, los grupos de milicias se autollamaban, siguiendo la fraseología italiana, «balillas», y en la revista J. O. N. S., en una crónica desde Roma, escribe José María Cordero: «Nada de F. U. E. anarquizante. Balillas y giovani fascisti.»

---

[98] Después, la convivencia en las trincheras extendería el tuteo Llegándose a estimarlo obligatorio entre falangistas; sin embargo camaradas como Mariano García y Emilio Alvargonzález fueron siempre tratados de usted por José Antonio. Otros, como Garcerán, le hablaron de esta forma hasta los días cercanos al 18 de julio.

[99] Breve historia de la Sección Femenina del S. E. U., folleto escrito por María Nieves González Echevarría.

[100] Dos años antes, Quesada, con Guitarte y Paco Galán, había asistido, representado a la juventud comunista, a las reuniones de una «Liga contra el fascismo y la guerra».

[101] No logró la Falange que sus afiliados saludaran con unánime corrección romana. Más de uno estiraba el brazo al modo alemán.

Saliendo al paso de esta tendencia, Onésimo Redondo había dicho en el mitin del teatro Calderón:

> «El fascismo es un hecho extranjero; no entraré en su análisis y en el de sus doctrinas, pero aunque le admiremos, no podemos intentar introducir ese hecho en España, como una fórmula, igual que se han introducido el liberalismo, el marxismo, el enciclopedismo y otras ideas, porque hasta ahora, fatalmente, bien por rutina o por temperamento, para desgracia nuestra, nuestro pueblo ha estado sometido al triste hábito del mimetismo. Si ahora copiamos también del extranjero, cometeremos el delito de secar con pereza, rutina y cobardía, las fuentes de inspiración del genio hispano y renegaríamos de hecho de nuestros sabios, de nuestros héroes, de nuestros capitanes y caudillos, cuya elevada memoria nos pide una fidelidad tajante, firme a todo lo verdaderamente nacional, a todo lo hispano.»

Y Libertad del día 19 de marzo publica un llamamiento que comenzaba así: «La juventud nacional va a la conquista legal o revolucionaria del Estado. A la implantación en España de un Estado nacional. No somos fascistas; no ha engendrado la mente de ningún extranjero el movimiento de insurrección nacional.»

No era fácil comprender en su exacto sentido la Falange, ni siquiera para muchos de sus afiliados, llegados por los caminos simplistas de la atracción del peligro y las soluciones tajantes. De ahí que se marcara desde el principio una diferencia sutil, pero real, entre la generalidad de los camaradas procedentes de la Universidad y quienes venían de otros campos. A Manolo Valdés, José Antonio, delante de la Universidad de Santiago de Compostela, le repetiría, aplicadas a él mismo, las amargas palabras que dedicó a su padre: «No le entienden quienes le quieren y no le quieren aquellos que podrían entenderle.»

Los estudiantes falangistas, en su mayoría, aun estimándose una derivación fascista, deseaban, al mismo tiempo, no ser considerados como tales. La contradicción habría de salvarla el pensamiento joseantoniano, que ganaba, día a día, seductora originalidad, como en su

CARTA A UN ESTUDIANTE QUE SE QUEJA DE QUE «F. E.» NO ES DURO

> «No te tuvo Dios de su mano, camarada, cuando escribiste: Si F. E. sigue en este tono literario e intelectual no valdrá la pena de arriesgar la vida por venderlo.
>
> Entonces tú, que ahora formas tu espíritu en la Universidad, bajo el sueño de una España mejor, ¿por qué arriesgarías con gusto la vida? ¿Por un libelo en que se llamara a Azaña invertido y ladrones a los ex ministros socialistas? ¿Por un semanario en que quisiéramos tender las líneas del futuro con lenguaje pobre, desmayado, in expresivo y corto de cualquier prospecto anunciador?
>
> Es posible que si escribiéramos así nos entendiera más gente desde el principio. Acaso, también, nos fuera fácil remover provechosos escándalos. Pero entonces hubiéramos vendido, por un plato de éxito fácil, nada menos que la gloria de nuestro empeño.
>
> Si nos duele la España chata de estos días (tan propicia a estas maledicencias y a ese desgarro que echas de menos en nuestras páginas), no se nos curará el dolor mientras no curemos a España. Si nos plegásemos al gusto zafio y triste de lo que nos rodea, seríamos iguales a los demás. Lo que queremos es, justamente, lo contrario: hacer por las buenas, o por las malas, una España distinta de la de ahora, una España sin la roña, la confusión y la pereza de un pasado próximo: rítmica y clara, tersa y tendida hacia el afán de lo peligroso y lo difícil.
>
> Hacer un Heraldo es cosa sencilla: no hay más que recostarse en el mal gusto, encharcarse en tertulias de cafés y afilar desvergüenzas. Pero envuelta en *Heraldos* y cosas parecidas ha estado a punto España de recibir afrentosa sepultura [102].
>
> Camarada estudiante: revuélvete contra nosotros, por el contrario, si ves que un día descuidamos el vigor de nuestro estilo. Vela por que no se oscurezca en nuestras páginas la claridad de los contornos mentales. Pero no cedas al genio de la pereza y de la ordinariez cuando te tiente a sugerirnos que le rindamos culto.
>
> Y en cuanto a si vale la pena de morir por eso, fíjate simplemente en la lección de uno de los mejores: de Matías Montero, al que cada mañana tenemos que llorar Matías Montero arriesgó su vida por vender F. E., y cuando, muerto, escudriñaron los papeles que llevaba encima, apareció un artículo suyo que engalanó estas páginas, en el que no se llamaba a Azaña invertido ni ladrones a los socialistas, sino en el que se hablaba de una España clara y mejor, exactamente en nuestro estilo.»

El 13 de abril, el periódico Luz publica una nota enviada por José Antonio: «Ha surgido una nueva entidad denominada Fascismo Español, que quiere especular también con el ambiente del momento. Falange Española de las J. O. N. S. quiere hacer constar que tampoco tiene nada que ver con ese movimiento ni con los actos de propaganda que organiza.»

No está de más recordar que en todo el mundo estaba en auge el fascismo, y que lo fácil y rentable hubiera sido dejarse llevar de la moda. Tal vez por ello las juventudes del partido de Gil Robles parecían caminar en sentido de conseguir cierta apariencia fascista al adoptar un saludo militar consistente en colocar la mano derecha sobre el

[102] El Heraldo de Madrid era un periódico republicano redactado con adjetivos insultantes; su hermano de editorial, El Liberal, tenía una sección de anuncios por palabras ocupada por la prostitución de la capital.

hombro izquierdo y hacer suya la consigna mussoliniana: «El jefe no se equivoca nunca.» Para socialistas y comunistas, Acción Popular y, sobre todo, la J. A. P. eran «lo más peligroso del fascismo español», seguramente en razón de su proximidad al Poder. El «partido nacionalista», de Albiñana, no era tomado en serio ni siquiera antes de la creación de Falange, que se llevó a sus mejores afiliados. Para colmo, su «jefe legionario» recibió una bofetada el 20 de abril, en las Cortes, de una figura tan poco atlética como Indalecio Prieto.

En abril, la juventud de Acción Popular organiza un acto en El Escorial, con objeto de mostrar sus posibilidades como fuerza de contención marxista. Dos días antes, socialistas y comunistas invaden el centro de Acción Popular en Madrid, matando a un estudiante, Rafael Roca Ortega. El día 21, en un nuevo ataque al local de la calle Serrano, resultan heridos un guardia y dos asaltantes. Al día siguiente logran reunir cerca de 40.000 afiliados, procedentes de toda España. Himnos, banderas, invocaciones de «¡Jefe! ¡Jefe! ¡Jefe!» a la llegada de Gil Robles, consignas como «Los jefes no se equivocan nunca», disciplinadas formaciones; toda la gama externa del fascismo. Pero faltaba el alma. Resultó como una triste caricatura. La frase de Gil Robles «Si la revolución se echa a la calle, nosotros también nos echaremos» sonaba a hueco ante la imponente fachada escurialense. Su vergonzante regreso a Madrid, con las consignas enrolladas, tratando de pasar inadvertidos, disolviéndose por las calles oscurecidas por los huelguistas, soportando insultos y agresiones, vino a confirmar lo desvaído de su carácter. Aquella organización sin nervio, pero con palabras provocadoras, era el enemigo ideal para la avalancha roja que se presentía. Por eso, su fracaso alegró a los falangistas. F. E. comentó, dirigiéndose a la juventud: «Si alguien quiere aprender un curso de política equívoca, si quiere doctorarse en las artes del disimulo, que se inscriba en Acción Popular.»

LA DIFÍCIL ALIANZA DE OBREROS Y ESTUDIANTES

Rumbo invariable para la Falange era su lucha contra el marxismo, que por entonces mantenía como pilares propagandísticos «la religión como opio del pueblo» y «la patria como cobijo burgués», amén de una técnica de terrorismo, montada sobre el desplante leniniano de «libertad, ¿para qué?», hecho dogma por Stalin. Pero los trabajadores seguían las banderas rojas, porque en ellas veían la única salida para lograr una aceptable justicia social. El planteamiento teórico joseantoniano trataba de conjugar el ansia revolucionaria de las masas con la religión y la Patria. Por ello se temía siempre colaborar con los partidos derechistas, porque irritaba ser confundidos en sus conceptos reaccionarios. Las intenciones revolucionarias de los estudiantes falangistas adquirían en lo social avanzadas posiciones que incluso hacían ver, como un estorbo, el título de marqués de Estella, de José Antonio.

Fueron varios los intentos para marchar unidos estudiantes y trabajadores, especialmente a partir del asesinato del obrero falangista Ángel Montesinos en el mes de marzo, en cuyo entierro José Antonio proclamó: «La muerte es un acto de servicio.»

En abril se trató de organizar un servicio de extensión universitaria para dar clases nocturnas en las ciudades y crear así hábitos de convivencia; al anunciarlo se decía: «Nuestra extensión universitaria no será esa que trata de dar a los obreros, como limosna, el don de nuestro menguado saber; iremos al pueblo, tanto para desarrollar su fuerza como para que él enriquezca la nuestra, fusionando ambas por una vigorosa acción común.»

La misma raíz tenían las marchas que Onésimo organizó en Valladolid a los pueblos de la provincia. «Los medios campesinos —decía— adquieren así hermandad y confianza con el trato de los camaradas estudiantes y obreros de la ciudad.»

Días después, cuando Martínez Barrios, con veinte diputados se alejaba de Lerroux, fundando el radical socialismo, haciendo el juego a quienes cerraban los caminos legales a los vencedores en las urnas y se intenta quemar la cosecha de trigo, en Valladolid, un estudiante de Derecho, Víctor Fragoso, presenta a Onésimo un plan para la reorganización de las Milicias. Se formó entonces una unidad compuesta por dos estudiantes, Fragoso y César Diez, y nueve trabajadores de distintos ramos, adoptándose el nombre de «escuadra roja». En ella se hacía realidad el deseo expresado en F. E.: «Es imprescindible que nos unamos estudiantes y obreros.»

Contra estos propósitos estaba la dificultad, casi insuperable, de que no se confundiera la acción contra el marxismo como ataque a los hombres del trabajo. Los partidos izquierdistas, con el socialismo y la Unión General de Trabajadores, preparaban su asalto al Poder. No había posibilidad de treguas o componendas, eran inevitables los enfrentamientos. Una constante fatalidad acompañaría a la Falange en sus deesos de tener a su lado a los obreros. Así, con motivo del 1 de mayo, hubo encuentros entre manifestantes marxistas, en su mayoría obreros, y escuadras universitarias, que arrebataron a sus contrarios un estandarte con la hoz y el martillo. Los obreros, en general, no veían con simpatía a los estudiantes, personificación para ellos de cierto señoritismo; este estado psicológico había ya impedido la compenetración de la F. U. E. con las juventudes marxistas, en cuyos mandos, sólo excepcionalmente, encontramos universitarios.

VIVIR EN PELIGRO

En abril, la Policía volvió a clausurar los locales de la Falange y del S. E. U. El Sindicato, no obstante, continuó sus actividades y lanzó un manifiesto en el que denunciaba el claro matiz izquierdista que alentaba en el IV Congreso ordinario de la U. F. E. H. [103]

Los choques violentos, las detenciones y clausuras de locales no eran privativos de la capital. En Extremadura alcanzaba legendaria fama Eduardo Ezquer, quien en marzo, en el feudo socialista de Don Benito, al ser apaleados unos vendedores de F. E. por la Guardia Municipal, con un grupo de falangistas, despejó la plaza de servidores de la Alcaldía para vocear a continuación el periódico. Más tarde, el Jueves Santo, los socialistas se dedicaron a maltratar a cuantos ostentaban insignias religiosas o simples cruces y apedrean el Círculo de Artesanos. Ezquer, al mando solamente de una escuadra, impuso respeto en las calles en diversos encuentros, en los que hubo doce heridos socialistas. Naturalmente, estas actuaciones iban seguidas de detenciones. Figuraban ya destacados entre las huestes de Ezquer los estudiantes Ezequiel Barquerao y Antonio del Forcallo. Tuvo especial repercusión la clausura de los locales de la Falange y el S. E. U. en Sevilla el 14 de abril, aniversario republicano, con motivo de los vítores dados, desde balcones y ventanas, al paso del Ejército. Total, ciento diez encarcelados. De la altivez con que acogieron el incidente da fe el final del escrito dirigido al gobernador civil: «Detenga el señor gobernador a todos cuantos quiera de Falange Española; cuantos más detenga, y por motivos como el de ahora, mejor. Mejor para nosotros y peor para él.» Figuraba en el triunvirato provincial el catedrático José Cañadas y mandaba el Sindicato Benjamín Pérez Blázquez.

El 19 de abril, el jefe del Gobierno anuncia en las Cortes: «El día 6, el coronel Capaz, con un teniente y un soldado, han desembarcado en Sidi-Ifni. España toma posesión de un territorio que es suyo por los Tratados. No proyectamos una inmediata colonización» [104].

La información gráfica que desde allí envió Gerardo Contreras era desoladora. Chozas de increíble miseria, arenales y cabras famélicas. El simple cumplimiento de un deber internacional hizo exclamar al único diputado comunista, Bolívar: «Esa operación militar es un desafío a los proletarios del mundo. Habéis manchado la República, lanzándola a una aventura imperialista.»

Una semana después formaba Gobierno Samper, un diputado radical anodino; en el Ministerio de Instrucción figuró el liberal-demócrata Villalobos.

El ambiente de división llegaba hasta los últimos rincones. Los incidentes callejeros surgían por los más triviales motivos. En los centros de enseñanza, la situación era particularmente enojosa por la presencia permanente de los sectores contrarios. En Valencia se producen, finalizando abril, colisiones entre afiliados al S. E. U. y la F. U. E. A partir del 1 de mayo, el país sufre una serie de violencias, con huelgas, tiroteos y bombas, que parecen incitar a los estudiantes, quienes nuevamente en San Carlos, y enmascarados, corren la pólvora bajo el patrocinio fueísta. Esta tirantez produjo un grave suceso, el 10 de mayo, en el Instituto Lope de Vega, de Madrid. Durante la mañana se sucedieron pequeños encuentros que hicieron tanto a los del Sindicato como a los afiliados a la F. U. E. pedir refuerzos a sus compañeros de otros Institutos. A la una de la tarde, terminadas las clases, en la calle, previos los correspondientes vivas y mueras, se organizó una pelea de bastantes proporciones. Algunos fueístas, desde la azotea, colaboraban en la ayuda a sus comprometidos compañeros. De pronto, un grupo situado en un portal de la calle Covarrubias hizo ocho o diez disparos sobre el lugar en donde estaban situados la mayoría de los estudiantes. No tardó en llegar un camión con guardias de Asalto, que recogieron dos heridos, uno gravísimo, que falleció a las pocas horas con un tiro en la región occipital, con orificio de salida por la región frontal y pérdida de masa encefálica; tenía Un carnet de la F. U. E., se llamaba Luis Arroyo y contaba trece años; en sus bolsillos se encontró una pistola detonadora y una porra de metal.

Luis Arroyo había iniciado sus contactos con los falangistas y a su lado murió, pese a su documentación fueísta. El otro herido, José Escobar, afiliado al S. E. U., de diecisiete años, presentaba dos heridas, afortunadamente leves.

De madrugada, la Policía detuvo a un afiliado a las Juventudes Socialistas, llamado Luis Salvatierra, que confesó estar con los agresores, aun cuando afirmó no haber disparado. Por la declaración de Salvatierra fueron detenidos otros afiliados a las Juventudes Socialistas, ninguno de los cuales era estudiante. Al parecer, habían sido avisados por alguien desde el Instituto y acudieron a defender a los de la F. U. E., con triste resultado.

Por la noche, el secretario del Instituto, sospechoso de parcialidad activa en los incidentes, fue apaleado en la calle de Trafalgar.

Un catedrático de Literatura, Giménez Caballero, salió al paso de los pudibundos «protectores de menores» y escribió en Informaciones, periódico que trataba con franca simpatía a la Falange:

[103] El conjunto de las organizaciones provinciales denominadas F. U. E. componían la Unión Federal de Estudiantes Hispanos. El manifiesto del S. E. U. «a toda la masa escolar» decía: «La actual situación de España y de la Universidad nos imponen una marcha hacia moldes verdaderamente nacionales y corporativos. Esta solución, que es la justa y verdaderamente profesional, debemos mantenerla frente a los embates de los sectores políticos que intentan servirse de la masa universitaria con fines partidistas y antinacionales. Hora es de que los estudiantes, elevándose sobre sí mismos, sepan regir sus destinos. Entendiendo que la corporación única y obligatoria de Estado por sí misma uniría a todos los universitarios, desapareciendo la competición de asociaciones, siempre prestas a manifestaciones políticas y confesionales.»

[104] Capaz, llamado entonces el Lawrence español, recorrió el territorio, sin armas y a caballo. Fue asesinado en la cárcel Modelo, sin proceso, en 1936.

> «¿Por qué esta conmiseración plañidera hacia esos adolescentes muertos en una lucha civil española que sólo ellos están sosteniendo en España con «hombría»?
>
> ¿Por qué esa falsa y tóxica conmiseración por esas divinas criaturas cuya sangre es lo único que está regando a España?
>
> ¿Por qué ese aire protector de niños, de niñeras e institutrices, que toman nuestros graves hombres ante ejemplos de coraje, de alegría vital y de ilusión sagrada, que van poniendo los chicos españoles sobre el haz bendito de España?
>
> Pero ya que lo son —mártires, héroes—, sólo por eso dejan de ser criaturas. Pasan a ser «creadores», «padres», «fecundadores» de una España germinante y filial. Alegre como ellos. Generosa como ellos. Fuerte y gloriosa. Como ellos» [105].

Cerrado el local de Falange establecido en Marqués del Riscal, el Gobierno clausura la F. U. E., que declara una huelga de protesta el día 12. El S. E. U., con los católicos y tradicionalistas, se opuso, dando lugar a peleas en diversos centros escolares de la Península, resultando varios heridos. Por fin, se da por terminado el curso y se procede a la reapertura de los locales de la F. U. E.

CONSIGNA: NO BASTA LA PURA ACCIÓN

En el número 11 de F. E. se inició la publicación de una página titulada «Falanges universitarias», redactada por estudiantes. Conviene analizar esta colaboración periodística, pues en ella encontraremos buena parte del espíritu que animaba a la juventud.

Se enjuiciaba en un artículo el nuevo plan que, como ensayo, regía en la Facultad madrileña de Filosofía y Letras. Tenía tres puntos fundamentales. Supresión de los libros de texto y de los exámenes, y elección libre por el alumno de las asignaturas que su vocación le aconsejase. Para el S. E. U., en cuyo estilo no figuraba el halago demagógico, aquel plan, idealmente seductor, carecía de sentido práctico y entendía que los alumnos sólo excepcionalmente estarían preparados para asumir el preponderante papel que se les asignaba.

Los deportes eran uno de los ejes previstos en los que apoyar la educación. «Están gobernándonos en estos momentos los últimos bebedores de café con leche y los últimos jugadores de dominó. Pero hay que preparar una juventud de "stadium", limpia, sana, fuerte y bien afeitada.» «No se puede sustituir al "sport" —dice Giraudoux— sino con el servicio militar obligatorio o con la guerra.» Se puede y se debe llegar a la arquitectura por el salto de vallas y a la medicina por los 100 metros lisos, y a la abogacía por el lanzamiento del dardo. Nuestra marcha hacia el Poder será una carrera de relevos con antorchas.»

El S. E. U. no reclutó sus hombres en un estrecho campo ideológico. Por el contrario, a él llegaron de diversos ámbitos, desde Fanjul, de procedencia monárquica, hasta Guitarte, de las filas comunistas; más de uno después de una infructuosa búsqueda por agrupaciones distintas, tal el caso de Alfredo Jiménez-Millas, que antes había pasado por la Juventud Monárquica, la Asociación Escolar Tradicionalista y el Partido Nacionalista de Albiñana. Por encima de particularismos, la unidad ideológica se lograba con soluciones revolucionarias. Aun cuando desde el comienzo el Sindicato hizo frente a la F. U. E., con la colaboración más o menos explícita de los estudiantes católicos y tradicionalistas, su antecedente inmediato había que buscarlo en el nervio innovador de la promoción escolar que luchó contra la Dictadura. Como prueba se podía leer en estas primeras páginas: «¡Qué lejanos ya en el recuerdo y en el corazón, cercanos todavía en el tiempo, los días aquellos de motín y gritería, barullo algarero de los viejos claustros de San Carlos! Pedrea de los faroles, trapo rojo en el asta, instantáneas de los guardias de Seguridad "cargando", lluvia de tejas y traca final de la Benemérita. ¡Aquel juego al escondite con balas en las mañanas en que nuestra rebeldía creía hacer historia! Y dentro de nosotros, unas cuantas negaciones, alegremente mal encubiertas.» Y con la firma de Matías Montero se recordaba que «anhelantes de entusiasmo y llenos de emoción asistimos muchos a aquella etapa juvenil y española de los primeros tiempos de la F. U. E.»

Se comentó también, con envidia mal disimulada, las actuaciones del teatro de estudiantes que, con el nombre de «La Barraca», puso en marcha García Lorca, tomando como base la F. U. E. Independientemente de señalar la necesidad de cortar todo conato de escándalo por los pueblos en donde actuaban y de administrar parcamente los dineros de la subvención estatal, se mostraban claros deseos de participar en aquella bella idea de repartir por los campos las más atractivas palabras de nuestra literatura clásica. El uniforme de los estudiantes de «La Barraca» consistía en un mono azul. Con frecuencia, las representaciones tenían logrados aciertos populares, como las representaciones de «Fuenteovejuna», vistiendo a los personajes con trajes actuales. Los campesinos que asistían sentíanse así más compenetrados con el drama. Colaboró como decorador de estos estupendos títeres Pepe Caballero.

Los estudiantes asimilaron pronto el concepto de una manera de ser que iba más allá de la política menuda, y se escribió de un arte sano y fuerte que abriera una tumba a lo caduco: «El arte ha de ayudar a confortaros», «El arte formará nuestra voluntad».

En la primavera de 1934, la Falange creció ostensiblemente, no contaba ya como única sustentación importante con los jóvenes universitarios. Ni el S. E. U. se limitaba a grupos de milicias. Por el contrario, cada vez

[105] No era novedad la decidida intervención de los adolescentes en las contiendas civiles. En la revolución de julio de 1854, una de las víctimas, que recibió un tiro cuando intentaba desarmar a un guardia civil, tenía doce años.

eran más conscientes de la necesidad de huir de las tentaciones por la pura acción para dar paso a preocupaciones de orden profesional e intelectual.

De esta situación nacieron más amplios propósitos, que Julio Ruiz de Alda se encargó de fijar:

> «Dos directrices ha de tener el Sindicato: Una acción profesional y sindical. Una acción política y revolucionaria. El Sindicato cuenta en España con más fuerza y más espíritu que la asociación profesional y oficial (Federación Universitaria Española).
>
> Es mucho lo conseguido, pues hoy tenemos el instrumento con que trabajar, luchar y obrar en el próximo curso.
>
> Debe atraer y emplear a los afiliados, dándoles misiones y ocupaciones para que todos intervengan y se interesen por él.
>
> En lo profesional, debe marcar metas precisas y concretas, y como nuestras, altas y ambiciosas.
>
> Yo muchas veces pienso en los pueblos de España, estos pueblos chatos, pegados a la tierra. Desde el aire se ve que no tienen más que lo indispensable para la vida: que no tienen, o no se ven esos complementos que la hacen agradables: parques, jardines y paseos. Las calles son retorcidas y estrechas. Si las veis desde abajo, observaréis que el 90 por 100 de las casas son pobres, feas e insuficientes; que dentro de ellas no se puede ser feliz; que las calles, cuando llueve, son barrizales; que los sitios de reunión: casinos, bares, tabernas, cines, son sórdidos y mezquinos; en fin, se vislumbra una labor a realizar grandiosa; pues nosotros tenemos que cambiarlos, salvarlos y rehacerlos.
>
> Fijaos bien, arquitectos e ingenieros, médicos y maestros, en la inmensa labor que tenéis por delante: hacer España.
>
> De la Universidad tienen que salir hombres nuevos, rebeldes y audaces, dispuestos a tomarlo todo, pero dándolo todo antes; tienen que salir los nuevos conquistadores de España.
>
> Estas metas, unidas a las que habéis discutido en nuestras cámaras sindicales, tienen que ser propagadas; tienen que ser defendidas, y las tenéis que discutir en toda clase de polémicas.
>
> La acción tiene que ser algo más que asaltar centros de la F. U. E.
>
> Hacer que las Asociaciones Católicas de Estudiantes luchen; no hay que dejarlos tranquilos, pues no se puede consentir que en estos momentos de ansiedad pueda haber neutrales. Los amorfos tienen que ser dirigidos y mandados por los que combaten.
>
> Otra consigna: apoderarse de las escuelas normales. Están en manos de los socialistas, y esto tiene una importancia capital para el porvenir de España. Meditad y veréis que dentro de unos años, siguiendo así las cosas, la mayor parte de los niños van a ser educados a base de ideas antinacionales.
>
> Tenéis la cabeza clara y el corazón abierto a las causas grandes y generosas; la nueva España se tiene que crea» a vuestro alrededor.
>
> Habéis dado los primeros mártires; daréis también los primeros héroes y los primeros vencedores.
>
> Vuestra juventud, dentro de la disciplina, necesaria para que la acción sea eficaz, será la fuerza más aguerrida de nuestras milicias, que funcionarán dentro y fuera de la Universidad.
>
> La calle. Esta palabra nos dice un objetivo que tenemos que conquistar pronto. La calle, dentro de un año tiene que estar llena de nuestra presencia, de nuestros gritos, de nuestras ideas y de nuestros escritos.
>
> Por último, es necesario que antes de final de año organicéis una asamblea nacional, a la que vengan compañeros de las provincias; el poneros en contacto unos con otros hará que os conozcáis, que comprendáis mejor los aspectos generales y nacionales de la Universidad, y daréis al Sindicato profundidad y anchura» [106].

LA COMPAÑÍA DE LOS INTELECTUALES

José Antonio, que sentía hondamente su condición universitaria, tenía la ferviente ilusión de contar con los intelectuales. Un jefe de milicias, el monárquico Ansaldo, vio así a José Antonio: «Sus aficiones se dirigían hacia otros campos, por él considerados más cultos y modernos. Así no pudo ocultar una simpatía irremediable hacia los gestos rebeldes de la F. U. E., organización de estudiantes que tanto contribuyó a la caída del régimen» [107]. En junio, con motivo de un debate sobre la Dictadura, decía en el Parlamento el fundador de la Falange:

«La Dictadura se encontró con una falta, sin la cual es imposible sacar un régimen adelante: a la Dictadura le faltó elegancia dialéctica.

[106] Julio Ruiz de Alda moriría fusilado en un patio de la cárcel situada en la entrada de la Ciudad Universitaria. Y sobre la tierra que bañó su sangre intrépida, que le había llevado a América en las primeras alas que cruzaron el Atlántico, se levantan ahora las torres del nuevo Ministerio del Aire y un monumento a la hazaña del «Plus Ultra».

[107] «¿Para qué?»

Los intelectuales no entendieron al General y le volvieron la espalda; con los intelectuales se le volvió la juventud.

Ningún régimen se sostiene si no consigue reclutar a su alrededor a la generación joven en cuyo momento nace, y para reclutar a una generación joven hay que dar con las palabras justas.

Las que se encontraban en él memorable manifiesto de Ortega y Gasset, Marañan y Pérez de Ayala. Aquél manifiesto, que estaba escrito en la mejor prosa de estos maestros de la literatura, hablaba de poner proa a toda máquina hacia nuevos nimbos, de reunimos a todos en una empresa transparente y envidiable.

No hace mucho tiempo hablaba don Fernando de los Ríos de la obra de las Misiones españolas; poco después me hablaba a mí de la congoja con que él había seguido en América el rastro de los conquistadores españoles.»

Su devoción y respeto por los verdaderos representantes de nuestra cultura hizo que se insertase en F.E. la siguiente nota:

"El humanismo profesoral de don Fernando de los Ríos no hace la menor gracia a los salvajes de la Casa del Pueblo. Cuando él otro día, entre la baba caída de todo el Parlamento, pronunció un discurso de inauguración de curso, presentimos la pateadura de los camisas rojas. Sabíamos que los camisas rojas no pueden oír que ni en broma siquiera se elogie a la cultura esencialmente española.

A los tres días del celebrado discurso se reunió la. Ejecutiva de la Juventud Socialista y acordó, por unanimidad, ver con repugnancia y profundo disgusto las palabras del jefe."

Días antes José Antonio afirmaba en el Parlamento que se podía llegar incluso al entusiasmo y al amor por el camino de la inteligencia. Y a la vuelta de un acto público en Puebla de Almoradiel, se escribía en la Prensa falangista:

"Perseverancia inexorable, obediencia absoluta, ímpetu a tiempo y menosprecio a la redonda, como aquél, que lleva un secreto fraterno que todos los demás ignoran. Seréis plagiados, seréis mal entendidos, tendréis que soportar y repeler alrededor furias e hipocresías innumerables. Pero jamás una política de fundación se hizo de otro modo. Adelante. Seguid pugnando en Almoradiel como en la Universidad, y seguid reconquistando con el mismo amor y con el mismo honor las aulas y los campos de la, Patria."

Un diálogo entre José Antonio y Picasso, en el verano de 1934, tomando café en la terraza del Náutico de San Sebastián, testimonia esta inclinación del jefe falangista. Lo contó Giménez Caballero [108], que concurría a esta tertulia veraniega, a la que acudían también Ruiz de Alda. Sánchez Mazas, Aizpurúa y otros falangistas donostiarras. Le preguntaba José Antonio a Picasso por una exposición de sus cuadros que se había anunciado en Madrid. El genial pintor explicó las dificultades puestas por los funcionarios de la República, que a cambio de un seguro de las telas le ofrecían simple custodia de la Guardia Civil. «Algún día —dijo José Antonio—, nosotros pondremos para recibirle la Guardia Civil, pero como honor.» Picasso recordó entonces que el único español que le había considerado como gloria nacional, en un artículo publicado en Norteamérica, había sido el general Primo de Rivera.

En ningún sector, mejor que en el de los estudiantes universitarios, podía convertirse aquella intención en semilla fértil.

Como contraste, Gil Robles, que en febrero, aludiendo a los falangistas, había declarado al Heraldo de Madrid: «El fascismo no lo traerán los señoritos», decía ahora: «Hoy la política no consiste en entonar cantos líricos al amanecer.»

EL ASESINATO DEL ESTUDIANTE CUELLAR ORIGINA LA PRIMERA REPRESALIA

Para comprobar el grado de organización de las Milicias madrileñas se acordó una concentración, pese a estar declarado el «estado de alarma», que administraba mal que bien el Gobierno presidido por Samper. Se fijó la fecha del domingo 3 de junio, y como lugar de reunión, un campo de aviación situado en Carabanchel. Los preparativos se llevaron a cabo con el mayor secreto. La noche del viernes, los jefes de centuria recibieron la orden de tener dispuestas sus escuadras para la mañana del domingo. El sábado, la sección de transporte dispuso el traslado por medio de autobuses alquilados, tranvías y marchas a pie. Ese mismo día, los escuadristas eran enterados sobre el medio de locomoción que habían de utilizar y de qué lugar de la capital partirían. En la mañana del domingo, los enlaces solamente conocían una dirección: carretera de Carabanchel. En ella, en un punto determinado, los distintos grupos recibirían indicaciones precisas sobre el traslado al campo de aviación designado. A última hora, una de las agencias de transporte falló, perturbando el plan inicial. Lo importante, conocer el estado de flexibilidad de las Milicias, lo probaban los mil camaradas que formaron. Después de una arenga de José Antonio: «Sois pocos aún —dijo—, pero ya más de los que acompañaron a Hernán Cortés en su epopeya mejicana.» Disuelta la concentración por la Guardia Civil, se emprendió el regreso desperdigados en grupos. Rompiendo periódicos comunistas. Distribuyendo pasquines o pintando letreros en tapias y paredes. Una de las centurias más afectadas por el fallo de los autobuses fue la de Fanjul. Al regreso quemaron dos coches de la empresa desertora. El

[108] *Arte y ensayo.* Debe considerarse que fue publicado en 1935, cuando Giménez Caballero estaba fuera de la disciplina de Falange y escribía en periódicos derechistas: «Ya Falange, desde sus primeras actuaciones, tuvo una debilidad rara por la retórica liberal, por el veneno social-humanista, la superstición por el hombre llamado de izquierda.»

éxito de la movilización puede estimarse por la respuesta dada a varios periodistas curiosos que preguntaban en la Dirección General de Seguridad, cuando ya las Milicias se dirigían de regreso a Madrid: «¿Creen ustedes que si se hubiera llevado a cabo una concentración de esa naturaleza no lo sabríamos a estas horas?»

Por influencia directa de Ledesma Ramos, el periódico republicano Luz, que pretendía sin conseguirlo heredar a El 861, publicó una aparatosa información en la que aludía a veintiocho centurias, desgraciadamente inexistentes, con grandes titulares y fotografías que sirvieron de magnífica propaganda. En su final decía: «Tan rápida recluta de jóvenes hubiera parecido imposible hace muy pocos meses.>

Avanzada la primavera, las juventudes comunistas y socialistas iniciaron en gran escala excursiones campestres y domingueras, en las que, alternando con las mayores licencias sexuales, se preparaban para el asalto del Estada Su regreso sobre la capital constituía un espectáculo desafiante; cogidos por la cintura hombres y mujeres, entre los que predominaba como vestimenta un gorro de marino americano y un pañuelo rojo y blanco al cuello, cantando groseras canciones, invadían las calles con el estribillo de «¡Ay, chíbiri, chíbiri, chíbiri!»

El domingo siguiente a la concentración de Caraban-chel, el 10 de junio, moría asesinado en El Pardo el estudiante Juan Cuéllar. Se había planeado que dos centurias hicieran acto de presencia en las reuniones de los «chíbiris». Juan Cuéllar, con otros dos de su escuadra, en las primeras horas de la mañana, se dedicó a localizar y observar los grupos socialistas de los alrededores de la Playa de Madrid.

Uno de ellos les preguntó:

—Y vosotros, ¿cómo no cantáis la Internacional?

—Porque no queremos —contestó Cuéllar.

—-¿Sois cenetistas?

—No, somos la Falange.

Inmediatamente fueron atacados por una partida numerosa ; mientras trataron de pedir auxilio a otros camaradas, Cuéllar fue asesinado a navajazos; cerca, otro del S. E. U., José Costas, hijo único, huérfano de padre, que se hacía ingeniero industrial mientras trabajaba en el Banco Hipotecario, herido, presenció impotente cómo se profanaba el cadáver de su camarada y amigo íntimo. Juanita Rico, de la Juventud Socialista, llegó a orinar encima de la víctima. Tarde para evitarlo, llegaron otros estudiantes: Miguel Primo de Rivera, primo de José Antonio; Guillermo Aznar, Escartín, Palao, Allánegui; la presencia de la Guardia Civil terminó la pelea, en la que resultó herido Allánegui. El padre de Cuéllar, agente de Policía, apenas pudo reconocer el rostro, pisoteado, de su hijo; a su madre se la evitó ver el cadáver en el Depósito Judicial.

José Antonio no pudo mantener su actitud de no responder con violencia al asesinato. Poco antes había escrito en F. E.: «Una represalia puede ser lo que desencadene en un momento dado, sobre todo un pueblo, una serie inacabable de represalias y contragolpes. Antes de lanzar así sobre un pueblo el estado de guerra civil, deben los que tienen la responsabilidad del mando medir hasta dónde se puede sufrir y desde cuándo empieza a tener la cólera todas las excusas.» Un sector encabezado por el monárquico Ansaldo instaba al jefe de la Falange para que tomara decisiones enérgicas. Era cierto que se respiraba un ambiente de guerra civil y bien pronto lo probó la sesión del Congreso del 4 de julio, en la que relucieron numerosas pistolas en manos de los diputados. La Falange hubiera perdido su moral de quedar la triste jornada de El Pardo sin una adecuada réplica. Más tarde, José Antonio contaría a Francisco Bravo: «Mis escrúpulos morales y religiosos fueron también tiroteados por los pistoleros en una larga lucha interior» [109].

Ansaldo dio la orden para una inmediata represalia.

Agustín Aznar, alma de las Milicias madrileñas desde el asalto a San Carlos, tomó las primeras disposiciones. Se trataba de castigar precisamente a los actores de la muerte de Cuéllar a su regreso a la ciudad. La empresa no era sencilla, pues volvían en grandes grupos y las calles se encontraban repletas de guardias. Desde un coche de Alfonso Merry del Val, y por la calle de Eloy Gonzalo, son tiroteados los asesinos y alcanzada mortalmente Juanita Rico y su hermano; éste, con una bala en la columna vertebral, quedó inútil y los socialistas proyectaban pasearlo por Europa como propaganda antifascista. Juanita Rico se confesó antes de morir. Al descargar su conciencia, apesadumbró la de los falangistas que participaron en la represalia. Otro de los agresores, llamado «El Rojo», salió ileso y un año más tarde mataría a un policía en Cuatro Caminos. Los socialistas hicieron con los hermanos Rico un apasionado folletín y el entierro de Juanita fue «una demostración de masas». El cuerpo de Cuéllar hubo de recibir sepultura al amanecer, por orden del Gobierno, casi en secreto. Protagonistas decisivos de aquella jornada fueron dos estudiantes, Guitarte y Aguilar. Mundo Obrero, órgano del Partido Comunista, acusó gratuita y erróneamente a otro estudiante, Alberto Ruiz. Durante el entierro socialista, desde un taxi se tiroteó la puerta del Centro de Marqués del Riscal, en donde se habían instalado la Falange y el S. E. U.; hubo dos heridos.

Hacer pagar a los marxistas los asesinatos con su propia sangre colocaba a los falangistas ante una encrucijada. Eran las primeras escaramuzas de la guerra civil y, aunque invisibles, las trincheras existían. Pero, aún seguros de tener la verdad y de no titubear en seguir por el camino difícil, ningún estudiante deseaba actuar en aquella forma. La lucha terminaría endureciendo a los camaradas de la primera línea, pero nunca llegaría a encenagar su alma.

[109] José Antonio: el hombre, el jefe, el camarada.

Más tarde, en su libro «¿Para qué?», Ansaldo explicó su maniobra contra la pulcritud de conducta de José Antonio, a quien acusó de «narcisismo intelectual». Ansaldo fue expulsado días después de estos sucesos por su insistencia en mantenerse en una línea permanente de agresión. Era la figura representativa de quienes querían convertir la Falange en fuerza de choque de la reacción.

En contraposición a las coplas marxistas se cantaba el himno jonsista, escrito por Juan Aparicio y publicado por primera vez en La Conquista del Estado, en octubre de 1931, con el título de «Himno de las Falanges de Combate», al que puso música Guerrero Fuensalida, estudiante de Derecho, por cierto ayuno en conocimientos de técnica musical:

Juventudes de vida española

y de muerte española también,

ha llegado otra vez la fortuna

de arriesgar, luchar y vencer.

Sobre el mundo cobarde y avaro,

sin justicia, belleza ni Dios,

impongamos nosotros la guerra

del imperio solar español.

No más reyes de estirpe extranjera

ni más hombres sin pan que comer.

El trabajo será para todos

un derecho más bien que un deber.

Nuestra sangre es antigua y eterna,

como el sol, el amor y la mar.

Por la gloria de siglos de España,

«no parar hasta conquistar».

Se cantaba también «Giovinezza», creado por un estudiante de Turín, Giuseppe Blane, en colaboración con su compañero Oxilia, en 1909, cuando se graduaba en Inglaterra. Antes de la llegada al poder de Mussolini, los estudiantes lo cantaban en sus reuniones. De las gargantas universitarias pasó a todos los ámbitos italianos y después al mundo:

Son finiti i giorni lieti

degli studi e degli amori

o compagni, áltri i cuori

il passato salutian.

Y el estribillo:

Giovinezza, giovinezza

primavera de belleza

Della vita nell asyrrezza

il tuo canto squilla e va.

La letra sufrió en España modificaciones.

VACACIONES EN LAS CÁRCELES

Terminado el curso, Ruiz de Alda marcó la tarea política a desarrollar durante las vacaciones: «Vais a extenderos por España y debéis ser propagandistas de nuestra verdad. Poneos en comunicación con el pueblo, con obreros, comerciantes, campesinos o pescadores. Hablad p. todos, discutir con todos. A los camaradas ya existentes lijadles mejor la ideas, dadles optimismo, convencerles de la victoria.»

En Almería, la Falange, fundada por Alejandro Sala-zar, centraría gran parte de su dinamismo alrededor de los escolares, quienes durante el verano trasladaron su campo de actividades al paseo del Príncipe; allí, un día, Jaime Calatrava sostuvo él solo un tiroteo con un grupo de las juventudes marxistas, hiriendo a tres de ellos. Cada Sindicato vivía económicamente casi de la Providencia. En Almería, las primeras mil hojas de adhesión se imprimieron con veintitrés pesetas del presidente del triunvirato local. El S. E. U. de Oviedo se mostraba orgulloso de

sus ingresos mensuales de veinticinco pesetas. Y como no se disponía de local social, las reuniones se celebraban en casas de afiliados. Los jueves se vendía F. E., con características parecidas al resto de España, es decir, con un cortejo de gritos y bofetadas. En las peleas casi diarias que tenían por escenario la Escandalera, lugar de reunión de los obreros marxistas parados y que se llamaba «la central roja de Moscú», destacó Covián, cuya fortaleza imponía un considerable respeto.

Tanto el núcleo jonsista inicial santanderino como el falangista utilizaron el local de la Agrupación Regional Independiente, de neto carácter derechista, que hacía insostenible la convivencia. Los primeros en separarse fueron los más jóvenes. En julio se logró la apertura de un club deportivo. Pese a la presencia de un delegado gubernativo, se hizo una división por secciones deportivas, que no eran otra cosa que escuadras de primera línea. Destacaría en su organización el carnet número 3 de la Falange montañesa, el estudiante Manuel Felipe de la Mora.

La Falange sevillana hizo numerosas gestiones para conseguir la reapertura de su local social. Cansados de tantas dificultades inventadas, solicitaron una entrevista del gobernador civil, quien cometió la debilidad de recibir a Sancho Dávila, Martín Ruiz, Guerrero, Suero y dos estudiantes, Antonio García de la Torre y Juan Domínguez, «que, precursor dice Sancho—, iba en mangas de camisa». La entrevista fue tumultuosa; Martín hizo ademán de acercarse belicosamente al gobernador, quien no respiró hasta que su despacho se llenó de guardias; la carpeta del gobernador apareció llena de sellos nacionalsindicalistas de ayuda a los presos. El gobernador, más tarde, al dar cuenta a los periodistas, puso de relieve «la audacia de los comisionados de F. E. y el hecho de que fijasen en distintas dependencias pequeños pasquines de propaganda».

En Madrid, un espectacular registro verificado en Marques del Riscal el 10 de julio, para el que se movilizaron cinco camiones de guardias de Asalto, así como un buen número de agentes de Seguridad, dio como botín policíaco unos cartuchos de dinamita, un frasco de líquido inflamable, una pistola y dos grandes «colt». La Falange no podía pasar por la afrenta de ver su sede central asaltada. Para evitarlo se hacía guardia, en la que se turnaban todas las escuadras. Por la noche descansaban en unas colchonetas, en el suelo, con el revólver al lado. Entre los sesenta y seis detenidos figuraban numerosos estudiantes: Aguilar, Quesada, Vega, Guitarte, Aparicio, Cuéllar, hermano del asesinado en El Pardo; Díaz Aguado, Guerra Miralles, Suá-rez Inclán, Gumersindo García, Pisón, Grande y Rodenas-José Antonio envió su saludo a los presos: «Os hemos vitso tras de las rejas, magníficamente desgreñados, astrosos, como las gentes de los Tercios, pero cantando a España.» Mientras, las milicias socialistas se reunían, pese a las prohibiciones, y sus juventudes declaraban: «Todos los medios son lícitos, y cuanto más sangrientos mejor.» Las persecuciones a Falange se consideraban como una hipócrita táctica cedista, con objeto de hacer méritos republicanos. Como respuesta indignada, los estudiantes encarcelados cantaban:

Nos meten a todos presos

y nos llevan en camión

por él .....de Gil Robles,

que manda en Gobernación.

La prisión no era una exclusiva de los estudiantes madrileños; baste repasar el «Diario» de Jaime Mulet, de actuaciones tan destacadas en el S. E. U. de Palma.

«Detenciones:

Por reaccionar contra un individuo que me insultó mientras vendía F. E. por las calles. Cinco horas de Comisaría.

Por fijar pasquines sin permiso. Tres horas de Comisaría.

Juntamente con Fraterno Juan, por fijar pasquines sin permiso. Cuatro horas de Comisaría y tener que volver al día siguiente. Bronca con el gobernador.

Por repartir propaganda clandestina y ocuparnos unas porras, juntamente con Juan Barbera, en la playa de San Antonio. Antes de llegar a la Comisaría nos escapamos los dos» [110].

Gracias a los afanes universitarios habían aparecido durante el curso, sin regularidad, es cierto, revistas de tendencias diversas. Se trataba de una actividad por la que los estudiantes sentían atractivo; por necesidad de explicar sus ideas, ganar moral viéndose publicados y, sobre todo, por motivos políticos propagandísticos. Entre otros títulos, Prisma e Historia, de Filosofía y Letras; Ingar, de lujosa presentación, de las Escuelas Especiales; Nueva Cultura, Jap y Nosotros. En Zaragoza, Revolución, impulsada por un jonsista casi niño, Casafranca. La Federación no encontró mejor suerte; la revista F. U. E. [111] no pudo realizar una segunda salida porque, según anunciaba un cartel colocado en sus locales, los encargados de la Facultad no habían liquidado el importe del primer número; languidecía entonces en sus tablones de anuncios una suscripción «pro estudiantes perseguidos por Hitler», en la que no pasaron de media docena los que entregaron unos céntimos.

[110] El diario refleja sobriamente la vida de un falangista cualquiera. No hemos copiado más que el comienzo. Mulet alcanzó hasta once detenciones.

[111] Figuraba como redactor de este número, que se denominó extraordinario, seguramente pensando que no tendría sucesores, Gregorio Marañón Moya.

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

En los comienzos de 1934, los estudiantes tradiciona-listas crearon dos periódicos: Esperanza y otro con las iniciales A. E. T., editado en Pamplona y dirigido por Jaime del Burgo, que tuvo en los primeros meses envidiable vitalidad, en mayo habían aparecido ya dieciocho números.

No hubo vacaciones para la oscura dialéctica de la violencia. Las juventudes socialistas anunciaban descaradamente su decisión de asaltar el Poder. Y en su revista Renovación publicaron fotografías de sus milicias, desfilando uniformadas. El 9 de agosto es detrozada, en el Ateneo, una exposición anunciada como antifascista, y tres días después corrió igual suerte el local de la F. U. E. del Fomento de las Artes, en donde los asaltantes iban provistos de unos chalecos protectores contra las balas; se disponía de un número reducido y fueron sorteados. Miguelito Primo de Rivera, Fieravanti y Manteóla gozaron aquella vez de tan endeble protección, que más tarde caería en poder de la Policía.

La venta de F. E. o el reparto de propaganda en los barrios extremos producía, con frecuencia, colisiones. El 7 de agosto son gravemente heridos tres falangistas, vendedores de su semanario en Cuatro Caminos. El día 30, en el mismo barrio, moría en un tiroteo Joaquín de Grado, jefe del sector comunista denominado Radio Norte. En el número 15 de F. E. se decía que la correspondencia para las páginas universitarias se dirigiera a Diego Aparicio; era un aviso inútil, pues la revista no volvería a salir. También apareció por entonces el último número de “J. O. N. S.”

El tráfico de armas era cada vez más intenso y visible; son descubiertos varios depósitos de cierta importancia, y antes de empezar el nuevo curso, el 19 de septiembre, la Guardia Civil sorprende en los campos de deportes de la Ciudad Universitaria madrileña a un dirigente de la F. U. E. de la Junta de propaganda, el estudiante de Derecho Francisco Ordóñez, descargando de un camión fusiles con munición contra blindajes, peines para ametralladoras y cinco lanzallamas, cuando los guardias realizaban este servicio, desde un automóvil que se dio a la fuga, fueron tiroteados [112].

Este estado de cosas hizo de cada estudiante motivo de angustia familiar. Y no era más que el comienzo. «Es —decía entonces Ruiz de Alda— la avanzada del verdadero tiempo heroico, de este tiempo que los historiadores, cuando triunfemos, cantarán y alabarán, y del que nuestros hijos se mostrarán orgullosos.»

Hervía la sangre hispánica universitaria. En un nuevo periplo organizado por la Universidad de Barcelona, cuenta Guillermo Díaz Plaja [113] que la llegada a La Guaira de la expedición coincidió con un levantamiento de los estudiantes contra la dictadura de Gómez y sus ciento veintiocho hijos naturales. En La Habana subía al Poder el sargento Batista ,en medio de una tensión revolucionaria estudiantil que no parece haberse apagado.

[112] Los fueístas no eran, no habían sido nunca, almibarados y cobardes, como dijera gratuitamente Guillen Salaya.
[113] *Memoria de una generación destruida.*

CAPÍTULO IV. SEGUNDO CURSO: 1934-35

Haced la guerra del Espíritu Santo.

R. SÁNCHEZ MAZAS

PRIMER ACTO DE LA GUERRA CIVIL

El propósito lerrouxista y del Partido Radical de incorporar a su Gobierno a los representantes católicos cedistas fue considerado por las izquierdas como una traición a las esencias republicanas y no ocultaron su intención de recuperar el Poder por la violencia.

El Socialista venía publicando una sibilina consigna, «¡Atención al disco rojo!», a la que acompañaban frases inequívocas: «Tenemos nuestro ejército a la espera de ser movilizado.» «El mes próximo —decía en septiembre— puede ser nuestro octubre.» Y, con el nombre del simbólico mes, Alberti y María Teresa León fundan una revista. A quienes creían de buena fe en la posibilidad de una convivencia de partidos contrapuestos llenó de estupor que los moderados del Partido Nacional Republicano, que pilotaba el catedrático de la Central Sánchez Román, se sumaran a los intransigentes. Parecía justificarse el apelativo de «exaltados» con que en el pasado siglo se llamaba a quienes se consideraban liberales.

En San Sebastián es asesinado por la espalda, el 9 de septiembre, Manuel Carrión. No habia otra explicación para el crimen que su falangismo. Antes de ser enterrado, sus camaradas le vengaron en la persona del antiguo director general de Seguridad Andrés Casaus, que preparaba en Guipúzcoa el golpe revolucionario socialista.

Por cumplir la edad reglamentaria, se jubiló al iniciarse el curso don Miguel de Unamuno. Nada más lejas de su paradójico espíritu, que la mentalidad cedista; sin embargo, había salido al paso de los «cavernícolas del gorro frigio», que impedían el acceso al Gobierno a las derechas. En la polémica suscitada, los confusos populistas se ganaron las denominaciones de «neo-republicanos», «monárquico-republicanizantes», «paleoli-republicanos» y «republicano-monarquizantes». Al discurso universitario de despedida puso don Miguel una advertencia a la juventud escolar: «Tenéis que enseñar a vuestros padres —a nosotros— que esta marea de insensateces, de injurias, de calumnias, de burlas impías, de sucios estallidos de resentimientos no es sino el síntoma de una mortal gana de disolución. De disolución nacional, civil y social.» Consejos inútiles, las izquierdas y los separatistas catalanes estaban decididos a llegar hasta el fin, y se sabía también que el momento lo marcarían los propios radicales, cuando decidieran la coalición con la C. E. D. A. Esta situación motivó una carta de José Antonio al General Franco, en la que se anticipaba a los acontecimientos [114]:

> «¿Es mucho pensar que en un lugar determinado el equipo atacante puede superar en número y armamento a las fuerzas defensoras del orden? A mi modo de ver, esto no era ningún disparate. Y seguro de que cumplía con mi deber, fui a ofrecer al ministro de la Gobernación nuestros cuadros de muchachos, por si, llegado el trance, quería dotarlos de fusiles (bajo palabra, naturalmente, de inmediata devolución). El ministro no sé si llegó siquiera a darse cuenta de lo que dije [115].
>
> Son conocidas las concomitancias entre el Socialismo y la Generalidad. Así, pues, en Cataluña, la revolución no tendría que adueñarse del Poder: lo tiene ya. Y piensa usarlo, en primer término, para proclamar la independencia de Cataluña.»

El Gobierno tuvo la fortuna de descubrir un importantísimo alijo de armas a bordo del «Turquesa». Curiosamente, financiaban la operación el Sindicato minero asturiano y el millonario bilbaíno Horacio Echevarrieta.

El día 4 se forma un Gobierno presidido por Lerroux, en el que figuraban tres ministros cedistas; inmediatamente se anuncia por la U. G. T. una huelga revolucionaria con el propósito de asaltar el Estado. Iba a comenzar el primer acto de la guerra civil. Los detentadores de la República no solamente se oponían con palabras al intento de radicales y populistas de ampliar la base del régimen. sino que se levantaban en armas contra la legalidad sostenida por los votos del país. En tal estado comienza el día 4 el Primer Consejo Nacional Falangista en su local de Marqués del Riscal. Figuraban como consejeros destacados militantes del S. E. U.: Valdés, Guitarte, Aguilar, Gaceo, Aizpurúa y Bedoya. Cuando el día 5 se reúne el pleno, el país estaba dominado por una huelga, Madrid vacilaba amedrantado por tiroteos cada vez más frecuentes e intensos, Asturias prácticamente había caído en manos de la revoluicón roja y Barcelona, en plena desobediencia, esperaba el momento propicio para proclamar el Estado catalán. Las deliberaciones del Consejo no destinaron mucho tiempo a cuestiones al margen de las exigencias inmediatas, tales como los temas sobre enseñanza que figuraban en el orden del día y que comprendían problemas que afectaban desde la escuela a la Universidad. Sin embargo, se tomaron acuerdos trascendentes para el futuro falangista. El problema interno más agudo lo constituía el difícil ensamble de dos figuras de tan acusada personalidad y sentido táctico discrepante como José Antonio y Ramiro Ledesma Ramos.

El Consejo decidió, por un solo voto de diferencia, disolver los triunviratos, dejando la responsabilidad del mando a un jefe nacional. En este acuerdo fueron decisivos los estudiantes; de los seis que asistían al Consejo,

[114] El general Franco, y sin que ello tuviera explicación terminante, era centro de las miradas cuando se producía una situación de grave tensión.
[115] Era ministro de la Gobernación Pórtela Valladares.

cinco Valdés, Guitarte, Aguilar, Gaceo y Aizpurúa, votaron por el fin de la responsabilidad compartida. Bedoya siguió las ideas de Ramiro.

Si bien más de uno dudaba de la oportunidad de terminar con el Triunvirato Central, una vez decidida esta cuestión no hubo discrepancia alguna sobre la elección, y a propuesta de Sánchez Mazas, José Antonio fue elegido por unanimidad [116].

Al Consejo asistían Ruiz de Alda y Santamarina con camisa azul. En la discusión sobre uniformidad, «Giménez[117] Caballero, siempre original —dice Bravo—, propuso una blusa». Aguilar, pensando en una prenda militar, defendió el color azul horizonte; José Antonio decidió el azul marino proletario como color de la camisa falangista, y fue su primera determinación como jefe nacional .

El enrarecimiento del ambiente aconsejó dejar a la Junta Política la redacción de las bases programáticas.

El día 7, los sublevados pierden dos bazas decisivas: Companys se rinde en Barcelona y las milicias socialistas fracasan en sus intentos de ocupar varios Ministerios en la capital. Se evitaba la guerra civil, pues quedaba solamente Asturias, y su recuperación no podía pasar de días. El Consejo falangista, al concluir sus tareas, tomó el acuerdo de organizar una manifestación patriótica que levantara el decaído ánimo de los madrileños. Durante la subversión, las milicias no perdieron el contacto con el Centro de Marqués del Riscal y los enlaces estaban en movilización permanente. En horas se reunieron quinientos falangistas y con ellos se puso en marcha la manifestación; portaba la bandera de España el jefe de las J. O. N. S. de Barcelona, Roberto Bassas. Los componentes de las primeras filas, para evitar la confusión y el desorden, avanzaban cogidos del brazo. Del derecho de José Antonio iba Gaceo; del izquierdo, Ruiz de Alda, y al lado de éste, Manolo Valdés. La manifestación, después de varios incidentes, fue por la Castellana y Alcalá hasta le Puerta del Sol. Al llegar frente al Ministerio de la Gobernación, en lo que hoy es la Dirección General de Seguridad, los falangistas encabezaban una masa impresionante. Subido a una valla de obras del Metro, José Antonio pronunció una arenga: «Gobierno de España: Nosotros, primero un grupo de muchachos, luego esta muchedumbre, teníamos que venir a daros las gracias.» Aquella mañana, la subversión madrileña vio rota su moral.

El Estado catalán, proclamado por Companys, derivó en farsa asainetada; duró apenas nueve horas, pese a la minuciosa organización que desde la Conserjería de Gobernación preparó José Dencás, con sus tres mil cuatrocientos «escamots» entrenados y equipados militarmente. Tan espectacular fracaso lo explica el nacionalista Aymami y Baudina, en su libro «El 6 de octubre tal com jo l'he vist», por «la falta de asistencia popular».

La liberalización de sus temores por la suerte de la Patria y el obligado apoyo al Gobierno, no estando totalmente dominada la rebelión, hizo declarar a José Antonio el 9 de octubre en el Parlamento: «Como representante de una gran masa juvenil, no creo en el Estado vigente; creo que España y Europa cuajarán en otras formas políticas; pero si algún día, que yo adivino ya cercano, una juventud española construyese un nuevo Estado, le deberá a Su Señoría —se refería al presidente del Consejo de Ministros— la gratitud de haberla aliviado de un pesimismo de lustros.»

«Para dominar la sublevación —dijo en el Congreso Diego Hidalgo, ministro de la Guerra 3— traje cerca de mí, muy cerca, al general Franco, seguro de que con su lealtad, con su pericia, con su juventud y con sus extraordinarias dotes de español, bravo e inteligente, había de ser mi mejor asesor, y Yagüe, al frente de los Regulares, coronó la victoria dominando Oviedo» [118].

En pleno desarrollo de la revolución, en Gijón, los cañones del crucero «Libertad», a varias millas del puerto, eran decisivos; pero se precisaba un enlace para notificarle la situación exacta de los reductos rebeldes y de las concentraciones leales. Bajo el fuego de los fusiles marxistas, pues el barco de guerra se encontraba frente al castillo de Santa Catalina, ocupado por mineros, salieron en piragua Mariano Suárez Pola, estudiante, y Tomás tnerarity, antes destacado en la F. U. E. El mensaje de que eran portadores llegó al crucero y el comandante de la plaza pudo salvar la villa. El Gobierno les concedió la Medalla del Mérito Naval.

El episodio ovetense de la calle de Jovellanos, que dirigió Panizo, congregó también a estudiantes. En una casa, convertida en fortín, un grupo de falangistas se defendió furiosamente del 7 al 13 de octubre. Y no se limitaron a una pasiva defensa; también corrieron el riesgo en difíciles salidas. Cuando el general Yagüe entró en un Oviedo deshecho por la dinamita, los cercados le saludaron con un «¡Arriba España!» En el expediente número 4 de la Junta de Recompensas de la Falange, fechado el 19 de octubre y firmado por José Antonio, se concedía el Aspa Blanca a los seuistas Juan Junquera y Fernando Covián. Destacaron en las luchas ovetenses Sama y Fernández, futuros jefes del distrito Universitario. En la misma acción, junto con Panizo, ganaron la máxima condecoración falangista, la Palma de Plata, el catedrático Yela y el sacerdote don Manuel Gutiérrez. En la voladura por los mineros del Instituto se derrumbó la casa de don Manuel, en donde se había fundado el Sindicato Español Universitario. La insurrección socialista produjo luchas y tiroteos en gran parte del país. En los sucesos de Torrelavega murió el jefe

[116] Para quienes con mala fe o ignorancia atacan a la Falange por supuestas raíces antidemocráticas, copiamos los artículos 47 y 48 de sus estatutos:
«Artículo 47. El cargo de jefe durará tres años. Al cabo de cada período de tres años se entenderá prorrogada la jefatura por otros tres si el Consejo Nacional por el voto de tres cuartas partes de su» miembros, no acordare celebrar nueva elección de jefe.
Artículo 48. Cuando el jefe del Movimiento tenga que ausentarse temporalmente del territorio nacional, designará de entre los componentes de la Junta Política un triunvirato que colegiadamente adoptará sus resoluciones por mayoría de votos.»
[117] A José Antonio no le gustaban los uniformes; cedería ante la insistencia de Luis Aguilar, convencido de que en aquella etapa de lucha suponían un elemento necesario, pero nunca se completó la uniformidad con una prenda de cabeza.
[118] ¿Por qué fui lanzado del Ministerio de la Guerra?: Diego Hidalgo.

local de Falange, Francisco Díaz, ya licenciado en Derecho, que preparaba por entonces unas oposiciones. Aquel conato de guerra civil produjo 1.335 muertos y 2.951 heridos.

Aun cuando no resulta comprensible, durante la subversión fueron detenidos nuemorosos falangistas, cuya estancia en las prisiones, sobrecargadas de socialistas y comunistas, no resultaba fácil ni grata. Y ni siquiera pudo conseguirse la apertura del centro de Sevilla, clausurado desde el mes de abril. El 13 de octubre, cuando se podía dar por concluida la rebelión, José Antonio redactó unas consignas, previniendo contra la confusión:

«El régimen social imperante, que es, por de pronto, lo que se ha salvado de la revolución, nos parece esencialmente injusto.» «El tesoro del sentido español que encierra la victoria sobre el separatismo se gastará en calderilla de las "sesiones patrióticas", de las acciones de gracias al Gobierno y de las alianzas de las gentes de orden. Nuestra juventud, terminantemente, se abstendrá de participar en tales mojigangas. En el altivo aislamiento de ayer y de siempre guardará intacta la virtud espiritual de la reconquista para cuando llegue, ni mediatizada ni compartida, la total victoria.»

Los mineros asturianos, independientemente de la brutalidad desatada, dieron muestras de ardor combativo y mística social, que les empujó a sacrificios heroicos y fueron tantos sus ejemplos de valor y desprecio a la vida que pasarían a ocupar un lugar de privilegio en la historia de las rebeliones marxistas. José Antonio no fue insensible a esto y lo puso de relieve en el Parlamento, afirmando que los trabajadores mejor pagados del país habían formado la vanguardia revolucionaria, sacrificándose para lograr un orden social más justo, del que otros serían los mayores beneficiarios.

Los diputados derechistas no eran capaces de comprender esta forma de pensar y Gil Robles le interrumpió nervioso e indignado, tratando de menospreciar la intervención del jefe de la Falange bajo la curiosa adjetivación de que estaba haciendo «un ensayo literario». Entre bastidores, la cuestión espinosa era el indulto de los oficiales que en Barcelona se sabían levantado contra la unidad de la Patria y la pena conmutada a un desertor del crucero «Libertad»; las concomitancias masónicas entre el comandante Pérez Farras y varios miembros del Gobierno inclinaron la balanza a favor de los militares sublevados. La C. E. D. A. comenzó a tirar por la borda su crédito electoral. Gil Robles se vio en el caso de ofrecer disculpas, aun cuando su razón dejara aún más atónitos a propios y extraños: «Se nos acusa que actuamos con masones. Para realizar la obra que necesita España no desprecio a nadie. Cristo comía con los pescadores y no es cosa que nosotros, míseros humanos, seamos más exigentes.»

El descontento del Ejército alcanzó un grado peligroso y en la Falange no se descartó la posibilidad de un levantamiento, por ello las milicias vivían en permanente alarma. Una noche se encontraron en Marqués del Riscal enlaces y jefes, apretujados, en una atmósfera densa. Se esperaba la orden definitiva. De madrugada, se oyó la voz de Aguilar: «¡J. O. N. S. de Madrid, el jefe nacional!» Y subido a la tarima de una habitación de la planta baja, José Antonio, con camisa azul remangada, habló de los sacrificios que la Falange exigía. Pero con la luz del día se esfumó la esperanza.

El 9 de octubre, antes de comenzar el curso y de acuerdo con la desaparición de los triunviratos, se elegía a Manolo Valdés jefe nacional del S. E. U. El 29, primer aniversario del mitin de la Comedia, se celebró un funeral por los caídos en la iglesia de Santa Bárbara [119], cuyas amplias escaleras exteriores se prestaban a las públicas invocaciones de los nombres de los muertos.

A raíz de la rebelión, cenando en el Savoy, de Madrid, José Antonio vio en una mesa próxima a Sbert; le indignó su tranquila despreocupación, mientras compañeros suyos ideológicos estaban sometidos a posibles severísimas penas y, al recriminárselo, el antiguo líder de la F. U. E. optó por abandonar el local. La tensión política provocada hizo pasar el 18 de octubre sin la atención debida a la muerte de Ramón y Cajal.

En cuanto Ruiz de Alda pudo conseguir el permiso necesario, visitó la Falange asturiana; organizó unas escuadras de propaganda, bajo el mando de Covián, que pasó a la jefatura de la primera línea ovetense y quedaba al frente del Sindicato Rafael Fernández. El S. E. U. planteó «su gran pleito» con la Falange; se trataba de treinta pesetas que recaudaba mensualmente y que pretendía manejar con libertad. Ruiz de Alda dio, en principio, la razón a los estudiantes; pero, como las treinta pesetas eran parte no despreciable de los ingresos totales no hubo solución favorable. «Esas tres docenas de pesetas —confesó Cernuda— provocaron roces y disgustos, como cualquier asunto político de fondo.»

Antes de finalizar octubre, José Antonio recorrió los principales escenarios de la lucha. En Oviedo, los estudiantes pretendieron establecer una guardia en el hotel donde se alojaba. «La Falange —les dijo entonces— no está para jugar a los soldados.'» Pero los turnos estaban establecidos y la gente universitaria, verdaderamente ilusionada, montó el servicio. José Antonio se lamentó nuevamente. Los jefes del Sindicato presentaron la dimisión a Panizo, reacción que les valió la segunda amonestación. Despidiéndose en el andén, le dijo a Covián: «No te aproveches de tu fuerza para convertirte en un matón. Nosotros sólo luchamos cuando hace falta y de frente. Y siempre contra grupos más numerosos. ¡Eh, Covián, más numerosos! Y que no crean que lo haces por gusto.» Durante aquella visita, José Antonio escuchó las incipientes razones de un joven estudiante de bachillerato, fundador del S. E. U. en Llanes, Alejandro Fernández Sordo.

El 16 de noviembre, los falangistas de Barcelona corregían un olvido del Gobierno destrozando un centro no clausurado, la Federación de Estudiantes Catalanes, plagada de separatistas, que habían repartido armas en plena calle, con motivo de la última intentona. La acción mostraba el estado de ánimo de una juventud que contemplaba la increíble discusión en el Parlamento, ante la presencia de diputados de la Ezquerra, sobre la conveniencia de no abolir el Estatuto catalán, que había hecho posible el levantamiento de octubre. Y no era el resultado de un burdo

[119] En esa iglesia había sido bautizado José Antonio.

entendimiento del problema, pues sabían por boca de José Antonio que «Cataluña tenía lengua propia, costumbres propias e historia propia» y que nada se resolvería si no se la consideraba en toda su personalidad.

La revolución de octubre no supuso, en ningún aspecto, la desaparición pública de los políticos sublevados, y pronto sonaron más las peticiones de perdón y olvido que el recuerdo de las atrocidades cometidas. Los catedráticos Fernando de los Ríos y Negrín visitaron Asturias, remitiendo crónicas a periódicos extranjeros denigrando la actuación represiva. No tardarían en llegar comisiones socialistas de Londres y París, en una coordinada campaña en la que no podían faltar los «humanitaristas liberales», tan aficionados a intervenir en nuestras cuestiones. Quienes ahora firmaban escritos de indulgencia, si juzgamos su silencio en situaciones análogas que afectaban a monárquicos o anarquistas, solamente estimaban perdonables los castigos cuando se referían a quienes, de algún modo, coincidían con ellos en política. Por el contrario, con motivo de la pena de muerte al general Sanjurjo, apareció un monstruoso escrito en el que un maestro del sector que ahora pedía clemencia había hecho firmar a sus alumnos una solicitud para que se cumpliera la sentencia.

Durante el mes de noviembre, José Antonio intervino repetidas veces en el Parlamento, especialmente con motivo de la discusión de una ley agravatoria de las penas por tenencia ilícita de armas, que endurecería aún más el quehacer falangista, aun cuando suponía una irreprochable medida de gobierno.

INDEPENDENCIA IDEOLÓGICA Y POLÍTICA

Había nacido la Falange bajo el influjo de los movimientos fascistas y estaba poblada por desorientados servidores de la Dictadura: monárquicos que buscaban una tropa de choque, revolucionarios con visiones vagas e inconcretas, nacionalistas elementales. Lo decía Juan Aparicio en el número 9 de J. O. N. S.: «En nuestro sindicalismo nacional se juntan los veteranos de Primo de Rivera, la juventud de la nobleza antigua, la angustia del estudiante sin cultura oficial y sin Patria libre, del rústico sin cosechas, del católico sin Jesucristo, la rabia y la miseria del parado con hambre.» Un conglomerado así no podía ir a parte alguna sin que previamente le alumbrase el camino una mente clara que fuese dejando en la sombra a resentidos y equivocados. La Falange no podía ser un empuje desordenado de amarguras, sino la inteligencia y el espíritu sano.

Logro ideológico importante fueron los Puntos Fundamentales, redactados por José Antonio sobre un estudio de la Junta Política, que presidía Ramiro Ledesma, en la que figuraban los seuistas Valdés, Salazar y Aizpurúa.

Se reafirmó el propósito de conseguir un Movimiento sin confusas alianzas con el anuncio publicado el último día de noviembre en relación con el Bloque Nacional, que aglutinaba los sectores monárquicos netamente conservadores : «La Falange Española de las J. O. N. S. está bien lejos de ser un partido de derechas.» Simultáneamente, José Antonio declaraba que por las mismas razones no estimaba conveniente la entrada en la Falange de Calvo Sotelo, que había regresado a España rodeado de gran prestigio.

Al día siguiente, José Antonio explicaba a la Prensa la defección del marqués de la Eliseda, «que bien poco había compartido nuestros rigores» y que se apartaba «porque la Falange no era católica» [120]. La nota publicada por Eliseda encolerizó a José Antonio. Los estudiantes se encogieron de hombros, precisamente destacados seuístas eran al mismo tiempo dirigentes de los Estudiantes Católicos.

Como consecuencia de la actitud frente a Calvo Sotelo, dejaron la Falange otro Ansaldo y el teniente coronel Rada. Un jefe de centuria, Pahisa, citó en su casa a los mandos principales de su unidad y les propuso pasarse al Bloque Nacional, anunciándoles el fin de las dificultades económicas y gran abundancia de armas. Los asistentes, sin excepción estudiantes, se vieron en el caso de contestarle dura y negativamente.

El 19 de diciembre, la Falange daba otro paso en su desprendimiento de la corteza fascista. La Prensa publicó una declaración que decía: «La noticia de que José Antonio Primo de Rivera, jefe de Falange Española de las J. O. N. S., se disponía a acudir a cierto Congreso internacional fascista que está celebrándose en Montreux es totalmente falsa. El jefe de la Falange fue requerido para asistir ; pero rehusó terminantemente la invitación por entender que el genuino carácter nacional del Movimiento que acaudilla repugna incluso la apariencia de una dirección internacional.-»

Por otra parte, la Falange Española de las J. O. N. S. no es un movimiento fascista; tiene con el fascismo algunas coincidencias en puntos esenciales de valor universal, pero va perfilándose cada día con caracteres peculiares y está segura de encontrar por ese camino sus posibilidades más fecundas.

De esta nota a las cartas a Juan Ignacio Luca de Tena *en defensa del fascismo*, José Antonio había recorrido una distancia ideológica gigantesca. Y no se detuvo [121].

En 1934, en virtud de un acuerdo establecido por Mussolini con Goicoechea y Olazábal en nombre de monárquicos y tradicionalistas [122]. Se transportaron armas italianas a Navarra, y jóvenes requetés, que viajaban

[120] El punto 25 de F. E. declaraba: «Nuestro Movimiento incorpora el sentido católico —de gloriosa tradición y predominante en España— a la reconstrucción nacional. La Iglesia y el Estado concordarán sus facultades respectivas, sin que se admita intromisión o actividad alguna que menoscabe la dignidad del Estado o la integridad nacional.» El conde de los Andes —hoy utiliza este título— se puso carniza azul en la guerra, para quitársela pasada la ocasión, utilizando tal vez su olfato gastronómico.
[121] Solamente quienes le seguían con el corazón, pero no lograban alcanzarle con el cerebro, han podido creer que la arquitectura ideólogica falangista de 1936 era definitiva.
[122] Historia del Carlismo, Román Oyarzun.

como «oficiales peruanos», fueron instruidos en un campo de aviación próximo a Roma [123]. Entre los «peruanos» no faltaron estudiantes; uno de ellos, Antonio Coello, de la Facultad de Medicina, murió de capitán en nuestra guerra [124].

En el sector universitario, la participación de antiguos afiliados a la F. U. E. en la fracasada intentona de octubre dio la sensación de un bello final para su tenacidad en la rebeldía. Un viejo republicano, Corpus Barga, hizo en el diario Madrid una especie de certificado de defunción de la Federación Universitaria Escolar bajo el título «Fue». «Fue un incidente lo que apareció como un Movimiento trascendental, esperanzador; como el único Movimiento del que realmente se podía esperar alguna renovación profunda en la vida pública de España. La Dictadura no produjo una reacción más feliz que la iniciada por los estudiantes. Se habían acabado las estudiantinas y los estudiantiles, los alborotos por las vacaciones y las "sentadas" sin más destino que un destino. Los estudiantes se habían tomado en serio.»

Los estudiantes falangistas, que ya hemos visto procedían en cierta proporción de la F. U. E., se quedaban en la Universidad, como única organización importante con fuerza revolucionaria. La nueva situación dio al S. E. U. una mayor responsabilidad política y cierto prurito de pureza ideológica.

CERCO DE POBREZA

Colocada la Falange en altivo e insumisa independencia y aplastado el marxismo, las ayudas económicas se redujeron a límites de peligrosa insuficiencia.

Cuenta Ramiro Ledesma de la última reunión de la Junta Política, a la que aisstiría a finales de diciembre:

«En el salón hacía un frío enorme, pues el gran edificio de la calle Marqués del Riscal, 16, llevaba varias semanas sin calefacción. Apenas iniciada la Junta, se hizo de noche y hubo que encender dos velas, porque también aquella aristocrática mansión se encontraba sin luz eléctrica, cortada días antes por falta de pago a la compañía.»

En las habitaciones del S. E. U. se trabajaba iluminados por un quinqué, fuente de insoportables olores y humos.

Para mayor sarcasmo, la iniciación del curso escolar había coincidido con una campaña del periódico comunista Mundo Obrero, que publicó durante dos semanas unos reportajes bajo el escandaloso título de «El fascismo por dentro. F. E. y de las J. O. N. S., organización del crimen al servicio del capitalismo». En otros titulares se leía: «Los fascistas dirigen una banda de atracadores. La Patronal actúa en la sombra.»

En verdad, las dificultades económicas no suponían novedad alguna para los estudiantes y, aun cuando se manifestaba en decadencia, los libros de textos seguían siendo un recurso para momentos apurados. En la calle de Libreros, en el radio de acción de las Facultades de San Bernardo, cualquier época era buena para desprenderse de un texto. En «Doña Pepita» podía salirse de apuros vendiendo o encontrando, a precio posible, el libro necesario. Bastantes estudiantes los vendían en el otoño y los compraban en la proximidad de los exámenes, y en ese trasiego estaba la ganancia de la librera.

Los estudiantes, durante las vacaciones de Navidad, se lanzaron a peregrinar, guiados por una incitadora consigna joseantoniana:

«Falange no tiene millones para editar periódicos y carteles. Falange no tiene automóviles para llevar de un lado a otro a sus propagandistas. Pero Falange necesita propagarse tal y como es: joven, pobre y alegre. Dejemos los millones y los autos para los potentados populistas o marxistas, y nosotros hagamos con humildad nuestro camino hacia los humildes. Los apóstoles y peregrinos de la fe caminan jornadas enteras para cumplir su misión. Andando, andando, llegaron Pablo a Roma y Santiago a Compostela.»

«Estaréis diez días de peregrinación por esos campos de Dios. Cada uno llevaréis diez duros para vivir. Es poco; pero pensad que hay muchos españoles que ni esas cinco pesetas diarias ganan para mantener un hogar con mujer e hijos. Importa que quienes vivís cómodamente en vuestras casas aprendáis la angustia del hambre. Si todos los españoles supieran lo que es quedarse sin comer un día, quizá pudiera lograrse que comiesen todos a diario. Un duro no es mucho en sí, pero pensad que quienes lo lleváis sois falangistas. Si es necesario compartirlo con alguien más pobre que vosotros no dudéis en hacerlo. Quien al final de la jornada los devuelva a la Falange será el mejor camarada..., a no ser que alguno caiga en el acto de servicio que se os encomienda, pues siempre son los mejores los que entre nosotros elige Dios para su Guardia.»

Con estas palabras, recogidas por Ximénez Üe Sandoval y millonarios de espíritu, la provincia de Madrid resultó pequeña para muchos grupos. Uno de ellos, formado por Quesada, Diego Aparicio y Picó, llegó en ocho días a Valencia, durmiendo en la cárcel o en pleno monte, discurseando en Ayuntamientos y tocando un laúd por las plazas de los pueblos, o calándose hasta los huesos por contemplar el castillo de Uclés. En otra escuadra, al mando

[123] Memorias de la conspiración, Antonio Lizarza.

[124] En el proceso que condujo a su fusilamiento, José Antonio no pudo convencer a sus jueces de que no había intervenido en los acuerdos mencionados. Realmente si, pese a todo, se consideraba a la Falange como el partido fascista español, no era concebible su independencia frente a Mussolini y menos aún la ausencia de relaciones.

de Alzaga, que llegó a Cercedilla, Manuel Rodríguez Gimeno, de Farmacia, regresó con los pies ensangrentados por las marchas.

FARSA EN VARIOS ACTOS

Antes de concluir el año se produjo una crisis parcial Que afectó al Ministerio de Instrucción Pública. Era titular de la cartera el señor Villalobos, que representaba a Melquíades Álvarez. Le atacó en el Parlamento el catedrático señor Pavón, que militaba dentro de la minoría cedista, ya declaradamente republicana:

«Yo digo que el Ministerio de Instrucción Pública es Ministerio que precisa de una cura de reposo, de una labor de sedimentación, de aclaración y ordenación de lo hecho, porque es difícil que nada de lo realizado fructifique, ya que no da tiempo de manera alguna a que arraigue y se desarrolle debidamente. El señor Villalobos, sobre todo en determinados aspectos de Instrucción Pública, ha seguido esta marcha vertiginosa, pero la ha seguido de espaldas a las Cortes. Primero, no trayendo a las Cortes reformas trascendentales que ha realizado; por ejemplo, la reforma de Segunda Enseñanza. Segundo, evitando que se traigan a las Cortes, cuando algún diputado lo ha pedido, temas también de excepcional importancia; por ejemplo, el de la sustitución de la enseñanza religiosa, pedido por el señor Toledo; el problema de las Escuelas Normales, pedido por la señorita Bohigas, y el problema de las Facultades de Filosofía y Letras, pedido por mí. Tercero, silenciando en el momento en que, pese a los dos obstáculos anteriores, aquí han venido determinados asuntos, la parte que al Ministerio de Instrucción Pública correspondía; por ejemplo, en los sucesos revolucionarios de Asturias, callando lo relativo a los maestros que tuvieron una participación directa en la revolución.»

La C. E. D. A. consiguió la dimisión del ministro, a quien relevó Joaquín Dualde, catedrático de Derecho Civil y también melquiadista. Resaltó entonces Calvo Sotelo, refiriéndose a la intervención del señor Pavón, que los católicos de la C. E. D. A. se incorporasen al Gobierno de la República del brazo de los radicales, tan fuertemente ligados a la masonería.

Esta escaramuza política pretendía ocultar el tira y afloja alrededor de las sentencias derivadas de los sucesos asturianos. Los radicales no podían aprobar ninguna pena de muerte que afectara a políticos republicanos o militares adscritos a la masonería; la C. E. D. A., para no cerrarse la puerta del Gobierno, tenía que transigir con la postura lerrouxista, pero al mismo tiempo había de considerar el descontento del Ejército y de sus electores.

La solución elegida consistió en acceder al indulto de los masones, incluido González Peña, cabecilla máximo de la revolución asturiana, y pasar por el fusilamiento del sargento Vázquez y de un paisano, Jesús Arguelles. El tiempo demostraría que los electores no perdonaron a Gil Robles que la vida y la muerte de seres humanos fuese objeto de componendas por el jefe político del catolicismo. Las palabras de José Antonio en el Parlamento se convertirían en realidad en la hora de los votos:

> «Es muy lógico, si queréis, aunque nos ofenda, que quienes tienen tradición masónica cedan a su impulso; pero vosotros, que representáis algo honrado y espiritual, todo lo contrario de la masonería, veremos cómo explicáis en las próximas propagandas electorales vuestra complicidad con este crimen.»

Todavía la farsa política daría lugar, el 3 de abril, a otro Gobierno de marionetas para treinta días en la llamada crisis de las penas de muerte.

LA ESCISIÓN DE RAMIRO LEDESMA

El año 1935 comenzó para la Falange con la escisión de Ramiro Ledesma. Según Tomás Borras [125], la contradicción de fondo se centraba en la táctica de violencia permanente, propugnada por Ramiro, y la serenidad en la acción que José Antonio entendía necesaria. Afectó principalmente a los Sindicatos obreros, escasos de afiliados y débiles en su organización.

En los primeros días pareció que podía afectar sensiblemente, pero pronto se vio que sus efectos serían muy reducidos. Valladolid era la clave; José Antonio envió a dos estudiantes, Salazar y Guitarte, para conocer la decisión de Onésimo Redondo, quien en principio dudó. Por lealtad personal a Ramiro y seducción de su radicalismo le hicieron eco algunos estudiantes que pronto volverían a la Falange, entre ellos Diego Aparicio, Bedoya, Compte, Tauler y Juan Arias, entonces triunviro de Bachillerato con José Luis Fernández y Marcelo del Alcázar. Ramiro dispuso de un local social en la calle Amaniel, allí comenzó Compte a barajar nombres de supuestos adheridos. Pero todo fue inútil. Ramiro hubo de abandonar la calle, una tarde que apareció en la Gran Vía con Bedoya, Compte, Tauler y Arias, ante la actitud de uno de los grupos falangistas que casi diariamente invadían las aceras céntricas en

[125] En su biografía de Ledesma Ramos.

misión de propaganda. Ramiro se refugió en la Telefónica, en donde mantenía regulares contactos con los cenetistas, muy numerosos en dicha Empresa [126].

El local de Amaniel fue un día visitado poco correctamente por un grupo de estudiantes, mandadas por Guillermo Aznar y Carlos Valcárcel. El periódico Patria Libre, que Ramiro fundó, no consiguió más que malhumorear a los escuadristas y obligarles a romperlo por donde aparecía. Manuel Mateo, que procedía de las juventudes comunistas, en las que había sido dirigente destacado, se hizo cargo de los Sindicatos falangistas y, pronto, la única baja lamentable fue la del insobornable revolucionario de las J. O. N. S. [127].

Se eligió como primer acto, después de la escisión, la asamblea de constitución oficial del S. E. U. en Valladolid; era el núcleo jonsista más importante y había que mostrar allí ostensiblemente el fracaso de Ramiro Ledesma. Se encargaron de la organización Luis Alonso Otero, Anselmo de la Iglesia, José Manuel González Fausto, Víctor Fragoso y Emiliano Iglesias. Se anunció el acto para el domingo día 20 de enero en el cine Hispania; posteriormente fue revocado el permiso, y cuando llegó José Antonio, el sábado por la tarde, no se tenía local para la Asamblea. Eran las nueve, y el jefe nacional entabló conversación con los escuadristas que le recibieron en plena calle, frente al círculo de Recreo. Se habían desplazado también Ruiz de Alda, Mateo y Alejandro Salazar. Muchos transeúntes, al reconocer a José Antonio, se paraban y pronto se formó una masa considerable. Una pareja de guardias de Seguridad de los llamados «romanones» [128] intentó disolver el grupo con sus sables desenvainados. Los curiosos se fueron; pero los falangistas de Valladolid, que no estaban dispuestos a huir delante de su jefe, optaron por desarmar a los guardias.

Solucionadas las dificultades, y pese a los rumores de suspensión que se habían extendido, cerca de un millar de estudiantes acudieron al cine Hispania. Otero abrió el acto con la lectura de los Estatutos, que fueron aprobados por aclamación, pronunciando después una alocución abogando por una auténtica unidad universitaria. Onésimo comenzó afirmando: «Los principios políticos del S. E. U. son los mismos que los de Falange. Así —continuó—, el S. E. U. ha de acabar con toda política parcial de grupos confesionales, con todo cuanto quiera su disgregación. Para hacer nuevamente la Universidad ha de llevarse a la calle la virilidad y el entusiasmo que demuestran estos actos hermosos, y allí mantenerse con la fortaleza que da la juventud y la fe. Porque el S. E. U. es político y no tratamos de engañar a nadie con un manto de apoliticisma, como había hecho la F. U. E. El S. E. U. lleva la política a la Universidad, pero para acabar con las suicidas divisiones políticas."

Al levantarse José Antonio, los vivas a F. E. de las J. O. N. S. se sucedieron durante varios minutos.

> «Camaradas —dijo—, han pasado los días en que se podía ser sólo universitario, o poeta, o artista. Nuestra época nos arrastra y no nos deja encerrarnos en torres de marfil. Eso era atributo de las épocas rancias, en que. roto el sentido de la unidad del mundo, cada uno pensaba hacer un mundo aislado de su propia vida. Nuestra generación, convaleciente de una de esas épocas, tiene que rehacer la unidad del mundo; para los que estamos aquí, como tarea próxima, la unidad de España.
>
> Seamos buenos universitarios, pero seamos también partícipes en la tragedia de nuestro pueblo. Como Matías Montero, estudiante magnífico, al que nos asesinaron a traición y que cayó con el alma y los ojos llenos de la luz de nuestra España de los Reyes Católicos, la España cuyo signo ostentaba nuestro yugo y nuestras flechas.
>
> El medio contra los males de la disgregación está en buscar de nuevo un pensamiento de unidad, concebir de nuevo a España como unidad
>
> Como síntesis armoniosa colocada por encima de las pugnas entre las tierras, entre las clases, entre los partidos. Ni a la derecha, que por lograr una arquitectura política se olvida del hambre de las masas; ni con la izquierda, que por redimir las masas las desvía de su destino nacional. Queremos recobrar, inseparable, una unidad nacional de destino y una justicia social profunda. Y como para lograrlo tropezaremos con resistencias, somos resueltamente revolucionarios para destruirlas.
>
> Pero no olvidemos que esta tarea de unidad exige que estemos entre nosotros indestructiblemente unidos. Entendemos la vida como servicio; todo cargo es una tarea, y todas las tareas son igualmente dignas, desde la más gozosa, que es la de obedecer, hasta la más áspera, que es la de mandar.
>
> La jefatura es la suprema carga; la que obliga a todos los sacrificios, incluso a la pérdida de la intimidad; la que exige a diario adivinar cosas no sujetas a pauta, con la acongojante responsabilidad de obrar. Por eso hay que entender la jefatura humildemente, como puesto de servicio; por eso, pase lo que pase, no se puede desertar ni por impaciencia, ni por desaliento, ni por cobardía.»

Al final, los aplausos y vítores a Falange, una e indivisible, parecían no terminar. Los estudiantes salieron a la calle cantando, con la música alemana del himno Amanece para mí, estas estrofas:

---

[126] Ramiro entendía factible ganar para una política nacional el nervio social de la C. N. T. Esta idea no fue desechada por José Antonio.

[127] En ningún caso la separación de Ramiro supuso el regreso a la situación anterior a la unión de jonsistas y falangistas. En el asalto a su local social participó el estudiante Fernando Reyes, que había intervenido en una de las primeras acciones violentas de las J. O. N. S., en la quema de un quiosco de periódicos comunistas en la Puerta del Sol.

[128] Así les llamaban por haber sido creados por Romanones.

Amanece para mí

el día de luz,

de victoria y de fe.

Bajo mi bandera roja y negra iré

a luchar sin temor,

a morir o a vencer.

Arriba la España que será, ¡que será!,

estirpe de gloria y de valor.

Arriba la juventud que siente

Falange Española de las J. O. N. S.

Por la tarde, las milicias se concentraron en el campo de deportes Puerta de Hierro.

Al día siguiente, Libertad, órgano de las J. O. N. S. de Valladolid, publicó un editorial en el que decía:

> «Podemos afirmar rotundamente, sea cualquiera el juicio que tengamos de personas y hechos concretos, esta verdad, que ante todo importa publicar y servir: no hay separación.
>
> Si a alguien le cabe duda, asómese al comentario del acto de ayer mismo en Valladolid. Allí estaba presente la mayoría del movimiento en nuestra ciudad, baluarte del jonsismo. Allí habló el Jefe de Falange Española de las J. O. N. S. y figuró a su lado nuestro director, Onésimo Redondo. Él entusiasmo de los mil estudiantes que llenaban el Hispania, la perfecta coincidencia de los que hablaron y el sentir unánime de los aplausos y vítores bastan para proclamar que las J. O. N. S. de Valladolid confirman con hechos lo invariable y perfecto; no hay ni puede haber, ni habrá jamás, división verdadera en el cuerpo ni en la fe. Las J. O. N. S. no pueden separarse de sí mismas. Todas forman y formarán siempre una Falange nacional.»

Y seguía, con la firma de Onésimo Redondo, un artículo titulado «Las J. O. N. S. en Valladolid: Su vitalidad creciente, demostrada ayer». De él eran los siguientes párrafos:

> «No hacía falta reunir a los estudiantes afectos a F. E. de las J. O. N. S. para demostrar que el S. E. U. domina a toda la masa escolar vallisoletana.
>
> En nuestra Universidad se ha conseguido lo que dentro de muy poco será un hecho definitivo en todas: la absorción espiritual de la masa escolar en un solo núcleo organizado, sin distinción de confesiones —pues la confesión es igual en la inmensa mayoría de los estudiantes— y sin parcialidad política.
>
> Hemos de añadir para poner de relieve la firmeza y fluidez de organización en las J. O. N. S. de Valladolid, que en el acto de ayer fueron los mismos estudiantes quienes corrieron con la empresa de sacarlo adelante. Sin dinero, por supuesto. Sin más medios que su voluntad. Todos, menores de veinte años, los que organizaron la asamblea y dirigen el S. E. U., han puesto a prueba con triunfo lo que las J. O. N. S. de Valladolid han avanzado en capacidad de funcionamiento.
>
> Nuestra felicitación y nuestra gratitud a los directores del Sindicato Español Universitario; Luis Alonso Otero, luchador y magnífico estudiante; Anselmo de la Iglesia, fiel siempre en vanguardia; Víctor Fragoso, constante y eficaz en cualquier tarea; José Manuel González Fausto, camarada seguro de primera línea. Con un cuadro así para servicio del Movimiento, las J. O. N. S. de Valladolid se adueñarán de todo.»

Ramiro continuó intentando captar al S. E. U., y en febrero decía, con falso optimismo que no engañaba a nadie: «Las masas universitarias, los obreros de la Central Nacional Sindicalista, los grupos veteranos de las J.O.N.S., con sus jerarquías y su disciplina de siempre, nos siguen en pleno.» Y Bedoya insistía en su artículo «La liberación de las J. O. N. S.», publicado en Patria Libre el 16 de febrero: «Por salvar el nacionalsindicalismo nos hemos vuelto a nuestras juntas espontáneas, alegres, claras, de obreros, estudiantes y campesinos.»

Diego Aparicio planteó en Patria Libre un atractivo plan de cinco puntos con objeto de atraer hacia Ramiro Ledesma lo que consideraban más aprovechable de la Falange:

1.° El S. E. U. sólo puede ser y existir desempeñando la función de órgano universitario del movimiento nacional-sindicalista. A él le está encomendado el interesar a los estudiantes de una manera directa en este movimiento de salvación hispánica.

2° Independencia política y de actuación de toda agrupación o partido político. Sólo manteniendo ese aislamiento orgánico, de falta de compromisos tácticos, se podrá mantener la pureza nacional-sindicalista que en los actuales momentos se requiere.

3.° Democratización de los órganos del S. E. U. Hay, pues, que ensanchar y abrir los cuadros de organización a toda la masa universitaria nacional-sindicalista. Las jefaturas irresponsables y los comités estrechos son siempre un obstáculo para tales deseos. Hay que dotar a todos los estudiantes del máximo de interés y preocupación por el nacionalsindicalismo.

4.° Los actuales mandos del S. E. U. deben ser revisados y expulsados los dirigentes que han faltado a su sentido.

Concretamente un caso, el jefe local de Madrid, en la actualidad, no debe permanecer un día más en las filas del Sindicato Español Universitario.

5.° Creación de la Confederación General de Estudiantes.

Ledesma Ramos escribió posteriormente, en su libro ¿Fascismo en España?: «Los mejores militantes de F. E. en sus primeras horas estaban en el grupo estudiantil, en la juventud universitaria. Seis u ocho de ellos eran y son muchachos fervorosos, eficaces y dinámicos. Crearon una organización universitaria afecta a F. E., el S. E. U., que aún subsiste. Citemos aquí a Valdés, organizador del S. E. U.; Guitarte, antiguo comunista y revolucionario, de buen temperamento y capacidad para la violencia; Aguilar, oragnizador de las primeras escuadras juveniles de Falange Española; Allánegui, joven arquitecto, con la fina intuición nacional del aragonés y bien penetrado del norte revolucionario del partido. También Matías Montero, de entre ell:s el de inquietud histórica más sensible, más joven y, como ya vimos, uno de los mártires. Desde luego, sólo este grupo universitario tenía en F. E. el sentido histórico que correspondía o que debía corresponder. Por eso, el patriotismo subversivo de los jonsistas, que tanto repugnaría más tarde al enorme sector reaccionario y upetista de F. E., encontró, sin embargo, en el grupo universitario de Falange la compensación y estimación propias de cama-radas de igual signo.»

Estimar que en los estudiantes estaba lo mejor de la Falange era un punto de vista unánime. Por los días de la escisión escribía a José Antonio, desde Salamanca, F. Bravo: «Te sobra llaneza, bondad y simpatía. Que en tu despacho no entre sino quien tú llames y que se te vea siempre por encima de la mesa. Y desestima todo complejo liberal; ni Unamuno ni Ortega —ni, claro es, todos nuestros intelectuales— valen lo que un rapaz rabioso de veinte años fa-inatizado por su pasión española. Posiblemente, quien mejor organice las cosas sean los elementos nuevos. Así, Aguilar, Aznar y otros me parecen capaces de establecer una organización de lucha.»

Libre la Falange de los «residuos de gentes maduras», «antijuveniles y añorantes» y de «la camisa roja de Garibaldi», podía mirar con esperanza su desarrollo doctrinal.

UNAMUNO, EN UN ACTO PÚBLICO FALANGISTA

A primeros de año se convocaron elecciones para elegir la Junta Directiva de Derecho en la Federación Deportiva Universitaria. Manolo Valdés y García Casas celebraron varias entrevistas con Juan José Pradera para ir unidos con los Estudiantes Católicos. Pero lo cierto es que el S. E. U. no estaba preparado para tomar en serio unas elecciones, y menos en alianza con otras asociaciones. El día de la votación no hubo unidad, y los falangistas de Derecho rompieron la urna apenas iniciado el recuento de votos y, como entendieran, tal vez injustamente, que la actitud de los Estudiantes Católicos no había sido clara, invadieron la Casa del Estudiante, situada en Mayor, 1

En el tumulto hubo algunas bofetadas y un herido de porra, el conserje Ramón Villapún [129].

La desafortunada acción, salvo los lógicos disgustos iniciales, no separó a las dos asociaciones, que sumaban la inmensa mayoría estudiantil. Joaquín Ruiz Jiménez, secretario de la Confederación de Estudiantes Católicos, se trasladó a Marqués de Riscal para proclamar lo descabellado de no hacer un frente común; de acuerdo con sus argumentos, las elecciones siguientes se realizaron en cordial entendimiento.

Con objeto de agrupar a profesores, maestros y cuantos intervenían en tareas formativas se creó el servicio denominado «Educación Nacional», lo dirigió Manolo Valdés, que había terminado sus estudios de Arquitectura. También los estudiantes quedaban integrados en el nuevo organismo, pero su dependencia apenas pasó de lo teórico. Ya como jefe nacional del S. E. U., Alejandro Salazar asistió el 9 de febrero a un funeral por Matías Montero en la iglesia de Santa Bárbara. Por la tarde intervino en un acto conmemorativo en el local de la Falange en Salamanca. En el modesto piso de la calle del Consuelo se apretujaron un centenar de asistentes, que escucharon a Bravo, Salazar y José Antonio. Los estudiantes de Salamanca suponían a su favor una proporción de tres a uno en la composición humana de aquella Falange.

El día 10 se celebró, por la mañana, un mitin en el teatro Bretón, que alcanzó gran resonancia por la presencia de don Miguel de Unamuno. Cuenta Bravo que la ágil oratoria de José Antonio se vio turbada por la presencia del rector como un alumno en día de exámenes. El rector almorzó con los falangistas, entre los que estaban Sánchez Mazas, Eugenio Montes, Alfaro y Raimundo Fernández Cuesta. A Bravo debemos el relato de la sobremesa:

> «Sigo los trabajos de ustedes. Yo soy sólo un viejo liberal, y al comprobar que la juventud ya no nos sigue, algunas veces creo ser un superviviente.
>
> Cuando de estudiante me puse a traducir a Hegel, acaso pude ser uno de los precursores de ustedes.
>
> No es posible que la juventud, por muy estupidizada que esté, y yo lo creo, sin ánimo de molestarles, caiga en el horror de estimar que el pensamiento es una «funesta manía»; la funesta

[129] Ramón Villapún, siempre celoso de su deber, fue conserje de! S. E. U. una vez liberado Madrid. Este asalto no agradó a José Antonio, temeroso de que se desembocase, por sistema, en soluciones de violencia.

> manía de pensar de aquellos bárbaros de Cervera [130]. Por cierto que el otro día, y con motivo de una huelga en la Universidad, recibí a un grupo de muchachos de los de ustedes. Les pregunté qué querían, que era eso de la Falange. (Le interrumpe Bravo: «Estarían aturdidos ante usted y no sabrían explicarlo.») No sé, pero no sabían bien lo que querían. Y eso me prueba que hay un peligro de desmoralización de los muchachos. No conviene que ustedes acentúen esa tendencia personal. (Replicó entonces Sánchez Mazas, seguramente recordando el sugestivo ensayo del rescate del sepulcro de Don Quijote: «Pero usted, don Miguel, ha escrito a veces otra cosa.»)
>
> Acaso, llevo ya más de cuarenta años de escritor y a veces me olvido de lo que digo y otras me contradigo y repito. Eso es lo humano. Una vez, siendo presidente de unos Juegos Florales o algo así, envió un chusco amigo mío una poesía, que a mí me «sonaba» al leerla. No me gustó, no la premiamos ni la mencionamos siquiera. Luego resultó que era mía y que yo no me acordaba de ella. Eso me pasa con las ideas y con los pensamientos. Pero crean ustedes que hay un peligro terrible para la cultura y el espíritu el que se lance a la juventud a la borrasca de la pasión y no a la tarea de pensar y criticar.»

Les despidió con estas palabras: «Lo de ustedes es para los jóvenes. ¡Animo y adelante!» [131].

El gesto de Unamuno suscitó críticas en España y América por quienes, liberales de nombre, no concedían libertad para cualquier acto al rector salmantino: «No tengo —había dicho en 1932— ni copartidarios, ni correligionarios; podría decir que mi mayoría soy yo mismo, y no siempre tomo los acuerdos por unanimidad.» Era, por tanto, una solemne equivocación considerar aquella cordial curiosidad por los «fajistas» [132] ni siquiera como como una leve adhesión política. No tenía razón a esas alturas quienes le censuraron sus escritos contradictorios y paradójicos.

En marzo escribió un artículo titulado «Otra vez con la juventud», en el que recordaba su perenne independencia, señalando «que no eran los sedicentes jóvenes de hoz y martillo, o de yugo y haz de flechas, o de compás y escuadra, o de escapulario y cirio quienes le interesaban», y a continuación señalaba su simpatía por «los jóvenes que buscaban la libertad, la verdad y la justicia sin invocar a ningún jefe». Sin embargo, al reprochar de traductores extranjeros a los de la generación de 1931, les decía, como un falangista más: «No tenían conciencia, sino clara, por lo menos honda, de un nuevo ideal colectivo de destino histórico nacional, ni un entendimiento de la unidad de este destino.»

Aquella misma tarde se celebró un acto en recuerdo de Matías Montero en los locales de «La Unión», en Madrid. Hablaron José Miguel Guitarte, secretario general del Sindicato; Alejandro Salazar, Manolo Valdés y José Antonio, quien dijo:

> «Anoche, en Salamanca, cobijados en un recinto bajo de techo, pino de escaleras, pobre de luz, entre unos camaradas de buena estirpe leonesa, parcos en la sonrisa y en la alabanza, pasamos el aniversario de Matías Montero. Como el recinto, fue sin adornos la ceremonia: unas palabras de Salazar y de Bravo, otras palabras mías y un silencio, que nadie impuso, pero que tuvo en su autenticidad mucho mejor sentido que los rituales minutos de silencio.
>
> Dije a los camaradas de Salamanca y os digo ahora:
>
> El martirio de Matías Montero no es sólo para nosotros lección sobre el sentido de la muere, sino sobre el sentí do de la vida. ¿Recordáis —vosotros, los de la primera línea— una de las cosas con que intentaban deprimiros? Se nos decía: «No triunfaréis; para llevar adelante un movimiento como el vuestro hace falta contar con gente endurecida.» Por lo grande, los españoles arriesgaron y dieron la vida. Y por España y por Falange dio Matías Montero la suya. Buena piedra de toque es ésta para conocer la calidad de nuestro intento. Cuando dudemos, cuando desfallezcamos, cuando nos acometa el terror de si andamos persiguiendo fantasmas, digas: ¡No! Este es grande, esto es verdadero, esto es fecundo; si no, no le hubiera ofrendado la vida —que él, como español, estimaba en su tremendo valor de eternidad— Matías Montero.»

ESTÉTICA Y ESTILO

El 24 de febrero, el café San Isidro, de Madrid, se vio invadido, a los postres de un banquete de homenaje a Eugenio Montes, por un centenar de estudiantes, cuyos presupuestos no daban para acudir antes a la cita. Estaban seguros de encontrar en los brindis «entraña y estilo»:

> «Esta es nuestra Falange —comenzó José Antonio—: esta mañana, predicando por campos de Castilla; ahora, contigo a la mesa, hermano Eugenio Montes. Eso es nuestra Falange: la que integra una intelectualidad que vivió sin entrañas, perdida en un esteticismo estéril, con una tierra entrañable a la que quiso privar de toda exigencia de estilo. Ahora se nos habla mucho contra el estilo; se nos dice que nadie que hizo nada grande se dio cuenta de que tenía estilo. ¿Y qué importa que no se diera cuenta lo que Goethe llamaba la idea de su existencia, es la forma interna de una vida que, consciente o inconsciente mente, se realiza en cada hecho y cada palabra.»

[130] Se refería al mensaje que el claustro de la Universidad de Cervera había enviado en 1827 a Fernando VII: «Lejos de nosotros, señor, la peligrosa novedad de discurrir.»
[131] Historia de la Falange Española de las J. O. N. S., Francisco Bravo.
[132] En su permanente actitud contra lo generalizado, o el lugar común, Unamuno entendía que los seguidores de José Antonio debieran llamarse fajistas y su movimiento fajismo.

La respuesta de Eugenio Montes fue de igual tono: «Allá, en el abril del Renacimiento italiano, hubo un día feliz entre todos los días en que los estudiantes de Bolonia, hartos de panderetas y de menudas aburridas glorias, irrumpieron en las aulas dándole al aire este grito divino: "¡Habladnos de Platón! ¡Por lo que más queráis, habladnos de Platón, por Dios y por la Virgen!".»

«Por insultar a Indalecio Prieto o a Manuel Azaña perderse una vida es mucho. Es, en verdad, demasiado; pero por un concepto platónico de España, por una "esencia", bien puede darles una existencia de sacrificio, porque el hombre muere y la esencia dura.» Terminó diciendo: «La batalla de Lepanto fue ganada por los estudiantes de Alcalá, que sabian griego.»

José Manuel Aizpurúa creó en San Sebastián el primer círculo «intelectual y estético» de la Falange. Lo bautizó con una palabra vasca: «Gu» —«Nosotros», en castellano—. Fue inaugurado con una conferencia de Rafael Sánchez Mazas, en la que manifestó el amor falangista por la personalidad de las regiones y dijo del fundador del círculo: «Es uno de esos vascos que el país produce, de tiempo en tiempo, para su propio honor y el honor de España.»

No por petulancia, la juventud universitaria es considerada fiel intérprete de la rigurosa manera de pensar y de ser de la Falange, muy por encima del resto de los camaradas de otras procedencias.

En una carta dirigida a Bravo el 15 de febrero, decía José Antonio: «Los muchachos de Santander se han sublevado contra una vieja dirección inepta y mediatizada por las gentes de siempre y la han destruido *manu militari*. He tenido que darles la razón.»

Aquellos jóvenes, entre los que estaba Pedro Gómez Cantolla, le habían mostrado documentos de los rectores de la Alianza Regional que habían sustraído por la fuerza, entre los que figuraban cartas recomendando a los obreros falangistas porque «podrían pagarles menos». José Antonio, que había recibido otro informe similar de Pancho Cossío, les contestó: «Si es verdad lo que me decís, hay en Santander una hermosa bahía para tirar al agua a esos mandos.»

Si resultaba fácil la adecuación de lo revolucionario a la juventud, no lo era tanto el que este sentido renovador estuviera limpio de ganga. Los estudiantes seguían a José Antonio, pero no eran escasos los recelos para quien había comenzado en la política como propagandista de un partido monárquico. En el fondo de su pensamiento, alguno temía que su ídolo fuera un simple «señorito inteligente» y molestaba que hubiera motivos aparentes para creerlo, por leves que fueran. Así se proyectó la eliminación de una fotografía de José Antonio con impecable chaqué, expuesta en las vitrinas que en la calle de la Montera tenía el fotógrafo Cartagena. Pero los «chíbiris» se anticiparon y obligaron tumultuosamente a que se quitara. Por cierto que el hijo de Cartagena les anunció: «Ya la aguantaréis, pero de dos metros y por todas las esquinas.»

SINDICATO POLÍTICO

El curso fue parco en violencias. La pausa relegó a un segundo plano a las milicias y la F. U. E., en otro tiempo omnipotente, sufría la consecuencias de la derrota de octubre. Situada entre el crecimiento falangista y la falta de apoyo gubernamental, languidecía visiblemente. En la Escuela de Técnicos Industriales, que funcionaba en el edificio de Areneros, incautado a los jesuitas, y dentro del núcleo de estudiantes obreros de este Centro, se mantenía un activo foco comunista. Frente a él, el S. E. U. contaba con excelentes dirigentes: Vallina, Galar, De la Gándara, Romero, que mantenían la línea iniciada allí por Honorio Gómez Almaraz. El mando pasó a los jefes de Facultad y sólo cuando el orden se alteraba volvía al jefe de milicias. Con ello cobró importancia lo profesional. Pero mientras la F. U. E. declaraba, cínicamente: «Somos absolutamente apolíticos y aconfesionales», el S. E. U. hacía siempre destacar su fe falangista. En la etapa hacia el Poder no podía dejar de ser, primordialmente, político.

La afición cinematográfica de Gaceo, incitada por la exhibición de magníficas películas rusas, verdaderamente sugestivas, le llevó a la organización de unas sesiones que sirvieron de propaganda. La primera proyección se celebró, el 25 de febrero, en el cine Bilbao. «Nuestro cine-club —decía Gaceo— es político; tiende a presentar en esta época, en que se mezclan la grandeza y decadencia de una civilización, una nota alegre y combativa. Por eso dedicamos la primera sesión al cinema italiano fascista.» Se proyectaron dos documentales, «Virgen del Mar» y «Tierras redimidas», y el filme de Forzano «Camisa negra», que fue presentado por Carlos Ruiz de la Fuente. A la salida, la glorieta de Bilbao aparecía tomada militarmente por guardias de Asalto a pie y a caballo. El acto falangista más inocente llenaba de preocupaciones a la Dirección General de Seguridad. Se había pensado que el «Cine-club S. E. U.» reprodujera sus programas por los distritos universitarios; el primero habría de ser Salamanca, el día 24 de marzo. El 13, José Antonio, al autorizarlo, decía a Bravo: «No hay ningún inconveniente en que se proyecte ahí la película "Camisa negra", con la conferencia de Giménez Caballero. Estoy seguro de que una conversación tuya con él le apartará de todo propósito de extravagancia y le hará ver la conveniencia de sujetarse a la buena línea. Por cierto que te has distraído un poco al no revisar el anuncio de la conferencia redactado por el Sindicato de Estudiantes. ¿Qué es eso de que Giménez Caballero es "líder de la juventud española"? ¿A qué viene la cita del texto alemán —escrita por el propio Ernesto—, parangonando su influencia en la juventud con la de Ortega y Gasset? ¿Y el infeliz recuerdo a sus artículos sobre los patronos? Conviene que revises todas las cosas de nuestro Movimiento destinadas a la publicidad.»

Dos meses más tarde, el Cine-club organizó la segunda sesión, en el cine Royalty, con la película de Ucicky «Crepúsculo rojo»; en su presentación, junto con Ruiz de la Fuente, encontramos a Samuel Ros y Carlos Fernández

Cuenca. Por entonces aparece «La Bandera», de Rene Clair, dedicada al general Franco y basada en el episodio del llamado «blocao de la muerte», que emocionó a millares de espectadores y originó multitud de incidentes.

La estúpida profanación de la tumba del marqués de Valdecilla dio lugar a un acto de desagravio, el 11 de marzo, en el «Aula grande» de la Facultad de Derecho. La calma del curso permitió la asistencia y confraternidad de estudiantes de todas las tendencias; intervinieron, por la F. U. E., José Luis González; por el S. E. U., Juan Manuel Fanjul, y por los Estudiantes Católicos, Juan José Pradera. Finalmente, Gascón y Marín Posada elogiaron la unidad de los estudiantes madrileños ante el vergonzoso hecho. No habría de encontrarse otra ocasión para reunión semejante.

El 14 de marzo, la Dirección General de Seguridad aprobó los nuevos Estatutos del S. E. U. Constaban de doce capítulos y cuarenta artículos. En ellos se creaba el Consejo Nacional y, como representación permanente del mismo, la Junta Consultiva; se introducía la denominación de jefe de Facultad y desaparecían las Juntas de Mando; venía a recoger, en suma, lo que era ya una realidad. En el artículo primero se modificaba la terminante afirmación de «laborar por la enseñanza única del Estado» por otra forma más suave:

«Laborar por una disciplina estatal rigurosa de la educación que consiga formar en los españoles un espíritu nacional fuerte y unido.» Y se añadía, entre los fines: «Cultivar una intensa relación afectiva e intelectual con los estudiantes hispanoamericanos.» Era la expresión de un deseo fervientemente anhelado.

Se reorganizaron los ficheros y, con Victoriano Agui-lar, se inició un elemental sistema administrativo y contable. Tomó cierto impulso la sección deportiva, que contaba con el campo de El Parral, situado en las cercanías de la vieja plaza de toros; la sección de atletismo la dirigía Francisco Almagro, y la de hockey, José María Díaz Aguado. Con más esfuerzo del que merecía el pobre resultado, fueron confeccionados unos apuntes impresos a ciclostil y hechos en colaboración de estudiantes y profesores. El S. E. U. de Medicina, del que era jefe Fernández Canepa, organizó un cursillo sobre «Fracturas», explicado por Alfonso Lafuente Chaos.

Las nuevas tareas no eran óbice para continuar con el mismo entusiasmo los quehaceres estrictamente políticos. Un importante acto falangista celebrado en Villagarcía de Arosa contó con la presencia ruidosa de los universitarios de Santiago, a quienes dedicó su discurso Manolo Valdés.

La castiza alianza de estudiantes y modistillas seguía con los naturales acoplamientos a los cambios de costumbres. Pese a que al contar con un apreciable censo escolar femenino se canalizaban hacia sus compañeras muchas diversiones en común, se recibió con alborozo la intervención de Guillermo Aznar al mando de su «falange» de Derecho en el escarmiento a los almacenes Sepu de la Gran Vía mardrileña el 16 de marzo. Había repulsado la empresa a quince chicas por presión de grupos sindicales marxistas. Como las gestiones normales para su readmisión no dieran resultado, se decidió la réplica en otro terreno. Los escuadristas, en pequeños grupos —José María Alonso Goya dirigió uno de ellos—, se situaron a lo ancho de los almacenes en su parte final, provistos de porras metálicas. A una señal de Agustín Aznar comenzó la ruidosa «verbena». La pasada al local alcanzó su máxima espectacularidad en las secciones de perfumería. Hubo veintidós heridos leves y cuantiosos desperfectos. Cuando llegaron los guardias de Asalto, el único que se encontraba en el lugar de la acción era Agustín Aznar, quien se unió a la fuerza pública para lamentarse de lo ocurrido. Al día siguiente fue, sin embargo, detenido en su domicilio. Por estar declarado el estado de alarma y ser reincidente, le pidió el fiscal veinticuatro años de prisión. Salió en libertad a los pocos días por no demostrarse su intervención en los hechos.

APARECEN «ARRIBA» Y «HAZ»

El 23 de marzo se voceaba por las calles Arriba, el nuevo semanario falangista. En el grupo orientador del periódico figuraban los seuístas Gaceo, Cadenas, Ruiz de la Fuente, Aizpurúa y Alfonso Ponce de León, que dibujó la cabecera. De formato grande, con titulares ostensibles, era más combativo y menos literario que F. E. Con el título «España, estancada», José Antonio escribió el primer editorial, en el que, deplorando lo crítico de la situación política y social, terminaba con el siguiente llamamiento:

> «¡Basta de falsificaciones! La tarea española está intacta: la tarea de devolver a España un espíritu nacional auténtico y asentarla sobre un orden social distinto. Basta de palabrería mal copiada y vamos a la busca de la palabra decisiva, de la magnífica palabra del resurgimiento. Otra vez hay que salir contra los que quieren arrancarnos del alma la emoción española y contra los que amparan, bajo la bandera del patriotismo, la averiada mercancía de un orden burgués agonizante. ¡Estudiantes de España, obreros de España, intelectuales de España: otra vez a la tarea!»

Tres días después aparecía Haz, portavoz del Sindicato. Ocho páginas, con secciones literarias, cinematográficas, deportivas y políticas.

La Redacción tenía por domicilio la pensión donde residía Alejandro Salazar, que se encargó de la dirección del periódico. La casa de huéspedes era, de hecho, un centro falangista más. En la habitación de Salazar, una gran bandera roja y negra cubría la pared principal. En el incesante ir y venir, más de uno se prendó de la delicada belleza de la hija del hostelero. El periódico contaba con la fecundidad literaria del grupo de Filosofía, que soportó el mayor trabajo. La portada del número inicial la ocupaba un manifiesto: «El S. E. U. no ha luchado ni luchará nunca por una parte de los estudiantes. Lucha por todos, porque ansia tener a todos junto a sí.» José Antonio, que habría de regalar al semanario sus mejores artículos con el título de «España, incómoda», escribía:

> «Hoy hay que servir. La función de servicio, de artesanía, ha recobrado su dignidad gloriosa y robusta. Ninguno está exento —filósofo, militar o estudiante— de tomar parte en los afanes civiles. Conocemos este deber y no tratamos de burlarlo.
>
> En España menos todavía. Nuestra España está huérfana de un orden armonioso. ¿Cómo, sin él, podrá nadie estar seguro de ocupar su puesto en la armonía? Nuestra España —que se calificó por ser un estilo, según Menéndez y Pelayo— es hoy la cosa menos estilizada del mundo. En sus cimientos populares hay, sí, yacimientos magníficos de civilización reposada y exacta, pero ¡cuánto cascote sobre los cimientos de la tierra! No se sabe qué es peor, si la bazofia demagógica de las izquierdas, don de no hay manoseada estupidez que no se proclame como hallazgo, o la patriotería derechista que se complace, a fuerza de vulgaridad, en hacer repelente lo que ensalza, Y producido por el alboroto de las izquierdas y las derechas, un caos ruidoso, confuso, cansado, estéril y feo.
>
> Nosotros, estudiantes, no os llamamos con la invocación del nombre de España a una charanga patriótica. No os invitamos a cantar a coro fanfarronadas. Os llamamos a la labor ascética de encontrar bajo los escombros de una España detestable la clave enterrada de una España exacta y difícil.
>
> No venimos sólo a execrar como antipatriotas a tantos y a tantos críticos de España como se adelantaron a formular nuestro descontento. Venimos a reprocharles que no añadieran a su crítica mayor efusión. Pero su descontento es nuestro. Nuestra manera de servir a España tendrá también que ser rigurosa. Tendremos que hendir muchas veces la carne física de España —sus gustos, su pereza, sus malos hábitos— para libertar a su alma metafísica. España nos tiene que ser incómoda. ¡Dios nos libre de encontrarnos como el pez en el agua en esta España de hoy! Tenemos que sentir cólera y asco contra tanta vegetación confusa. Y sajar sin contemplaciones. No importa que el escalpelo haga sangre. Lo que importa es estar seguros de que obedece a una ley de amor.»

Escasos iban a ser los anuncios que ayudaran a la vida económica del periódico. El número inicial publicaba uno que, por sus especiales características, merece su reproducción:

RESTAURANT CONSTANTE. El mejor que sirve en Madrid. Puebla, 14, pral. Teléfono 22481.—Cubierto de 1,70: Sopa y dos platos, pan vino y postre. Por abono de 30 comidas, 46,20 pesetas. Cubierto de 2,30: Sopa y tres platos, pan vino y postre. Por abono de 30 comidas, 55,00 pesetas.—No se admiten propinas. Todo a elegir del menú. Cubierto especial: 3 pesetas.—No confundirse: Puebla, número 14, principal. Madrid.»

EL DIALOGO DE LAS PISTOLAS

La cobarde e injusta liquidación del trágico episodio asturiano motivó protestas estudiantiles en toda España, especialmente en Oviedo, con huelga general. En la capital del Principado, el S. E. U., por reacción ante los acontecimientos de octubre y con la visita de José Antonio, había crecido considerablemente. Se reforzó con la llegada de varios santanderinos de espíritu decidido: Francisco Labadíe, Pedro y Ramón Gómez Cantoya, Jesús de la Espina, Manuel Felipe de la Mora y el vallisoletano Juan Represa, portador de los hechos valerosos de los camaradas castellanos. Contaba también con dos madrileños, Uzqueta y Orozco, siempre dispuestos a todo. Uzqueta era popularísimo por haberle tirado, en la Central, un simbólico repollo al profesor Jiménez Asúa.

No pasarían muchos días sin que Covián y Represa, solos, en la Escandalera, donde se cotizaba para los presos de octubre, se dedicaran a repartir hojas de propaganda y, como vieran romper una, limpiaron la plaza, mientras insultaban a los que huían y las gentes aplaudían su valor desde los balcones.

También en Valladolid, la protesta originó una huelga en los centros escolares, con cargas de los guardias de Asalto, el día 31, al estacionarse los estudiantes ante la Audiencia, y en la calle Santiago, frente al centro del Partido Radical. Luis Alonso Otero capitaneaba el S. E. U. con energía desde una pequeña habitación del domicilio de la Falange, en la calle de San Blas, adornada con un retrato de Cervantes y un águila imperial.

El día 3 de abril, cuando se formaba un nuevo Gobierno, la Falange enterraba al obrero García Vara, asesinado a unos pasos de su local social de la cuesta de Santo Domingo. El día 27 había celebrado asamblea el Sindicato de Panadería, del que era secretario Vara, que inquietaba con su actividad a las organizaciones marxistas. Era el primer caído desde el octubre rojo. Otra vez volvía el diálogo sangriento de las pistolas.

El 4 de abril, Antonio Lavin San Román, voceando Arriba por las calles de Santander, hubo de hacer frente a un grupo numeroso que trató de impedir la venta del periódico, esgrimiendo una pistola, por lo que fue detenido y puesto a disposición del Juzgado.

Lo limitado de los contingentes humanos que integraban la Falange y la hermandad ante el peligro no permitían diferencias profesionales. Un camarada muerto suponía el mismo dolor para todos, cualquiera que fuese el sector a que perteneciera.

El martes día 9, el tercer número de Haz hubo de venderse con protección. En la Ciudad Universitaria, socialistas de acción, mezclados con algunos obreros de los que trabajaban en las obras, trataron de impedir la venta del periódico. Afortunadamente no hubo heridos en los tiroteos sostenidos. Varias camionetas de Asalto, guardias de Caballería y agentes de Policía acudieron a los lugares donde se produjeron los incidentes, siendo

detenidos doce estudiantes del Sindicato, puestos a disposición del Juzgado Militar de Guardia por desorden público [133].

El 11 de abril, en Salamanca, cuando atravesaba el parque de la Alamedilla. el obrero falangista Juan Pérez Almeida, acompañado de su novia y su hermana, fueron abordados por un grupo, que a bocajarro dispararon contra ellos. Carmen, su hermana, de doce años, estudiante de Bachillerato, lucía en la solapa un yugo y flechas que le había regalado su hermano; murió casi instantáneamente de un tiro en la cabeza. Juan, electricista, tenía veintiocho años, era un verdadero atleta; con una bala que le atravesó los dos pulmones, se debatió durante días entre la vida y la muerte. Falleció el 4 de mayo. Sus camaradas quisieron vengarle. Visitó a Bravo un estudiante vallisoletano que estudiaba en Salamanca para ofrecerse personalmente y, si era necesario, para atraer a camaradas de Valladolid. «Bravo, jefe provincial, se opuso terminantemente —dice García Venero— a las represalias.»

DEBERES CON LA UNIVERSIDAD

El 11 de abril, durante las vacaciones de primavera, el S. E. U. celebró su primer Consejo Nacional. Representaba la culminación de sus esfuerzos profesionales y su necesidad aumentaba con la pujanza numérica adquirida.

En principio fueron designados Felipe Gómez Acebo, Luis Aguilar, Agustín Aznar, José María Alonso Goya, Enrique Suárez Inelán, Javier Aznar Acero, Vicente Ga-ceo, Mercedes Fórmica, Justina Rodríguez de Viguri, Manuel Gordejuela, Heliodoro Fernández Cánepa, Alejandro Allánegui; los jefes de distritos universitarios y los jefes provinciales de Castellón, Ciudad Real, Córdoba, La Coruña, Guipúzcoa, Navarra, Santander, Toledo, Vizcaya y Avila.

Las detenciones y las dificultades económicas hicieron variar estos primeros nombramientos, pero no sensiblemente. Tal vez la baja más lamentable fue la del secretario del Consejo, Eduardo Rodenas, preso en la Cárcel Modelo.

Las tareas se iniciaron con unas palabras de José Antonio. Recordó los primeros pasos de la Falange, aun ni siquiera nacida, en una pieza de la calle de Alcalá Galiano:

> «Luego —dijo— vino la salida pública y las interpretaciones interesadas; para unos éramos, en lo secreto, nostálgicos de cosas idas; para otros, la fuerza de choque del orden burgués; todos se equivocaron; somos de veras lo que dijimos desde el principio: nacionalsindicalistas; por eso nos apresuramos a formar nuestra estructura en Sindicatos. Sindicatos que no son simplemente órganos de represión, sino de actuación, de participación, de ejercicio.
>
> En ellos se logrará armonizar al hombre con la Patria, a través de la función de cada uno, de manera auténtica y profunda.
>
> El primer Sindicato fue el vuestro, de estudiantes, que hoy, adueñado de las Universidades, inaugura su primer Consejo Nacional, y en él, camaradas, tenéis que meditar acerca de tres órdenes de deberes.
>
> Primero. En sus deberes para con la Universidad, que no ha de ser considerada como una oficina de expedición de títulos, sino como un organismo vivo de formación total. Así, el Sindicato, dentro de la Universidad, tiene que cumplir dos fines: el propiamente profesional, escolar —donde nuestros camaradas han de aspirar a ser los primeros— y el de aprendizaje para los futuros Sindicatos en que el día de mañana se insertará cada uno [134].
>
> Segundo. En sus deberes para con España. La ciencia no puede encerrarse en un aislamiento engreído; ha de considerarse en función de servicio de la totalidad patria, y más en España, donde se nos exige una tarea ingente de reformación; y
>
> Tercero. En sus deberes para con la Falange, donde el Sindicato de Estudiantes ha de ser gracia y levadura. Por eso en él han querido introducir sus más activos venenos de desunión todos los enemigos declarados o encubiertos de lo que representa la Falange.
>
> Si cumplís estos tres deberes, estad seguros de que España será nuestra. Sólo nuestra debilidad interior nos puede deparar la derrota, pero si permanecemos unidos y en torno nuestro la nueva España de nuestros hijos, recordaremos esta mañana primaveral, que aún tiene luz inverniza, con la satisfacción de los que no están descontentos de su obra.»

La ponencia central señaló los «puntos básicos»:

[133] Los detenidos fueron: Diego Burgos González, Eduardo Rodenas Uría, Jorge Ruiz Santayana Biosca, José Antonio Pezuela Andrade, Cipriano Fidel Timón, Aníbal Molto Martínez, Rodrigo Keller Arquia-|ua, Carlos Macho Montaraz, Anselmo García de Polavieja y Novo, Rogelio Martínez Zapatero, Alfonso Ortega Azpicua y Luis Guijarro Acero.

[134] Escuchamos más de una vez a José Antonio su interés por tener a su lado a los estudiantes más destacados en cada asignatura. Para él, la rebeldía universitaria no podía ir en menoscabo de los primordiales deberes de la formación cultural, pues entendía que, en el futuro, la sociedad y el Estado irían indefectiblemente a las manos de los mejor preparados y no a la de los más alborotadores.

1. Queremos la extensión de la zona cultural universitaria a aquellos núcleos sociales que por motivos económicos no consiguen prácticamente el acceso a los centros docentes superiores de la Patria.

2. El Estado retribuirá suficientemente al personal de cátedras para que, sin auténticas disculpas de orden económico, se dedique totalmente a su más perfecta labor de enseñanza.

3. Los catedráticos y profesores que no cumplan con sus deberes profesionales serán sancionados disciplinariamente.

4. Todas las cátedras serán cubiertas en el plazo máximo de un año.

5. Para la entrada en la Facultad se hará un examen previo, que sólo permita el ingreso a los alumnos aptos. Mientras no se acometa una reforma profunda del bachillerato, se darán en las mismas Facultades cursos preparatorios para este examen.

6. La cantidad y distribución de las asignaturas en los cursos, así como los cuestionarios y exigencias, serán iguales en todos los centros docentes de la Patria.

7. Toda reforma en los planes de estudio no afectarán a los alumnos que posean derechos adquiridos en el desarrollo normal de sus estudios.

8. Aspiramos a una reforma de enseñanza más completa y eficaz, tendiendo a sustituir los exámenes por cursos y asignaturas por otros medios más eficaces de calificación del alumno.

9. Queremos, y de nuestra parte mandamos, la máxima disciplina en la masa escolar.

10. Será rechazada y combatida toda huelga que no esté justificada por altos motivos de interés nacional.

11. Aspiramos a la sindicación única y obligatoria.

12. Cada curso estará representado por un delegado en el claustro de profesores, para aquellos asuntos que afecten directamente a la masa escolar.

13. Se laborará por una reforma justa de los planes del Magisterio, considerando que son hoy unos de los que precisan más urgente solución.

14. La matrícula de las secciones de deportes será obligatoria para todos los alumnos oficiales.

En un estudio de Guitarte y Gómez Acebo, «La conquista de la Universidad», se partía de la necesidad de que los afiliados al Sindicato fueron, profesionalmente, los mejores. Juan Manuel Aizpurúa defendió, y se aprobó después de amplia discusión, la creación de una Universidad situada en la región vasco-navarra. El Consejo se ocupó de múltiples asuntos: la difusión de Haz; las cuotas a exigir; las normas tácticas de actuación, que expuso Luis Aguilar; la ayuda a los hijos de los obreros falangistas, especialmente de los asesinados, y aprobó una declaración sobre la posición del S. E. U. ante otras asociaciones, que el tiempo había de ir concediéndole interés creciente: «El Sindicato Español Universitario no colaborará con ninguna otra asociación, salvo el caso en que el jefe nacional lo autorice, y luchará por su propia desaparición al sostener la sindicación única y obligatoria.»

Las dificultades del Consejo de orden económico fueron salvadas con ingenio. El grupo más numeroso, el vallisoletano, desplazó a Luis Alonso Otero, Víctor Fragoso, Leopoldo Remolinos, Reinerio García Pérez, José Manuel González Fausto y José María Revuelta; en realidad, estos dos últimos hicieron posible el viaje de todos, pues el rector, Isidoro de la Villa, había concedido una subvención para una competición de atletismo que se celebraría en Madrid y que coincidía con el Consejo. En la relación de viajeros figuraba como subcampeón de lanzamiento de peso José Aviles, que, aunque por su corpulencia podía pasar por tal, no había lanzado el peso en ninguna competición deportiva. La subvención se había conseguido gracias a la excelente actuación de los atletas de Valladolid en los campeonatos de Castilla celebrados el 24 de marzo, en los que José Manuel González Fausto ganó el título en los 1.000 metros y José María Revuelta el campeonato en triple salto, altura y longitud. En esta nueva actuación de los atletas del Sindicato de Valladolid, la F. U. E. trató de oponerse a que lo hicieran con el águila imperial y las letras S. E. U. bordadas en rojo osbre fondo negro; nuestros camaradas anunciaron que de otra forma no participarían y, como resultaban indispensables para obtener un triunfo universitario —se trataba de los campeonatos absolutos de Castilla— hubieron de transigir. En ellos, González Fausto, vencedor en los 1.500 metros, derrotó al favorito Meneses, un repartidor de periódicos que había conseguido categoría internacional.

Era fácil criticar los resultados alcanzados en los cinco días de trabajo y discusiones. No había de pasar un año, un consejero escribiría en un folleto sus puntos de vista, poniendo de relieve la ingenuidad de los acuerdos y la enorme distancia entre lo propuesto y lo posible. El fino sentido político de Julio Ruiz de Alda lo anunció en el discurso de clausura, el día 16: «Habéis llegado a la confección de programas y a plasmar en letra nuestros anhelos. Pero lo interesante en la vida no es confeccionar programas, sino llevarlos a la práctica. Esto es lo difícil, pues no se logra en un momento de entusiasmo. Se necesita trabajar un día y otro con tenacidad, con paciencia y decisión.» Julio intuía también cuál había de ser el mejor fruto: «Este primer Consejo, por el mero hecho de haberse celebrado, dará al movimiento estudiantil una de nuestras cualidades mejores: la unidad. El movimiento de F. E. va saliendo a la superficie por brotes espontáneos. Todos ellos sienten el mismo anhelo, pero siempre existen diferencias de matices en unos y otros. De aquí, todos saldréis con el mismo estilo para darles a vuestros cantaradas de provincias fortaleza en nuestra fe y en un concepto nacional de nuestra misión, definido y concreto.»

Había presentado un estudio sobre la creación de Universidades obreras el S. E. U. de Valladolid, en el que militaba José Antonio Girón, estudiante de Derecho. Para él, como para todos los afiliados, decía Ruiz de Alda:

«Dentro de muy pocos años vais a dirigir la vida española. Daos cuenta de esto para que deis importancia a vuestros actos.»

De gran interés fue el intercambio de iniciativas surgido con la lectura de los informes sobre la marcha del Sindicato en las distintas Universidades. No por paradoja, diremos que el no encontrar fórmulas profesionales acabadas constituía una virtud, ni un solo estudiante falangista estaba en ánimo para la meditación de problemas ajenos a la política. Todos sentían, como expresó Alejandro Sala-zar en la clausura, que había que destruir previamente el sistema político existente para edificar cimientos sólidos. Este espíritu hacía posible informes como el de Salamanca, en el que su jefe aclaraba el retraso en el funcionamiento del S. E. U. en virtud de que los estudiantes estaban entregados por entero a la Falange.

Como consecuencia del Consejo se formó la Junta Consultiva, presidida por Fanjul, jefe del Sindicato madrileño, y de la que fueron miembros Quitarte, Paquet Rodenas, Cánepa, Otero, Muñoz Dávila, Requena, Villalba y Mercedes Fórmica, que aportó su feminismo al Consejo en una ponencia en que se hablaba de bordar yugos y flechas en banderas y estandartes. Téngase en cuenta que, por entonces, no existía el «Cara al Sol».

CERRANDO EL PASO A LA SUBVERSIÓN ROJA

Las juventudes socialistas y los sectores más revolucionarios de su partido aumentan la presión sobre los moderados. El separatismo acentúa su intolerancia; el diputado Comín denuncia en las Cortes el éxodo de los catedráticos no catalanes de la Universidad de Barcelona ante lo irrespirable del ambiente; se daban 265 clases en lengua vernácula, frente a 95 en castellano; la discriminación contra el español hizo que se explicara una clase de latín en catalán sobre un texto italiano.

González Peña volvía a dar consignas subversivas en los periódicos y las milicias marxistas otra vez se preparan militarmente. Frente a esto, la Falange estaba dispuesta a no ceder, y en su armamento moral fue importante el episodio de Aznalcollar, pequeño pueblo de mineros. Porque allí se había podido combatir a tiro limpio con un enemigo superior en número y con todas las ventajas a su favor.

El 29 de abril, cerca de un centenar de marxistas impidieron, por la mañana, la venta del número 6 del órgano de la Falange. El día siguiente, por la tarde, veintiún camaradas llegaron en tres coches de alquiler, que dejaron en la entrada del pueblo, y, por una ancha calle, penetraron seguros, voceando Arriba; llevaban diez pistolas. Unos guardias municipales trataron inútilmente de impedir la venta. Por último, los marxistas, parapetados en las casas y en bocacalles, abrieron fuego con pistolas y escopetas contra los falangistas, que, convenientemente desplegados en la calle principal y en la plaza, contestaron adecuadamente. Ante la presencia de la Guardia Civil iniciaron su retirada. Entonces fue herido mortalmente García Mín-guez, que, en pie, tranquilo y erguido, disparaba contra los atacantes. Ya caído, se abalanzaron sobre él con navajas y, a bocajarro, trataron de rematarle; pero Martín, que mandaba las milicias, hizo huir al grupo y no abandonó al camarada muerto hasta que se acercó la Guardia Civil. El final de la lucha señalaba, además de la muerte de García Miguez, dos heridos y trece detenciones; en el campo marixsta, un muerto, el que remató al falangista, cinco heridos y ningún detenido.

En el expediente de recompensas número 17, José Antonio concedió la Palma de Plata a Narciso Perales, y el Aspa Blanca, a los estudiantes Juan Domínguez, Juan Pérez Velázquez, Santiago Herrero, Julio Rivera, Miguel Vázquez, Aníbal Carrión y Pedro Menchén. La mitad, cuando menos, de los componentes de la Falange sevillana estaba formada por estudiantes, curtidos en las más duras luchas y para quienes acciones como la de apoderarse de un retrato de Azaña en el local de la F. U. E. y colgarlo invertido en al fuente del Arenal resultaban una diversión sin importancia.

El 6 de mayo, el jefe radical constituye un Gabinete con cinco cedistas, en el que figuraba como ministro de la Guerra Gil Robles. Era el tercer Gobierno en cuatro meses; las derechas, populistas, repicaron a gloria como si por arte de encantamiento se hubieran, definitivamente, resuelto los problemas que tenían a España varada desde siglos. La Falange, convencida de lo efímero y estéril del planteamiento, siguió su ruta difícil, y aquel mismo día de la «victoria» gilroblista y precisamente en el feudo electoral del político católico, en Salamanca, enterraba a Pérez Almeida, que agonizaba desde el 11 de abril. Y pronto aumentaron sus caídos con el asesinato de Miguel Soriano, en Linares, y las muertes de Enrique Moyano, José María Suárez y José Molina al explotar una bomba colocada en el centro social de Oviedo.

«Fue una vergüenza ver desangrarse a la Falange en medio de una soledad espantosa, entre fáciles ironías de los sectores de derechas» [135].

En mayo fue asaltado el centro de Izquierda Republicana, situado en el 6 de la calle Mayor. Tomaron parte los estudiantes Guillermo Aznar, Fernando Reyes, Gaceo, Corniero y el mayor de los Vernacci. En la acción fueron apuñalados, no gravemente, Aznar y Reyes.

[135] José Pía, Historia de la Segunda República. Su autor añade: «El único que vio claro que la subversión roja continuaría su marcha fue José Antonio.»

EL MITIN DEL CINE MADRID

La Falange necesitaba mostrar públicamente y en la capital que la semilla sembrada con tanto esfuerzo y sacrificio no había caído en tierra yerma, que su eco era lo suficientemente amplio como para poder rechazar la calificación de simple grupo de choque. Ello llevó a la organización del mitin del cine Madrid, un antiguo frontón que albergó el 19 de mayo a cerca de 5.000 falangistas. Pese al número reunido, lo importante fue el rigor del acto; al fondo, un inmenso telón negro con el yugo y las flechas y los nombres de los dieciocho asesinados. Por la sala, cientos de camisas azules y banderas. Era un espectáculo desconocido en la política española. Tuvo una emoción especial la invocación de los caídos y los dieciocho «¡Presentes!». «Contamos con el Sindicato Español Universitario —dijo Raimundo Fernández Cuesta— pujante, poderoso, plantel magnífico de hombres. Y los estudiantes están con nosotros, convencidos de que su vigor y su entusiasmo no pueden emplearlos en mejor obra que en la de rehacer España, porque la masa estudiantil, que aún conserva el decoro, la sensibilidad y la vergüenza, no podía asistir indiferente al total hundimiento de su Patria.»

Allí estaban los estudiantes en la voz de Manolo Valdés: «La juventud que enarbola la bandera del Sindicato Español Universitario, cueste lo que cueste, luchará por levantar a España al lugar que le corresponde en la Historia.» José Antonio hizo una muy comentada declaración sobre la monarquía liberal:

> «Nosotros entendemos, sin sombra de irreverencia, sin sombra de rencor, sin sombra de antipatía, muchos incluso con mil motivos sentimentales de afecto; nosotros entendemos que la Monarquía española cumplió su ciclo, se quedó sin sustancia y se desprendió como cáscara muerta el 14 de abril de 1931. Nosotros hacemos constar su caída con toda la emoción que merece y tenemos sumo respeto para los partidos monárquicos que, creyéndola aún con capacidad de futuro, lanzan a las gentes a su reconquista Aunque nos pese, aunque se alcen dentro de algunos reservas sentimentales o nostalgias respetables, no podemos lanzar el ímpetu fresco de la juventud que nos sigue para el recobro de una institución que reputamos gloriosamente fenecida.»

El párrafo fue acogido con aclamaciones [136]. Los estudiantes falangistas interpretaron el discurso como paso decisivo hacia un movimiento enteramente revolucionario.

Fanjul, al terminar el acto, expresó sus «reservas sentimentales»; hubiese deseado un juicio menos categórico.

Finalizó José Antonio invocando para los falangistas un Paraíso de ángeles con espadas [137].

No obstante el éxito del cine Madrid, la Falange no reunía la asistencia de otras agrupaciones políticas, tanto de derechas como de izquierdas, que la aventajaban numéricamente. No era fácil entender la Falange y menos creer en su cómodo triunfo; esta situación realzaba el papel del S. E U., dada su preponderancia en la Universidad.

DISCURSOS DE ESTUDIANTES POR PUEBLOS Y CIUDADES

Los estudiantes no podían estar ausentes en las campañas falangistas por pueblos y ciudades. El 28 de mayo, en Don Benito, donde «la gente de Ezquer» mantenía una viril lucha con las organizaciones comunistas, y junto con José Antonio, intervino en una concentración en el campo de deportes Virgilio Viniegra, jefe del Sindicato en la provincia, quien dijo: «La masa estudiantil no podía asistir indiferente, sin vergüenza y sonrojo, al desastre del Estado español, y por eso se ha alistado bajo la bandera roja y negra del nacional-sindicalismo, Movimiento provisto del caudal suficiente de heroísmo y juventud para Salvar a España. Ya estamos dando la batalla y la victoria sólo puede ser nuestra.»

Al regreso del mitin, Vicente Galiana popularizó aún más el espíritu combativo de los camaradas extremeños en un artículo publicado en Arriba. En Don Benito, Margarita Nelken, diputado socialista, hubo de presenciar, con el natural asombro, mientras asistía a una inauguración pública cómo, al compás del himno de «Riego», ascendía una bandera republicana, pero con las letras «F. E.»

En mayo, en Grado, con motivo de la constitución del Sindicato Obrero de Oficios Varios, intervino, con Yela, Rafael Fernández: «Los estudiantes nos agrupamos en el S. E. U., que sigue los principios falangistas, y no seremos otra vez juguete de partidos políticos.»

En el teatro principal de Jaén, Valdés aludió a la imposibilidad de recluirse en la vida de estudio mientras España aparecía lanzada hacia la catástrofe moral y material.

En Catoira, Guillermo Togores ironizó sobre sus paisanos los separatistas intelectuales gallegos, motejándoles de «alpinistas», que sólo buscaban ascender a las cátedras sin presentarse a oposiciones.

---

[136] José Antonio, que había comenzado su vida política en la Unión Monárquica, recogía un estado de espíritu, punto de coincidencia de la juventud. Los universitarios no estaban con ánimo para luchar por la vuelta de la monarquía, y la razón política enseñaba que la tarea revolucionaria pendiente perdería energía si parte del esfuerzo se encaminaba a imponer una restauración.

[137] Le escuchó entonces un estudiante del S. E. U. madrileño de Ciencias, Carlos Ferreira, quien más adelante hizo la guerra, terminándola de capitán de la Legión. Carlos Ferreira esculpiría los ángeles con espadas que guardan la basílica del Valle de los Caídos, y el ángel del monumento santanderino a los alféreces provisionales.

Mas en pocos lugares el fervor y asistencia de Mota del Cuervo y Campo de Criptana el 30 de mayo:

> «Hoy me ha tocado hablaros —dijo Eduardo Rodenas—, ayer me correspondió estar en la cárcel, mañana es probable que caiga, como otros cayeron delante de mí [138].
>
> No creáis que a los mejores puestos se acercan sólo los elegidos. A los mejores puestos se acercan los que quieren trabajar y obedecer, porque los mejores puestos para una milicia como la nuestra están, sí, llenos de honor, pero no de comodidad o halagos; están repletos de dificultades y peligro.
>
> Os hablo en nombre de un organismo vivo de la Falange, del Sindicato Español Universitario, y os hablo en nombre de los estudiantes, a vosotros, hombres del campo, porque nuestro Sindicato no nació, como tantos otros, para que los estudiantes pudieran jugar al billar o a las cartas en un círculo más. Nació para trabajar, nació para poner la cultura al nivel de las clases populares, nació, en fin, para que esta España, triste, analfabeta, falta de ideas y llena de miserias, supiera otra vez colocarse en la primera fila de las naciones del mundo. Supiera imperar con su ejército si es preciso, sí, pero también con sus literatos, sus artistas y sus hombres de ciencia.»

En Mota del Cuervo, José Antonio terminó con una severa y ejemplar exigencia:

> «Muchos habrán venido a prometeros cosas que no cumplieron jamás. Yo os digo esto: nosotros somos jóvenes. Pronto —lo veréis— tendremos ocasión de cumplir o incumplir lo que predicamos ahora; pues bien, si os engañamos, alguna soga hallaréis en vuestros desvanes y algún árbol quedará en vuestra llanura: ahorcarnos sin misericordia; la última orden que daré a mis camisas azules será que nos tiren de los pies para justicia y escarmiento.»

En la plaza de toros de Madrilejos, Alejandro Salazar, acompañando a José Antonio, afirmó: «La juventud está en la Falange, porque la estima el único camino para la reordenación española.»

Ramiro Ledesma, en penoso aislamiento, publicó, finalizando la primavera, un hermoso libro: «Discurso a las juventudes de España», en donde trataba de orientar a «las únicas fuerzas creadoras y liberadoras de que la Patria dispone a sus juventudes».

SORDOS Y CIEGOS AL FUTURO

Con esa miopía histórica que ha caracterizado a los partidos derechistas españoles, la C. E. D. A., con la responsabilidad del Gobierno, emprendió una campaña contra la Falange, cuyas doctrinas venían filtrándose de manera evidente entre sus juventudes. Su argumento básico consistía en que, dominada la violencia marxista, resultaba inconveniente cualquier fuente de inquietud. Su ceguera daba por desaparecido el peligro rojo. Por el contrario, José Antonio preveía el próximo fracaso electoral populista y, con ello, la entrada del país en un peligroso callejón en el que, inevitablemente, habría de hacerse frente, en las peores condiciones, a la subversión marxista.

La Federación de Juventudes Socialistas, ganada por el extremismo de Largo Caballero, defendía abiertamente el entendimiento con comunistas y anarquistas en un plano revolucionario, bajo un lema revanchista, «Octubre». Los esfuerzos de Prieto y Besteiro por llevar sus juventudes al terreno de la colaboración con los izquierdistas republicanos fracasaron rotundamente. «Aspiran las juventudes —escribía Prieto— a encallejonar el partido socialista en las soluciones revolucionarias, con desdén hacia actividades muy importantes.» Baraibar le atacó con un libro, titulado «Las falsas posiciones socialistas de Indalecio Prieto». La táctica extremista contó con una revista teórica de grandes pretensiones intelectuales, Leviatán, dirigida por Araquistain. La postura de la juventud pasó sin tardar a la Unión General de Trabajadores, fascinada por el éxito de los marxistas franceses en la formación de alianzas obreras. Mientras tanto, el ingenuo Gobierno muestra su satisfacción por medio de Pórtela Valladares, ministro de la Gobernación, por la tranquilidad del país.

La desazón que se notaba en las juventudes de Acción Popular tomó estado público al tener Gil Robles que suspender el semanario J. A. P., desobediente a las consignas de euforia.

Al comenzar el verano se reúne, reservadamente, la Junta Política falangista en la sierra de Gredos. Como en todos los actos culminantes de F. E. de las J. O. N. S. no faltaron estudiantes, esta vez Salazar, Valdés, Aguilar y Aizpurúa. La Junta, considerando que el solo intento de dar entrada en el Gobierno a representantes moderados del derechismo neo-republicano había provocado la revolución de octubre, y que los grupos que en ella participaron continuaban su preparación subversiva, estimó que únicamente con una absoluta imprevisión podía aabndonarse la preparación material y moral ante un probabilísimo futuro de enfrentamiento armado. El cedismo gubernamental, molesto con la rebeldía falangista, pretextando unos incidentes con motivo de la venta del número 16 de Arriba, decretó su suspensión. Así, durante parte del verano, Haz quedó convertido en el único periódico de la Falange.

El 18 de junio, José Antonio firmaba una serie de recompensas, compendio de la abnegación y heroísmo de la Falange madrileña, y estudiantes eran la casi totalidad de los señalados. Se concedía la Palma de Plata, «por perseverancia y ánimo en las ocasiones de mayor peligro», a Luis de Aguilar, Agustín Aznar, Gerardo González, Sampedro y José Miguel Guitarte. El Aspa Blanca, a Manuel Valdés, Fernando de Alzaga, Guiellrmo Palao, Miguel Primo de Rivera, Guillermo Aznar, Alejandro Allánegui, Vicente Gaceo, Jorge Manteóla, Eduardo Fieravanti, Enrique Suárez Inclán, José María Alonso Goya, Eduardo Rodenas, José Costas y Gumersindo García. Se concedía el Aspa

[138] Rodenas fue asesinado en 1936, en el kilómetro 14 de la carretera de La Coruña.

Roja de herido a algunos de los anteriores y a Honorio Gómez Almaraz, Guillermo Ruiz Gijón, José Escobar y Manuel Gordejuela. Se decía también en el expediente: «La primera línea de Madrid, tan rica de servicios, tan probada en las circunstancias más duras y tan generosa en dar la sangre de sus mejores por la Falange, merece una alta recompensa colectiva que galardone con el orgullo de cobijarse bajo sus banderas a tantos como contribuyeron a hacerla ilustre con su anónimo esfuerzo.» «En mérito de todo lo dicho, se le concede la Plata de Plata para que la ostente bordada en la bandera de su unidad superior.»

Días antes, la primera línea madrileña había tenido dos actuaciones destacadas: ¿? día 4, asaltando el cine de la Flor, en donde se proyectaban películas soviéticas, y el 11, en un tiroteo con los comunistas en la calle Carranza.

Frente a esta actitud, Gil Robles decía en Valencia a una gran muchedumbre: «Nosotros tenemos bastante con la fuerza de la ciudadanía, con las papeletas electorales que han barrido del campo nacional, el 19 de noviembre, todos los obstáculos.»

La equiovcada confianza que el jefe cedista ponía en las urnas, y que condujo al 18 de julio, venía minándose con graves errores de la coalición gubernamental.

El Reglamento de la Ley de Arrendamientos Rústicos dejaba a los campesinos ante el arbitrio de los propietarios. José Antonio denunció en las Cortes las reaccionarias medidas, habló de cómo, en el pueblo sevillano de Badolatosa, a las mujeres que recogían los garbanzos, en jornadas de sol a sol, se les pagaba una peseta y que Narros del Puerto, en Avila, pertenecía por entero a una señora, que entre los motivos de desahucio a los colonos hacía figurar el ser malhablados. Terminó su discurso diciendo: «En la próxima revolución probablemente saldrán perdiendo los que tengan la culpa y los que no tengan la culpa.» La intervención del jefe de la Falange le ganó acres censuras en la Prensa derechista, en donde fue motejado de bolchevique. Salió al paso José Antonio en el A B C: «Los que se aferran al goce sin término de opulencias gratuitas, los que reputan más y más urgente la satisfacción de sus últimas superfluidades que el socorro de hambre de un pueblo, ésos, intérpretes materialistas del mundo, son los verdaderos bolcheviques. Y con un bolchevismo de espantoso refinamiento: el bolchevismo de los privilegiados.» Un historiador alemán, Hellmuth Günther Dahms, señala: «La Ley Agraria quedó sin mayor efectividad, con una miopía suicida; muchos propietarios redujeron los salarios y aumentaron la renta de los arrendamientos. El salario de los temporeros era de cuatro a seis pesetas por día en 1931. Subió hasta doce y ahora volvía a descender» [139].

El país seguía con cerca de dos millones de hombres en paro forzoso, y entre ellos un buen número de universitarios, pese a su reducido censo. Salían a la calle los tufos de una administración de granujas y tomó estado parlamentario el rechazado contrato de compra de petróleo a Rumania, pese a ser más barato y en mejores condiciones que el ofrecido por los Estados Unidos. En los presupuestos del Estado se votó una consignación para los «escamots» catalanes. Y después de haber explotado electoralmente hasta el cansancio el tema de los fusilamientos de Casas Viejas, se decidía no investigar sobre la responsabilidad política de lo sucedido,

UN CISNE SOBRE BANDERA NEGRA

Se discutió a lo largo del curso la conveniencia de tener emblema y bandera del Sindicato. Algunos se oponían, basándose en posibles confusiones. Cuando se decidió tener insignias propias, el problema consistió en encontrar una que fuera al mismo tiempo universitaria y falangista. Se proyectó que el guión de mando tuviera como color de fondo el de la Facultad a que perteneciera el jefe nacional y que la bandera fuera negra, el color del sindicalismo avanzado, en los límites del anarquismo, utilizado también por los estudiantes fascistas italianos, y como escudo, el de Cisneros, con el yugo y las flechas. Esta elección dio lugar a unas bellísimas cuartillas de Rafael Sánchez Mazas, inspirador del símbolo cisneriano:

> «Lleva el S. E. U., por guión, una enseña de Alcalá donde el cisne de plata de Cisneros tiene el escudo. Haced honor al símbolo. El ave parlante del blasón canta el apellido del cardenal letrado, militar y gobernante, duro fundador del tempo cesáreo. Pero también quiere decir cultura, imperio, estilo, exactitud. Sólo hay dos aves imperiales: el águila y el cisne. Quizá sea el cisne la mejor El parece recordar con su pura elegancia, con su alejandrina belleza, el clásico Imperio de Alejandro, el primer gran Imperio de cultura. Un día, al batirse por los ojos de Elena, por una civilización, se batían los griegos de la guerra troyana; pero si Elena era la imagen de la cultura helénica, que tendría su mismo nombre, era por eso igual que un cisne transmutado en mujer. Así la llama Homero: «imagen cisnea».
>
> Esta es un ave olímpica. Júpiter eligió para transformarse a los ojos de los hombres estas dos aves imperiales: el águila y el cisne.
>
> Como sabéis, son las dos historias del rapto de Gañí-medes y del amor de Leda.
>
> Uno de los Dioscuros, hijo de Zeus-Cisne y hermano, por parto, de Elena, inventa un paso militar que, según Luciano de Samosata, por el ritmo hace a la falange invencible.
>
> El secreto del cisne consiste en que es la más fuerte, dura y valiente de las aves de guerra, la única que hace frente al águila y la vence. Cuando la cultura rige el heroísmo se vuelve como Minerva, armada, vence a los gigantes. No hay pico ni garras que puedan contra la blancura heroica del cisne, contra su terco ardor en el combate, contra la exactitud infalible de sus golpes.

[139] La guerra española de 1936.

> El poeta del siglo pasado venía a buscar a los cisnes como compañeros de la desolación. La mala información romántica le conducía a eso. El cisne, tranquilo y erguido en sus espejos es, en su pureza de mármol, signo y estilo, armonía y concepto para la especulativa atracción del agua, y refleja la universidad de los cielos. Pero nadie en el mundo que vuela osaría turbar su silencio ni tocar su blancura. Los halcones más torvos verían con terror su furia divina.
>
> Hacer, pues, honor al símbolo del cisne y batios por él. Sed, como él, invencibles en todos los terrenos frente a la barbarie. Ya sabéis que no hay cantos de cisne; es una mentira inventada por la melancolía poética. Acordaos bien, camaradas, de que el cisne no tiene canto de agonía, sino grito de guerra y silencios.»

El problema de situar el yugo y las flechas lo resolvió Rodenas, y entonces Salazar alargó el cuello del cisne que en principio se había dibujado. Por ser Salazar estudiante de Filosofía, el primer guión se confeccionó sobre el azul de dicha Facultad. Alfonso Ponce de León, asesinado en agosto de 1936 en Madrid, acertaría con el diseño que conjuntaba elementos tan diversos. Durante algún tiempo se mantuvo la polémica sobre los colores del ajedrezado.

De la consecución de las primeras insignias de solapa se encargó Alberto Galar. Teresa Juanena, con su hermana Lucía, fueron las primeras estudiantes que llevaron las insignias creadas.

AISLAMIENTO INTERNACIONAL

Las relaciones internacionales del S. E. U. constituían un problema insoluble. La Falange había declarado que no se sentía ligada a ninguna internacional ideológica y declinaba asistir a una reunión fascista en Montreux. Y aun cuando en el verano de 1935 José Antonio había accedido a la renovada invitación, lo hizo por una mezcla de cortesía y curiosidad, pues deseaba conocer a los distintos jefes fascistas europeos. Su intervención consistió en señalar lo contradictorio de la pretendida internacional de partidos nacionalistas. Esta posición aislaba al Sindicato, ya que no podía acudir a los Congresos de Alemania o Italia y menos aún a los de asociaciones izquierdistas, a las que pertenecía la F. U. E. Por ello, con motivo del XVIII Congreso de la Confederación Internacional de Estudiantes, convocado en Praga en los días últimos de junio, el objetivo consistió en procurar que no llevase la voz de España ningún afiliado a la F. U. E. Tal actitud se extendió a la pretendida admisión en la C. I. E. de los escolares catalanistas. Pero lo cierto es que los estudiantes falangistas añoraban las habituales reuniones internacionales de universitarios.

La situación era análoga en el terreno deportivo, aun cuando aquí cabía cierta colaboración, tal es el caso de José María Casero López-Picúreo [140], que asistió a los campeonatos universitarios celebrados en Roma, en donde los jefes de la expedición se gastaron los fondos de que disponían, lo que dio lugar a que Colache Cimarra hubiera de quedarse, voluntariamente, como rehén, mientras se remitía desde Madrid el dinero necesario. Se lograron contactos con estudiantes seguidores de Pedro Albizu Campos, que en Puerto Rico luchaba contra la absorción de su país por los «yankees». En un manifiesto a los universitarios hispanos, Luis Alonso Otero citaba de manera expresa y cálida a los cadetes de San Juan antillano. En noviembre, Alejandro Salazar se entrevistó con uno de sus dirigentes, Filiberto Vázquez; pero, pese al entendimiento verbal, no se alcanzaron resultados tangibles.

La III Internacional celebró en Moscú su VII Congreso en los últimos días de julio. Asistieron representantes españoles del bloque escolar comunista. Allí se lanzó la idea del Frente Popular. El Partido Comunista español, que había comenzado a tener importancia a partir del IV Congreso Nacional, celebrado en Sevilla en 1932, recogía el desencanto de muchos trabajadores por el socialismo.

MIENTRAS ESPAÑA DUERME LA SIESTA

José Antonio, durante el verano, dio a los estudiantes, a través de Haz, tarea para meditar:

> «¿Cuál habrá sido la impresión de cada uno de vosotros, camaradas estudiantes, al regresar a vuestras casas acabado el curso? Durante muchos meses habéis vivido a diario la tensa existencia de la Falange; habéis llegado a entender la vida a través de una actitud completa, de un sentido total, aplicable a lo grande y a lo menudo, vuestra postura se ha hecho al garbo de la camisa azul; habéis adquirido un vocabulario inconfundible. Y ahora volvéis a vuestras casas en el campo, en la costa, en pe quenas ciudades de provincias.
>
> Algunos hallaréis que el aliento de la Falange ha llegado a vuestras casas, y que en ella nuestro lenguaje no disuena. Pero muchos, probablemente los más, tocaréis con una cosa impalpable, que os hará sentiros como forasteros en el contorno de vuestra infancia. Acaso habéis imaginado que al compás de vuestro crecimiento interior todo crecía por igual en todas partes. Y ahora, de pronto, descubrís que no, que todo sigue allá en los lugares nativos, tal como estaba antes que empezara para vosotros la gozosa iniciación de la Falange.
>
> Quizá los que no vacilasteis en las ocasiones de mayor peligro empecéis a desfallecer al encontraros solos, lejos de todo camarada, entre un ambiente escéptico, cuando no hostil. Os acometerá el desfallecimiento de pensar que todo lo que hacemos es inútil contra la sordera

[140] En 1936 fue apaleado hasta la mutilación en una checa madrileña.

> pétrea ó°. España. Y no es imposible que en alguno comience a abrir mella el argumento que con más profusión usará de seguro contra la terquedad de la Falange la socarronería lugareña.
>
> Eso del fascismo estaba bien en tiempo de Azaña y los socialistas, cuando no se nos dejaba vivir. Pero ahora gobiernan las derechas y las cosas andan mucho mejor. Lo que necesitamos es paz, y ya vamos teniéndola.
>
> Paz y siesta: eso es lo que apetecen como programa máximo las tres cuartas partes de esta España que ha renunciado a la guerra en la Constitución y que ha perdido, estragada, el regusto antiguo de lo heroico. Para esas tres cuartas partes de España la línea de vida nacional alcanzada, poco más o menos el 13 de abril de 1931, estaba bastante bien. Estaría mejor aún si se rebajaran algunos de los impuestos y se redujera el servicio militar; lo ocurrido a partir de 1931 fue como una especie de zarabanda diabólica, en que todo se puso patas arriba; pero, pasado el barullo, la feliz alianza de los anticlericales durmientes del partido radical con los antiguos huses de la C. E. D. A. promete un restablecimiento del orden, es decir, de lo que regía antes de Azaña. ¿Qué más puede pedirse? ¿No sois vosotros —os dirán— gente de orden? Pues si ya lo tenéis asegurado por el Gobierno, no hacéis ninguna falta.
>
> Si alguno vacila, ablandado por esos argumentos comodones, que acuda pronto con el alma a la comunidad de toda la Falange, tendida en cuerdas invisibles durante estos meses a través de las tierras españolas, y oirá cómo la voz entrañable de la Falange le dice: Todo esto es pobre palabrería de gentes cansadas y miopes. En primer lugar, ya verán dentro de poco el nublado que leí viene encima. Pero en segundo lugar, nosotros no queremos ve getar en el orden antiguo. Bajo él, España soportaba la humillación internacional, la desunión interna, la desgana de las empresas grandes, la incuria, la suciedad, la vida infrahumana de millones de seres.
>
> Hoy mismo, bajo este sopor caliginoso en que todos los egoístas de España aspiran a la siesta, hay pueblos y pueblos españoles abrasados, sin una hoja de árbol que temple la ferocidad del clima, en los que no es posible beber un vaso de agua que no sepa a sal o a podredumbre. Y nada de esto puede remediarse a paso conservador (es decir, dentro del «orden», del respeto a los «derechos adquiridos» y demás zarandajas), sino metiendo el arado más profundo en la superficie nacional y sacando al aire todas las reservas, todas las energías, en un empuje colectivo que un entusiasmo formidable encierra y que una decisión de tipo militar ejecute y sirva. Hay que «movilizar a España» de arriba a abajo, ponerla en «pie de guerra». España necesita organizarse de un salto, no para permanecer en cama como enfermo sin ganas de curar, entre los ungüentos y cataplasmas de una buena administración.
>
> He aquí, camaradas, cómo ahora más que nunca son necesarias las consignas de nuestra fe. Antes, todavía, la incomodidad ahuyentaba el sueño de España; ahora nada cierra el paso al sopor. Todos los gusanos se regodean por adelantado con la esperanza de encontrar otra vez a España dormida para recorrerla, para recubrirla de baba, para devorarla al sol. Sea cada uno de vosotros un aguijón contra la somnolencia de los que os circundan. Esta común tarea de aguafiestas iluminados nos mantendrá unidos hasta que el otoño otra vez nos congregue junto a las hogueras conocidas. El otoño, que acaso traiga entre sus dulzuras la dulzura magnífica de combatir y morir por España.

Eduardo Rodenas, que había escrito más de un artículo para este último número del curso y ayudó en la imprenta a su confección en compañía de otro redactor del periódico, lo voceó también por las calles más transitadas. Los periódicos eran un pretexto de propaganda callejera y, además del título, se gritaban pros y contras, consignas y lemas. A las dos de la tarde de un sofocante agosto llegaron al centro común, en la Cuesta de Santo Domingo, después de comprarse a sí mismos un ejemplar. Coincidieron en el local con José Antonio, quien al darles las gracias les otorgó un imprevisto premio.

La continuidad de Haz no tenía explicación lógica; había nacido con un capital de 125 pesetas, producto de unas suscripciones adelantadas, y cada nuevo número era el resultado de sacrificios sin cuento.

Durante el verano, los estudiantes continuaron sus trabajos de fundación. Empiezan su vida, entre otros, los Sindicatos de Albacete, por iniciativa de Luis Domínguez Valero, jefe del S. E. U. madrileño de Farmacia, y el de Zafra, organizado por Diego Burgos, de la Facultad de Ciencias de Madrid. Desde Burgos, evocando a Don Quijote, los hermanos Valcárcel, Carlos y Alejandro reafirman su apoyo a la empresa del rescate nacional.

La dispersión escolar, si bien producía beneficios, desorganizaba otras agrupaciones. «Si añadimos el final del curso, en que los estudiantes de fuera se reintegran a sus hogares, se comprenderá que las organizaciones como la Falange de entonces, que se nutría en buena parte del esfuerzo estudiantil, se resintiesen doblemente llegado el verano» [141]. «Con las vacaciones, muchos estudiantes se marchaban. Quedábamos con escaso número y aún más escaso dinero. Las vacaciones escolares ocasionaban apuradas crisis económicas» [142].

Esta faceta económica de la contribución de los siempre exhaustos bolsillos estudiantiles muestra cómo la entrega al Movimiento encabezado por José Antonio era total.

[141] Fernando Meleiro, *Anecdotario de la Falange de Orense*.
[142] Marqués de Zayas, *Historia de la Vieja Guardia de Baleares*.

CAPÍTULO V. TERCER CURSO: 1935-36

Vamos a sembrar España de amor y de indignación, vamos a recorrer los campos en apostólica algarada.

ORTEGA

EL ESTRAPERLO

Hasta el 25 de julio de 1935, fecha de inauguración del VTI Congreso del Komintern, para el comunismo todos los partidos políticos pertenecían a la podrida burguesía, salvo socialistas, anarquistas y trotskistas, que encuadraba entre los traidores al proletariado. En el citado Congreso moscovita, Dimitrov, elegido secretario a propuesta de Stalin, lanza nuevas consignas. Con una sinceridad impresionante, anunció: «Es necesaria la formación de un Frente Popular para la acción conjunta con los social-demócratas. ¿Por qué no actuar conjuntamente con los social-demócratas, los católicos y otros trabajadores? Recordaréis, camaradas, la vieja historia de la caída de Troya. El ejército atacante sólo pudo penetrar en el interior del campo enemigo con la ayuda del caballo de madera. ¡Nosotros, los trabajadores revolucionarios, no debemos vacilar en aplicar la misma táctica!»

Mientras sobre el mundo se cernía esta gigantesca y hábil pinza, en España se formaba en septiembre, bajo la presidencia de Chapaprieta, un endeble Gobierno derechista sin fe ni propósitos definidos. Hacía el número cuatro de aquel año y sus antecesores habían contabilizado en ocho meses más de 250 atracos, en su inmensa mayoría de autofinanciación política marxista. La crisis había sido provocada por el propio Lerroux con el propósito de hacer cambios en el Gabinete, pero se encontró inesperadamente con la negativa de Alcalá Zamora a ratificarle su confianza. La razón, una denuncia hecha por un judío austríaco, nacionalizado en Méjico, David Strauss, que salpicaba al propio jefe del Gobierno.

En octubre saltaba al Parlamento y a la calle el sucio episodio que enriqueció, por lo pronto, a los idiomas peninsulares con la palabra formada con la conjunción de los nombres de los inventores: Strauss y Perl. El estraperlo consistía en una ruleta eléctrica, para cuya autorización, pues los juegos de azar estaban prohibidos, hubieron de vencer con dinero las trabas legales, valiéndose de influyentes personajes del Partido Radical, entre los que se encontraba el hijo de Lerroux, delegado del Estado en la Telefónica; el d; actor general de Seguridad, Benzo; subsecretario de Gobernación, y otras autoridades.

El estraperlo desencadenó una oleada de denuncias que hizo pedir a un diputado que se investigase la fortuna de cuantos ocupaban puestos políticos. El 14 de noviembre, llamándose ladrones unos a otros, el Parlamento dio un espectáculo de bofetadas y peleas hasta entonces no superado. Lerroux, en «La pequeña historia» y refiriéndose a la indignación de don Niceto Alcalá Zamora, dice: «No se escandalizó cuando surgió el negocio de la importación de trigos, en el que anduvo el cohecho con cifras considerables; ni cuando la murmuración, y algo más, sacó a plaza la construcción de cuarteles, cuyos beneficios ilícitos iban a transformarse para el signatario en un solar y en un hotel en el barrio de Salamanca; ni cuando en el Ministerio de Industria y Comercio el arroz, la naranja y los contingentes salpicaban de plata y oro a directores generales, subsecretario y titular de la cartera; ni cuando, protegidos bajo su manto augusto, preparaban negocios en Guinea y explotaban reclamaciones o reclamantes desde el Negociado de Marruecos y Colonias, mientras a cuenta de futuros provechos tenían el harén en Pozuelo...» La pregunta hecha a Gil Robles en la Cámara, «si se hacía o no solidario con la situación creada», fue contestada indirectamente al continuar en el Poder en compañía de los radicales. De esta forma quedaban rebajados moralmente ante la masa electoral.

El S. E. U. no desaprovechó la ocasión que proporcionaba aquella charca maloliente y organizó los alborotos oportunos, con el asentimiento de la mayoría estudiantil, que el 27 de octubre se dio cita en la calle de Alcalá, frente al Ministerio de Instrucción Pública, regentado por el lerrouxista Rocha. La gritería duró hasta que los guardias de Asalto, con sus porras, restablecieron el orden y la circulación. Al día siguiente, saliendo de la Universidad Central y subiendo por la Gran Vía, los estudiantes volvieron con sus gritos y pasquines: «Estudiantes. Otra vez está nuestro puesto en la calle para gritar la vergüenza y el asco de nuestra juventud contra la política miserable.» Nuevamente los de Asalto terminaron violentamente la protesta.

La decadencia universitaria podía medirse en cifras. Tanto en las cinco Facultades clásicas —Ciencias, Derecho, Farmacia, Filosofía y Letras y Medicina— como en las Escuelas Especiales, el número de alumnos matriculados era inferior, en más de 3.000, a los del curso anterior. Suponían un total, para toda España, de 33.435.

CIERRE VIOLENTO DE LOCALES DE LA F. U. E. «A ESTUDIAR, A SUSPENDER Y AL JUZGADO»

El 9 de noviembre un grupo de estudiantes tradicionalistas cierra a tiros los locales de la F. U. E. en la Facultad de Medicina de Madrid. Hubo cuatro heridos leves. Los guardias penetraron en la Facultad, cachearon uno a uno a los alumnos y se llevaron veintidós detenidos. El incidente tenía su origen en una petición de El Debate, hecha el 20 de octubre, para que se quitara a la F. U. E. la representación oficial y los locales universitarios; alegaba el hallazgo de armas en los campos de deportes madrileños, las materias explosivas encontradas en Córdoba y los juicios sumarísimos que afectaban a dirigentes de la Federación. El Gobierno no podía desoír la voz de lo que era bastante más que un periódico y que, sin decirse órgano de la C. E. D. A., respaldaba su política hasta en detalles

mínimos. Tres días más tarde se suprime la representación escolar en los Claustros y Juntas de Gobierno. El Debate publicó un editorial comentando la medida, del que es suficiente conocer el título: «Los estudiantes, a estudiar». Los estudiantes han desconfiado siempre de los consejos de esa naturaleza; entonces coincidieron en la protesta la F. U. E. y el S. E. U., el último conforme en la anulación del monopolio representativo, pero no de la anulación de lo que estimaban un derecho estudiantil. Es el caso que, como sucede a menudo, la orden de cierre de locales no se cumplió y los afiliados a la A. E. T. decidieron asumir el papel encomendado a las autoridades.

Pero el lema de la C. E. D. A. llevaba en su centro la palabra orden; de ahí la indignada reacción de El Debate bajo la triple invocación amenazadora: «A estudiar, a suspender y al Juzgado.» El artículo parecía escrito por un «maestro Palmeta». «¡Ah!, si los padres de familia se hubieran sentido tales —un poco "romanos"— como se sentían los de los tiempos antiguos, todos estos niños que nos traen azacanados desde hace cinco años otra conducta hubieran tenido.» Después de insistir en la intolerable falta de respeto a los mayores, aconsejaba: «También es preciso hablar paternalmente a esta gente moza.» Y de pronto, como si el periódico perteneciera al siglo XVIII, se decía con Jovellanos: «Sobran malos médicos y malos abogados.» Y aparecía el espíritu de algún Torquemada gritando:

Y si hay lugar, ¡a la cárcel!.[143]

De cualquiera manera, «Gracia y Justicia» pudo decir, parodiando las coplas de Luis de Tapia, en La Libertad:

Ripios y cascotes.

¿Y qué fue de la F. U. E.? Sencillamente

está ya demostrado

que, no siendo la F. U. E. tiempo presente,

fue será lo que fue: tiempo pasado.

LUIS DE TABIQUE

Las circunstancias políticas y la seguridad en sí mismo que albergaba el S. E. U. le daban enormes posibilidades para hacerse con el mando de la masa universitaria. La pobreza de medios podía, en buena parte, compensarse con el inagotable optimismo estudiantil.

El Sindicato estaba lanzado y no parecía existir fuerza capaz de pararlo. Sus afiliados no tenían la más ligera duda sobre su victoria. Con este ambiente comenzó e] curso.

Se preparó un extraordinario de Haz, en el que se pusieron muchas esperanzas sobre su eficacia propagandística. Sería el número nueve del periódico y habría de editarse, como todos los que lo siguieron, en la imprenta de Zoila-Ascasíbar, en Martín de los Heros, 69. Los propietarios de la imprenta eran tan pobres como el Sindicato; hacían de obreros junto con los redactores del periódico, y el papel y la tinta de más de un número se adquirieron previa rebusca de fondos personales, aun a trueque de abandonar necesidades elementales. Sin aquella generosidad, el semanario apenas se hubiera asomado a las aulas durante el curso. Por dificultades con la censura, el periódico apareció a mediados de octubre, y un manifiesto de Salazar hubo de sustituirse por el cuento de «Caperucita Roja», cortado por numerosos «visados por la censura». El manifiesto se repartió en hojas sueltas y decía en sus primeros párrafos:

> «Alma universitaria y paso militar. Estudio y acción He ahí, camaradas estudiantes, condensado en pocas palabras, el espíritu que anima al Sindicato.
>
> España ha sido abandonada en la pendiente extrema; estamos hoy frente al precipicio de la conformidad pacifista de lo que se vive como menos malo de lo que pudiera vivirse.
>
> Pensad, estudiantes españoles, que de esta conformidad actual no podrá nunca surgir el Estado con el que se sueña.
>
> Preferimos una acción difícil, pero que tienda a un resultado duradero, a una acción sencilla con la que se obtendrá un resultado tal vez más rápido, indudablemente menos expuesto, pero tan externo e insustancial que no pueda resistir el menor vaivén de las circunstancias.
>
> Estamos hartos de oír que la juventud no debe mezclarse en política. Pero la juventud sí puede, en cambio, lanzarse a la calle tras unos intereses partidistas que estamos muy lejos de sentir. La juventud —dicen— no puede mezclarse en las altas funciones, no debe ni aun enjuiciarlas; pero aquello que hoy se desmorona, aquello que esos mismos conformistas de lo actual destrocen y aniquilen, será lo que llegará a sus manos.»

También prohibió la censura un artículo de Julio Ruiz de Alda en que señalaba, como signo esperanzador, la disconformidad de las juventudes con sus dirigentes políticos, desde el socialismo hasta la J. A. P. y el tradicionalismo, y resumía que, en tal situación, eran los universitarios quienes debían erigirse en rectores. El artículo apareció posteriormente en Haz. José Antonio colaboró con su ensayo «Acerca de la Revolución»; tenía como idea central que la minoría dirigente no debía seguir los dictados erróneos de la masa, sino regirla para el bien

[143] Meses después los periódicos de la Editorial Católica se olvidarían de todas estas filípicas y, como si tal cosa, apoyarían las huelgas estudiantiles, una vez fuera del Gobierno los ministros gilroblistas.

común, aun a trueque de ser calificados de traidores. En el mismo número, Raimundo Fernández Cuesta estudiaba «El paro intelectual».

Se confeccionaron en la sección de propaganda de Falange los primeros carteles murales. En uno de ellos, alusivo al capitalismo antisocial, aparecía, en una composición fotográfica, Carlos Juan Ruiz de la Fuente con un enorme puro, personificando a un banquero.

En el campo opuesto no se descuidaba la propaganda ni disminuían los esfuerzos para ganarse a las juventudes. Tensor, Juventud, Línea, Después fueron títulos que se exhibieron en los quioscos con el número de Haz que abría el curso. Estas publicaciones solían dedicar grandes espacios en favor de Abisinia, que se defendía débilmente de la invasión italiana. La campaña se hacía en nombre de la libertad, aun cuando el Negus africano no había tenido aún tiempo de abolir el comercio de esclavos encadenados. Con una técnica y eficacia indiscutibles, los carteles marxistas llenaban las paredes.

PRIMERA LÍNEA

El 6 de noviembre, Eduardo Rivas, subjefe de las milicias sevillanas, a quien se había concedido la Palma de Plata por su actuación en Aznalcóllar, y Jerónimo Pérez de la Rosa, de la Escuela Industrial, que por su actividad había sufrido ya una detención, salieron a pegar pasquines anunciando el periódico Arriba. Recorrieron el centro sin incidentes, y cuando estaban frente al número 67 de la mal iluminada calle de San Vicente, dos individuos les dispararon por la espalda, casi a bocajarro, cuatro tiros. Eran las once de la noche. Rivas, al llevar su mano al costado, le quedó bañada en la sangre que manaba de su corazón atravesado. Intentó apoyarse en la pared, y durante días quedó la huella ensangrentada de su mano abierta, como una acusación y una promesa. Pérez de la Rosa, con la ayuda de unos transeúntes, pudo llegar a la Casa de Socorro de San Lorenzo; tenía un tiro en el antebrazo izquierdo y otro, que le ahogaba, en la región precordial. Había visto huir por la calle Juan Rabadán a los asesinos y creía conocerlos. A las tres y media de la madrugada del día 7 fallecía Jerónimo Pérez de la Rosa en el Equipo Quirúrgico del Prado de San Sebastián. Sancho Dávila no se separó un instante del camarada herido y se ofreció para las transfusiones de sangre precisas, pero los médicos estimaron inútil toda ayuda.

El S. E. U. de Sevilla declaró la huelga, cerrándose todos los centros de estudios. En Madrid, un grupo de estudiantes falangistas pidió al secretario general de la Universidad la suspensión de las clases y que se izase la bandera a media asta. Como hubiera ciertas titubeantes consultas, se impuso la petición. En Valladolid, ya sin clases, grupos de estudiantes recorrieron las calles manifestando públicamente su protesta. Hechos análogos se repitieron en otras poblaciones. Estas huelgas no fueron ordenadas por la Jefatura Nacional, sino que surgieron movidas por la indignación de los universitarios y secundadas de manera especial por los pertenecientes a las asociaciones tradicionalistas y católicas.

El mismo día, José Antonio dijo en el Parlamento:

> «Señores diputados: Escuetamente, en la noche de anteayer a ayer, han sido asesinados en Sevilla dos muchachos de la Falange. Se llamaban Eduardo Rivas y Jerónimo de la Rosa. ¿Señoritos fascistas? El uno, un modesto pintor; el otro, un humilde estudiante y empleado de ferrocarriles. ¿Se alistaron en la Falange por defender al capitalismo? ¡Qué tenían que ver ellos con el capitalismo! Si acaso, padecerían algunos de sus defectos. Se alistaron en la Falange porque se dieron cuenta de que el mundo entero está en una crisis espiritual, de que se ha roto la armonía entre el destino de los hombres y el destino de las colectividades. Ellos dos no eran anarquistas; no estaban conformes en que se sacrificase el destino de la colectividad al destino del individuo; no eran partidarios de ninguna forma de Estado absorbente y total; por eso no querían que desapareciese el destino individual en el destino colectivo. Creyeron que el modo de recobrar la armonía entre los individuos y las colectividades era este conjunto de lo sindical y lo nacional que se defiende, contra mentiras, contra deformidades, contra sorderas, en el ideario de la Falange. Y se alistaron en la Falange y salieron hace dos noches a pegar por Sevilla los anuncios de un periódico permitido. Y cuando estaban pegando los anuncios en la pared fueron cazados a mansalva; uno quedó muerto sobre la acera y el otro murió en el hospital pocas horas después.
>
> Ya comprenderéis que no vengo a formular una «enérgica protesta», como es uso parlamentario; vengo a formular una acusación. En las calles de Sevilla se están sustanciando a tiros las cuestiones entre los bandos políticos desde hace más de un año. La Falange tiene el orgullo de decir que ni una sola vez ha iniciado las agresiones. La Falange puede decir que ni una sola vez le ha probado una agresión. Muere un día un obrero alistado a la Falange; la ciudad entera señala como inductor del asesinato al partido comunista; no se cierra un solo centro comunista, no se impone una sola sanción a ningún comunista conocido, no ocurre nada. A veces, los tribunales logran hacer justicia; otras veces no lo logran. Pero a los pocos días, cuando ya van dos o tres agresiones contra los de Falange, reciben unos tiros unos cuantos comunistas en la puerta de su centro. Sin más averiguaciones, el gobernador de Sevilla encarcela no a los que presume autores —presunción que ante los tribunales se ha destruido—, sino a quince de los dirigentes de la Falange, e impone a cada uno 5.000 pesetas de multa y acuerda la clausura de todos los centros de la provincia. Era tan injusta la multa que el señor ministro de la Gobernación, a la sazón don Manuel Pórtela Valladares, sólo por una conversación mantenida conmigo, revocó la multa de todos y mandó ponerlos en libertad.
>
> Pero, en cambio, vuelve ahora a caer muerto uno y a las pocas horas otro de los afiliados a la Falange. Parece que la imputación de represalias es bien clara; sin embargo, no se cierran los

centros comunistas, no se detiene a un solo comunista, ni se impone una multa a ningún comunista. Es decir, que este gobernador de Sevilla, incapaz de garantizar por sí mismo la seguridad de la vida de los ciudadanos, ni siquiera tiene la que sería un poco salvaje gallardía de dejarlos que sustancien sus cuestiones por igual, sino que se dedica a hacer que un bando tenga que estar inerte, a hacer que un bando no tenga ni siquiera sitios de reunión donde poder ponerse de acuerdo unos cuantos para pegar carteles por las calles, y, en cambio, tiene todas las benevolencias para el otro.

Esto, que sería en cualquier caso una dejación irritante de autoridad, que sería en cualquier caso una complicidad criminal con uno de los bandos, y cabalmente con el bando que ha iniciado las agresiones siempre, se agrava mucho más, señor ministro de Gobernación y señores diputados todos —no sé si, acaso, con la excepción del señor Bolívar [144]—, en las circunstancias presentes. En España se está agitando, cada vez más violento, un estado revolucionario terriblemente amenazador, terriblemente amenazador para los tradicionalistas y para vosotros, para los liberales burgueses, para los republicanos de izquierda.

Aquí tengo, señor ministro de la Gobernación, una publicación no clandestina. Es un libro que se llama «Octubre» y que he podido comprar pagando su precio. Al respaldo pone la imprenta donde se imprime; a la vuelta de la primera página dice la editorial que lo produce, y por si faltase algo, no más que frente a la declaración previa, se afirma que es un libro de acuerdos y de actitudes de la Juventud socialista y que con tono oficial lo publica su presidente, nuestro compañero de Parlamento don Carlos Hernández Zancajo. En este libro, que no es una publicación clandestina, en la página 160 de este libro, se estampan las conclusiones de la Federación de Juventudes Socialistas. Quisiera que el señor presidente me permitiese leer tres o cuatro renglones, no más de una docena de renglones en todo caso.

Las conclusiones de las Juventudes socialistas son éstas: «Por la bolchevización del partido socialista. Expulsión del reformismo. Eliminación del centrismo de los puestos de dirección. Abandono de la II Internacional. Por la transformación de la estructura del partido —escuchad esto— en un sentido centralista y con un aparato ilegal.» Esto no se dice en una publicación clandestina; se formula el propósito de crear un aparato ilegal por una asociación reconocida en un libro que todos podéis comprar por tres pesetas. «Por la unificación política del proletariado español en el partido socialista. Por la propaganda antimilitarista. Por la unificación del movimiento sindical. Por la derrota de la burguesía —en la que entráis vosotros— y el triunfo de la revolución bajo la forma de la dictadura proletaria.» A ver si vosotros los republicanos de izquierda estáis dispuestos a preferir esta o la otra dictadura. (Un diputado: Ninguna.) Pues por eso os lo digo. «Por la reconstrucción del movimiento obrero nacional sobre la base de la revolución rusa.» Y luego este párrafo: «Las Juventudes socialistas consideran como jefe iniciador de este resurgimiento revolucionario al camarada Largo Caballero, hoy víctima de la reacción, que ve en él su enemigo más firme.»

Este es el tono del movimiento revolucionario que se prepara; esto es lo que se agita cada vez más áspero, cada vez más hostil, cada vez más seco bajo estas coaliciones, más o menos reprobables, de los socialistas con los republicanos de izquierda, esto: una dictadura de tipo asiático, ruso, sin el menor resto de aquella emoción sentimental que alentó en sus principios a los movimientos obreros. Esto es lo que se está preparando en España; esto es lo que está rugiendo bajo la indiferencia de España (Muy bien), y en muchas provincias de España donde no hay censura, y en otras donde la hay, se publican periódicos comunistas y casi todos los domingos se celebran mítines de propaganda comunistas, donde hay puños en alto.

Ante todo esto, todos vosotros estáis distraídos y, perdóneme el señor ministro de la Gobernación, la censura cree que cumple con su deber, o el Gobierno delega su deber en la censura, haciéndola que tache noticias como esta del asesinato de mis dos magníficos camaradas de Sevilla, que sería muestra para impresionaros a todos, para avisarnos a todos de lo que a todos se os va a venir encima. Por eso no reclamo para estos dos camaradas caídos el simple respeto que reclamaría ante cualquier ciudadano, por próximo que me fuera, si hubiera sido asesinado en la calle; reclamo vuestra gratitud y vuestra admiración, porque en medio de la distracción criminal de casi todos, están hombres humildes en la primera línea de fuego cayendo uno tras otro, muriendo uno tras otro, para defender a esta España que acaso no merece su sacrificio.»

Como consecuencia del discurso, el ministro de la Gobernación destituyó desde el banco azul al gobernador civil. Al día siguiente, el presidente de la Audiencia se hacía cargo del mando de la provincia. A raíz de este suceso, la F. U. E. de Sevilla enviaba un aviso a los periódicos anunciando su desaparición. En Madrid, el Comité Ejecutivo de la Federación dio un comunicado que Haz publicó, «por ser —decía con el humor de los fuertes— un periódico de todos los estudiantes»:

«Esta mañana un grupo de Falange Española, pertrechado de pistolas, ha interrumpido las clases en la Facultad de Derecho, hiriendo a culatazos a dos estudiantes y golpeando a un bedel. La F. U. E., ante estos hechos y provocaciones cobardes que vienen constantemente repitiéndose, no sólo hace patente su protesta, la más enérgica, sino que exige de cuantos a ella están obligados el cese de impunismo en que se desarrollan tales actos, imponiendo los merecidos correctivos a quienes tan salvajemente turban el normal desarrollo de la vida universitaria, que entendemos no puede estar a merced de unos «pistoleros universitarios». Estimamos de urgente necesidad la adopción de medidas que eviten en lo sucesivo casos como el que nos ocupa. Es preciso impedir que unos insensatos que están al margen del proceso cultural prosperen en sus intentos perturbadores.»

[144] Diputado comunista.

No se amilanaban los falangistas ante el sangriento recrudecimiento de los ataques comunistas. Miguel Servet, jefe de la Falange murciana, al frente de unas escuadras, ocupa la Casa del Pueblo de Molina del Segura, expulsa a los socialistas y permanece en ella una hora; era el 11 de noviembre. Doce días más tarde lo repite en la propia capital. Con hechos de esta naturaleza ganaban una aureola popular que les suponía capaces de cualquier acción para la que fuera necesario decisión y valor.

El predominio numérico de estudiantes en las milicias falangistas no se refera solamente a las ciudades universitarias. García Venero escribe: «En Torrelavega, los estudiantes predominaban en esa primera línea.» Al frente de la jefatura provincial de la milicia de La Montaña figuró otro estudiante, José María Alonso Goya.

EL CONVENCIONALISMO DE IZQUIERDAS Y DERECHAS

La pretensión de no ser encasillado con vulgares fórmulas políticas es una de las constantes joseantonianas. Huyendo de simplificadas posturas, Lamartine, en tiempos del rey Luis-Felipe, declaró desear sentarse en el techo de la Cámara. Pero, sin ir tan lejos y sin salir del país, Unamuno, a una pregunta, responde: «Me muevo en la circunferencia que ciñe al centro y a los extremos.» Y con más contundencia escribió: «Esto de derechas e izquierdas es algo que produce una confusión lamentable» [145]. Fue ésta una de las falsas expresiones contra las que arremetió José Antonio, quien nuevamente plantea la cuestión en un manifiesto a la juventud, mientras preparaba el II Consejo Nacional de la Falange:

> «Y es que ni los jóvenes de izquierda eran de izquierda ni los de derecha eran de derecha. Quiere decirse, claro está, los dotados de sensibilidad suficiente para percibir su tragedia interior; otros tienen desde que nacen almas de viejos corrompidos. Los muchachos de izquierdas y de derechas que hoy se sienten a la intemperie no tenían en el fondo del alma vocación parcial, partidista; llevaban dentro la imagen imprecisa de una España entera, completa, armoniosa. Como protesta contra la inarmonía de lo que presentaba la realidad, se alistaban en cada ocasión en el bando opuesto, que, por contraste, se les antojaba salvador. Como los enamorados, identificaban su pro pió afán con la realidad del ser querido: dotaban a éste, fuera como fuera, de gracias y virtudes imaginadas. Pero los partidos de izquierda y de derecha eran bien diferentes a aquellas imágenes. Eran partidos tuertos, incapaces de ver por entero la armonía española y de amarla. Ansiaban concepciones incompletas, monstruosas, banderizas, servidas por un vocabulario de humo. Invocaban el nombre de España para arropar cuando menos una miseria intelectual. No han traicionado a las juventudes, las ha traicionado la fe que ellas pusieron en que aquellos partidos tuertos pudieran entender la gran aspiración española. Los partidos han dado de sí lo que su propia naturaleza prometía.
>
> ¿A qué aguardan las juventudes a la intemperie? ¿Renunciarán a toda esperanza? ¿Se retraerán a torres de marfil? ¿Aguardarán a confiar de nuevo en goces partidistas, que otra vez las seduzcan para desencantarlas? Si eso hicieran, nuestra generación se recordaría como una de las más cobardes y estériles. Su misión es otra y bien clara: Llevar a cabo por sí misma la edificación de la España entera, armoniosa, por sí misma, por la juventud misma que la siente y la entiende, sin intermediarios ni administradores. Esta generación depurada por el peligro y el desengaño puede buscar en sus propias reservas espirituales acervos de abnegada austeridad. Cuando se ha aprendido a sufrir se sabe servir. En el ánimo de servicio está el secreto de nuestro triunfo. Queremos ganar a España para servirla. Arrojados a la intemperie por las tribus acampadas bajo los sombrados de los partidos, queremos levantar el nuevo refugio, fuerte, claro y alegre en cuyas estancias se identifiquen servicio y honor.»

El jefe nacional pronunció, el 11 de noviembre, en los locales de «La Única», una conferencia titulada «Derecho y política», con la que inició un cursillo del S. E. U. de Derecho, que por entonces veía engrosar sus filas incesantemente, bajo el mando de García Casas, Fernando Martín Gil, Gaspar Gómez de la Serna, Manuel Muntañola, Jaime Mayora, Eloy Guerra y Alberto Martín Gamero. El guión que hoy se conoce está escrito por José Antonio, y no es, como se ha admitido, un resumen recogido por un estudiante» [146]. La conferencia aportaba claridad a las confusas mezclas de lo profesional y lo político. Comenzaba así:

> «Ha hecho muy bien el S. E. U. en organizar este curso que hoy se inaugura. España necesita con urgencia una elevación en la medida intelectual; estudiar es ya servir a España. Pero entonces, nos dirá alguno, ¿por qué introducís la política en la Universidad? Por dos razones: la primera, porque nadie, por mucho que se especialice en una tarea, puede sustraerse al afán común de la política; segunda, porque el hablar sinceramente de política es evitar el pecado de los que, encubriéndose en un apoliticismo hipócrita, introducen la política de contrabando en el método científico. Este riesgo es mayor para quienes se consagran al estudio del Derecho, ya que el Derecho, como vamos a ver esta tarde, recibe sus datos de la política Por eso se impone una limpia delimitación de fronteras, para que, cuando de una manera franca y bajo la responsabilidad de cada cual nos movamos en el campo político, nadie intente pasar disfrazado de jurista.»

Y concluía:

> «Pero seamos políticos confesando sinceramente que lo somos. No incitemos al fraude de quien decía profesar como único criterio político la juridicidad. Esto es un desatino, porque toda

[145] Miguel de Unamuno y la II República, Jean Bécarud.

[146] Esa versión figura en la Breve historia informativa del Sindicato Español Universitario, editada en 1941. La copia de dicho extracto, de puño y letra de José Antonio, quedó en poder de García Casas, jefe de la Facultad de Derecho, y desapareció durante la guerra. Cuando se publicó en Haz apareció con «erratas infinitas», cosa disculpable dada la forma en que se hacía el periódico.

> juridicidad presupone una política y no suministra instrumentos metódicos para construir otra. Seamos, pues, políticos, francamente, cuando nos movamos por inquietudes políticas, y luego, en nuestros trabajos profesionales, tengamos la pulcritud de no traer ingredientes de fuera. El juego impasible de las normas es siempre más seguro que nuestra apreciación personal, lo mismo que la balanza pesa con más rigor que nuestra mano. Cuidemos una técnica limpia y exacta y no olvidemos que en el Derecho toda construcción confusa lleva en el fondo, agazapada, una injusticia.»

En el II Consejo Nacional de F. E., celebrado los días 15 y 16 de noviembre, de los cuatro vicesecretarios, tres eran estudiantes: Salazar, Guitarte y Batllés.

Además de los seuístas citados, participaron: en la ponencia sobre el Frente Nacional, Gaceo; en la que estudió los métodos tácticos a seguir, Valdés y Allánegui; en la que fijó la actitud ante los pequeños nacionalismos, Aguilar, y Aizpurúa trabajó en el tema orientaciones agrarias. En las palabras con que José Antonio abrió las tareas destacó la actuación del Sindicato Universitario como entidad adherida a la Falange. Y dijo: «Nuestra camisa azul se ha paseado por España, recibiendo agresiones o aclamaciones; pero no ha habido nadie que se permitiera una sola sonrisa, nadie ha pensado siquiera hacerla objeto de burla. La camisa azul con el yugo y las flechas en rojo, nos presenta unidos hacia fuera y como hábito nos hace hermanos en todas las cosas» [147].

Como clausura se celebró un mitin en el cine Madrid, que por su asistencia, entusiasmo y estilo fue tal vez la más conseguida de las concentraciones falangistas. Cientos de personas escucharon los discursos desde la calle, ante la imposibilidad de acoger a todos los que deseaban entrar.

Banderas y gallardetes se mostraban a la luz de numerosos reflectores [148].

El fondo del escenario estaba cubierto con un gran telón negro con el yugo y las flechas en rojo, y los nombres de los caídos. Escuadristas, con camisa azul, ocupando los pasillos, puertas y frente del escenario, garantizaban el orden. Al iniciarse los discursos, José Antonio, con humor, pero con severidad, anunció: «Antes de empezar he de agradecer la presencia incluso de los adversarios que vienen con la intención y la consigna de perturbar este acto. Esos van a escucharme también respetuosamente. Y lo van a hacer porque aquellos que intenten molestar serán conducidos por nuestros camaradas, en un plazo máximo de dos minutos, a la Casa de Socorro más próxima» [149]. Del discurso joseantoniano, en el que lanzó la idea de un Frente Nacional para contraponer al Frente Popular, destacaremos unos párrafos alusivos a la juventud que él mismo señaló para que Arriba les diera especial relieve:

> «Cuando hablo de nuestra generación, ya entenderéis que no aludo a un valor cronológico: eso sería demasiado superficial. La generación es un valor histórico y moral; pertenecemos a la misma generación los que percibimos el sentido trágico de la época en que vivimos y no sólo aceptamos, sino que recabamos para nosotros, la responsabilidad del desenlace. Los octogenarios que se incorporen a esta tarea de responsabilidad y de esfuerzo pertenecen a nuestra generación; aquellos, en cambio, por jóvenes que sean, que se desentienden del afán colectivo, serán excluidos de nuestra generación como se excluye a los microbios malignos de un cuerpo sano.
>
> Esta conciencia de la generación está en todos nosotros. Y, sin embargo, andamos ahora partidos en dos bandos; por lo menos andan partidos en dos bandos los de fuera de la Falange: la izquierda y la derecha.
>
> ¿Qué es la juventud de izquierda? Es la que creyó en el 14 de abril de 1931. ¿Qué es la juventud de derechas? Es la que creyó en el 19 de noviembre de 1933. Pero fijaos en que aquella juventud de izquierda fue la primera en declararse defraudada cuando lo que pudo ser ocasión nacional de 1931 es resolvió en una ocasión rencorosa de represalia zafia, persecutoria y torpe, en que pronto se sobrepuso a la alegría colectiva del 14 de abril el viejo anticlericalismo sectario y pestilente de los Albornoces y de los Domingos. Y la juventud del noviembre de 1933 también llevaba en el alma la convicción de que salía de aquella tortura del primer bienio para entrar, a la carrera, cuesta arriba, en una ocasión nacional y reconstructora; pero a ella también se le ha metido en el alma el desaliento cuando la ocasión revolucionaria de Asturias y Cata luna, en vez de tener el desenlace limpio y tajante que exigían todos, se ha disuelto en trámites y componendas inacabables, y cuando aquellos propósitos de justicia social que se agitaban en la propaganda han tenido que sacrificarse por necesidades políticas al burdo egoísmo de los caciques que se llaman agrarios.
>
> Desbordando sus rótulos, los muchachos de izquierda y de derecha que yo conozco han vibrado juntos siempre que se ha puesto en juego algún ansia profunda y nacional. Yo he visto a los diputados jóvenes de derechas que se sientan cerca de mí, físicamente, en el Parlamento, felicitarme cuando me opuse a aquel monstruoso retroceso de la contrarreforma agraria, y he visto a los jóvenes de izquierdas felicitarme cuando he denunciado en público la inmoralidad y el estrago de cierto partido del régimen. En cuanto llega, así, un trance de prueba nacional o de prueba moral, nos entendemos todos los jóvenes españoles, a quien nos resultan estrechos los moldes de la izquierda y de la derecha.
>
> La próxima lucha, que acaso sea electoral, que acaso sea más dramática que las luchas electorales, no se planteará alrededor de los valores caducos que se llaman derecha e izquierda; se planteará entre el frente asiático, torvo, amenazador, de la revolución rusa, en su traducción española, y el Frente Nacional de la generación nuestra en línea de combate.»

[147] Recogida en las actas del Consejo, no figura, sin embargo, esta intervención de José Antonio en sus Obras completas.
[148] En Madrid, en plena guerra, el fotógrafo «Manuel» se vio obligado a destruir la película obtenida.
[149] Transcrito por Luis Ponce de León, entonces estudiante de bachillerato.

DE LA POESÍA A LA CANCIÓN

En el cine Madrid faltó un himno. Y se notó de forma palpable. Allí mismo le dijo Bravo a José Antonio: «Imagínate lo que sería el final del mitin si, además de este bosque juvenil de brazos en alto, un coro ardiente y unánime hubiese cantado un himno.»

«Te doy la seguridad —le dijo José Antonio— de que muy pronto nuestros muchachos han de tener una canción.»

El 4 de diciembre, sobre una música de Tellería, se reunió lo que José Antonio llamó escuadra de poetas [150]. El jefe de la Falange tenía la idea de cómo debiera escribirse la canción: «La juventud de nuestro Movimiento exige Que sea risueña, exenta de odio. Una canción de guerra y amor.» Y a continuación anticipó los dos primeros versos:

Traerán prendidas cinco rosas

las cinco flechas de mi haz.

La música era difícil y requirió que, entre bromas, Aguilar y Aznar impidieran la dispersión de los reunidos hasta que se dio cima a la obra. Dionisio Ridruejo, procedente del S. E.U. de Segovia, aportó los dos primeros versos de la tercera estrofa:

Volverán banderas victoriosas

al paso alegre de la paz.

Nació el himno en el restaurante Or-Kompon, situado en la calle Miguel Moya, entre dibujos y acuarelas del País Vasco, que habría de recordar a Tellería su Cegama natal. Otro vasco, Pedro Meurlane-Michalena, cambió el verso:

y será la vida, vida nueva por

que por cielo, tierra y mar se espera.

No eran los estudiantes ajenos a la poesía y no hubiera sido lógica su ausencia en el himno que había de acompañar tantas heroicas empresas. Antes de nacer la canción de la Falange, Pedro G. CantoUa publicó en Haz su poema «Aurora nueva»:

El viejo castillo se ha vuelto a levantar,

con el puente tendido a las edades futuras.

Y Rafael García Serrano nos regaló su «Geografía imperial»:

En el azar de los mapas, balcones de poesía.

Ventanas en las naranjas de áspera geografía.

José Antonio Pezuela compuso en noviembre su elegía «Al héroe»:

¡Venid y comprenderéis él anhelo de cumbre!

¡Venid, él momento ha llegado!

¡Venid, la tierra ya avanza!

¡Venid, la sangre ya quema!

¡Venid, ya rasga el aire la canción del héroe!

¡Venid, ya se oye él sonido del plomo y del fuego!

El mismo día que Pezuela terminaba su poema, José Antonio le decía a Bolarque, al salir del Centro de la cuesta de Santo Domingo: «No ser poeta está reñido con ser falangista» [151].

ÉXITOS DEMOCRÁTICOS

El dominio de la F. D. U. suponía disponer de los campos de la Ciudad Universitaria, a cuyo alrededor giraba una juventud animosa y fuerte. En cuanto se consiguió independizar la Federación Deportiva de la F. U. E., para lo que resultó decisivo el hallazgo de armas en las casetas, se introdujeron afiliados al Sindicato en la Federación, con la intención de lograr los puestos directivos en las primeras elecciones. Los Estudiantes Católicos tenían idénticos

[150] Por entonces expresó a un común amigo con García Lorca su deseo de que el autor de Yerma formara parte del grupo.
[151] El primer acto público en que intervino José Antonio fue en 1929, ofreciendo un homenaje en el Ritz de Madrid a los poetas Antonio y Manuel Machado.

propósitos, e incluso un reducidísimo grupo de monárquicos intentó fundar lo que entonces se llamó un «sindicalito». En las elecciones celebradas en los últimos días de noviembre, en Filosofía y Letras se renovó toda la directiva, y el S. E. U. presentó una candidatura de acuerdo con la F. E. C, en la que, de los once puestos, seis candidatos pertenecían al Sindicato; es preciso reconocer que un representante de la Federación de Estudiantes Católicos también era seuísta y que lo mismo ocurría con otro «independiente». La F. U. E. basó su propaganda en el lema «contra la política en el deporte»; la correcta frase no impidió el triunfo de la candidatura contraria por amplia mayoría. Fueron vencedores por el S. E. U. Leopoldo Marcos, Eduardo Rodenas, Justina R. de Viguri, J. M. Usandizaga, Eugenio Lostau, entonces jefe del Sindicato de Filosofía y Letras, y A. Salazar. Algo parecido ocurrió en Derecho para cubrir los cargos vacantes, y la suerte no pudo repetirse en Medicina porque el decano suspendió la votación por temor a incidentes. Se ponía de relieve lo acertado de la táctica elegida y también el predominio de los estudiantes falangistas en la Universidad.

INTRUSISMO PROFESIONAL EXTRANJERO

La extensión numérica obligaba a una preocupación profesional intensa. Los Sindicatos de las Escuelas de Comercio, orientados por Enrique de Ory, iniciaron una campaña para combatir el intrusismo de quienes ocupaban puestos de peritos mercantiles careciendo de todo título, mientras el paro se cernía sobre los profesionales, y contra el empleo abusivo de actuarios extranjeros en las compañías de seguros, en buena parte financiadas con capital foráneo. El S. E. U. de Comercio de Zaragoza pidió la creación de la «Facultad de Ciencias Económicas» como estadio superior de la carrera. En Medicina se gestionó, cerca de las autoridades de la Facultad, la adquisición para la biblioteca de libros de texto y una mayor consignación para prácticas, que se desenvolvían con gran escasez de medios. Las Facultades situadas en la Ciudad Universitaria contaban con un deficientísimo sistema de comunicaciones, se protestó por escrito y algún autobús fue volcado como confirmación de que no se toleraría en lo sucesivo que coches de cuarenta y nueve plazas se apretasen hasta noventa estudiantes. Por toda España, los ingenieros industriales hicieron públicas sus quejas del intrusismo extranjero. Haz hizo eco al descontento en varios artículos y los estudiantes celebraron asambleas para hablar del caso. José Antonio llevó al Parlamento el problema:

> «Quisiera distraer durante algunos minutos la atención de la Cámara y la del señor ministro de Trabajo acerca de un aspecto del problema del paro en España que ofrece un singular interés. Aludo al paro de los ingenieros en todas sus diferentes especialidades y de los técnicos que de una manera inmediata los asisten. Este aspecto del paro profesional de los ingenieros es muy considerable en España y ofrece una picante singularidad, porque acontece que mientras el paro en otros profesionales intelectuales y manuales está determinado generalmente por una falta de plazas en que el trabajo se puede emplear, es decir, por una reducción de las posibles plantillas en que la labor se aplique, en este caso de los ingenieros ocurre todo lo contrario. Resulta que, según mis informes, aproximadamente hay unos quinientos o seiscientos ingenieros españoles en paro. ¿Y es porque no hay tarea para quinientos o seiscientos ingenieros españoles? Pues no; es principalmente porque trabajan en España en calidad de ingenieros o trabajan en tareas muy similares a la de los ingenieros hasta cinco mil o acaso algunos más técnicos extranjeros, los cuales, en la mayoría de los casos, ejercen una suerte de intrusismo, porque, naturalmente, no pueden ejercer como tales ingenieros.
>
> Todas estas protestas, todas estas objeciones al régimen de trabajo de los técnicos extranjeros no están guiadas naturalmente ni por un excesivo prurito nacionalista ni tampoco por una simple consideración, que sería en todo caso muy respetable, del perjuicio que se irroga a los profesionales españoles. En ninguna de las dos cosas se funda esta crítica, porque no estarán acometidas de furor nacionalista todas las naciones cuando han regulado con mucha preferencia, cuando han asegurado con muchas garantías el trabajo de los naturales del país. Lo que ocurre es que los países no son simplemente expresiones geográficas, unidades geográficas, sino que son unidades de convivencia, y ha de aspirarse a que en todo lo posible sean los nacionales quienes soporten las distintas tareas y quienes concurran a la labor total del país con sus diferentes esfuerzos. Esto acontece en todos los países y ha llevado a muchos a extremar su rigor hasta privar de cargos que ostentaban desde mucho tiempo antes a técnicos de distintas naciones. Esto lo han padecido en gran parte los españoles en muchas naciones con las que nos ligan las relaciones más cordiales.
>
> Ahora bien, ¿puede quedar en el ánimo de alguien la sospecha de que acaso esa invasión de ingenieros y de técnicos extranjeros venga a suplir una deficiencia de preparación de los nuestros? Encuentro que la sola enunciación de esta pregunta envuelve una ofensa para la ingeniería española y, además, una ofensa injusta.
>
> Hasta ahora no he señalado sino los perjuicios que al interés legítimo de los técnicos españoles se irroga con esta competencia de los de fuera; pero es que cabalmente la ingeniería suele tener algunos de sus puestos en los más delicados órganos de la futura defensa nacional. La ingeniería no sólo está inserta en todo el régimen del trabajo, no sólo es la intermediaria directa con grandes masas, por ejemplo, de obreros españoles; no sólo se cruza con todas las corrientes fundamentales de la economía —lo cual ya bastaría para que nos mereciese una especialísima atención—, sino que además tiene en sus manos hilos delicadísimos que pueden afectar un día, con grave riesgo, a la defensa nacional, y acontece que en España, excepción en el mundo, en estos puestos más peligrosos y más difíciles tenemos técnicos extranjeros. Ocurre, por ejemplo, que se están realizando las obras de fortificación de Cartagena; por las inmediaciones de las obras no se permite el paso —y está muy bien que no se peramita— a ningún español; pero resulta que hay una yesería en las inmediaciones próximas de las obras de fortificación que explota una compañía extranjera, y esta compañía tiene allí técnicos extranjeros que van todos los

días. De manera que la precaución que se toma contra los transeúntes españoles para que no vean cómo se están haciendo las fortificaciones no se toma en poco ni en mucho con los técnicos extranjeros, que van allí todos los días y se pueden informar como se les antoja. Una promoción de estudiantes de la Escuela de Minas fue a visitar las minas de Suria. Yo no entiendo de esto, pero creo que entonces tenía un interés muy considerable, porque se habían descubierto poco tiempo antes y parece son unas minas algo raras; bien, estos estudiantes de ingeniero fueron con sus profesores a visitar las minas; hubo que solicitar autorización a París, y París dio autorización para que vieran las minas, pero no la fábrica de beneficio; los estudiantes españoles de la Escuela española oficial de Ingeniería de Minas no pudieron aplicar su curiosidad sobre aquel interesante aspecto de su estudio porque la compañía, cuyos órganos de dirección residen en París, no lo permitió.

Y por si no bastasen estos riesgos directos, por si no bastase este interés nacional que he hecho pasar rápidamente ante vuestros ojos, hay ya un aspecto último y el más relicado, que es casi, en cierto modo, de dignidad nacional y que probablemente exceda del problema directo del paro de los técnicos. En España, por desgracia, seguimos todavía, en muchos aspectos económicos, en un régimen colonial. No sólo nos traen los técnicos que nos desplazan, hasta el punto de que, por ejemplo, las compañías de ferrocarriles casi no tienen más que ingenieros extranjeros y las compañías de minas tienen el personal extranjero, en proporción a veces del 80 por 100, y para a los extranjeros sueldos enormes, hasta el extremo de que hay una compañía en que los ingenieros de minas empiezan a cobrar su sueldo detrás del último empleado inglés, técnico o no; no sólo pasó esto, sino que, además, para que nos sea más incómoda la presencia, redactan su documentación interna en lengua extranjera. Hay una compañía de minas famosa que circula sus órdenes en francés, lo mismo que si estuviera en una colonia de la vecina República; hay otra compañía, ésta de electrotecnia, que tiene su documentación en un idioma tan «asequible» a los españoles como es el holandés, de la cual un técnico español logró, con gran benevolencia, que se escribieran en inglés los documentos, porque en holandés no los entendía.»

La falta de planes económicos dejaba las decisiones importantes en manos de círculos financieros, siempre más celosos de sus ganancias que de los intereses nacionales. Ello produjo una industria raquítica, que vivía a la sombra de los aranceles proteccionistas sin propósitos de expansión o mejora. Del enclenque ambiente industrial puede juzgarse por la campaña emprendida por poderosas compañías eléctricas, conducente a demostrar la conveniencia de no construir nuevas centrales por estimar suficiente la producción eléctrica alcanzada [152].

NUEVA POLÍTICA, NUEVA GENERACIÓN

La psicosis colectiva de considerar que el país estaba padeciendo una insufrible inmoralidad pública hizo declarar a Gil Robles, en pleno Parlamento, que no podían perderse tantas horas en la investigación del supuesto cieno. El juicio venía en razón del llamado asunto Nombela. Un laureado jefe del Ejército, Antonio Nombela, denunció al subsecretario de la Presidencia por irregularidades comprobadas. Lerroux reaccionó torpemente, destituyéndolo como inspector general de Colonias. El asunto pasó a las Cortes y dio lugar a la última intervención en la Cámara de José Antonio, en ella analizó el «affaire», demostrando que se había pagado una indemnización del Estado a una compañía privada sin cubrirse las condiciones exigidas, otorgándola cantidades superiores sin los trámites debidos; que el pago por el Tesoro se había realizado, según algunos ministros, por haberse aprobado en Consejo, cosa que negaban otros colegas suyos, y que los documentos probatorios los había sustraído del expediente el subsecretario Moreno Calvo, llevándoselos a su casa. Al día siguiente se produjo la crisis ministerial, pasando a presidir el nuevo Gobierno Pórtela Valladares.

La República, aun con sectarismos y errores, hizo gala de preocupaciones en orden a la enseñanza. Pero con el primer Gobierno Pórtela, que duró quince días, parecía volverse a los viejos usos de la Monarquía de considerar el Ministerio de Instrucción Pública la cenicienta política. El nuevo ministro para dos semanas declaró a la Prensa, con el mayor desparpajo:

«A las doce y media me llamó por teléfono el presidente del Consejo para comunicarme que había pensado en mí para desempeñar la cartera de Obras Públicas Después he visto que en el acoplamiento de carteras se me manda a Instrucción Pública. De todas maneras, yo he aceptado» [153].

Quince días después se producía otra crisis, el Gabinete formado quedaba también bajo la jefatura de Pórtela Valladares y con la inseparable colaboración de radicales y cedistas. Entre ambos gobiernos se celebró, durante las vacaciones de Navidad, el II Consejo Nacional del S. E. U.

«Fueron miembros cuarenta y dos consejeros, presididos por Alejandro Salazar: primer vicepresidente, Juan Manuel Fanjul y Sedeño; segundo vicepresidente, Pedro-miguel de Menchén, jefe del Distrito Universitario de Sevilla; secretario, Eduardo Rodenas; Enrique Suárez Inclán, y los jefes de Distrito Luis Paquet Cangas, de Madrid; José González Sama, de Asturias; Hilario Muñoz Dávila, de Salamanca; Antonio Zubiri, de Zaragoza; Antonio Vázquez de Cal, de Santiago de Compostela; José Miras y Miras, de Murcia; Maximiliano Lloret, de Valencia; José María Guitart, de Barcelona; Camilo Tejera de Granada; Víctor Fragoso, de Valladolid. Sección primera (provincias de La Coruña, Lugo, Orense, Pontevedra), Ángel López Gutiérrez, jefe del S.

[152] La totalidad de la energía eléctrica entonces producida en un ano no serviría hoy para atender durante un solo mes las necesidades de Madrid y su zona industrial, y suponía la estabulación de la cifra más baja de consumo por habitante en Europa.
[153] Se trataba de don Manuel Becerra, que no representaba a nadie en política.

> E. U. de Orense; Sección segunda (Oviedo, Palencia, Santander, Burgos), José María Alonso de Goya; Sección tercera (San Sebastián, Bilbao, Vitoria, Pamplona, Teruel, Zaragoza), Víctor Manuel Rubio, jefe provincial de San Sebastián; Sección cuarta (Logroño, Soria, Segovia, Avila, Valladolid), Julio Barrientos, jefe provincial de Valladolid; Sección quinta (Barcelona, Huesca, Tarragona, Castellón de la Plana); Luis Batllés; Sección sexta (Madrid, Toledo, Ciudad Real, Cuenca, Guadalajara), Jorge Ruiz de Santallana, jefe provincial de Toledo; Sección séptima (Valencia, Alicante, Murcia, Albacete, Baleares), José López Bragado, del S. E. U. de Valencia; Sección octava (Jaén, Córdoba, Sevilla, Granada, Almería, Cádiz, Cananas), Benjamín Pérez Blázquez, tesorero del S. E. U. de Sevilla. Figuraban como consejeros, designados por el jefe nacional: José Miguel Guitarte, Vicente Gaceo del Pino, Luis de Aguilar Salgueiro, Agustín Aznar, Justina Rodríguez de Viguri, Heliodoro Fernández Cánepa, David Jato, Enrique Villalba Catarineu, María Dolores Galvarriato, José Salveti, Gerardo González San Pedro, José María Diosdado, todos estudiantes de Madrid; Alejandro Allánegui, Zaragoza; Luis Alonso Otero y Leopoldo Remolina Pardo, de Valladolid; Enrique de Ory, Cádiz; Carlos María R. de Valcárcel, Burgos» [154].

De esta designación, podía deducirse la extensa organización alcanzada.

El día 17, en el Centro de la Cuesta de Santo Domingo, Salazar inauguró las sesiones:

> «No obstante los inconvenientes con que hemos venido tropezando, hemos conseguido que nuestro Movimiento sindical, casi iniciado con la celebración del I Consejo, llegue a fortalecerse y a ocupar el puesto de primacía.
>
> En todo momento ha sabido el Sindicato Español Universitario diferenciar de su actitud política sus actuaciones profesionales. El Sindicato ha organizado cursillos sobre diversas materias de estudio y ha cuidado muy mucho de no intercalar en ellas posiciones políticas, al contrario de lo que otras organizaciones llamadas profesionales han venido realizando en sus cursillos, de un fondo y una profundidad pura y simplemente políticos
>
> Tal es el caso de la organización escolar U. F. E. H., que en estos días celebra su Consejo Nacional y que se titula, no obstante, de absoluta imparcialidad política, mientras que en el Congreso Internacional Comunista ha hecho público el representante español que ellos, en unión de los socialistas, llevan la dirección de la F. U. E. de España.»

Se aprobaron numerosas ponencias. Una de las más discutidas fue la titulada «Los estudiantes ante la política mundial y la guerra», redactada por Rodenas. Para muchos era innecesaria e incluso inoportuna, un texto puramente literario e impropio. Pero al final se impuso, con algunas modificaciones. Se trataba de una réplica a tantos panfletos marxistas, repletos de falso pacifismo, y en la que no se ocultaba una extraña influencia trotskista al tratar la guerra como empresa revolucionaria:

> «Creemos en un supremo resurgir y en un exacto cumplimiento de los altos destinos históricos de España. Su unidad, su grandeza y su libertad han de ir por encima de los intereses particulares y de los sentimientos pacifistas. Sin desear la guerra, tampoco la rechazamos. Dada la situación mundial, con la absurda configuración del mapa europeo, con la amenaza del comunismo ruso, el sometimiento por parte de la América hispana al capitalismo judío, etc., el Sindicato Español Universitario hace de la guerra empresa revolucionaria.»

Se acordó que la representación que en los claustros habrían de tener los estudiantes se hiciera por elección en cada curso y sin distinción de ideologías.

Quedaron sentadas las bases para emprender la organización de campamentos.

Se discutió la necesidad de una reforma de los planes de enseñanza, acordándose la celebración de un Consejo extraordinario, al que concurrieran catedráticos, para fijar los puntos principales sobre los que basar la modificación.

En otras ponencias se detalla: Cómo ampliar las misiones del Cine-Club, produciendo documentales en paso estrecho y normal. El intercambio con estudiantes de otros países. La organización de Sindicatos en ciudades extranjeras con población escolar española. La creación de un teatro universitario. La revisión del profesorado. La reorganización del socorro universitario, misión de la Sección Femenina. La petición de declaración de obligatoriedad de prácticas deportivas para los estudiantes. La fundación de un servicio obligatorio del trabajo. La reforma del Magisterio. El acceso a la Universidad de todos los españoles capacitados y la oposición a la autonomía en Cataluña, pidiendo la unificación de los planes de enseñanza en todas las Universidades.

El día 20, por la tarde, se clausuró el Consejo. La última reunión fue presidida por José Antonio, acompañado por Ruiz de Alda y Valdés. Ese día, los representantes vallisoletanos se presentaron con retraso y José Antonio les amonestó. Entonces, Otero, entregando dos pistolas y un revólver, explicó las causas de su tardanza. Cuando iban camino de la Cuesta de Santo Domingo habían tenido un encuentro serio. Al pasar por delante de una obra, sus camisas azules indujeron a un grupo de la U. G. T. a pronunciar unos mueras provocativos, cumpliendo la consigna de El Socialista, «con los puños en alto y los dientes apretados». Otero, como presintiendo su porvenir de oficial legionario, penetró en la obra seguido de los suyos. Volaron los ladrillos, relucieron las pistolas y lo socialistas optaren por huir y abandonar sus armas. El botín fue ganado, no sin recibir contusiones múltiples.

Dijo Salazar en la clausura:

> «En estos momentos de vergüenza y de angustia por los que atravesamos, un grupo de espíritus jóvenes levantan su grito contra la mediocridad que les rodea.

[154] «Dictámenes del II Consejo Nacional del S. E. U.». Ediciones Haz, 1936.

> El tiempo ha venido a darnos la razón. Los trabajos realizados, la lucha entablada durante más de un año, las energías desplagadas, la perseverancia ante los peligros han venido a demostrar que no nos equivocamos.»

Terminó el Consejo con unas palabras de José Antonio:

> «Si algunas veces me acomete la duda de si los veteranos de la Falange llegarán a dirigir a España, en cambio no dudo nunca de que la regirán los muchachos que han descubierto en la Falange su verdadera actitud ante España. No hay más que vieja política y nueva política. Más fuerte que las actitudes de derecha e izquierda es hoy, en la juventud española, la conciencia de generación. Entre unos y otros pueden los muchachos de hoy enzarzarse a tiros; pero, aunque combaten todos, se sienten unidos en una misma responsabilidad, en un mismo estilo. Los estudiantes de hoy se adiestran en el deporte, estudian —que es lo que parecía más irrealizable— y no se entristecen ni se marchitan en los sórdidos antros de esparcimiento que rodean a la calle de San Bernardo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas que rodean a la calle de San Bernardo. Pronto se habrán entendido por encima de sus luchas y harán juntos nuestra España verdadera. Y, entonces, nosotros, los que ya podemos considerarnos viejos a la hora del relevo, ya que no del descanso, podremos decirnos con tranquilo orgullo: Si no vencí reyes moros, engendré quien los venciese.»

Las vacaciones de Navidad y los forzosos traslados de matrícula de algunos miembros destacados suponían el progreso de los Sindicatos menores. Huelva tomó buen impulso con el estudiante de Medicina José Paz García, y Ceuta, con Rufino Bermejo Medrano, que había sido jefe del Sindicato bilbaíno, y Antonio Cavdevilla, como jefe del Distrito de Zaragoza, fundó los de Huesca y Teruel, poniendo a su frente a Leonardo Etallo Pueyo y Clemente Pamplona, respectivamente. Alejandro Salazar, con Pedro San Martín, creo el S. E. U. de Cartagena, y no sólo fundaban Sindicatos de estudiantes. José Abad, de Ingeniería Naval, levanta la Falange de Novelda, y Ramón Gallud, la de Torrevieja.

HUELGA NACIONAL CONTRA EL SEPARATISMO

El 7 de enero se disuelven las Cortes y se convocan nuevas elecciones. El mismo día que comienzan las vacaciones para los diputados, los estudiantes inician una agitada etapa.

El día 8, la Federación Nacional «d'Estudiants de Catalunya» repartió un manifiesto en lengua catalana, pidiendo la reposición del Patronato Universitario Catalán, cuyo funcionamiento estaba en suspenso desde la intentona revolucionaria de octubre. En el escrito se distinguía entre «su» Universidad y la Universidad «española». Con dicho motivo, grupos separatistas profirieron gritos de «¡Viva el 6 de octubre catalán!» De esta forma se iniciaba un período de agitación que el Rector amparaba, exigiendo para entrar en la Universidad el carnet de identidad, con el que quedaban en franca mayoría los estudiantes autonomistas. Conviene recordar que la autonomía de que gozaba el primer centro de cultura de Barcelona, con sus clases en catalán, el examen de aptitud para quienes tratasen de trasladar allí sus estudios cursados ya en otras Universidades de España, y su ambiente político habían dejado el campo a los separatistas. Tal estado de cosas era tolerado por el Gobierno, por flácidas razones políticas, en contra del sentir de la propia mayoría universitaria catalana. Examinando las listas de alumnos matriculados en las tres Facultades de más población escolar, encontramos: En Derecho: cifra media de escolares antes de la autonomía, 1.300; durante la autonomía, 350. En Medicina: antes de la autonomía, 1.400; después, 700. En Farmacia: antes, 500; durante la autonomía, 200.

Las clases en catalán no eran una consecuencia derivada del uso de esa lengua por la mayoría de los alumnos, sino de implicaciones políticas. Ya antes de los sucesos de octubre, 41 catedráticos se dirigieron a Pompeyo Fabra, presidente del Patronato, quejándose de la falta de autonomía, puesto que el Patronato dictaba hasta las más pequeñas normas y en él, de once vocales, solamente uno, el Rector, representaba a la Universidad. Persona tan poco discutible como Américo Castro, explicó en El Sol su apartamiento de aquel núcleo, en donde solamente existía una idea, según su entender: suplantar como fuere el castellano.

La falta de aliento de los hombres de gobierno, incapaces de proyectos seductores, disculpaba que grupos de estudiantes, en Cataluña, propugnaran la separación de un Poder central, vulgar y alicorto; pero esta posición disgregadora tenía que ser combatida. Máxime cuando tal situación venía agravada con el dominio que los comunistas tenían de los puestos clave, tanto de las organizaciones escolares autonomistas como de la F. U. E. Para entonces estaba ya en marcha la fusión de las organizaciones juveniles frentepopulistas en la naciente Juventud Socialista Unificada. En el VII Congreso Internacional Comunista, el representante español, Evaristo, pudo decir: «En Cataluña hemos conseguido que catorce de las más importantes organizaciones juveniles firmaran con nosotros manifiestos de carácter nacional revolucionario y participaran en manifestaciones y huelgas escolares contra el fascismo y el Gobierno central.» No podía extrañar, por tanto, que la F. U. E. felicitase a los estudiantes autonomistas en una nota de aliento. En estas circunstancias, Villalobos, ministro de Instrucción Pública, anunció que llevaría a Consejo de Ministros los decretos que resolvieran el problema planteado. El S. E. U. publicó un manifiesto:

> «Camaradas: Estamos en un momento de peligro. El separatismo catalán levanta otra vez su repugnante cabeza y, refugiado en la Universidad de Barcelona, intenta obtener otra vez la autonomía valiéndose del débil Gobierno que nos rige. Su triunfo es nuestra derrota, la de los jóvenes de España, que ansiamos grandeza y Patria.

No pretenden obtener mejoras de índole profesional; los Badías, Companys y Sberts los mueven para preparar de nuevo la desmembración de un trozo del territorio nacional.

Ante ello, ante su voluntad de suicidio, nuestra voluntad de unión y nuestra fe en un gran destino.

Contra su estrella solitaria, símbolo de disgregación, de atomización, nuestro haz, símbolo de unidad, de grandeza.

Camaradas estudiantes: vivid vigilantes y ateneos a las órdenes de la Jefatura Nacional del S. E. U.

En estos momentos contamos una vez más con vuestra disciplina férrea y absoluta.

Ni un grito, ni una protesta, ni un movimiento sin haber recibido la orden para ello.

Guardad vuestros ímpetus y esperar las órdenes.

Cuando éstas lleguen, cumplidlas sin vacilar, llegando a donde sea necesario.

La huelga está pendiente y anunciada. Cuando se declare, cumplidla como un solo hombre.»

En la primera plana de un número de Haz, recogido por la Policía, se resaltaba con gruesos caracteres: «Los estudiantes de toda España, impulsados por el Sindicato Español Universitario, se levatnan contra el separatismo catalán.»

«El S. E. U. anuncia la huelga general de estudiantes en sus setenta Sindicatos si se da oídos a los separatistas de la Universidad de Barcelona.»

El día 15 se extendió por el ámbito estudiantil un rumor sobre una decisión ministerial en favor de los autonomistas. Y fue suficiente para provocar el desbordamiento. No obstante, el Sindicato hizo un último esfuerzo para mantener la calma, pues no deseaba una pequeña algarada, sino una actitud prolongada y eficaz demostrativa de sus posibilidades. Al mismo tiempo preparaban su respuesta muchos estudiantes catalanes, interesados en aclarar que no se trataba de una pugna entre Cataluña y el resto de España. Pero, deseosos de tomar la iniciativa en una cuestión nacionalmente airosa, la A. E. T., la F. E. C. y los estudiantes de Renovación Española declararon la huelga en la Facultad de Derecho de Madrid el día 16. Tal actitud colocaba al S. E. U. en una difícil situación, o rompía la huelga, y con ello invalidaba alianzas para el futuro, o iría a remolque de iniciativas ajenas. Aun a sabiendas de lo difícil de su cumplimiento, se notificó a todos los afiliados que adoptasen una actitud pasiva en cualquier clase de albarotos. La huelga, como era previsible, no se desarrolló plácidamente. Hubo incidentes. El A B C los relató así: «Gran parte de los escolares prorrumpieron en gritos de "¡Viva España! ¡Mueran los masones!" Se apoderaron de un encerado, en el que escribieron: "¡Mueran los separatistas!" Después colocaron el encerado en uno de los balcones de la fachada principal. Inmediatamente se dio la orden de que fuera retirada la pizarra. Así se hizo; pero, momentos después, los estudiantes forzaron la puerta y volvieron a colocar el encerado en la fachada de la Universidad. En este momento acudieron el decano de la Facultad de Derecho, señor Posada, y varios profesores y bedeles, que intentaron reducir a los alumnos. También acudieron otros estudiantes, de significación izquierdista, algunos de los cuales sacaron a relucir pistolas y armas blancas e intentaron agredir a los manifestantes. Entre los que más se distinguieron en esta actitud figuran el catedrático señor Ayala, que empuñaba una pistola, y el ayudante del señor Jiménez de Asúa, Lafuente, una navaja...»

Esto dio motivo, aparte de los destrozos inevitables, a una nota de las Asociaciones en huelga con cierta carga irónica: «Si censurable es que los estudiantes utilicen las armas en la Universidad, más censurable es en los profesores, dada su misión tutelar.» Y a continuación pedía les fueran aplicadas las sanciones previstas en la Ley. A partir de este punto se unió a la huelga el slogan «¡Fuera los profesores pistoleros!»

Al día siguiente, seuístas de Barcelona daban una adecuada respuesta en un decorativo bar instalado en los sótanos de la Universidad. Se dedicaron a leer en voz alta párrafos de Arriba y Haz. Cuando los separatistas se sintieron en número suficiente, protestaron de lo que estimaban justamente como una provocación. Taburetes, botellas y mesas saltaron por el aire. El bar quedó vacío y destrozado. En la primera planta del edificio, un numeroso grupo de la estrella solitaria, en proporción de siete a uno, esperaba tomarse la revancha de fácil manera, pero dos oportunos disparos al techo los disolvieron. Los periódicos catalanistas calificaban los hechos de aquella mañana de «convulsión violentísima». La Rambla titulaba la información: «Els falangistes han promogut greus incidents i destroces a la Universitat.» Y L'Humanitat encabezaba la noticia con un título en gran tamaño: «L'Universitat de Barcelona, asaltada.»

A la terminación del primer Consejo de Ministros celebrado después de los sucesos, el de Instrucción Pública anunció severas sanciones contra los estudiantes en huelga. Ante esta actitud, el S. E. U., junto con la Confederación de Estudiantes Católicos y la Asociación de Estudiantes Tradicionalistas, declaró la huelga general. Con un telegrama anodino y convenido, los Distritos se pusieron en movimiento.

Simultáneamente, Alejandro Salazar dirigió una circular a los Sindicatos provinciales, de la que puede deducirse la situación privilegiada que habían logrado:

«Camaradas: Siguiendo la trayectoria del Sindicato Español Universitario, marcada en mi anterior circular, he ordenado la huelga general indefinida en toda España a partir de hoy, día 2. La nota, publicada en los periódicos, aparece firmada por las tres agrupaciones escolares; pero, sin embargo, el mando único de la huelga decidido por ellos estará en el jefe nacional del Sindicato.

> La unión ha sido exclusivamente en atención a las necesidades de ciertas provincias, donde parece ser que es precisa la acción conjunta.
>
> Esta huelga, iniciada hoy con extraordinario resultado, a esta hora, once de la mañana, hemos suspendido las clases en todas las Facultades e Institutos y sigue la suspensión en el resto de centros de enseñanza, nos ha de traer un extraordinario número de afiliados, ya que los mismos dirigentes de los estudiantes católicos están saludando con el brazo en alto y se niegan a recibir otras órdenes que las de esta Jefatura. El papel de nuestro Sindicato se ha elevado extraordinariamente. Los periodistas vienen a recibir noticias de nuestro despacho y, en todas partes, la sensación entera es de dominio nuestro.
>
> Si cuando recibas esta carta no has declarado aún la huelga general, hazlo en el acto, valiéndote de todos los procedimientos que creas convenientes y en unión con católicos y tradicionalistas.»

En Madrid salieron a su tradicional aislamiento las Escuelas Especiales; se había hecho necesario un clima nacional insoportable para que dieran muestras de inquietud política [155]. Realmente fueron siempre las Facultades típicamente universitarias las que tomaban la iniciativa. En Medicina, un grupo extraño a la Facultad, provisto de armas de fuego, promovió una serie de incidentes, refugiándose, una vez acorralados, en el aula del profesor Negrin. En Filosofía y Letras hubo un disparo sin consecuencias. Se colocaron pasquines que decían:

> «El S. E. U. no cede a las amenazas; siempre lo encuentran en su sitio los enemigos de España una grande, libre. ¡Arriba España!»

En la Universidad Central hirieron a un estudiante tradicionalista, y la Junta de Gobierno publicó una nota resaltando la gravedad de los hechos y pidiendo la vuelta a la normalidad, mientras se anunciaba el nombramiento de un juez instructor. La huelga dio lugar a numerosos incidentes: roturas de cristales, colocación de letreros en los balcones y también lanzamientos de bancos a la calle, en especial la de San Bernardo era testigo de los más ruidosos disturbios. La nota pintoresca corrió a cargo de la F. U. E. Al segundo día de huelga, su presidente visitó al rector de Madrid. Después de una larga entrevista, a la salida dijo a unos periodistas: «Mañana habrá clase, pues la F. U. E. organizará sus cuadros para que las haya.» Que el ministro de Instrucción Pública y el jefe del Gobierno declararan, un día y otro, que la Universidad existía para estudiar y nada más, parecía lógico. No tanto que lo proclamara la F. U. E., organizadora, en otros tiempos, de las primeras huelgas políticas a escala nacional. «Nosotros entendemos el patriotismo —decían— estudiando y no convirtiendo la Universidad española en escudo de maniobras políticas.» Aquella huelga disolvió lo que quedaba de la Federación; justo es decir que sus hombres fundacionales no estaban ya en la Universidad.

En Santiago se suspendieron las clases después de un pequeño encuentro en el que resultaron heridos cinco galleguistas. La explosión de una bomba completó la obra. Cerrada la Universidad, los estudiantes se manifestaron por las calles. También hubo manifestación callejera en Zaragoza, disuelta por los guardias de Asalto. Numerosos policías y guardias cachearon mientras duró la huelga a los jóvenes que transitaban por delante de los centros de estudio. El Rector pretendió poner sanciones colectivas a los cursos más destacados en la protesta. En Sevilla, las manifestaciones fueron disueltas por los de Asalto en la plaza de San Francisco. En los balcones de la Universidad se colocaron grandes carteles con las inscripciones: «Abajo los separatistas», «Mueran los calumniadores del Ejército» y «Viva España única». El Rector, dando muestras de pleno desconocimiento de las ideas de los escolares, reprochó a los falangistas la alianza de las derechas con los elementos de la Liga Catalana; a su juicio, los peores separatistas. En Sevilla flaquearon los Estudiantes Católicos, viéndose obligado el S. E. U. a comenzar así una de las hojas repartidas: «Estudiantes sevillanos: Os agradecemos el magnífico espíritu con que habéis secundado la huelga. Esta actitud, con motivo tan patriótico, contrasta con el profesionalismo y apoliticismo de cierta Federación...»

El señor Candil, Rector de Sevilla, que hubo de aguantar multitud de chistes sobre sus «luces» intelectivas, llegó en una nota a escribir: «La unidad de España no es tema que afecte a las actividades universitarias.» Nadie había llegado tan lejos en la idea de la Universidad como ente puro, aislado en el espacio.

En Granada hubo acompañamiento de petardos y escaramuzas con los de Asalto; la protesta se inició con la invasión del domicilio de la F. U. E., situado en el pasaje de Robles Pozo. Los «depuradores» se llevaron como recuerdo los banderinees que adornaban las paredes. En Valencia, una mañana, las cuatro centurias del S. E. U., que mandaban Enrique Tarrasa, Constantino Higón, Rafael Gómez Pascual y Rafael Climent, se apoderaron de todos los centros de enseñanza, proclamando la huelga general revolucionaria, y hubieron de ser desalojados por la Policía.

En Barcelona, nuestros camaradas procuraron, en actos aislados, compensar las cuotas que obligatoriamente pagaban en el momento de matricularse a la Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña. El día 13, los incidentes se cerraron con una pelea delante de la Universidad, en donde cincuenta separatistas comenzaron a vocear el semanario Redresement; acudieron los seuístas, vendiendo Has, y se mezclaron los vivas y los mueras a España. Pronto los contrarios se refugiaron en un rincón de la Universidad, de donde no salieron hasta que los de Asalto acudieron en su defensa. En estos hechos destacaron los estudiantes pertenecientes al Instituto Balmes. El S. E. U. de Barcelona funcionaba bajo la supervisión de Luis Santamarina [156]. Guitart, su jefe, al

[155] Entonces, con José María Babé, inició la Federación de Asociaciones Profesionales de Alumnos de las Escuelas Especiales, conocida por «INGAR» (Ingenieros y Arquitectos) su acercamiento al S. E. U.

[156] Luys Santamarina había publicado en mayo de 1933 una biografía de Cisneros. Cuando la leyó Julio Ruiz de Alda, dijo: «El autor de este libro tiene que ser falangista»; lo mandó buscar y no se equivocó. La segunda edición después de la guerra apareció con la insignia del S. E. U. en la portada.

comenzar el curso, tuvo que trasladar su matrícula a Murcia, encargándose del mando directo cuatro estudiantes de Arquitectura: Joaquín Beneyto, Agustín Loscertales y Celestino y Julio Chinchilla; el primero de ellos como jefe. Destacaban en el Sindicato de Barcelona: Miguel A. Luna, Félix Cameno, Alfonso Shelley, Pedro Pares, Segura Sanfelíu, Encuentra, Vega y Víctor Hellín.

En Oviedo reforzó la actitud de protesta el hecho de que el Rector, Leopoldo Alas, se presentara en la misma candidatura que los socialistas incendiarios de la Universidad en octubre. El señor Alas fue obsequiado con un orfeón que gritaba con monotonía vivas a España. Cuando se colmó su paciencia, desafió a los estudiantes a medirse con él, en la calle, uno a uno. Muchos alumnos aseguraron que el señor Alas, descompuesto, había usado una frase ibérica, muy de esas circunstancias, que fue coronada con aplausos y bravos.

En Valladolid, donde hacía tiempo que los estudiantes habían terminado con los signos externos de un grupito de separatistas vascos matriculados en la Universidad castellana, la huelga se prolongó hasta el 4 de febrero; allí las manifestaciones callejeras fueron particularmente intensas los días 23 y 24 de enero, con intervención de los guardias de Asalto.

Como los estudiantes católicos habían estimado que en modo alguno podía mantenerse una actitud de rebeldía, la duración de la huelga suponía una muestra de pujanza del Sindicato. El conflicto no se limitó a las Universidades, cerraron incluso muchas Academias particulares; también participaron las Escuelas Normales e Institutos, destacando Córdoba, Orense, Ciudad Real, Bilbao y Torrelavega, en donde fue necesaria la presencia del gobernador. En Mallorca, Jaime Real, jefe del S. E. U., solamente consiguió de las otras asociaciones comprometidas una adhesión rutinaria; no obstante, se decidió ir a la huelga el día 23. Previamente se repartieron unas hojas, y las paredes de las Escuelas de Comercio, Normal y del Instituto aparecieron con inscripciones explicativas. Los primeros en responder satisfactoriamente fueron los estudiantes de Comercio, a quienes siguieron los demás. Para evitar contratiempos, Juan Barbera encerró en una habitación a los porteros de la Escuela. Después, Jaime Mulet cerró con los suyos el Instituto. A continuación, Miguel Gascón, subido al monumento a Ramón Lull, arengó a los huelguistas. Mulet y Gascón, que en incidentes posteriores fueron detenidos, y Tomás Roldan anunciaron al gobernador que la huelga estaba declarada, en solidaridad con los estudiantes del resto de España, unidos contra el separatismo. La detención del jefe del S. E. U. de San Sebastián, Víctor Manuel Rubio, se debió a su gallarda declaración, haciéndose responsable único.

En Zafra, el S. E. U., dirigido por Diego Burgos, cerró el Instituto y también las Escuelas.

El éxito culminó cuando el presidente del Gobierno y el ministro de Instrucción Pública recibieron al jefe nacional del S. E. U., a quien acompañaban el presidente de la Confederación de Estudiantes Católicos y un representante del Secretariado central de la A. E. T. Portela, muy cordial, expuso su criterio de que en la protesta había un fondo político; Villalobos aseguró que se ocuparía con toda minuciosidad del complejo problema catalán y prometió no poner sanciones si las clases se reanudaban con normalidad. Se había conseguido hacer pactar al Gobierno. La huelga se dio por terminada.

En la comunicación dando por concluido el conflicto, firmada por Salazar, Pradera y Basilio Ochoa, se complacían los deseos manifestados reiteradamente por José Antonio de que se hicieran compatibles la rebeldía política y la seriedad en el estudio.

«No somos organismos ansiosos de pretextos para no estudiar.»

Todavía se hizo necesario un viaje de Salazar a Zaragoza, en donde, con un delegado tradicionalista, consiguió solucionar el problema de las sanciones. Curiosamente, el director del Instituto de Burgos, Alonso de Armiño, diputado agrario derechista, se resistió denodadamente a la cancelación de los castigos.

En los conflictos universitarios rigen los más descarados cambios de postura. El partido comunista español staliniano, que utilizaba el atraco como sistema de recaudación —Líster estaba entonces en la cárcel por ello—, y para quien el orden era un invento capitalista, se enfurece ante aquella rebelión que nada les convenía y grita:

«De la Universidad sólo son dignos los millares de jóvenes que quieren estudiar y que no pueden hacerlo porque estos señoritos han acaparado el derecho al estudio» [157].

Mundo Obrero insistió en sus puntos de vista «conservadores» bajo el socorrido sistema de «Carta de un estudiante de Derecho»: «Los almidonados señoritos que deshonran la Facultad de Derecho [158] siguen dando pruebas de un cretinismo superlativo. ¡A ellos qué les importa que los cursos pierdan su continuidad y se trunque la marcha normal de las explicaciones! El pretexto es lo de menos; provocan una algazara, el decano los recrimina, pero ellos no se detienen. El pueblo debe saber a qué se deben los continuos alborotos de la calle de San Bernardo.» Y terminaba con una tristísima confesión sobre la en otro tiempo omnipotente y revolucionaria F. U. E.: «Sólo una minoría, enrolados en la Asociación Profesional (F. U. E.), son los que siempre se oponen.» El periódico comunista mostraría, días después, su indignación por haber recibido el jefe del Gobierno a los estudiantes rebeldes, pactando con ellos. En el comentario volvían a mezclar los términos «señorito» y «estudiante».

El Socialista no era menos explícito: después de reconocer que «los cuadros de la F. U. E. fueron desmandados», aconsejaba no pararse en prejuicios liberales; lo peor que puede ocurrir es honrar al fuero,

---

Luys se había estrenado en las letras en 1925 con un libro mitad prosa, mitad verso: «Tras el águila del César. Elegía del Tercio», que mereció una extraordinaria crítica en la «Revista de Occidente» escrita por Gerardo Diego.

[157] *Mundo Obrero*, 21-1-36.

[158] No sabía el órgano comunista que si existía en la Facultad un estudiante destacado, realmente almidonado, Guillermo Salvador de Reyna, Presidente de la Federación de Estudiantes Católicos de Madrid, que más tarde inventó la camisa azul con cuello duro.

permitiendo que prosperen el libertinaje y el matonismo [159]. A este triste final venían los pasados cantos de este mismo diario a los universitarios que habían mantenido «el más vivaz espíritu de protesta contra la Dictadura». Tampoco entendían, y esto sí era lógico, que Pórtela Valladares «diera cuenta de la visita de estudiantes católicos, falangistas y tradicionalistas, animados de un bello, sano y patriótico sentido». La victoria trajo como secuela más de cincuenta detenidos y una torpe reacción contra los más destacados en atentados personales, en los que, afortunadamente, no hubo víctimas. Pedro Miguel Menchén, jefe del Distrito Universitario de Sevilla, desarmado, hizo frente a tres pistoleros, a quienes desconcertó con su sangre fría. Y Lavín San Román, jefe del S. E. U. santanderino, repelió con" tanto vigor a un grupo de las juventudes comunistas que varios de ellos resultaron heridos. La huelga vigorizó las filas de los estudiantes falangistas, que completaron su organización con ramificaciones en todas las ciudades con centros escolares.

ESQUIVANDO LA CENSURA DE PRENSA

Apareció, el 14 de febrero, el último número de Haz, hacía el catorce. En su cabecera se reproducían las terminantes palabras de José Antonio en el mitin del cine Europa, de Madrid:

> «La Falange no acatará el resultado electoral, si éste resulta peligrosamente contrario a los eternos destinos de España.»

La vida del periódico estudiantil había sido un forcejeo constante con la censura; solamente los dos números últimos gozaron de la relativa libertad que daba el período electoral. Para burlar la censura se utilizaban diversos procedimientos. Cuando se limitaban a tachar alguna frase, generalmente, aun a trueque de una incorrecta redacción, se colocaba en otro lugar; como los censores no volvían a leer el artículo censurado, sino que se limitaban sobre el ejemplar enviado a comprobar el sitio señalado en lápiz rojo en las pruebas, la artimaña dio siempre resultado. Otra vez, esto era más expuesto, se imprimieron ejemplares distintos de los puestos a la venta para el Departamento de Censura. Con frecuencia también, las frases que podían ser tachadas no se incluían en las galeradas de censura y, después, a los artículos aprobados se les intercalaba lo supuestamente prohibido. Así, el periódico no perdió su natural insolencia y alegre desparpajo. Al desaparecer la censura, Haz fue siempre denunciado por el fiscal y recogido a continuación por la Policía, que en cada puesto retiraba los seis o siete ejemplares que se dejaban a su disposición, sin que se pudiera después explicar satisfactoriamente a los guardias el porqué y cómo desaparecía el resto de la edición. Como recuerdo de estas peripecias, en el último número se decía: «Haz saldrá tal y como nosotros lo hacemos y no como ellos desean.» Y en la misma página, en un recuadro llamativo: «Lea pronto el próximo número de Haz por si lo recoge la Policía.»

El penúltimo número originó la presencia de varios agentes en el local de la Cuesta de Santo Domingo, con el propósito de recoger la edición del periódico. Allí se encontraba José Antonio, quien dio irónicamente las gracias a la redacción por haber conseguido una visita tan grata, censurando a continuación el no tener siquiera media docena de ejemplares para tan amables funcionarios. Los estudiantes prometieron que para la visita que, sin duda, les harían próximamente tendrían la edición completa, convenientemente empaquetada para su mejor traslado a la Dirección General de Seguridad [160].

Pese al natural desparpajo de un periódico de universitarios como Haz, su literatura resultaba un modelo de corrección al lado de las amenazas desatadas de la Prensa juvenil marxista.

En febrero moría de rápida enfermedad el jefe del S. E. U. de Ciencias, Jenaro González del Hierro, bondadoso y decidido. Colaboraba en Haz con el seudónimo «Del Fe». Su muerte produjo una gran tristeza. El había soñado otra forma de morir.

«ELLOS, LOS DIPUTADOS; NOSOTROS, LOS MUERTOS»

La Falange, conociendo que el grueso de sus fuerzas lo formaban jóvenes sin voto y convencida que las urnas marcarían un giro revanchista a la izquierda, buscó la formación de un frente nacional vigoroso para obtener por su conducto una minoría de diputados que, amparada por la inmunidad parlamentaria, pudiera defender la organización y hacer frente al difícil futuro. Pero las derechas, manejadas por Gil Robles, poniendo diversos pretextos, dejaron aislada en la lucha electoral a la Falange [161], en contra del criterio de algunos de los suyos, que veían más claro. Manuel Bueno escribió en ABC, con el título «Horas difíciles»: «Sería una grave omisión el prescindir de ese mocerío indisciplinado y entusiasta que frecuentes pruebas viene dando de su acrisolado

[159] Resulta cómico contrastar estos textos con los actuales de sus ediciones francesas. *El Socialista* llegó a escribir: «La Universidad se ha convertido en guarida de estudiantes que alternan el uso de los libros y de las pistolas». «El Ministro ha dictado dos Decretos importantes. Uno, anulando las matrículas en la Facultad de Derecho. Se priva en otro de la condición de estudiante quien utilice armas de fuego. Falta expulsar de la Universidad a los catedráticos que alienten el fascismo y a los estudiantes que lo profesen». Teniendo en cuenta que los «fascistas» mencionados, requetés, falangistas y católicos suponían el 80 o el 90 por 100 de la totalidad, la petición equivalía al cierre de las Universidades.

[160] Ningún sector era ajeno a la división de los españoles y no eran pocos los policías que contribuían, arriesgadamente, al buen éxito de las misiones falangistas.

[161] Gil Robles llegó a admitir la inclusión de candidatos falangistas; pero no de José Antonio. Es evidente que de haber alcanzado un acta el jefe falangista, el 18 de julio hubiera estado en libertad.

patriotismo. Las perspectivas electorales se presentan con un tan dramático carácter belicoso que todas las precauciones que se adopten para vencer el ímpetu rojo serán escasas. Los contingentes de Falange Española no tienen, por el número, la importancia de los que integran Acción Popular; pero cada uno de sus miembros vale, por su desinterés y arrojo, como cinco. Esto no puede ser puesto en duda.» Para confirmar estos temores, el 27 de enero diría en Alicante Largo Caballero: «Si ganan las derechas, tendremos que ir a la guerra civil.» El Socialista escribía: «Tenemos esperanzas muy fundadas, consecuencia de un firme propósito, de que algún día las derechas tendrán ocasión de comprobar lo que ese una revolución auténtica. No se puede pedir a un pueblo, sobre todo cuando tiene tan frescos los quebrantos, que canalice cuerdamente su iracundia; eso se consiguió una vez en España y la segunda se nos antoja que va a ser imposible.» El tiempo se encargaría de mostrar cuan real era la amenaza.

Pero la razón y la conveniencia común quedaron ahogadas en las pugnas internas para el reparto de puestos, en lo que se llamó «frente de hormigas». El período electoral trajo a la Falange sus últimos días de propaganda abierta. El 2 de febrero se cantó por vez primera, en masa, el «Cara al Sol» en los actos celebrados en los cines Padilla y Europa. El Europa estaba enclavado en barrios madrileños comunistas; allí dijo José Antonio: «Aunque triunfaran en España todas las candidaturas socialistas, vosotros, militares españoles, a quienes van a decir que la Patria no existe, que vais a ver a vuestros soldados en indisciplina; vosotros, religiosos católicos españoles, que vais a ver convertidas las iglesias en museos de los sin Dios; vosotros, ¿acatarías el resultado electoral? Pues la Falange, tampoco.» El 9 de febrero, segundo aniversario del asesinato de Matías Montero, sus viejos camaradas de Medicina hicieron guardia en su tumba, en donde Salazar colocó unas flores. En la iglesia de San Manuel y San Benito se celebró una misa por los estudiantes caídos, y, a la salida, los asistentes, en manifestación y cantando el himno falangista, recorrieron la Gran Vía madrileña; como resumen de la jornada, quince detenidos por los guardias de Asalto. Entre tanto, Gil Robles no apreciaba más que su propia propaganda, que enterraba la realidad, con sus consignas «A por los 300» y «Todo el Poder para el jefe». La actividad desplegada por Acción Popular fue tan impresionante como inútil.

En su campaña gaditana, José Antonio pronunció numerosos discursos y fue siempre acompañado por Aguilar, orgulloso de la responsabilidad de su protección. Aguilar asumió, temporalmente, el mando de las milicias de Cádiz. Equipos de oradores llevaron por pueblos y ciudades las consignas de prepararse para luchas peores que las electorales. No podían faltar los estudiantes en tal servicio: Valdés mitineó en Santa Fe, en Talavera, Oviedo, Pola de Laviana y otros pueblos de Asturias por donde se presentaba candidato; también participó Cobián como orador; Ángel López, en Galicia; Colón, en Palencia; Goya, en las provincias de Santander y Ciudad Real; A. Peñuela y Victoriano Aguilar, por la zona cordobesa; Pedro García y Villarroel, en numerosos pueblos toledanos; Rodenas, en Quitnanar del Rey. En Zaragoza, José Antonio Giménez Arnáu, aludiendo a los últimos incidentes escolares, censuró «a los decanos pálidos y temblorosos que, custodiados por la fuerza pública, trataron de prohibir al entusiasmo estudiantil sus vítores a España.» Pocos militantes quedaron sin una extenuante misión. Durante el período electoral, que se desarrolló con cierta tranquilidad, fueron asesinados dos falangistas: Alcázar y Collazo [162].

La selecciones inclinaron la balanza del lado izquierdista, exactamente en la proporción que había señalado José Antonio. La Falange no tuvo ni un solo diputado. Emparedados entre los dos grandes bloques, los electores, con buen sentido, estimaron que los votos a los falangistas serían votos perdidos.

La importancia política no se reflejaba limpiamente en las urnas. Los entramados electorales obedecen a normas especiales. Formadas dos grandes coaliciones, quienes quedaran fuera de esas alianzas estaban condenados a no poder obtener el menor resultado favorable. Pero acabada la contienda electoral, la Falange se convirtió en el sector político fundamental.

El 16 de febrero, cuando se supo el triunfo de las izquierdas, cesó el bullicio en los centros hasta entonces eufóricos de Acción Popular. Algunos gobernadores civiles abandonaron sus puestos y un viento amenazador subía de la calle al Gobierno. El día 17 por la mañana, mientras, abatidos, comenzaban a disolverse los hasta entonces poderosos partidos derechistas, José Antonio pedía en Gobernación fusiles para la Falange. En provincias, los más destacados estudiantes, cuando conservaban su libertad, pasaron a ocupar los mandos de la Falange; así en Baleares, al ser detenido Zayas, encabezó el triunvirato de mando el jefe del Sindicato, Jaime Real. Los trenes para Francia y Portugal iban abarrotados en las clases de lujo por los mismos que ayudaron a la C. E. D. A. a provocar una crisis, cuando se trató de elevar en un 2 por 100 la tasa de derechos reales. El día 19, Azaña formaba un Gobierno de Frente Popular. José Antonio había escrito en marzo de 1935: «Antes de la primavera del año próximo tendremos a Azaña en el Poder.» Y en el mitin del cine Madrid anunció: «Azaña no tendría ahora las masas alegres e ingenuas del 14 de abril. Ahora vendría sobre el lomo de masas torvas, rencorosas, envenenadas por los agentes españoles del bolchevismo ruso. Y esas masas ya no serían débil instrumento en las manos de su rector, sino torrente que se le desbordara y le someterá a su arbitrio.» Efectivamente, el 17 ardían ya las primeras iglesias.

El primer comentario de la Falange sobre el resultado electoral, publicado en Arriba, terminaba así:

> «Que la juventud de una España difícil sea con nosotros cual la queremos: trágica, alegre, seria y heroica. A nosotros sólo nos toca persistir, pensar y combatir por Dios y por la Patria hasta la muerte. Y luego vendrá la primavera.»

La Falange trasladó sus oficinas a Nicasio Gallego, 21, y, para evitar dificultades, el piso se arrendó a nombre de Mariano García, quien a continuación subarrendó el local a «Alejandro Salazar, jefe del S. E. U. y de la Junta Política de la Falange»; con dicha argucia se pudieron trasladar los muebles y papeles de Santo Domingo. Pero no había de durar mucho tiempo «el privilegio» de tener domicilio social; el 27 de febrero lo clausuraba la Policía.

[162] Luis Collazo, obrero de veintiún años, murió el 9 de febrero en el aniversario de Matías Montero.

Comenzaba para la Falange una lucha sin cuartel.

FRENTE ESTUDIANTIL

Ciertos grupos de la F. U. E., reanimados con el triunfo izquierdista, daban muestras de actividad, aun cuando la preponderancia del S. E. U. era ya manifiesta. Los fueístas, comprometidos políticamente, muy menguados, se incrustaron en la Federación de Juventudes Socialistas o en la Unión de Jóvenes Comunistas; las dos organizaciones publicaron en marzo una declaración anunciando un Congreso Nacional de Unificación. La desventajosa proporción de uno a diez en que se encontraban los comunistas parecía augurar que su absorción sería rápida y sin dificultades. Sin embargo, los comunistas iban a poner en juego su tradicional astucia para apoderarse de los mandos y, con ello, de la organización. Las conversaciones iniciales en casa de Álvarez del Vayo tenían como arbitro a un agente de la Komintern, el argentino Codovila. El empujón final fue dado en Moscú, donde acudieron los nuevos directivos para entrevistarse con el Comité Ejecutivo de la Internacional Juvenil Comunista.

La unidad de los estudiantes nacionales se hizo más apretada con la amenaza frentepopulista, y parecía lógico crear un organismo adecuado. La iniciativa del Frente Nacional Universitario partió de Pedro Gamero del Castillo, que pertenecía a los Estudiantes Católicos, a quienes la persecución religiosa empujaba hacia la Falange. Pronto fue perfilándose la asociación nacional en conversaciones mantenidas entre Alejandro Salazar, Gregorio Marañón Moya, Juan José Pradera y Pedro Gamero del Castillo. José Antonio siguió interesado y hasta ilusionado por los progresos de la proyectada unificación. Mediado marzo, la detención de José Antonio y de la Junta Política de la Falange significó un alto en las negociaciones. Pradera y Marañón Moya visitaron al jefe nacional tres veces en la Cárcel Modelo; pero la marcha alucinante de los sucesos políticos impidió el Frente Nacional [163].

No todos los falangistas se mostraron conformes con el proyecto. El impetuoso crecimiento y la altivez que producía el contemplar que las construcciones políticas ajenas se quebraban y los hechos se ponían de acuerdo con las previsiones joseantonianas hacía que muchos seuístas estimaran el Frente Universitario como innecesario. En esta actitud destacaban Guitart, Gaceo y Rodenas. Pero, prácticamente, la unidad existía y el S. E. U. utilizaba como casa propia el centro de la calle Mayor, de los Estudiantes Católicos, en donde acudían también los de la A. E. T.

José Antonio no titubeaba en sacrificar el S. E. U. en aras de la total unidad estudiantil, que estimaba factible e importante. Llegó a sugerir se denominase Frente Universitario Español, con objeto de coincidir con las iniciales de la F. U. E., pues entendía que, salvo una pequeña fracción, con una actitud inteligente, los universitarios formarían bajo una misma bandera nacional y revolucionaria. Quiso conocer, por medio de Marañón Moya, la opinión de catedráticos de diversas ideologías. Solamente fue consultado Pérez Serrano, quien estimó beneficioso para la Universidad lo que se pretendía. En los trabajos para la consecución del Frente Universitario intervinieron más estudiantes de los citados; concretamente, Javier Aznar puso entusiasmo para el logro de esta idea, secundado por José Ramón Fernández-Bugallal y Guillermo Orueta [164].

Los primeros intentos de unificación formal surgieron con motivo de la acción conjunta en la última huelga. En Cataluña se creó el F. E. U. —Frente Español Universitario—, en el que se agruparon los estudiantes de varios partidos políticos de signo conservador, con fines ambiguos de defensa; naturalmente, el S. E. U. se mantuvo alejado. Las razones es dijeron en Haz:

> «En las condiciones en que se ha creado el pacto, firmado sólo por un pequeño núcleo de entidades catalanas filiales de movimientos nacionales y en unas condiciones que distan mucho de ser las precisas, no lo aceptamos y sentimos esta desvirtuación sufrida por aquellos dirigentes.
>
> Mientras no existe España, mientras nuestra presencia se necesite en la calle para defender su integridad y unidad, se burdo pensar en uniones momentáneas o en pactos circunstanciales de dudosa confianza y de muy escasos beneficios.
>
> Es probable que no se haga esperar mucho el instante preciso de lanzarnos a la calle en plena guerra civil.
>
> Para que en ese momento, que vemos avecinarse a pasos agigantados, nuestro esfuerzo no sea estéril, habría de conseguirse con una unión completa y absoluta dentro del Sindicato Único; sólo así prestaremos nuestro apoyo
>
> Y mientras no sea así, desde el instante en que este Movimiento general universitario quiera desfigurársele en una F. U. E. de derechas, en una agrupación al servicio de intereses de partido y de clases, no podrá el Sindicato Español Universitario entrar a formar parte de ningún frente.»

[163] Sandoval escribió que Pedro Gamero fue el encargado de notificar al Jefe de la Falange la negativa de los «estudiantes católicos» a su encuadramiento en un organismo único. No es exacta la afirmación; pues por parte de los Estudiantes Católicos no surgió tal negativa. Por otro lado, Gamero, que no habló nunca con José Antonio, redactó más adelante el Decreto por el que se disolvían todas las asociaciones estudiantiles, integrándolas en el S. E. U.

[164] Orueta sería uno de los últimos muertos en la guerra civil.

En una de las reuniones para la unidad universitaria, José Antonio dijo a Gregorio Marañón Moya [165], a propósito de cierto comentario de Azaña en un Consejo de Ministros:

> «Si dejara de ser Jefe Nacional de la Falange me matricularía en Arquitectura, Medicina o Filosofía para poder entrar en vuestro S. E. U.»

En general, los educados en las viejas normas políticas derechistas estimaban el concepto falangista de unidad como un gran conglomerado conservador para mejor luchar contra la avalancha izquierdista. Ximénez de Sandoval, en su biografía de José Antonio, relata una anécdota, bien reveladora de cómo entendía el fundador de la Falange la unidad. El periódico La Libertad organizó un homenaje a Alejandro Casona con motivo del estreno, el 6 de febrero, de «Nuestra Natacha», una obra estudiantil, en algún momento tendenciosa, pero evidentemente sugestiva, alrededor de cuya nueva pedagogía la F. U. E. había montado una alborotada propaganda. El homenaje consistía en enviar al joven autor una cuartilla sobre sus comedias, para huir de la cómoda y vulgar adhesión de las convocatorias usuales. Un banquete final tenía por objeto recontar los autores «antifascistas». Ximénez de Sandoval recibió una invitación para el homenaje y, de acuerdo con José Antonio, contestó adhiriéndose «por su concepto de generación al homenaje al autor de "La sirena varada" y "Otra vez el diablo"». Sandoval, con las iniciales L. B. L., tenía a su cargo la sección de teatro en Has y, con motivo del estreno de "Otra vez el diablo", escribió un elogioso artículo de los diálogos entre el demonio y el estudiante bachiller por Salamanca del xvn; en el artículo se pedía el premio Piquer para "La sirena varada". A Casona le extrañó mucho que fuera tratado así en un periódico combativo y contrario a sus ideas. Al banquete, casi de «Frente Popular», en el que habló Marcelino Domingo, asistió Sandoval con su insignia falangista en el hojal. «Te la pones —le había dicho José Antonio— para que vean que la Falange no es intolerante y que consideramos como posiblemente nuestros, algún día, a todos los valores de la juventud. Como falangista ya sabrás cuál es tu actitud ante los discursos y demás que haya. Alguien se extrañará de tu presencia en ese banquete. No te importe. Puedes contestar que también fuiste al homenaje a Juan Ignacio Luca de Tena cuando estrenó «¿Quién soy yo?», y la Falange está tan distante de las ideas del director de ABO como de las de Casona.»

CERCO DE SANGRE

A partir del 16 de febrero se reforzó para la Falange el círculo sangriento en el que se pretendía encerrarla. Ese día es apuñalado en La Felguera el camarada Víctor Alvarez, que muere después. El 19 se rechaza a tiros un intento de asalto al centro de Murcia. El 20 son asaltados los centros falangistas de El Ferrol y La Línea y se corta un ataque similar en Santander.

El centro de La Montaña fue defendido por José María Alonso Goya, que ya había terminado sus estudios de Farmacia: «Van a asaltar nuestro local y es preciso defenderlo. Aquí no puede poner el pie ni un marxista. Y no puede haber muertos ni heridos.» Con quince camaradas, Goya disolvió la manifestación, que pretendía como objetivo devastar el local falangista. El mismo día, José Antonio requirió los servicios de Goya en Madrid.

El 22 apolean en Jaén a un muchacho por considerarlo, equivocadamente, falangista. El 23, en Orense, en un encuentro con los comunistas, resultan siete heridos, y en Bilbao se repite el hecho de Jaén. El 24 es asesinado en Pechina el camarada José Díaz García. El 25, en Sevilla, es herido de dos balazos un falangista y otro tiroteado y herido de porra. El 26 asesinan en Málaga al afiliado a los Sindicatos de F. E. Antonio Díaz Molina. El 27, en el barrio madrileño de Vallecas, es asesinado otro obrero falangista, José Rodríguez Santana; en Oviedo son apaleados tres jóvenes por estimarlos falangistas, y en Madrid, en intento de anticipado «paseo», cuatro marxistas buscan en su domicilio a un falangista y, al no encontrarlo, disparan contra su madre y hermana. El 28 son heridos a balazos, en Sevilla, Fernando Muñoz y Manuel Ruiz. El 3 de marzo es herido de un balazo, en Salamanca, Telesforo Blanco, por llevar en la solapa una insignia con el yugo y las flechas; en Suances se produce un tiroteo, siendo detenidos seis falangistas. El 5, Manuel Flores es atacado por ser falangista y, al repeler la agresión, hiere a dos adversarios. El 6, en Madrid, cuando trabajaban en el derribo de la vieja plaza de toros, morían asesinados con pistolas ametralladoras los obreros falangistas José Urra Goñi y Ramón Faisán; otros dos, Lacambra y Chopera, cuando gravemente heridos eran trasladados de la Casa de Socorro, fueron rodeados por grupos vociferantes, disueltos esta vez a tiros por otros falangistas [166] también en la capital recibió heridas gravísimas otro afiliado, Segundo Jiménez, y en Puebla de Almoradiel, Miguel Sepúlveda, herido de bala, es rematado a culatazos por sus agresores. El día 7, en el entierro de Miguel Sepúlveda, son tiroteados los falangistas, resultando muertos Ramón Perea y Tomás Villanueva y siete más resultaron heridos. El 8, en Laredo, dos falangistas tienen que rechaazr a tiros a treinta atacantes marxistas.

Las escasísimas intervenciones públicas del S. E. U. se realizaban sorprendiendo a las autoridades. El 7 de marzo se celebraron varios actos con motivo de la festividad de Santo Tomás de Aquino. En Palencia, con el teatro abarrotado de estudiantes, el comisario pretendió que desaparecieran las banderas y las camisas azules. Narciso Perales, desplazado desde Valladolid, hizo ver al policía que, si no ponía dificultades, el el mitin se celebraría sin incidentes y, de lo contrario, destacaría en Madrid el escándalo en un acto previamente autorizado. Hablaron Catón, Puche, Arturo Pérez Roldan y Narciso Perales. La atracción que ejercía la Falange llevó bajo sus banderas cuanto

[165] La filiación falangista de Gregorio Marañón Moya tenía como reflejo una franca simpatía del doctor Marañón por José Antonio. Tal vez, a la inversa del caso Ortega, deba reprocharse a la Falange de posguerra no haber intentado utilizar adecuadamente las posibilidades en el campo del pensamiento político del ilustre médico español.

[166] No se comprende el olvido de los Sindicatos de posguerra por tanto obrero que entregó su entusiasmo y su vida a la vieja Falange. No es imaginable, para quien no vivió aquello, el grado de heroico desprendimiento que suponía enfrentarse con las omnipotentes organizaciones marxistas en los lugares de trabajo.

de vigoroso y noble acampaba en otras juventudes nacionales. Y otra vez, como en los comienzos, formaban en sus filas sin trámites ni fichas. Como consecuencia del acto palentino, dos días después murió, sellando su adhesión con su sangre, Jesús Alvarez Barón.

En la tarde del 11 de marzo, en la calle de Alberto Aguilera, fue asesinado Juan José Olano, estudiante de Derecho; tenía dieciocho años; su compañero Enrique Val-sovel, tradicionalista, de diecisiete años, quedó gravemente herido. Olano dedicaba por entonces sus máximos esfuerzos para la consecución de la unidad estudiantil. Fueron detenidos y cacheados, en plena calle, por un grupo socialista; enseñaron como documentación su carnet de estudiantes; al verlo, les dijeron: «Vosotros sois fascistas. Seguid.» Y entonces, por la espalda, dispararon contra ellos. Para mostrar que el terror no acabaría con la Falange decidieron responder de forma concluyente y resonante con un atentado contra el diputado socialista Jiménez Asúa. Se ultimaron los detalles en la casa de Guillermo Aznar. Al día siguiente, por la mañana, Alberto Aníbal, José María Díaz Aguado, Alberto Ortega y el propio Guillermo, sobre un viejo automóvil propiedad del hermano de Aníbal, esperaron armados ante el domicilio de Jiménez Asúa, en la calle de Goya; cuando apareció el catedrático marxista por el portal, acompañado de su agente de escolta, intentaron los estudiantes poner el coche en marcha y disparar al mismo tiempo; pero ni el motor respondió adecuadamente ni todas las pitsolas. El policía cayó herido, pero el profesor rojo quedó indemne. El atentado tuvo enorme repercusión y movilizó a toda la Policía. La euforia de Alberto Ortega, muy conocido en la Facultad de Derecho, en donde por votación había sido elegido tesorero de la Federación Deportiva, motivó su detención y la de una serie de camaradas que habían colaborado en el servicio: Ramón de la Peña, Jesús Azcona y Luis Revuelta. El Juzgado de Instrucción número 20, que intervino en el caso, recibió una nota confidencial de la Policía comunicando que Alejandro Salazar, domiciliado en la avenida de Eduardo Dato, 23, cuarto, había aslido de su domicilio el día 12, a las siete cuarenta y cinco de la mañana.

El país vivía en criminal anarquía, y actos que, examinados aisladamente habrían de condenarse, resultaban entonces habituales.

Juzgúese por la relación escueta de los sucesos ocurridos en España el día del atentado de Olano [167].

11 de marzo:

Madrid.—En el Puente de Vallecas asaltan el convento de las Hermanas Pastoras, incendiándole en parte; asaltan el Colegio parro quial y el convento anejo y queman en la calle las imágenes y los muebles; asaltan las iglesias del barrio de Doña Carlota; prenden fuego a la puerta de la iglesia de San Ramón; intentan incendiar dos conventos en la carretera de Valencia y asaltan un colegio católico. Además, son asaltados el domicilio de A. P., el centro católico, incendian unos al macenes, saquean la casa de un ex teniente de alcalde, incendian un tejar y un taller de aserrar maderas, el domicilio de un derechista, una tahona, un chalet, dos tiendas de comestibles, una pescadería y una droguería.

Aranjuez.—Es herido de un balazo un individuo izquierdista; como represalia, es apedreado el domicilio de don Emilio Martín, que resultó herido gravísimamente con un hacha. Unos obreros acometen a otros con porras por pertenecer a un Sindicato católico.

Vigo.—Colisión entre grupos derechistas y extremistas.

Coruña.—Los obreros de la C. N. T. atacan a los que trabajaban en los fuertes militares; sitian en uno de ellos a más de veinte obre ros, impiden que les llegue comida y tienen a los sitiados sin comer cuatro días. JJno que se arriesga a salir fue gravísimamente herido.

Gaño (Oviedo).—Dos obreros son heridos a tiros.

Oviedo.—Los socialistas apalean a un obrero en el Café Niza y hieren a un guardia.

Gordezuela (Vizcaya).—Son heridos a palos y pedradas dos jóvenes derechistas.

La Rúa.—Se apoderan de la Casa Rectoral y la convierten en Casa del Pueblo.

Granada.—Incendian la fábrica de chocolates San Antonio, el Café Royal, asaltan la casa del conde de la Jarosa, incendian y destrozan la casa del doctor Taboada y otra de un fascista. Asimismo, es incendiada la iglesia del Salvador, con valiosas imágenes, entre ellas un Cristo de Mena, y las iglesias de San Gregorio y San Cristóbal. A consecuencia de los incendios y asaltos se producen más de 30 heridos, ocho gravísimos.

Y podríamos añadir, aparte del atentado de Olano y Valsovel, que en Cehegín (Murcia) fueron detenidos y apaleados los afiliados a Falange, como reacción por la muerte, el día anterior, de uno de los incendiarios de la iglesia y casa del párroco.

Hubo huelgas como protesta por el asesinato de Olano. La de Valladolid dio pretexto para la clausura por el gobernador civil de los escasos centros de las J. O. N. S. que permanecían abiertos en la provincia. En Madrid, después del entierro del policía Gisbert, escolta de Jiménez Asúa, fueron incendiados los templos de San Luis y San Ignacio, resultando dos bomberos muertos al intentar apagar los incendios en los que habían participado afiliados marxistas de la F. U. E. También incendiaron el diario La Nación y, cuando intentaron repetirlo con El Siglo Futuro, fueron rechazados a tiros por los requetés que lo custodiaban. El 11 de marzo, José Antonio se entrevistó con Franco en la casa de Serrano Súñer, en donde ya antes había tenido una amplia y fructífera conversación con el teniente coronel Yagüe, quien no perdería desde entonces contacto con la Falange.

[167] José Pla, en Historia de la Segunda República, hace un impresionante relato, día a día, de la pasión española, tanto más convincente cuanto carece de adjetivaciones; de esas páginas extraeremos la jornada del 11 de marzo, ni mejor ni peor que sus predecesores o continuadores en el calendario.

Pese a la persecución, o tal vez por ella, la Falange sintió como una germinación tropical. A sus filas acudió la juventud impetuosamente, no sólo los universitarios, que mucho antes habían iniciado ese camino, sino también los jóvenes oficiales, los seminaristas y buen número de obreros.

LA CÁRCEL, CUARTEL GENERAL

El 14 de marzo se completó la clausura de los centros y la suspensión de los periódicos, con la detención de José Antonio, de la Junta Política y de los dirigentes más destacados del S. E. U. De esta forma, la cárcel se convirtió en local social de la Falange, interesada entonces en demostrar sin tardanza que las detenciones no desarticulaban ni disminuían la eficacia de las milicias. Para ello planeó ocupar el centro de Madrid, repartiendo propaganda, dominando las calles, venciendo cualquier resistencia que pudiera presentarse.

Agustín Aznar, que había comenzado su vida profesional como médico en Guadalajara, regresó a Madrid para hacerse cargo de esta misión. Se dispuso de cuatro centurias para la acción principal. Los pasillos de las Facultades se animaron más de lo habitual y, pronto, las calles céntricas se llenaron de gritos y pasquines. En la Puerta del Sol y Alcalá se produjo un encuentro más serio. Al lado de Agustín, Amadeo Picó demostró su valor. Finalmente, concentraciones de guardias de Asalto, que hubieron de utilizar sus carabinas, restablecerían la calma. En la represión, numerosos falangistas fueron detenidos y varios apaleados por los guardias, especialmente Miguel Primo de Rivera [168]. A pesar de ser la hora de máxima afluencia de gente por las calles, Agustín Aznor pudo resumir el servicio diciendo: «El centro de Madrid quedó como si fueran las cuatro de la madrugada.»

Después de la actuación reseñada, la jefatura de la Primera Línea madrileña pasó a otro estudiante, Gerardo González Sampedro, hasta su detención.

En Valencia, el mismo día, un grupo de obreros mar-xistas, con algún afiliado a la F. U. E., intenta asaltar el local del S. E. U. situado en la calle de Santa Irene, produciéndose una refriega en la que se dispararon un centenar de tiros; cuando se presentó la Policía, Maximiliano Lloret, jefe del Distrito Universitario, se hizo responsable de lo sucedido [169].

Los sucios calabozos de la Dirección General de Seguridad se hicieron habituales para los falangistas. En sus paredes cochambrosas desaparecían los vítores comunistas y las palabras obscenas, sustituidos por los «¡Arriba España!», generalmente con alusiones poco correctas para el señor Gil Robles. En aquellos sótanos, situados en la calle de las Infantas, esquina a Víctor Hugo [170], redactó José Antonio un manifiesto que se repartió por toda España; terminaba con el siguiente párrafo:

«En la propaganda electoral se dijo que la Falange no aceptaría, aunque pareciera sancionarlo el sufragio, el triunfo de lo que representaba la destrucción de España. La Falange cumple su promesa y os convoca a todos —estudiantes, intelectuales, obreros, militares, españoles— para una empresa peligrosa y gozosa de reconquista.

José Antonio comentó con humor: «No me importan dos años de cárcel; repasaré el bachillerato.» El número de personas que le visitaban resultaba impresionante, desde «Azorín» al español desconocido. Cierta vez, ante la reiterada presencia de un ilustre personaje político, contestó: «Decirle que no estoy, que he salido.» No eran sólo políticos quienes deseaban hablarle. «Azorín» contó de su visita: «El locutorio de la cárcel estaba henchido de apretada masa de jóvenes. Causaba aquel concurso admiración y temor. Se admiraba la valerosa lealtad de aquellos jóvenes y se temía por ellos la venganza siniestra...»

El director general de Seguridad comunicó a la Prensa, en la madrugada del 18 de marzo, un documento que acababa de recibir del juez Gómez Carbajo:

> «En el sumario que instruyo por asociación ilícita en virtud del oficio del Comisario General de Investigación Social, en el que, poniendo a disposición de este Juzgado a don Heliodoro F. Cánepa, don José Antonio Primo de Rivera, don Augusto Barrado Herrero, don Rafael Sánchez Mazas, don Julio Ruiz de Alda, don Raimundo Fernández Cuesta, don David Jato Miranda y don Eduardo Rodenas Yusía, elementos dirigentes de Falange Española de las J. O. N. S., entre otros, y en el que participaban diferentes extremos; acompañando antecedentes por si a la vista de los mismos pudiera declararse la ilicitud de la mencionada asociación, ha acordado dirigir a V. E. la presente, participándole que por auto dictado en el día de hoy en el mencionado sumario se ha acordado el procesamiento y prisión de los señores expresados en su oficio como elementos dirigentes de dicha asociación, habiéndose acordado también la suspensión de las funciones propias de la asociación de Falange Española de las J. O. N. S.» [171].

Después de las detenciones, el jefe nacional del S. E. U. se hizo cargo interinamente de la Secretaría General de la Falange y, como tal, firmó una orden-circular secreta:

> «Llegan a este Secretaría General consultas de los Jefes Provinciales ante la actitud que deben adoptar al ser requerida la Falange por los mandos militares para auxilio público en estos días.

[168] Nos referimos, siempre que se alude a Miguel Primo de Rivera, al primo de José Antonio, entonces estudiante de Derecho.
[169] Falange en Valencia antes del Alzamiento, de Bartolomé Beneyto y José María Herrero Higón. El libro de estos estudiantes universitarios es el único escrito sobre la vieja Falange valenciana.
[170] Después de la guerra se instaló en ellos el Club Gaviria.
[171] José Pla: Historia de la Segunda República española, volumen IV.

> Nuestra actitud en este caso, ordenada por el Jefe Nacional, ha de ser la de completa y leal ayuda en los servicios que se les encomienden.
>
> Sin embargo se señalará como imprescindible para esta actuación la de que nuestra fuerza intervendrá en todo momento con absoluta independencia del resto de las fuerzas civiles que para estos servicios se utilicen.
>
> Los militantes de la Falange deberán actuar en todo momento bajo las órdenes inmediatas de sus jefes regulares, sin permitir intromisión de mando que no provengan de las fuerzas militares e institutos armados.
>
> Los Jefes Provinciales a los que en estos días se les requiera y que no lo hayan aún comunicado a esta Secretaría General, deberán hacerlo inmediatamente.
>
> Cordialmente os saluda el Secretario General interino Firmado: Alejandro Salazar.—¡Arriba España!»

El 21 de marzo comunicó en una carta a los jefes provinciales:

«Te supongo enterado que nuestro Jefe Nacional y los miembros de la Junta Política de la Falange se hallan detenidos en la Cárcel Modelo de Madrid. Esta es una medida de Gobierno con la ingenua pretensión de desarticular a la Falange.

Estamos seguros de que no decaerá vuestro ánimo en esta lucha que tenemos entablada, en la cual saldremos victoriosos, para conquistar la gloria de tener una España grande y libre.»

En la Cárcel Modelo, José Antonio, Fernández Cuesta, Sánchez Mazas, Ruiz de Alda, Valdés y Salazar ocuparon un ala de la llamada galería de presos políticos; en una galería paralela quedaron Cánepa, Hernández Bravo, Rodenas, Guitarte y otros estudiantes. En la parte destinada a presos comunes, numerosos universitarios ocupaban buen número de sus celdas; entre otros pasarían por la Modelo Suárez Inclán, Javiez Aznar, Eduardo Fieravanti, Gerardo Sampedro, Agustín Aznar y Miguelito Primo de Rivera.

Antonio Lucena, otro estudiante, logró introducir en la cárcel una máquina fotográfica de las llamadas entonces de cajón por su forma cuadrada y con ella hizo las fotografías de José Antonio que de ese tiempo se poseen.

De aquella vida común carcelaria escribió un pequeño y exaltado libro José Martín Villapecellín, a quien al final de una broma de las muchas que se gastaron a su transigente y voluminosa humanidad, consistente en verter bajo su cama el rancho íntegro, que olía de forma muy poco grata, Rodenas le anunció: «Villapacellín, esta convivencia con nosotros pudiera ser que te salve de morir fusilado cuando triunfe la Falange, que tendrá que acabar con los fascistas.» Se refería a un folleto que había publicado Villa-pecellín titulado «Mi fascismo», en el que aparecía en la portada de uniforme, saludando brazo en alto. José Antonio no dio descanso a quienes le acompañaban en la cárcel; impuso sesiones diarias de gimnasia, dirigidas por Valdés, y asignó tareas de estudio. El mismo rara vez dejaba de acompañarse de un libro, muy frecuentemente con la «Historia de la filosofía», de Messer. Tenía intención de inclinar a cada uno hacia determinadas materias, aconsejando que los libros que sirvieran de análisis se discutieran en seminario. Recomendó al grupo estudiantil «España invertebrada», de Ortega; «El conde-duque de Olivares», de Marañón, y «Defensa de la Hispanidad», de Maeztu [172]. Rodenas, imitando a José Antonio, comenzó un ensayo sobre una Orden nueva católica y militar, seno de una minoría que moviese el mundo hispánico. La raíz de esta inquietud la encontró en Unamuno, en su crítica «de ese transpantojo de la llamada democracia cristiana, que es algo así como un triángulo amargo, o un sonido verde —y seguía—, solamente política, buena o mala, mejor o peor, pero no religión.» La condena unamuniana de hacer política con la religión tenia como cara de la moneda su estimación de «hacer de la política como una religión». Rodenas, con otro compañero estudiante, trataba de encontrar solución práctica al problema planteado por el profesor universitario.

El día 30 de abril, a las once de la mañana, se celebró en la Cárcel Modelo la vista de la causa contra la Falange y sus directivos. Las precauciones policíacas fueron extraordinarias, incluso los periodistas encontraron grandes dificultades para entrar en la sala.

El fiscal deduce la existencia de un delito de asociación ilegal, del que son responsables los siguientes procesados:

> «José Antonio Primo de Rivera, Jefe de la Asociación; Segundo Barrado, miembro de la Junta Política de la Falange; Raimundo Fernández Cuesta, Secretario general; Heliodoro Fernández, del Consejo Nacional, afiliado al Sindicato Nacional Universitario; José Luis García Casas, José Miguel Guitarte, del Consejo Nacional de la Falange Española; David Jato, del Sindicato Universitario; Eduardo Rodenas, también del Sindicato; Julio Ruiz de Alda, Presidente de la Junta política del Partido; Alejandro Salazar Salvador, afiliado a la Falange Española y del Sindicato, del que fue Presidente al fundarse éste; Manuel Valdés Larrañaga, de la Junta Política.
>
> Para cada uno de los procesados pide el fiscal un año, ocho meses y veintiún días de prisión, y 500 pesetas de multa.

[172] Agustín del Río, que viene reuniendo cuanto escribió y dijo José Antonio, recoge de la primera edición de La rebelión de los estudiantes estos datos y completa la relación de libros con «Reflexiones sobre la violencia», de Sorel; ¿La democracia en crisis, de Laski, y La decadencia de Occidente, de Spengler. En «Textos inéditos y epistolario».

> Solicita asimismo la disolución de la Asociación, en virtud de lo dispuesto en el artículo 14 de la Ley de Asociaciones de 30 de junio de 1887» [173]

A la pregunta del fiscal de si el Sindicato Español Universitario estaba inscrito en la Falange Española, José Antonio contestó: «*No; es una entidad adherida*, pero con inscripción propia en la Dirección de Seguridad. Es una entidad autónoma en cierto modo.» En contra del propósito del fiscal de mezclar e incluir dentro de las mismas responsabilidades a la Falange y al S. E. U., José Antonio se propuso separarlos cuanto fuera posible, pensando que si la Falange era considerada asociación ilegal, pudiera continuar el Sindicato. Los estudiantes tenían la consigna de no aludir a su falangismo. Sólo los pertenecientes a la Junta Política declararían su pertenencia a las «dos asociaciones». Hubo una desobediencia. Cuando fue interrogado Eduardo Rodenas, declaró, con tono exaltado y desafiante, que él antes que nada era falangista. José Antonio le miró con verdadera cólera y, una vez terminada la vista, le dedicó una severa felípica. Eduardo, ya solo, lloró como un niño.

Después de una breve prueba testifical, el fiscal retiró la acusación contra los afiliados al Sindicato, estimando que no aparecían pruebas terminantes de su dependencia a la Falange Española.

José Antonio, en su defensa, aludió a las juventudes que le seguían:

> «Nadie tiene derecho a creer que arrastramos a unos muchachos animosos, quizá hasta la muerte, por puro capricho.»

La Sala absolvió a todos los procesados y declaró a la Falange asociación lícita y legal. Uno de los magistrados que firmaron la sentencia, don Eugenio Arizcun [174], era padre de un estudiante falangista de Derecho. Cuando el Supremo ratificó la sentencia, la censura del Gobierno demócrata prohibió su publicación en los periódicos.

José Antonio fue protagonista de un divertido proceso por injurias al director general de Seguridad, Alonso Mallol, por haber aludido a que la ruptura de los sellos que clausuraban el centro falangista tal vez hubiera sido hecha con los «aditamentos óseos» del director de Seguridad. En su autodefensa, hizo una larga enumeración de cómo los cuernos significaban en muchos pueblos y épocas el máximo signo de autoridad, y para cuya recogida de citas, Sánchez Mazas, Valdés, Fernández Cuesta y Salazar le ayudaron buscando en una Biblia que le había regalado Carmen Werner.

Víctor d'Ors comunicó, en la cárcel, a Manolo Valdés que juntos habían obtenido el segundo premio del Concurso Nacional de Arquitectura con un proyecto de museo de arte moderno.

José Antonio sufrió seis procesos en la Cárcel Modelo madrileña. La vista que tuvo lugar el 28 de mayo, y que trataba de impedir su libertad, se basaba en unas armas encontradas en su casa, en un registro llevado a cabo estando él ya detenido. El injusto veredicto condenatorio le hizo perder su serenidad y, dando voces y puñetazos en la mesa, se rasgó la toga, recriminando crudamente a los magistrados; un oficial del Tribunal, en medio del altercado, insultó a José Antonio, quien reaccionó cogiéndole por las solapas, zarandeándolo; el oficial, después, arrojó un tintero contra el jefe de la Falange.

LA VIOLENCIA COMO HÁBITO

El incidente fue recibido alborozadamente por los falangistas de primera línea. Un consejero del S. E. U., puesto en libertad después del proceso por asociación ilegal, en una visita que le hizo en la cárcel, le comunicó el buen ánimo de los escuadristas por lo ocurrido. José Antonio respondió: «Pues yo no estoy satisfecho. Me dejé llevar por la ira y ahora estoy arrepentido. Temo, con este gesto inútil, haber dado la peor lección que en estos momentos pudieran recibir nuestros camaradas.»

Aquel día, los estudiantes de Zaragoza izaron una bandera falangista en el balcón de la Universidad. La F. U. E., impotente por sí misma, llamó en su apoyo a un grupo de anarquistas. Resultaron varios heridos en la refriega y las clases fueron suspendidas.

Los más apartados rincones eran escenarios de luchas cruentas, ordenándose, por esa razón, la incorporación en bloque de los estudiantes a las milicias. Los comunistas llegaron a confundir los términos estudiante y «fascista» [175], y así se explican sus ataques a los centros de estudios, como el intento de asalto al Instituto de Antequera el día 16 de marzo. Un año antes los camaradas López García, José María Perceval, Luis Márquez y Emilio González Cidrón rechazaron otro ataque de los marxistas contra el Instituto de Almería.

El día 17, nuestros camaradas del Instituto «Balmes», de Barcelona, se defienden a tiros de una agresión de estudiantes de la Ezquerra. Ese mismo día, en una serie de incidentes, es saqueado el local de los estudiantes católicos, utilizado por el S. E. U. El día 23, en Madrid, en virtud de instrucciones de Salazar se declaró una huelga para pedir la libertad de los universitarios detenidos gubernativamente. Cerrada en primer lugar la Central de San Bernardo, acudieron escuadras de Ciencias y Derecho a la Facultad de Medicina, en donde la Policía había tomado grandes precauciones e impedía la entrada a los no matriculados. Utilizando documentos de Medicina entraron grupos de otras Facultades de San Bernardo. Entonces comenzó la labor de dar por concluidas las clases. Fueron

[173] De la versión del proceso dado por la Gaceta del Norte.
[174] Dicho magistrado, después del 18 de julio, fue asesinado por las milicias marxistas.
[175] En el tosco lenguaje de los «chíbiris» se conocía a los falangistas con los nombres de «facistas» o «fachistas».

heridos con bisturís dos seuístas, Jorge Hernández Bravo y Eugenio Pasalodos, el útlimo presentaba graves heridas en el vientre y hubo de ser operado a los pocos momentos. Sin necesidad de acuerdos previos, los estudiantes tradicionalistas y católicos operaban unidos con los falangistas. En estos incidentes de Medicina resultó herido Ochoa, de la A. E. T. Aquel día se distinguió Antonio Navas en un decidido tiroteo con los policías. Desde la detención de Cánepa, era jefe de Medicina Ignacio Arévalo Arocena. El día 29, como represalia, cuatro comunistas hacen unos disparos contra el Instituto «Cervantes», y el 30, hieren a tiros en la Cava Baja a otro estudiante falangista.

El entusiasmo de los falangistas vallisoletanos estaba siempre dispuesto a secundar cualquier acción. Los alborotos adquirieron especial importancia el día 25. De ellos decía El Norte de Castilla:

> «Ayer por la mañana se registraron en la Facultad de Medicina ruidosos incidentes determinados por los estudiantes.
>
> Desde las primeras horas, en la puerta de la Facultad varias parejas de guardias de Asalto, al mando de un cabo, y los empleados del Centro cacheaban y exigían el carnet a cuantos intentaban penetrar al interior. Pero más tarde estas medidas fueron suavizándose y se permitió la entra da a grupos aislados de estudiantes, que, irrumpiendo en los pasillos y lanzando gritos subversivos, asaltaron las aulas de la Facultad y ocasionaron numerosos desperfectos en el mobiliario.
>
> Después arrojaron por ventanas y balcones cuantos enseres encontraron a mano y amontonaron en los pasillos bancos, perchas, esteras y cuadros; prendiéndolo fuego y ocasionándose la consiguiente alarma. Fue avisada una sección de bomberos, personándose al poco tiempo en la Facultad.
>
> Los alborotadores asaltaron también el Decanato, arrasando todo el mobiliario y arrojándolo a la calle.
>
> En la cátedra primera fue colocado un petardo que al estallar produjo gran alarma.
>
> Poco después, el señor Rector de la Universidad, el Decano de Medicina y el Secretario general llegaron al lugar de los incidentes y entonces las fuerzas de Asalto, al mando de su jefe, penetraron en el local, llevando a cabo numerosas detenciones y conduciendo en masa a cuantos detuvieron en los automóviles de la compañía.»

Fueron detenidos cuarenta y un afiliados, que ingresaron en la cárcel. Allí continuaron con el mismo espíritu. A los dos días promovieron incidentes como protesta de que no se les dejara oír misa. El S. E. U. hubo de reunir sus Cámaras Sindicales en el salón rojo del Café Cantábrico, en donde en más de una ocasión se repartieron bombas y petardos.

En Murcia, bajo el mando de Ricardo Conejero, se organizó una protesta contra los profesores Mariano Ruiz-Funes y Francisco Félix Montiel. Como reacción, llevaron a la Comisaría a dos catedráticos, Santiago Montero Díaz y Joaquín Entrambasaguas. Los estudiantes invadieron el local policíaco con ánimo de liberarlos, consiguiéndolo; pero quedaron detenidos Conejero, Pascual Marín Pérez y Carlos Vila Ochando, quien no saldría ya de la cárcel hasta el fin de la guerra de Liberación.

El 1 de abril logró la Policía detener a Alejandro Salazar en Madrid.

El S. E. U. de Gerona, de magnífico estilo, aprovechó el alta de veintidós nuevos afiliados, que ya habían probado su identificación falangista, para reunirse en un escenario en consonancia, fuera de los locales cerrados —por otra parte, más fáciles para la persecución—; eligieron las ruinas del castillo de Montjuich, en uno de cuyos fosos, con el recuerdo heroico de la guerra de la Independencia, prestaron juramento, cantándose entonces, por primera vez en la provincia, el «Cara al Sol» [176]. Era jefe del Sindicato Carlos Rodríguez; habían destacado en los días difíciles de ganar los primeros prosélitos José Sendra y Juan Camps, hijo del director del Instituto. La labor se hizo difícil en la Escuela Normal, en donde los intentos iniciales fracasaron por el predominio de afectos a la Ezquerra y al marxismo. En general, las clases en las Escuelas Normales eran modelo de desprecio religioso. En Cataluña, después de las elecciones de febrero, pasaron nuevamente a la Generalidad las atribuciones que en materia de enseñanza les concedía el Estatuto.

Se preparaba el advenimiento de la dictadura del proletariado. Margarita Nelken, diputado socialista, confesaba: «En la hora de la lucha tenemos que prescindir de todo sentimentalismo. La dictadura del proletariado es indispensable para establecer el socialismo.» Responden a ese propósito las acciones violentas, de las que era objeto preferente la Falange:

El 9 de marzo detienen en Santander a varios falangistas, entre ellos Goya y Lavín Novo. Al día siguiente encarcelan al pintor Pancho Cossío.

El 16 de marzo hieren gravemente a un falangista en Santoña. En Jumila, y cuando iban conducidos por la Guardia Civil los camaradas Jesús Martínez Eraso y Pedro Cutillas, una turba cayó sobre ellos, matándolos a hachazos. En Valencia, quince miembros de acción marxista, armados con pistolas y botellas de líquidos inflamables, intentaron asaltar el centro de F. E.; fueron rechazados también a tiros, resultando herido el camarada Bartolomé Beneyto. El 18, en Mendavia, son tiroteados dos afiliados por una partida dirigida por el alcalde; a consecuencia de las heridas recibidas fallece días después Martín Martínez de Espronceda. En Roñar es gravemente apaleado el falangista Manuel Moratiel. El 19, en Castro-Urdiales, los falangistas mantienen a raya a los

[176] El «Cara al sol» había sido inscrito en la Sociedad de Autores, a nombre de un afiliado al S. E. U., Carlos Juan Ruiz de la Fuente.

marxistas en una refriega a tiro limpio. En Avila, el camarada de dieciséis años Ramón Ferrer Núñez es apaleado por veinte marxistas. En Córdoba son agredidos varios falangistas y se intenta arrojar al río a uno de ellos. En Valladolid es detenido Onésimo Redondo y otros dirigentes, como réplica se hace estallar una bomba en la Comisaría de Policía. El 20 es asaltado el centro de Falange de Castro-Urdiales.

El 7 de abril, el Congreso destituye al presidente de la República, Alcalá Zamora, y le sucede interinamente Martínez Barrios. Parecían tener prisa por quemar etapas. La legalidad no podía invocarse más que irónicamente. El país se desangraba en atentados, saqueos e incendios. La fuerza de cada uno era la única ley válida. El 13 moría en un atentado el magistrado Pedregal, ponente en la causa por lo de Jiménez Asúa, en la que se condenó a cadena perpetua, sin una sola prueba, a Ortega. Ni siquiera los jueces se veían libres de la pasión dominante. Pedregal trataba con especial encono a los falangistas; cuando fue advertido de ello, contestó sarcásticamente que era preferible a un traslado a La Coruña y siguió en su actitud. En el atentado que le costó la vida tomaron parte dos destacados afiliados al S. E. U., de Derecho, uno de ellos hijo de un juez. Ese mismo día resultó herido a balazos el camarada vallisoletano José María Arranz.

El 14 de abril se rumoreó que las juventudes socialistas pretendían desfilar a continuación del Ejército. La Falange se preparó para impedirlo. En Valladolid, Girón, que desde la detención de Onésimo constituía el alma de las milicias, se reunió con doce camaradas provistos de cartuchos de dinamita en el Café Royalty, mientras diversos enlaces vigilaban los posibles puntos de concentración. El día 16 de abril, en Madrid, una masa imponente que gritaba las consignas falangistas acompañó al cadáver del alférez de la Guardia Civil Antonio Reyes, asesinado en uno de los incidentes ocurridos durante el desfile del 14 de abril.

En contra del itinerario fijado oficialmente, los asistentes impusieron su paso por la Castellana, entre continuas reyertas que culminaron en unas descargas con pistolas ametralladoras hechas desde una casa en construcción esquina a la calle Bretón de los Herreros; cayó muerto Andrés Sáez de Heredia, estudiante de Derecho, y poco después, con intervención de los guardias de Asalto mandados por el teniente Castillo, moría con el cráneo atravesado Manuel Rodríguez Gimeno, estudiante de Farmacia. Como una incontenible marea de indignación, la masa de falangistas y militares parecía encaminarse vindicativamente hacia el Congreso; pero faltó la voz de mando.

En la cárcel, José Antonio gritó el último «¡Presente!» de su vida por su primo Andrés Sáez de Heredia. El primero también había sido pronunciado para otro estudiante.

Los universitarios se preparaban para la ocasión que intuían inevitable: el asalto violento al Estado.

Rafael García Serrano escribió en *Floresta* [177] un «Manifiesto a los poetas»:

«Yo exijo la derrota de la Luna, la huida de la rosa mortecina, del ciprés, de la lágrima.

....

Venid conmigo hasta la dura noche.

....

Templad el arco de la profecía.

....

Cantemos al Señor de la victoria y a la implacable fuerza de la ira.

Para el duro andar que presentían no estaba de más la ayuda de la poesía.

LA FALANGE, CLANDESTINA

El 1.° de mayo de 1936 fue la gran jornada del odio, corroborada por impresionantes manifestaciones que alcanzaron en la capital su cima apasionada. Jamás había presenciado Madrid nada semejante: una masa apretujada ocupaba, desde Atocha a la Cibeles, los paseos centrales, llevando, por cientos, banderas con la hoz y el martillo, retratos de Stalin y Lenin, y, lo que era más importante, milicias en las que formaban miles de jóvenes, los socialistas con camisa roja, que era azul claro con corbata roja en los comunistas. El madrileño medio escuchó atónito consignas, cantadas a coro, como éstas:

«No queremos catecismo,

que queremos comunismo.»

«Hijos, sí;

maridos, no.»

[177] «Floresta», revista universitaria de la que aparecieron cuatro números. El último en junio del 36. Allí habían puesto su firma Eduardo Laiglesia, Félix Utray, Dolores Catarineu, un hijo de Francisco Gi-ner, una hija de Luis Zulueta. Con los estudiantes colaboraron Azorín, Marañón, Juan Ramón Jiménez, Federico García Lorca y Vicente Aleixandre.

«Rusia, sí;

España, no.»

Aquellas milicias, movidas con voces militares, pedían la cabeza de Gil Robles, para ellos el fascista número uno. Fue un día triunfal para Largo Caballero.

El ensayo político gilrroblista, cuyo fracaso José Antonio había anunciado incluso en las fechas en que iba a producirse, tuvo, no obstante, un valor inapreciable. Su propósito de cooperación republicana, aun a costa de ceder en cuestiones tan hondamente entrañables como la colocación de crucifijos en las escuelas, demostró la imposibilidad de alcanzar un clima de convivencia. Por estas fechas, la máquina subversiva estaba tan lanzada que hombres como Indalecio Prieto hubieron de renunciar a sus salidas públicas en virtud de los ataques, no solamente verbales, de que era objeto por parte de la fracción socialista de Largo Caballero, especialmente después del discurso pronunciado en Cuenca, en donde Prieto declaró que era preciso concluir con aquel estado de desquiciamiento. Si esto ocurría dentro del marxismo, quiere decir que los situados fuera de él no tenían seguridad personal, cualquiera que fuere su significación. Así es asesinado el que había sido ministro de Trabajo, del grupo liberal demócrata de Melquíades Álvarez, don Alfredo Martínez. Y en Barcelona morían, a tiros de los hombres de Durruti, Miguel y José Badía, jefes de la Policía separatista, pero vulgares burgueses para los anarquistas.

La Falange no perdió su moral combativa, ni un solo día dejó de mostrar que no se entregaba. Los camaradas de Valladolid colocan, el 20 de abril, varios petardos y, el 21, una bomba en la Casa del Pueblo, y dos días después sostienen un tiroteo con los socialistas en el Prado de la Magdalena. El 27 y 28, los estudiantes del S. E. U. de Madrid llevan sus gritos a las calles. El 3 de mayo se propaga entre los marxistas la especie de que las monjas repartían en Cuatro Caminos caramelos envenenados entre los hijos de los obreros, con este pretexto infame el día 4 arden las iglesias y conventos de la barriada. Ese mismo día, José Antonio lanzaba su «Carta a los militares españoles», repartida clandestinamente:

> «¿Es esto España? ¿Es esto el pueblo de España? Se dijera que vivimos una pesadilla o que el antiguo pueblo español (sereno, valeroso, generoso) ha sido sustituido por una plebe frenética, degenerada, drogada con folletos de literatura comunista. Sólo en los peores momentos del siglo xix conoció nuestro pueblo horas parecidas, sin la intensidad de ahora. Los autores de los incendios de iglesias que están produciéndose en estos instantes alegan como justificación la especie de que las monjas han repartido entre los niños de obreros caramelos envenenados ¿A qué páginas de esperpento, a qué España pintada con chafarrinones de bermellón y tizne hay que remontarse para hallar otra turba que preste acogida a semejante rumor de zoco? Ha sonado la hora para una gran tarea nacional. Cuando hereden vuestros hijos los uniformes que ostentáis, heredarán con ellos el orgullo de recordar: España no se nos hundió porque mi padre y sus compañeros de armas la salvaron en el momento decisivo.»

Se requería entereza para hacer frente a las milicias marxistas; en Calzada de Calatrava asesinan al falangista Rafael León; en Carrión de los Condes, a José Fierro, y en Santander, a José Olavarrieta. Los encuentros adquirían, por días, mayor importancia. En Calatayud hubo doce heridos en un tiroteo y catorce en Titulcia. El día 7 es asesinado el capitán Faraudo, instructor de las milicias socialistas. Ese día hace estallar un petardo en Valladolid el estudiante José María Moro; la explosión hizo intervenir a los bomberos.

Después de anular el acta conseguida por José Antonio en las elecciones parciales de Cuenca, es elegido presidente de la República Manuel Azaña. Al día siguiente, 11 de mayo, encarga a Prieto la formación de un nuevo Gobierno, pero Largo Caballero consigue publicar una desautorización del Partido Socialista; no era posible el ensayo de fórmulas de convivencia, ni siquiera encabezadas por un socialista. El 13 forma Gobierno Casares Quiroga. Azaña pasa a ser «el prisionero de la República» y Prieto sufre agresiones de sus huestes, siendo herido con una botella cuando intentaba convencer en Erija de la necesidad de no confundir la revolución con el vandalismo.

A partir de la formación del Gobierno de Casares Quiroga se acentúa el sangriento caos: son asesinados los falangistas Francisco Gutiérrez, en Zamora; Pascual López, en Madrid; Manuel Rodríguez, en Castillejo de la Cuesta. El muestrario gana en trágica variedad: en Yecla, el Ayuntamiento se incauta de la Basílica de la Purísima y la dedica a mercado. Los de Miranda de Ebro prefieren hacer una hoguera con la iglesia de San Nicolás. En Escucha se forma un tribunal en las minas y juzga a su propietario. En Puebla de Fadrique, la Guardia Civil tiene un muerto al rechazar un asalto a su cuartel. En una taberna de la calle Cartagena, de Madrid, los falangistas vengan la muerte de Pascual López. En la cárcel de Valladolid, los presos falangistas declaran la huelga del hambre.

La clandestinidad a que se vio obligada Falange, así como la constante afluencia de gentes que acudían a sus filas, hizo que, madrugadores de la política, intentasen pescar en el revuelto río. De las varias mixtificaciones surgidas, el llamado Haz de Juventudes Españolas llegó a tirar un manifiesto encabezado, con notable impudicia, con el yugo y las flechas, fechado el 2 de mayo; terminaba con un «¡Arriba España!» Maniobras que, a fin de cuentas, demostraban la atracción falangista. El propio Gil Robles reconocía en las Cortes: «Empezamos a perder el control de nuestras masas; empezamos a aparecer ante ellos como fracasados.»

Aludiendo al confusionismo surgido, comentó José Antonio: «Ahora todos se vuelven fascistas, y —prosigue— "jamás" Falange se ha llamado fascismo en el más olvidado párrafo del menos importante documento oficial ni en la más humilde hoja de propaganda.»

El Tébib Arrumi, indudablemente influido por su hijo, Alberto Ruiz, afiliado al S. E. U., hacía a Franco, en el Gobierno Militar de Tenerife, un encendido elogio de José Antonio y de la juventud que le seguía. Franco le contestó:

> «Esa juventud, esos que son como tu hijo, que adoran a José Antonio y por lo que él ordene lo dan todo, serán los que salven a España.»

Llegada la época de los exámenes, Alejandro Salazar solicitó permiso para verificarlos en su Facultad de Filosofía y Letras, en donde se había preparado un plan para su fuga; pero no fue autorizado a salir de la cárcel.

En la última semana de mayo, a través de Juan Ramírez, estudiante mallorquín, preso en Alicante, José Antonio recibió el primer número del periódico clandestino Aquí Estamos, editado por la Falange de Palma. En él se publicaba un artículo de José Antonio: «Prieto se acerca a la Falange.» Este título y la afirmación de Gordón Ordás de una promesa hecha directamente por el jefe de la Falange al diputado socialista de pasarse a su campo si hacían una declaración previa de primacía nacional dieron lugar a erróneas especulaciones.

Conviene aclarar de forma terminante que no sólo es falsa la promesa de José Antonio, sino que jamás sostuvo conversación política alguna con Prieto. Por lo demás, cualquiera que hubiera vivido aquellos años podría percibir la imposibilidad de un transvase de tal naturaleza, lo que nada tenía que ver con el reconocimiento por parte de José Antonio de los aspectos positivos del socialismo.

La terminación del curso supuso una merma importante en la organización y encuadramiento falangista. No sólo se perdía el centro normal de reunión de los estudiantes, sino que se producía una dispersión que precisaba un difícil trabajo de reorganización. Aguilar, en Madrid, trasladó su cuartel de milicias al Museo de Reproducciones Artísticas. Desde allí, mientras contemplaban la belleza clásica, se transmitían órdenes a los mandos y enlaces, conservándose el aire universitario. El día 3 de junio, el estudiante Amadeo Pico Rodríguez moría de un tiro en la cabeza, en Santander, después de haber puesto una bomba en el centro de Izquierda Republicana y haber disparado contra Luciano Malumbres, socialista, director del periódico La Región.

El 17 se produjeron en Valladolid varios encuentros entre falangistas y comunistas. Fue herido gravísimamente de una puñalada el estudiante Julio Guerra Peinado. Un cartel representando a un falangista con un fusil, con la inscripción «¡Viva la Revolución Nacional!» y «¡Viva J. A. Primo de Rivera!» [178], que había sido dibujado por Jesús Fragoso, fue colocado en un cable del tranvía, teniendo que intervenir los bomberos, custodiados por la Fuerza de Seguridad, para descolgarlo. La gravedad de Julio Guerra hizo temer por su vida. Los falangistas manifestaron su indignación, originándose varios encuentros y tiroteos en las calles de Zapico y Nicolás Pérez. En un bar, lugar habitual de reuniones marxistas, hubo cinco heridos y un muerto. El gobernador fue destituido y la Casa del Pueblo decretó una huelga general, que resultó pródiga en heridos.

Víctor Fragoso y José María Gutiérrez del Castillo lograron llevar a buen fin, después de varias peripecias, la misión de poner a salvo los ficheros de la Falange vallisoletana. Destacaron en esta etapa final los grupos de choque que mandaban los estudiantes de Medicina Rico y Miró, este último dirigió un asalto a la Radio de Valladolid para transmitir desde ella consignas falangistas. Como entraran unos escuadristas en el Casino pidiendo para la organización, les hicieron abandonar el local, dando dando algún «gracioso» cinco céntimos. Al día siguiente colocaron unos petardos, reanudándose después la cuestación con muy distinto éxito. Dueñas de la calle, las centurias que mandaba Girón disolvían a vergajazos una reunión de «chíribis» desnudistas, que practicaban, ibéricamente, aquella moda anglosajona. En Santander, ya en la mitad de junio, son asesinados los falangistas José Luis Obregón y Luis Cabanas.

Desde el 16 de febrero hasta el 16 de junio, en cuatro meses, pudo hacer Gil Robles ,en las Cortes, un dramático balance:

Iglesias totalmente destruidas: 160.

Asaltos a templos, incendios sofocados, destrozos, intentos de asalto: 251.

Muertos: 269.

Heridos de diferente gravedad: 1.287.

Agresiones personales frustradas o cuyas consecuencias no constan: 215.

Atracos consumados: 138.

Tentativas de atraco: 23.

Centros particulares y políticos destruidos: 269.

Centros asaltados: 312.

Huelgas generales: 213.

Huelgas parciales: 228.

Periódicos totalmente destruidos: 10.

Asalto a periódicos, intentos de asalto y destrozos: 33.

Bombas y petardos explotados: 146.

Recogidos sin explotar: 78.

[178] José Antonio no admitía vivas a su persona y se apresuraba a prohibirlos; suprimió también los mueras y antis, pues rechazaba cualquier actitud negativa.

El ambiente de peligro suscitó un temerario desprecio por la vida que se extendía peligrosamente entre los falangistas. Dos estudiantes, Victoriano Aguilar y Romero Girón, hijo de un ministro de la Monarquía, llegaron como demostración de valor a realizar la prueba de la «ruleta rusa», que consistía en meter una bala en el tambor del revólver, haciéndolo girar y disparándose a continuación.

En tal dramática situación, unos estudiantes dieron lugar a una graciosa noticia que, transcrita de un diario levantino, reprodujo el periódico clandestino falangista No Importa en su tercer número, fechado el 20 de junio: «Seis estudiantes de provincias, para justificar ante sus padres que no pudieron examinarse en la Universidad de Murcia por haber transcurrido el segundo llamamiento, dieron anteayer, frente al edificio del Gobierno Civil, unos vivas al fascio.»

^-Inmediatamente fueron detenidos y permanecieron un día en la cárcel, siendo puestos en libertad al comprobarse que no pertenecían a la Falange Española; por el contrario, dos de ellos, de Alicante, están afectos a Unión Republicana.»

Estaba encargado de la publicación de No Importa, que se subtitulaba «Boletín de los días de persecución», Carlos Juan Ruiz de la Fuente, que tuvo misión similar en la última etapa de Arriba. No Importa se editaba en la imprenta donde se había publicado Haz, dado que el trabajo, casi familiar, facilitaba su ocultación a la Policía, que no sospechaba pudiera utilizarse para periódicos clandestinos el lugar donde se tiraba una revista de la propia Dirección General de Seguridad. Las pruebas de imprenta fueron llevadas más de una vez a la cárcel para que fueran vistas por José Antonio, siendo portadores Gaceo y Cadenas.

No se prohibían publicaciones en las que se incitaba al asesinato de los «fascistas», considerando como tales a sacerdotes y monjas. Aun cuando cualquier persona nacida posteriormente pudiera, guiada por un elemental sentido de humanidad, considerarlo como imposible, reproducimos de La Traca, un semanario valenciano repleto de dibujos de la más soez pornografía, en la que siempre eran protagonistas frailes y hermanas de cualquier convento, algunas respuestas a una encuesta en la que preguntaban a sus lectores «¿Qué haría usted con la gente de sotana?»:

«Les llenaría el cuerpo de pequeños cortes hechos con un bisturí, los curaría..., los volvería a herir de la misma manera, los volvería a curar... y así hasta la consumación de los siglos. Amén.» Y firmaba una mujer, Casilda Farré.

Otra mujer, Dolores Trena, de Córdoba, escribía: «Castrarlos. Molerlos. Hervirlos. Hacerlos zurrapa. Echarlos a la estercolera.» «Una vez degollados y sacadas las tripas, hacer un montón en medio de la Plaza Mayor de cada pueblo y hacer una hoguera la víspera de San Juan», opinaba así Antón Requeséns.

Que no era intrascendente verborrea lo demostrarían cumplidamente.

La Traca no era el único periódico que se enjaezaba con tal literatura, que tenía continuación en editoriales como la «Biblioteca de los Sin Dios», domiciliada en Madrid, bajo la dirección de Augusto Viudo, de la que bastaría para no ensuciarse demasiado citar dos de sus títulos: «Jesucristo, mala persona» y «Los apóstoles y sus concubinas».

El 5 de junio, José Antonio es trasladado a la cárcel de Alicante; al enterarse los demás falangistas detenidos organizaron un motin.

Con Onésimo Redondo y Luis González Vicen, Anselmo de la Iglesia y otros estudiantes, son trasladados de la cárcel de Valladolid a la de Avila. José Antonio Girón, que tenía encomendado un importante servicio en San Sebastián, en donde fue detenido, pasó a la cárcel de Valladolid. y Agustín Aznar, a la de Vitoria, desde la Modelo madrileña. El Gobierno pretendía desarticular la Falange, que centraba su organización en la prisión madrileña.

En julio no quedan más organizaciones civiles dispuestas a no amilanarse ante la avalancha marxista que las de tradicionalistas y falangistas. Pero cada vez son más frecuentes y violentos los hechos de las milicias rojas. En Villarrubia de los Ojos, el jefe local de Falange, defendiendo su casa, resulta herido con su hermano, los dos son asesinados y su padre muere junto a ellos. En Villanueva de San Juan es asesinado el falangista Juan Martínez Pichardo, y en Miguelturra, Claudio Fernández. El 21 de junio muere, a consecuencia de los golpes recibidos el 28 de abril, Antonio Menéndez, del S. E. U. de Oviedo. Pasaban de cuarenta los falangistas asesinados cuando en Madrid, el día 3, mueren los estudiantes Miguel Arrióla y Jacobo Galán. Estaban sentados en la terraza del bar Pekín, en la calle de Torrijos, cuando desde un automóvil les hicieron una serie de disparos que hirieron a otras cinco personas. Al atardecer del día 4, frente al local socialista de la calle Gravina, tres falangistas, en un tiroteo, hacen a sus contrarios dos muertos y siete heridos. Al día siguiente son detenidos ciento diez falangistas. Y en la carretera de Carabanchel aparece el cadáver del camarada Justo Serna; tenía setenta y tres heridas de arma blanca y las muñecas heridas por fuertes ataduras. Era el primer «paseo>.

El día 10, seis falangistas, pistola en mano, interrumpen el programa nocturno de Unión Radio Valencia para dar fe de vida: «En estos momentos, Falange Española ocupa militarmente los estudios de Unión Radio Valencia. ¡Arriba los corazones!» Como respuesta, las juventudes socialistas incendiaron los centros de la Derecha Regional y de los Patronos, ambos tan distantes de las ideas de quienes ocuparon Radio Valencia como el propio marxismo.

MOLA, DIRECTOR DEL ALZAMIENTO

Al no acatar los monárquicos la legalidad republicana ni Azaña y los socialistas permitir la convivencia política con los partidos derechistas, el país quedó convertido en una sociedad conspiratoria en donde todos jugaban la baza de la conquista violenta del Poder. Ya en 1936, en la campaña electoral, Largo Caballero dejó bien claramente expuesta la posición revolucionaria de los suyos: «Si la situación da la vuelta, huelga que las derechas imploren gracia de rodillas. No respetaremos la vida de nuestros enemigos como lo hicimos el 14 de abril de 1931, cuando nació la República. Y si las derechas no son derrotadas en las elecciones, emplearemos otros medios para su aniquilamiento» [179].

El «Lenin español», no satisfecho con un Gobierno presidido por Azaña, después del triunfo electoral del Frente Popular, intensificó la creación de ¡un clima subversivo, y los barcos soviéticos «Nevá» y «Yerek» descargaron armas en Sevilla y Algeciras, respectivamente, destinadas a las milicias de la J. S. U. El nombramiento de Casares Quiroga como jefe de Gobierno, descartando la candidatura de Largo Caballero, radicalizó más la postura de los marxistas del ala izquierda.

En los sectores nacionales, la conspiración se convirtió en ocupación habitual, pero no adquirió consistencia hasta la anarquía en que cayó la nación como consecuencia de las elecciones de febrero. A partir de las impresionantes demostraciones del 1 de mayo se aceleraron los trabajos preparatorios del Alzamiento, gracias a la sutileza del general Mola, que, desde Pamplona, se convirtió en el director de tan compleja misión. Aun cuando la figura máxima era el general Sanjurjo, su autoridad apenas iba más allá de lo simbólico.

Quedaban muchas zonas de sombra en el trabajo de Mola, no sólo en relación con algunos puntos militares comprometidos tibiamente, sino en cuanto a los propósitos políticos de la sublevación. Con fecha 5 de junio, y con la firma «El Director», Mola fijó por escrito los fines y primeras medidas que «establecerían un Directorio, integrado por un presidente y cuatro vocales militares, tan pronto tenga éxito el Movimiento Nacional». El documento, que había sido aprobado por la mayoría de los militares de prestigio comprometidos, contenía dos terminantes afirmaciones que motivaron ciertas dificultades: «El Directorio se comprometerá, durante su gestión, a no cambiar el régimen republicano», y en el apartado j), «Separación de la Iglesia y el Estado; libertad de cultos y respeto para todas las religiones».

Cuando, el 15 de junio, Mola entregó personalmente, en el monasterio de Irache, el programa inicial del Directorio a Fal Conde, secretario general de la Comunión Tradicionalista, no pudieron llegar a un acuerdo. El dirigente carlista hizo especial mención del punto religioso y de la imposibilidad de que los requetés lucharan tras la bandera tricolor republicana. La falta de entendimiento con Mola llevó a Fal Conde a ordenar, el 12 de julio, no secundar el Movimiento. Pero el día 13, al ser asesinado Calvo Sotelo, las actitudes precautorias sobre la legislación futura quedan sin sentido por una y otra parte [180].

También en la Falange hubo momentos de recelo y se cursaron órdenes de las que fácilmente se traslucía su decisión de no embarcarse a ciegas en cualquier intentona militar. Un testimonio de Manolo Valdés aclara esta situación: «La última Junta Política, que se celebró en la cárcel, era para resolver un tema tan trascendente como el de participar, o no, en el Movimiento. Me voy a explicar. Según iban desarrollándose las cosas, y según iban tomando parte grupos ajenos a la Falange, en lo que podíamos decir el Movimiento, dentro de la dirección de la Falange hubo un sector que opinó que debíamos abstenernos de participar.

Este sector presionó sobre José Antonio y éste entonces sometió el tema a consulta de la Junta Política. Se discutió ampliamente y, como consecuencia de la discusión, hubo dos cartas dirigidas a José Antonio. Una carta de un camarada que no menciono de gran importancia en la Falange, ya muerto, que opinaba que la Falange debía abstenerse públicamente de participar porque se consideraba que iba a ser totalmente mixtificada por el Movimiento. En contra de esa carta hubo otra, que redacté yo y que dirigí a José Antonio, en la que hacía un conjunto de consideraciones y aconsejaba la participación efectiva en el Movimiento» [181]. Para los estudiantes, con el curso terminado se producía la necesidad de tomar las prevenciones posibles contra el dislocamiento, al que contribuían con la vacación las persecuciones y detenciones. La circular pasada a los jefes provinciales decía:

> «Queridos camaradas: Las incidencias ocurridas en el último período del curso actual, la declaración de legalidad dictada por la Audiencia de Madrid a favor de nuestro Sindicato y la necesidad apremiante de preparar nuestro Movimiento universitario para que en fecha no muy lejana pueda cumplir un excelente cometido, obliga a esta Jefatura Nacional a cursar las siguientes instrucciones, cuyo más exacto cumplimiento espera de vosotros.
>
> a) La ausencia de los camaradas dirigentes de provincias al frente de la Jefatura, sea cualquiera su causa, no debe en modo alguno ser motivo para la pérdida de contacto con la Jefatura Nacional ni con el resto de servicios locales establecidos.
>
> b) A la mayor brevedad remitirán a esta Jefatura un amplio informe de lo realizado durante el curso próximo pasado, detallando cuantos actos consideren oportunos y acompañando los modelos de propaganda editados.

[179] «El Socialista», diario madrileño, 23 de enero de 1936.
[180] Algún comentarista de la guerra española muestra su extrañeza por la medida del Gobierno republicano de situar en Pamplona al general Mola. Es evidente que por muy mala que fuera la información del Gobierno, tenía que sospechar del antiguo Director General de Seguridad. ¿No sería acaso que conocía su actitud republicana y pensaba que ello le enfrentaría con el tradicionalismo navarro? Sea como fuere, la República del 14 de abril pagó con su existencia esta equivocación.
[181] El miembro de la Junta Política que se oponía a la participación activa y combatiente en el Alzamiento, sin previas garantías políticas, era Julio Ruiz de Alda, que moriría asesinado en agosto del 36 en la propia Cárcel Modelo.

c) En ausencia del Jefe Provincial, este informe debe venir redactado por la Cámara Sindical o Jefe interino, al objeto de que se lleve a efecto lo más rápidamente posible.

d) Informarán igualmente de las deficiencias —si las hubiere— que en cualquier momento se hayan encontrado, o de aquellas actividades o actuaciones que consideran oportuno realizar en lo venidero.

e) Procederán, sin pérdida de tiempo, a reunir a los camaradas, ausentes o no, en células, no superiores a doce elementos, pertenezcan a primera o segunda línea. Al frente del grupo se designará un camarada encargado de mantener el contacto entre ellos y su jefe inmediato superior, según las instrucciones adjuntas.

f) Lo anómalo de la situación actual por la que atravesamos ha impedido al servicio de Prensa y Propaganda cumplir los pedidos de folletos e insignias realizados últimamente. Por este motivo, y atendiendo a la fecha en que nos encontramos, se ha suspendido todo envío hasta tanto que sea nuevamente reclamado.

g) El contacto con esta Jefatura deberá mantenerse obligatoriamente cada quince días como mínimo.

Espera y confía ésta que, en beneficio de la totalidad del Movimiento y al objeto de poder ir acoplando la necesidad de cada provincia para el próximo curso, no se ceje un solo momento en cumplir cuanto en esta circular se dispone.

Cordialmente os saluda vuestro camarada, el Jefe Nacional. —¡Arriba España!— En la Cárcel Modelo, a 25 de junio de 1936. A. Salazar.

La correspondencia a la Jefatura Nacional deberá remitirse a Alejandro Salazar: Cárcel Modelo, Galería de Políticos.

A la Secretaría General: Enrique Suárez-Inclán, Plaza de Santa Ana, 8, 3.°.

Para la Jefatura de Prensa y Propaganda, a David Jato Miranda, Carretera del Pardo, 3.

UN ESTUDIANTE ASESINA A CALVO SOTELO

Con un sistema político descompuesto y sin gobernantes capaces, la vida cotidiana se hacía irrespirable. «Ambas mitades de la dividida nación se odiaban como si sobre ellas pesara la maldición y el destino de los hijos de Edipo, quienes —incapaces de vivir en armonía— se causaron mutuamente heridas mortales» [182].

Dentro de las Juventudes Socialistas se había formado un núcleo militar que, a modo de estado mayor, dirigía el aparato clandestino en estrecha relación con los mandos del Partido Comunista y el ala izquierda del socialismo. Desde allí se controlaban la instrucción y armamento de las milicias. Figuras visibles eran el capitán Carlos Fa-raudo, el teniente José Castillo, los dos de la Guardia de Asalto; el capitán Fernando Condes, de la Guardia Civil, que se había destacado ayudando a los mineros durante la sublevación asturiana del año 1934; el capitán Francisco Galán, el teniente Moreno y un estudiante de Medicina, perteneciente a la F. U. E., el hispanoamericano Victoriano Cuenca.

En el torbellino sangriento se alzaban las voces de dos mujeres que incitaban a los milicianos: Margarita Nelken, en la plaza de toros de Toledo, dice a los suyos, uniformados: «Tenéis que desprenderos de clemencia y piedad.»

Y, en las propias Cortes, «La Pasionaria» da un «¡Viva la guillotina!»

Como podía esperarse, después del asesinato del capitán Faraudo, los marxistas intensificaron sus métodos terroristas. En réplica, el día 12, muere víctima de un atentado el teniente Castillo, que había tomado parte muy activa en los tiroteos ocasionados con motivo del entierro del alférez Reyes, en el que había disparado a quemarropa contra el requeté Llaguno.

Después de la medianoche del 13 de julio salen dos vehículos del cuartel de Pontejos, situado detrás de la Puerta del Sol. Los ocupantes de uno de los coches buscaron inútilmente a Gil Robles. Los de la camioneta número 17 de la Guardia de Asalto, al mando del capitán Condes, haciendo caso omiso de la inmunidad parlamentaria de Calvo Sotelo, le sacaron de su domicilio, llevándole al coche parado delante del portal, en la calle de Velázquez. Se trataba de una de las camionetas descubiertas con bancos de madera, colocados de forma que los guardias podían descender rápidamente. Detrás de Calvo Sotelo se colocó Victoriano Cuenca, iniciado en el pistolerismo al lado del dictador cubano Machado con el nombre de Víctor Crouze. Apenas se habían puesto en marcha cuando el estudiante sacó su pistola y disparó dos tiros en la nuca de la víctima; el cadáver quedó depositado en el cementerio del Este. Los falangistas acudieron al entierro del jefe del Bloque Nacional; la pasión provocó varios incidentes, en uno de los cuales encontró la muerte el camarada Valencia.

En la camioneta número 17 iba el estudiante de Medicina Federico Coello y otro destacado en la F. U. E., Francisco Ordóñez.

[182] «La guerra española de 1936», de H. Güntar Dahms.

El día 15, en las Cortes, Gil Robles pronunció un enérgico y valiente discurso: «Ya llegará el día en que la misma violencia que habéis desatado se volverá contra vosotros. Dentro de poco seréis en España el Gobierno del Frente Popular del hambre y de la miseria, como ahora lo sois de la vergüenza, del fango y de la sangre.» Del Parlamentó, Gil Robles se trasladó a Biarritz, en donde estaba ya su familia [183].

El Gobierno, descaradamente convertido en beligerante con el gravísimo error del asesinato de Calvo Sotelo, hacía imposible la espera. José Antonio, desde la cárcel de Alicante, envía un mensaje al general Mola: «Estoy convencido de que cada minuto de inacción se traduce en una apreciable ventaja para el Gobierno.» Las armas y los espíritus estaban preparados. La razón, colmada. Estaba a la vista el 18 de julio.

[183] El sumario instruido fue robado durante la guerra. Cuenca y Condes encontraron la muerte en el mismo mes de julio en el Guadarrama.

CAPÍTULO VI - EXAMEN DE ESTADO: 1936-39

Disparad primero y apuntad después.

UNAMUNO

18 DE JULIO DE 1936

Hemos visto por qué la guerra civil era inevitable y cómo de haber sido derrotado el Frente Popular en las elecciones se hubiera producido igualmente. Salvador de Madariaga, desde el exilio, escribió en su libro «España»: «La circunstancia que hizo inevitable la guerra fue la guerra civil dentro del Partido Socialista.» Refiriéndose a la gran masa que siguió a Largo Caballero, en contra del criterio moderador de Prieto, Besteiro y De los Ríos, partidarios de admitir y aceptar los resultados electorales. En la Falange, lo difícil era contener a los impacientes que veían día a día cómo se armaban las organizaciones marxistas, mientras disminuían los cuadros militares y los suyos propios, que abarrotaban las cárceles. Veinticuatro horas antes del día «D», las guarniciones de África estaban prácticamente sublevadas; ya antes, en unas maniobras en el Llano Amarillo, el alto comisario, Alvarez Buylla, escuchó intrigado las incesantes voces de los jóvenes oficiales pidiendo «Café», con las que se quería gritar: «Camaradas: ¡Arriba Falange Española!»

El 17, a las cuatro de la tarde, se levanta Melilla anticipadamente y a continuación, el resto de las plazas del Protectorado. El 18, a las ocho de la mañana, el presidente del Consejo y ministro de la Guerra, Casares Quiroga, comunica, en una nota radiada, que un intento criminal contra la República se había frustrado, pues la rebelión militar se reducía a ciertas guarniciones africanas y que, por tanto, «no tardaría muchas horas en dar cuenta al país de estar normalizada la situación». Pero, durante el día, las noticias sobre la extensión de la insurrección le obligaron a entregar el Gobierno a Martínez Barrios, pensando en una negociación con los sublevados. Rápidamente, los socialistas, comunistas y otros elementos de extrema izquierda tomaron posiciones contra el intento conciliador: las Juventudes Socialistas Unificadas organizaron manifestaciones pidiendo armas para combatir. En la mañana de] domingo 19, Giral era el presidente. La suerte estaba echada.

La noche del 17 de julio muere en Valladolid Regino Sevillano, un estudiante de Medicina afiliado al S. E. U. Tenía diecinueve años y fue herido al frente de su grupo de milicias en los momentos previos al Alzamiento en Valladolid. Era el primer caído peninsular de nuestra guerra. La acción dirigida por Anselmo de la Iglesia, jefe de aquella primera línea desde noviembre de 1935, impidió que una compañía de guardias de Asalto saliera para Madrid, llamada para reforzar a los gubernamentales. El Sindicato entra en una obligada penumbra; pero no sus hombres, convertidos en soldados.

LOS ESTUDIANTES, EN LOS CUARTELES

Nadie había imaginado que el Alzamiento pudiera provocar luchas más allá de una semana; de ahí que la idea de no triunfar en Madrid de forma total e inmediata no preocupaba con exceso a Mola. Planteada la guerra civil con frentes militares, el peso humano y político de Madrid y Barcelona determinarían en buena medida la dolorosa prolongación de tres años.

En el plan de Mola, Madrid asumía un difícil papel. El objeto de los sublevados consistía en permanecer en los cuarteles hasta la llegada de las columnas del Norte. Una gran confusión reinó en los momentos decisivos; los enlaces no recibieron órdenes en tiempo oportuno y faltó ánimo y moral de victoria. Parecíase soportar un sabido papel de víctimas. Los falangistas acudieron, en la tarde del 19, al Cuartel de la Montaña. Pronto, los guardias de Asalto, Guardia Civil y milicias rojas, apresuradamente armadas, ocuparon las calles que conducían al cuartel, deteniendo a los sospechosos, por lo que muchos comprometidos se limitaron a buscar contacto con los suyos y esperar, sumidos en una angustiosa desorientación. La autorización del Gobierno Giral para armar a las milicias civiles marxistas produciría la especie siniestra de los «incontrolados», que sembrarían de crímenes su media España, inutilizando por universal descrédito buena parte de las posibilidades gubernamentales para inclinar la contienda a su favor. Abandonadas las calles, perdida la iniciativa, el Cuartel de la Montaña estaba llamado a ser un cementerio. Y entre sus paredes, en un inútil combate, en el que los asaltantes contaron con artillería y aviación, murieron los estudiantes afiliados al S. E. U. Santiago Herrera Sánchez, jefe de la Escuela de Peritos Industriales de Sevilla; Eduardo Castillo, Luis Gándara, Antonio del Valle, Carlos Herráiz, Federico Labat, Gabriel López-Olivas, Gonzalo Pascual, José Antonio Pezuela, José del Prado, Antonio Ruiz Pieri y Luis Sánchez Jiménez, que, herido, continuó luchando hasta el final. Otros, como los hermanos Serrano Pérez, Alberto y José María [184], y Felipe Gómez Acebo, que había sido jefe del Sindicato de Derecho, pasaron del cuartel a la cárcel; este mismo camino recorrió uno de los fundadores de la A. E. T., Manuel Pombo Ángulo, que prestaba su servicio militar en la Montaña en el día del Alzamiento.

Con la confusión producida inmediatamente después del asalto, y gracias a su sangre fría, pudieron evadirse, una vez rendido el Cuartel, los seuístas Eugenio Lostáu, Luis Nieto, Fernando Reyes, José Muñoz Bernal, Mariano

[184] Los dos fueron asesinados en la última saca carcelaria en diciembre de 1936.

de la Torre, Carlos Salido, Ángel Briones, Carlos Dome-nech, Joaquín García Lirio, Manuel Sánchez Torres, Ángel Aparicio y Julio Peña.

No pudiendo entrar en el Cuartel, Reinerio García Pérez, vestido con camisa azul, denunciado a los milicianos, se refugió en el número 2 de la calle Mendizábal. Milicias y guardias rodearon la manzana. Cuando llegaron hasta él, estaba muerto y sin una sola munición en su pistola. En la escalera, un guardia quedó gravemente herido.

La rendición, el día 20, del Cuartel de la Montaña proporcionó a las milicias quince mil cerrojos de fusil y miles de cartuchos.

Por los tejados madrileños, algunas escuadras se dedicaron al «paqueo» de los republicanos en una lucha desesperada; en ellos encontró heroica muerte el secretario nacional del S. E. U., Enrique Suárez Inclán. Cientos de milicianos se dedicaron a una incansable represión. Con todo, los «paqueos» nocturnos continuaron por algún tiempo. De la alarmante acción de hostigamiento daban aviso sus propios periódicos; en Mundo Obrero del 23 de julio se leían dos notas bien significativas: «El coche 56805 es un vehículo de milicianos. No es un coche de los que han usado los provocadores fascistas.» «Cuidado con las confusiones. Debe capturarse un coche gris sin matrícula, con número en la tablilla: 4260.»

Los rojos se incautaron desde el primer momento de todos los automóviles, incluidos los taxis; solamente circulaban coches requisados. Por otra parte, resultaba imposible recorrer una calle sin ser cacheado por alguna patrulla de vigilancia. A pesar de ello, el último jefe del S. E. U. de Medicina, Ignacio Arévalo, desde el que se llamó el coche fantasma, trajo en jaque a las brigadas policiales hasta que murió cosido a balazos. Más adelante, preparando con una escuadra un asalto a la emisora Unión Radio, Rafael Aznar fue detenido y fusilado.

El general Goded, en vez de trasladarse de Palma de Mallorca a la ciudad del Turia, decidió dirigir la difícil rebelión de Barcelona. Hubo un momento que parecía que Cataluña entera se liberaría del Frente Popular; Gerona y Lérida quedaron en poder de los sublevados; en Tarragona, los militares dominaban la situación y las tropas de Barcelona se desplegaban por sus calles. Una de las centurias falangistas que flanquearon el avance del Ejército por la Ciudad Condal estaba mandada por uno del Sindicato, Jorge Carreras, quien, con Luis Santamarina y algunos oficiales, defendería después el último bastión nacional en el Gobierno Militar. Pero la Guardia Civil, con su general Aranguren y los de Asalto, inclinaron la balanza del lado gubernamental. La pérdida de Barcelona supuso la de Cataluña. Cuando Goded, vencido, calculó el resultado del Alzamiento con la medida de su estéril esfuerzo, dijo por radio: «La suerte me ha sido adversa y he caído prisionero. Si queréis evitar que continúe el derramamiento de sangre, quedáis desligados del compromiso que teníais conmigo!» Sus amargas palabras arrastraron a los catalanes sublevados. En Gerona, el S. E. U. había formado íntegro en los cuarteles.

Si indecisión hubo en el alzamiento madrileño, fue superada en Valencia. Esperando la orden del acuartelamiento quedaron detenidas algunas escuadras de estudiantes concentradas previamente; otras lograron reunirse en el Cuartel de Caballería, con el jefe del distrito, Maximiliano Lloret, quien pasó después al Cuartel de Infantería, en donde hicieron frente a los asaltantes hasta que, rendidos, pasaron al barco «Mar Cantábrico», convertido en prisión y checa. El fracaso de Valencia condenó a Alicante y dejó aislada la rebelión triunfante de Albacete, que con su posterior derrota llevó la muerte a casi todos los afiliados del S. E. U, con su jefe, Martínez Andrés, y los animosos camaradas Herreros y Garrido, de Magisterio.

Quienes quieran ver en el 18 de julio un simple levantamiento militar habrán de silenciar hechos como el de la provincia de Albacete, que, prácticamente sin guarnición militar, se sublevó entera contra el Gobierno y resistió durante siete días ataques de fuerzas muy superiores enviadas desde Valencia, Murcia y Cartagena. Siendo necesaria la ayuda de artillería y aviación para que al fin se rindiera la capital el día 25. Sevilla fue hábilmente conquistada por Queipo de Llano, «quien, con el apoyo de la Falange, venció en la lucha de las calles [185]. El primero en regar con su sangre el suelo sevillano fue también un estudiante del S. E. U., José Ignacio Benjumea, a quien los guardias republicanos dieron muerte de un tiro en la nuca cuando asaltaba la Telefónica. En general, los estudiantes se concentraron en los cuarteles en donde se contaba con oficiales comprometidos. El período de vacaciones hizo que muchos universitarios lucharan junto con los bachilleres en capitales sin centros superiores de enseñanza. Así, en Logroño, en el cuartel de Artillería, formaron afiliados de las Facultades zaragozanas con los escolares locales, como Leandro Alegría, de dieciséis años, futuro jefe de aquel Sindicato provincial.

En Vitoria, liberado de la cárcel, Agustín Aznar con otros falangistas contribuyeron al triunfo de los rebeldes.

No podrá sonar a fanfarronada esta afirmación: de haber surgido el Alzamiento en pleno curso, las Universidades se hubieran convertido en fortines nacionales.

LECCIONES DE BIEN MORIR

Fueron numerosos los casos de aislado heroísmo. En Puertollano, los hombres de la familia Cabañero rechazaron un intento de asalto a su casa, hiriendo a tres de los atacantes; en este primer forcejeo quedó herido el menor de los hermanos, Eugenio, de catorce años, del S. E. U. De Bachillerato; inmediatamente fue rodeada la casa por milicias de mineros. Los hombres de la familia Cabañero eran: Juan, el padre; Juan, el hijo mayor, primer jefe local de la Falange, abogado y esperando su primer hijo; Fernando, bachiller y preparando su ingreso en la Escuela

[185] «Operaciones militares de la guerra de España», L. M. de Lojendio.

de Ingenieros de Minas, y Eugenio, y, con ellos, su madre. Disponían de dos escopetas de caza y una pistola; lo reducido de su armamento hizo que el pequeño Eugenio, a pesar de su herida, se dedicase a capturar los cartuchos de dinamita sin explotar que arrojaban los sitiadores para devolverlos al enemigo. Después de doce horas de asedio fue necesaria la intervención de fuerzas de la Guardia Civil de Ciudad Real, que situaron una ametralladora en la torre de la iglesia, desde donde acabaron con las posibilidades de los agotados defensores. Ante la presencia de los cuatro cadáveres, los vencedores preguntaban a la madre superviviente que dónde estaban escondidos los demás. Apenas empezaba la guerra y Juan Cabañero Francés ganaba la Gran Cruz Laureada de San Fernando, la más rara y valiosa condecoración del mundo militar, y la Palma de Plata de la Falange, personificando en él aquella gesta incomprensible de los que llamaría Rafael García Serrano «la batalla de los Cabañero» [186].

Los Cabañero no fueron un caso aislado; en Guadal-canal, Ismael Castelló, del S. E. U. sevillano, murió también defendiendo su casa en compañía de sus padres y hermanos. Final semejante encontraron otros seuístas: José Antonio Antón Alcaide, en Hinojosa del Duque; Juan José de la Colina, en Villafranca de Córdoba. En agosto, cuando el general Várela atacaba Antequera, los rojos entregaron un fusil a Luis María Huelín Vallejo, fundador de la A. E. T. de Málaga. «Yo no disparo contra España», dijo, tirando el arma; gesto que dio lugar a su fusilamiento.

En Ciudad Real, en la resistencia organizada en el domicilio del jefe provincial de Falange, camarada Mayor, se encontraban los más destacados del reducido S. E. U., fundado en 1935 por un grupo de estudiantes católicos. Manuel García Valencia, Manuel Prado González y Manuel Ruyra Ruescas fueron fusilados en agosto por su defensa frente a los milicianos y la Guardia Civil.

En Villanueva de la Serena, los falangistas resistieron defendiendo cada casa hasta la muerte. Y allí había también dos estudiantes, Manuel Puerto Atanasio y Constantino Parejo Casas. En Castuera, otro del S. E. U., Vicente Murillo de Valdivia, en aquel verano jefe local de Falange, resistió sublevado hasta que, el día 25, una columna de Puertollano ocupó el pueblo.

En Burgos, uno de los fundadores del Sindicato en Sevilla, Rafael García Saro, con una centuria, participó en la limpieza del norte de la provincia, en donde morirían los estudiantes Luis María Nebreda, Máximo Nebreda Vela y José Manuel Sadornil. Les había precedido otro del S. E. U., Julio Saiz de la Hoya, caído al frente de una centuria en el asalto al Ayuntamiento de Pancorbo el mismo 18 de julio. Su cadáver, que presentaba más de cuarenta impactos, fue enterrado en Burgos, en plena movilización. Su padre tuvo el valor suficiente para gritar el nombre del hijo en el «¡Presente!» de ritual.

La vieja guardia de la F. U. E. tiene su espejo ejemplar en Francisco Pérez Carballo, que, siendo gobernador civil de La Coruña, murió defendiendo su lealtad republicana.

La pérdida de Valencia impidió la asfixia de Madrid, que, por el contrario, pasó a la ofensiva conquistando Guadalajara y Toledo, obligando al general Moscardó a reducirse al que había de ser glorioso Alcázar. La situación de los sublevados no dejaba demasiados resquicios de esperanza. Cataluña, Asturias, Vizcaya, Guipúzcoa, Valencia y Madrid, es decir, la casi totalidad de la industria, quedaba en poder de los gubernamentales, así como su gran potencial humano. Los nacionales disponían de una buena extensión territorial: desde Zaragoza a Galicia, con excepción de la zona cantábrica, incluida la frontera de Irún: este bloque estaba separado del Ejército de África, que apenas disponía de pequeñas zonas alrededor de Algeciras, Cádiz, Córdoba, Granada y Sevilla. A ellas habían de sumarse las provincias Canarias y las Baleares, con la excepción de Menorca. La dispersión de fuerzas era su más acusada característica.

Aun cuando la zona roja del Norte estaba también aislada de su núcleo principal, tenía posibilidades sobradas de autonomía.

LOS UNIVERSITARIOS, EN EL ALTO DE LOS LEONES

Aun desechada por los nacionales la rápida conquista de Madrid por las columnas del Norte, puesto que Zaragoza había de hacer frente a los ataques de la zona catalana, Burgos no podía descuidar su línea de contacto con Santander, y tanto Galicia como León tenían encima la amenaza asturiana; resultaba una necesidad estratégica la ocupación de los pasos serranos de Madrid, con doble objeto: impedir la irrupción en Castilla y estar en disposición de poder lanzarse hacia la capital en el momento preciso.

Por el paso de Somosierra guerrearon las gentes del S. E. U. de Navarra, cuyo primer hecho de armas fue la toma de la casilla de miqueletes de Elarraza; sus andanzas habrían de ser cantadas por Rafael García Serrano, matriculado entonces con sus camaradas en una veterana Facultad española, la de Letras y Armas [187].

Numerosos tradicionalistas navarros defendieron estas crestas, con ellos Jaime del Burgo, director de A. E. T. de Pamplona y, en 1936, jefe del requeté de la capital, y como testigo y relator, otro estudiante, Juan de Zabala [188].

Hasta allí llegó con más valor que medios un grupo de Renovación Española, al mando de los ya célebres hermanos Miralles.

---

[186] La más valiosa condecoración militar española había sido creada por las Cortes de Cádiz en 1811 para premiar a los luchadores por la independencia.

[187] *La fiel Infantería* fue Premio Nacional de Literatura en 1943, y recogida la primera edición por culpa de su lenguaje de trinchera y la gazmoñería imperante en ciertas jerarquías eclesiásticas de posguerra.

[188] «El Requeté».

El 17 de julio, la emisora vallisoletana, después de un significativo silencio, radió estas palabras: «Las Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista, al habla: ¡Arrollaremos al marxismo! ¡Arriba España!» Las escuadras falangistas y el Ejército iniciaban la ocupación de la ciudad y, de madrugada, liberaban a sus camaradas detenidos. Al día siguiente llegó Onésimo Redondo y los que con él estaban en la cárcel de Ávila.

Anselmo de la Iglesia, con las milicias falangistas, completó el dominio de la provincia, en donde existían fuertes contingentes socialistas. El día 20, Anselmo recibió tres balazos en un brazo, pero continuó su misión.

«Una vez que la guarnición de Valladolid y las centurias falangistas de la citada capital hubieron asegurado el éxito del Alzamiento en buena parte de Castilla, se ordenó a toda prisa la ocupación del collado de Guadarrama. Un par de centenares de jóvenes entusiastas se pusieron en marcha sobre camiones. El taponamiento del Guadarrama ofrecía ventajas tácticas de consideración y se confió a los primeros voluntarios de Valladolid la ardua tarea, con la consigna de cumplirla hasta la muerte» [189].

El 21 se formó una centuria, asumiendo la jefatura José Antonio Girón, con los correspondientes mandos militares.

Muchos estudiantes aprendieron el manejo del fusil sobre los mismos camiones que los transportaron al Guadarrama. Se combatió rudamente, cuerpo a cuerpo, con las bocas resecas, y aun cuando los republicanos tenían una franca superioridad numérica y contaban con aviación, a las seis de la tarde, falangistas y soldados, bajo el mando del coronel Serrador, clavaron en el tosco monumento de la cumbre las banderas de España y de la Falange.

Los rojos [190] montaron un serio contraataque, al mando de un antiguo jefe legionario y prestigioso republicano, el teniente coronel Puig. Doce horas duró el combate y en él fueron parte decisiva dos centurias, llegadas el mismo día 23 de Valladolid, al mando de Luis González Vicén, en las que otros estudiantes ostentaban mandos secundarios. El fracaso de la reconquista llevó al pueblo de Guadarrama a Casares Quiroga, «La Pasionaria» y al capitán Benito Sancho. Allí deciden un ataque por sorpresa, por el sector de Cuelgamuros y en plena noche. El capitán Benito y sus milicianos de refresco tropezaron en la loma «Del Copo» con la falange de César Sanz, estudiante de Derecho, de dieciocho años de edad. En la emboscada pereció la falange entera; pero, apenas amanecido, un grupo mandado por González Vicén había reconquistado la posición. En la lucha caían dos estudiantes destacados: Clarencio Sanz, jefe de centuria, y Carlos Salamanca, que mandaba una falange. Algunos de los muertos eran casi niños, como Eusebio Lobo, de Bachillerato, que apenas contaba quince años.

El frente no era continuo, lo que permitía, al amparo de los bosques, numerosas filtraciones; en una de ellas, cuando se dirigía al Alto del León, moriría uno de los jefes más destacados de la Falange, Onésimo Redondo, atravesado a balazos por una patrulla de la F. A. I. en el pueblo de Labajos. Ese mismo día 24 moría la primer mujer falangista en acto de servicio, María Sagrario Amo Peñas; se había afiliado el 1 de febrero de 1934, cuando tenía dieciséis años. Su entuisasmo la llevó a un incansable trabajo en Valladolid, principalmente en el socorro a los presos; asistió a las concentraciones de Tordesillas, Peñafiel y del cine Madrid, en mayo de 1935. En Zamora y Toro escondió las armas de algunos camaradas, que de otra forma hubieran sido detenidos; asumió el mando de un grupo de la Sección Femenina y de las mujeres del S. E. U. Estudiaba, al estallar el Movimiento, sexto año de Bachillerato en el Instituto Núñez de Arce.

Se encontraba el día 24 de servicio en el Hospital Militar de Valladolid y, al enterarse de la muerte de Onésimo, salió en un coche hacia San Rafael. A la entrada de Boecillo recibe el coche una descarga que la alcanza mortalmente; continuaron hasta la Pedraja del Portillo y allí murió en la casa del médico, dos horas más tarde, después de haber confesado. Cuando José María Arranz, que la acompañaba, promete vengarla, ella le pide que no lo haga, pues acaba de perdonar a todos. María Sagrario rogó a los que la rodeaban que no llorasen ni se entristecieran, pues ella moría tranquila, pensando que lo hacía por Dios y por su Patria. José María Arranz moriría al mes siguiente en el frente.

«Viniste a la Falange, Sagrario Amo —escribió Libertad—, en la época del silencio, y viniste con fe ciega y profunda.» Su nombre se perdió en el incesante sacrificio de la guerra.

Los intentos rojos para reconquistar el Alto del León no cesaron. El 30 de agosto, en una dura acción en Cueva-caliente, recibió un balazo en una pierna Anselmo de la Iglesia; pero refuerzos de consideración, entre ellos el tercio de requetés de Abárzuza [191] y unas líneas bien fortificadas fueron suficiente garantía. El heroico comportamiento de los camaradas de Valladolid haría que, para siempre, se llamase al puerto «Alto de los Leones de Castilla». Allí ganó una Medalla Militar el afiliado al S. E. U. de Derecho José Antonio Girón. Por contra, Tuñón, afiliado a la F. U. E., hijo de un profesor del Instituto de Almería, moría luchando en el bando republicano.

[189] *Historia militar de la guerra de España*, Manuel Aznar.

[190] No utilizamos el término rojo en sentido peyorativo. En los periódicos, en la propaganda mural, lo usaban ellos mismos, abundantemente. Por reflejo del Ejército Rojo soviético, nuestros comunistas denominaban también a su Ejército con el rojo revolucionario.

[191] Entre los estudiantes de la A. E. T. de este tercio de requetés, figuraba Ángel Campano, que estrenaba su doctorado en Vetrinaria y que habría de ser el primer voluntario que alcanzaría el grado de general.

Cuando mencionemos como republicano al Ejército rojo, no debe olvidarse que tal vez las masas más importantes de la zona nacional se consideraban también republicanas.

Los estudiantes, que habían aprendido a morir ejemplarmente antes que el oficio de soldado, regaron con su sangre las cumbres del Guadarrama, dejando sus cuerpos rotos entre los peñascales [192]. Y era nada más que uno de los primeros episodios del Alzamiento.

LA VICTORIA SE PASA A LOS NACIONALES

Las dos provincias canarias se unieron desde el primer momento a los sublevados. Desde allí, Franco se trasladó el día 18 a Marruecos en un avión inglés, pilotado por dos oficiales británicos. Bajo su mando, en una operación en la que el desarrollo de sus distintas fases estaba calculado minuciosamente, logró situar con su armamento las primeras unidades del ejército de África en la Península, pese a tener el Gobierno el grueso de la flota, en cuyos barcos las células marxistas, organizadas entre la marinería, habían asesinado a la oficialidad. Los primeros en burlar la vigilancia centrada en el acorazado «Jaime I» fueron dos faluchos mandados por el teniente de navio y jefe de la Falange gaditana Mora Figueroa. Después del paso del Estrecho, pudo escribir Manuel Aznar en su «Historia militar»: «Mientras se luchaba en el barrio sevillano de Triana y en numerosos focos izquierdistas del campo, Queipo de Llano ocupó Huelva y la zona minera de Rio-tinto enlaza con la frontera portuguesa y socorre a Córdoba, y todo con ciento ochenta soldados de la guarnición sevillana, un centenar de legionarios venidos de África a bordo del destructor «Churruca» y de algún viejo avión, otro centenar de falangistas voluntarios, cincuenta guardias civiles, dos cañones y un carro blindado, que constituyeron en los primeros días del Alzamiento todo cuanto se llamaba pomposamente Ejército del Sur.» Esta etapa, ganada con valor e ingenio, le costó la vida al subjefe de las milicias falangistas sevillanas, el seuísta Julio de Ercilia Bustingorri. En esta campaña, que se extendió a buen número de pueblos, murieron muchos estudiantes de Sevilla: Juan A. Toro Castro, en Villa del Río; Eduardo de Torres y Federico de los Santos, en Cazalla de la Sierra; Juan Raigón, José Joaquín Puig, Antonio Palacios y Enrique Morón, asaltando una barricada en el barrio de San Julián; Baldomero García Junco, Manuel Ingelmo. Esta fase de la guerra civil, en sectores de incierta y disputada posesión, en ambas zonas, dio lugar a despiadadas actuaciones, obligadas por la importancia de las victorias de los primeros momentos y porque los protagonistas de uno y otro lado luchaban sin cuartel hasta la muerte. La consolidación del Sur permitió tomar la iniciativa a las tropas marroquíes, que, por su entrenamiento, habrían de resultar decisivas en los meses iniciales. El 14 de agosto, con la conquista de Badajoz por Yagüe, la zona nacional pasaba a ser un todo continuo y la inferioridad estratégica del comienzo de la campaña desaparecía. Quedaban aislados tres focos heroicos: el Alcázar toledano, Oviedo y el Santuario de Santa María de la Cabeza.

La toma de Badajoz tuvo un valor moral incalculable. En Sevilla, el día 15, Franco, desde el balcón principal del Ayuntamiento, recibió las aclamaciones de una gran muchedumbre; de pronto, en el mástil fue izada la bandera bicolor: «Aquí la tenéis», dijo el general, ante la emoción del pueblo. Cuando el 29 de agosto se restablecía oficialmente la enseña arriada el 14 de abril de 1931, no quedaba ya ni una sola bandera tricolor con la que se había iniciado el Alzamiento, aun cuando Yagüe, en su alocución a los legionarios que habían conquistado Mérida y Badajoz, terminó con el grito de «¡Viva la República!» Muchos falangistas, temerosos siempre de que tanto sacrificio sirviera solamente para la restauración de privilegios e injusticias, no aprobaron la vuelta a la bandera bicolor, prefiriendo aferrarse a sus colores rojinegros, como expresión de voluntad revolucionaria.

El día 19, por la mañana, los requetés de Burgos recorrían por la mañana las calles de la ciudad con una enseña bicolor. Un falangista estudiante les gritó: «Banderas monárquicas, no; la roja y negra de la Revolución.» Era Máximo Nebreda Vela, quien murió dos días después en Valdenocedas; al parecer, al tirotear la Guardia Civil el coche en que iba, precisamente porque llevaba desafiante los colores del sindicalismo, que eran también los del anarquismo.

La Falange, sin jefe, actuaba fraccionada en agrupaciones regionales. Agustín Aznar y Manuel Hedilla conjuntamente recomponían mal que bien la unidad de mando.

Ciertas unidades rojas, sin militares profesionales, ignoraban las más elementales normas de guerra. Si en la retaguardia se exterminaba a los enemigos por simples sospechas, ¿qué no hacer con quienes atacaban armados? Este planteamiento dio lugar a episodios como el de la Puerta de la Trinidad, en Badajoz, en donde, después de levantar bandera blanca y hacer avanzar al descubierto una Bandera de la Legión, la atacaron inopinadamente, dejando reducidos sus 600 hombres a un capitán, un sargento y catorce soldados. Ocupada la plaza, la severa represión fue lugar común de la propaganda republicana contra los nacionales.

Las tropas de Mola, reforzadas con agrupaciones del Sur, alcanzan el 22 de septiembre la línea del río Deva, aislando el frente republicano de la frontera francesa, conquistando San Sebastián y una extensa e industriosa región. Participó en estos combates la centuria del teniente Carlos Ruiz; en ella, y pensando en Bilbao, iba Nicolás Berástegui, jefe del Sindicato en Vizcaya, que días antes del Alzamiento se había refugiado, con su hermano Eduardo, en Francia, perseguidos por la Policía. En este frente, en octubre, es herido Antonio María de Oriol, de la A. E. T. de Madrid, y tres días después, en la misma posición, moría su hermano Luis Fernando. En la batalla de Irún resultó herido Jesús Romero Gorría, jefe del S. E. U. de Navarra.

[192] Entre ellos, los tres hermanos Pérez-Hickman, Mariano, Eduardo y Luis, y otros dos hermanos, Manuel y Félix Igea, y José Miró; Antonio Souto Montenegro, Ángel López Pascual, Gabriel Gutiérrez Gil, Mariano Ibarra Mompó, Gabriel Moyano, José Gutiérrez Cañas, Justo Pérez Minayo, Manuel Casado Travesí, José Luis García Sangroniz, Manuel González Casado Travesí, José Luis García Sangróniz, Manuel González Juvel, Manuel Pérez Enciso, J. Antonio Alonso Pimentel, César Villalón Pérez, José María Barbáchano Girón, Luis San Pedro Divildos, José Luis Rodríguez Álvarez, José Guzmán Mingote, Julián Chocat Magdaleno, José María Moreno, Fernando Pradera Orihuela, Genaro Temprano Várela, Gregorio García Fernando de Pablos.

Reforzó las tropas de Mola la Bandera Legionaria Gallega, que entró en fuego en Urmieta y participó en el asalto a los fuertes de Santa Bárbara y Santiagomendi, destacando dos estudiantes de La Coruña: Lino Rodríguez Yáñez y Juan Manuel Nieto Barranco, de Comercio y Magisterio, respectivamente. La avalancha de voluntarios gallegos se hizo notar inmediatamente en todos los^rentes, especialmente en el asturiano. «Pasionaria» no pudo consolar a los suyos más que con un comentario despectivo: «No importa Galicia —dijo—; allí no hay más que mariscos.» Como respuesta, las unidades gallegas adoptaron un marisco como emblema y de ahí su sobrenombre popular.

El S. E. U. de La Coruña, del que era Diego Salas Pom-bo su figura, lógicamente, tenía una estrecha vinculación con el de Santiago; pero con sus Institutos de Segunda Enseñanza y las Escuelas de Magisterio y Comercio adquirió personalidad dentro de la Falange. Antonio Roldan Martínez fue miembro del primer triunvirato de las J. O. N. S.; Antonio Martínez Almoina destacó como conferenciante; Ramón Bermúdez de Castro, del Sindicato de Santiago, fue secretario y, por algún tiempo, jefe local de la Falange; murió como alférez. También murió en el frente Miguel Fariña Sagredo y destacaría en la guerra, a la que sobrevivió, Josechu Fernández.

Mientras, el frente aragonés, con Huesca casi cercada, resistía oleadas de anarquistas dirigidos por Durruti. De manera análoga a lo ocurrido en Andalucía, se creó una «Brigada Móvil», integrada por legionarios y falangistas, que se convirtió en el «curalotodo» de tan amplio e importante sector.

Mallorca pasó por el peligro de perderse. Cuando los rojos, al mando del capitán Bayo, desembarcaron y algunos «prudentes» aconsejaron la evacuación, «los oficiales de los ejércitos y los falangistas, que se batían con decisión, se opusieron de una forma terminante» [193].

Bayo fue obligado a reembarcar, pese al apoyo de los cruceros «Libertad» y «Cervantes», más dos destructores, tres submarinos y los nuevos aviones franceses, que bombardearon Palma desde la base del Prat. Los partidarios de los bandos en lucha procuraban «pasarse» cuando habían quedado en zona enemiga. Por entonces, la victoria pareció que se pasaba a la zona nacional.

PASEOS, CHECAS Y SACAS

La alegría por la liberación de ciudades y pueblos iría siempre acompañada de la triste confirmación del asesinato de los mejores. En San Sebastián, entre otros del S. E. U. habían muerto los tres hermanos Iturrino. Jesús, jefe provincial de la Falange, cuando fue fusilado en el paseo de los Fueros el 23 de julio, gritó: «El que me dé en el corazón que se quede con mi reloj.» Días más tarde, el 30, caía María en la cárcel de Ondarreta; había luchado en los cuarteles de Loyola hasta el día 28, y aquel día precisamente era sacado de la cárcel su hermano Augusto, cuyo cadáver apareció magullado junto al cementerio, y también Leopoldo Ramírez de Arellano, de la Facultad de Derecho. El consejero de la Falange y del S. E. U. y jefe nacional de Prensa y Propaganda, José Manuel Aizpurúa, era fusilado el 6 de septiembre, junto con Javier Pradera, en las tapias del cementerio de Polloe. El día anterior habían asesinado a don Víctor Pradera, una de las primeras figuras de Acción Española, el grupo intelectual monárquico que había intentado contrapesar la influencia de la Revista de Occidente. Pradera fue detenido por Telesforo Monzón, antes activo monárquico.

En la zona roja se imponía un terrorismo salvaje. En Madrid, todas las mañanas aparecían docenas de cadáveres en la Casa de Campo, en la pradera de San Isidro y las carreteras que cercaban la capital. «Paseados» [194], morirían Luis Aguilar, jefe nacional de las milicias falangistas; Fernando Covián, Manuel Díaz de la Guardia, Francisco Romero de la Gándara, con Enrique Arroyo y Javier Bardají, que habían preparado con Galar, en la primavera, la organización de los primeros Campamentos del S. E. U.; Eduardo Rodenas, que se entregó para salvar a su hermano pequeño, detenido como rehén por orden del pintor comunista Luis Quintanilla; José Guerrero Fuensalida, autor de la música del himno de las J. O. N. S.; José Costas, que había presenciado un anticipo de estas jornadas en el asesinato de Cuéllar; Francisco Utrilla, condecorado con la Palma Roja de la Falange; Esteban Gómez Villanueva. Abel Sánchez Patencia, José María Martínez, Emilio Rambán, otro Rodenas y Mazarrosa, los cinco últimos de la Escuela Industrial. Ganaban con un sereno morir la admiración del mundo [195].

Los crímenes encontraron su perfección técnica en las checas, de origen ruso. El 10 de agosto inauguraban la muy tristemente célebre de Bellas Artes los tres hermanos Rodríguez Tarduchy, Emilio, Ramón y Manuel, los dos últimos destacados en el S. E. U. Ramón había sido llevado a hombros por sus compañeros de Ciencias cuando volvió a la Facultad después de su primera detención en la primavera [196]. En las depuraciones iniciadas el 22 de

[193] Manuel Aznar, ob. cit.

[194] La chulería madrileña impuso el delicado eufemismo de «dar un paseo» a quienes se llevaba por las carreteras y campos para asesinarlos.

[195] Es bien significativo que Ernest Hemingway escribiera, en Quinta Columna, refiriéndose a quienes eran paseados:
«—Pero, dígame, ¿quién muere bien?
—Los falangistas, los verdaderos falangistas; los jóvenes, muy bien. A veces con mucho estilo. Están equivocados, pero tienen mucho estilo para eso.»

[196] Tomás Borras haría protagonista de Checas de Madrid a un estudiante del S. E. U. En el libro de Borras aparecen reflejados: Los interrogatorios interminables, bajo focos implacables, con lentes que deformaban la visión, y las celdas en las que solamente se podía estar en cuclillas o inmóvil y de pie, con una lámpara cegadora ante los ojos. Las palizas con llantas de goma que rompían los huesos. El tormento de la limadura de los tobillos. El arrancamiento de las uñas y de los dientes. Los baños con fondo oscuro que ocultaban vidrios cortantes. Las botas de hierro, que podían apretarse gradualmente hasta triturar los huesos. Los colgados del techo, con grandes pesos El sadismo de dar a elegir a un padre y a su hijo, quién había de ser fusilado, cuando no

agosto en la Cárcel Modelo, dirigidas por Enrique Puente, uno de los jefes de las Juventudes Socialistas, entre centenares de víctimas, se encontraban hombres tan distintos políticamente como Julio Ruiz de Alda, Fernando Primo de Rivera, los generales Capaz y Villegas, Albiñana, Álvarez Valdés y Martínez de Velasco, ministros de la República; Rico Abelló, ministro de la Gobernación en el Gobierno Martínez Barrios; Melquíades Alvarez, decano del Colegio de Abogados y presidente del Partido Liberal Demócrata, y Matorras, que del comunismo se había pasado a la Falange. Con ellos, numerosos estudiantes, dos muy destacados en la Escuela Industrial: Emilio Travesí Bibiano y José López Chávez.

Los crímenes en Santander adquirieron un tinte especialmente dramático con los arrojados desde el faro contra las rocas del acantilado. Los tirados al mar con una piedra atada a los pies fueron encontrados al liberarse la ciudad, verticales en espeluznante guardia submarina. En el asalto al barco-prisión «Alfonso Pérez» —se siguió el ejemplo de lo sucedido antes en Bilbao en los barcos «Altuna Mendi» y «Cabo Quilates», en los que el asesinato de sacerdotes proporcionó un serio contratiempo al Gobierno de Euzkadi—, ametrallado con los presos que se amontonaban en la bodega, murió el estudiante José María Corbín Ferrer, que se encontraba en la Universidad de Verano. Su vida ejemplar, su labor de apostolado desde los Estudiantes Católicos, su edificante conducta en la checa del Ayuntamiento y después en el barco-prisión merecieron que se iniciara un proceso de beatificación. Con él caían el benjamín de la Falange en La Montaña, el estudiante Domingo Betegón, y los tres hermanos Burgués, y también los tres hermanos Solís y dos Quintana.

En agosto podía decirse en un manifiesto de la juventud anarquista: «La Iglesia ha rendido ya sus cuentas. Los templos han sido pasto de las llamas y los cuervos clericales que no pudieron escapar han sido liquidados por el pueblo» [197].

La criminalidad llegó a poner en peligro el reconocimiento del Gobierno de Madrid. Bélgica llevó al Tribunal de La Haya, como violación del Derecho internacional y el de gentes, el caso del asesinato del agregado a su Embajada, barón Jacques de Borschgrave. El Uruguay rompió sus relaciones cuando aparecieron brutalmente asesinadaslas hermanas del cónsul. El Cuerpo diplomático elevó una queja severa con motivo de las «sacas» carcelarias. Ello dio lugar a la urgente constitución de tribunales populares.

Los tribunales populares eran una pantomima legal, con la ventaja de que los asesinatos eran controlados. Largo Caballero los justificó así: «Para evitar que siguieran realizándose los llamados "paseos", el Gobierno constituyó tribunales especiales en los que tenían representación los organismos obreros y políticos» [198].

El terror llegó a ser perfecto; los más alejados de la política trataban de ponerse a salvo por los procedimientos más insospechados; quienes se escondían emparedados o entre ruidas, y dio lugar a la nueva clase de «asilados», gentes que es amontonaabn en Embajadas y Consulados [199].

En Daimiel eran asesinados los hermanos Galiana. En Gerona, los estudiantes del Sindicato fueron juzgados por los Tribunales Populares; el fiscal les imputó como agravante «su condición intelectual, por lo que formaban la fuerza más peligrosa del fascismo». Joaquín Lloret, Roberto Roura, Ramón Mané, Andrés Salgado y Juanito Barceló, hasta veintitrés, con su jefe, Luis Rodríguez, fueron fusilados. En Tarragona, los hermanos Bushell desaparecían para siempre después de ser vistos intentando la huida por las playas de Salou. En Almería [200] eran asesinados Jaime Calatrava, Francisco Esteban y los tres hermanos José, Miguel y Ricardo Díaz de Aguilar Spottorno, hijos de un profesor del Instituto. En los montes del Saja, en Reinosa, asesinaron el 12 de octubre al estudiante Ángel Alonso Obeso, secretario local de Falange; seis días antes habían matado a su hermano Arturo.

El fracaso de Lérida costó la vida a veinticuatro estudiantes que formaban el núcleo fundamental de la Falange; algunos, fusilados sin formación de causa, como Alfonso Franco Galíndez, al ser asaltada la cárcel por la columna Durruti, que también incendió la catedral; otros pasaron por la comedia de un Tribunal Popular, como Eduardo Cava de Llano, Santiago Albitos Farrán, Javier Montseny y Arques, José Roli Fontanea, Paulino Gort Porta, Arcadio Argelitot Gelios.

Los rojos, que, no sin razón, veían en cada estudiante un enemigo político, los persiguieron sañudamente por toda su zona. Antonio Jurado Arroyo y Francisco Gómez Salas fueron asesinados en Puente Genil. Igual destino aguardaba a Manuel Molina Martín en Torrecardela; Lorenzo Calatrava Morillas, en Mancha Real; Baltasar Hernández Collantes, en Lan jaron; José García Morales, en Guadix; Francisco Jimeno Paya, en Linares; este último fue detenido en Montoro y conducido al lugar donde fue fusilado tras maltratarlo delante de sus padres. Los últimamente mencionados eran estudiantes universitarios de distintas Facultades granadinas. Daniel Ferrater, secretario de la A. E. T. de Barcelona, «paseado» por los milicianos, apareció en Moneada, atado a un árbol, con un tiro en una pierna y las venas de las muñecas cortadas. Sus asesinos desconocían su función entre los escolares tradi-cionalistas; lo asesinaron por encontrarle un libro del padre Laburu a él dedicado. Y Manuel Bruquetas, estudiante de Derecho de la Falange de Murcia.

---

decidían la exterminación total —tal fue el caso de los tres hermanos Soria, del S. E. U., asesinados con su padre en Paracuellos del Jarama; entre este pueblo y Torrejón, solamente el día 17 de noviembre fueron fusilados 1.300 presos de la Cárcel Modelo de Madrid—. El saco con los ojos de los fusilados del tren de Jaén. La peregrinación mañanera de padres y mujeres buscando entre los cadáveres al hijo o al marido desaparecidos.

[197] Periódico Tierra y libertad, 13-8-36.

[198] «Mis recuerdos».

[199] Álvarez del Bayo calculó en 20.000 los refugiados en Embajadas madrileñas.

[200] El primer jefe del S. E. U. de Almería, Leopoldo Valverde, fue dado por muerto equivocadamente y como caído figura en el libro de Montes Agudo, «Vieja guardia».

Suponer, como reverso de la medalla, que la zona nacional era un lugar seráfico, poblado por seres desprovistos de pasión y vacunados contra cualquier arbitrariedad, es una simpleza que no vale la pena considerar. La diferencia estaba que en el mundo rojo fue norma y táctica, a lo largo de la guerra, dominar con el terror criminal, mientras en la zona nacional fueron hechos aislados, referidos a lugares y momentos determinados.

El 19 de agosto, en una de estas lamentables acciones, muere asesinado el fundador de «La Barraca Estudiantil», Federico García Lorca. Días después del 18 de julio quedaron bajo la familiar protección de los falangistas de Granada Miguel y Luis Rosales. García Lorca pensaba en su «Canto a los muertos de España», del que incluso compondría la música.

A finales de 1968, la revista Nuestro Tiempo, editada por el Instituto de Periodismo de la Universidad de Navarra, comentaba el libro de la escritora francesa Marcelle Auclair «Enfanees et mort de García Lorca», en el que decía Luis Rosales: «El arresto de Federico en casa de mis padres parece haber sido un episodio de la rivalidad-C. E. D. A.-Falange, una maniobra política del diputado de la C. E. D. A. en Granada, Ramón Luis Alonso, a fin de provocar «el gran escándalo capaz de arruinar al partido rival, al demostrar que «jefes falangistas de los más importantes, y además amigos suyos personales, esconden en su casa a un rojo». El examen de estas violencias hizo escribir a Hugh Thomas: «En cuanto a los autores de tales atrocidades eran, en su mayor parte, miembros de los antiguos partidos de derecha más bien que de Falange» [201].

INTENTOS PARA LIBERAR A JOSÉ ANTONIO

Los trasvases políticos, iniciados a raíz de las elecciones de febrero, se acentuaron después del 18 de julio. Los partidos derechistas prácticamente se quedaban sin afiliados, mientras la Falange a duras penas podía encuadrar adecuadamente la avalancha de quienes descubrían, de pronto, una doctrina sugestiva y con futuro. También en regiones de tradicional influencia, los requetés crecían con rápido ritmo. El 24 de julio se crea en Burgos una Junta de Defensa Nacional, presidida por el general Cabanellas, para atender las necesidades civiles más perentorias y tratar de ordenar el puzle militar. La Falange vivía para los frentes, esperando el regreso de José Antonio, sin atreverse a pensar siquiera en la posibilidad de perderle. Al no contar tampoco con Onésimo Redondo, Julio Ruiz de Alda, Raimundo Fernández Cuesta o Ledesma Ramos, que, sin duda, se hubiera incorporado a las tareas dirigentes, la Falange se convirtió en un inmenso cuerpo sin cabeza.

El 2 de septiembre, los consejeros falangistas presentes en la zona nacional acordaron, en Valladolid, nombrar una Junta de Mando, con carácter provisional, compuesta por siete miembros y presidida por Manuel Hedilla, jefe provincial de Santander. Una de las personas más influyentes en la Falange de estos primeros días del Alzamiento era Agustín Aznar, pero su temperamento le inclinaba más a la acción, al igual que a la juventud universitaria. Únicamente ,en esporádicas actuaciones de propaganda, periódicos o emisiones Ca radio, aparecían nombres de estudiantes. Trabr.jos, pe otra parte, de urgente necesidad para orientar a las masas que seguían, con más fervor que conocimiento, las banderas rojinegras y entonaban con el menor pretexto el «Cara al Sol», convertido por el pueblo en canción nacional.

Estabilizados, en cierto modo, los frentes y planteada la lucha sin perspectivas de solución rápida, los falangistas concentraron más sus pensamientos en la cárcel alicantina. Sin confesarlo, sentían el temor de que, en plena evolución teórica y transfusión humana con la circunstancia histórica de la guerra, la Falange no acertara con las fórmulas que el país requería. Así, la liberación de su Jefe se convierte en obsesión. Reiteradamente se intentó su rescate. Antes del 18 de julio, José Antonio tenía en el Supremo un recurso de casación; se ideó su fuga a través de la Sala de Togas, pero fue denegada su petición de actuar ante el alto Tribunal. El 6 de junio, antes de llegar a Alicante, con motivo de su traslado desde la Modelo de Madrid, el propio José Antonio convenció a los agentes que le escoltaban y al comisario Lino, pero no hubo ocasión para evadirse debido a la vigilancia de otro coche ocupado por guardias de Asalto con pistolas ametralladoras.

Ya en la cárcel alicantina se redoblaron los intentos y no faltaron en ellos los estudiantes.

El 29 de junio, un diputado de la C. E. D. A., César Contreras, expuso a José Antonio un plan de evasión. Disponía de medios, pero no pasó de proyecto. Desde Baleares, el jefe provincial de Falange, Alfonso Zayas, trazó un plan, para el que contaba con dos embarcaciones. Un elemento clave era Juan Ramírez Palmer, destacado en Palma de Mallorca en la última huelga estudiantil y detenido en la cárcel de Alicante. En una carta de Ramírez, fechada el 3 de julio, se describe la preocupación de los falangistas por su jefe; había protestado José Antonio, a gritos, por las dificultades que ponían a sus comunicaciones con el exterior. «Al oírle hemos roto las dos puertas de nuestro departamento y acudimos a ponernos a sus órdenes; a pesar de que han reforzado las guardias, a pesar de registrarnos todos los días y de revisar nuestras celdas y trasladarnos de departamento, en cuanto oímos la voz del jefe acudimos hasta donde está; tenemos que estar muy alerta por si se preparase algo contra él.»

A través de Ramírez, a quien sus compañeros apodaban «Gafitas», y por un sistema de papel punteado que al superponerlo sobre el periódico mallorquín La Almudaina marcaba las palabras del mensaje, Zayas enviaba sus comunicaciones. El proyecto quedó desbaratado con la detención en julio del jefe balear. Más tarde, Ramírez sería fusilado.

[201] «La guerra civil española». Edición Ruedo Ibérico. 380

También los catalanes, con Bassas como director, intentaron su fuga, comprando a los carceleros, como había hecho Juan March. Lógicamente, los falangistas de Alicante no dejaron de pensar en la evasión de José Antonio desde su ingreso en la Cárcel Provincial. El 16 de julio, Luis Castelló comunicó al jefe nacional que la guardia exterior estaba a cargo de oficiales del regimiento de Infantería encuadrados en Falange y que los soldados también eran militantes; en Alted, a cinco kilómetros, esperaba una avioneta pilotada por Pombo. Aquella madrugada, el jefe falangista envió un mensaje a Raimundo Fernández Cuesta anunciándole su llegada a la Ciudad Universitaria madrileña, pero, sin que se sepan los motivos, la evasión no fue intentada; según Castelló, «por no comprometer la suerte del Alzamiento». Temía José Antonio que su acción pudiera llegar a anticiparlo, desconcertando su complicado montaje; pues, por otra parte, confiaba que, el día «D», el gobernador militar, general García Aldave se apoderaría de la plaza, como le había indicado a través del capitán Meca Romero, y quedaría así en libertad en el momento preciso.

Independientemente, se había confiado en el valor y decisión de los falangistas de Callosa de Segura, según un plan preparado por los tenientes Lupiáñez y Pascual. EJ grupo de Callosa de Segura habría de recibir el día 19 armas largas en el cuartel de Benalúa. Simultáneamente, los oficiales jóvenes del Regimiento número 38, de guarnición en Alcoy, que formaban una célula falangista, se apoderarían de la ciudad. La defección de García Aldave, quien, no obstante, fue fusilado por los rojos, hundió estos planes en el fracaso, muriendo en el intento cinco falangistas.

Agustín Aznar puso sus ilusiones en la empresa de la liberación del jefe nacional. Franco le había dado todo género de facilidades; entre los acompañantes de Agustín estaban los del S .E. U., con Guillermo Aznar, Carlos María Rodríguez de Valcárcel, José María Díaz Aguado, Juan José Olano y Miguel Primo de Rivera, y a mediados de septiembre partían de Sevilla en un barco alemán, llevando un millón de pesetas y los nombres de posibles colaboradores. Agustín desembarcó en Alicante y consiguió de un cabecilla de la C. N. T. ciertas promesas. Los que participaran en el golpe huirían después con la colaboración del cónsul alemán Von Knobloeh, un ferviente admirador de las ideas falangistas, quien, en un informe a la Wilhelms-trasse, manifestaba que, sin José Antonio, los falangistas no podrían sentar las bases de una efectiva revolución social y que, después de la guerra, los elementos reaccionarios impedirían a Franco tal programa; pedía autorización para intentar su libertad, estimando tener seguro éxito. Von Knobloeh no obtuvo el visto bueno de sus superiores para una intervención directa [202]. Hicieron posibles las gestiones de Agustín las hermanas María del Carmen y Matilde Pérez.

La fatalidad hizo encontrarse a nuestro camarada con Zárraga, ya capitán de Asalto, que tenía como recuerdo de Agustín un tiro en el cuello, del ataque a la F. U. E. de San Carlos en 1934. A fuerza de decisión pudo escapar; pero, avisados los rojos, quedaba roto el intento.

Agustín no se rindió; preparó un golpe de mano directo; había muchos estudiantes entre los escogidos, concentrados en las afueras de Sevilla. Al mando del grupo de Valladolid se encontraba Girón. Comenzaron un entrenamiento adecuado. Esta vez, el servicio de información rojo haría imposible la sorpresa y, con ello, el proyecto. El 20 de septiembre, el hijo de Largo Caballero, que se encontraba detenido en un cuartel de milicias de la Falange sevillana, escribió a su padre, entonces jefe del Gobierno, transmitiéndole la propuesta que le hacían «de un canje mío y de otras personas que pudieran interesarnos a cambio de José Antonio Primo de Rivera».

Su carta y una relación de veinticinco canjeables fue llevada por Mauricio Karl a Gibraltar. Nadie ha explicado por qué; pero, de creer a Largo Caballero, la nota de canje no llegó jamás a su destino. «Alguien hizo circular la especie de que se había propuesto el canje de mi hijo por el jefe falangista Primo de Rivera» [203]. Por el contrario, el presidente del Gobierno cuenta cómo el diputado comunista Bolívar llegó a darle el pésame por el fusilamiento de su hijo [204].

Para mayor confusión, Llopis, subsecretario con Largo Caballero, asegura que el canje se planteó en Consejo de Ministros.

En los primeros días de octubre, Eugenio Montes trató desde Francia el mismo objetivo. Consiguió colaboraciones importantes del ministro francés Yvon Delbos y un contacto, a través de la Embajada de Rumania, con Indalecio Prieto. Nada se logró; parecía que el destino estaba marcado.

En septiembre llegó a la zona nacional Heliodoro Fernández Cánepa; había logrado evadirse de Madrid merced a la nacionalidad argentina de su padre. La Junta de Mando provisional, en una reunión en Sevilla, le nombró interinamente jefe nacional del S. E. U., «mientras no fuera rescatado Alejandro Salazar»; trataba con tal fórmula que los esfuerzos de guerra no paralizaran de modo absoluto la actividad falangista en los centros escolares que se fueran abriendo.

EL ALCÁZAR DE TOLEDO

Después de la toma de Badajoz, y previo un ligero reagrupamiento, se inició el avance sobre Madrid por la puerta de invasión de Talavera de la Reina. El coronel Yagüe llevó el peso principal de la maniobra, en la que participaron los falangistas extremeños; algunos, atraídos por la fama de la Legión, engrosarían sus filas, como los

[202] La gestión de Von Knobloch aparece en la documentación publicada por Washington sobre asuntos relacionados con la guerra
[203] «Mis recuerdos». Francisco Largo Caballero.
[204] Pese a todo, el hijo de Largo Caballero terminaría siendo libertado por los falangistas.

hermanos Sardina Chao, fundadores del S. E. U. de Badajoz. Del reducido ejército, que avanzaba en punta sobre la capital, se disgregó una parte importante para liberar a los cercados en el Alcázar toledano.

Se dijo entonces, y aún se discute, que Madrid hubiera podido conquistarse de no haberse realizado la dispersión de fuerzas que exigió el intento de liberar el Alcázar. Es realmente cómodo opinar sobre cualquier decisión una vez conocidos los efectos que produjo. Pero cabía pensar que se perdiera la fortaleza toledana y que Madrid no fuera conquistado. Es el caso que el Alcázar entraba firme en las grandes epopeyas de la Humanidad. Para el curso de aquel año, los cadetes de Saint Cyr eligirían, contra todas las presiones, su nombre glorioso: «Alcázar». La atención del mundo estaba pendiente del milagro. Franco, entonces solamente general jefe del Ejército de África y Sur de España, decidió la liberación de los sitiados.

La sublevación de Toledo no podía resistir los ataques de fuerzas superiores enviadas desde Madrid. Moscardó decidió encerrarse en el Alcázar, trasladando a la fortaleza víveres y municiones, así como a 570 mujeres y niños, familiares de los 1.100 combatientes, para evitar represalias.

En la Academia de Infantería estaban los falangistas toledanos con su jefe provincial, Pedro Villaescusa, y el jefe local, Alberto Martín Gamero; los dos del S. E. U. de Derecho. En la más bella aventura de la guerra no podían faltar los estudiantes, con su jefe provincial, Jorge Ruiz de Santayana —sobrino del famoso filósofo Jorge Santayana—, José Luis Ortega, del triunvirato que se formó a partir del 16 de febrero, y Maximiliano Fink, jefe del Sindicato malagueño; Fernando Pacheco, José Conde, Antonio Romay, Antonio Gálvez Medina, José Quero Samos, Isidro López, Julio Romero, Ángel Muñoz, José Luis Ortega García-Frutos, Aurelio Gutiérrez de la Paz, Pedro López Gómez, Joaquín Nieves, Alejandro Manrique, José María López Oliveros, José Villarreal, Carlos Espejo, Nicolás Hernández Rodríguez, Julio y Antonio Martín Pintado, Tomás Antonio Lacuerda, José Canosa, Emilio Alvarez de Lara, Antonio Salazar Arias, Gregorio y Mariano Fernández Torija, Fernando Peris Bermúdez, José Martínez Herrero y Enrique Muro Ruano. Salazar y los hermanos Martín-Pintado formalizaron su falangismo dentro ya del Alcázar. Preparando sus primeras oposiciones entró también en el Alcázar Antonio Valencia, con su licenciatura en Derecho recién obtenida.

El cerco fue rico en episodios fabulosos; pero, sobre todos, la conversación telefónica de Moscardó con su hijo Luis, el 23 de julio [205].

Luis tenía veinticuatro años y era estudiante universitario:

> EL JEFE DE MILICIAS (Cándido Cabello).—Son ustedes responsables de todos los crímenes que están sucediendo. Le doy diez minutos de plazo para que se rinda. Si no lo hace fusilaremos a su hijo Luis, que está prisionero en nuestras manos.
>
> MOSCARDO.—Lo creo.
>
> JEFE DE MILICIAS.—Para que vea usted que es verdad lo que le digo, se va a poner al aparato su hijo Luis.
>
> Luís.—¡Papá!
>
> MOSCARDÓ.—¿Cómo estás, hijo mío?
>
> Luis.—Dicen que me van a fusilar si no te rindes.
>
> MOSCARDÓ.—Pues encomienda tu alma a Dios y muere como un patriota.
>
> LUIS.—¡Un beso muy fuerte, papá!
>
> MOSCARDÓ.—¡Un beso muy fuerte, hijo mío!
>
> MOSCARDÓ. (Al jefe de milicias.)—Puede usted ahorrarse el plazo que me ha dado, porque el Alcázar no se rendirá jamás.

Luis Moscardo fue fusilado en la Puerta del Cambrón, de Toledo, el 23 de agosto.

El 7 de septiembre, una orden del día, firmada por Moscardo, relató a la manera castrense la muerte de Fink:

> «Al efectuar una salida del Alcázar, cayó muerto en un cruce de calles el falangista Maximiliano Fink. Al intentar apoderarse del cadáver, su compañero Godofredo Bravo, aun reconociendo el peligro que existía, fue también muerto en el mismo sitio, lanzándose, no obstante, un tercer falangista, José Canosa, a recuperar el cadáver, logrando atar el de Fink, y otro cuarto retiró el cadáver de Godofredo Bravo, no pudieron retirar el de Fink por estar muy batido; distinguiéndose también el falangista José Conde, que resultó herido. Por la noche, no obstante el decidido empeño del enemigo para impedirlo, fue retirado el cadáver que quedaba. Felicito a Falange Española. Estos hechos revelan el grado de valor, acometividad y espíritu que animan a dicha unidad.»

Maximiliano Fink había dejado Málaga con objeto de preparar su ingreso en la Academia Militar, al igual que Antonio Gálvez. Los dos lograron matrícula gloriosa en examen frente al enemigo.

El mismo día 7, Villaescusa pide por escrito a Moscardó, refiriéndose a la mina preparada para volar el Alcázar:

[205] Durante mucho tiempo, los rojos no cortaron la línea telefónicas que comunicaba el Alcázar de Toledo con el exterior. Por dicho conducto, Barnes, ministro de Instrucción Pública, intentó convencer a Moscardó de la conveniencia de su rendición, calificando la resistencia de «chiquillada simpática».

«Siendo la solución más rápida y eficaz salir y copar el compresor, la Falange pide que a ella exclusivamente se le encomiende este servicio para vengar, como su honor lo exige, a los falangistas que acaban de caer.» No tardaría Villaescusa en seguir a sus camaradas; el día 20 fue alcanzado por una granada cuando se lanzaba el primero para cerrar una brecha abierta por la artillería enemiga. Villaescusa tenía un severo sentido del mando; cuando hizo solo la primera salida en busca de víveres y volvió al Alcázar con una gallina, huevos y tabaco, los repartió entre los heridos sin pensar en su propia hambre. Pedro Villaescusa fue nombrado alférez después de su muerte, otorgándosele la Medalla Militar individual. Morían también en el Alcázar José Quero y Nicolás Hernández Rodríguez. A su muerte asumió la jefatura José Conde, que en el último curso había terminado sus estudios de Medicina.

Hasta el 28 de septiembre, en que Várela escuchó de Moscardó en el momento de la liberación «Sin novedad en el Alcázar, mi general», soportaron, en sesenta y ocho días, muy cerca de 3.300 disparos de cañón de 15,5 cm., un número análogo de 10,5 cm. y otros tantos de 7,5 cm.; disparos de mortero de 50 mm., granadas de mano, petardos y ocho intentos de asalto; 30 ataques de avión, con casi 500 bombas; 35 latas de gasolina, también desde avión; unas 200 botellas de líquido inflamable, 10 incendios producidos por bombardeos, tres minas y dos hornillos.

En un solo día recibieron 472 disparos de cañón del 15,5. La importancia que los rojos concedían a la heroica resistencia puede deducirse de los 10.000 hombres que utilizaron en el asedio y de las múltiples maniobras para forzar la rendición, entre las que destacó la visita del padre Camarasa. Tal vez la jornada más dura fue la del 18 de septiembre, en la que se produjo la explosión de la gigantesca mina que voló un torreón, la fachada oeste y todas las casas colindantes. El gabinete de Prensa de Madrid dio un «púdico» parte: «Un hecho de gran importancia se produjo ayer en una ciudad cercana a Madrid. Se trata de un verdadero acontecimiento para la futura marcha de las operaciones. Lo ocurrido causará enorme impresión en el campo rebelde. El Gobierno, la milicia y las Fuerzas leales, que ante el hecho inevitable han extremado su generosidad, sobre todo en estos últimos días, no son responsables, en absoluto, de lo sucedido. Por hoy no podemos ser más explícitos.» No podían serlo porque el ataque que continuó fue un sangriento fracaso, en el que sufrieron 282 muertos.

El Alcázar se había convertido en una fascinante obsesión de la que nadie en el mundo se consideraba desligado. El Daily Telegraph escribía: «Están mal provistos de municiones, los alimentos les faltan y, sin embargo, desde hace más de nueve semanas han defendido la fortaleza medieval contra un ataque continuo con armamento moderno. Cualquiera que sea el resultado definitivo, ha ganado una fama inmortal.» Los rojos anunciaron reiteradamente la rendición. El 27 de julio, cuando apenas empezaba la resistencia, el periódico madrileño La Voz titulaba su primera plana: «El Alcázar de Toledo se rindió definitivamente esta tarde a las dos.» Aquel definitivamente, que pretendía justificar los anuncios de rendición hechos anteriormente, se completaba con el «Por fin...» con que se comenzaba la información.

Entre las Fuerzas liberadoras se encontraba el teniente Miguel Moscardó, al mando de una sección del Tercer Tabor de Regulares de Ceuta.

El 30 de septiembre, el general Franco imponía la Laureada al coronel Moscardó entre las ruinas de la Academia. En su arenga a los sitiados daría la mejor respuesta a quienes pretendían hacer una campaña de simple técnica militar: «La liberación del Alcázar es lo que más he ambicionado en mi vida. Ahora, la guerra está ganada.»

Convertido el Alcázar en moderna epopeya y enjuiciado admirativamente por extranjeros voluntarios del Ejército republicano, un español, Antonio Vilanova, publica en Méjico: «La defensa del Alcázar de Toledo», cuyo resumen es nada más que éste: «No. No hubo heroicidad.» Bastaría esa frase para juzgar el intento, pero nos tienta reproducir otros tres párrafos: «La resistencia del Alcázar sólo puede ser calificada de miedo insuperable, temor a represalias, demencia, locura, sadismo, insensatez.» Otra: «¿Te imaginas, lector, la conquista de una fortaleza como el Alcázar a base de petardos tirados con hondas de cabrero? Pues así era de limitada e ingenua la fuerza militar miliciana de la República.» Y ésta: «La detención y fusilamiento de Luis Moscardó fue lo lógico y natural en aquellos momentos.»

El pobre Antonio Vilanova urde complicada trama para hacer suponer que Luis Moscardó pudo morir en el Cuartel de la Montaña; su argumento más sólido, una carta particular del comunista Luis Quintanilla, que había «paseado» a Eduardo Rodenas: «Hubo la sospecha de ser uno de los muertos Luis Moscardó en el Cuartel de la Montaña, del cual yo fui el jefe y leí las listas de los que estuvieron allí.» Quintanilla, que olvidó al parecer la sintaxis castellana, recuerda mal también sus intervenciones criminales.

Dos días después de salir del Alcázar, Moscardó toma el mando del sector de Sigüenza, que el 9 de octubre es conquistado por tropas del coronel García-Escámez. Curiosamente, allí los anarquistas intentaron repetir el episodio toledano, refugiándose en su catedral-fortaleza; pero a los cinco días salían vencidos con los brazos en alto. La bandera nacional fue colocada por un estudiante falangista de la Primera Centuria de Navarra, Ismael Herráiz. En el frente de Sigüenza moría el día 18 el tercero de los Pico, Luis María. El 21 del mes anterior había muerto su hermano Mariano, en Sopuerta.

LA POLÍTICA EN LAS DOS ZONAS

En la medida que la guerra se enmarañaba, militar y políticamente, la Junta de Burgos se encogía. La Falange funcionaba con autonomía, dirigida por Manuel Hedilla. Si la Junta era incapaz de regir los asuntos internos, menos aún podía afrontar los problemas internacionales. Por si fuera poco, su presidente, el general Cabanellas,

suscitaba sospechas por su pasado masónico. Se decía en Burgos que su escolta ejercía sobre él más bien una prudente vigilancia.

Convocados por Franco, se reunieron el 21 de septiembre en un campo de aviación próximo a Salamanca los generales de la Junta más otros prestigiosos y acordaron, a propuesta de Kindelán, la creación de un mando único, con la abstención de Cabanellas. Siete días más tarde, en el mismo lugar, se acordó la aprobación de un proyecto de Decreto, del que fue discutidísimo su artículo 3.°, que decía: «La jerarquía de Generalísimo llevará anexa la función de Jefe de Estado; dependiendo del mismo, como tal, todas las actividades nacionales: políticas, económicas, sociales, culturales, etc.» Se oponían al otorgamiento de poderes de Jefe de Estado los generales Mola, Dávila, Ponte y Saliquet. Por fin, el día 1 de octubre, Franco juraba su jefatura en Burgos. Tenía cuarenta y cuatro años de edad; entonces aseguró: «Mi mano será firme, mi pulso no temblará» [206]

Aun cuando el artículo 3.° también produjo inquietud en determinados falangistas, se consideraba una medida indispensable dentro de la situación planteada. Por añadidura, el día 28, había muerto el último pretendiente carlista por vía directa, don Alfonso Carlos.

Este primero de octubre, siete rectores de Universidad, todos nombrados por la República —Salamanca, Vallado-lid, Sevilla, Granada, Santiago, Zaragoza y La Laguna—, dirigen un telegrama a los delegados de Argentina, Uruguay y Portugal, en la Sociedad de Naciones, agredeciéndoles su reconocimiento de las razones de la España nacional. El primer firmante, don Miguel de Unamuno.

Se crea la Junta Técnica del Estado, con cierta contextura de gobierno; la presidió el general Fidel Dávila y desempeñó el Departamento de Cultura y Enseñanza José María Pemán.

Ya antes de su nombramiento, Franco había ganado, silenciosamente, batallas de política internacional decisivas. Movilizando diestramente conocimientos personales y los contrapuestos intereses que gravitaban desde el exterior sobre nuestra Patria, sorprendió a los rojos cuando, el 1 de agosto, el Gobierno francés del socialista León Blum proponía la «no intervención», política que equiparaba a los dos sectores contendientes. Aun así, tardaron muchos meses en darse cuenta de su error de creer que solamente los sublevados podían recibir ayuda de Alemania e Italia. Ni siquiera les previno el hecho de que, en 1936, Franco recibía de la Standard Oil 344.000 toneladas de gasolina y que, el 19 de julio, cinco petroleros de la Texaco cambiaron de rumbo para dirigirse a puertos nacionales. Nunca sospecharon que los camiones norteamericanos recibidos en la zona nacional fueron cuatro veces más que los enviados por el resto de quienes les apoyaban; ignoraron los créditos de la Banca Morgan y la seguridad del Ejército francés de mantener el Rif en calma; consideraron como una casualidad que el primer prisionero extranjero que luchaba en el Ejército nacional, caído en sus manos, fuese un aviador de New Jersey, y aún se extrañaron más tarde que en un bombardeo del puerto de Barcelona aparecieron trozos de bombas de fabricación americana. Cuando, antes de terminarse la guerra civil, el crucero inglés «Devonshire» se situó en Menorca, en apoyo de la rendición de la isla, y los Gobiernos francés y británico rompían sus relaciones diplomáticas con los rojos, ya no podían reaccionar.

Mientras tanto, Azaña, en actitud cada vez más pasiva, debió recordar las palabras de Franco en su despedida, cuando fue destinado a las Canarias para alejarle del núcleo político peninsular: «Donde yo esté no habrá comunismo.» En septiembre, Largo Caballero, el «Lenin español», sucede en la presidencia a Giral, en un Gobierno en el que figuraban dos ministros comunistas. Pese a todo, Largo Caballero se opuso a la reorganización de su Ejército siguiendo los planes del Partido Comunista, convencido que era el camino seguro para un asalto posterior al Poder de las huestes de «La Pasionaria». No obstante, se formaron unidades poderosas, equipadas con material ruso y mandadas por oficiales de dicha nacionalidad. «La aviación la dirigía un jefe ruso, aunque oficialmente había un español» [207]. El jefe ruso era el general Smushkievich.

Dos meses después, Largo Caballero incorporó a su Gobierno a cuatro representantes de la C. N. T. con ello pretendía contrarrestar las presiones del Partido Comunista, que, hábilmente dirigido, especulaba con la ayuda material rusa y la indiscutible necesidad de articular un ejército disciplinado. La postura de los cenetistas de luchadores sin encuadramiento militar era insostenible; pero Largo Caballero quería defenderse con ellos de la política comunista iniciada, que innegablemente hubiera terminado poniendo el Estado en sus manos. El Partido Comunista organiza desde el comienzo, con Castro Delgado, el llamado V Regimiento, con cuatro batallones de choque, denominados «Comuna de París», «Leningrado», «Cronstadt» y «Madrid», sin control gubernamental. Con intención inversa, ocurría lo mismo en el territorio de Aragón y Cataluña, bajo dominio de los anarquistas de la F. A. I. No era descabellado ver en formación otra guerra civil.

EL CERCO DE OVIEDO

Con la obstinación revanchista del año 34, alcanzó punto ardiente la lucha por Oviedo. Desde el primer momento, el alzamiento asturiano adquirió un tinte acentuadamente dramático. El 18 de julio, la capital del Principado se vio invadida por más de tres mil milicianos con pistolas, fusiles y algunas ametralladoras, escondidas de la fracasada rebelión de octubre. Cuando el Gobernador civil consultó con el coronel Aranda sobre la

[206] Uno de los mejores periodistas contemporáneos, el francés Raymond Cartier, descubrió en Franco la carencia absoluta de gestos inútiles., Por ello, las palabras del Caudillo no pueden verse como frases literarias de ocasión.
[207] «Mis recuerdos», Largo Caballero.

conveniencia de formar una columna de mineros y enviarla a Madrid, comenzó a ser posible la sublevación. Con los mineros se alejó a los mandos militares republicanos y así, el 19, Aranda lanzaba su comunicado número 1:

> «Yo, el coronel Aranda, tan vuestro, tan asturiano, tan amante de su Patria y la República, saludo a todos con emoción. Los que hemos hecho con anterioridad el sacrificio de nuestra vida por el honor de la República y por salvar la vuestra, tenemos que cumplir con nuestro deber para que, de una vez para siempre, termine la era de crímenes sin cuento.»

Era el comienzo de una lucha desesperada, que duró hasta el 19 de octubre, en la que contendieron 50.000 rojos contra 4.000 hombres sitiados. En el resumen técnico que hizo Aranda, se lee:

> «La misma noche del 19 al 20 se procedía a armar al mayor número de personas que ofreciese garantía, pero la población no respondió, en parte por ser en gran medida izquierdista, y el resto por falta de decisión; únicamente actuó con energía, desde el primer momento, Falange Española, que proporcionó unos cuatrocientos hombres escogidos de seiscientos o setecientos afiliados.»

Allí estaban los estudiantes, armándose en el cuartel de Santa Clara, recordando las últimas palabras que José Antonio había pronunciado en Oviedo:

> ¡Que aquí en Asturias no hay puestos en la candidatura para nosotros! En primer lugar, ¿para qué se nos dice esto? Nosotros no íbamos mendigando puestos de nadie, y además, en segundo lugar, ¿qué lenguaje es éste? ¿Cómo osan decir que no hay puestos por los compromisos de los viejos electoreros? ¿Que no hay puestos para nosotros en la lucha electoral de Asturias? Ya los hubo para vosotros, para ti, Panizo, y para ti, Yela, cuando andabais días y noches a tiros en la calle de Jovellanos, y para ti, Inenarity, y para ti, Suárez Pola, cuando bajo dos fuegos llevasteis las órdenes del puerto hasta el «Libertad», y para ti, Santiago López, que defendiste a Pravia, y para Montes y Germán, cuando dieron sus vidas generosas en Moreda. Entonces sí, cuando otros se escondían de casa en casa, huyendo de la quema, entonces sí, en aquella candidatura para la muerte, ¡camaradas!, os dejaron en blanco todos los puestos de la mayoría y de la minoría» [208].

Aislado de Oviedo, resistía en Gijón, de forma incomprensible, el Cuartel de Simancas, sublevado desde el 18 de julio. Pero el día 20 de agosto, ardiendo por los cuatro costados, comunicaba al crucero «Cervera»: «El enemigo entra en el cuartel: tirad sobre nosotros.»

Los estudiantes de Gijón recibieron la orden de concentrarse en el cuartel de la Guardia Civil, rendido prematuramente por su comandante; aquello se consideró como una traición y, liberado Gijón, el jefe del puesto, que había conservado la vida, fue severamente juzgado por los tribunales militares nacionales. Abrieron la relación de caídos, en aquel pequeño Sindicato, José Ñuño González y Enrique Martínez.

En Oviedo, a mediados de septiembre, las bajas y la aparición de «pacos» en el casco de la población hacen necesaria la formación de una segunda línea, incorporándose otra centuria de falangistas. Los más destacados se encuadraron en la llamada Harca de Oviedo —la Jarea—, al mando del capitán Santiago. De la inicial formación quedaron al final diez hombres, muriendo todos los mandos, menos uno. Acudían a tapar los puestos de peligro y recuperaban las posiciones perdidas y de valor para continuar la resistencia. Adquirió especial relieve su defensa de la posición de Santa Ana de Abuli, donde murió uno de los Busto, mientras los otros tres hermanos luchaban en las demás unidades que defendían la capital asturiana. «La harca se dispersó al liquidarse el frente del Norte. Como la mayor parte eran chicos del S. E. U., fueron a parar a las Academias de Provisionales» [209].

En la última semana las dificultades llegaron a parecer insalvables; a los ataques incesantes hubo de responderse sacando de los hospitales a los heridos y enfermos utilizables de algún modo. La ciudad, destruida, carecía de agua, gas y luz eléctrica; los suministros nocturnos de víveres por aviones nacionales apenas solucionaban nada; una epidemia de tifus se unía a tantas calamidades. Los bombardeos de artillería y aviación eran continuos; en un solo día los aviones llegaron a arrojar 1.500 bombas. Los rojos comunicaban: «Conquistaremos el terreno palmo a palmo. Cada casa es una fortaleza.» Y la United Press decía desde zona enemiga: «Los huidos de la ciudad han declarado que los rebeldes están dispuestos a resistir hasta el último momento y, finalmente, volarán la ciudad sobre sus propios cadáveres.» El 15 de octubre, Aranda comunicó un dramático mensaje al General del Ejército del Norte: «Hemos cumplido con nuestro deber. Sólo nos resta morir como españoles.»

Pero el 17 de octubre las columnas gallegas, mandadas por Martín Alonso, rompen el cerco, y la ciudad mártir, después de un sobrecogedor silencio, canta enloquecida el Cara al Sol. Con los «mariscos» gallegos, formaban numerosos falangistas universitarios de Santiago y de los otros Sindicatos de Galicia con su jefe, Vázquez de Cal. Del ardor combativo de los estudiantes de Galicia habla bien alto sus escuadras de caídos en las fechas de la liberación de Oviedo. En ellas figuraban destacados seuístas, Rafael Gutiérrez Moyano, Paulino Martínez Valin y el jefe de la Escuela Normal de La Corana, Antonio Martínez Almoina.

Si consideramos la bien ganada fama de aguerridos que se concedía a los mineros asturianos, tendremos la justa proporción de la audaz defensa de la capital del Principado y del avance de las unidades gallegas, por un terreno accidentado. En esta marcha comenzó su entrenamiento hacia la Laureada un viejo seuísta, Rafael García Siso, que luchó en la ocupación de Villablino, Cangas de Narcea, Tineo, La Espina, Salas, Cornellana, en las

---

[208] De este discurso, hasta la publicación de «La rebelión de los estudiantes», no figuraba la menor referencia en la primera edición de las «Obras completas de José Antonio», tan certeramente sistematizadas por Agustín del Río.
[209] «Diccionario para un macuto», Rafael García Serrano.

operaciones hasta el kilómetro 246 en dirección a Cabruñana, toma Soto de los Infantes, para terminar en el sector Grado-Escamplero.

Sirva como resumen este trozo de un diario escrito durante el asedio:

«—Alguna novedad?

—No, mi general. El honor de comunicarle que en la Falange de Oviedo sólo quedamos poco más de cien hombres, restos de nuestras dos Banderas. Además la segunda línea sigue íntegra en vanguardia. Los Flechas, que también fueron voluntarios a los parapetos, se niegan a retirarse; a más de uno le hemos recogido totalmente agotado. Durante los últimos días hemos tenido más de 120 muertos. Del S. E. U. apenas quedan ya. Hemos perdido a casi todos los mandos. Mis camaradas están agotados. Están sin relevo desde el 19 de julio. Nadie se ha quejado ni se quejará; pero necesitamos un refuerzo. Pero si no llega, seguirán firmes nuestras posiciones.»

En la Universidad de Oviedo, bajo el recuerdo de sus ciento treinta caídos, se lee: «Cuna de estudiantes-soldados» [210].

EN LA CIUDAD UNIVERSITARIA DE MADRID

En la zona nacional la vida se normalizaba hasta donde era compatible con la guerra. En los Institutos se reanudó la enseñanza y se sintió la necesidad de organizar el S. E. U. en las ciudades liberadas. La jefatura nacional se instaló en el 26 de la calle Meléndez de Salamanca, en donde también centraban sus actividades los Estudiantes Católicos, un viejo caserón con oscura y endeble escalera. Colaboraban con Fernández Cánepa, Alzaga, Avendano y Andones. Se convocó un Consejo Nacional, el tercero. Las sesiones comenzaron el 29 de octubre, dándose por concluidas el 31. Presidió Cánepa y todos coincidieron en fijar como misión primordial entregarse por entero al servicio de las Milicias o del Ejército, y de que las Jefaturas fueran desempeñadas por aquellos que las balas invalidaran para la guerra. Entre los temas tratados figuró la conducta de algunos Rectores y Gobernadores Civiles, quienes con el pretexto de un Decreto de la Junta de Burgos prohibiendo las organizaciones sindicales, ponían dificultades al desenvolvimiento del S. E. U. y aún más a la Central Obrera falangista. Se insistió en la sindicación única y obligatoria y se acordó dar más amplitud a las tareas femeninas.

En noviembre las tropas nacionales plantaron sus banderas en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria de Madrid [211]. Con la centuria Campa llegaron a la Casa de Velázquez y Escuela de Ingenieros Agrónomos muchos universitarios sevillanos, con ellos Patricio González de Canales. Allí quedaría hasta el final la atrevida avanzada militar. En sus trincheras, las escuadras de estudiantes alcanzaron el doctorado en la muerte [212].

El fracaso de los nacionales para conquistar Madrid se debió en buena parte a que su escasa y gastada tropa se encontró con Brigadas Internacionales, bien armadas y con excelente moral. Destacaron entonces los nombres de dos generales comunistas, Kleber, a quien Rafael Alberti dedicó un poema, y Lucas, que mandaba la 12 Brigada. Las Internacionales se organizaban bajo el mando del comunista francés André Marty, conocido como «el carnicero de Albacete», pues en dicha ciudad, donde se instruían, mandó fusilar, para establecer la disciplina, a docenas de voluntarios. Prácticamente no hubo estudiantes en las Brigadas Internacionales y cuando excepcional-mente se les menciona, se hace de forma imprecisa. Ni siquiera abundaban los jóvenes [213]. Predominaban agentes de relieve en el comunismo [214].

No eran solamente mandos expertos y hombres de refresco los que defendían Madrid. «A los puertos españoles llegaban barcos con el pabellón de la hoz y el martillo, cargados de ropas, víveres, medicamentos, lubricantes, ¡y armas!» «A finales de octubre llegaron los primeros aviones.» «En ese mismo mes llegaron los primeros 50 tanques.» [215] En tierra, los combates fueron muy duros, el Batallón Thálmann, de alemanes comunistas, perdió en un solo día, en la Ciudad Universitaria, 300 hombres.

Mientras, en las filas nacionales no había, prácticamente, más extranjeros que los marroquíes de las unidades del Ejército de África [216]. Los estudiantes, repartidos entre las distintas unidades, ocuparon su sitio en el

[210] Véase Apéndice.
[211] Edgar Neville, en «Frente de Madrid», coloca a uno de los protagonistas, el estudiante Javier Navarro, que de la F. U. E. pasó al falangismo, en un observatorio artillero en el Clínico.
[212] Basilio Martín Navarro, Francisco Javier García Fernández, Tomás Amor Velázquez, Diego Galán, Juan Crespi de Valdaura, José de Santapáu, José Martínez Herrero, Antonio Comino López, Juan Herrera Jiménez, Antonio Roldan Martínez, Gonzalo Aguilera, Juan Manuel Caballero, Isidro García Moreno, José Beltrán, defensor como soldado en el cerco ovetense, muerto en la Universitaria como alférez, Antonio Márquez Inza.
[213] Por ello careció de sentido la acusación de Malraux, ministro de la Cultura con De Gaulle, cuando en la campaña electoral de 1965 censuró a Mitterrand de que a pesar de su izquierdismo no abandonó sus estudios en la Facultad de Derecho, en 1936, para incorporarse a los «internacionales». Si acaso, la intervención de Malraux demostraba el orgullo por el título de combatiente en la guerra de España que sienten los extranjeros y la vigencia y poder de seducción del conflicto ibérico.
[214] «Los comunistas constituyeron el núcleo esencial de las Brigadas, 986 días de lucha», de M. Azcárate y J. Sandoval. Editado en Moscú en 1965.
[215] «986 días». Ob. cit.
[216] En noviembre, el Embajador de los Estados Unidos en París, Bullit, comunicó a Delbos, ministro francés, su impresión de que la carencia de efectivos de Franco le llevaría a la derrota, de no recibir ayuda inmediata. «The Foreing Relations of the United States. Diplomatic Papers, 1936».

círculo que rodeaba buena parte de la capital, como los extremeños de «La Trinchera de la Muerte», en el barrio madrileño de Usera.

La posición vértice del Basurero, penetraba en las líneas enemigas, y su enlace con el resto de las fuerzas se hacía a través de un camino batido de 800 metros, por el que sólo se podía circular de noche. Lo defendía una compañía del batallón de Las Navas, compuesta por fuerzas moras, al mando de un capitán; una mía de la Mehala, al mando de un teniente, y la tercera Centuria de la tercera Bandera expedicionaria de Cáceres, al mando del jefe del S. E. U. de Veterinaria Juan Antonio Sánchez Felipe, que, a su vez, era subjefe de la referida Bandera, en la que formaba una falange, la primera, compuesta en su totalidad por estudiantes.

Al amparo de una espesa niebla fue atacada la posición por un batallón rojo, en el que figuraban bastantes voceadores de periódicos, por lo que se llamaba *del Vendedor*. La escasa separación de las trincheras situó a los atacantes, en el primer asalto, en las líneas propias, ludiéndose cuerpo a cuerpo.

La 3.ª Bandera, aparte de defender su frente, tuvo que acudir en refuerzo de la Mehala, que en el primer asalto fue deshecha, y taponar la brecha abierta por el enemigo. El peso de la acción estuvo a cargo de la primera falange de estudiantes, de la que apenas seis o siete quedaron con vida.

En pleno combate se cantó el Cara al Sol, mezclándose sus estrofas con las descargas y las explosiones. José Fernández, jefe de la segunda falange, que murió en el combate, fue propuesto para una Laureada; Juan Antonio Sánchez Felipe, para la Medalla Militar, junto con José María Pizarro, también de Veterinaria.

De haber metido Franco por las calles madrileñas los doce mil soldados que formaban la base del Ejército, que se plantó a las puertas de la capital en una destructora y cruenta lucha, casa por casa, hubiera podido quedar en trance de una derrota definitiva. Ganaba, sí, coincidiendo con la llegada a la Ciudad Universitaria, los primeros reconocimientos oficiales de su Gobierno por dos naciones hispanas, El Salvador y Guatemala, y obligaba al Gobierno republicano a trasladarse a Valencia.

Se conoce ahora, contada por ellos mismos, la masiva ayuda rusa. Así se lee en «986 días de lucha»:

> «Los voluntarios soviéticos que vinieron a España prestaron una ayuda inestimable con su experiencia, sus enseñanzas, su heroísmo ejemplar, a los mandos del Ejército Popular.
>
> Entre esa pléyade de héroes desempeñaron un papel particularmente glorioso: Vóronov, Batov, Malinovski, Pávlov, Kuznietsov, Meretskov, Rodímtsev, Serov, Smush kiévich, Jolsunov, Miná ev, caído en la defensa de Ma drid, Góriev, Ptujin, Krivoshein, Emirnov, Nesterenko y muchos otros.
>
> En su informe ante el XVIII Congreso del P. C. U. S. el mariscal y ministro de Defensa de la Unión Soviética. R. Malinovski, dijo, al referirse a la ayuda de los voluntarios soviéticos al pueblo español, que aquéllos desempeñaron un enorme papel... «como combatientes directos, auxiliares del mando republicano español y tomando parte en combates y operaciones».

Pero sería injusto dejar a las Brigadas Internacionales el mérito, en exclusiva, de la defensa de Madrid. En sus trincheras murieron valientemente anarquistas afiliados a las Juventudes Socialistas Unificadas y miles de campesinos, integrados en el 5.° Regimiento. Solamente como rasgo de humor puede estimarse la afirmación del italiano Nenni, comisario sin armas en nuestra guerra, cuando pretende hacer creer que los voluntarios italianos servían para dar moral, si ésta decaía, a las tropas republicanas españolas [217].

Por el sector madrileño de Brúñete actuó la II Centuria catalana de Falange, «Nuestra Señora de Montserrat». En ella se habían alistado muchos estudiantes evadidos de Cataluña. En esta unidad el buen humor inventó numerosos chistes, alusivos a la conquista de Madrid por los catalanes. Ya en Burgos, componentes de la I Centuria catalana, que habían actuado en el frente santanderino de Espinosa de los Monteros y que ayudaban a su paisano el general Dávila, pensaron enviar un telegrama a Companys, diciéndole: «Depon las armas. Burgos es nuestro.» Cuando la II Centuria entró en San Martín de Valdeiglesias se encontró con una bandera roja colocada en lo alto del pararrayos de la iglesia. El estudiante de Derecho de Barcelona José Martínez Mari, que estaba el 18 de julio en Santander, en la Universidad de Verano, de donde logró fugarse navegando entre continuos peligros hasta llegar a la zona nacional se presentó voluntario para atrapar la insignia roja. Tal bandera constituyó uno de los trofeos de la Centuria.

La trágica guerra no torció el humor estudiantil; los frentes no fueron nunca lugares tristes. «La fiel Infantería» es reflejo cabal de aquellos alegres y deslenguados soldados que se jugaban la vida para gritar subidos a las trincheras, mezclados con insultos, los comentarios más divertidos, como aquel «Anda, que nosotros por creer en Dios y vosotros por no creer, buena la hemos armao.» Las canciones no solían ser modelo de pulcritud, con frecuencia caían en joviales irreverencias:

Azaña se subió al cielo,

cielo,

a pedir a Dios un duro,

duro,

[217] «El comandante Galán ha sido herido; lo que provoca la desbandada en su compañía. El Estado Mayor del Batallón Garibaldi se multiplica para hacer regresar a la línea a los que huyen. Los nuestros aguantan...» «España, día a día», relato referido al sector de Pozuelo y del que es autor el italiano.

y San Pedro le contesta,

testa,

anda y que te den...

Los diálogos de trinchera a trinchera fueron muy frecuentes; solamente hablaban las armas cuando enfrente había unidades con extranjeros.

Los posteriores ataques republicanos, centrados en las Brigadas Internacionales, no consiguieron aliviar ni siquiera la cuña nacional metida en la Universitaria; pero perdían las tropas de Franco la posibilidad de precipitar el final de la guerra y los rojos utilizarían como bandera propagandística la resistencia de Madrid.

QUINTA COLUMNA

Madrid era el punto de convergencia de cuatro columnas militares, a las que se añadiría una quinta unidad, cuyo cuartel general estaba en Avila, bajo el mando del general Mola. Se dijo por «La Pasionaria» que dicho general, en una charla con varios periodistas, al preguntársele cuál de las cuatro columnas entraría la primera en la capital, contestó: «Ninguna de las cuatro; una quinta columna.» Pronto se identificó esa «quinta columna» como la formada por organizaciones clandestinas en el propio Madrid. La expresión fue utilizada como pretexto para montar un sangriento aparato de represión.

El primero en abandonar Madrid fue el presidente de la República, arrinconado por los acontecimientos. Al recibir en Montserrat la queja del Gobierno por su precipitado traslado, Azaña contestó: «Nadie puede censurarme por ser un espíritu analítico.» Cuando le imitaron sus ministros, algunos, al llegar a Tarancón, fueron detenidos por grupos de la C. N. T., que les amenazaron con fusilarlos, por lo que iniciaron el camino de regreso a la capital hasta el primer cruce de carreteras.

En la capital, tras la marcha del Gobierno, se formó una Junta de Defensa, presidida por el general Miaja. En aquel organismo asumió la conserjería de Guerra un comunista, Antonio Mije, y la de Orden Público, Santiago Carrillo, secretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas. Sobre estas personas, y centrando la acción en el llamado «Quinto Regimiento», se hizo del terror un arte para dominar. El escritor ruso Koltsov confiesa en sus Memorias que él y Goriev, general soviético, recomendaron el exterminio de los presos [218]. En realidad, las «sacas» carcelarias habían comenzado con el incendio de la Cárcel Modelo en agosto.

El 29 de octubre, aniversario del mitin de la Comedia, asesinaron a Ramiro Ledesma Ramos y Ramiro de Maeztu. En otra evacuación fue fusilado Alejandro Salazar, jefe nacional del S. E. U., fundador de la Falange de Almería, en donde sufrió la misma suerte su hermano Ricardo. Parecían pretender el exterminio de familias enteras. Asesinaban al padre y hermano de Gaceo, o en el caso del estudiante José Diez Guerrero, muerto junto con sus padres y tres hermanos más. Bastaba tener el apellido de cualquier «paseado» para considerarse próxima víctima. Una simple medalla, guardada en un bolsillo, constituía dato suficiente. Cuenta Castro Delgado, comandante de aquel siniestro Quinto Regimiento, que cuando algún colaborador escrupuloso le planteó que el método elegido llevaría a la muerte a muchos inocentes, le contestó: «No se trata de hacer justicia, sino de implantar el terror» [219].

La renovada persecución dio lugar al ejemplar comportamiento de muchos diplomáticos extranjeros, que salvaron miles de vidas ampliando los locales de las Embajadas para poder alojar aquel torrente humano que huía de la muerte. Los impasibles ingleses no admitieron asilados en su Embajada. No faltaron diplomáticos miserables que organizaron un vil comercio, en el que a cada angustiado demandante de asilo se le ponía un precio.

Las «checas» operaron en algunos casos con datos estudiantiles concretos: Elias, uno de los bedeles de Negrín en el Laboratorio de Fisiología, había hecho en los últimos años una ficha política de cada alumno destacado políticamente que pasaban por aquella clase; en julio puso su fichero al servicio de la Dirección General de Seguridad. Elias, con la graduación de capitán, murió en los combates de la Ciudad Universitaria. En noviembre alcanzaron los asesinatos su cifra más alta. Antonio Fontán, del Sindicato de Derecho, moría el 30 de noviembre en la «saca» de la Cárcel de San Antón. Al día siguiente, los tres hermanos Pereda Fernández, Fernando, Félix y Manuel eran asesinados en la carretera de Fuencarral. Pero los que entonces morían habían escuchado ya las descargas de los fusiles nacionales y no dudaban de la victoria.

La famosa Quinta Columna era entonces una masa sin cohesión y carente de armamento; nada podía temer de ella el Ejército rojo [220].

La estimación republicana de considerar a los estudiantes como enemigos no se reducía a los universitarios. El Instituto de Segunda Enseñanza de Alicante, y no fue una excepción, dio el 26 de noviembre esta nota:

[218] Las cifras de víctimas han sido exageradas, pero, en cualquier caso, son sobrecogedoras; Thomas llega a 85.940, comprendiendo toda la retaguardia republicana. Sirvieron de acicate las grandes «purgas» llevadas a cabo por Stalin, en las cuales, ellos mismos lo confirmaron más adelante, se cometieron multitud de ejecuciones de seres inocentes de los delitos que les imputaban.

[219] «Hombres Made in Moscú».

[220] El término «quinta columna» se asentó en la terminología política mundial, todavía en 1968 grupos de obreros polacos organizaron una contramanifestación contra las protestas «liberales» de sus estudiantes, con letreros así: «Los estudiantes, 5.ª columna».

«Se previene a los alumnos del Instituto menores de catorce años, que deseen ingresar o continuar sus estudios, que, aunque figuren en las listas con informe favorable —del Comité de Control—, necesitarán para poder efectuar la matrícula o sufrir examen presentar, en Secretaría, una certificación expedida por cualquier organización política o sindical que acredite que sus padres son personas afectas al Régimen.»

EL INSÓLITO PROCESO DE JOSÉ ANTONIO

A las seis y veinte de la mañana del 20 de noviembre caía, ante un pelotón de guardias de Asalto, José Antonio Primo de Rivera. Tenía un pequeño crucifijo en la mano izquierda, el pie derecho ligeramente adelantado, la mirada triste, un mono azul y chaqueta gris.

Con él fueron fusilados cuatro jóvenes de Novelda. Como un símbolo, dos de la Falange, allí fundada por el estudiante José Abad, y dos requetés [221]. José Antonio murió el primero.

Resulta portentoso que en la borrachera de crímenes que siguieron al 18 de julio no fuera oscuramente asesinado. Indalecio Prieto explicó: «Mi intervención fue decisiva para evitar que el fundador de Falange Española, su hermano y su cuñada, presos con él en la misma cárcel, fuesen muertos sin juicio previo, a comienzos de agosto anterior. El gobernador había comunicado a Madrid lo que se tramaba. Pretendíase sacar aquella misma noche a los detenidos, bajo pretexto de conducirles a Cartagena y a mitad de camino pasarlos por las armas. El presidente de la República, don Manuel Azaña, y el jefe del Gobierno, don José Giral, luchaban de modo inútil a fin de evitarlo. El gobernador se veía impotente para complacerles. Sus fuerzas eran nulas ante el llamado Comité de Orden Público, que ejercía la autoridad efectiva, como otros comités en diversos territorios. Entonces, aunque yo no formaba parte del Gobierno, se apeló a mí. Llamé al teléfono a Antonio Cañizares, prestigioso líder proletario, y le pedí que hiciese lo posible para ahorrar a la República semejante bochorno. Cañizares, echando sobre los componentes del Comité toda la fuerza de su trayectoria política y sindical, logró persuadirles.»

El proceso y el juicio, dentro de los usos republicanos, fueron una excepción. En el auto de procesamiento, el juez, Enjuto, no pudo librarse de la terminología joseantoniana. Y escribía que, después del triunfo del Frente Popular, «los falangistas, en apretado haz, luchaban por la revolución».

La serenidad e inteligencia de José Antonio dominaban a sus adversarios; así puede explicarse el párrafo final del fiscal, Gil Tirado:

> «Vais a oír una ardorosa protesta de la defensa para negar los hechos, como los ha negado en su escrito de conclusiones definitivas, para disminuir responsabilidades, para cortarlos, para reducirlos a la mínima potencia. Yo espero que sus argumentos y su elocuencia, yo espero que habiendo la gran diferencia entre este humilde representante del Ministerio Público y aquella defensa, en donde su elocuencia puede hacer deslucir mi peroración, pueda quitar mis méritos, aunque no teniendo la experiencia ni los años que yo, él en pocos años ha actuado mucho más de lo que yo he hecho en los míos de experiencia, con un extensísimo conocimiento que yo conceptúo género muy elevado en materia de Derecho, un parlamentario que está a la altura de los mejores parlamentarios españo les y que se ha hecho a sí mismo y por sí mismo, yo en tiendo que todo ello irá haciendo deslucir mi pobre oración. Yo os digo esto porque los hechos y mis argumentos no nacen de la Ley, se basan en lo lógico y están inspirados en un espíritu rectilíneo de justicia, y no deben prevalecer, no pueden prevalecer las dotes de la oratoria del arte y del ingenio de José Antonio Primo de Rivera» [222].

Entre los documentos del proceso figuraban un borrador de actas, con estados de caja del S. E.U., manifiestos universitarios y una relación de acciones violentas en las que habían intervenido estudiantes. Para quienes conocieron el ambiente de la zona roja será motivo de asombro la crónica publicada en Alicante, el 19 de noviembre de 1936, en el periódico El Día:

> «Ajeno al hervidero de tanta gente heterogénea amontonada en la sala, José Antonio Primo de Rivera lee durante un paréntesis de descanso del Tribunal la copia de las conclusiones definitivas del Fiscal. No parpadea. Lee como si se tratara en aquellos pliegos de una cosa banal que no le afectara. Ni el más ligero rictus, ni una mueca, ni el menor gesto alteran su rostro sereno.»
>
> «...Su informe es rectilíneo y claro; gesto, voz y palabra se funden en una obra maestra de oratoria forense, que el público escucha con recogimiento, atención y evidentes muestras de interés.»

Al ser condenado, recurrió ante el Gobierno. ¿Qué ocurrió con su apelación? Largo Caballero dice: «El fusilamiento de Primo de Rivera fue motivo de profundo disgusto para mí y creo que para todos los ministros. Como en todos los casos de condena a muerte por los Consejos de Guerra —y Primo de Rivera fue sometido y juzgado por uno de estos Consejos—, la sentencia pasó al Consejo Supremo; éste la confirmó y, cumplido este trámite, debería pasar al Consejo de Ministros para ser o no aprobada, costumbre establecida por mi Gobierno. Estábamos en sesión con el expediente sobre la mesa cuando se recibió un telegrama comunicando haber sido fusilado Primo de Rivera en Alicante. El Consejo no quiso tratar una cosa ya ejecutada y yo me negué a firmar el enterado para no

[221] Habían sido condenados por un Tribunal Popular simplemente por estar afiliados a Falange y a la Comunión Tradicionalista. Los requetés se llamaban Luis López López y Vicente Muñoz Navarro; los falangistas Luis Segura Baus y Ezequiel Mira Iniesta que aquel curso había terminado sus estudios en la Facultad de Derecho.

[222] Texto taquigráfico del juicio oral de Alicante, «Frente a frente», de José María Mancisidor.

legalizar un hecho realizado a falta de un trámite impuesto por mí, a fin de evitar fusilamientos ejecutados por la pasión política. En Alicante sospechaban que el Consejo le conmutaría la pena. Acaso hubiera sido así» [223].

En contradicción con este relato, José María Mancisidor asegura que el jefe del Gobierno firmó un telegrama que decía: «Conforme con cuanto se propone y procédase a su ejecución» [224].

El Gobierno republicano especuló con la posibilidad de enviarlo a la zona nacional como elemento de discordia. Prieto fue el adelantado de esa idea. José Antonio vio en ello una luz para salvarse y trató de aprovecharla, brindándose para ir a Burgos, con la pretensión de poner fin a la guerra civil, de la que temía desembocase en un Gobierno conservador, derechista, sin aliento social.

José Antonio se había defendido con todas las armas de su saber forense. El mismo lo dijo en su claro testamento, escrito el día 18 con pulso firme y con sólo dos leves enmiendas.

Se despidió con sencillez, uniendo la amistad y la camaradería, que tan juntas habían caminado en los tres últimos años de su vida. La carta a Manolo Valdés bien vale por una despedida al S. E. U.:

> «Querido Manolo:
>
> He encargado a Julio que me despida de todos los camaradas; pero a ti, mi profesor de cultura física y mi acompañante solterón de por las tardes, tengo que enviarte un abrazo especial.
>
> Da parte de él a otros nadadores: Luis Aguilar, Agustín Aznar y el pequeño y valeroso Gaceo. A todos os recuerdo mucho, y aún confío en veros. Si Dios, sin embargo, lo dispone de otro modo, me resignaré, y hasta el final os acompañará mi afecto.
>
> Tú conoces también a muchos amigos y amigas míos. Diles adiós de mi parte, seguro de que los que elijas estaban presentes en mi memoria.
>
> Otra vez un fuerte abrazo.»

En la carta a su prima Lola alude nuevamente a Agustín Aznar. «Y a cierto magnífico gordo que, con pesar lo suyo, vale bastante más de lo que pesa, dile que para que yo le tenga en la memoria como si fuera de mi familia le sobra con lo que ha hecho hasta ahora.»

Las gestiones para su indulto fueron numerosas e importantes. Ramón Castillo, presidente de la República Argentina; Pierre Laval, Felipe Sánchez Román, Eugenio Montes, Santiago Alba, Miguel Maura, lady Asquith, hija de un primer ministro inglés; Marañón, Ortega. Una intervención de Mayalde, que llevó al conde de Romano-nes a Francia para jugar su influencia, ganada con los aliados durante la primera guerra mundial, terminó con un telegrama de Ivon Delbos, ministro de Relaciones Exteriores, fechado el día 21, que decía: «En unión del presidente del Consejo, León Blum, me dirigí al Gobierno de Madrid, pidiéndole con apremio que la sentencia contra Primo de Rivera no se ejecutara. Se me contestó que, por desgracia, llegábamos tarde, pues Primo de Rivera había sido fusilado aquella misma mañana.»

Se confesó con el sacerdote José Planes, también preso. Al despedirse del director de la cárcel le dijo: «Director, si algo malo he hecho o le he molestado, perdóneme. Se lo ruego.» Ya en el lugar donde iba a morir, José Antonio se dirigió al pelotón de ejecución:

> «¿Quién ha podido deciros que yo soy vuestro adversario? Quien lo ha dicho no tiene razón para afirmarlo. Mi sueño es el de la Patria, el Pan y la Justicia para todos los españoles, pero preferentemente para los que no pueden congraciarse con la Patria, porque carecen de pan y de justicia. Cuando se va a morir no se miente y yo os digo, antes de que rompáis el pecho con las balas de vuestros fusiles, que no he sido nunca vuestro enemigo ¿Por qué vais a querer que yo muera?» [225]

Cuenta Zugazagoitia que después de las palabras de José Antonio se produjo un emocionante silencio. De pronto, un miliciano gritó: «No sabemos si eres bueno o eres malo. Sólo sabemos que tenemos que obedecer.» El historiador socialista comenta: «Todo está dicho. La ley de la obediencia se ha interpuesto entre el verbo del reo y el corazón de los verdugos. Uno y otros tienen que llegar hasta el fin. No son enemigos. Son personajes de un drama inmenso, protagonistas que lo sufren. Si la ley de obediencia no se impusiera, se reconciliarían fácilmente; pero se frustraría la tragedia. Una tragedia en la que cada criatura hace lo que le está mandado, con las maneras más pulidas que puede.»

José Antonio no compuso un gesto para la Historia; dijo sencillamente a sus compañeros: «Animo, muchachos; esto es cuestión de un momento.» Y las balas cortaron su «¡Arriba España!», grito con el que tantos de los suyos morían en el campo de batalla.

Fue ejecutada la sentencia en el patio número 5, reducido y sin belleza, pero abierto al azul del cielo. Evacuaron el día antes las celdas que miraban al patio; en una de ellas estaba el jefe del S. E. U. de Alicante, Antonio Soriano. Se ahorró a los presos falangistas la angustia de haber podido presenciar el fusilamiento de José Antonio. El patio quedó cerrado desde aquel día.

---

[223] «Mis recuerdos».
[224] «Frente a frente».
[225] Lo relata, en su «Historia de la guerra civil», Julián Zugazagoitia, y no hay razón para ponerlo en duda. La Historia está escrita una vez concluida la guerra, por tanto ningún fin político inmediato podía justificar la invención. Zugazagoitia debía estar bien informado, no ya como director de *El Socialista*, sino como ministro de la Gobernación en el primer gobierno de Negrín.

Habían transcurrido cuatro meses desde la iniciación de la guerra y las cuatro figuras principales del falangismo afirmaban con su sacrificio que sus ideas no eran vana palabrería.

A los rojos alicantinos no pareció satisfacerles su esfuerzo legalista en el proceso de José Antonio; pronto se liberaron de su complejo. El 28 de noviembre, la Aviación nacional bombardeó Alicante, ocasionando tres muertos. En represalia, en la madrugada del 29 sacan de la cárcel a cuarenta y ocho presos y los fusilan en el cementerio. Se dio una circunstancia patética: Haroldo Parres se presentó voluntariamente cuando nombraron a su hijo, muriendo por él. No había entre ellos conflicto de generaciones. Juan Ramírez Palmer y el sacerdote que había confesado a José Antonio también murieron ese día.

Los crímenes se extendieron por la provincia; solamente este mes, en Crevillente, Alcoy y Denia, las listas trágicas superaron los setenta nombres.

José Antonio había arraigado tan fuerte en el corazón de los suyos que se resistieron a dar por cierta la noticia de su muerte, y durante meses fue el «ausente» cuya presencia se esperaba. Pero el héroe político con más aureola poética de la Patria había muerto, serenamente, a los treinta y tres años de edad.

Relata Indalecio Prieto que, instalado el Gobierno en Valencia, llegó un hermano de Irujo, ministro de Justicia; le habían puesto en libertad en Pamplona, de acuerdo tradicionalistas y falangistas, para comprobar si José Antonio había sido fusilado o si, por el contrario, se simulaba tal cosa y se le tenía a buen recaudo como baza última de Prieto.

La insistencia, casi infantil, para no admitir la muerte de José Antonio tenía un fondo que rebasaba lo sentimental. Presentían que con él se perdía la posibilidad de un acabado desarrollo del ideario falangista.

Hasta 1938, en el aniversario del fusilamiento, no se anunció oficialmente su muerte; lo hizo el propio Franco y ese día, por iniciativa del estudiante Carlos Valcárcel, que hacía la guerra en el Ejército del Aire, aviones con base en Pollensa cubrieron de flores la cárcel de Alicante.

ALFÉRECES PROVISIONALES

La intervención rusa fue contrapesada por Franco con voluntarios italianos y material alemán. Con la creación de un «Comité de no Intervención», instalado en Londres, "e trataba de evitar la transformación de nuestra guerra en el campo de batalla de los antagonismos europeos. De esta forma, la política anglo-francesa impidió que el Gobierno de Valencia planteara en la Sociedad de las Naciones la legalidad de una ayuda masiva que pudiera recibir de Rusia, interesada en convertir la Península en el segundo foco comunista mundial, tal como había anunciado Lenin.

En febrero se lleva a término la operación Málaga. Intervinieron por primera vez unidades legionarias italianas, en las que no escaseaban, especialmente en los mandos, universitarios fascistas. Entre ellos, Guido Pallota, jefe nacional de los G. U. F., que había de morir por su patria en Libia [226].

En una rapidísima ofensiva, los nacionales ocuparon toda la provincia, acortándose en doscientos kilómetros el frente y eliminando las amenazas que por el sur tenía Granada [227]. En la costa actuó el «Baleares», en el que muchos estudiantes hacían la guerra [228].

A continuación se desarrollaron unos violentísimos combates en las orillas del Jarama, aireados por los rojos como una faceta más de la resistencia de su frente de Madrid.

En las batallas más importantes encontramos ya relaciones de alféreces provisionales muertos al frente de sus unidades. Una de las listas del Jarama la encabezaba el alumno de primero de Ciencias Juan Herrera Jiménez. En otra estaba Ramón Alvarez-Osorio, de la Facultad de Derecho granadina, destinado en carros de combate, y de la promoción de la Escuela de Sevilla, Alvaro Barón Torres, voluntario en la defensa de Oviedo. ¿Qué era un alférez provisional?

El 7 de septiembre de 1936 apareció un Decreto en el Boletín Oficial de Burgos creando Escuelas para capacitar militarmente a los mejor dotados, con objeto de suministrar mandos a las distintas unidades combatientes. El 15 del mismo mes inician los primeros cursillos Burgos y Sevilla. En la ciudad andaluza, las clases teóricas se dieron en la propia Universidad. En octubre aparecen los primeros alféreces, con una estrella dorada sobre paño negro, colocada en la parte izquierda del pecho. La dureza de la guerra hizo proliferar las Academias; Tenerife, Xauen y, más tarde, Dar Riffien, secciones de la de Burgos, en Vitoria y Palencia..., por sus aulas y campos de entrenamiento, herederas de la «Alcaldía de los Donceles» que Alfonso XI fundara en Burgos, pasaron la casi totalidad de los estudiantes españoles que se encontraban en la zona nacional. En un principio se fijó la edad mínima de veintitrés años, pero se rectificó inmediatamente para dejarla en dieciocho; aun así, «nunca se han falsificado —dice R. G. S. en su Macuto— bajo palabra de honor tantas fechas de nacimiento ni tantos títulos de bachiller, porque se exigía el Bachillerato como mínimo. El truco era fácil; siempre se podía afirmar que la parroquia

[226] Otro de los voluntarios italianos, Luigi Gatti, consejero de los G. U. F., moriría en la matanza de Como, siendo secretario de Mussolini.
[227] El sufrimiento de Málaga había de ser objeto de una novela de Mercedes Fórmica, *Monte de Sancha*, en donde se refleja el terror provocado por los asesinatos de agosto del 36.
[228] «Convulsiones de España».

de uno había ardido o que su título de bachiller quedaba del otro lado». De esta manera podía Agustín de Foxá cantar:

Aún con tu infancia prendida
en la sangre; aún colegial
de encerado y novia, y ya eres
alférez provisional...
Exámenes de septiembre,
aulas de Universidad.
.....
Aún no has probado la vida
y ya la vas a entregar.

Más de 30.000 estudiantes hicieron estos cursillos. Cerca de la mitad murieron de cara al enemigo. Ganaron veinte Laureadas y casi cuatrocientas medallas individuales. En cierto modo podría decirse que esta guerra de España tenía un estilo externo, el impuesto por quienes se decían con humor «alféreces provisionales, cadáveres efectivos» [229].

De la dramática hermandad estudiantil puede valer la historia de Enrique Sáez Alfeirán, del grupo inicial de las J. O. N. S. de Santiago, y de Antonio Roldan Martínez, muertos como legionarios en distintos frentes y que descansan juntos en el trozo de tierra que adquirieron con sus primeras pagas de provisionales, por si las balas enemigas terminaban con sus vidas.

Tarea de perplejidad la de traer un ejemplo de alférez provisional. Valga la historia de un colegial de Orduña, relatada por otro del 36, Lucio del Álamo:

> «Fue en la batalla del Ebro. Estaban sobrecargadas de metralla las agrias viñas de Gandesa y las rocas de Pandols. Llegó el nuevo alférez, recién salido de la academia, a hacerse cargo de una sección. Era en la Cuarta de Navarra y en un batallón de Flandes. Llevaba su uniforme de soldado y una estrella nueva sobre el recuadro negro Al hombro, una maleta descomunal. Los viejos sonrieron chungones. No soltó la maleta. Al anochece'-, un enlace le llevó la orden: «A las tres de la mañana asaltará con su sección la caseta de la vaguada.» Quedó callado. Sentía una cosquilleo en las manos y en el corazón. A las doce volvió a la trinchera. Dio su primera orden. «¿Hay un barbero? Córtame el pelo y afeitame. Sí aquí y ahora mismo.»
>
> Era un chiquillo y parecía estar loco. Abrió la maleta Sacó del fondo un uniforme de gala nuevo, impecable Se lo puso. Se calzó unos guantes blancos. A las tres menos cinco dio las órdenes y avanzó en cabeza. Toda la noche se pobló de balas sobre el gemir de los viñedos. Se aferró a la alambrada enemiga con las manos enguantadas. Algo caliente le caía por el brazo izquierdo. Un picotazo terrible le quemaba el pecho. Se dobló. De abajo llegaban los gritos de triunfo de sus hombres. Quedó tendido a lo largo. Ni una arruga en el traje impecable. Sólo dos manchas de sangre: en el brazo y sobre la estrella nueva del pecho. Dos zurcidos de muerte sobre el uniforme de gala.
>
> Se llamaba Mauro. Mauro Ordorica. Tenía dieciocho años.» [230]

LA TERCER FALANGE

La política de Franco, inasequible para tantos políticos españoles, fue un misterio para los observadores extranjeros situados en zona nacional, produciendo errores de enjuiciamiento incluso entre los más expertos. Todavía es objeto de duda el desarrollo de la ofensiva de Guadalajara en la que se pretendía ocupar Madrid atacando desde el Este. Se quiso relacionar la escasa actividad ofensiva de las tropas estrictamente nacionales, que cubrían los flancos de las unidades italianas —el general italiano Roatta se quejó en el Cuartel General de Salamanca de la falta de apoyo por parte de Orgaz y Mussolini, furioso, le dijo al embajador alemán Ulrich von Hassell que los soldados nacionales no habían disparado un tiro—, con los manejos en aquellos días de los fascistas romanos tratando de colocar en el trono de España a un príncipe italiano, el duque de Aosta, insolente misión que al parecer se había dado a Roberto Farinaeci [231]. Es indiscutible que si la victoria en la batalla de

[229] Cuesta trabajo, en la extensa literatura y novelística de la guerra española, encontrar relatos sin referencias a la épica figura del alférez provisional. Nos limitamos a una sola referencia del libro de Eduardo Crespo, «Alféreces Provisionales»: «Y a fe que nunca se vio muestra tal como la que ofrece la aportación hecha por la generación del 36, o constriñendo más el término, por la «quinta del Sindicato Español Universitario».

[230] Entre los primeros alféreces que alcanzaron el grado de general figura un fundador del S. E. U., Salvador Bujanda, estudiante de Filosofía y Letras en Madrid.

[231] Roberto Cantalupo, embajador de Mussolini en Salamanca., confirma en sus memorias estos propósitos italianos.

Guadalajara hubiera cambiado de bando, las presiones políticas italianas habrían alcanzado niveles poco tolerables y, sin embargo, la guerra hubiera seguido, pues Madrid era ya poco más que un símbolo. Es el caso que, en marzo, las unidades republicanas, destacadamente del anarquista Cipriano Mera, resistieron victoriosamente los ataques de los voluntarios italianos y los rojos lo contaron como una gran victoria.

Como era de suponer, el grado de organización del Ejército era muy superior al boceto político-administrativo, cuyo centro, la Junta Técnica del Estado, que funcionaba en Burgos, carecía de autoridad y también de ideas. Falange, el único sector con soluciones idóneas, cuyo crecimiento, a partir de julio, había sido desmesurado, se encontraba sin jefes indiscutibles, lo que originaba peligros de escisión, aun cuando ello constituyera una situación paradójica, considerando que su doctrina unitaria se imponía como solución presente y futura.

Von Faupel, representante de Alemania en Salamanca, escribió entonces una frase que se apropia Gironella en «Un millón de muertos»,: «Franco era un jefe sin partido, y la Falange, un partido sin jefe.»

Mientras la juventud universitaria luchaba en los frentes por una revolución nacionalsindicalista, aparecían en la retaguardia, con camisa azul, gentes con evidentes matices conservadores. En Sevilla, alrededor de Pedro Gamero del Castillo, se ve a los hermanos Ortiz Muñoz, Luis, Francisco y Antonio, Carlos Olleros, Manuel de Mergelina, Manuel Halcón. Con ellos y otros semejantes se iniciaba, ante la falta de una jefatura falangista, el montaje de una red que acabaría con el ímpetu renovador. En el orden estudiantil, Pedro Gamero del Castillo reanudó desde Salamanca el hilo del Frente Universitario. El 8 de febrero, día en que se recuperaba la capital malagueña, se reiniciaban las conversaciones. De aquellas entrevistas, en las que no participaban todos los grupos que ya dividían el falangismo y el carlismo, quedó claro que no se admitían otras agrupaciones políticas, convencidos de que ésta era la corriente popular no sólo en el campo universitario. Renovación Española anuncia su disolución en marzo. Acción Popular desapareció en el ridículo y Gil Robles hubo de huir de Salamanca, ante la intempestiva actitud falangista, situándose en Lisboa con el oficio de comprar armas y municiones para los combatientes nacionales. Pero era evidente que los mosaicos formados por falangistas y tradicionalistas por sí mismos no hubieran logrado unificarse. También por entonces Gamero se trasladó a Lisboa, entrevistándose con Fal Conde, fracasando en su intento de aunar las dos fuerzas políticas que nutrían los frentes.

La tendencia a la unificación, como continuación del proceso seguido por el Ejército y el esquema de Estado regido por Franco, parecía insoslayable. Surgieron los partidarios de crear un partido único franquista, pero ni los falangistas ni los requetés mostraron entusiasmo polla idea. Alguien pensó en ofrecer la jefatura de la Falange a Franco, unificando así el Movimiento y el Estado. Mientras tanto, las discrepancias corroían a la Falange y al tradicionalismo. El proceso sufriría una evidente aceleración con la llegada, en febrero del 37, al Cuartel General de Franco, en Salamanca, de Ramón Serrano Súñer, diputado cedista, amigo de José Antonio y cuñado del Generalísimo.

La Falange de Valladolid, que desde el mes de diciembre estaba en manos de tres estudiantes —Dionisio Ridruejo, jefe provincial; Girón, inspector territorial, y González Vicén, inspector nacional de milicias—, se oponía, con la Falange de Madrid y un sector de la Falange sevillana, al mando único de Hedilla. Las discrepancias se acentuaban peligrosamente al adoptar posturas evidentes unos y otros ante la posible unificación política nacional. El justificado temor a perder independencia y pureza doctrinal y, por otra parte, las exigencias guerreras, parecían contradecirse y confundir a todos. Tratando de encontrar soluciones de convivencia, el consejero del S. E. U., José María Alonso Goya, en una discusión que degeneró en lucha, fue muerto a tiros [232]. Hedilla convocó urgentemente el Consejo Nacional —sería el último de F. E. y de las J. O. N. S.—; resultaría dramático con la impresión de la muerte del camarada Goya.

Muy atrás quedaban los imprudentes intentos de hacer a Yagüe jefe de la Falange y también la fórmula gris de los triunviratos. Pese a la impresión general de que nada se resolvía en definitiva, fue elegido, por mayoría de votos, como mando nacional único Manuel Hedilla. Esta situación aceleró una decisión trascendental. El 19 de abril de 1937 se publicaba el Decreto de la Jefatura del Estado, «uniendo en la doctrina de los veintiséis puntos de José Antonio a falangistas y requetés» [233]. El preámbulo del Decreto de Unificación decía: «Falange Española aportó con su programa masas juveniles, propagandas con un estilo nuevo, una forma política y heroica del tiempo presente y una promesa de plenitud española.»

Resulta legítima cualquier lamentación sobre la catástrofe ideológica que suponía la unificación para la pureza falangista; pero, sin esa medida que imponía la guerra, España hubiera vuelto otra vez a la esterilidad. La proclamación del Decreto —que había sido redactado por Serrano Súñer— fue acompañada de un discurso de Franco, como jefe nacional de la Falange Española Tradicionalista y de las J. O. N. S.: «Nuestro corazón y nuestra voluntad —afirmó— quedarán fijos en los combatientes del frente y en la juventud de España.»

Nacía la tercera Falange. Muerto ya José Antonio, su doctrina quedaría más en el papel escrito que en la realidad. La guerra civil y la mundial, después, fueron obligando, en aras de un forzoso realismo, a desvirtuar muchas de sus esencias.

Los partidos políticos, existentes el 18 de julio, desaparecían por muerte natural. La Falange y el tradicionalismo perdían su autonomía para integrarse en el Estado, en forma de movimiento único. Se unieron, como consecuencia del Decreto, las organizaciones juveniles de flechas y pelayos. Comenzó también la preparación de

[232] Un extenso relato del triste episodio se debe a Fernando Ruiz de la Prada, estudiante de Medicina que acompañaba a Goya.
[233] El punto 27, que se suprimía, decía: «Nos afanaremos por triunfar con solo las fuerzas sujetas a nuestra disciplina. Pactaremos muy poco. Sólo en el empuje final por la conquista del Estado, gestionará el Mando las colaboraciones necesarias, siempre que esté «asegurado nuestro predominio.»

los Estatutos de un Sindicato Español Universitario común para todos los estudiantes. En la nueva organización le fue ofrecida la Secretaría General y la Presidencia de la Junta Política a Manuel Hedilla, quien, aconsejado por grupos importantes de falangistas, no aceptó.

Falangistas y tradicionalistas, en amplios sectores, no acogieron ciertamente con alborozo la integración. Este malestar y sus resistencias originaron un telegrama de José Sainz, en nombre de la Junta de Mando falangista, dirigido a las Jefaturas Provinciales: «Ante posibles interpretaciones erróneas Decreto Unificación, no cumplirás otras órdenes que las recibidas por conducto jerárquico superior.» El telegrama y la confusión producida dieron lugar a una serie de detenciones y juicios militares. El auto de procesamiento fue incoado por un comandante retirado, Jiménez de la Orden, del grupo de Gil Robles. fue condenado a dos penas de muerte Manuel Hedilla; cuarenta días después de la sentencia fue indultado, pasaría por varias cárceles y más tarde sufriría destierro [234].

Vicente Gaceo fue también condenado a muerte como organizador de una manifestación en favor de Hedilla en San Sebastián. Tres meses después fue indultado de la última pena.

En los archivos secretos de la Wilhelmstrass figuraba un telegrama de Von Faupel que decía: «Hedilla, el jefe de la Falange, quien se encontraba en prisión desde hace alrededor de seis semanas, y otros tres falangistas han sido condenados a muerte por un Tribunal militar, cuya imparcialidad es muy dudosa. Esa condena significa la victoria de los círculos que son hostiles a la Falange y a las reformas sociales radicales.» En los mismos archivos guardaban una frase de Franco sobre el general Von Faupel, que cesó en Salamanca a petición del Caudillo: «Indeseable en todos los aspectos» [235].

A la pérdida de José Antonio, Onésimo Redondo, Ramiro, Ledesma, Julio Ruiz de Alda y Manuel Mateo se sumaba ahora un desarbolamiento profundo. Solamente la vida que manaba del comportamiento heroico en los frentes salvó a la Falange.

Si en lo político no existía unidad, un factor aglutinaba fuertemente la defensa de la religión. En marzo de 1937, Pío XI, en la encíclica «Divini Redemptoris», condenaba con severísimas palabras la barbarie asesina del mundo rojo. Cuatro meses más tarde, en julio, se publica una carta colectiva de los obispos españoles, dirigida al mundo católico, tomando posición franca al lado de la España nacional. Tal postura no extrañó a nadie, pues se conocían la saña y el odio utilizados para raer toda presencia de Dios en la zona republicana.

SEXTA COLUMNA

Independientemente de la situación política y militar, la zona roja parecía la apoteosis del desbarajuste. Desapareció la moneda de manera oficiosa en las regiones controladas por los anarquistas y perdió su valor en todas partes. Cualquier grupo sindical o de milicias se sentía con autoridad para emitir «vales» de papel con un sello; ningún establecimiento comercial podía negarse a entregar lo que le fuera solicitado por este sistema, pues tal actitud suponía la represalia inmediata. Cuando los comercios se quedaron sin mercancías, el desconcierto y la pobreza fueron el único pan nuestro de cada día.

En su desbaratada retaguardia, Largo Caballero pronto notó la diferencia entre vociferar en los mítines a tener las riendas del Poder. El justificado miedo a poner el país en manos del comunismo ruso le llevó a una serie de contemporizaciones con los anarquistas. No tardó en llegar la reacción de las huestes de Pepe Díaz, preparando la caída del por tan poco tiempo «Lenin español». La campaña de los comunistas culminó, el 14 de febrero, con una manifestación en Valencia contra el Gobierno, exigiendo la implantación de medidas para fortalecer su Ejército. Intentando salir de su incómoda situación, Largo Caballero proyectó un Gobierno sindical, con representantes de la U. G. T. y la C. N. T. La acción del Partido Comunista fue violentísima y no sólo en el terreno dialéctico. En grandes titulares decía el diario C.N. T., de Madrid: «Los criminales controlados por el Partido Comunista nos han asesinado más de sesenta trabajadores en Mora de Toledo.» Y Solidaridad Obrera, de Barcelona, denunciaba: «Tortura y muerte de doce compañeros pertenecientes a las Juventudes Libertarias.»

Sin embargo, los comunistas, muy bien dirigidos en Barcelona desde el Consulado ruso por Ovseienko y Orlov, no plantearon una lucha directa contra la poderosa Confederación Nacional del Trabajo, ni en el considerable territorio situado a espaldas del frente aragonés, que llamaban «Consejo de Aragón», un peculiar cantón anarquista.

El 3 de mayo de 1937, el gobierno de la Generalitat, cuya autoridad era nominal, intentó ocupar, por incitación del Partido Comunista, la Central Telefónica, controlada por la Confederación Nacional del Trabajo; fueron rechazados a tiros y a continuación se levantaron barricadas frente a los edificios importantes en poder de los anarquistas, generalizándose durante varios días los tiroteos por calles y plazas. Ello dio lugar a la entrada en Barcelona de unidades de guardias de Asalto, que se hicieron cargo del orden público tras el fracaso del gobierno catalán. Los peligros que para el frente suponía hicieron, por encima de otras consideraciones, de poder moderador. Pero, en junio, los comunistas llevaron a efecto la segunda parte de la maniobra, después de una campaña de su Prensa, presentando al P. O. U. M. como parte de la «quinta columna» [236].

[234] Otro de los condenados, Fernando Ruiz de la Plana, terminó sus estudios de Medicina en la cárcel de Santiago, siendo autorizado para examinarse en aquella Universidad.
[235] García Venero en «Falange en la guerra de España; la Unificación y Hedilla» aporta un documentado estudio sobre este episodio trascendente.
[236] Partido Obrero de Unificación Marxista, trotskista, disidente del comunismo moscovita.

La situación empujaba, especialmente a los jóvenes, hacia posiciones extremas; la minoría comunista se apoderó de la Juventud Socialista Unificada, que de punto de apoyo de Largo Caballero se convirtió en punta de lanza contra su política. La traición que, al decir de Luis Araquistain, «entregó al comunismo la nueva generación trabajadora» [237] tuvo como artífice a Santiago Carrillo, que se pasó a los moscovitas con casi todo el Comité Central en el momento oportuno. Todavía en enero de 1973, en una Conferencia Nacional de la Juventud, mientras se completaba su cuadro de mandos con comunistas, elogiaban a Largo, para atacarle arteramente semanas después.

Preparado el ambiente, se montaba la «purga», en imitación de los grandes procesos montados por Stalin en Moscú.

Grupos del P. S. U. [238] intentan asaltar algunos Centros del Partido Obrero de Unificación Marxista; al ser violentamente rechazados dieron pretexto para la matanza preparada, que terminó con los dirigentes de los comunistas no obedientes a la U. R. S. S. y, de paso, con algunos sectores anarquistas. La situación se hizo insostenible para Largo Caballero; la nueva crisis se resolvió con un Gobierno presidido por otro socialista, el doctor Negrín, quien reforzó la situación de los comunistas excluyendo de los ministerios a los miembros de la C. N. T.

Sería difícil encontrar entre comentaristas nacionales calificaciones más duras relacionadas con el catedrático Negrín que los escritos por su compañero de partido Largo Caballero: «Hombre de pocos escrúpulos, de espíritu aventurero y donjuanesco y con una osadía sin límites», «se marchaba con pasaporte falso, con nombre supuesto, en magnífico automóvil y acompañado de señoras con quienes no tenía ningún parentesco», «no sería ningún disparate pensar que en esas escapatorias, aparte de las juergas, se ocupase de colocar fondos para una vez terminada la guerra» [239]. Pero más graves aún son sus generalizaciones sobre los dirigentes rojos: «¿Qué van a hacer con España esos hombres sin escrúpulos, sin conciencia, en los que no preside otra idea que la del poder mismo; que no les guía otro sentimiento que el del rencor, el odio, el espíritu de venganza contra todos los que les salen al paso en sus trapacerías, aunque se trate de hombres a quienes han llamado compañeros y amigos? ¡Pobre España! ¡Tu suerte está en manos de la ambición, de la deslealtad, de la traición, y por ello vislumbro tu ruina material y moral» [240].

El futuro, suponiéndoles vencedores, se presentaba desolador. Un combatiente de las Brigadas Internacionales, George Orwell, escribió: «Ninguna persona sensata podría suponer que hubiera esperanza de democracia. Advendría una dictadura» [241]. Pero cabría preguntarse: ¿De quién? ¿Después de cuántas depuraciones?

Más adelante, Indalecio Prieto sintetizó en un informe, como ministro de Defensa [242], las causas de la pérdida del Cantábrico: «Intromisiones de la política en el mando militar», «Insuficiente solidaridad entre las regiones, afectadas por resentimientos pueblerinos», «Apartamiento del ejército combatiente de excesivo personal», «Influencia del enemigo en nuestra retaguardia», «Recelos de traición en los mandos». Los motivos quedaban resumidos en dos palabras que recogía Prieto: «sexta columna», con las que se refería a los antagonismos que corroían la zona, haciéndola ingobernable.

EL ÉXODO DE LOS INTELECTUALES REPUBLICANOS

Era natural que los universitarios, profesores y estudiantes, incluso los más izquierdistas, salvo los muy comprometidos políticamente, acelerasen su pase moral y material al campo nacional, abandonando cuantos podían aquel caótico mundo.

El doctor Marañón salió de Valencia con el pretexto de dar unas conferencias en la Sorbona y desde allí envió una carta a Agustín Edwards, que mereció los peores insultos de la Prensa roja; la carta ponía de relieve el éxodo espiritual y material de los hombres de buena fe:

> «No conozco exactamente el caso Madariaga —decía—, pero tiene usted donde escoger entre docenas y docenas de profesionales de la Universidad —casi el 80 por 100—, en su mayoría liberales y republicanos, que viven ahora en Francia y en otros países, y, más aún, a los ex ministros republicanos...»

Las destituciones de catedráticos y profesores se hicieron por centenares, y ello suponía una verdadera condena a muerte, de la que sólo podían salvarse quienes encontraban un refugio seguro. La Universidad Autónoma de Barcelona estaba regida por un Patronato dependiente de la Generalitat; oficialmente, el 18 de julio, en una nota, pidió un puesto en la lucha contra los rebeldes; a continuación fue publicada la primer lista de ceses: José María Trías de Bes, Luis García de Valdeavellano, Manuel Taure. Cándido Torres, Benito Fernández, Luis Segalá Estalella, Antonio de la Torre, Ramón Casamada, Enrique Soler Batlle, Eugenio Cuello Calón, Eusebio Díaz, José Mir Ainsa, Mariano Soria, Tomás Carreras Artáu, Gonzalo del Castillo, Ángel Cajigal, Salvador Gil Vernet, Blas Pérez González, Martiniano Martínez, Francisco Gómez del Campillo y Eduardo Pérez. En la siniestra checa de San Elias

[237] «El comunismo y la guerra de España».
[238] Partido Socialista Unificado de Cataluña, así se denominaban los comunistas catalanes.
[239] «Mis recuerdos», Francisco Largo Caballero. Méjico, 1954 páginas 203, 204 y 229.
[240] «Mis recuerdos».
[241] «Cataluña, 1937». Publicado en Buenos Aires.
[242] «Diez bocetos de la guerra española», del general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor republicano.

fueron asesinados tres profesores, figuras de la intelectualidad catalana: Ramón Casamada, Javier Palomas y Taya Fuella.

Los tres hombres representativos de la Agrupación de Intelectuales al Servicio de la República, Marañón, Ortega y Pérez de Ayala, quedaban desenganchados del mundo rojo. Lo mismo ocurría con el grupo del 98, «Azorín», Baroja[243] y Unamuno abrazaron la causa nacional; Bena-vente era un prisionero moral en Valencia y Ramiro de Maeztu yacía en las fosas de Aravaca. Del mismo lado se inclinó la Sociedad de Autores, con su presidente, el poeta catalán Eduardo Marquina; su antecesor en la Sociedad, Muñoz Seca, era asesinado en Paracuellos un 28 de noviembre. Con los nacionales estaba la generación de novelistas de 1907, formada por Wenceslao Fernández Flórez, Francisco Camba, Rafael López de Haro y Juan Antonio Zunzunegui, con la ausencia de Zamacois.

El humor nuevo fue «nacional»: Edgar Neville, Tono, Mihura y Alvaro de la Iglesia, centrados en La Ametralladora, de sorprendente gracia. Mingote, estudiante de Bachillerato, voluntario requeté a los dieciséis años, creó en la Academia de Avila, para «provisionales» el periódico humorístico La Taba. Y ello pese a que la inmensa mayoría intelectual, residente en Madrid y Barcelona, había quedado en la zona roja. Los republicanos contaron con los intelectuales ya comprometidos en la política de partidos, entre ellos Sánchez Román, Asúa, De los Ríos, Besteiro, diputados socialistas, y el ex ministro Claudio Sánchez Albornoz. Con ellos un grupo más joven, encabezado por Alberti, al que seguía sumiso Bergamin.

Sender vivió en la zona republicana, rodeado de contrariedades, y Salvador Madariaga, tras una larga y severa serie de admoniciones, escribía:

> «En esta atmósfera de violencia, la vida del espíritu era imposible. Al comienzo de la guerra se obligó a los intelectuales del país a firmar un manifiesto en favor de la República, es decir, de la revolución, que por el extranjero circulaba con disfraz republicano. »
>
> «La mayoría de los hombres de pensamiento de la izquierda liberal, sin excluir muchos diputados y exministros del Frente Popular, prefirieron el destierro a la vida bajo un régimen...»

Los rojos, condenados a ver traiciones por todas partes, rociaban de insultos a los españoles más destacados en el campo de la cultura, en donde perdían también la guerra; decía el periódico Política: «La traición de Unamuno, previsible y despreciable, desenmascara moralmente a un histrión calculador, disfrazado de puritano austero» [244].

Sin embargo, don Miguel se encaraba en el Paraninfo de la Universidad de Salamanca, en octubre, a las palabras despreciativas de la inteligencia del general Millán Astray. También se les iba la filosofía de Eugenio d'Ors, Santayana y Zubiri, la de García Morenta, una de las apoyaturas de Ortega, y la de su continuador, Julián Marías, escribiendo sobre Unamuno, en Madrid, en el incauto Blanco y Negro, y esperando y deseando el fin de la pesadilla. De la zona roja se pasaba a la nacional el destacado periodista Que desde El Sol agrupó a los intelectuales republicanos, Manuel Aznar.

Más tarde, escribió Marañón:

> «El hecho más significativo en este sentido y que nadie ha comentado, es la actitud de la juventud universitaria, que fue la fuerza de choque del movimiento liberal contra la dictadura y el fermento entusiasta de los meses que prepararon el cambio de régimen. Pero a partir del tercer año de la República, empezó a cambiar de orientación de un modo tan rápido, que por los días de las elecciones del Frente Popular, un profesor socialista que pocos días antes era el ídolo de los estudiantes, daba ahora sus lecciones —y no siempre podía darlas— entre la hostilidad de su auditorio, y me confesó que el noventa por ciento de sus alumnos era fascista. Cualquiera de los profesores españoles pudimos comprobar este mismo hecho. Hoy, una mayoría de nuestros estudiantes lucha como soldados voluntarios en las filas nacionalistas. Muchos de ellos se habían educado en un ambiente liberal y habían pertenecido, al comenzar sus estudios, a las Asociaciones estudiantiles y liberales y aun socialistas o comunistas. Y son varios los jóvenes, entonces casi niños, a quienes conocimos en la cárcel durante la Dictadura y que hoy son héroes, vivos o muertos, de la causa antimarxista». [245]

Avalaban las palabras del profesor Marañón los hermanos Llaca, que de combatientes en la F. U. E. pasaron a integrar la aviación franquista, batiéndose como los mejores, o los hermanos Cimarra, en Madrid, que dirigían grupos activos de la «quinta columna»; Fernando Ciller, de la F. U. E., mandó la Falange de Hellín y murió asesinado después de la rendición de Albacete, y Salvador García de Pruneda, combatiente del Cuartel de la Montaña, y Antonio Tovar, y tantos alféreces que habían seguido análoga trayectoria, y entre ellos su hijo, Gregorio Marañón Moya [246].

De la F. U. E. apenas quedaba otra cosa que su anagrama, puesto para hacer bulto al pie de los numerosos manifiestos redactados por los comunistas. Para no disfrutar de tranquilidad, la Federación de Estudiantes Antifascistas se pasó al anarquismo, y de él siguieron recibiendo los escasos fueístas afrentas y ataques.

---

[243] Pío Baroja asegura en «Comunistas, judíos y demás ralea» que había intervenido en el primer manifiesto nacionalsindicalista que le leyera Ledesma Ramos.

[244] El juicio respondía al llamamiento de Unamuno a las Universidades del mundo en favor del Movimiento Nacional. El Rector salmantino murió el último día de 1936, el ataúd fue llevado por cuatro escritores que vestían camisa azul. Víctor de la Serna, Antonio de Obregón, Emilio Díaz Ferrer y Mariano Rodríguez de Rivas.

[245] «Liberalismo y Comunismo», publicado en la *Revue de París*, en diciembre de 1937.

[246] En la novela «Provisional», de J. Cepas, uno de los protagonistas, oficial nacional, declara con orgullo haber pertenecido a la vieja F. U. E.

Lógicamente, aquellos de la antigua F. U. E. que se alistaron en las filas rojas sobresalieron pronto, dada la pobreza cultural de aquella zona: Luis del Val fue comandante de un batallón en el Jarama y Cerro de los Angeles; Mascaró murió siendo comandante, en Cataluña, frente a una sección mandada por un afiliado al S. E. IL, de Derecho, Fernando Reyes; Balaguer, destacado en el rugby, mutilado de una pierna, alcanzó el grado de coronel; Settien y Caamaño llegaron a mandar una División, siendo el de más relieve Tagüeña, que dirigió un cuerpo de ejército en el Ebro. Morayta se incautó, con otros de Medicina, del Palacio de Florestán Aguilar y organizó una especie de consultorios odontológicos volantes; terminó mandando una División en Carabanchel. Sbert intercedió para que se conmutara la pena de muerte al escritor Luys Santamarina. Ordóñez, conocido por el alijo de armas de la Ciudad Universitaria, fue, hasta su marcha al extranjero, jefe importante de la Policía represiva. En Valencia, en una presuntuosa exhibición de poder, paseó por sus centros policíacos a Antonio Reus, de Ingenieros Agrónomos, mientras le decía que lo mismo podía fusilarle que mandarle, como lo hizo, a un campo de concentración. Ordóñez, como los «gangsters» de algunas películas, lucía siempre una flor en la solapa. Otro grupo refugió su desgana combativa en una organización llamada «Los Milicianos de la Cultura», que tenía por objeto enseñar a los soldados republicanos cultura general y marxismo. Con ellos colaboraron estudiantes derechistas, sin que ello supusiera entrega política.

La situación fue a menudo dramática para tantos a quienes la geografía había situado en campo contrario a sus ideas y sentimientos. Tal es el caso de Calvo Serer, que se apresuró, al finalizar la guerra, a vestir camisa azul y afiliarse con entusiasmo al S. E. U. [247].

La propaganda republicana aireó la visita de una comisión de estudiantes antifascistas ingleses que presidía George Stent. Podían juzgar el mundo en que habían caído con la simple lectura de El Socialista, que decía en titulares: «Consejo de Ministros. En la reunión ministerial se trató de diversos proyectos, entre ellos el referente al respeto de la vida de los prisioneros» [248].

Por entonces, últimos días de marzo de 1937, supuestas juventudes de Madrid dirigieron un llamamiento a los jóvenes cristianos de todos los países. Entre los firmantes figuraba el secretario de una «Asociación Cristiana de Estudiantes». El escrito decía: «Tenemos que manifestaros que es falso, absolutamente falso, que en España se haya perseguido a la religión.» Trece obispos y 6.832 sacerdotes asesinados; la casi totalidad de los templos, profanados y convertidos en estercoleros o garajes; el culto de la santa misa, considerado como un delito, incluso celebrado en privado; los entierros, sin poder ostentar una sencilla cruz; amén de las carnavaladas blasfemas organizadas con los objetos de culto y las imágenes; 283 religiosas, martirizadas. Realmente no había persecución, sino exterminio.

El tono cultural de los Congresos juveniles marxistas era lamentable. Disponían del diario Ahora, en donde podía leerse del discurso de Mesón, en una conferencia de las J. S. U.:

> «El triunfo de los fascistas significaría convertir a la juventud en una juventud esclava. Cerrar las Universidades e Institutos. Se establecería el trabajo sin retribución. Nuestras muchachas serían tratadas como bestias, sin otra perspectiva que la prostitución.»

No obstante, conocían la verdadera inclinación de los universitarios y lo mostraban en la Conferencia de la Juventud, celebrada en Valencia:

> «Trabajaremos también para los que creen en la demagogia del fascismo, porque pensaban en una patria libre y fuerte que únicamente la España del Frente Popular puede forjar.»

El primero de julio de 1937 se publica un *Boletín de F. U. E.*; formaba parte de la propaganda organizada para la Conferencia Nacional de la Juventud. En dicho Boletín —no apareció más que el número inicial—, el Secretario de la F. U. E. de Madrid, Manuel Balgañón, planteaba el triste estado de los estudiantes condenados a «desempeñar el puesto de fusileros» y propugnaba que los mandos no se concedieran sin una base cultural. Era resultado del desprecio que sentía por los universitarios la masa miliciana y su desconfianza política basada en hechos notorios.

El Boletín daba cuenta de la muerte en combate de Giménez Carrasco, matriculado en Ciencias, organizador del batallón Joven Guardia, que luchó en Extremadura y la sierra madrileña. Tenía la graduación de comandante-jefe de operaciones del Primer Cuerpo de Ejército. Se insertaba a continuación una relación de afiliados caídos: Cuartero, De la Loma, Juan López y el mencionado Giménez Carrasco. ¡Cuatro en un año de guerra!

Las numerosas reuniones del Frente de la Juventud motivaron cierto malestar entre los combatientes rojos. *Informaciones* publicó un artículo que decía:

> «Ya está bien, camaradas orientadores, ¡ya está bien! ¿Cuándo tomáis el acuerdo al final de una de esas magníficas asambleas «de lo mejor de la juventud» de pedir un fusil y marchar al frente? Y allí enfrentarse con el enemigo, que por cierto no se parapeta en los patios de butacas.»

El único intento madrileño para devolver la normalidad los Institutos, fracasó rotundamente. Por cierto, que fieles, a su concepto de estimar los centros de estudio como reductos «fascistas», prepararon, anunciándolo en la

[247] Sin temor a la risa de propios y extraños, Calvo Serer alegó en el verano de 1972 en la T. V. italiana que había pertenecido a las Brigadas Internacionales a la 12 de Garibaldi.

[248] Los rojos no comunicaron nunca la presencia de soviéticos en sus filas. En la propia Unión Soviética, hasta época reciente, no se declaró la verdad. Como, además, de sus campañas se deducía que las filas del ejército de Franco estaban nutridas con mercenarios extranjeros, cuando en combates aéreos sobre Madrid fueron abatidos los primeros aviadores rusos, alguno que logró descender con paracaídas en las líneas propias, fue fusilado por los mismos milicianos, por entender, al hablar un idioma desconocido, que no podía tratarse más que de un enemigo.

Prensa, una rigurosa depuración de los bachilleres. Por entonces los estudiantes en zona roja comenzaron a organizarse eficazmente, y no tardaron en dirigir los grupos mas activos de la llamada «Quinta Columna».

LOCOS DEL CORAZÓN

En mayo desaparecía la resistencia en el Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, empresa de titanes, que resistió durante meses el asedio de los milicianos, quienes al ocupar las machacadas piedras no encontraron un solo defensor ileso. La masa de combatientes del Santuario estaba formada por guardias civiles, encargados de borrar con sangre la conducta de sus compañeros asaltantes del Cuartel de la Montaña, de Madrid, y de los que sofocaron la rebelión catalana. Un parte de su jefe, el capitán Cortés, en el mes de abril, después de un cerco de ocho meses, nos da el verdadero calificativo de la inaudita resistencia: «Esto es ya locura.» Tanques, escuadrillas de bombardeo, baterías de distintos calibres, morteros y lanzaminas, amén de setenta ametralladoras, era el armamento de los millares de soldados republicanos que asediaron a trescientos hombres, cuyo máximo lujo militar consistía en una solitaria ametralladora.

En la hazaña, pese a las especiales circunstancias de la concentración, no faltó la representación estudiantil falangista; José Liebanas, alumno del último año de Medicina, fue el único médico del Santuario. Bajo sus cuidados nacieron niños de las mujeres de los guardias civiles allí refugiados, operaba a los heridos y cuidaba de que la fortaleza no se debilitara por abandono sanitario; todo ello compatible con ocupar el puesto de soldado en los momentos difíciles. Al caer el Santuario intentó la huida hacia el sector nacional de Porcuna; pero a los cuatro días, extenuado, cayó prisionero. Le propusieron declarar contra los defensores, diciendo que se había pasado al bando rojo; su respuesta fue clara: «Mi jefe es Franco y no hay más España que la nacional.» El campo andaluz, tan escaso de justicia, daba pródigo torrentes de valor sin limitaciones de edad; así, por la parte más escarpada del Santuario, unos flechas con pistolas llegaron a rechazar un ataque por sorpresa [249].

Seguramente por pereza mental, inclinados a la comodidad de los lugares comunes, se han levantado teorías sobre supuesta frivolidad congénita de Andalucía. Repasen quienes pudieran haber caído en ese tópico las relaciones de estudiantes andaluces muertos por sus ideas [250].

LA CENTURIA NAVARRA DEL S. E. U., EN LA CAMPAÑA DEL NORTE

En junio, Nicolás Berástegui, jefe del S. E. U. de Vizcaya, moría en el Escamplero, siendo alférez de Regulares. En el mismo mes, el día 19, conducidos por Franco, venciendo las fortificaciones y las tradiciones, los herederos de las huestes de Don Carlos entraron triunfadores en Bilbao, después de una campaña de tres meses [251].La línea defendida por las tropas del Gobierno autónomo de Euzkadi, que presidía Aguirre, pasaba por Durango, Amorebieta y Guernica; detrás quedaba el cinturón de hierro. Las tres poblaciones fueron bombardeadas. Por Durango y Amorebieta, nadie levantó la voz; pero Guernica reunía condiciones excepcionales para montar una desorbitada y eficaz propaganda, pues era la ciudad de los fueros. Picasso pintó un famoso cuadro y el estruendo de las voces aún dura. El nudo de comunicaciones de Guernica y su ferrocarril, paralelo al frente, quedaron anulados; el Ejército republicano, al abandonar la villa, llevó a cabo voladuras también de carácter militar [252].

En plena ofensiva nacional se produjo un confuso hecho que aumentó la desconfianza hacia los vascos de Bilbao del Gobierno de Valencia. Se trataba de una carta del secretario de Estado del Vaticano, cardenal Pacelli, mediando entre el Gobierno de Euzkadi y el de la España nacional, y que por error llegó a manos del Gobierno republicano. El general ruso Goriev —Jan Berzin, en España— se trasladó a Bilbao en submarino; modernos aviones soviéticos fueron enviados al Norte —muchos de ellos hubieron de aterrizar en Francia— y el general Llano de la Encomienda fue destituido.

Desde el punto de vista religioso, la provincia de Vizcaya [253]era como una isla, en donde tenían normalidad las prácticas cristianas. Pasada la raya de Santander, Dios había sido asesinado, al igual que en el resto de la zona roja. En Euzkadi se repitió la imagen del «cura trabucaire», y unos pocos fueron cogidos en las trincheras

[249] La exaltación cinematográfica del Santuario sería realizada más adelante por un afiliado a la F. U. E., Arturo Ruiz del Castillo
[250] Véase apéndice.
[251] Un requeté, estudiante de Bachillerato, Emilio Herrera, relataría la victoria en Vizcaya en «Los mil días del tercio navarro».
[252] Para los rojos y sus amigos constituye un «slogan» permanente el bombardeo de Guernica, que atribuyen a la aviación enviada por Hitler. Después, el mundo conoció bombardeos horrorosos, como los ingleses con bombas de fósforo sobre Hamburgo o los de Berlín con la guerra vencida, sembrando la muerte y la total destrucción en kilómetros cuadrados, y los propios alemanes sobre Rusia, Polonia o Inglaterra. En Dresden, el 3 de febrero de 1945, con la guerra militarmente acabada y la ciudad repleta de fugitivos que huían de los invasores soviéticos, a las diez de la noche 800 bombarderos pesados ingleses arrojaron toneladas de bombas incendiarias y minas. Hora y media más tarde 529 bombarderos repiten la acción. Al día siguiente 316 superfortalezas volantes americanas completan la obra. Hubo 130.000 víctimas. ¡Más que en Hiroshima!, pero todo ello, al parecer, careció de importancia y ni modestos pintores se ocupan del caso. Lo verdaderamente trascendente sigue siendo para ciertos extranjeros la acción sobre la villa de Guernica.
Mola se dio cuenta del error psicológico del bombardeo pese a su justificación militar y parece que hasta la calle, en Vitoria, llegaron las voces que dirigió a los responsables.
[253] Aún así, no quedaron exentos de la mancha persecutoria. En la matanza de Bilbao, en el barco-prisión «Cabo Quilates», fueron asesinados quince sacerdotes. Y más tarde aumentaba el martirio sacerdotal en el asalto a las prisiones vizcaínas de tierra.

manejando fusiles. No creemos pueda tener justificación, en ningún caso, un arma en la mano de un sacerdote, pero si además estaban empuñadas contra otros vascos y navarros respaldados por sus obispos y el Pontífice, repletos de escapularios y cruces, el hecho resultaba monstruoso. Lo que ocurría tenía una explicación, si es que puede llamarse así: antes que sacerdotes eran separatistas.

Durante la ofensiva murió en accidente aéreo, cuando se dirigía a Burgos, el general Mola.

En el alto de Bizcargui, en su conquista y defensa posterior, entró en fuego la única unidad combatiente que de manera oficial llevó el nombre de «Centuria del S. E. U.» Se había formado en Pamplona, en diciembre de 1936, y todos sus componentes eran voluntarios, en un ochenta por ciento navarros y el resto guipuzcoanos. Al frente de la Centuria estaba el jefe provincial del Sindicato, Jesús Romeo Gorría, y figuraban como jefes de Falange y Escuadras los estudiantes José María del Moral, los hermanos Echeverría, Maisterrena, Santiago Salvatierra, Iñigo García, dos Arrechea Sagardía, Navarro, Iraburu y Uriarte. En el Bizcargui tuvo su primer caído, Mariano Sanz, estudiante de Bachillerato, dieciséis años e hijo único. Después, por la brecha abierta por Larrabezúa, en el «cinturón de hierro de Bilbao», sistema de fortificaciones en el que los republicanos pusieron grandes esperanzas, fue en vanguardia, con la Segunda Bandera de la Falange de Navarra, en la toma de Galdácano y Arrigorriaga y en la conquista del Pagasarri, hasta la capital de Vizcaya, participando en la persecución del ejército vencido hasta la raya de Santander. En la ofensiva caía un estudiante, defensor del cerco de Oviedo, Celestino Fernández.

En agosto, y en doce días, el Ejército nacional ocupó, en una limpia maniobra, Santander y su provincia. Antes de la batalla liberadora moría en aquel frente, al mando de una Centuria, Guillermo, el tercero de los Aznar y uno de los más destacados de las milicias de estudiantes madrileños. En la rotura de este frente libró un fantástico combate la «Centuria del S. E. U.» en el sector de Brañosera; fue su acción más destacada, en un repetido ataque con bombas de mano, salvando alambradas y trincheras, cubriendo su objetivo al precio de diecisiete muertos, entre ellos Pedro María Echeverría Maisterrena y Jacinto Uñarte. Entre los veinte heridos figuraban Jesús Romeo y Juan Miguel Iraburu, que moriría en el hospital con un libro de versos al lado. La Centuria cantaba la letrilla que, sobre una tonadilla antibritánica de los bóers, compusieron Iraburu y José María del Moral:

Con un cisne de nieve en la camisa azul...

lucharemos con ilusión,

que es nuestra la victoria por cielo, tierra y mar.

La huida de los cabecillas santanderinos dio ocasión para que el Ejército entrara formado en la capital, en donde fue recibido triunfalmente. Entre las tropas legionarias que conquistaron la capital montañesa iba el teniente Agustín Zancajo Osorio, estudiante, en posesión de una medalla militar, herido varias veces, propuesto para una Laureada colectiva; era ejemplar por su inteligencia y austeridad-le entregaron el Gobierno Civil de la provincia, en donde dormía en un jergón tirado en el suelo. No tardó en volver a las trincheras, en donde acabó su vida.

Asturias fue liberada por las columnas que operaron de Este a Oeste. En ellas, encuadrado en la Primera Brigada de Navarra, estaba la Centuria del S. E. U. guerreando en el Mazuco, en el paso del Sella, en las Peñas de Toraño, en la marcha de Arriondas a Colunga. Las bajas, principalmente en la toma de Cuera, hicieron que apenas tres escuadras de la centuria que formó en el Bizcargui, en el mes de marzo, pudieran asomarse en octubre al Musel recobrado. En la Cuarta de Navarra encontró su muerte el alférez Juan del Carre, para quien se pidió la Laureada de San Fernando; procedía de la A. E. T. de Valladolid.

Del nervio de los luchadores asturianos y del valor que se puso en juego para dominarles da buena idea un episodio del que fue protagonista la Sexta Bandera de Falange de la 62 División, formada, según su jefe, el general Sagardía, «por mitades de hombres del campo y estudiantes?.

«La ascensión es lenta, debido al fuego enemigo y a lo escarpado de las pendientes que hay que escalar; pero es el tesón, la voluntad de vencer, el espíritu de sacrificio llevado al máximo el que hace que al que cae le sustituya otro inmediatamente y, palmo a palmo, sigue avanzando esa unidad, que está escribiendo su mejor página de gloria; llega uno a la cumbre y al momento es derribado; al punto le sustituye un segundo y un tercero, que, como los anteriores, allí quedan para no levantarse más. Pero la marcha de la unidad prosigue sin interrupción; un grupo se apodera de la cima y al momento es diezmado; mas no importa, otros cubren los huecos, hasta que son quince o veinte los que se encuentran en la divisoria. Ya es muy difícil echarlos; saben combatir, colocarse y no están dispuestos a dar un paso atrás. La unidad entera sigue su avance y, en un arranque decidido, dos compañías se colocan en la altura.»

«Da idea del espíritu de los defensores el hecho de que, tomado el Cerro del Águila, un grupo de ellos, ante la imposibilidad de poder escapar, por estar completamente rodeadas las altas peñas que les habían servido de nido, simultáneamente se prendieron fuego a las mechas de las granadas de mano que, a modo de cinturón, rodeaban su cuerpo. El espectáculo era impresionante; veinte hombres yacían despedazados en el pequeño hayedo que, rodeado de rocas, quedó convertido en cementerio de aquellos héroes» [254].

La historia de cualquier unidad es una serie inacabable de hechos portentosos. Esta 62 División tiene en las ásperas tierras burgalesas de La Lora un monumento con una leyenda, esculpida en mármol, que dice:

«En la campaña de Guipúzcoa se formó, en San Sebastián, una columna con voluntarios navarros, guipuzcoanos y riojanos; naciendo fundidas en el signo de la hermandad, el servicio y la jerarquía dos Banderas de Falange Española.

[254] «Del alto Ebro a las fuentes del Llobregat», General Sagardía.

La columna marchó a los páramos de La Lora el 30 de septiembre de 1936, armada de corazón alegre, fusil y camisa azul.

En el correr de los días, de recio batallar, fueron creciendo nuevas unidades que aportaban su esfuerzo heroico, y así unas centurias de la Falange engendraron la 62 División, invicta, ardiente, heroica.

Lucharon sus hombres por la Patria, el Pan y la Justicia; cubrieron con sus muertos los frentes de guerra y desde La Montaña incorporaron a la unidad el mar de Castilla. Se batieron en Santander, León, Asturias, Teruel, Aragón y Cataluña, y, alta la cabeza, fueron artesanos del mejor porvenir español.»

El 21 de octubre terminaba totalmente la campaña del Norte. Mientras la Quinta Columna se apoderaba de las calles gijonesas, Belarmino Tomás, con todos los dirigentes, abandonaba a sus tropas. La moral de los mineros asturianos estaba tan resquebrajada que la Cuarta Bandera de Navarra cubrió sus últimos objetivos con el fusil al hombro. Gijón pasó a poder de la Quinta Columna antes de la llegada de las tropas liberadoras. Desaparecía un ejército de 150.000 hombres valerosos y la guerra no podía tener ya más que un vencedor. La responsabilidad de la prolongación del cruel conflicto caía, íntegra, sobre los hombros del Gobierno de Valencia.

REACCIONES DEL EJERCITO ROJO

Después de la caída de Bilbao, los republicanos lanzaron su ofensiva de Brúñete, tratando de evitar la pérdida del Norte; impedir la ofensiva nacional durante la época propicia del verano y liberar a Madrid del semicereo que padecía. La batalla fue cruenta; los batallones nacionales sufrieron cerca de 13.000 bajas, cuantía elevadísima en proporción con las luchas anteriores. Los primeros ataques de las Brigadas marxistas, protegidas por 128 tanques rusos, se encontraron con una Bandera de Falange en Quijorna, una Centuria en Los Llanos, otra Bandera en Villanueva de la Cañada y una Centuria en Villanueva del Pardillo. De la dureza de la lucha dan fe los doscientos muertos de la Bandera que cubría el sector de Villanueva de la Cañada. En la batalla de Brúñete morían Miguel Álvarez Medina, Victoriano García Berzosa, Antonio Fernández Saiz, Enrique Rey Alegría, Onofre Giménez Gari, David García. Se hace trabajoso enumerar la lista de estudiantes caídos o mutilados. Por destacado en el S. E. U. citaremos a Salvador Vallina, que en los primeros ataques, al frente de sus tropas, recibió un tiro que le invalidaría para siempre.

En la batalla de Brúñete murió el estudiante de Toledo Francisco Castro Miranda. No había estado en el Alcázar y cuando se liberó la ciudad se incorporó, pese a sus diecisiete años, a la Centuria Alcázar-Villaescusa, que mandaba el capitán Vela Hidalgo, haciéndolo sin conocimiento de su padre, comandante de Infantería. Al día siguiente de uno de los encarnizados combates en los que participó la Centuria, en un sector de la Casa de Campo, el joven cantarada, a quien sus compañeros de milicia llamaban «Meco», recibió una emocionante carta de su padre:

> «Querido hijo: Sé dónde estás. Y no has debido marcharte de casa sin mi autorización. A pesar de ello, no te reclamaré para sustraerte del frente, aun cuando tengo medios sobrados para ello y perfecto derecho, dada tu corta edad. Siendo un niño, has tomado una decisión de hombre. Es un servicio a nuestra Patria, que está en grave peligro, y no te lo censuro. Pero ya que te has decidido a servir como hombre, como tal tienes que conducirte. La obediencia a tus superiores y el valor ante los mayores peligros no te deben faltar. Ya sabes lo que te quiero y puedes imaginar cuánto me apenaría si un día me dieran la noticia de tu muerte, pero mucho más me apenaría el oír que mi hijo es un cobarde. Que Dios te proteja.»

La Centuria a la que pertenecía «Meco» fue incorporada al Batallón de Infantería número 75, de la Victoria, mandado por su padre. El 8 de julio fue herido Francisco. Pocos días después, sin curar de su herida, se presentó nuevamente en su unidad, en plena batalla. Y el día 25 moría de un balazo en el cuello. La batalla no permitió al comandante Castro abandonar su puesto, no pudiendo asistir al entierro que la Falange de Toledo hizo a su hijo.

Con la frustrada intención de impedir la caída de Asturias, el mando rojo montó una fuerte ofensiva que comprendía todo el frente de Aragón y que tenía como objetivo Zaragoza. La orden general de operaciones del Ejército republicano del Este, fechada en Lérida el 20 de agosto, decía: «El enemigo ha concentrado sus mejores unidades y casi toda su aviación y artillería en el frente del Norte, y avanza con el propósito de tomar Santander. Como consecuencia, la zona Zuera-Perdiguera-Alfajarín-Villafranca-Quinto y Belchite está guarnecida por escasas fuerzas de no muy buena calidad. En Zaragoza, las reservas son escasas y mal instruidas.» La información roja era buena, menos en un punto, su menosprecio de los defensores, y bien caro pagarían su error. En la memoria de los combatientes de aquel sector estaba vivo el episodio de la sierra de Alcubierre, en donde en la posición de San Simón, aislada entre barrancadas, sólo pudieron poner pie los atacantes cuando perecieron la totalidad de sus sesenta defensores, que formaban la Falange número 25, entre los que no podían faltar estudiantes: Eduardo Esteve Jiménez, José María Chía, Pedro Guijarro Torno, José María Hernández Zorzano, Julio Sánchez Blazquez... Sólo dos de los mencionados habían cumplido los veinte años. La batalla, esta vez, adquirió su mayor encono en el sector de Belchite. Los primeros en operar en este frente habían sido grupos del S. E. U. de Zaragoza. El 9 de agosto de 1936, ante un fuerte ataque, es defendida, utilizando el arma blanca, por las Falanges 4.a, 5.a, 19, 21, 22 y 25. A finales de ese mes, los requetés forman el Tercio de Almogávares, que había de luchar denodadamente hasta el final. Pero los ataques de agosto de 1937 habían de ser los más duros. El Alcázar de Adobes, como se llamó a Belchite, resistió durante doce días feroces acometidas. Al final, parte de los combatientes, rompiendo el cerco, llegaron a las trincheras nacionales; al evacuar la plaza habían agotado los medicamentos, las municiones y el agua. Cuando se abandonó la idea de liberar a los cercados, el falangista Ramón Alfonso, alcalde de la villa,

contestó: «Los españoles de aquí no tenemos prisa. Si antes que lleguéis llega la muerte, ¡bien venida sea!» Y allí murió, entre las ruinas de su pueblo, y en ellas también quedaron los estudiantes Eduardo Cariñena Castell, José Antonio Franco Cebollero, Jaime Gallego Piedrafita, Manuel Pascual León, Joaquín Pérez Martínez, Mariano de Nicolás Sanz y Eduardo González-Aurrioles, alférez de Tiradores de Ifni, que había ostentado la jefatura provincial del Sindicato en Granada.

El Ejército rojo logró una importante penetración en el sector de Zuera, en las orillas del río Gallego. En los contraataques para restablecer la línea primitiva alcanzó una Medalla Militar y la muerte el alférez Fernando Botas Blanco, del S. E. U. de El Ferrol. La resolución del juicio contradictorio relata así la acción: «El 24 de septiembre, el alférez provisional Fernando Botas Blanco, al frente de una sección de veintiséis voluntarios, recibió el cometido de envolver la fuerte posición de Paridera de Arriba, desde la que el enemigo dificultaba el avance del Batallón. Consciente de su difícil y arriesgada misión, supo dirigir a sus hombres e infundirles tal entusiasmo que su sección cruzó el fuego de una línea de nidos de ametralladoras, alcanzando la posición enemiga. El estudiante Fernando Botas murió en esta misión, que permitió el avance de la columna.»

A la defensa del sector, en Vértice Sillero, una de las claves de la batalla por Zaragoza, acudió la Cuarta Bandera de Castilla, de la que dijo un informe oficial:

> «Rechazó los ataques del enemigo, que partían de posiciones dominantes y a cincuenta metros de distancia. Su resistencia es épica; llega a tener cerca de 300 bajas en pocos días. Los muertos son enterrados en la misma posición, con la Bandera formada, cantando los himnos de la Falange.»

Muy próximo a Belchite, en el pueblo de Codo, se desarrolló un episodio del que fueron singulares protagonistas un puñado de 182 catalanes, casi todos pasados a la España nacional, encuadrados en el Tercio de requetés de Montserrat [255]. El día 24, 12.000 hombres atacaron las posiciones nacionales, reforzadas después de romper el cerco inicial Por las Falanges 18 y 21 de la Segunda Bandera de Aragón, hasta que agotadas las municiones, concentrados en la llamada Casa del Cura, decidieron atravesar las líneas enemigas sin más armas que la bayoneta. Cuarenta y seis, muchos de ellos heridos, consiguieron llegar a las filas nacionales, el resto pereció en el combate. El alférez Mauricio Alós, perito agrónomo con el título recién estrenado, murió al frente de sus requetés; con él, los estudiantes Luis Amat, José Bach de Fontcuberta, también alférez, destacado por su valor en la A. E. T. de Barcelona; Ricardo Pagés Raventós y Luis Sabat Arnáu, de Ciencias Exactas, con otros dos hermanos en la desesperada salida, mientras su padre era asesinado en Gerona. Allí estaban también parte de los Guardia-Fort, siete hermanos, todos soldados nacionales [256].

En su «Diario de la guerra de España», el corresponsal de «Pravda», Koltsov, escribió refiriéndose a Codo: «Aquí, los republicanos no han hecho ni un solo prisionero.» Pero desgraciadamente no era asi; lo cierto se refleja en una carta del comisario Vilá, de la 25 División, dirigida al Ayuntamiento de San Vicente de Llobregat: «Al entrar nuestras fuerzas fueron hechos prisioneros y, poco después de sus infamantes confesiones, fueron fusilados. Al jefe —se refería al alférez Francisco Bonet— lo fusilamos en medio de la plaza y lo quemamos para evitar contagios malignos.»

La acción de Codo mereció la Laureada colectiva para sus defensores; el estudiante José Valles Prat, cuyo cadáver no pudo ser cubierto con la bandera española, como había pedido, encontraba a cambio la mejor condecoración de su Patria.

En la defensiva aragonesa participaron los internacionales; la Prensa roja destacó a la Brigada Tháelmann; Kleber, jefe de la 45 División, en una alocución, señaló que sus tropas habían llegado hasta cuatro kilómetros de Zaragoza, pero hubieron de retroceder ante la lentitud de las otras unidades, y ensalzaba a la categoría de héroes extraordinarios a los componentes de los batallones Dombrowski y Diakovich. ¿Qué ocurría con la moral de los soldados españoles de la zona roja?

Casi simultáneamente, al final de los ataques a Vértice Sillero, Asturias pasaba íntegramente a ser zona nacional.

En la dramática alegría de las trincheras se popularizó una jota, el «Carrasclás», que sería inseparable de los soldados; el estribillo decía:

¡Carrasclás, carrasclás!

¡Qué bonita serenata!

¡Carrasclás, carrasclás!

¡Ya me estás dando la lata!

Después venía la copla, entre bárbara y picante:

Las mozas de Zaragoza,

goza,

se asoman a los balcones,

[255] En «Así eran nuestros muertos», S. Nonell, Pbro., recoge las vidas y hechos de sus componentes.
[256] Un estudiante de Medicina, Antonio Conill y Mataró, superviviente de la batalla, la relató en 1954 en su libro «Codo. De mi diario de campaña».

cones,

y dicen unas a otras:

Mi novio tiene...

En las trincheras de Aragón, en los frentes nacionales, la contribución de vidas de los estudiantes de Zaragoza sería impresionante [257].

ESCUADRILLA AZUL

El Ejército rojo contó al iniciarse la ofensiva de Brúñete con un cielo de 150 aviones, que bombardeaban y ametrallaban incesantemente los puntos de resistencia. Realmente nunca habían perdido el dominio del aire.

En los últimos días de julio, Pierre Cot, ministro del Frente Popular francés, envía al Gobierno de Madrid cincuenta y cinco aviones —treinta de bombardeo y reconocimiento, quince cazas y diez de transporte—. Casi simultáneamente, el Ejército nacional recibió veinte transportes alemanes y once «Savoias» italianos; eran las primeras entregas importantes para ambos bandos y ya no cesarían. En la aviación roja destacaron varios pilotos rusos de caza: Serov, Biev, Cosainov, Cherkasov. El 1 de enero de 1937 se otorgaba el honor de «héroes de la Unión Soviética» a diecisiete pilotos de los célebres aviones «Rata». Un nombre sonó fuerte en la propaganda: el del escritor francés André Malraux y la escuadrilla de su nombre.

El núcleo técnico de la aviación nacional fue la Legión Cóndor, en donde se centró la ayuda militar alemana; la componían algo más de cinco mil hombres, siendo todos ellos especialistas.

En García Morato y su «Escuadrilla Azul» se condensarían los hechos de las alas nacionales. «Fue el mejor —escribiría el Generalísimo del jefe de aquella "Escuadrilla Azul", así llamada porque —había dicho Morato¿— es el color del cielo y de los falangistas.» Su lema, «Suerte, vista y al toro», fue pronto popular. Las nuevas promociones de aviadores salieron de las filas estudiantiles; la aviación tenía una fuerza atractiva que encontraba espíritus voluntarios sin tasa. Si la juventud había elegido un bello morir antes que la vida aburguesada, no puede extrañar la cita universitaria con los cazas biplanos «Fiat», o los «Heinkel» y «Junkers» alemanes. La avalancha de pilotos estudiantes coincide con la pérdida del dominio del aire por «La Gloriosa», apelativo con que bautizaron a su aviación los republicanos.

De los quinientos servicios de García Morato, con más de cuarenta aviones derribados, tal vez el más emotivo fue su acción solitaria, en vuelo rasante, sobre el campo rojo de Almuriente para dejar un mensaje:

> «En el frente de Teruel, en las inmediaciones del Puerto de Escanden, ha caído en combate el capitán Haya
>
> Su mujer solicita su cadáver. Yo hago mía su petición y, si algún día nos encontramos en el aire, antes de comenzar la lucha os saludaré reconocido.»

Hicieron la guerra del aire Carlos María Valcárcel, José Luis García Casas, Rafael Romero, José Ramón Gavilán [258], César Sanz [259], Demetrio Zorita [260], Arturo Pérez Moreiras, Miguel Rubio Aguilar, Lucena, J. L. Jiménez-Arenas [261]. Muchos encontraron la muerte en sus aviones, como Recaséns, Stefania, Buzón, Francisco Pelayo, Ricardo Alanso Villalón-Daoíz, Manuel Ferreras, Luis Saro, que había recibido el bautismo de fuego en la defensa de Oviedo; Salvador Blanco Román, a quien sus camaradas de la Escuela de Peritos Industriales de Madrid apodaban «King-Kong» por su gran corpulencia; Ángel Fernández, llamado por sus compañeros «Angelón», murió en circunstancias que dicen bien claro de su decisión: volando en un caza, ametrallando trincheras situadas en una ladera, recibió un tiro de arriba abajo; tanto se acercó a la tierra que los situados en la parte superior de las defensas pudieron tirarle apuntando hacia el suelo.

CLIMA DE RETAGUARDIA

El descontento que la unificación produjo, aun cuando no afectaba fundamentalmente a los esfuerzos militares, pedía la busca de soluciones.

Ramón Serrano Súñer, por su amistad con José Antonio y su parentesco con Franco, pareció el hombre idóneo para atar los innumerables cabos sueltos. En la casa de Pilar Primo de Rivera pesaron los puntos de vista de Agustín Aznar y José Antonio Girón, a los que se sumó Dionisio Ridruejo, jefe provincial de la Falange vallisoletana. Todos se mostraron de acuerdo en aceptar el especial estado de cosas existente a cambio de tomar las medidas consiguientes para implantar el programa revolucionario falangista al término de la guerra. Como resultado de las

[257] Véase apéndice.
[258] Gavilán había sido enlace de Mola antes del 18 de Julio. Ascendió a general en 1968.
[259] C. Sanz murió en accidente aéreo recién terminada la guerra.
[260] Zorita fue el primer aviador español que atravesó la barrera del sonido. Murió en 1956 en accidente.
[261] Jiménez-Arenas escribió una historia con el título «Cadenas del aire», que dedicó a sus compañeros estudiantes de Medicina.

conversaciones, González Vicén pasó a ocupar la presidencia de la Junta Política. La “quinta del S. E. U.” [262] alcanzaba una importancia que, desgraciadamente, pronto quedaría disminuida.

El 12 de octubre se celebró una concentración del nuevo Sindicato unificado en el campo de La Serna, de Burgos. Por entonces, gracias al espíritu conciliador de Juan José Pradera, se habían resuelto los problemas que presentaba la integración de los Estudiantes Católicos. Franco, por vez primera, habló directamente a los estudiantes:

> «En nuestras grandes afirmaciones, en nuestro gran despertar del pueblo, han sido siempre las juventudes universitarias y escolares las que formaron la base y dieron la pauta en el camino de la gloria. En 1808 fue la juventud española universitaria la que, incorporándose a nuestros guerrilleros, dio a la Patria aquellas jornadas de gloria En el segundo Año Triunfal que terminamos, fueron taro bien los estudiantes escolares, con sus títulos de Bachiller, los que se encuadraron en nuestro glorioso Ejército Nacional. Nunca fue un Ejército más fiel reflejo de un patriotismo tan exaltado como el del pueblo.»

También se dirigió a los concentrados, en buena parte con un pronunciado olor a trinchera, el señor Sainz Rodríguez, delegado nacional de Cultura:

> «Sé bien a quién hablo. Vosotros y vuestros compañeros sois la vanguardia de la Revolución nacional, van guardia en el espacio y en el tiempo, porque muchos de vosotros lucháis en la línea de fuego y fuisteis los primeros que, en medio de una sociedad acobardada, lanzasteis la semilla de heroismo de vuestra muerte.
>
> «Vosotros seréis las clases dirigentes e intelectuales del mañana.»

Y anunció, como presintiendo su futura conducta:

> »No hagáis caso de las voces bajas, llenas de perjuicios pequeños; oídle a él. El os manda la unión, os emplaza, os señala el único camino posible para la grandeza de España». [263]

La concentración fue pródiga en incidentes e incluso hubo grupo que se negó a desfilar ante el Caudillo, debido a los distintos puntos de vista sobre la unificación. La actitud obedecía más a instintos pasionales que a convicciones arraigadas [264].

Lo ocurrido dio lugar al nombramiento de un juez especial que procesó a casi todos los presidentes de la A. E. T. y jefes del S. E. U., entre ellos Leandro Alegría, de Logroño; Eduardo Valdivieso, de Bilbao; Sadornil, de Burgos, y Renard, de Zamora. José María Zaldívar fue destituido como jefe de las A. E. T., haciéndose cargo de dicha jefatura José María de Olazábal, que desde el primer momento impuso su inteligencia y voluntad para el logro de una amplia y real unidad estudiantil. Las ideas no eran coincidentes, pero el ánimo sí; de ahí que las discrepancias se contrapesarán en los frentes con episodios emocionantes: el estudiante Antonio Conill relató la muerte del requeté catalán Estivill, subido a un parapeto en Codo, mientras cantaba el «Cara al Sol», a lo que respondieron los falangistas de la posición entonando con toda la fuerza de sus gargantas el «Oriamendi» y luchando desesperadamente hasta morir treinta y nueve de los cuarenta que defendían el pueblo. El 11 de noviembre, en la Universidad de Sevilla, se celebró una velada necrológica para honrar la memoria del estudiante Antonio García de la Torre, el primero en vocear por las calles de Sevilla el semanario F. E., incansable en las horas iniciales del Alzamiento. Raimundo Fernández Cuesta, llegado a zona nacional en virtud de un canje, habló al Sindicato:

«Vosotros aportasteis a la Falange todo el brío de vuestra juventud, hastiada de sensateces y de cómodas resignaciones. Trajisteis decisión e inteligencia, doctrina y acción; es decir, los ingredientes necesarios para toda obra revolucionaria.» «...Estad abiertos a todos los amores, pero salvajemente cerrados a todas las intrigas.»

El 21 de noviembre, el Boletín Oficial publicaba los Estatutos del nuevo S. E. U., que apenas diferían de los hasta entonces vigentes. El 16 de diciembre se designó jefe del Sindicato, ya de la Falange Española Tradicionalista, a Heliodoro Fernández Cánepa. El día 2, Raimundo Fernández Cuesta había sido nombrado secretario general de F. E. T. y de las J. O. N. S.

LEYENDA ANTES QUE CANAS

En el fondo de una bolsa, y con un pasillo de comunicación inverosímil, se mantuvo Huesca hasta el final. Aquí también los estudiantes habían sido la mayoría de las fuerzas falangistas y parte importante de sus mandos: Ángel Fontana, secretario provincial; Ramón Sánchez Tovar, delegado de Prensa y Propaganda, y Jesús Rufas, jefe de Milicias. El jefe del Sindicato era Leonardo Etallo Pueyo. En los primeros días del Alzamiento hicieron frente, junto con guardias civiles, a las columnas anarquistas de Barcelona, fijándolas a costa de sembrar la provincia de pequeños «Alcázares». Veintiocho días resistiendo en Estreche Quinto; veinte días aislados en Siétamo, hasta conseguir replegarse al castillo de Aranda, donde las mismas fuerzas aguantaron una semana más. En junio de

[262] Nombre debido a Juan Aparicio, aparecido en un artículo escrito en Salamanca y publicado en Haz en 1940.
[263] Pese a estas palabras, al cesar en sus puestos, Pedro Sáinz Rodríguez, pasó pronto al servicio de la reacción, como cerebro gris. Calvo Serer lo convierte en traidor a su Patria, pues dice: «Sainz Rodríguez salió hacia Lisboa dispuesto —de acuerdo con los ingleses— a formar un gobierno monárquico en Canarias.»
[264] Uno de los promotores expedientados, Tomás Lucendo, fue mas tarde secretario general del Ministerio de Justicia.

1937 terminó la última ofensiva sobre Huesca, con un descalabro para los rojos; pero la ciudad no se vería libre del asedio hasta la gran batalla de Aragón.

El 22 de septiembre de 1937 desencadenaron los republicanos una ofensiva con brigadas internacionales y una importante flota aérea. Objetivo, Jaca, con su doble valor militar y emotivo. En la contención de aquel ataque destacó de forma excepcional un estudiante falangista de Magisterio, el alférez Blasco Vilatela. En el pueblo de Galvis, con unas docenas de hombres, rechazó furiosos ataques, apoyados con tanques, durante treinta y seis horas de combate. Miguel Blasco Vilatela arengaba a sus hombres, distribuía las fuerzas y participaba como un soldado más en la lucha. Pero la enorme superioridad enemiga fue eliminando los combatientes nacionales y, con ello, la defensa se hizo imposible. Organiza entonces la última resistencia en la iglesia. Sin hombres ya, continúa él solo desde la torre haciendo bajas al enemigo. Cuando lo invitan a rendirse, contesta: «Sé morir, pero no rendirme.» Su espíritu combativo es de tal naturaleza que los rojos deciden cañonear la torre que les impide el paso normal por el pueblo. Cuando, por fin, consiguen ocuparla, encuentran que quien les combatía estaba moribundo, con las dos piernas arrancadas por una bala de cañón. La Prensa marxista habló de tan singular resistencia, y los calificativos de locura y fanatismo apenas encubrían una explicable admiración. Se le concedió la Laureada individual y fue la única otorgada en la Cruzada con la sola declaración de combatientes enemigos.

A los estudiantes oscenses se unieron compañeros de otras regiones; a lo largo de su odisea, murieron arma al brazo, en la posición del cementerio, que constituía una de las claves de la difícil defensa, los seuístas de La Coruña, integrados en la Bandera Legionaria, Lino Rodríguez Yáñez y Juan Manuel Nieto Barranco. En los últimos combates murió el alférez Luis Navarro, del S. E. U. cacereño. El frente de Aragón fue cementerio de buen número de oficiales estudiantes extremeño: Agustín Jiménez, Esteban Pozo, Miguel Canal y su primer secretario provincial, Ramón Becerra.

TERUEL, EFÍMERA VICTORIA REPUBLICANA

El año 1938 comenzó con una contrariedad para la España nacional. El 7 de enero desaparecía el último foco de resistencia en Teruel y los rojos podían cantar una victoria efectiva. Un error táctico, no defenderse en el casco de la ciudad, refugiándose, en cambio, en sus endebles edificios, fue causa de la derrota. Durante más de veinte días de cerco, en el Seminario y en la Comandancia Militar se derrochó heroísmo, frenando la ofensiva republicana. Entre los defensores del Seminario estaban el primer jefe del S. E U. de Teruel, Clemente Pamplona, a quien por cierto se dio por muerto equivocadamente, escribiéndose más de un artículo necrológico; el entonces jefe, Ricardo Pardos; Herreros, Almazán..., y allí murieron Vargas, M. Martín, Pérez Palmeiro y Félix Alonso. En los combates previos al asalto encontró su muerte Valeriano Asensio, quien estudiaba y trabajaba a un tiempo para poder pagarse las matrículas. Por su corta edad había sido devuelto por las Banderas XII y XIII de Aragón, formadas por falangistas de Teruel. Valeriano se defendió en una posición de la Muela hasta terminar sus municiones; entonces pretendió recoger las bombas de mano de los rojos que no habían estallado para devolverlas al campo enemigo. Murió gritando: «La Falange no se rinde.»

En un servicio voluntario, Ricardo Pardos, Marcelino Puerto y Ortega, todos ellos menores de diecisiete años, fueron cogidos prisioneros. Desde San Julián consiguieron fugarse, pero Pardos y Ortega, nuevamente apresados, quedarían encerrados en el castillo de Mora de Rubielos.

La «Centuria del S. E. U.», después de unos días en el frente de Guadalajara, pasó a Teruel, operando desde los pinares de Albarracín hasta la cota 1.083, enfrente de la Muela, en donde resultó herido el oficial provisional José María del Moral. Realmente, con las bajas sufridas y el pase de sus componentes a las Academias de Alféreces Provisionales, se había perdido el carácter inicial estudiantil. Eran ya minoría los universitarios; sin embargo, siguió siendo llamada con el nombre seuísta y muchos de sus componentes ostentaban en la derecha de su camisa azul el emblema del cisne [265]. En la batalla de Teruel morían tres hermanos Pedrosa: Carlos, Ramón y Santiago, mientras su hermana Asunción regía en su ausencia el S. E. U. de Lugo. Carlos era el jefe local de Milicias de Lugo y, como teniente provisional de Infantería, caía el 8 de enero de 1938. Ramón, que había servido como jefe de centuria en el «Canarias», guarnecía el 21 de mayo la cota 1.608 del sector de Corbalán, con una sección a su mando; una fuerza enemiga, muy superior numéricamente, llegó hasta las mismas trincheras nacionales; en lucha cuerpo a cuerpo fue herido, pero siguió en su puesto arengando a los suyos hasta rechazar a los asaltantes, muriendo a consecuencia de nuevas heridas. Le fue concedida la Medalla Militar, por aquellos días, Santiago, en un hospital de Zaragoza, se debatía con la muerte, con heridas que había recibido en combate el 7 de mayo, mandando la defensa de una avanzadilla, atacada por la 97 Brigada Mixta, apoyada con intenso fuego artillero y carros de combate, que en dos ocasiones llegaron a penetrar en las líneas propias. En los primeros momentos recibió una grave herida, pero no abandonó la posición hasta que cesaron los intentos enemigos. Ya muerto, fue recompensado con la Cruz Laureada de San Fernando. En el sector de Sabiñánigo murió, siendo alférez de la Primera Bandera del Tercio, el jefe de Prensa y Propaganda del S. E. U. de Palencia, José Villagra González, que había sabido aunar la poesía con el heroísmo.

Los contraataques para recuperar Teruel se vieron detenidos por el ejército enemigo y por tormentas de nieve, con temperaturas de 19 grados bajo cero. Las condiciones de lucha adquirieron tal dureza que en el Batallón

[265] Rafael Casas de la Vega, en su libro «Teruel», recoge distintos relatos sobre la batalla. Entre ellos el de Vigil, estudiante de 5.° de Bachiller en Asturias enrolado en una Bandera de Falange.

Alexander, de voluntarios ingleses, hubo de fusilarse a desertores y en una orden del día de la XI Brigada Internacional se amenazó severamente, a la vista de las muchas automutilaciones habidas [266].

La ofensiva del Ejército nacional fue desviada sobre el río Alfambra, en donde se desarrolló una acción que permitió el envolvimiento de las tropas republicanas, que en febrero abandonaban precipitadamente Teruel, dejando sobre el campo todo el material de guerra [267]. La batalla de Alfambra fue la última gran oportunidad de la Caballería, tras ser asaltadas las posiciones claves a la bayoneta, acción en la que murió el alférez del S. E. U. de Oviedo Fernando García Hawkins.

EL SILENCIO DE ORTEGA

En 1937, con su ensayo «En cuanto al pacifismo...», Ortega parece confirmar su pudibundo reconocimiento de la España nacional. Aquellas líneas, reforzadas con la presencia en el Ejército nacional de su hijo José con la estrella de alférez, fueron acogidas por los estudiantes falangistas con prematura esperanza. Se recordó entonces el artículo leído por José Antonio en la noche del 4 de diciembre de 1935, en la que nació el «Cara al Sol», su homenaje y reproche a don José Ortega y Gasset, que publicaría Haz para celebrar las bodas de plata del maestro con la Universidad.

En el artículo había escrito José Antonio:

> «Don José Ortega y Gasset —que cumple en estos días veinticinco años de profesor— oyó la vocación de la política. En esta hora de valoración, ¿quién podrá negarle si es justo, la clarividencia crítica y la limpieza moral de sus actitudes? No tuvo que expresar a gritos el dolor de España —«acostumbro a gritar pocas veces», ha dicho—; pero nosotros, hombres nacidos del 98 acá, entendemos muy bien el escozor entrañable que esconde la sobriedad castellana de sus gestos. No; don José no quiso hacer de la polítíca un «flirt», pero se dio por vencido Cuando descubrió que «aquello», lo que era no era «aquello» que él quiso que fuese, volvió la espalda con desencanto. Y los conductores no tienen derecho al desencante No pueden entregar en capitulaciones la ilusión maltrecha de tantos como les fueron a la zaga. Don José fue severo con sí mismo y se impuso una larga pena de silencio; pero no era su silencio, sino su voz lo que necesitaba la generación que dejó a la intemperie. Su voz profética y su voz de mando.
>
> Una generación que casi despertó a la inquietud española bajo el signo de Ortega y Gasset se ha impuesto a sí misma, también trágicamente, la misión de vertebrar a España. Muchos de los que se alistaron hubiesen preferido seguir, sin prisas ni arrebatos, la vocación intelectual... Nuestro tiempo no da cuartel. Nos ha correspondido un destino de guerra en el que hay que dejarse sin regateo la piel y las entrañas. Por fidelidad a nuestro destino andamos de lugar en lugar soportando el rubor de las exhibiciones" teniendo que proferir a gritos lo que laboramos en la más silenciosa austeridad; padeciendo la deformidad de los que no nos entienden y de los que no nos quieren entender; derrengándonos en este absurdo simulacro consuetudinario de conquistar la «opinión pública», como si el pueblo, que es capaz de amor y de cólera, pudiera ser colectivamente sujeto de opinión... Todo esto es amargo y difícil, pero no será inútil.»

A Ortega no pareció interesarle cuanto de ilusionado contenía el homenaje y reproche. No es fácil entender su silencio ante el sacrificio heroico de toda una generación que se confesó educada en sus conceptos y hasta en su estilo. Jamás en la Patria una avalancha semejante de jóvenes ha estado dispuesta para escuchar las razones que pudieran salir de su maestro y llevarlas rigurosamente a la política. Muchos universitarios podían suscribir lo afirmado por José María Fontana: «A mí me hizo falangista don José Ortega y Gasset, mucho antes del acto del teatro de la Comedia» [268]. Especialmente «España invertebrada» y «La rebelión de las masas» eran materia de fe.

En un proyecto de Gobierno nacional para terminar la guerra civil, redactado por José Antonio en la cárcel, ponía en Instrucción Pública a Ortega y Gasset.

Nadie le pedía la repetición del sangriento fracaso siciliano de Platón. ¿Le volvió a cegar la idea de ser al tiempo cerebro y brazo o tal vez quiso pagar al Movimiento con su silencio? ¿Sintió la imposibilidad de poner un mínimo de credulidad en cualquier esquema político imaginable? Los defraudados supusieron que su penumbra política se debió al cansancio ante los acontecimientos. Tampoco la mejor filosofía griega había seguido a Alejandro.

Aquel número doce de Haz hubo de repetirse en imprenta, porque en su versión primera aparecía, a continuación del mensaje al profesor ilustre, un artículo con un párrafo tomando a broma a un radical republicano, Eduardo Ortega y Gasset, hermano del filósofo. Quienes sabían a costa de cuántos sacrificios salía a la calle el semanario del S. E. U. podían valorar aquella delicadeza de José Antonio. El «Homenaje y reproche», mensaje esperanzador, encontró un inexplicado silencio.

---

[266] «Reason in revolt». Copeman. Londres, 1948.

[267] En los frentes de Teruel, en las distintas etapas de la guerra, morirían también los estudiantes José María Alfranca, Luis Angulo y de Santapáu, Vicente Banluz, Pedro Jesús Arroyo, Sebastián Boha, Hilarión Calvo, Eduardo Cariñena, José María Estables, Ángel Galdeano, Francisco García Gil, Ángel Hidalgo, Vicente Lusarreta, Ángel Sancho, Herminio Martínez, Pascual Masa, Emerenciano Valtierra, Primitivo de las Heras de la Cal, M. Mateos Santamaría, Luis Jurado Lucio Ibáñez, Vicente Hernández, Manuel Sardina Chao, Francisco Ronquillo, Emilio González Aguirre, Antonio Pérez Martínez Campo-amor, Luis Fernández Suárez, José Rodríguez Iglesias, Juan José Díaz García, José María del Olmo.

[268] «Los catalanes en la guerra de España».

LA ZONA REPUBLICANA, PARTIDA EN DOS

A medida que se opera con mayores concentraciones humanas y de material se va perdiendo o empequeñeciendo la anécdota personal y las intervenciones románticas. Aquel oficio de Carlos M. Valcárcel, «Vale por un cañón», no tiene ya lugar. Ni partidas como «Los hijos de la noche», quince falangistas, «puñado de valientes —dijo Francisco de Cossío— mandados por un tipo clásico de guerrillero: barba hirsuta, como tallada; seco, ágil, resistente», que durante meses mantuvieron, victoriosos, un frente de veinte kilómetros entre Burgos y Santander. Se pierde definitivamente este carácter en la ofensiva de Aragón, que adelantaría las líneas nacionales hasta Lérida y llegaría al mar por Vinaroz, ensanchándose posteriormente hasta Castellón. Uno de los primeros oficiales en pisar tierras catalanas fue Fernando Fontana, jefe del S. E. U. de la Escuela de Comercio de Barcelona. Fue una batalla comentada en las Academias militares de Europa. Con precisión matemática maniobraron los Ejércitos de Franco y el mundo observó que no sólo el valor movía aquellos soldados.

La maniobra que partió la zona republicana en dos comenzó en marzo de 1938, desarticulando las mejores unidades rojas, que, pese a sus reacciones desesperadas, parecían juguetes dentro de la geometría ofensiva que producía bolsas en donde quedaban inutilizados los mejores destacamentos del Ejército rojo. Manuel Aznar, en su detallada historia de la guerra, calificó la batalla de Aragón como la batalla de Franco. En el extremo norte de la ofensiva se rompió el cerco de Huesca, penetrándose en Cataluña. En la gran bolsa de Bielsa operó un Batallón de Montaña repleto de deportistas estudiantes de Aragón y Cataluña, utilizando cuerdas y picos. Podríamos seguir buena parte de la maniobra por la ruta de la Cuarta Centuria de la Tercera Bandera de Aragón, mandada por un afiliado al S. E. U., el alférez García Siso: el 22 de marzo ocupa, por asalto, las posiciones rojas de «las Canteras de Almudévar»; el 23 continúa sus operaciones para la ruptura del cerco oséense; el 24 ocupa los pueblos de Torres de Balbues, Almuniente y Granen; el 25, Poleñico; el 26, Sariñena; el 27, después de atravesar el río Alcanadre, ocupa el pueblo de Albalatillo; el 29 atraviesa el Cinca y ocupa Albalate; el primero de abril penetra cinco kilómetros por tierras de Lérida y al día siguiente conquista en dicha provincia Almacellotas; el 3, Roselló; así hasta el 10, en que para realizar una labor de reconocimiento en la orilla izquierda del Segre, pese a la fuerte corriente, llegó él solo a la otra orilla y, después de reconocer el terreno, regresó a sus líneas, organizando el paso a nado de una Falange, que vivó dos días en campo enemigo, volviendo a sus posiciones llevando seis prisioneros. Recordamos que eran estudiantes los hombres que formaban la oficialidad provisional de tan admirable Ejército.

Después de la toma de Castellón y Sagunto moría, en el sector de Caudiel, el alférez Arturo Pérez Roldan, jefe del S. E. U. palentino [269]; había sido herido en los primeros días del Alzamiento, guerreando al frente de las Milicias de la Falange, en el sector de Barruelo, población minera en donde había realizado sus primeros estudios. Era Arturo Pérez Roldan de espíritu concentrado, que se hacía respetar a pesar de su juventud; el entusiasmo de sus veinte años le llevó a quedarse solo defendiendo una posición, negándose a retroceder y ganando muerte heroica y la Medalla Militar para su unidad. Con su hermano Manuel se sumaría a la serie de familias que entregaron sus vidas a la Patria.

LA POLÍTICA, ARTE COMPLICADO

La mentalidad nacional socialista alemana y la teatralidad fascista iban de sorpresa en sorpresa. ¿Cómo era posible que aquel general español, mediano orador, sin ademanes autoritarios, que no buscaba el aplauso de nadie, con ideas sin espectacularidad, no se plegase a sus deseos y condujese la guerra y la política de manera peculiar? Después de cada batalla victoriosa, Alemania e Italia presionaban en pro de una ofensiva arrolladora que pusiera final rápido a la guerra. Propósito que secundaban en el campo nacional muchos militares y políticos.

Franco no pensaba así; los consejos de los grandes estrategas europeos adolecían de un error, tan grosero que no resulta fácil, treinta años después, entender cómo caían en él profanos y expertos. Franco no hacía una guerra de conquista territorial; necesitaba apurar la descomposición política del mundo rojo, pues de otra forma la victoria militar quedaría invalidada en un país ingobernable. Por otra parte, una campaña rápida exigía destrucciones y sacrificios humanos muy superiores a los sufridos. Téngase en cuenta que un ataque masivo hubiera supuesto la casi total devastación de Madrid y Barcelona. Por el contrario, las destrucciones fueron mínimas; la capital, frente de guerra durante tres años, no conoció ni un solo cañonazo en muchos de sus barrios, y viejos distritos habitados siguen hoy como en 1936 [270]. Por otra parte, el montaje de una gran ofensiva hubiera requerido una mayor ayuda de Alemania e Italia, con similar réplica por parte de la U. R. S. S.; las influencias extranjeras en las dos zonas hubieran sido incontenibles y, con ello, la victoria nacería hipotecada y con el veto irritado del resto de los países occidentales. Españoles y extranjeros tardarían muchos años en darse cuenta de que estaban mandados por un hombre cuyo mecanismo mental estaba al margen del apasionamiento, incrédulo de los sistemas ideológicos partidistas, consciente de los gravísimos defectos de sus compatriotas para la vida colectiva, incapaz de ceder a impulsos desordenados y lejos de cualquier parecido con fáciles esquemas teóricos sobre gobernantes y modos de mandar.

[269] Otros estudiantes murieron en esta batalla: Ángel Antonio Alarcón Martín, José Díaz Fernández, José López Puerta, Onésimo Rad Manjón, José Cachinero, Manuel Navarro Benito, José Fernández Fernández, José Rodríguez Iglesias, Julián Navares, Vicente Ortiz Molinero, Guillermo González Pelliso...

[270] La broma de reprochar a Franco el haber perdido la ocasión de realizar la gran reforma urbana de la capital, dice bien de lo ocurrido. Las destrucciones de Madrid se limitaron estrictamente a las zonas de combate. El «bombardeo» más eficaz fue el llevado a cabo por aviones nacionales, arrojando panecillos sobre la hambrienta población madrileña.

Franco prestó siempre atención especial a la política francesa; precisamente después de la entrada de las tropas alemanas en Viena, logrando el Anschluss, unión que contravenía la paz de Versalles, León Blum pensó en una ayuda masiva a los republicanos, pero las opiniones de los militares galos y la prudencia política de Salamanca, teniendo a raya las pretensiones italogermanas. lograron la neutralidad francesa.

En un Consejo de Ministros, celebrado por el Gobierno rojo el 15 de marzo de 1938, Indalecio Prieto, alegando que la guerra estaba irremisiblemente perdida, propuso una política en consonancia con «la triste realidad». ¿Cómo fue posible que no se rindieran? Porque Negrín especulaba para salvarse, con la esperanza de la guerra en Europa. La crisis de los sudetes, minoría étnica germana, del Norte de Checoslovaquia, que Alemania amenazaba con invadir, alentaba la postura del Gobierno republicano. La especulación de Negrín costaría la vida a miles de españoles de los dos bandos. En esa situación internacional, Franco hizo su primera declaración de neutralidad; tanto en Berlín y Roma como en Londres y París se estimó aquello como Una finta diplomática, pero es lo cierto que produjo desconcierto y extrañeza.

NAVEGAR ES NECESARIO

En el encuentro de la infantería con el mar Mediterráneo estaría ausente el crucero «Baleares».

La guerra del mar da pocas ocasiones para el heroísmo individual; la unidad mínima es el barco, por eso los pesqueros, apresuradamente artillados, se acercaban al gesto personal. En una de las primeras intervenciones de los «bous» armados, dos estudiantes, Ismael Herráiz y Tejero, liberaron Panjón, en las cercanías de Vigo, en los comienzos del Alzamiento. Fueron muchos los estudiantes seducidos por la aventura en los pequeños «bous», pero poco a poco embarcaban en las unidades de más tonelaje. Relató el almirante Salvador Moreno que al hacerse cargo del crucero «Almirante Cervera», que se encontraba el 18 de julio en los diques de El Ferrol, apenas contaba con un centenar de hombres de los 760 que correspondían a su dotación; el crucero se hizo a la mar gracias a «voluntarios decididos de dieciséis años». Era una muestra de actividad del S. E. U. de El Ferrol, en donde destacaban Sandino Gavilanes, Joaquín Bruquetas y Eduardo Urgorri [271].

El «Baleares», roto por un certero torpedo enemigo, se hundió en la madrugada del 5 de marzo; el crucero desapareció con su tripulación formada en cubierta, rodeada de llamas, cantando el «Cara al Sol»; con ellos quedó sepultado el afán marinero de numerosos estudiantes de Vigo, Cádiz y Baleares, y otros de tierra adentro, como Domiciano Maté Ahedo, jefe del Sindicato de Burgos, y el de Milicias de Lugo, Carlos Azcárraga, quien, en el tiempo anterior a la guerra, suplía la escasa propaganda impresa dibujando en papel siluetas del Peñón de Gibraltar con la frase de Julio Ruiz de Alda: «España limita al Sur con la vergüenza de Gibraltar.» Con el «Baleares», encontraron en el mar su cementerio los hermanos Lacave Abárzuza, Luis y Agustín; Carlos Posada Lago, Carlos Herbert Pardo, Ángel Domínguez Rey, Valeriano Valdivieso, Miguel Lorenzo Pérez, Juan Jacobo Pedrosa y López Dávila y Guillermo Arnáiz García, destacado primero en distintos «bous», y José María Fernández Martínez, jefe del S. E. U. de Navia. Junto a sus hermanos mayores, los flechas navales morían asombrosamente, como Manuel Lois García, que en un combate anterior, en el que fue alcanzado el crucero en un pañol de urgencia, se arrojó decidido sobre la puerta y la abrió, quemándose las manos, para después arrojar los proyectiles ardientes al mar y, cuando sus manos eran dos piltrafas quemadas, siguió su obra cogiendo la munición con los brazos hasta caer desplomado, gritando «¡Arriba España!» y ganado para un niño la primera Laureada individual.

REPUNTA LA VIDA CULTURAL

En al retaguardia, mientras tanto, se delineaba el nuevo Estado. El 30 de enero se disolvía la Junta Técnica y quedaba constituido el primer Gobierno presidido por Franco. La juventud tenía bastante que hacer en el frente y no concedía atención especial a la retaguardia. Del Ministerio de Educación Nacional se encargó Sainz Rodríguez, que dictó en febrero dos Ordenes ministeriales creando los días del Estudiante Caído y de la Cultura.

> «El heroico sacrificio de la juventud por la redención de España en nuestra Cruzada nacional constituye el más alto y generoso ejemplo que debe cantarse, exaltarse y perpetuarse para estímulo de las generaciones futuras. El 9 de febrero de 1934 caía gloriosamente, bajo las balas de la anti-España, el estudiante Matías Monterio al propagar, repartiendo el semanario «F. E.», gérmenes de las ideas salvadoras de nuestro Movimiento Nacional. Las ideas que se escribieron con sangre heroica y juvenil son eternamente fecundas. Por ello, para perpetuación de este ejemplo entre las jóvenes generaciones, el Ministerio de Educación Nacional ha resuelto:
>
> Declarar festivo el día 9 de febrero en todos los centros docentes del Estado español.
>
> «El lema «Estudio y Acción», preciso y magnífico exponente de los anhelos del Sindicato Español Universitario, señala concretamente que, después de la exaltación y el honor supremo rendido al heroísmo de los estudiantes caídos en la acción salvadora, se vuelva nuestro recuerdo a la potencialidad todopoderosa del estudio de lo intelectual y de lo formativo.
>
> .....

[271] Urgorri fue herido en el «Almirante Cervera», en donde también sirvió José Antonio Giménez Arnau, que había ganado sus primeras oposiciones precisamente en julio del 36.

> ... desde este Ministerio de Educación Nacional, deseando perpetuar en las jóvenes inteligencias el recuerdo inmortal de Santo Tomás de Aquino, fundamento de la filosofía católica y santo Patrono de arraigada tradición en la Universidad española, se declara festivo el día 7 de marzo en los Centros docentes del Estado español.» [272]

En el aquel primer Gobierno fue nombrado ministro del Interior Serrano Súñer; su departamento era el más importante políticamente considerado y comprendía las actividades de lo que después serían Ministerios de Gobernación e Información y Turismo; en él se hizo cargo de la propaganda Dionisio Ridruejo. Un joven profesor de la Universidad de Salamanca, Antonio Tovar, que procedía de la F. U. E., se convirtió en uno de los más agudos intelectuales falangistas y asumió la dirección del bastión de Radio Nacional de España. José Antonio Giménez Arnáu se hizo cargo de la dirección de Prensa.

La doctrina falangista hizo posible que no degenerase el Alzamiento en un vulgar golpe militar. Inevitablemente, salvo las mentes reaccionarias, los valores intelectuales de la zona nacional se agruparon bajo la ideología joseantoniana. Alcanzaron atención especial los ensayos políticos de Pedro Laín, que se da a conocer junto al grupo que en Pamplona surgía alrededor del sacerdote Fermín Yzurdiaga, creador de la revista cultural Jerarquía, subtitulada «Revista Negra de la Falange». En Burgos aparecería Destino, semanario falangista pensado para Cataluña.

Aparece el primero de agosto, en la capital navarra, el primer diario falangista, ¡Arriba España!, de cuya dirección se encargó Ángel María Pascual, que estaba entonces guerreando al frente de dos escuadras en el sector de Jaca. Poco después aparece en Sevilla F. E., otro diario, del que fueron artífices Patricio Canales, Joaquín López Huici y Enrique Sotomayor. José Antonio Giménez Arnáu funda Unidad, de San Sebastián. Las gentes del S. E. U. no sólo participaban en la tarea de dar vida a la Prensa diaria impresa, movían decenas de periódicos de campaña; baste un nombre, El Garigolo, de una Bandera de Falange, de la que era capitán José Antonio Girón.

Quedó constituido el primer Consejo Nacional de F. E. T. y de las J. O. N. S. En él, Gamero, Pradera y Ridruejo trataron de reforzar la influencia política de la Falange Unificada; pero su proyecto, tendente a quitarle al Estado determinadas funciones, estaba, en circunstancias de guerra, llamado al fracaso. Como consecuencia de los eternos malentendidos, Agustín Aznar fue nuevamente detenido.

En los trabajos del Consejo adquirió importancia la redacción del Fuero del Trabajo, en el que se quería compendiar las ansias de revolución social que caracterizaba a la nueva generación. La voz del sindicalismo nacional se condensaba en un trabajo del que eran autores otros dos universitarios destacados: Joaquín Garriges y Javier Conde. Se aprobó un articulado menos radical. Aun así, quedaba lejos de la conocida ramplonería derechista. Fue aprobado el 9 de marzo y terminaba con una promesa lógica y esperanzadora:

> «El Estado se compromete a incorporar a la juventud combatiente a los puestos de trabajo, de honor o de mando, a los que tienen derecho como españoles y que han conquistado como héroes.»

Surge la primer novela de la guerra: «Madrid, de Corte a Checa», de Agustín de Foxá; casi una historia estudiantil que comienza con las andanzas de la F. U. E. en los últimos años de la Monarquía.

En junio aparece «Eugenio, o proclamación de la primavera», de Rafael García Serrano. Lo había comenzado en el 36 y lo terminó en septiembre del 37, en la 26 Bandera de Navarra. Es un relato con sorprendente estilo del modo de ser de sus camaradas universitarios. En septiembre reaparecería Has, editado en Bilbao y destinado a establecer contacto con los estudiantes, en él destacarían los escritos de Enrique Sotomayor.

Con Edger Neville, Antonio de Obregón y Augusto García Vínolas renace la vida cinematográfica, centrada, claro es, en la actividad de los frentes. Y con Miguel Mihura se atisba un nuevo humor teatral, emparentado con Jardiel Poncela.

Eugenio d'Ors, que tanto influyera en el pensamiento joseantoniano, organiza en la Universidad de Salamanca una barroca fidelidad académica, a la que asiste Pío Baroja y en la que D'Ors, vestido con camisa azul, invocó a los ángeles custodios.

Así, afines a los rojos no quedaban otros españoles, dentro del campo intelectual, que los directamente comprometidos en su política, la mayoría en el triste papel de «compañeros de viaje», entre los extranjeros, la corriente de aliento al Gobierno de Negrín era de más consideración. En julio de 1937 se había celebrado en Valencia un Congreso de Escritores, que preparó en Moscú Rafael Alberti; en general, los asistentes pertenecían al Partido Comunista y ocuparon sitio de honor los soviéticos Alexei Tolstoi, Alejandro Fadeiev, Ilyá Ehrenburg, Vsévolod Vishmevski y Mijail Koltsov. El apoyo de muchos intelectuales extranjeros al Gobierno republicano tenía esta motivación: la política racista de Hitler había arrojado de Alemania a relevantes personalidades judías, que fueron núcleos activos que encontraron la simpatía de los intelectuales americanos, franceses, ingleses y nórdicos. La inclinación alemana por el bando nacional llevó aparejada la enemiga de los exiliados y sus amigos. Más de uno mostraría posteriormente el poco arraigo de su actitud, asi Hemingway. Tampoco fueron infrecuentes casos como el de David Alfaro Siqueiros, el pintor mejicano que luchó en las filas del Gobierno de Valencia y que terminaría encarcelado en su país por el mismo Régimen que le había enviado con armas a la zona de Negrín. Los estudiantes hispanoamericanos no siguieron el camino de sus compañeros españoles con la misma unanimidad, creándose divisiones que les hicieron chocar violentamente. Uno de los pocos voluntarios estudiantes venidos a España, el cubano Alberto Sánchez, moriría valerosamente en una Brigada comunista en la batalla de Brúñete.

[272] La modificación del calendario litúrgico llevó al 28 de enero esta festividad.

Inesperadamente, para los no falangistas, surgen movimientos de raíz joseantoniana en los pueblos hermanos de América. En agosto de 1938 nace la Falange boliviana, bajo el liderato de Osear Unzaga; otra en Chile, con Frei, y también en el Ecuador [273].

MILICIAS CLANDESTINAS

En la retaguardia de Negrín, el primer jefe nacional del S. E. U., Manolo Valdés, desde la cárcel asumió el mando del movimiento clandestino, cuyo crecimiento creó un enrarecido ambiente para los rojos. Con Valdés colaboró un grupo de universitarios destacados: Antonio Garríguez, Antonio Luna y Salvador Lisarrague, que tendrían decidida intervención en la caída de Madrid. Actuaban tres grupos con independencia: el Socorro Azul, las Milicias y otro, más reducido, que montó un eficaz Servicio de Información Militar. El Socorro Azul quedaría unido para siempre al nombre de María Paz Unciti, casi una niña. La asesinaron los milicianos en el año 1936, cuando trabajaba infatigablemente en medio de un terror científicamente organizado; la acompañaba el día de su detención, y también fue asesinado, un estudiante de dieciocho años, Emilio Franco. En las Milicias destacaron las secciones llamadas de Asalto; allí estaban los estudiantes Eugenio Lostáu, Alberto Galar, Eugenio Arizcum, Nicolás Alcalá, Federico Sopeña, Fernando Blanco, Ricardo Franco y un grupo de cadetes, entre los que sobresalió Enrique Calzada. En sus actuaciones figuraban robo de automóviles, pistola en mano, que llegaron a realizarse delante del propio S. I. M. —Servicio de Información Militar—; ataques a oficiales, con objeto de apoderarse de su armamento y documentación; campañas de desmoralización y sabotajes. Otros propósitos que les hubieran satisfecho plenamente, como la voladura de la Telefónica, quedaron en proyecto por el temor de los mandos nacionales a que provocase otra ola de crímenes. Volumen importante adquirió el grupo de falsificación, en el que trabajó especialmente Ricardo Franco; se lograban toda clase de documentos, elaborados en un piso de la calle de Espartinas, desde pases gratuitos para el «Metro» hasta salvoconductos firmados por Miaja para circular por el frente; con ello, los estudiantes se convertían en inútiles para las armas, en heridos del Ejército rojo o mutilados según conviniera, y de sus parques de Intendencia, simulando pedidos de Brigadas, se obtenían los víveres que faltaban a la población. Disponían de lugares poco sospechosos: un centro habitual fue, durante algún tiempo, la sede del Socorro Rojo Internacional, situada en la Gran Vía, en donde entraban y salían como en casa propia. Otro de los refugios utilizados fue el Partido Sindicalista, que dirigía Marín Civera, disidente de la F. A. I.

De la perfección de la información militar da idea el parte de la hoja de servicios de un viejo seuísta:

> «Información artillera de los diversos Cuerpos de Ejército, con localización por coordenadas de baterías, observatorios y depósitos, así como noticias sobre movimientos de fuerzas artilleras.
>
> Fortificación del sector del Pingarrón, así como densidad que lo cubría e instrucciones que tenían en caso de ataque.
>
> Informes sobre proyectos de la 300 División de guerrilleros.
>
> Notificación de día y hora en que serían voladas minas del sector de la Ciudad Universitaria.»

Los párrafos anteriores pertenecen a un documento del S. I. P. M.[274] del Ejército nacional.

No estaban exentas de riesgo estas misiones, cuyo final era a menudo las checas del S. I. M. En junio fusilaban, en Barcelona, al estudiante Juan Jiménez, de Medicina; había salvado centenares de vidas valiéndose de su nacionalidad chilena. La noche antes del fusilamiento escribió a Fernández Cuesta:

> «Cuando recibas estas líneas habré tenido el honor y e] orgullo de morir por la Patria. No lo lamentes. Jamás podría imaginar gloria mayor, y caigo contento y alegre, satisfecho de mi destino glorioso y de morir por la Falange y por España.»

Algunos hubieron de luchar en dos frentes, el de la guerra abierta y el del espionaje. Así, Juan Bertolí, un catalán formado en el S. E. U. madrileño, combatiendo se pasó a la zona nacional y alcanzó la oficialidad. Su sangre fría le llevó nuevamente a la zona roja en misiones importantes hasta que se truncó su vida.

Está por escribir la historia de quienes desde la zona roja supieron ser militantes de la causa nacional, de cómo fueron tejiendo la red que atenazaba los esfuerzos republicanos, desde los altos mandos militares a los más modestos puestos civiles. Las acciones contra ellos, con técnica policíaca soviética, no mermaron ni su eficacia, ni entusiasmo, convirtiéndose en una verdadera obsesión para los mandos marxistas. Después de la toma de Málaga por las tropas nacionales, la comisión ministerial que se trasladó a Almería para investigar la pérdida de la capital andaluza obtuvo la conclusión de ser necesario destruir la «quinta columna» para evitar que las ciudades se pasaran al bando nacional antes de ser siquiera atacadas. Con el tiempo, las milicias clandestinas ganaban audacia y decisión; ya en Santander, los cuerpos de Ejército enemigos XIV y XV se vieron atacados desde su propia retaguardia antes del asalto a la ciudad. Las tropas nacionales no encontraban pueblos enemigos o paralizados, pues al instante los servicios funcionaban sin dificultad, como resultado de la organización de las milicias clandestinas y, lo que era más importante, un ambiente producido por la alegría de considerables masas que, al

[273] La Falange socialista Boliviana transformada surgiría triunfal en 1971 en una revolución. Frei terminaría como presidente de Chile democristiano avanzado. La Falange de José Antonio se hubiera anticipado al castrismo con una política revolucionaria con signo histórico

[274] Servicio de Información y Política Militar.

haber sido encuadradas en una simple segunda línea, sentían que también ellos habían contribuido a la victoria. La autoliberación de zonas extensas no fue apreciada en todo su valor por los políticos de Burgos.

BATALLA DEL EBRO

Entre el 25 de julio y el 16 de noviembre se desarrolló la batalla del Ebro. El Frente Popular puso en línea un ejército de 100.000 hombres. Con las Brigadas Internacionales 11, 12, 14 y 15, y las mixtas 137 y 227. El paso del río, con 100 botes y 10 puentes, amenazó las líneas de comunicaciones de las tropas que ocupaban la costa mediterránea. Como en otras ofensivas, el Ejército republicano desperdició el éxito inicial con su escasa capacidad de maniobra. Franco vio claramente que allí estaba la ocasión para aniquilar el Ejército enemigo y librar a Cataluña de una campaña destructiva. Los contraataques nacionales adquirieron una dureza hasta entonces desconocida; una importante masa de artillería y aviación machacó durante meses al Ejército del Ebro, que perdió en las sierras de Pandols y Caballs todas sus energías. Los combates parecían glosar el comentario de un general extranjero de que la mejor infantería del mundo, después de la de Franco, era la de los rojos. El XV Cuerpo de Ejército republicano estaba mandado por un estudiante de Ciencias, de la F. U. E., Manuel Tagüeña. Frente a él murieron muchos universitarios con las estrellas de oficiales provisionales. Dos consejeros nacionales, Saro y Zancajo, podían encabezar una lista impresionante; con tres supervivientes del Alcázar: Antonio Romany, José Luis Ortega y Fernando Pacheco, y Victoriano Paniagua, precisamente jefe del S. E. U. de Ciencias [275].

En la 46 División, mandada por «El Campesino», otro viejo afiliado a la F. U. E., Fernando Chao, de Filosofía y Letras, arengaba a los soldados antes de los combates.

Con el fondo de la batalla del Ebro, un seuísta, Benítez de Castro, tejería su novela «Se ha ocupado el kilómetro seis». En el prefacio dice el autor que los estudiantes españoles, muriendo con la sonrisa en los labios, dieron la mejor respuesta a la mentira de Remarque [276].

La Sierra de Pandols es un macizo pétreo erguido. Una roca ibérica para las águilas. Los rojos, con buena técnica habían construido unas fortificaciones aparentemente inexpugnables. Pero había que pasar, y en el empeño dejó su vida Luis Alonso Otero, uno de los fundadores del Sindicato. Se lanzó el primero al asalto llevando la bandera y arengando a sus legionarios. El fuego enemigo detuvo a los soldados, pero Otero siguió avanzando; acribillado a balazos aún encontró fuerzas para clavar la bandera y morir junto a ella. Para llegar hasta su cadáver los suyos necesitaron tres días de combates.

En la batalla del Ebro ganó una Laureada el estudiante de La Coruña Rafael García Siso: Al mando de la IV Centuria de la III Bandera de Falange de Aragón le fue señalado como objetivo la conquista de la posición 102, en Batea. El 9 de octubre, al iniciar el asalto, es herido, pero se niega a ser evacuado y figura el primero al cortar las alambradas, en medio de un intenso fuego, recibiendo la segunda herida, que no le impide, utilizando bombas de mano, ocupar las trincheras enemigas, desde las que se apodera de toda la posición. Los contraataques alcanzaron especial violencia, muriendo en uno de ellos lleno de heridas al frente de sus tropas. La corta etapa del S. E. U. apenas había dado lugar a que sus afiliados alcanzaran la vida profesional, como en el caso de Pedro de León y Arias de Saavedra, que en la IV de Navarra, sin necesidad de quitarse sus gafas de profesor de Filosofía, defendió su posición hasta la muerte. En el Ebro murió el alférez José Emilio Huarte, de la Facultad de Veterinaria, colaborador de un periódico que introdujo un descoyuntado humor. ha Ametralladora, al que daría continuidad La Codorniz, que abasteció de alegría con pródiga abundancia a los soldados nacionales.

Sintiendo próxima la liberación de su tierra, morían en la batalla del Ebro los estudiantes catalanes, que luchaban en las filas de Franco, José Vila Dalmáu, cuando ya su hermano Cosme había caído; Jaime Campa Badal Martí y Francisco Serra Grau, socios del Club de Fútbol Barcelona, desmintiendo así que los fáciles encasillamientos de antes de la guerra habían perdido toda significación; Narciso Roca Carreras, que había escrito, en su Diario, «por fin, estoy en tierra catalana»; Juan Molas, evadido de la zona roja; Carlos Ginés Pons, que se había fugado del hospital para incorporarse al frente de batalla; Luis Espoy y de Delás, que días antes había capturado a un oficial checoslovaco; Manuel de Dalmases, caído en el ataque a la cota 481, clave en la detención de la ofensiva; Martín Catasús Blanch, organizador de un orfeón de trinchera, que, con sus compañeros de armas, entonaba un emocionante «Virolai» a la Moreneta; Buenaventura Casas Barbut, herido mortalmente en la ocupación del cerro de San Marcos, en el desfiladero de Pinell; Antonio Caminal Madorrell, que se negó a ser evacuado pese a recibir una herida de metralla en la cabeza; Juan Batlle Blanch, que expiró soñando con que su cuerpo reposara en la santa montaña de Montserrat; Lorenzo Baget Ramón, que en el sector de Villalba de los Arcos truncó sus estudios de Medicina; Jaime Amat Badrinas, al que precedió su hermano Luis en el ataque a la bayoneta de Codo. Qué lejanos quedaban los días del Estat Cátala ante esta juventud que gritaba «¡Visca Espanya!»

[275] Tagüeña llegó a Barcelona, después de la derrota, con cuatro supervivientes de su flamante Cuerpo de Ejército. Allí quiso que darse esperando su castigo; casi a la fuerza, lo llevaron a Francia sus compañeros. Rehecha su moral y después de pasar por las academias rusas, hizo la guerra en China, mandando divisiones comunistas con el grado de general. Figuró en el Ejército soviético en la última guerra. Decepcionado, se refugió en Méjico. Volvió circunstancialmente a España.

[276] José María de Padura, José Beotas Francos, Celestino Alvarez, Feliciano Gutiérrez Guerra, Zumidio Gutiérrez, Luis García Salazar, José María Unceta Arenal, Feliciano Cañedo, Gerardo Montero Benito, Felipe Manrique Martínez, Joaquín Royuela, Manuel Arconada, Carlos María Jiménez Izquierdo, Reinaldo Alvarez Torrecillas, Juan José Quintana Serrano, Joaquín Rivera Cebrián, Emiliano Martín Rubios y la relación podría hacerse penosamente larga

Cuando terminó la batalla del Ebro se había producido el llamado Pacto de Munich, en el que ingleses y franceses cedían ante Hitler en el pleito de los Sudetes alemanes de Checoslovaquia. Francia ya no apoyaría más a los republicanos ; su ayuda durante la batalla del Ebro sería la última. Continuar la guerra era ya una empresa insensata.

El rescate de Cataluña fue un paseo militar comparado con la dureza de la batalla del Ebro. Sólo contados sectores ofrecieron una resistencia coherente, y en ellos siguieron entregando sus vidas los estudiantes Modesto Torremocha, Antonio Minguell Betrián, Alfonso Benito de la Llave, Amalio Suárez González, Miguel Gómez Nieto, Juan Ramón Chamorro, José Ramón de la Cuesta, Mariano Fuentes Bruyel y Francisco Almagro, campeón de atletismo, a quien le dedicó un soneto su camarada José Antonio Cortázar:

¡Ay qué pocos quedáis de los primeros!

En tus claras centurias te esperaban

—¡las heridas en flor!— tus compañeros

de las viejas escuadras solitarias.

El día 26 de enero se liberaba Barcelona, apenas sin lucha. Horas después, la Universidad lucía una bandera negra con el cisne y el S. E. U. era instalado en el paseo de Gracia; pero por el camino se habían ido quemando los mejores: Joaquín Beneito Llorca; Fernando Morales García, como legionario en el frente de Huesca; los dos hermanos Bernardos Cavero; Eduardo Cassou junto con Agustín Barceló, fusilados en Montjuich el 4 de diciembre de 1936; Alejandro Lambruscini, siendo alférez en el frente de Extremadura; Enrique Bertler Ceballos, muerto en Tarragona; Alfonso Salvadores, muerto en el Ebro. Continuando una emotiva tradición carlista, en las batallas finales por Barcelona moría el tercer hermano Ara Aixa; Antonio, Joaquín y Pedro, los tres fundadores del Sindicato Español Universitario, y Juan Carreras, de Manresa, muerto el 12 de enero en Artesa del Segre, como alférez de Regulares, después de haber luchado el 18 de julio en las calles de Barcelona. Se había alistado en la Centuria «Nuestra Señora de Montserrat» teniendo diecisiete años, al mismo tiempo que su padre, con cincuenta y uno. Este emocionante sacrificio familiar no era excepcional, lo siguieron los hermanos Canales Riego, Manuel y Alfredo; los Esquivias Sampol, Antonio y Miguel; los Fernández Fernández, Javier y José; los Ibarra Villabaso, Ramón y José María; los Lázaro Díaz, Mario y Ramón, y los hermanos Aguilar, los Sáenz de Heredia, los Aznar, los Laguna, los Tarduella, los Primo de Rivera Federico y Fernando.

El 9 de febrero alcanzaba el Ejército nacional el paso fronterizo de la Perthus. Ni la esperanza de una guerra en Europa servía ya a las huestes de Negrín, que en su huida marcaron una estela de sangre, más dolorosa por absolutamente inútil; en el Santuario de Nuestra Señora de Coll fueron asesinados cuarenta y ocho rehenes, entre los que se encontraban el jefe de la Falange de Cataluña, Roberto Bassas, y su hermano.

En un ataque de diversión de los rojos en Extremadura, intentando retrasar la caída de los puestos fronterizos, moría el capitán López Huici, otro viejo luchador del S. E. U. Ante su cuerpo, deshecho, se leyó la siguiente Orden general de la División:

> «En el combate sostenido por la 3.ª Bandera de F. E. T de Sevilla, el día 7 del actual, ha encontrado gloriosa muerte, al frente de su Compañía, el capitán de la misma, don Joaquín López Huici. Este heroico oficial, propuesto dos veces para la Medalla Militar por sus actuaciones anteriores, sostuvo el islote más avanzado de Mataborrachas, rechazando todos los fortísimos ataques realizados por el enemigo con efectivos de una división apoyados por fuerte concentración de artillería y precedidos por numerosos tanques. Herido, no consintió en evacuarse, continuando en su puesto hasta que un disparo de tanque le seccionó una pierna. S. E. el Generalísimo le ha concedido la Medalla Militar por telégrafo.» [277]

La guerra estaba ganada por Franco. En Madrid, Ana María Nogueras, estudiante de Medicina, teniente del Ejército rojo, optaba por suicidarse. Sólo una criminal obcecación no hizo rendir las armas al Gobierno republicano.

LAS GUERRAS CIVILES HAN TERMINADO

Parecen sentirse más los muertos de los últimos días. Muertos innecesarios, cuando la frase del último parte de guerra debía haber sonado en el júbilo de los españoles y los versos de paz de José María Castroviejo, oficial provisional y apenas profesor de Economía:

Nada pudo igualar nuestra ternura.

Los centinelas se sintieron más niños que nunca

y una lluvia de miel resplandeció en la noche.

El odio se retiraba derrotado.

Una Escuadra de ángeles bajaba lentamente por el Oeste.

[277] Caían también en este frente extremeño los estudiantes de Baleares Sebastián Quetglas Tous, Juan L. Quetglas Ferrer, Pedro Vich Berga y Jaime Salieras, que había ostentado la Secretaría del Sindicato balear. El alférez leonés Dativo Garnelo, Antonio Alvarez Cienfuegos, Ángel María Castiñeira Guzmán, Pedro Baquero Sáez, de dieciseis años, reclamado del frente por su edad, José Carballo Pérez, y lejos de su Cataluña liberada, los estudiantes José María Casajoana Enrich y Manuel Vilar Guix.

Los estudiantes apenas desempeñaron misiones en la retaguardia; cuando Alfonso Otero se presentó al general Monasterio pidiendo un puesto en las trincheras y su jefe le indicó que también como médico en los hospitales servía a la Patria, le contestó: «Mi general, yo creo que eso de que también se sirve a la Patria en la retaguardia lo han inventado los cobardes.» Actitud análoga tomó el profesor Montero Díaz, que de las oficinas de propaganda se fue a los frentes de combate.

La dedicación militar de los universitarios hizo recaer la jefatura de muchos Sindicatos en mujeres. Pilar Lago llegó a regir el Distrito Universitario de Santiago, ayudada Por Vicky Eiroa. Las estudiantes no desentonaron; María Laura Colmeiro pidió a Pilar una camisa azul para morir con ella, al resultar herida mortalmente en un accidente en acto de servicio; Angeles Rubio y su hermana Carmen, enfermeras en el cerco de Teruel, ya prisioneras, declararon altivamente su fe falangista, y centenares que, en los hospitales, en los lavaderos del frente, en el largo asedio de Huesca o en la retaguardia roja, supieron hacer compatibles la sensibilidad y la entereza.

La política de Franco alcanzaba resultados insospechados. En febrero, Francia e Inglaterra le reconocen como legítimo Gobierno de España; acuerdan devolverle los tesoros artísticos, documentación del Estado y el oro depositado en Mont de Marsan. Los Estados Unidos duplican sus envíos de petróleo. Poco después, Azaña dimite como presidente de la República y le sustituye Martínez Barrio.

El día 3 de marzo llegaban a la zona levantina el jefe del Gobierno republicano y Líster, con ánimo de organizar la resistencia de sus últimas cincuenta Divisiones. Todavía las líneas del frente no cedían sin lucha. Lo comprobó Saliquet en un ataque en la Casa de Campo, en el que moría el teniente de Regulares Miguel Gómez Nieto, del Sindicato cordobés. Pero la retaguardia del Ejército «leal» estaba minada. En una orden reservada, dirigida a los comisarios del Ebro, estimaba su Estado Mayor que, debido a la desmoralización de la retaguardia, podrían aumentar las deserciones. Unos falangistas intentan, con más valor que medios, apoderarse de Catagena, llegando a hacerse dueños de la emisora de radio. Antes habían detenido a otro de los fundadores del S. E. U., Manolo Fernández Delgado, por un complot para sublevar la plaza de Murcia. El coronel republicano Casado, con el apoyo de la División del cenetista Cipriano Mera y asistido por el catedrático socialista Besteiro, se sublevó contra Negrín. Fue una pequeña guerra civil en la que, después de ocho días de combates, Casado triunfa y fusila al comunista Luis Barceló, que mandaba el II Cuerpo de Ejército. Entonces decide negociar la paz. En Madrid, durante los ocho días de revuelta, los comunistas contaron con la organización S. I. E. P., de contraespionaje, integrada principalmente por afiliados a las Juventudes Socialistas Unificadas. Algunos agentes del siniestro Servicio de Información Militar pagaron en el caos madrileño sus infinitas crueldades; al ponerse del lado de Casado y ser hechos prisioneros por los comunistas, fueron enterrados, aún vivos, dos de ellos, delante del edificio que en la Castellana tenía la VII División. A pesar de que un sector de Madrid estaba convertido en un difuso campo de batalla las milicias clandestinas circulaban con las más extrañas documentaciones neutras; así se vieron miembros de la Cruz Roja en proporciones desusadas. En un servicio fue herido en el cuello el pintor Enrique Reyzábal, que aprendía a dibujar en las paredes del Madrid rojo, jugándose la vida en cada pincelada. Manolo Valdés salía fácilmente de la cárcel y pasaba a la zona nacional. Antes del desplome del frente, Yagüe libraría el último combate. No tardaría en caer Madrid. Manuel Aznar lo describe así:

«El día 28, las tropas de la Ciudad Universitaria, alertadas para entrar en Madrid, observan enfrente un desusado movimiento.

La organización falangista de la capital, penosa y heroicamente montada durante la guerra, ha sabido aprovechar las circunstancias producidas por el movimiento comunista y se ha apoderado de los mandos. Grupos de camiones, decorados con la bandera nacional y con la de Falange Española, recorren las calles de la capital al grito de "¡Franco, Franco, Franco!".» [278]

Los primeros en recorrer las calles madrileñas con los colores de España fueron estudiantes a cuyo mando estaban las Milicias clandestinas de Asalto. La pacífica última noche de Madrid, antes de la entrada de las tropas nacionales, fue el resultado de una tenaz labor clandestina. Mientras las milicias armadas vigilaban cualquier contingencia* se ponía la ciudad en línea normal y las calles comenzaron a iluminarse. Nadie hubiera podido decir entonces, sin asomarse a los escenarios de las batallas, que en la capital de España había sufrido un cerco militar de casi tres años. Una Bandera clandestina de las Milicias, mandada por estudiantes, se apoderó de la imprenta de la calle Larra, en donde se editaban El Sol y La Voz, haciendo posible que simultáneamente a la entrada de las tropas liberadoras apareciera un número de Arriba, bajo la dirección de Carlos Fernández Cuenca.

La Bandera de Marruecos fue de las primeras unidades que entraron en la capital; allí habían hecho también la guerra muchos estudiantes, entre otros García Ontiveros, Miguel Primo de Rivera, Searle, Javier Aznar y Enrique Sotomayor, de la Facultad de Derecho.

Al frente de sus soldados, estudiantes que habrían de desempeñar un papel importante: José Solís, Alberto Ullastres, José Antonio Girón, Antonio María Oriol, Jesús Romeo, Juan José Espinosa, Joaquín Ruiz Jiménez. Con ellos, Pedro Gamero del Castillo, Alejandro Rodríguez de Valcárcel, Diego Salas Pombo, Tomás de Allende, Torcuato Fernández-Miranda, Enrique Fontana, Alfredo Sánchez Bella, Enrique García Ramal. Otros, ya pluma en mano, como Rafael García Serrano, Camilo José Cela, con gorro legionario; Ismael Herráiz, Ricardo Fernández de la Reguera, Alvaro de Laiglesia, Félix Ros, José María Gironella, José María García Escudero, Luis Gómez de Aranda, Manuel Pombo Ángulo, Emilio Romero, Manuel Blanco Tobío y Miguel Delibes.

El triunfo recogía nombres de muy diversa significación, como César González Ruano, «El Caballero Audaz»; José Francés, Concha Espina, Antonio Díaz Cañábate, García Sanchiz, José Manuel Ros, Luis López Aranguren

[278] Manuel Aznar, «Historia militar de la guerra de España».

[279], Pedro Mourlane-Michelena, Gonzalo Torrente Ballester, Ramón Escohotado, Enrique Llovet, Federico Muelas, José María Sánchez Silva, Ignacio Agustí, Bartolomé Soler, Ledesma Miranda. La camisa azul fue el uniforme de la victoria que vistieron desde Juan Ignacio Luca de Tena y Pemán, «catedráticos» de la oratoria en la zona nacional, hasta Federico Sopeña, Laureano López Rodó y Vicente Mortes, estudiantes quintacolumnistas en la zona roja.

El día 28, la llamada «quinta columna» fue ocupando las calles y plazas del último territorio rojo, haciendo posible un triunfal y pacífico desfile de las tropas nacionales. Valencia y la costa mediterránea se engalanaron ya con miles de banderas vencedoras el día 29.

Antes de llegar las primeras unidades nacionales, Clemente Pamplona habló por la radio valenciana. El primer número de Avance salió a la calle con la entrada de las tropas de Franco.

El día 1.° de abril, el Cuartel General daba, en Burgos, el último parte: En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales SUR últimos objetivos militares. La guerra ha terminado.—Francisco Franco.

El 2 de mayo, a consecuencia de heridas recibidas en el último combate, moría el teniente provisional Alfonso de Churruca, un requeté estudiante de Derecho en el 36, a quien su biógrafo, Lucio del Álamo, llamaría «el último muerto de la guerra de España». La lucha había costado la vida a 400.000 españoles [280].

Un estudiante de Medicina, Justino Rodríguez de Alarcón, falangista combatiente, haría una honda reflexión: «No estamos hechos para supervivir.»

[279] Al filo de los setenta años, Aranguren declaró a un periodista del Noticiero Universal, de Barcelona, que nunca había sido falangista, que sí se afilió, pero como en la zona roja se hacían muchos de la C. N. T. Araguren «olvida» que su encuadramiento falangista lo rea liza en 1937, cuando «prestaba servicios militares voluntarios» tras la liberación de San Sebastián, es decir, que en modo alguno necesitaba documentación, máxime cuando procedía de la derecha conservadora. Tampoco quiere recordar que en 1944, cinco años después de terminada la guerra solicitó seguir perteneciendo a la Falange, con motivo de la ordenada depuración de afiliados. En cualquier caso, ésta no será la primera falsedad de su vida.

[280] La frase «un millón de muertos» es pura retórica. Por otra parte, en el Ejército nacional hubo 202 muertos alemanes, de ellos, 97 en accidentes, y 3.022 fueron las víctimas italianas. En las Brigadas Rojas murieron unos 2.000 alemanes y 3.354 italianos. Estos datos que sorprenderán a muchos, bastan para poner en ridículo tanto autobombo internacionalista.

CAPÍTULO VII. FIN DE CARRERA: 1939-1954

Se está operando una transmutación mundial. Signos de ella son el bolchevismo, el fascismo italiano y el racismo socialista alemán. Son erupciones iniciaciones, impregnadas ya de lo que ha de venir, pero cosas nada definitivas, permanentes y conclusas.

RAMIRO LEDESMA

ESQUIVANDO LA REALIDAD

La Nación quedó ilusionada considerando a su alcance sus deseos de gloria. Desgraciadamente, la euforia se asentaba sobre un país arruinado. Pero el futuro estaba en manos serenas, con un insospechado sentido de lo posible, incapaces de sacrificar la realidad de cada día en aras de palabras o teorías, por muy fascinantes que fueran [281].

Durante los tres años de guerra, mientras los estudiantes ganaban la Patria, las Universidades permanecieron cerradas. Con la paz, a la tarea de reorganizar la vida escolar, reconstruir edificios y cubrir las cátedras vacantes, se añadió la necesidad de buscar una fórmula que permitiera recobrar, en parte, el tiempo de las trincheras, sin que, «patrióticamente», se dieran por hechos los exámenes, sin más méritos que los guerreros.

Eli Sindicato elevó un escrito al Ministerio de Educación pidiendo que las matrículas del curso 1935-36 fueran válidas para cualquier examen complementario y también que se organizaran cursos intensivos, con las garantías de escolaridad que fueran precisas; es decir, ni aprobados generales ni estancamiento en la formación profesional de los combatientes.

Con todo, a la vista de mutilados y héroes, los profesores no podían ser rigurosos con los alumnos. Y no lo fueron. Pero la principal preocupación de los estudiantes combatientes no era universitaria. Habían hecho la guerra movidos por concretas ideas renovadoras y un decidido afán social revolucionario. Su posición era clara y vehemente:

> «El S. E. U. opina que a una juventud combatiente no debe concedérsele como premio unos exámenes, porque la Ciencia no la da ni el frente ni unas papeletas de examen. A la juventud sólo puede recompensársela con el reconocimiento de su mayoría de edad política.»

Para alcanzar tales propósitos, previa fermentación para lograr impulso y sentido de grupo, Enrique Sotomayor ideó, con Carlos Juan de la Fuente, Alberto Crespo y Eduardo de la Iglesia, un Frente de Juventudes que recogiera también a los obreros. El propio Sotomayor lo expuso ante el Caudillo. Su plan cobró inusitado vuelo y, cuando en julio se nombra jefe nacional del Sindicato a José Miguel Guitarte, quien durante la guerra había pasado de cárcel en cárcel por la zona roja, se designó secretario a Sotomayor.

> «La minoría universitaria —dijo es su mensaje el nuevo jefe— no será, como antes, procedente de una casta o de un sector social, porque en nuestra Universidad no se reconocen las clases, ni existen otros títulos para llegar a ella que los de la capacidad y la inteligencia.
>
> Conseguiremos así un contacto directo con las juventudes obreras, y a través de los demás Sindicatos de la Falange, en labor conjunta con ellos, estableceremos la unión espiritual y material que cristalizará en un gigantesco frente de todas las juventudes revolucionarias de España.»

La incipiente Administración, que funcionaba desperdigada por la zona nacional, en Salamanca se alojaba en un grupo escolar, el colegio Trilingüe, fue trasladándose a la capital. Durante el verano se forma el primer Gobierno de la Paz. En los mandos políticos, como secretario de la Falange, el general Muñoz Grandes; presidente de la Junta Política, Serrano Súñer, y vicesecretario del Movimiento, con categoría de ministro, Pedro Gamero del Castillo, que apenas contaba veintiocho años; con él colaboraban Gregorio Marañón. Juan José Espinosa y José Ramón Fernández Bugallal, a su alrededor hubiera podido intentarse una acción coherente y realista que diese fronteras a las inquietudes de la quinta del 36; pero su indudable matiz conservador chocó con parte del gran núcleo alojado en la ya poco apta plataforma de lanzamiento político del S. E. U. Se nombró ministro de Educación a Ibáñez Martín, muy enraizado en sectores católicos y diputado cedista, lo que suponía una singular situación para los falangistas universitarios que habían hecho la guerra. Claro está, Ibáñez Martín se había acomodado mejor que ellos en la nueva situación y resultaba un perfecto militante de F. E. T. y de las J. O. N. S.

Políticamente considerado, el Gobierno era una coalición en la que estaban representados todos los sectores de la España nacional. Serrano Súñer lo calificó de «ligadura de necesidad», añadiendo: «Pero algunas cosas deben quedar en claro: la Falange, lo que quiso ser, lo que esencialmente era, no fue la única ni la principal titular de este Régimen ni de ninguna de aquellas etapas políticas. Fue, hasta donde pudo, mantenedora de una tendencia que acaso hubiera prosperado en ciertas circunstancias, pero no pasó de ahí» [282].

---

[281] José María Gironella terminó así "Un millón de muertos": «En el Cuartel General del Generalísimo, la escena fue sorprendente. El Caudillo sufría un acceso gripal y trabajaba en su despacho. A media tarde, uno de sus colaboradores entró precipitadamente y le comunicó la noticia dada por el Estado Mayor. La guerra había terminado.
El Caudillo no se inmutó. "Está bien. Muchas gracias", contestó. Y siguió trabajando.»

[282] «Entre Hendaya y Gibraltar.»

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

Un acontecimiento internacional, que Negrín había esperado angustiosamente y que fue la causa de la prolongación de nuestra guerra, se producía antes de la inauguración del curso. El 1.° de septiembre, las tropas alemanas invadían Polonia, que en tres semanas desaparecía como nación; comenzaba la guerra más destructora de cuantas conocía la Humanidad. La difícil reconstrucción de la Patria no encontraría adecuado sosiego. Mientras en Europa se cerraban las Universidades a cañonazos, abríanse las españolas, con sus muros señalados por la metralla reciente.

El Consejo de Ministros celebrado el 24 de septiembre aprobó un Decreto integrando en el S. E. U. las Asociaciones Escolares Tradicionalistas y la Confederación de Estudiantes Católicos. Tres días más tarde se celebró, en la Casa del Estudiante, el acto oficial de unificación. Guillermo Salvador de Reyna, vicepresidente de la C.E.C.E., recordó en su discurso: «Los Estudiantes Católicos han tenido el honor de formar en su seno lo más selecto de la juventud española, que ha dado a la Falange no sólo los mejores de sus hombres, sino también algunos de sus fundadores, y el premio de ello es la disposición de integración que hoy nos reúne.»

«En estos despachos se selló la primera unión de hermandad de la A. E. T. y el S. E. U., que dio al Gobierno frentepopulista la gran batalla universitaria del año 36. En estos mismos despachos, el S. E. U., disuelto y clandestino, celebró sus últimas reuniones antes del glorioso Alzamiento.»

«Por tanto, no entramos hoy en una casa desconocida. El Caudillo da a nuestra vieja organización confederal el honor de integrarse en el S. E. U., con plenitud de derechos y con plenitud de servicios.»

Guitarte les dio la bienvenida. Asistieron antiguos vocales de la Junta Suprema del C. E. C. E. que no ocultaban su satisfacción.

En octubre, como consecuencia de la unificación, se reorganizó la Junta Consultiva, que presidía Olazábal, dando entrada a los tradicionalistas Ramón Maldonado, José Ángel Zubiaur y Pedro Gómez Ruiz. Algunos herederos del carlismo no aprobaron esta integración y se quedaron al margen, algo análogo ocurrió con ciertos falangistas, aun cuando éstos no se apartaron del «nuevo» organismo.

La prisa de Sotomayor por encuadrar a las juventudes se enredó pronto en las dificultades del equilibrio político interior, y desalentado presentó su dimisión.

La delicada situación en que la guerra europea colocaba a nuestro país fue un factor que esgrimió, con éxito, la derecha política para frenar cualquier intento de renovación revolucionaria. La posición de espera terminaría asfixiando las ilusiones juveniles.

«CON UN VIENTO DE SANGRE LEVANTADO» [283]

En el mes de noviembre, bajo la dirección de Dionisio Ridruejo, se trasladó a José Antonio, desde el nicho 515 del cementerio de Alicante, hasta la iglesia de El Escorial. Nadie que no haya sido testigo de las jornadas de aquel cortejo podrá hacerse cargo de la emoción que rodeó al féretro del Fundador de la Falange, llevado a hombros de sus camaradas, a la luz del día y, en marchas nocturnas, a la leve luz de los faroles, siempre con el ritmo impresionante de los pasos de la escolta. El entierro de José Antonio fue digno de su vida. En él se personificaba a los muertos. Con el llanto incluso de quienes no sabían bien lo que aquel héroe había querido para su Patria, seguían la tradición de concederlo todo, cuando ya nada podía hacerse.

Por la Ciudad Universitaria lo llevaron los estudiantes. Lo recogieron del Ejército en la plaza del Cardenal Cisneros. Sobre las formaciones de las Milicias Universitarias sobresalían las ruinas de la Casa de Velázquez, de las Escuelas de Arquitectura y de Ingenieros Agrónomos, de las Facultades rotas por la guerra. Ante el féretro, puesto sobre la tierra, desfilaron las Fuerzas del Ejército. La Universidad de Madrid le ofrendó una sobria corona de laurel. En la plaza se habían levantado dos columnas dóricas con crespones negros. A mediodía, con la niebla vencida, los primeros del Sindicato, los que formaron la A. E. T. y los Estudiantes Católicos lo llevaron por los caminos que antes habían regado con su sangre y que ahora tapizaba de flores y lágrimas la Sección Femenina

En Puerta de Hierro, los estudiantes entregaron el cuerpo de José Antonio a la Falange de Segovia. Valía recordar sus palabras en Carpió de Tajo: «La vida no vale la pena si no es para quemarla en el servicio de una empresa grande. Si morimos y nos sepultan en esta tierra madre de España, ya queda en vosotros la semilla, y pronto nuestros huesos resecos se sacudirán de alegría y harán nacer flores sobre nuestras tumbas.»

Los poetas e intelectuales Ignacio Agustí, José María Alfaro, Augusto García Vínolas, Alvaro Cunqueiro, Gerardo Diego, Manuel Diez Crespo, Carlos Foyaca, Laín Entralgo, Jiménez de Castro, Eduardo Llosent, Manuel Machado, Eduardo Marquina, Eugenio Montes, Alfonso Moreno, Eugenio d'Ors, Leopoldo Panero, José María Pemán, Fray Justo Pérez de Urbel, P. Pérez Clotet, Félix Ros, Luis Rosales, Juan Sierra, Adriano del Valle, Luis Felipe Vivanco, Antonio Tovar le tejieron una corona de sonetos; en ella, el verso de Ridruejo:

Enamoró la luz de las espadas.

Antes de terminar el mes de noviembre, Rusia, invasora de la desgraciada Polonia, en alianza con Hitler, atacaba a Finlandia, que había dado voluntarios a los ejércitos nacionales. Todo el mundo esperó que la pequeña nación desapareciera en días ante el ataque del coloso comunista, pero los finlandeses asombraron al mundo con

[283] Primer verso del soneto a José Antonio de José María Alfaro.

una resistencia inusitada. Estudiantes falangistas trataron de formar una legión de voluntarios para luchar en aquella trinchera nórdica contra los rojos. Les movía a ello también la huida de un espeso clima moral, en el que se empezaba a comerciar indignamente con la carestía de lo más necesario.

ENTRE LA REBELDÍA Y LA ESPERANZA

En noviembre se crea el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, que Ibáñez Martín entrega a José María Albareda, a quien había conocido en una Embajada de un país hispano en Madrid durante la guerra. El C. S. I. C. quedaría pronto regido de forma casi absoluta por miembros del Opus Dei.

La alianza de Alemania y Rusia y la falta de una política revolucionaria en el interior desconcertaron a la joven generación de la guerra. Sotomayor no renunció a su Frente de Juventudes, pero sí a lograrlo por conductos normales. Patricio Canales quedó como coordinador de un grupo que, al margen de las órdenes de la Secretaría General, pretendía aglutinar a cuantos estaban decididos a una terminante acción social y política. Pero la mayoría confiaba en que el tiempo daría ocasión propicia para romper con la tendencia conservadora que parecía predominar en los mandos. Con este ambiente, del 4 al 8 de enero, se celebró, en la Sala de Coronas de El Escorial, el TV Consejo Nacional del S. E. U.

> «Fueron Consejeros: Dionisio Ridruejo, Manuel Valdés, José María Olazábal, Diego Salas Pombo, José Ramón Fernández Bugallal, Antonio Ruiz Ocaña, Juan Arias, Jorge Fernández Cuevas, Julián Martín Fabiani, Fernando de Alzaga, Clotilde Salazar, Luis Bescansa, Guillermo Reyna, Miguel García Fernández, Pedro María Gómez Ruiz, Jorge Hernández Bravo, Vicente Gaceo, Felipe Gómez Acebo, Joaquín Ruiz Jiménez, Manuel Pombo Ángulo, José María Gutiérrez del Castillo, Ramón José Maldonado, Benjamín Pérez Blázquez, José María Babé, Carlos María Villacorta, David Jato, Javier Aznar Acedo, Jesús Romeo Gorría, Juan Tebar, Jorge Carreras, José María Vicente Aguado, Gumersindo García, Víctor Fragoso del Toro, Carlos Fernández Cuenca, Vicente Hernández, Fermín de! Amo, Eugenio Lostau, Andrés Rodríguez Villa, José María Moro, Aníbal Arias, Ricardo Olalla, José María Guitart, José González Sama, Hilario Muñoz Dávila, Eloy Guerra Vallespín, Jacinto Martín, Ismael Díaz, María Dolores Galvarriato, Francisco Ruiloba, Adolfo María Gómez Ruiz, José María Palacios, José María Ubieta, José María Paniagua, Carlos María de Valcárcel, Baldomero Fojo, Eduardo Noya, José Luiz Avendaño, J. Robla Díaz, José María Bartolomé, Gaspar Gómez de la Serna, Juan Ramírez Filosía, Ricardo Conejero, Julio Barrientos, Luis Castillo, Santiago Ruipérez, Pedro Malavia, Jesús Blesa, Casimiro Marra, José Naranjo y Rafael Fernández [284].

Por vez primera, después de la unificación, iba a ser fijada la línea universitaria y política de los estudiantes, cuando precisamente afloraban las ambiciones de quienes pretendían, como fin de tanto sacrificio, la restauración de los viejos privilegios y las usuales injusticias. A ello aludió Guitarte al inaugurar las tareas del Consejo:

> «Nuestra labor en los momentos actuales ha de marcar el predominio de lo profesional sobre lo político. Pero esto no puede suponer un olvido de lo político por nuestra parte, un apartamiento de la acción, no ya porque ésta sea consustancial con nuestro modo de ser, sino porque «por tener muy meditados nuestros deberes para con un Estado que tantos dolores ha costado crear», tenemos muy cerradas nuestras filas contra el enemigo, y al ¡Alerta! que nuestro Jefe Nacional ha lanzado en su mensaje de principio de año, contestamos Alerta contra los que propalan especies de anacrónicas dictaduras militares. Alerta contra los que intentan hacer ambiente al sistema bi céfalo, tan culpable de la espantosa decadencia y ruin de nuestra Nación. Alerta contra los que quisieran que se malograse nuestra revolución pendiente.»

Más de setenta componentes de la generación de la guerra deliberaron al lado de la tumba de José Antonio con la esperanza de lograr una España distinta. El mismo día 4, el general Muñoz Grandes les comunicó su preocupación por los jóvenes trabajadores, que deberían marchar unidos a los universitarios, borrando definitivamente las fronteras de clase.

En la primera sesión fue estudiada una ponencia con el tema «Juventud y Universidad», defendida por Joaquín Ruiz-Giménez. En ella se decía:

> NORMAS GENERALES.—1.ª La Universidad española ha de ser católica y política. Ambos postulados no pueden lograrse por la mera creación de cátedras o centros especiales. Es preciso que la exposición de las diversas disciplinas se ajuste a la más pura ortodoxia dogmática y al más absoluto sentido nacionalsindicalista.
>
> 2.ª La Universidad debe ser rectora de todo movimiento cultural que se inicie o desenvuelva dentro del Distrito confiado a sus cuidados, de tal modo que no deba existir organización alguna con este carácter que no esté integrada por él. Para esto es conveniente que el Ministerio conceda el máximo de autoridad a la Universidad elevándola al rango que es necesario alcance en todos los aspectos de la vida intelectual de la región, de manera que desde el simple colegio particular a la más alta entidad todo quede sometido a su inspección y tutela, modo a su vez de que el Ministerio de que depende la Universidad ejerza la acción fiscalizadora necesaria.

[284] «IV Consejo Nacional del S. E, U.» Folleto editado en febrero de 1949.

> PROFESORADO.—1.° La provisión de cátedras se efectuará por oposición. En todo caso, el catedrático quedará sujeto a una fiscalización sobre su eficacia docente y actualidad científica de sus conocimientos.
>
> 2.° El Sindicato Español Universitario reivindica con carácter urgente el derecho de velar por la pureza moral y política del profesorado en los claustros.
>
> 3.° Aumento del profesorado, que es al mismo tiempo que una medida de orden social, puesto que ello contribuirá a atenuar el paro intelectual, una medida de orden cultural.
>
> 4° Aumento considerable de la retribución del profesorado para que éste pueda dedicarse exclusivamente a las tareas de la cátedra.

Se propugnaba la recreación de Colegios Mayores; en el número 11 de F. E., en 1934, se hizo una mención despreciativa «de aquellos pobres estudiantes de la Casa de la Troya»: «Nosotros sacaremos a la calle legiones de atletas, con un claro, limpio y noble sentimiento de la fuerza.» Para José Antonio era una obsesión llegar a in culcar a los suyos una imagen de universitario que, sin perder su alegría y vitalidad, se entregase con vocación al estudio. No estaba lejos del espíritu del grupo de Misiones Pedagógicas que protagonizaban «Nuestra Natacha», incluso con la figura del sugestivo e inconcreto Lalo.

La ponencia «Juventud y Revolución» mostraba claramente el estado de ánimo que el triunfo militar imprimía en los universitarios:

> «El S. E. U. va a la cabeza de la generación revolucionaria. Y estima que los primeros objetivos de la Revolución no han sido cubiertos todavía. Exige para la Universidad el puesto de vanguardia para la renovación del sistema vencido por las armas.

En la sesión de la tarde intervino el catedrático Enrique de Salamanca, para explicar cómo entendía el tema. Sus reaccionarios conceptos provocaron risas y muestras ostensibles de desagrado. Uno de sus razonamientos conducía a hacer ver que lo revolucionario no podía ser católico [285]. Al final, varios consejeros atacaron duramente las ideas expuestas por el doctor Salamanca.

Conejero, jefe del Distrito de Murcia, habló de la conveniencia de incorporar a buena parte de las juventudes que lucharon en la zona roja, movidas por auténticos impulsos de terminar con lo caduco. Con la misma orientación, Juan Arias presentó una ponencia para emprender una acción política cerca de los presos jóvenes antinacionales. Pero era muy pronto para que tales ideas fueran bien acogidas.

Al día siguiente se discutió la ponencia «Juventud y el Mundo». La Comisión que la redactó estaba presidida por Guillermo de Reyna:

> «Se proclama como dogmas nacionales de la juventud:
>
> el dominio del Estrecho, la hermandad con Portugal y la íntima unión espiritual, cultural, económica y de poder con Hispanoamérica y Filipinas.»

Como realizaciones prácticas inmediatas, se acordó crear una Secretaría de la Hispanidad y el Colegio de América, para hispanoamericanos que estudiaran en España.

No pasaría mucho tiempo sin que los estudiantes de la Universidad de Puerto Rico tiraran simbólicamente por un balcón al magistrado Federico Enjuto, que había procesado a José Antonio en Alicante. Tal acto de justicia fue relatado por su periódico Los Quijotes.

Como algún consejero interviniera con terminología de juegos florales, le interrumpieron diciendo: «No queremos un García Sanchiz entre nosotros.» El pequeño barullo fue empeorado por Guitarte al replicar: «Aquí no hay ningún García Sanchiz.»

El 7 fue el último día de discusiones y el Consejo aprobó la sindicación nacional obligatoria, aun cuando la opinión de buen número de consejeros discrepaba sobre la oportunidad de adoptar tal decisión. El jefe del Distrito Universitario de Madrid estimó inconveniente el momento, porque la sindicación obligatoria ponía al S. E. U. en manos del Estado. Como otro consejero adujese: «Siendo el Estado nacionalsindicalista y, por tanto, nuestro, no veo ningún inconveniente ni peligro», replicó, con la protesta de Guitarte: «Este Estado no es nacionalsindicalista ni nuestro.»

Por la tarde, y con asistencia del ministro de Educación, leyó el teniente coronel Alvarez Serrano una ponencia sobre «Milicia Universitaria». Guitarte advirtió que no cabía discusión, puesto que estaba aprobada por la Secretaría General, a lo que García Serrano replicó: «Si las ponencias vienen impuestas, sobramos todos aquí.» La ponencia creaba una Milicia, cuyo rigor, dentro de la Universidad, era impracticable; afortunadamente, fue modificada de forma radical.

Cuando fray Mauricio de Begoña veía aprobada su propuesta de crear Consiliarías religiosas, circuló por la Universidad de Madrid una pintoresca hoja en donde se acusaba al S. E. U. de entidad masónica con tendencias rojas. Los argumentos del ataque tenían como pretexto el haber sido rechazada una ponencia que propugnaba una

[285] La peculiar intransigencia española hace de los más liberales perfectos intolerantes con las ideas ajenas.
Un ilustre intelectual español, Américo Castro, no permitió ser enterrado en cementerio católico; vivía en España y aquí publicaba sus libros; sin embargo, pintorescamente, se decía exiliado. Aparecía en reportajes periodísticos y era elogiado en la Prensa del Régimen, con todo no quiso volver a ser, oficialmente, español.

peregrinación mariana del más ñoño estilo. Rodríguez Villa comentó: «Viviremos en la Iglesia, pero no en las sacristías.» En la ponencia de fray Mauricio se leía:

«El Sindicato Español Universitario no entra en competencia con aquellas asociaciones estrictamente católicas que tienden al fomento de una más intensa vida religiosa, espiritual o de perfección.»

«El Sindicato Español Universitario se compromete a ambientar la cultura en un sentido genuinamente español y católico, sin asumir funciones de salvación eterna ni forzar conciencias.»

Aprobó también el Consejo, y por unanimidad, su adhesión a los estudiantes finlandeses que defendían heroicamente su Patria de los ataques en masa del Ejército rojo, volviéndose a pedir un Centro de reclutamiento de voluntarios para acudir a luchar a su lado.

Muchas más conclusiones rellenaron las tareas del Consejo. Una, evidentemente atrevida, con un concepto casi impertinente de cómo tenían que ser las artes:

> *Pintura*.—La pintura oficial no nos preocupa. La pintura de minorías tampoco nos interesa. La pintura Nacionalsindicalista a que aspiramos no ha de perder de vista la grandeza con que fueron concebidas las obras clásicas, y se ha de apartar por completo de la asfixia a que ha llegado la pintura de caballete, queremos, antes que nada, una pintura de muros, fuerte.
>
> *Escultura*.—Frente a la escultura impresionista y a la escultura de vanguardia, nosotros volvemos los ojos a nuestros imagineros más conocidos y propugnamos una escultura civil y religiosa que tienda a la creación de recios mitos humanos y que responda a la dimensión de un espíritu religioso actual.
>
> *Decoración*.—Queremos una decoración antirromántica, clara, grave y de una elegancia fundamental, sin perder de vista el tradicional sentido decorativo de lo popular español.

El Consejo de El Escorial, por su desarrollo, viveza en las discusiones y acierto en muchas de sus conclusiones, mostró que la generación universitaria de la guerra no era simple y aislado episodio; sin embargo, tampoco había alcanzado madurez de gobierno, por carencia de sentido práctico y por culpa, tal vez, de un explicable apasionamiento ideológico.

En el número de Haz que glosó el Consejo se reprodujo una carta que el Sindicato dirigía al presidente de la Junta Política:

> «En ti no ha cabido, como tampoco en nosotros, la co modidad, lo fácil, el suicidio español contemplativo. Por que eres de nuestra generación, como nosotros, camarada Ramón Serrano Súñer, por eso tenemos fe. Por eso somos intransigentes ante los hechos.»

En pago a tan desmedido y falso elogio, más adelante, en cierto libro, se reprodujo este juicio de Serrano Súñer:

> «Estos jovenzuelos encaramados a los puestos no tienen preparación alguna, no sirven para nada. Tanto entre ellos como entre los hombres del antiguo régimen hay muy pocos, muy pocos, que sirvan para enviarlos al extranjero.»

Tan rotunda y despreciativa opinión no era justa en absoluto [286]. En compensación, los estudiantes, salvo algunos mandos, veían en Serrano Súñer la imagen del neofalan-gista antirrevolucionario con quien embarrancarían sus ideas.

Como simple curiosidad, recogemos lo que de El Escorial escribió Thomas J. Hamilton, periodista norteamericano:

> «Poco antes de la Nochebuena de 1939 me llevaron, como huésped especial, a un Congreso Nacional del S. E. U. (Sindicato Español Universitario), la organización de los estudiantes fascistas, que se reunían en un salón frío y deprimente del monasterio de El Escorial. (Debido a sus múltiples relaciones con el rey Felipe II, El Escorial era un punto de reunión para los fascistas españoles, in cluso antes de que fuera enterrado en él el Fundador de la Falange.) Se levantó un joven alto y de cabellos negros procedente de Murcia, capital mediterránea situada al sur de Valencia, y habló durante unos cuantos minutos; después se le ordenó bruscamente que se sentara Comenzando por el que presidía la reunión, casi todos los estudiantes presentes le denunciaron desdeñosamente con esa elocuencia incisiva posible sólo en el idioma castellano. La causa del disturbio había sido que el murciano pedía el olvido de los odios despertados por la guerra» [287].

El Consejo de El Escorial no logró una línea política capaz de aglutinar a la generación del 36.

FRENTE DE JUVENTUDES EN VERSIÓN ATENUADA

En abril ocupó la Secretaría del Sindicato José María Gutiérrez del Castillo, había sido, tal vez, el principal autor de la extensa obra de las Organizaciones juveniles; con su nombramiento se pretendía un amplio Frente de

[286] Bajo el mando de Castiella, figuraron unos cuadros de mande cuajados de gentes provenientes de «la quinta del S. E. U.» Muchos son hoy embajadores.
[287] «La España de Franco». Editado en Méjico.

Juventudes. Se atribuía al intento un valor político desproporcionado, el tiempo demostró pronto que no era aquél el camino. Los estudiantes de la guerra no encontraban su sitio, y las actividades profesionales, entre las que destacaba Guía, debida a la iniciativa de Salas Pombo y Bescansa, tampoco podían llenarles. Con el extraordinario crecimiento del Movimiento y con la paz, el papel de los estudiantes, limitado a lo profesional, se empequeñecía, no influían en la vida política, ni siquiera en la Falange, y esto era decepcionante e inesperado. Su revalorización no podía venir integrando a la O. J. Las dos grandes concentraciones juveniles, la de Sevilla, en octubre de 1938, y la de Madrid, en octubre de 1939, ante el Caudillo, mostraron una buena organización y cierta emotividad. Pero aquellos «pelayos», entre ellos el hijo del capitán Cortés, portando arquetas con tierras de lugares heroicos, no tenían efecto directo con los problemas puestos en juego. Y los obreros, jóvenes y viejos, cuando menos sus núcleos vigorosos, miraban con evidente recelo al Movimiento. El Sindicato no conseguía lanzar un «equipo», como entonces ya se decía.

El 2 de julio apareció el primer Decreto que ordenaba la Milicia Universitaria. Otros posteriores, que culminaron con el de 22 de febrero de 1941, completarían la vida militar estudiantil. Era un paso para la configuración del Ejército del futuro, indispensable para ser independientes y que difícilmente toleran las economías de las naciones pequeñas. Se terminaba la difícil convivencia cuartelera con los analfabetos o la indignante división clasista de los «cuotas», privilegio que se compraba con dinero y no por diferencia de cultura.

Mientras tanto, el Ejército alemán, en deslumbrantes campañas, conquistaba Noruega, Bélgica, Holanda y Francia, y plantaba sus centinelas en los Pirineos. Italia entraba en la guerra. Aquel clima bélico, de tan favorable signo para quienes habían luchado con los nacionales, entusiasmaba a los estudiantes, que, enarbolando la bandera negra del Sindicato, se asomaron a los balcones de la Embajada italiana en son de hermandad. Pero ellos estaban al lado de un haz de ideas, no de intereses, y cuando el general Antonescu, de acuerdo con los alemanes, formó en Rumania un Gobierno que desplazaba a los legionarios de la Guardia de Hierro, se presentaron ante la Legación rumana para protestar; allí, el ministro Radu Ghenea, que, disconforme con los sucesos de su país, había presentado la dimisión, les suministró retratos de Codreanu, fundador de la Legión de San Miguel Arcángel, que fueron colocados en los balcones de la Universidad Central, al lado de cartelones en contra de Antonescu y «¡Presentes!» por Vasile Marin e Ion Motza, adalides de los estudiantes rumanos, muertos en Majadahonda sirviendo en el Tercio español.

Durante el verano de 1940 se organizaron numerosos “Albergues”, en los que se notaba cierta influencia de los Campamentos juveniles. No obstante, el de Santander alcanzó una estimable altura gracias a Pedro Lían [288]. El de más tradición, Bergondo, en La Coruña, dirigido por Bescansa, fue visitado por Franco.

Los Albergues solían llevar, con frecuencia, el nombre de estudiantes caídos: Maximiliano Pérez y Alvarez de Toledo fue el nombre que se dio al instalado en Constan-tina; Joaquín Beneyto Lloret, al de Barcelona; Jerónimo Pérez de la Rosa, al de la Isla Cristina, de Huelva [289]. Aquellos Campamentos, mezcla híbrida de cuartel y Universidad, entrarían pronto en franca decadencia. Poco a poco, la pintoresca desuniformidad reinante se corregiría con la saludable pérdida de costumbre de usar uniforme de manera cotidiana.

En diciembre, Franco firmaba una Ley creando el Frente de Juventudes. En su preámbulo se decía:

«El Sindicato Español Universitario, de gloriosa tradición falangista, forma también en la línea de unidad moral de las Juventudes que constituyen el Frente.»

De hecho, el Sindicato siguió viviendo autónomo y perdiendo lentamente sus ya escasas posibilidades de mando político. Asumió la Delegación Nacional del Frente de Juventudes José Antonio Elola.

El Frente juvenil terminaba, precisamente en orden a la edad de sus integrantes, en donde lo hubiera comenzado Sotomayor, que había planeado un poderoso bloque con los combatientes de ambos lados, dispuestos a seguir tras postulados revolucionarios. Pero la generación del 36 parecía condenada a no encontrar su sitio. Ni siquiera con la fundación del Instituto de Estudios Políticos, que dirigió el catedrático Alfonso García Valdecasas, intentó ese camino, pese al indudable atractivo de mantener la vigencia de las normas programáticas falangistas.

Se perseguía con más pertinacia que éxito un entronque con los universitarios americanos y no se desperdiciaba ocasión. Lo comentó Thomas J. Hamilton, con ánimo poco amistoso: «Pocos días después de crearse el Consejo de la Hispanidad, y con ocasión de un informe periodístico de que Uruguay iba a ceder Punta del Este, el saliente de tierra que domina el estuario del río de la Plata, a Estados Unidos para construir allí una base naval, los aspavientos de la Prensa española eran los habituales; pero el nuevo elemento de importancia eran las protestas de los intelectuales fascistas, que tienen una representación abundante en el Consejo de la Hispanidad. El S. E. U. cablegrafió a los estudiantes de toda «Hispanoamérica» protestando contra la cesión de Punta del Este, que, al decir de los estudiantes, se convertiría así en el «primer Gibraltar» de América del Sur. Pío Zabala, rector de la Universidad de Madrid, sumó el peso de la intelectualidad española, haciendo llamamientos cablegrafieos a los rectores de Universidades» [290].

La utilización por José Antonio del término imperio da aún lugar a interpretaciones erróneas. Si tenemos en cuenta que aparece unido, en las normas programáticas. a su concepto de una gran política hispana, o estimamos que se trata de megalomanía ridícula pensando en la reconquista material de los pueblos americanos, o habremos de interpretarla como unidad espiritual. Para que nadie tenga duda, en junio de 1935 escribe en Arriba un elogioso

[288] Lain parecía encaramarse a la cúspide del doctrinarismo falangista con «Los valores morales del nacionalsindicalismo», producto de lo que él mismo llamó «honda e irreversible pasión de la Falange».
[289] La Diputación de Madrid dio el nombre de estudiantes caídos a diecisiete nuevos cotos forestales.
[290] «La España de Franco», ob. cit.

comentario para un ministro argentino de pensamiento liberal, Saavedra Lamas, por haber conseguido de los Estados Unidos la supresión de la enmienda Platt en Cuba; la amistad entre Brasil y la Argentina, y la paz en la guerra del Chaco, y resume: «Este hombre trabaja por la formación del imperio espiritual antiguo.» Por ello surgieron sin inconvenientes Falanges en Hispanoamérica. Por añadidura, José Antonio no manejó jamás una dialéctica reivindicatoría de territorios (ni siquiera africanos), pese a ser entonces normal en Europa.

En mayo, en una modificación ministerial, se hacía cargo de la Secretaría General José Luis de Arrese. En este tercer Gobierno aparece el primer ministro perteneciente al viejo S. E. U., José Antonio Girón, hasta entonces delegado nacional de Ex Combatientes. Terminaba la etapa de Gamero del Castillo, que, como ministro vicesecretario, regentaba la Secretaría General desde la salida de Muñoz Grandes, en marzo de 1940. La política era entonces particularmente difícil; la guerra no aconsejaba disposiciones revolucionarias, sino medidas de sedimentación. Los falangistas estaban descontentos, se amoldaban mal a este paréntesis en sus aspiraciones, que consideraban una victoria reaccionaria. Algunos volvieron a poner sus ilusiones en el general Yagüe y organizaron clandestinamente la Falange no unificada, de la que sería secretario general uno de los fundadores del S. E. U., Patricio González de Canales. En este grupo fue jefe de Levante el autor del primer libro falangista, Pérez Cabo, quien, en una reunión celebrada en Madrid con los mandos de sectores regionales, se comprometió personalmente a resolver, sin decir cómo, las dificultades económicas con que tropezaba el intento. Otros, de sectores derechistas, invocaron al general dos veces laureado Várela. Podía pensarse que los cálculos de Indalecio Prieto sobre la imposibilidad de unidad entre los vencedores se hacían realidad.

El Sindicato alcanzó tal complejidad administrativa que algunos de sus dirigentes parecían convertirse en jefes-funcionarios; se discutió agriamente la situación y, por oponerse decididamente a que los mandos figurasen en nóminas, se produjo un incidente entre un miembro de la Junta Consultiva y el jefe nacional que terminó con el destierro del opositor, que pretendía continuar la norma de gratuidad en los cargos.

Sería erróneo suponer por este episodio que los estudiantes del 36 se burocratizaban. La guerra en Europa había de dar ocasión bien pronto a demostrar lo contrario.

LA DIVISIÓN AZUL

En junio, Hitler invadía la U. R. S. S. Desde aquel instante, los universitarios españoles desearon figurar al lado de los alemanes en aquella batalla contra el comunismo, que parecía una continuación de la guerra española. E 24 de junio, desde los balcones de la Secretaría General, Serrano Súñer pronunciaba un discurso a una emocionada muchedumbre, en el que lanzó una frase que hizo fortuna: «Rusia es culpable.» Si cualquier pretexto había servido a los estudiantes en los últimos meses para dar salida a su apasionado sentir sobre Gibraltar, aquel día no podía ser una excepción. Uno de los diplomáticos que el Régimen había heredado escribió:

> «Un grupo de jóvenes, enardecidos, marchó insensatamente hacia la Embajada británica a lanzar piedras contra su fachada. Por cierto que al verlos llegar salió a la puerta un ciudadano inglés y les preguntó qué querían
>
> Aquellos muchachos, escasos en número y, quizá, en mala intención, contestaron a gritos: «¡Gibraltar! ¡Gibraltar!»
>
> El súbdito de Su Majestad británica, flemáticamente, re puso: «Por aquí no es» [291].

La anécdota fue inventada por círculos anglofilos, carne propicia para los manejos de sir Samuel Hoare, a quien, por cierto, el funcionario autor del libro citado dedica admirativos elogios, al final de los cuales, en un alarde sutilísimo que explica la «perspicacia» de nuestra vieja diplomacia, dice:

> «Lo que quizá no pensó Mr. Hoare es que esos muchachos alborotados, al gritar frente a su puerta durante un cuarto de hora, a pleno pulmón: «¡Gibraltar! ¡Gibraltar!» sin saberlo tampoco ellos, eran los que garantizaban a Inglaterra la tranquila posesión del Peñón.»

Los mismos círculos que tejieron para deleite de nuestros anglofilos esa historia idearon otra espléndida. Serrano Súñer llama a Samuel Hoare y le pregunta si desea que envíe más guardias a proteger la Embajada y la «flema» británica contesta:

—No me mande usted más guardias; prefiero que me mande menos estudiantes.

Serrano Súñer explicó cómo, por el contrario, el embajador perdió los estribos y, en la visita que realizó al ministro de Asuntos Exteriores, llegó a decir:

—Estas cosas no ocurren más que en un pueblo de salvajes.

Como Inglaterra no estaba ya en disposición de poner de rodillas a los demás, según su antojo, hubo de soportar que, como respuesta, le señalaran la puerta de la calle.

El propio Hoare no se atrevió a recoger la frase en su «Misión en España», en la que sí dice que los estudiantes no incendiaron los coches de la Embajada, como era su intención, por ¡haberse olvidado las cerillas!

La Falange abrió un banderín de enganche:

[291] «España tenía razón», de J. M. Doussinague.

> «España, hoy, se limita a libertar la pasión de su juventud para que entre en la batalla preferida» [292].

La Ciudad Universitaria de Madrid se convirtió en un gran Centro de reclutamiento. Los jóvenes que no habían podido luchar en la España nacional, por haber quedado en zona republicana, estaban satisfechos de encontrar ocasión que les acercaba a los envidiados alféreces.

Los «provisionales» acudieron a la llamada en tal cuantía que hubieron de poner en juego el sistema de recomendaciones para lograr un puesto en la División.

Precisamente el 14 de julio pasaban la frontera de Irún las primeras expediciones de voluntarios, a los que acompañó el clamor de masas enfervorizadas. Los estudiantes, desde Guitarte hasta jóvenes escuadristas de Bachillerato, iban en la proporción suficiente como para que más de un batallón fuera casi íntegramente formado por ellos. La incorporación de Guitarte llevó accidentalmente a la jefatura del Sindicato a Carlos M. Rodríguez de Valcárcel. Los franceses recibieron a los españoles con ostensibles muestras de hostilidad, provocando varios incidentes, lo que hizo poner a Ricardo Franco una nueva letra a la «Madelón», en la que no salían muy bien parados ni los súbditos de la Francia feliz ni la sintaxis gala. En el gran campamento militar de Grafenwórt fue entrenada y armada la División Azul. En algunos batallones, como el I del Regimiento 269, que encuadró a los estudiantes madrileños, hubo dificultades para la formación de la Plana administrativa, ya que todos elegían puestos de primera línea.

Muñoz Grandes, Jefe de la División, en la jura de bandera aludió a quienes, abandonando las aulas de las Universidades, iban a Rusia sin aspiraciones de conquistar botín y que tal vez encontraran solamente una tumba.

En contra de lo previsto, la División dispuso de numeroso ganado, lo que suponía un grave inconveniente. El coronel Esparza lo reseña en su libro Con la División Azul en Rusia:

> «Esta dificultad se comprende suficientemente teniendo en cuenta lo especial del reclutamiento entre estudiantes, hombres de carrera, etc.»

A pesar de ello, el embarque de material y ganado se hizo con tal rapidez que Muñoz Grandes pudo comentar: «He visto a un director general y a un catedrático de Universidad dominar sus respectivas parejas de caballotes como si toda su vida no hubieran hecho otra cosa.» Se refería a Dionisio Ridruejo y José María Castiella.

Durante las etapas de aproximación al frente, la División dio lugar a numerosas dudas sobre sus posibilidades militares. La dificultad española para la estricta .uniformidad y la seca disciplina se puso de relieve una vez más. Todo ello agravado por la dureza de las marchas, que ponían de mal humor a los soldados. Los batallones españoles se parecían muy poco a las rígidas unidades alemanas y no sólo en lo externo. Quienes no han querido ver en tos divisionarios un espíritu político independiente, se hubieran asombrado contemplándolos acampados en Polonia, defendiendo, incluso violentamente, a los campesinos católicos contra las tropas alemanas de ocupación.

A mediados de octubre la División Azul relevó a la División alemana en un sector que comprendía la ciudad de Novgorod, desde el lago limen hasta el pueblecito de Lobkovo, siguiendo la orilla izquierda del río Volchov. No pasaron muchos días sin que los divisionarios cruzaran el río, ocupando la orilla enemiga. Después de varios reconocimientos de vanguardia y pequeños golpes de mano, la sección del teniente Jaime Galiana, estudiante de Medicina en Madrid, recibe la orden de asaltar los nidos de ametralladores que defendían los pueblos de Rusia y Sitno. Tras breve y duro combate dejan libre el camino para el avance del resto de las unidades. Galiana cayó muerto sobre una de las ametralladoras del enemigo [293].

Al día siguiente, un fuerte contraataque soviético logró penetrar en el pueblo recién conquistado de Sitno. El Estado Mayor del Cuerpo de Ejército dio el siguiente parte:

> «La 250 División española se ha batido en su primer encuentro con el enemigo, bajo mis órdenes, de una manera admirable.
>
> Después de forzado el paso del río Volchov, el 2.° Batallón 269 y el tercer batallón 263, apoyados por la artillería, han rechazado un fuerte contraataque enemigo, parte cuerpo a cuerpo y al arma blanca, ocasionando serias pérdidas al enemigo, con una valentía extraordinaria. Firmado: Von Rockers, Teniente General.»

Entre los distinguidos destacó el sargento Luis Nieto, de Ciencias. No había cesado la batalla cuando surgió un impresionante Cara al Sol, que ya no había de faltar en ningún momento victorioso o difícil.

En la ampliación de la cabeza de puente sobre la orilla derecha del Volchov, se sucedieron, en ininterrumpida serie, pequeños combates, al precio de ir formando cementerios españoles que acogerían a 2.934 muertos [294]. Entre los primeros caídos figuró el teniente Julio García Matamoros, jefe del S. E. U. de Madrid.

El 8 de noviembre, el primer batallón del 269 relevó al 30 Regimiento de la división alemana número 18, de guarnición en Possad. Cuando llegó aquel batallón repleto de universitarios, el sector presentaba una calma absoluta, tanta que hacía ignorar la verdadera situación del enemigo. Pero el día 10 comenzó la batalla más porfiada y sangrienta de cuantas habría de sostener la División en el frente del Volchov.

---

[292] Ramón Garriga, en su libro «Las relaciones secretas entre Franco e Hitler», asegura que «Dionisio Ridruejo lanzó la idea de formar la División Azul».

[293] Instruido el expediente de juicio contradictorio, le fue otorgada a Jaime Galiana la máxima condecoración española al valor, la Laureada de San Fernando; sería la última Laureada concedida.

[294] El autor, en un viaje a la U. R. S. S., pudo comprobar que no queda un solo cementerio de españoles.

Possad se encontraba a 12 kilómetros de una carretera en línea recta que partía de Schvelevo, pueblo de la orilla derecha del Volchov; la única posición intermedia era el monasterio de Otenski, a cuatro kilómetros de Possad; la carretera, rodeada de un espeso bosque, era muy apropiada para golpes por sorpresa, que los rusos prodigaban. A partir del día 12 los soldados de Possad fueron atacados desde todas las direcciones. La guarnición quedó cercada. La lucha se desarrolló en difíciles circunstancias; parapetarse en las casa de madera era peligrosísimo, pues ardían fácilmente y en pocos minutos; no podían cavarse trincheras, pues el piso era una capa de hielo durísima. Por añadidura, los rusos ocupaban las lindes del bosque y sus armas y uniformes de invierno eran superiores a las germanas. Esta insospechada realidad dio lugar a que muchas unidades divisionarias terminaran poniendo en línea, a fuerza de encuentros victoriosos, buena cantidad de armas rusas. Sólo cuando el enemigo se decidía al ataque se ponía en igualdad de condiciones, y una y otra vez fue rechazado. En muchas ocasiones se cantó el Cara al Sol. La primera, iniciada por el teniente Reyes, de Derecho, cuando, gravemente herido, defendía Posarod, mientras ardían, iluminando la noche, las casas que cubrían la parte sur del pueblo. En este combate destacó el estudiante de Medicina Antonio Núñez, cabo de escuadra, quien con una ametralladora contuvo ataques de fuerzas muy superiores que proferían estruendosos gritos. En la acción fue hecho prisionero José Maria González Giménez, uno de los fundadores del S. E. U. santanderino. Al otro lado de las líneas rusas comenzaban unos episodios de asombrosa entereza, protagonizados por españoles cautivos.

En uno de los momentos más críticos se recibió un radio del coronel Esparza anunciando el envío de refuerzos. Con objeto de hacerlo llegar a las posiciones avanzadas se eligieron dos enlaces; se trataba de un servicio difícil, por la carencia de parapetos y comunicaciones cubiertas. El coronel Esparza da en su libro un texto que no coincide con el transmitido a los combatientes, que decía así: «De madrugada salió compañía alemana. Salgo yo. Batallones, artillería. Resolveré la situación rápidamente. Animo. Arriba España.» Recorriendo las posiciones para comunicar el mensaje recibió un tiro mortal, que le atravesó un pulmón, Eugenio Arizcun. El cable era una finta psicológica para alentar a los combatientes y pensando que fuera recogido por los escuchas rusos, déte ner sus ataques. De lo anunciado, lo único efectivo fue la instalación de Esparza con su plana mayor en el monasterio de Otenski. Desde entonces, en situaciones comprometidas los divisionarios aludían festivamente a inmediata* soluciones a cargo de un batallón fantasma.

En Possad, la situación empeoró con la intervención de escuadrillas de bombardeos del tipo «Martín Bombers, que actuaban con toda impunidad por carecer los divisionarios de artillería antiaérea. El día 14 se combatió furiosamente. Masas atacantes de rusos, con sus habituales chillidos y hurras, fueron una y otra vez rechazadas a bayonetazos y con bombas de mano. Herido el capitán Muñoz, pasó a defender la comprometida posición que cubría la entrada sur del pueblo un estudiante falangista sevillano, el teniente «provisional» Salvador López de la Torre.

Los muertos, ante la imposibilidad de ser enterrados, compartían los lugares de los combatientes, y los herido? graves, amontonados en algunos sótanos, morían sobre suelos de paja en atmósferas irrespirables.

«Siempre recordaré el montón de cadáveres, todos ellos del S. E. U. de Madrid, apilados al lado del puesto de mando del comandante» [295].

Al atardecer, los rusos dieron muestras de cansancio y ello indujo a organizar la evacuación de los heridos, que a la mañana siguiente llegaban al hospital de campaña número 250, situado en Podbereje. Toda la epopeya de Possad está jalonada con nombres de estudiantes. Desde los combatientes del primer batallón de Esparza, el de «los señoritos de Madrid», según calificación despectiva de su jefe durante las indisciplinadas marchas; los enlaces, Ricardo Pardos ganó una Medalla Militar, después de enfrentarse solo con una patrulla enemiga y llegar al puesto de mando perdiendo sangre por el cuello atravesado, en un esfuerzo tal que quedó sin conocimiento después de comunicar la novedad; los grupos que desde el Monasterio, con Agustín Aznar y Luis Nieto, cooperaban para que el bosque no fuera nido de ofensivas rusas; las ambulancias, que transportaban los heridos por una carretera infestada de enemigos y convertida en una pista helada, casi intransitable, y que conducían Rivadulla y Sánchez Covisa hasta el hospital de campaña, donde operaban Ricardo Franco y José María Barrios, luchando con heridas gangrenadas [296], como las de Luis Soto, que intervenidas a tiempo apenas hubieran tenido importancia, o como la de Miguel Alonso García, jefe de la Centuria «Alfonso Tudela», conocido por todos por «Carbonilla».

En los últimos días de noviembre hubo relativa calma en este sector. Pero en diciembre otra vez volvieron los ataques; entonces murió Enrique Sotomayor, cuando intentaba recoger el cadáver de otro estudiante caído ante las líneas propias. Se trataba del segundo de los Ruiz-Vernacci; el primero, Joaquín, había muerto en las luchas iniciales, y aún quedaba el tercer hermano, con un fusil mirando a las trincheras rusas. El cadáver de Sotomayor fue traído a campo propio por Agustín Aznar, pese al fuego de antitanques. Sotomayor le había dicho a López de la Torre horas antes: «Podrás creer que es una tontería, pero tengo el convencimiento de que voy a morir. Y te aseguro que no me importa. Pero, por Dios, que no resulte inútil nuestra sangre, que no vayamos a morir en vano.»

Análogo presentimiento le llevó a Alfonso de la Aldea a escribir a Carlos Piernavieja una carta emocionante:

> «No puedo escribir mucho, pues tengo un caos de ideas y sentimientos. Soy un disconforme con la vida actual; me ahoga el ambiente de «estraperlismo», de rojos o de «hombres de derechas de toda la vida.» Estoy convencido del destino trágico y glorioso de las generaciones actúa les y prefiero incorporarme a él, física y espiritualmente, y no vivir en ceguera, como muchos viven buscando fórmulas acomodaticias, para buscarse la tranquilidad en un mundo que no tiene y que no muy lejanamente nos incorporará, con ganas o sin ellas, a la vorágine de la lu cha. Si no regreso, espero que, por lo menos, me digáis una misa; que todas las ayudas son pocas para

[295] «Rusia no es cuestión de un día», de Juan Eugenio Blanco
[296] Recordamos que la penicilina era un secreto de guerra aliado.

> conseguir el cielo. Tengo el presentimiento de que no volveré, Carlos. Dame un ¡Presente! cuando te enteres de mi muerte y reza una oración por mí. ¡Arriba España!»

El corazón de Alfonso de la Aldea, tan grande como su corpulencia, en Rusia quedó enterrado. Alfredo Martínez de Velasco, cuyo hermano Antonio, destacado en el S. E. U. de Ciencias, había sido asesinado por los rojos, escribió antes de morir: «Prestaré alegre mi último servicio.»

El coronel Esparza terminó así su relato de la batalla:

> «Nuestra pluma es incapaz, desde luego, de describir semejante epopeya. Baste decir que Possad tenía que permanecer, ¡y permaneció!»

Entre las grandes maniobras de la guerra rusa, el parte oficial del Ejército alemán «destacaba especialmente la actuación de la División Azul». Más tarde, el Estado Mayor conoció un artículo publicado en un periódico soviético, en el que un general ruso comentaba «la famosa batalla de Possad». Allí, y en el recodo que la carreterea de Moscú a Leningrado hace en Podbereje, y en Grigorovo, y a todo lo largo del Volchov, y en los arrabales de Leningrado, tienen los estudiantes españoles, bajo la tierra helada, centenares de compañeros.

Aquellos días, una carta de un miembro de la Junta Consultiva del S. E. U. llegaba al Caudillo; la había antes comentado Serrano Súñer con Finat, nuestro embajador en Berlín, y con una alta personalidad alemana. La carta decía, entre otras cosas: «Si los motivos por los que se dio un paso al frente subsisten, nada hay que objetar; pero, de lo contrario, ¿no habría de pensarse en un amplio relevo? ¿No es hora de poner límites al sacrificio de tanto camarada, no sólo querido, sino necesario?»

Una Escuadrilla Azul operó también por los cielos de Rusia. Desgraciadamente no coincidieron, geográficamente, sus misiones de guerra con la de sus compatriotas de tierra. Pero sí en heroísmo y sacrificio; el 2 de octubre caía en combate aéreo el teniente Luis Alcocer, del S. E. U. de Burgos [297].. La muerte citaba también —sobre la tierra helada— a otros de sus camaradas del Sindicato burgalés: los oficiales Luis Hernando Martín, Benjamín Arenales, Feliciano Cañedo, Fernando Salinas, Alfredo Miranda, Santiago Crespi de Valdaura —hermano de Juan, otro estudiante muerto mandando tropas en el Jarama— y José Gil y Carlos María Mena. En la Escuadrilla Azul, uno de los Llaca, con la graduación de capitán, derribó cuatro aviones; el alférez Aldecoa, ocho, y, ya comandante, el camarada del S. E. U. Ramón Gavilán abatió en combate nueve aparatos rusos [298].

En España, en diciembre, bajo el recuerdo de los combatientes en Rusia, se celebró en Alcalá de Henares el V Consejo del Sindicato, presidido por Valcárcel. Un tema absorbió las preocupaciones: la reforma de la Universidad.

Se hacía cada vez menos soportable que de la Falange se utilizaran los signos externos por personas con otro espíritu y objetivos. Pedro Laín lo dijo en la conferencia que allí pronunció: «...El S.E.U., como la Falange en general, tiene que vivir en la fachada de un Estado, y nada más que en la fachada.» Fermín Izurdiaga fue aún más terminante: «Y después, en la hora de la victoria, cuando hemos ido a llamar a nuestra casa, nos ha abierto la puerta el lego del capitalismo y nos ha llamado estraperlistas y ladrones. Pero, ¡qué es España, qué es nuestra casa!

Y hemos vuelto a llamar. Y los que no han abierto han sido el falso intelectual, el mal catedrático, los malos escritores, los hombres que están imbuidos ya sabemos por quién, y nos han llamado estúpidos, sin estilo, malos poetas, cuando tenemos la verdadera poesía, la verdadera visión de la vida. Y hemos vuelto a llamar, y nos ha salido el político, y nos ha echado fuera, y nos ha privado de todo.»

El Consejo fue clausurado, el día 16, por José Luis de Arrese:

> «Cuando volváis a vuestros claustros no habléis en tono blando; usad el recio de nuestros primeros escuadristas, y si alguien os pregunta con qué derecho habláis tan fuerte, si alguien cree que ponéis hasta insolencia en vuestros deseos, mirad la lista de los caídos del S. E. U., desde Matías Montero hasta Eugenio Arizcun; mirad los sitios donde cayeron, todavía rojos con su sangre, desde las esquinas de Madrid, cuando todo era miedo y componenda, hasta los hielos de Rusia.»
>
> «Recordemos una ausencia que es dolor y que es orgullo. Mientras en esta Universidad estamos reunidos en vigilia de estudio, dos mil camaradas vuestros, con sus Jefes a la cabeza, están en vigilia de armas sobre la noche helada de los campos rusos. Algunos han caído y esperan de vosotros el fruto de su muerte. Los demás volverán con sus banderas desplegadas a la vida de la Universidad. Que el recuerdo de unos y la presencia de otros os anime siempre a llevar a la práctica las enseñanzas de este Consejo.»

Coincidió con el Consejo la aparición de una separata de Haz, con el título «Breve historia informativa del S. E. U.», en cuya redacción había intervenido Fernando Alzaga.

Mientras tanto, en Rusia se sucedían los combates. En la posición «El Alcázar», avanzada así bautizada por los alemanes antes de entrar en línea de fuego la División [299].

Y con especial dureza en la brecha abierta por los rusos entre Lobkovo y Udarnik. Allí fue donde los defensores de la llamada posición intermedia, que habían recibido de Muñoz Grandes la consigna de: «No

[297] Fue el primer caído en Rusia.
[298] Fundó, y dirigió más adelante, la Escuela de Reactores y Polimotores.
[299] En Rusia murieron dos estudiantes falangistas supervivientes del Alcázar toledano: Joaquín Nieves Lajusticia y Antonio Martín-Pintado Ureña.

retroceder; tenéis que estar ahí como clavados», aparecieron, cuando se reconquistó, clavados con picos en el suelo. La barbarie de los atacantes había hecho que la orden fuese totalmente cumplida.

En los contraataques se distinguió Hernández Navarro, quien añadiría a la relación de libros escritos por gente del S. E. U. un título de novela: «Ida y vuelta», cuyos personajes son los estudiantes sobre el campo de batalla del Este. El día de Navidad, un cañonazo destrozaba a Vicente Gaceo, «el pequeño y valeroso Gaceo», como José Antonio le despidiera antes de ser fusilado.

Gaceo había salido de la cárcel poco antes de formarse la División Azul. Su madre, que en el Madrid rojo ignoraba que su hijo había estado condenado a muerte en la zona nacional, recibió el pésame del ministro de Asuntos Exteriores. Precisamente el autor del Decreto de la unificación, por el que había ido a la cárcel Garceo: «Señora doña María del Pino, viuda de Gaceo. Mi respetada amiga: Autorizadamente se me informa que su hijo, nuestro magnífico camarada Vicente, ha caído en las heroicas filas de la División Azul. No es posible medir ni la magnitud del sacrificio que usted ofrece ni la alteza de la hazaña con que su glorioso caído acaba de rubricar su brillante historial falangista, coronando las sublimes generosidades aportadas por la familia Gaceo en servicio de nuestra España inmortal. Dios Nuestro Señor ponga en su corazón de madre fortaleza cristiana, española y falangista para mantenerse firme en esta nueva y terrible prueba. En ella le acompaño con mi más viva emoción y afecto. Reciba un saludo cordial de su buen amigo R. Serrano Súñer. Madrid, 3 de enero de 1942.»

Seguramente, la empresa más bella de la División Azul fue la liberación de la cercada guarnición alemana de Vsvad, al sur del lago limen. Entre sus protagonistas: Mariano Sánchez Covisa, Luis Lorenzo Salgado, Guillermo Ruiz Gijón, Marcos, Escosa, Guillermo González de Canales, Mont, Urgoiti, Valentí, M. Herrero, Garrigós, Carlos Piernavieja del Pozo, Jorge Hernández Bravo, Virgilio Hernández Rivadulla...

«Aquellos muchachos del S. E. U. de Madrid, asiduos deportistas del esquí en las pendientes del Guadarrama, se fueron con el teniente Castañer a formar la Compañía de Esquiadores del capitán Ordás» [300]. Con ellos, Santiago Cifuentes, después de las agotadoras jornadas en el hospital de campaña durante la batalla de Possad, revalidando su título reciente de cirujano.

Habían de atravesar la helada superficie del lago; la compañía partió, en la madrugada del 10 de enero, de Jerunovo e hizo una marcha en zigzag de más de treinta kilómetros, con temperaturas de 50 grados bajo cero, salvando cinco enormes grietas; el día 11 alcanzaban la otra orilla por Sadnoje-Pole, con dieciocho soldados gravísimos, congelados en aquel gigantesco frigorífico. Desde la base de Sadnoje-Pole operaron sobre Vereschovo, Pogost, Schischimorov y Malojeutcheno, que fueron ocupados. Con ello, los rojos aflojaron el cerco de Vsvad, pero entonces entraron en juego los tanques soviéticos y algunas posiciones de vanguardia, mandadas por el alférez del S. E. U. García Lario, superviviente del Cuartel de la Montaña, fueron aniquiladas; el capitán Ordás envía el siguiente radio: «Los españoles no han capitulado. Han muerto con las armas en la mano. Se observa gran concentración, esperamos ataque enemigo. Sabremos morir como españoles. Arriba España y viva Franco.» Aun cuando a los tanques se unió la aviación enemiga, la guarnición alemana fue liberada. Y aún se combatió después, hasta el día 24. Aquel día se tuvo la última baja, la del estudiante Julián Martín Fabiani. El capitán de la compañía transmite el último parte: «Capitán Ordás a general: Salimos 206. Quedamos 12 combatientes.»

Sin concederle demasiada importancia, desde el frente se envió una corta representación al Congreso de Estudiantes Anticomunistas, convacado en Dresden. La fama del soldado español, revalidada en Rusia, les colocaba en situación de privilegio en estas reuniones de retaguardia.

Dionisio Ridruejo, soldado de la II Compañía de Antitanques, fue tejiendo con poemas la vida divisionaria; todos ellos harían un libro, «Poesía en armas» [301].

En las «isbas» situadas detrás de las primeras líneas o en las chabolas del mismo frente se formaban tertulias, en las que se discutía, claro está, sobre política, pero también ocupaba horas y días cualquier tema literario y hasta teológico; todo era debatido con la minuciosidad que el tiempo permitía y la densidad de universitarios de que gozaba la División.

La guerra no daba tregua; se luchó por la liberación de otra guarnición alemana cercada en Mal-Samoschje, en el mes de febrero y en marzo, en los duros combates en la bolsa formada a retaguardia, en un desesperado intento ruso para aliviar el frente de Leningrado. La lucha en Kopzy fue relatada por Gómez-Tello en su libro «Canción de invierno en el Este». En los combates que en los primeros días de abril sostuvo el batallón del comandante Román, el estudiante de Sevilla alférez Dionisio García Pelayo de la Calzada moría intentando incendiar un tanque ruso; tenía veintidós años y había empezado la guerra de España en el barco «Calvo Sotelo». Por entonces comenzó un ordenado relevo. Entre los nuevos soldados, la proporción de estudiantes es ya menor. Pero siempre destacaron; con los primeros refuerzos llegó Teodoro Delgado Pomatta, que terminaría confeccionando la Hoja de Campaña, que se repartía entre los combatientes y que había sido fundada por otro del S. E. U., Carlos Juan Ruiz de la Fuente.

---

[300] El párrafo pertenece al primero de una larga serie de libros publicados sobre la División Azul; su autor, un oficial de la quinta del S. E. U., Enrique Errando Vilar.

[301] En el prólogo, Marichalar recordaba a Dionisio su soneto a Franco:

«Del Hacho al Pirineo has avanzado,
vega de espadas despertando el brío,
y ya rige tu fuerte señorío,
del Océano al mar, tierra y Estado.»

En el Reichtag, dijo Hitler: «Cuando la División regrese a España, nosotros sólo podremos lanzar sobre ella y sobre su valiente general la apreciación del reconocimiento de una fidelidad y una bravura que no se han desmentido ni aun ante la muerte.» Muñoz Grandes, relevado por el general Infantes, decía: «Muy duro es el invierno de estas estepas y muy duro también el enemigo soviético, pero más dura es mi raza.»

Un estudiante de la Escuela de Periodismo, redactor de la Hoja de Campaña, José García Luna, autor de un estupendo libro, «Las cartas del sargento Basilio», recuerda cómo la División entera se autollamaba «División exacta, porque no queda resto».

Como si en la guerra de España no hubiera habido hechos suficientes para desmentirlo, se puso en duda el valor de aquellas unidades simplemente por estar repletas de «señoritos estudiantes». Luis Romero, alférez combatiente ruso, estudiante falangista y novelista, salió al paso de la pintoresca suposición en «Tuda», su novela rusa: «Yo creo, al contrario, que el buen soldado puede y debe ser inteligente. La prueba: en la División, el porcentaje de personas cultas, de estudiantes, de soldados instruidos era más elevado que nunca lo fue en ninguna unidad española. ¿Ha «pitado» o no? Entonces.»

En el otoño, la División fue trasladada al frente de Leningrado, sector de Puschkin. En los combates allí desarrollados seguiremos encontrando hombres ejemplares, como el capitán Urbano, quien, en Staraya Misa, llegó a inutilizar dos carros soviéticos con minas magnéticas, que se precisan colocar en el propio tanque, o en los combates del río Ishora, de los que un oficial, Antonio Amo, contaba: «Casi todos éramos del S. E. U. Pero recordaré siempre a dos camaradas que para alistarse hubieron de mentir su corta edad: Luis Zaragoza y Federico Doña Morales, este último muerto días antes del relevo.»

El pueblo español recibió a los combatientees en la lejana Rusia con ostensible emoción. Los «divisionarios» retornaban con tres canciones preferidas en los labios y en el corazón: «Lily Marlen», alemana; «Katiuska», del poeta ruso Isakovski, y «Gibraltar», nacida del acordeón de Agustín Paymo [302].

DISPERSIÓN DE IMPULSOS

El 15 de agosto de 1942 ocurrió en Begoña un lamentable suceso, del que fueron partícipes estudiantes recién repatriados. A la salida de una misa, a la que asistió el general Várela, se produjo un incidente motivado por un grupo que profería gritos subversivos; los seuístas arrojaron dos bombas de las utilizadas por la Infantería alemana, que estallaron relativamente próximas al general. Fuera y en España se dio gran importancia a lo ocurrido. Se unió este hecho a un intento de rotura del cable submarino que une Bilbao con la costa inglesa, con la participación de gentes remuneradas por la Embajada alemana. Un Consejo de Guerra sumarísimo condenó a un afiliado al S. E. U., Juan José Domínguez, que fue fusilado. Ello llevó a Doussinague a escribir: «Elementos de muy poca categoría, a sueldo de la Embajada alemana.» Por el contrario, la casi totalidad de los que intervinieron eran universitarios. Habían llegado el día antes a España, procedentes del frente ruso, en donde servían como soldados. Más de uno había cruzado el limen, participando en docenas de combates, sin un solo permiso a retaguardia hasta el momento de su embarque hacia la Península en el apeadero ruso de Nacha, siendo su único contacto con alemanes, más bien con alemanas, en Nüremberg, en una tarde de permiso.

Otro falangista moría, tras ser condenado a muerte: Pérez Cabo, acusado de malversación de fondos en Auxilio Social. Pérez Cabo, recordamos, se había comprometido a financiar la Falange no unificada, cuya jefatura tenía el general Yagüe, grupo que se había disuelto tras una entrevista de Yagüe con Franco [303].

La falta de objetividad convirtió a muchos españoles en apasionados defensores de los bandos en pugna, y si, por un lado, se llevó hasta discutibles actitudes la lucha contra el comunismo, en otros sectores, a veces de relieve social y jerarquía, se prestaron a bajos servicios en favor de los entonces aliados de Rusia. Un divisionario de la quinta del S. E. U. tendría ocasión de hacer saltar una de las redes tendidas por diplomáticos ingleses en la que se habían utilizado indignos procedimientos para lograr la colaboración de personas útiles a sus fines de guerra.

La circunstancia de alejarse cada día más el triunfo alemán sobre el comunismo ruso llevaría a vía muerta los propósitos de quienes, por entendimiento de lealtad, no sabían separarse de la suerte de las armas germanas en el Este. Algunas de sus figuras destacadas, tal el caso de Dionisio Ridruejo, fueron portavoces de un generalizado sentir en favor de una mayor intervención militar al lado de los Ejércitos anticomunistas que tenían a Hitler por jefe [304]. El disculpable error táctico hizo terminar en fracaso la última ocasión generacional de los universitarios que habían hecho la guerra española, y desde entonces dispersaron sus impulsos políticos más y más.

[302] Siendo estudiante de Medicina, Paymo, en el campamento navarro de Sancho el Fuerte, que dirigía Alberto Fernández Galar. improvisó otra bella canción que alegraría cientos de marchas juveniles, a la que puso letra José María García Cernuda con el título «Cubre tu pecho de azul».

[303] Inexplicablemente, la memoria de Pérez Cabo no ha sido rehabilitada como exigía una justa conciencia revolucionaria.

[304] Franco, por el contrario, acentuó la neutralidad española, con el éxito de las dos históricas entrevistas con Hitler y Mussolini, en las que el Caudillo logró convencerlos de la imposibilidad de contar con nuestra nación para la guerra. En las difíciles conversaciones de Hendaya, Hitler le preguntó a Franco, con intencionalidad bien clara: «¿Y no teme usted que le invadan... los aliados?» El Caudillo, generalizando, respondió: «Yo no temo a nadie. Si intentan invadirnos haremos otra guerra de Independencia.» Cuando Mussolini forcejeaba para convencerle de las ventajas de entrar en el conflicto escuchó una desconcertante pregunta de Franco: «Si usted pudiese, Duce, ¿se saldría de la guerra?»

Con los estudiantes que así pensaban estaban muchos militares, políticos de diversos sectores y buen número de profesores universitarios, como Tovar y Laín, que, con Juan Beneyto, formaron el Comité de Redacción del Boletín de la Asociación Hispano-Germana.

La situación nacional era delicada en extremo; las dificultades económicas interiores habían estabilizado un mercado negro que llegaba hasta el pan y los medicamentos indispensables, y la guerra exterior entraba en una fase en la que la Península pasaba a ser cruce fundamental en los escenarios bélicos que se perfilaban.

La bomba de Begoña aceleró el fin de la influencia de Serrano Súñer, punto de apoyo de las idas y venidas de Dionisio Ridruejo. Serrano dejó su lugar en el Ministerio de Asuntos Exteriores al general Jordana, que ya lo había regido en Burgos. Para el futuro, estaba condenado cualquier intento que pretendiera moverse al amparo alemán. Casi todos los cambios se realizaron de forma que muchos observadores políticos tardaron meses en interpretarlos correctamente. Cuando un embajador de lengua inglesa quiso comprobar directamente la veracidad de sus informes sobre «cuál era la verdadera posición española en la guerra» y preguntó al propio Caudillo, escuchó una contestación que le dejó atónito: «¿En qué guerra? —dijo Franco, quien, antes de que su interlocutor pudiera salir de su mudez, continuó—: Para los españoles existen tres guerras distintas, calaramente delimitadas. Una guerra entre los Estados Unidos y el Japón, invasor de Filipinas; en ese conflicto estamos al lado de los Estados Unidos. Tenemos otra guerra entre Alemania, Italia y otros países europeos contra Rusia; ahí estamos al lado de Alemania e Italia Y, por último, existe una guerra entre los países aliados, Estados Unidos, Inglaterra, Francia, etc., contra Alemania e Italia; en ésta, España es estrictamente neutral.» La respuesta era bastante más que un ejemplo de sutil evasiva.

El «Primer Congreso de las Juventudes Europeas» se celebró en Viena, del 14 al 18 de septiembre de 1942. Europa, entonces, agradara o no, estaba dentro de la esfera de influencia alemana. A la ciudad danubiana acudieron representaciones de Italia, Hungría, Rumania, Croacia, Eslovaquia, Portugal, Bulgaria, Finlandia, Walonia, Flandes, Dinamarca, Noruega y España.

Presidió la delegación española José Antonio Elola; le acompañaban por el S. E. U. Galar, Aníbal, Merklin, Ruiz-Gijón, y otros mandos de la Sección Femenina y del Frente de Juventudes, entre ellos el catedrático Luis de Sosa, asesor de Cultura y Arte.

Al llegar la delegación española a Viena se encontró con que todo estaba previsto, hasta los acuerdos. Los asistentes estaban llamados a figurar como comparsas y no tenían necesidad ni siquiera de molestarse en pensar. Al parecer, los representantes de los pueblos antes nombrados se resignaban a cumplir el triste papel que se les había destinado. Pero, naturalmente, los españoles, no. Desde el primer momento advirtieron que la delegación española estaba dispuesta a figurar en la Asociación de Juventudes Europeas que se proyectaba, pero sin renunciar a un solo postulado ideológico o a la más sencilla norma de conducta. La delegación rechazó una clasificación alfabética de naciones, advirtiendo que, con todo respeto para los otros países, o se hacía figurar a España a continuación de las dos presidencias de Alemania e Italia o, de lo contrario, no tomarían parte en el Congreso. Rechazaron asimismo la presidencia de la Comisión de Asistencia Social que se les atribuía sin consulta previa y, en cambio, reclamaron otras de más importancia e incluso la creación de nuevas Comisiones, como la de Juventud y Familia, e hicieron constar que utilizarían únicamente el idioma castellano, aún cuando no figurara como oficial en las instrucciones previas. Esta actitud, en presencia del jefe de la «Hitler Jugend», Arturo Axmann; del ministro secretario del Partido Fascista, Aldo Vidussoni, y del lugarteniente de Viena, Baldur von Schirach, causó primero estupor y más tarde arrastró la admiración de los representantes europeos, incluidos los italianos, para quienes, con frecuencia molesta, los alemanes reservaban los máximos honores, pero despectivamente.

En la actitud reseñada no había ni resentimiento hacia los alemanes ni indigno cálculo político de larga previsión, y ello se deducía de la salutación dirigida a los congresistas por Elola, aplaudida con especial satisfacción por los rumanos:

> «Después de la Patria, la juventud es en lo humano el lazo más fuerte que puede unir hoy a los hombres en el mundo.»
>
> «Son palabras de Enrique Sotomayor, camarada que a los veinte años luchó denodadamente en la guerra de España y poco después vino a morir con el silencio de los auténticos héroes en los campos de batalla de Rusia Las pronunció en la primavera del año 39, terminada victoriosamente la guerra contra el comunismo y sus aliados en España.
>
> Me permitiréis dedicar a los camaradas de la División Azul desde esta tribuna el saludo y homenaje más emocionado, con el deseo de cederles este puesto de honor que a ellos y sólo a ellos, desde el General al soldado por derecho les pertenece.»

En las Comisiones se mantuvo la misma tónica. Galar, en la de Educación, insistió en lo preeminente de la educación religiosa. Aníbal, en la de Formación de Mandos, se opuso resueltamente al proyecto alemán de que las Academias recibieran consignas unificadoras, dictadas por los rectores de la Liga Juvenil Europea, argumentando que cada nación tenía su manera de pensar y de ser. Después de su intervención, la propuesta alemana fue retirada. Los españoles, en el debate sobre normas morales, afirmando: «Sobre nuestra conducta e ideario no podemos admitir discusión», dieron lugar a la derrota de dos propuestas alemanas y a la elaboración de una declaración de acuerdo con las normas programáticas de la Falange.

La delegación alcanzó un éxito evidente. Una de sus consecuencias fue la de alejar definitivamente las posibilidades del grupo que marginalmente mantenía la idea de Sotomayor de encuadrar bajo el mando de los estudiantes a toda la juventud, como fase previa para otros logros políticos.

DEL FUSIL A LA PLUMA

A caballo entre los años 1942 y 1943 aparece la novela de éxito más resonante de la posguerra, «La familia de Pascual Duarte»; autor, un estudiante legionario, Camilo José de Cela [305]. El número de ediciones, la viva y admirativa polémica suscitada, así como sus numerosas traducciones, pondrían de relieve, al lado de la considerable serie de libros salidos de los universitarios del 36, que no era acertado encasillarlos como simplemente aptos para la acción.

Como consecuencia del alistamiento estudiantil en el campo nacional, la literatura de la guerra está escrita, en buena parte, por la juventud universitaria combatiente. El más prolífico, Rafael García Serrano, a quien debemos ya media docena de títulos, el último, «Diccionario para un macuto». Entre los primeros, José Antonio Giménez Arnáu, que lanzó pronto «El puente», en 1941, y es de esperar que no se cierre esta magnífica avalancha literaria con la aparición del tercer volumen de la serie «Libros de Retamares», de Salvador García de Pruneda. Emilio Romero, en «La paz empieza nunca», como sus compañeros de generación, pretende fijar el ánimo y las ideas de aquellos universitarios que tanto hubieron de improvisar. Naturalmente, son estudiantes los protagonistas de las novelas por ellos escritas; en «Se ha ocupado el kilómetro 6», de Benítez de Castro, «Julio Aguilar, cabo abanderado, estudiante de Derecho en la Universidad de Salamanca, tomó el mando de veintisiete hombres y los condujo a la cima entre un diluvio de hierro ardiendo». Castillo Puche, en «El vengador», refleja el espíritu noble de un combatiente sin ánimo de venganza, quien contesta a una pregunta: «Y usted, ¿qué era antes de irse a la Academia de los Provisionales? Estudiaba.» En «Cuerpo a tierra», de Ricardo Fernández de la Reguera, los protagonistas, Augusto y Pablo Aguirre, son también estudiantes. Estudiantes son los personajes principales de «Cuando las sombras se alejan», de Sotil Azpilicueta, y la novela del estudiante movilizado forzoso en el Ejército rojo, en donde logra graduación militar, pese a sus sentimientos contrarios, escrita por Ricardo Salazar Allende, «Tú no eres de los nuestros». La relación podría alargarse hasta el cansancio [306]. Jamás conoció España un torrente literario de tanto caudal; él solo hubiera sido suficiente para merecer la gratitud del idioma. O de los idiomas si se quiere, pues el estudiante Julio Manegat, que hizo sus primeras prácticas de periodismo colocando por las fachadas de las casas de la Barcelona roja los partes de guerra nacionales, estrenó en el teatro Romea, en catalán, «Els nostres dies».

La participación estudiantil a la guerra se refleja en las obras escritas en España. La trilogía de Gironella, «Los cipreses creen en Dios», «Un millón de muertos» y «Ha estallado la paz», pensada por el autor en el frente de ios Pirineos, después de haberse pasado desde la zona roja, dentro de la novela, lo más popularizado sobre nuestra guerra tiene como figuras centrales dos combatientes falangistas estudiantes. También los encontraremos en las obras de Agustín de Foxá, Tomás Borras y Wenceslao Fernández Flórez [307]. Por el contrario, en los libros escritos en el exilio, el estudiante desaparece, como sucede en «La forja de un rebelde», de Barea, lo mejor de cuanto se ha publicado en el bando republicano, y en «Réquiem por un campesino», de Sender. Un solo título mencionable salió de los pocos estudiantes que optaron por el campo rojo. Pese a los estímulos que producen todas las emigraciones políticas, «Puerta del Sol», de Ricardo Bastid.

La poesía nacional no fue parca en número ni en inspiración, con Luis Felipe Vivanco, Félix Ros, Luis Rosales, Manuel Diez Crespo, Leopoldo Panero, José María Souviron, Dionisio Ridruejo, José María Castroviejo y los mayores Gerardo Diego, Adriano del Valle, Dámaso Alonso, Manuel Machado, José María Pemán y Eduardo Marquina.

Y podríamos añadir en el orden musical al malogrado Ataulfo Argenta, soldado y estudiante nacional.

Esta realidad llevó al gran poeta León Felipe a escribir desde el exilio, rectificando afirmaciones anteriores, «Yo no me llevé la canción». La áspera lucha por lo elemental no había cegado las fuentes poéticas de la «quinta del S. E. U.» Reguera Sevilla, un gobernador civil, fundó en Santander, de la mano de Pedro Gómez Cantolla, bajo la divisa «Con manos de cristal, nudos de hierro», la revista de poesía Proel. Claro está, no fue la única iniciativa de este tipo. Bajo la dirección de Dionisio Ridruejo aparece Escorial, revista falangista de poesía y ensayo, que supuso la cota intelectual más alta lograda desde el 18 de julio. Alentado por el ejemplo de sus camaradas de armas, en la guerra de España y en la División Azul, José María Hernández-Rubio publicó vidas y antologías de «Poetas-soldados españoles», dos ocupaciones difíciles de separar, cuando los que luchan son estudiantes. De Rusia se trajo también el malogrado Javier Utray Los sonetos perdidos. Tampoco los poetas del exilio pudieron cantar a sus estudiantes combatientes, incluso el extraordinario Alberti, quien vivió el olor de café más que de pólvora en los novecientos ochenta y seis días de lucha, hubo de contentarse con glorificar a los campesinos:

"Siembra de cuerpos jóvenes, tan necesariamente

descuajados del triste terrón que los pariera."

[305] C. J. C. sería el primero de «la quinta del S. E. U.» que alcanzase, en 1957, un sillón en la Academia de la Lengua.

[306] La pasión y la grandeza de nuestra guerra reúne ya, en la incompleta Bibliografía de Juan García Duran, editada en 1964 en Montevideo, 6.248 fichas, aun cuando algunas se encuentran repetidas, así «La rebelión de los estudiantes» figura en dos secciones, las de Trabajos político-sociales y Gobierno de posguerra. Cuatro años más tarde en la «Bibliografía» de Ricardo la Cierva los títulos de García Duran aparecen duplicados.

[307] Ignacio, el protagonista de la novela de Aquilino Duque «El mono azul», finalista del Premio Nadal de 1974, es un estudiante universitario nacional.

La novela, la poesía, los relatos históricos no fueron obstáculo para los ensayos en toda la ancha esfera de la ciencia y cultura. El primero, antes de finalizada la contienda, Siete años de lucha, de Javier M. de Bedoya [308]. Después, con más tiempo para la meditación y el estudio, Italia fuera de combate, de Ismael Herráiz; Dos claves históricas: Mío Cid y Roldan, Darío Fernández Flórez; Introducción a la ciencia del Derecho, Pascual Marín Pérez; Joaquín Ruiz Giménez, La concepción institucional del Derecho; Adolfo Muñoz Alonso, Valores filosóficos del catolicismo; Torcuata Fernández Miranda, Estudios de sociología; Federico Sopeña, Dos años de música en Europa; José María García Escudero, El cine social; Ricardo Franco, Enfermedad de Von Gievke; Gaspar Gómez de la Serna, Viajeros de la Ilustración, y Cartas a un príncipe y al pueblo soberano, de Emilio Romero; El Estado, el comercio y los precios, de Pío Miguel Irurzun. Hasta La hija de don Juan de Austria, de Mercedes Fórmica.

No siguió la generación del 36, la altanería de Suero de Quiñones en el episodio del Paso honroso, «e non me alargo más porque las manos son menester para otras cosas de más honor» [309].

Existe un caprichoso reparto de papeles hecho por un español importado, Max Aub [310]. En él no figuran como periodistas ni Ismael Herráiz, ni Lucio del Álamo, ni Emilio Romero. Tampoco Cela, Gironella ni García Serrano son los novelistas del 36; a Cela le trasladan, porque sí, a la fantasmal generación del 50 y el teatro de Miguel Mihura no alcanza el cero, mientras se corona esa eterna esperanza que se llama Sastre por encima de Buero Vallejo. Pues bien, para Díaz-Plaja, «ese cuadro es más que convincente».

Un Consejo de Ministros, celebrado el 25 de mayo, acordó remitir a las Cortes el proyecto de ordenación de la Universidad española. Las Cortes habían comenzado su vida el 16 de marzo y era ésta la primera ley fundamental que discutían. José Miguel Guitarte había sido elegido secretario del máximo organismo legislativo.

En la ponencia que informó el proyecto de ley figuraba Valcárcel. Y formaban parte de la Comisión de Educación Nacional, que presidía el obispo de Madrid-Alcalá, Guitarte, Gutiérrez del Castillo y Salas Pombo

El proyecto constaba de 101 artículos y 11 disposiciones transitorias, y estaba precedido de un largo preámbulo, justificativo de la necesidad de una verdadera reforma universitaria. Fue muy discutido en el seno de la Comisión [311]. Al proyecto presentado por el Gobierno se añadió, íntegra, una enmienda del arzobispo de Toledo, relativa a la proclamación, por parte del Estado, de los derechos docentes de la Iglesia. Unos procuradores hicieron objeciones, no a la parte espiritual, sino a las posibles consecuencias de tipo económico que pudieran derivarse. Se incorporaron también al proyecto otras observaciones presentadas por Valcárcel. En total se examinaron sesenta enmiendas, de las que veintisiete quedaron aceptadas.

La ley fue presentada en el Pleno de las Cortes celebrado el 15 de julio de 1943. Ibáñez Martín explicó sus fundamentos: «El Estado necesita ahora más que nunca de la Falange aristocrática del espíritu, de aquella que nace del don celestial del talento, acrecentado con el esfuerzo afanoso del trabajo. La indiferencia del Estado por el estudiante ha dejado en absoluto de existir. Se asigna al Sindicato Español Universitario una misión efectiva y concreta dentro de la Universidad. En este orden de cosas es donde los estudiantes españoles habrán de sentirse vinculados a las tres categorías de deberes para con la Universidad, España y la Falange, que les señalara con definitivo acierto José Antonio.»

Puesto a votación el dictamen, se aprobó con seis votos en contra.

La ley comienza con un concepto del Rey Sabio: «La Universidad española es una corporación de maestros y escolares.»

Al Sindicato le encomendaba importantes y numerosas funciones, puntualizadas en el artículo 34:

«Agrupar a los estudiantes universitarios. Encuadrar a los comprendidos en edad militar dentro de la Milicia Universitaria. Informar a los estudiantes sobre los diversos aspectos de la enseñanza y tramitar sus asuntos a través de un Centro Nacional de Orientación y Trámite. Organizar el Servicio Obligatorio de Trabajo. Organizar Comedores y Hogares, Albergues de verano e invierno y cuantas instituciones de carácter escolar y posescolar tiendan a fomentar el espíritu de camaradería entre los estudiantes.»

Preveía también la creación de un Servicio de Protección Escolar para regular las becas, la asistencia médica y alojamiento, funcionando en estrecha relación con el Sindicato, cuyos informes previos serían preceptivos. Se daba entrada a los estudiantes en los órganos de gobierno de las Universidades, Claustro, Junta de Gobierno y Junta de Facultad.

Al enumerar los derechos y obligaciones de los escolares, decía la ley: «Antes de obtener el "Libro escolar", el estudiante prestará juramento del fiel cumplimiento de sus obligaciones universitarias en el acto académico, solemne, de comienzo de curso. Recibirán entonces la carta de identidad y el distintivo del S. E. U., que le acrediten

[308] Bedoya aparece entre los pioneros del análisis en España de «Marcuse y el socialismo. El socialismo imposible», 1970.
[309] Era de esperar que el éxito azoriniano de la inventada gene ración del 98 moviese a los aprovechados para sacarse de la ancha manga un grupo que pretendiese ampararse en la cifra 36. En 1965, ínsula puso una primera piedra en la empresa metiéndose de manos en la intrincada selva donde se entremezclan las generaciones. Un año más tarde, Guillermo Díaz-Plaja pretende arrimar el ascua a quienes se dan a conocer a partir de la proclamación republicana del 31, grupo que, independientemente del valor individual de sus componentes, bien se merece el nombre de generación aturdida, como la califica Tomás Salvador.
[310] Max Aub, nacido en París de padre alemán y madre francesa, de raza judía, se decía ciudadano mejicano y escritor español.
[311] Desde que comenzaron a funcionar las Cortes, pudo observarse cómo los menos dispuestos al diálogo, los menos liberales, eran precisamente de procedencia no falangista.

y permitan exteriorizar su cualidad y dignidad de escolar universitario, y quedará desde este momento sometido a la disciplina académica.» Es decir, se legalizaba la sindicación única y obligatoria.

Bastantes defectos fueron señalados a la ley y otros surgieron con su aplicación, pero era algo en la ansiada reforma de la Universidad.

Como en tantas cosas de la política nacional, la concesión de pequeñas aspiraciones, que en lo social dejaba pendiente el acceso a la cultura de los hijos de los trabajadores, se hacía a cambio de aplazar, «ab calendas greacas», la gran reforma de la Universidad.

El 1.° de octubre, ante el Consejo Nacional, pronunció el Caudillo un importante discurso político; al final, y seguramente como respuesta a los rumores de precipitadas restauraciones, dijo:

> «Yo les pido a los españoles todos no miren a nuestra generación ni pierdan el tiempo en discutir a nuestros hombres. ¡No vale la pena! El relevo está próximo. Miren sólo para nuestras obras sociales y para estas juventudes bronceadas por el sol y musculadas por el ejercicio, que llevan en sus ojos la fe, en sus labios la canción de la Patria y en sus corazones el aliento más grande para e.' sacrificio. Por Dios y por España, nadie podrá estorbar el logro de esta gran promesa.»

El día 12 de octubre, el Caudillo inauguraba el curso en la Ciudad Universitaria madrileña, en la ya reconstruida Facultad de Filosofía y Letras.

Hablaron Valcárcel, el ministro de Educación y, finalmente, Franco:

> «Aquí sucumbió la flor de la mejor juventud, inmolada en el más puro de los sacrificios; diríase que ha sido prodigiosa su fecundidad. Ellos quedaron sepultados entre las ruinas. Y hoy las ruinas han desaparecido para servir de cimiento a estos colosales edificios, que son ahora como monumentos votivos a la gloria de los muertos. Sobre el solar heroico que fue su tumba, España ha reconstruido este vasto recinto, consagrado a las letras, con los que les tributa el mejor de los homenajes, con lo que sienta la más esencial de sus afirmaciones espirituales. Ninguna ciudad universitaria del viejo continente puede enorgullecerse de tal ejecutoria, porque si esta ciudad fue antes el anhelo de un reinado y la preocupación gloriosa de un monarca, es desde ahora para siempre memoria perenne de una juventud que salvó con la muerte a su Patria y obra de un régimen vindicador del signo espiritual de la civilización y de la vida.
>
> Si ellos sirvieron a la Patria con la muerte, los escolares de hoy han de servirla con la vida.» [312]

En noviembre moría José Miguel Guitarte, que había llegado del frente del Este marcado con una cruel enfermedad. Cumplía el Sindicato diez años, y en ellos el nombre de Guitarte figura siempre en los lugares de peligro y de trabajo.

También en noviembre, una orden ministerial regulaba la afiliación y disponía en su artículo 1.°: «Todos los alumnos matriculados en las Facultades universitarias, por el hecho de serlo, quedan integrados en el Sindicato Español Universitario.» Con ello desaparecía oficialmente el S. E. U. falangista. Pasaba a ser patrimonio de todos los estudiantes.

En diciembre se celebró, en Madrid, el I Consejo de Jefes Provinciales de la Falange. En él figuraron los de la «quinta del 36» en buena proporción: Francisco Labadíe, Joaquín Reguera, Pedro María Gómez Ruiz, José María Pardo, Tomás Romojaro, Alberto Martín Gamero, Antonio Martínez Cattaneo, Juan Junquera, Ramón José Maldonado, José del Valle, Heliodoro Fernández Cánepa, quienes, al frente de las provincias, luchaban en Gobiernos difíciles, cuando las más elementales necesidades, como el abastecimiento de pan, eran problemas casi insolubles. El Consejo se enfrentó con la transformación política y administrativa del Movimiento. Dos ponencias fueron presididas por Luis González Vicén y Diego Salas Pombo, debido a su antigüedad al frente de las Jefaturas. Otros universitarios combatientes siguieron el ejemplo que, en Santander, dio Agustín Zancajo Osorio; les bastó ver la cara a la política para irse hacia otras actividades; así José Luis de Navas-cués, por muy poco tiempo, jefe provincial de Castellón.

Lo cierto era que el Estado sólo tímidamente incorporaba a sus puestos básicos a la «generación del 36», por temor, se decía, a la falta de reposo necesario para el Gobierno. Se desaprovechaba la preciosa circunstancia de contar con falangistas universitarios de treinta años para abajo. El miedo a los menores de cuarenta años dentro del Estado daba obligadamente el siguiente enflaquecido cuadro sobre la ocupación de cargos por «viejos» falangistas: «De los 16 ministros, dos; de los 17 subsecretarios, uno; de los 102 directores generales, ocho; de los 50 gobernadores civiles, 18; de los 50 presidentes de Diputaciones Provinciales, ocho; de los 575 procuradores en Cortes, 137; de los 738 diputados provinciales, 133; de los 9.155 alcaldes, 766; de los 55.960 concejales, 3.226, y de los 151 consejeros nacionales de la propia Falange, 65.»

En enero de 1944 se celebra un Consejo Nacional en Santiago, presidido por Elola y Valcárcel. Se le denominó Consejo de la Unidad. Tuvieron lugar sus reuniones en el histórico colegio de Fonseca. Daban escolta a la bandera del Batallón de los Literarios de los estudiantes compostelanos que se enfrentaron con los ejércitos napoleónicos en 1808 los banderines del S. E. U. utilizados en los campos rusos.

[312] La inscripción del Arco de Triunfo levantado en la Ciudad Universitaria dice:
«A los ejércitos, aquí victoriosos, la inteligencia, que siempre es vencedora, dedicó este monumento».

Los mandos sindicales seguían en poder de los fundadores. Pepe Rubio regía el Distrito Sevillano; Tabeada, el de Santiago; Rafael Fernández, el de Oviedo; Antonio Ruiz Ocaña, el de Madrid; Moro era presidente de la Junta Consultiva, y Bescansa, secretario general.

Una Comisión, que se denominó «extraordinaria», dio lectura a unas conclusiones que podían resumirse con dos de los párrafos aprobados, ya sin esperanza. No eran más que literatura:

> «No hay, dentro de la juventud, más que tres elementos que jueguen para la Revolución: el universitario, el obrero y el campesino. De la unión de estos tres elementos surge un Frente de Juventudes, que ha de realizar para la Patria y por la Patria la doble misión nacional y ecuménica que antes apuntábamos.
>
> Por lo cual, el Sindicato Español Universitario, en una nueva etapa de madurez y continuando su gloriosa tradición falangista y su insobornable fidelidad al dogma de la unidad, exige un órgano único para conseguir, con una actuación más intensa y eficaz, la tarea de capitanía que José Antonio le encomendó.»

En la clausura, Valcárcel terminó su discurso diciendo: «Hoy puede considerarse terminada la etapa fundacional del Sindicato.»

En, general, los viejos seuístas asistieron con indiferencia al Consejo. Pasaron los días, por las rúas lluviosas, visitando a Sant-Yago y dando con la cabeza contra «O santo dos croques». No cabía ya el espíritu de antaño.

Algún consejero —Labadíe— se alojó en el hotel con su mujer. Y no era el único casado. El dato tenía importancia. Se terminó con un acto en la plaza de los literarios; Manolo Valdés colocó una corona de laurel junto a la cruz de madera e invocó a los caídos.

EMBAJADORES EN EL INFIERNO

En Rusia, convertidos en legionarios, luchaba un puñado de españoles que se negaron a regresar después del relevo total de la División, realizado el 12 de octubre, a veinte kilómetros de Leningrado. Entre ellos no faltaban estudiantes; alguno, como Salvador López de la Torre, estaba allí desde el primer combate.

La guerra en Rusia aumentó la inverosímil lista de universitarios muertos. José Madrona de Soto, Luis Berenguer Espinar, Carlos Berzosa Teixeira, alférez en la guerra española; Antonio Rodríguez del Valle, José Luis André Garrido, Rafael Auba Forcada, Luis Duran Martín, Guillermo José Quellemberg, Enrique Roige Rosa, Edmundo Sánchez Sarabia, Ángel Abad Pérez, José Miguel Delgado Rizo, Antonio Martín Pintado, Dionisio Acebal, Eulogio López Cano, Daniel Melitón García, José de Lucas, José Caballero Palacios, Mario Noya, José Luis Hernández-Vaquero, Antonio Muñoz Cebrián, José Pérez Miralles Arteaga, Luis Antonio Pardo, Luis Bricio, Antonio Casas, Luis Castejón, Tomás Sánchez-Isasi, Tiburcio Borras Batista, primer caído de la Falange de Barcelona en Rusia; Ramón Tremón Miró, que dejó otro hermano luchando en la División; Manuel Sánchez Torres, superviviente del Cuartel de la Montaña con otros dos hermanos divisionarios; Emilio Alzamora, retirado en la guerra española del frente por menor de edad. En las nuevas centurias de caídos figuraba uno de los más destacados de la primera línea madrileña, Javier García Noblejas.

Otros morirían tristemente enfermos, como Blanquer, después de transportar sobre sus hombros durante días y días un pesado fusil antitanque, que justamente había ya demostrado su inutilidad ante los blindados rusos al entrar en fuego la División. Entonces se les mandó retirar como armatostes sin valor; pero Blanquer tenía los pulmones deshechos con aquel servicio estéril que le hizo morir lentamente en Madrid.

Entre los estudiantes divisionarios figuraban, en número considerable, aquellos que la guerra había situado geográficamente en la zona roja y otros demasiado jóvenes en el 36, que estaban deseosos por mostrar de cuánto eran capaces en el campo del valor.

Jesús Revuelta Imaz, combatiente en Rusia, obtuvo el premio de periodismo División Azul en 1942.

Por razones de identificación personal, encontramos personajes con estas características en la obra de Rodrigo Royo «The Sun and the Snow», seguramente la primera novela de autor español cuya versión inglesa es anterior a la castellana. Otro estudiante de este grupo, Carlos M. Idígoras, escribiría «Algunos no hemos muerto», publicada su primera edición en Buenos Aires. Otro de las quintas de más allá del 39, Tomás Salvador, escribió en su relato novelado «División 250»: «Una voz empezó a canturrear: "Un estudiante a una niña le pidió... ¿Qué le pidió? Le pidió su linda cosa y la tonta se lo dio... Aaalaralalá..."» «Un soldado español no sería español ni soldado si estuviera más de media hora sin armar follón.» Demetrio Castro Villacañas escribiría una «Elegía a los muertos lejanos» :

Ya no tenéis ni tumba, él goce de la tumba,

y estarán vuestros huesos por la tierra perdidos.

Muchos estudiantes repetían su suerte bélica, como Luis Fernando Bandín, que pasó de estudiar Ciencias Químicas en Oviedo, en el 36, a la oficialidad provisional y después a la División Azul.

También quienes del Bachillerato pasaron a mandar tropas en nuestra guerra y de ella saltaron a Rusia, como Ángel Ruiz Ayúcar, se fijaron en los nuevos combatientes.

"Félix y Pepe Luis eran amigos íntimos. Eran del mismo pueblo, hicieron juntos el Bachillerato, iban juntos a la Universidad y juntos vinieron a Rusia" [313].

Fernando Vadillo saltó del Bachillerato al frente del Ebro y, aún con diecisiete años, se alista en la División Azul. A él se debe la crónica más minuciosa de aquella empresa. Dos tomos de más de seiscientas páginas: «Orillas del Voljov» y «Arrabales de Leningrado».

La pugna, con Rusia en medio, continuaría. Claudín, un estudiante de la F. U. E. de Ciencias, que había dirigido el semanario marxista Juventud, hizo desde Radio Moscú una loa a los comunistas españoles muertos heroicamente en la defensa de Stalingrado, en donde se rompió decisivamente el arma militar de los alemanes. En contraposición, Dionisio Ridruejo compuso su «Canto por los muertos de Stalingrado». Su poema está fechado en Ronda, en donde estaba confinado por el Gobierno, y en él llora la ausencia de españoles en la batalla, luchando al lado de los alemanes.

La dificultad española para someterse a la seca disciplina soviética empujó al suicidio a Pepe Díaz, secretario general del Partido, y produjo las deserciones de gentes tan calificadas como la del que había sido ministro de Instrucción Pública, Jesús Hernández; el creador del Quinto Regimiento, Enrique Castro Delgado; el jefe de milicias, «El Campesino», incapaz de seguir los cursos de la Academia Militar Frunze; Rafael Pelayo Aunión, comandante de guerrilleros en la guerra española, y el cubano Rafael Miralles, jefe del Batallón 710, del Cuerpo de Ejército de Líster. Después de un plante desaparecieron la mayoría de los 210 alumnos de aviación que habían sido trasladados a la U. R. S. S., entre ellos un hijo de Margarita Nelken. La diputado socialista escribió, después de una crisis pasajera, un místico guión sobre San Francisco Javier.

Entre los últimos defensores de Berlín figuraron españoles que habían luchado en la División Azul y que, durante veinte días, defendieron la capital alemana por calles y tejados, en el «Metro» y los «bunkers», hasta que la bandera de la hoz y el martillo ondeó en lo alto del Reichtag.

Cuando los soldados españoles abandonaron la línea del Volchov, en los pueblos de su retaguardia lloraban los hombres y las mujeres de Rusia. En un año, la compenetración había sido total. Se entendía allí la colonización americana. La humanidad del español se desborda con los débiles, con quienes sufren y entre aquella poblaciones, con desesperación del mando alemán, había compartido sus angustias familiares, su trabajo y su pan, y también su amor con un amplio, pintoresco y claro vocabulario. Alberto Crespo, soldado universitario en Somosierra, escribió en la División sobre estas cosas en «Memorias de un combatiente sentimental».

La campaña rusa produjo, más allá de las líneas de combate, en la conducta de los prisioneros, unos episodios que, al conocerse, llenaron de legítimo orgullo a los españoles.

Desde las primeras batallas sobre un frente no continuo, en terreno de grandes bosques, fueron quedando prisioneros en poder de los rusos, y de forma importante en los choques desarrollados en el sector de Leningrado en el invierno de 1943. Los cautivos españoles en campos de concentración, trabajando en condiciones infrahumanas en minas peligrosas, sometidos a dietas de hambre, padeciendo procesos y cárceles, mostraron entereza y valor hasta límites heroicos durante casi doce años, de los que fueron testigos asombrados prisioneros de otras nacionalidades. Cuando merced a laboriosas gestiones centradas en la Embajada de Londres, regida por Miguel, el hermano de José Antonio, se consiguió el regreso de la primera expedición en un barco de bandera extranjera, el «Semíramis», España entera se aprestó conmovida a recibirlos. Vibró el país con su llegada a Barcelona en marzo de 1954. Aquel barco, con el nombre del ave de la paz babilónica, desencadenó un clima emocional paroxístico que hizo escribir al ABC: «Los que ahora llegan se alistaron voluntariamente un día, en la División Azul, para defender la civilización de Jesucristo.» En el puerto se cantó un frenético «Cara al Sol» en el momento de atracar el barco y las lágrimas corrieron por los rostros más curtidos.

Comenzaron a conocerse detalles de la odisea. El primer relato, en un amplio reportaje, lo escribiría Salvador López de la Torre, bajo el título «Los años muertos». Pronto aparecería el libro del capitán Palacios y Toreuato Luca de Tena: «Embajador en el infierno» [314], que alcanzaría el Premio Nacional de Literatura y una docena de ediciones. El capitán Palacios, estudiante falangista de Medicina antes de nuestra guerra, creó una «Universidad» entre los prisioneros y, con el capitán Oroquieta, personificaría la conducta de aquellos españoles. Oroquieta, fundador del S. E. U., fue prisionero desde la batalla de Krasny-Bor, después de quedar reducida su Compañía a trece supervivientes [315]. De esta manera, la «quinta del S. E. U.» se convertía en protagonista principal de un episodio que pondría adecuado final a una generación cuya característica para la Historia sería la del heroísmo. Los estudiantes prisioneros del Ejército soviético continuaron dando testimonio literario de aquellos años. Juan Negro Castro, de Medicina, dejaría sus recuerdos en dos títulos: «Pesadilla roja» y «Españoles en la U. R. S. S.»; en el último relató con detalle la huelga del hambre en el campo de las minas de carbón de Birovitchi, acción dirigida por el capitán Oroquieta: «Aquella noche del undécimo día, la barraca de los españoles era como una tumba. La luz de los astros se posaba con más insistencia en los perfiles acusados de los agonizantes, cabalgando en las narices largas y afiladas, en los labios monstruosos, en los pómulos agudizados, en el mentón avanzado, en los hombros huesudos, en el tórax surcado de líneas arqueadas, en las caderas de esqueleto. Y los únicos que aún resistían, los pétreos cuerpos de los doce, acurrucados en un rincón, cantaban a media voz aquella estrofa de «hallaré la muerte si me

[313] «La Rusia que conocí».
[314] Con el mismo título, el cine lo llevó a las pantallas. Sobre el mismo tema, con un argumento de Jaime Salón, se rodó «Carta a una mujer», y con guión de Rafael García Serrano y José María Sánchez Silva, «La patrulla».
[315] En 1958, Oroquieta, ya comandante, publicó, en colaboración con el también comandante García Sánchez, estudiante en el 36, mutilado en el Alto de los Leones, «De Leningrado a Odesa».

llega». En la portada de la barraca seguía campeando desafiante el emblema de la Falange y un ¡Viva España!, escrito a sus pies con carbón de las minas.»

La dramática situación de los que regresaban, con frecuencia dados por muertos, produjo menos incitaciones novelísticas de las merecidas; cuando Carmen Kurz abordó en «El desconocido» uno de estos temas hizo estudiantes a los protagonistas. Una historia de universitarios es «La muerte está en el campo», de Martín Vigil, y un estudiante de Medicina, Jaime Salom, lleva al teatro con «El mensaje» el pródigo tema.

LA OPOSICIÓN SE PRECIPITA

El año 1944 fue generoso en acontecimientos. La guerra iba reduciendo al pueblo alemán y los comunistas españoles, mientras Moscú avanzaba a bandera desplegada por Europa, organizaban en Francia un pequeño Ejército. La U. R. S. S. expresó «su permanente y enorme interés por España», al tiempo que rechazaba toda idea de abrir un segundo frente en la Península, pues no era recomendable para sus planes políticos su ocupación por ejércitos occidentales.

El 6 de octubre, la agencia Reuter transmitía a todo el mundo un telegrama «sensacional» anunciando la invasión de España: «Los maquis son unos tres mil, van armados' con fusiles, ametralladoras y bombas de mano. Han robado ganado.» Se iniciaba sobre nuestro suelo una etapa sangrienta en aras de la estrategia general del comunismo, ansioso del dominio político peninsular.

Los primeros grupos, convencidos de que el país se pondría a sus pies, entraron por Navarra y duraron veinticuatro horas [316]. Otros, con más cautela, fueron instalándose por serranías despobladas, en donde organizaron su lucha de guerrillas, que habría de prolongarse hasta finales de 1949, aun cuando el punto culminante se alcanzaría en 1947. El bandidaje de los maquis levantó tales odios en las zonas que los sufrieron que Líster, ya general del Ejército ruso, trató de paliar la responsabilidad comunista declarando: «Las argucias de los franquistas llegaron a conseguir su objetivo de que los guerrilleros aparecieran como vulgares criminales y ladrones.» La ayuda de la U. R. S. S. fue muy importante: «Algún día —confiesa el miliciano español— podremos relatar cómo, en los años más negros de la reacción franquista, decenas de comunistas iban volviendo al país para organizar y continuar la lucha. Algún día podremos hablar de las toneladas de armas y municiones que durante años se han introducido en España por tierra y mar.» No eran tiempos en los que la táctica aconsejara el diálogo con los católicos; de ahí que los primeros en sufrir las represalias de los guerrilleros eran los párrocos de alejados pueblos y sus pobres iglesias. En las estadísticas de Líster figuran, en el capítulo de «castigo contra asesinos, confidentes y traidores», 709 víctimas, así como 202 sabotajes [317]. Solamente mogigatos o cínicos podían censurar las medidas represivas del Estado. La condena a muerte de maquis capturados en combate, autores de voladuras de ferrocarriles, provocó las tradicionales manifestaciones extranjeras [318], que esta vez centraban su importancia en ciudades francesas, como Toulouse, sede de las «escuelas de terrorismo». En respuesta, el S. E. U. organizó su última alborotada salida a la calle, en 1946. Las pancartas tenían como motivo principal la petición de indulto para un tal Petiot, condenado a muerte en París por el asesinato de una docena de mujeres. Uno de los carteles decía: «Pitié pour le pauvre petit Petiot.» No se perdía la desbordante jovialidad que al término de la guerra hizo resucitar las Tunas, Fiestas del Rollo, Pasos del Ecuador y tantas expansiones alegres y ruidosas.

La «quinta del 36» no rehuyó la cita de los maquis. Contra ellos lucharon: en las tareas informativas, trabajando en una mina, como José Manuel González Fausto; en la dirección asumida por González Vicén [319] para terminar con los grupos que operaban en Asturias. Francisco Labadíe, siendo gobernador civil de Tarragona, organizó grupos falangistas que lucharon contra los infiltrados en su provincia. Y en los relatos literarios ocupa puesto destacado Ruiz Ayúcar.

Muchos intelectuales, discrepantes con el mundo rojo, se reconciliaron con él en el exilio. Sería necio negar noble querencia en muchas de estas actitudes y estúpida ingenuidad no suponer que en la mayoría operaba una serie de factores determinantes, desde la red de intereses que tejían Negrín y Prieto hasta la seguridad de que el Régimen de Franco estaba condenado a morir en las agendas aliadas [320].

En la Unión Internacional de Estudiantes otra vez sonaría el nombre de la F. U. E., aun cuando con mortecino eco. Prácticamente, no hubo estudiantes que del Ejército republicano pasaran al exilio. Los de la vieja guardia de la F. U. E., para su suerte, no se vieron envueltos en los sucios episodios que motivó el reparto del botín que se llevaron en la huida los republicanos, y del que fue parte principal el transportado por el «Vita», en el que iban oro, cuadros importantes y joyas valiosas, propiedad de particulares y del Estado, en su mayoría depositadas en el Banco de España. Su venta e inversión dio lugar, entre múltiples incidentes, a un espectacular ataque, en la capital mejicana, a un coche con dinero de la «Cervecería Modelo» y al asalto a una institución de crédito, F. I. A. S. A., en

[316] Estas luchas fronterizas dieron el primer caído de la Milicia Universitaria, Miguel de la Mano Ruiz, de Bilbao, alférez, herido de muerte en Navarra.
[317] «De la experiencia de la lucha guerrillera en España». Enrique Líster. «Revista Internacional». Praga.
[318] En los manifiestos aparecen nombres como el de la reina madre de Bélgica, firma que no se encontraría después en las protestas contra la siniestra historia de la secesión de Katanga.
[319] En la última parte de «La paz empieza nunca», de Emilio Romero, premio Planeta 1957, aparece novelada esta aventura que puso punto final a los «maquis» en la Península.
[320] Por el contrario, Menéndez Pidal se hace cargo de la Presidencia de la Academia de la Lengua y Ortega pronuncia en el Ateneo madrileño su conferencia sobre teatro en la que aludió a la «insultante salud de España».

el que murió un refugiado y fue herido el general republicano Llano de la Encomienda. Los asaltantes, también exiliados, no estaban conformes con el reparto que administraba Indalecio Prieto por medio de un organismo denominado Junta de Auxilio a Refugiados Españoles (J. A. R. E.). El tesoro del «Vita», que entregó Enrique Puente, un panadero que había sido presidente de la Juventud Socialista de Madrid, entre otras adicciones logró el oro depositado en la Embajada española de Ottava «para compra de aviones». Acusándose mutuamente de ladrones, Negrín mantenía, con el producto de otros saqueos, la S. E. R. E., con domicilio en París. La reunión en 1945 de los «grandes», Truman-Atlee-Stalin, en Potsdam hizo afilar las uñas al Gobierno republicano y sus múltiples sectores se veían a corto plazo otra vez sentados sobre el país. Largo Caballero, con más sentido práctico, escribió: «No había República, ni presidente, ni Parlamento, pues no podía existir Gobierno ni Diputación Permanente de las Cortes de cosas desaparecidas» [321]. En aquel laberinto, los pocos de la F. U. E. sabían que a cualquier futuro ellos llegaban tarde [322].

Los viejos de la F. U. E. se reían a carcajadas del manifiesto de la Navidad de 1969 firmado por Jiménez Asúa y Albornoz: «El porvenir está en nuestras manos; si no cerramos filas el día favorable, en lugar de una República liberal, democrática y social habrán de soportar una dictadura comunista. Estamos ya en condiciones de mirar al mañana con optimismo.»

Todavía en junio de 1945, algunos estudiantes se vieron envueltos en el triste episodio de Chambery, en donde el paso de un tren de trabajadores repatriados de Alemania fue pretexto para que un grupo de exiliados españoles repartiera octavillas invitando a los franceses a protestar contra aquellos «colaboradores nazis». Una masa de cinco mil personas intentó asaltar el tren. Allí hubieron de defenderse a golpe limpio Rossón, Calvo, que había sido piloto en la División Azul, y De la Rosa, de la Facultad de Medicina.

De cualquier manera, las confrontaciones armadas entre los dos bandos del 36 carecían de espontaneidad [323].

El embargo del petróleo destinado a España, declarado por los aliados en enero de 1945 con la intención de paralizar la vida del país, dio lugar a que los estudiantes apedrearan la Embajada de los Estados Unidos. En Valencia, universitarios, entre los que se encontraba Fernando Vizcaíno Casas, pincharon las ruedas del coche del cónsul U. S. A., dejándole un cartel que decía: «La gasolina sera vuestra, pero el aire es nuestro.»

Con el fondo de los fusilamientos públicos de prisioneros fascistas por milicianos con pañuelos rojos atados al cuello y la reunión de agosto en Londres, en la que los stalinistas impusieron su criterio para juzgar a los «criminales de guerra»; el más calificado de los candidatos al Trono, el conde de Barcelona, que reiteradamente había solicitado durante la guerra civil alistarse en el Ejército nacional, lanzaba una proclama desde Lausanne que solamente podía explicar una impaciencia que no dejaba tiempo para la meditación.

El manifiesto, redactado al parecer por Eugenio Vegas Latapié, decía un su párrafo final:

> «No incito a nadie a la sedición, pero quiero recordar a quienes apoyan al actual régimen, la inmensa responsabilidad en que incurren contribuyendo a prolongar una situación que está en trance de llevar al país a una irreparable catástrofe.»

Por si alguien tenía dudas sobre su intención, podía orientarse con la declaración que aparece en el libro ¿Para qué? de su consejero, Juan Antonio Ansaldo: «Estoy dispuesto a seguir el ejemplo de mi abuelo, don Alfonso XII, tan pronto como surja un nuevo Martínez Campos» [324]. El único en abandonar su puesto fue el duque de Alba, a la sazón embajador en Londres. El jefe del último Partido Monárquico español, representante oficial de los Borbones en España hasta la muerte de Alfonso XIII, don Antonio Goicoechea, escribió una carta a don Juan, en respuesta a las instrucciones recibidas: «Mi conciencia y mi lealtad que le debo me obligan a hacer llegar al Rey, por si tuviera a bien escucharlas, las razones en que se apoya lo que es mi firme creencia: que cometería por mi parte un pecado de lesa patria y causaría a la vez a la causa monárquica, que siempre serviré, un daño irreparable si adoptara, frente al Gobierno del Generalísimo Franco, una actitud de ostensible y hostil disconformidad.»

---

[321] Veinte años después del comentario de Largo Caballero, los catedráticos Jiménez de Asúa y Sánchez Albornoz figuraban como Presidente de la República y Jefe de Gobierno, con una imperturbabilidad digna de un gran circo. El líder obrero había sentenciado sobre los gobiernos en el exilio, «no son más que una comedia para distraer al público emigrado, ¡que no hubiera habido dinero por medio y todo se hubiera disuelto como el humo!».

[322] Más adelante, Carlos Martínez, en «Crónica de una Emigración», reflejaría el evolucionado estado de ánimo de los pocos fueístas de Méjico: «un grupo de universitarios de los que fundaron la F. U. E., llegaban al Ateneo, cargados de entusiasmo y del deseo de entablar relación directa con sus ¡ay! jóvenes compañeros de España. Mariano Granados, con gesto ambiguo, de quien lo mismo puede estar en el secreto que en el limbo, ansioso de diálogo con los españoles de allá, seguido de sus compañeros, tan atacados como él, de ansia coloquial, a los que trata de convencer de «la democratización del Movimiento» o de lo buen chico que es Dionisio Ridruejo». El autor del comentario había sido alumno en la Residencia de Estudiantes dirigida por don Alberto Jiménez, profesor que inspiró a Casona uno de los personajes de «Nuestra Natacha».

[323] Para quienes políticamente se desayunan en biberones, resultar a novedoso observar que el cultivo de la violencia entre españoles se encuentra, desde hace años, a cargo de extranjeros, entre los que no falta nunca algún pobre compatriota. Con motivo de la presentación en el Festival Cinematográfico de Mar del Plata, en la década de los 60, de la película «Diálogos de la paz», en la que los protagonistas representantes de las dos zonas son estudiantes, en la conferencia de Prensa, ante ciertas intervenciones, un redactor de un periódico argentino, exiliado de la antigua F. U. E., Fernando Chao, hubo de exclamar: «Parece que a muchos extranjeros les interesa más que a los españoles que la guerra civil no se extinga.»

[324] También de creer a Calvo Serer y ponemos por delante nuestro criterio de que cuanto diga tal saltimbanqui ideológico debe colocarse en cuarentena, los monárquicos de la restauración no dejaron de incitar irresponsablemente a determinados jefes militares.

Los monárquicos de Estoril no encajaron bien el fracaso de la maniobra; escuchemos a J. A. Ansaldo, comentando el caso del conde de Motrico: «Por estos tiempos nuestra causa experimentó una nueva deserción, la de José María de Areilza... Franco necesitaba cebo para picar e incienso para acceder. Uno y otro fuéronle proporcionados por el nuevo tránsfuga de la Monarquía con su obra Embajadores sobre España... La Embajada de Franco en la Argentina fue el galardón otorgado por el Caudillo a quien se dedicó a arrojar por la borda lealtades y escrúpulos, en busca del inmediato provecho [325].

En la masa estudiantil, los aires monárquicos seguían pasando de largo.

PUENTE GENERACIONAL

No tardaron en aparecer nuevas promociones con desenvoltura intelectual, aquellos que cantó Juan Emilio Aragonés:

«Un niño fuá que conocí la guerra,

España, desnortada y soñolienta,

estaba despertando a sangre y fuego.»

Asomaron por los periódicos estudiantiles Haz y La Hora, también en las revistas recreadas por Juan Aparicio El Español y Estafeta Literaria.

El 13 de febrero de 1943, en el aniversario de la muerte de Larra, Pedro de Lorenzo, en Arriba, publica: «La creación como patriotismo.» Era una propuesta para no seguir atados al dramatismo de la guerra; de allí arrancó el movimiento poético de «la juventud creadora», que en mayo encontró en la revista Garcilaso [326], su órgano de expresión, y en José García Nieto, su poeta representativo. De entonces son también los grupos universitarios que dan fe alrededor de las revistas Adormís y Corcel. Habían de sentir unos y otros la influencia de Dámaso Alonso, con sus libros «Hijos de la ira» y «Oscura noticia», escritos en 1944.

En la novela surge Rafael Sánchez Ferlosio, que publica en Haz, con literatura de artesanía, «Industrias y andanzas de Alfanhui» y que, en «El Jarama», señala el comienzo de una etapa de la novelística contemporánea española.

El cine sería remozado por Juan Antonio Bardem, estudiante de Agrónomos, encuadrado en San Sebastián durante la guerra en la organización juvenil falangista [327], y Luis Berlanga, combatiente en la División Azul.

En el teatro aparecen dos hombres contrapuestos en formas y estilo, los dos Alfonso, Paso y Sastre, y un torrente periodístico: Salvador Jiménez, Jaime Campmany, Ismael Medina, Gabriel Elorriaga, José Bugeda y Eugenia Serrano, la más joven estudiante de Filosofía en el 36; Antonio Gibello, Antonio Izquierdo y Enrique de Aguínaga.

Fueron bautizados por Enrique Ruiz García como generación intermedia. La idea de generación está arraigada y es de fácil comprensión, pese a la dificultad de ponerle límites. Pero estar en una situación intermedia supone, en principio, pasividad y relegamiento; tal vez sea más apropiada la denominación generación puente, es decir, aquella capaz "de enlazar dos épocas, pues ése es el papel que le corresponde y que, en definitiva, arranca de una idea básica en la doctrina joseantoniana [328]. Sus miembros navega rían por rumbos varios, anarquizados como colectividad. Aun así no fue, salvo individualidades, una promoción discrepante con la guerra. Esta generación se concretaría en su casi totalidad alrededor de Alcalá, siendo Jorge Jordana jefe del S. E. U. Pilotó la revista, en su primera etapa, Jaime Suárez y, después, Marcelo Arroita-Jáuregui. En el primer número, que aparece en enero de 1952, se declara como distintivo generacional: «Empalmamos con la hoguera de fe que José Antonio encendió en los estudiantes.» «De todo el frente de la revolución nacional le corresponde al S. E. U. esta batalla fundamental, que hay que ganar si se ambiciona la última victoria.»

De acuerdo con esa raíz, el estilo del periódico recordaría la carta de José Antonio a un estudiante que se quejaba de la pulcritud de F. E., y Rafael Sánchez Ferlosio anuncia que allí no se escribiría una sola línea para jabalíes, ni con grasa, ni quebrando con escándalo su rigurosa tipografía, para no romper su atmósfera angélica.

Por añadidura se enorgullecen de Ortega [329], Menéndez Pidal y García Lorca.

En considerable número mostraron inclinación y amor universitarios explicando en las aulas, de ellos: Fernando Suárez, Antonio Castro Villacañas, Luis González Seara, Luis Buceta Facorro, Victorino Martín Mendicute,

[325] Existe una versión lanzada por Pemán y Ramón Sierra tratando de saldar el peso muerto del Manifiesto, alegando que suponía una postura, con el beneplácito, de Franco, para cubrir así una posible retirada de su Régimen, de haber prosperado la política aliada de Postdam.
[326] Garcilaso fue el poeta preferido por José Antonio.
[327] En el mismo grupo, bajo el mando de Eduardo Manzanos, figuraban José Ángel Ezcurra, Jorge Tusell, Cristóbal Martínez Bordiú, José Antonio Suárez de la Dehesa. Enrique Herreros hijo, Jesús Marañón, Alfonso, José Luis y Víctor de la Serna y Vaca de Osma.
[328] Tenemos como uno de los motivos que mantienen vigente el pensamiento de José Antonio, su punto de partida de estar viviendo el final de una época y la necesidad de trasplantar al mundo que viene cuanto de noble y útil se encuentra en el pasado y fundamentalmente «los valores espirituales de lo civilización».
[329] «Alcalá» muere al morir Ortega, a quien dedica su último número.

Ignacio María Sanuy, Jesús Gay Ruidíaz, José Luis Villar Palasí. Mariano Aguilar Navarro, que también vistió camisa azul.

Pronto el ensayo figuró en sus actividades: Gonzalo Fernández de la Mora, Jesús Fueyo, Ricardo La Cierva, Pedro Farias y Carlos Campoy. Y no puede olvidarse al equipo de economistas que encabezó Juan Velarde en el Arriba, que dirigía Ismael Herráiz, y garcilaseando, como diría Gerardo Diego: Manuel Alcántara, Jaime Ferrán y Juan Van-Halen.

El malogrado Ignacio Aldecoa comenzó a escribir, siendo estudiante, en Cátedra, de Salamanca, e Imperio, de Zamora. En su última novela, «Años de crisálida», decía: «Somos una especie de generación entre paréntesis, nacida y educada en tales circunstancias que cuando pasen sus años de crisálida se transforma en nada.»

Les cerrarían el paso, como colectividad, gentes encastilladas en los mismos sectores, que ya habían hecho igual maniobra con la generación del 36 y aduciendo los inconvenientes de la juventud. Eran los conservadores de injusticias, los apellidos con nombres de Bancos, los temerosos de las innovaciones revolucionarias, los patriotas de pandereta y mantilla, los sacristanes con sebo y sin fe, los derechistas con un solo ojo.

Coinciden así en el S. E. U., en los años que van desde 1943 hasta su desaparición, dos generaciones, Antonio Rodríguez Acosta, Fernando Dancausa, Fernández Alvarez-Ossorio, Viky Eiroa, Manuel Hernando, Manuel Fraga Iribarne, Licinio de la Fuente, Pío Cabanillas, Enrique de la Mata, Manuel Cantarero, Diego Márquez, José Utrera Molina, Pedro Zaragoza, Gabriel Cisneros, Juan Reig, Mariano Nicolás, Luis Mardones, Pilar Narvión...

En el semanario Juventud, dirigido por Jesús Fragoso del Toro, quedó constancia de su convivencia e identificación ideológica.

CON UN PRÍNCIPE ESTUDIANTE

El porvenir no parecía dejar resquicio para ninguna clase de optimismo. Se creó el «Círculo Nosotros», patrocinado por Carlos María Rodríguez de Valcárcel como jefe del S. E. U. ¿Móvil de aquello? No rendirse jamás. Si, como muchos auguraban, habrían de arriarse las banderas y ahogarse los sentimientos, o si, aún más, se necesitaba que otros hombres trataran de hacer frente a los odios próximos y cercos tradicionales, la «quinta del 36» no renunciaba a seguir en la brecha hasta después del final. Y el primer escalón previsto de la posible retirada era aquel Círculo cultural. Afortunadamente, la Patria tenía al frente de sus destinos a un hombre que medía el tiempo con pausa, quien con toda justeza había sido saludado en 1936 por el Kaid Ben Braim con estas bellas palabras: «Ahora eres el emir. Ahora conducirás a España y a nosotros con las riendas de la sabiduría y de la piedad. He aconsejado a todos los míos que te sigan, porque tú llevas la fortaleza en tu espada y la victoria cabalga en la grupa de tu caballo.»

Los refugiados prematuramente en el «Círculo Nosotros» acordaron, y no por unanimidad, pues muchos habían heredado de la F. U. E. cierta aprensión monárquica, colocar un retrato del primogénito del conde de Barcelona en el salón principal; al tiempo declaraban en una carta a la Casa Civil del Caudillo que el estudiante Juan Carlos, que pudiera ser llamado algún día a regir los destinos de la Patria, tenía que educarse en España, conocerla sin cristales aisladores, viviendo de cerca sus desgracias y alegrías, pues de lo contrario, extraño al país por nacimiento y ambiente, sus posibilidades se reducirían a cero [330].

Duró poco la actividad política en el Círculo, pero lo suficiente para poner de relieve cómo la desesperación se había adueñado de muchos corazones que deseaban morir con los vencidos de Europa. Las voces de que era preciso ganar siempre y conservar la victoria se escuchaban también, pero sonaban a actitud innoble.

En julio de 1945 se forma el cuarto Gobierno del Régimen, y en él no se cubre la Secretaría General de F. E. T. y de las J. O. N. S., tratando de no ofrecer blancos fáciles a los esperados ataques aliados. En efecto, en marzo de 1946, Francia cierra su frontera con España, al tiempo que continuaba en el interior una despiadada persecución de cuantos no habían militado en el bando del general De Gaulle, de la que no se libraron los intelectuales; el premio Nobel, Alexis Carrel, fue apaleado; Maurras, encarcelado, y otros, como Georges Suárez y Roberto Brasillach, fusilados. Después de la sentencia de Nuremberg sobre criminales de guerra, y pese a no haberse encontrado en los archivos secretos alemanes un solo documento comprometedor para la política española, la Comisión de la O. N. U. recomienda en diciembre, siendo Méjico el patrocinador, la retirada de embajadores y ministros extranjeros de nuestro país y, como primer firmante, Francia pide la suspensión de operaciones comerciales.

Pero el ánimo de los españoles se hace más fuerte cuesta arriba y alcanzó su cota más alta en la delirante manifestación en la plaza de Oriente madrileña, como respuesta a la intromisión de las Naciones Unidas [331]. En este clima, en noviembre, Carlos Valcárcel dio paso en la jefatura del S. E. U. a José María del Moral.

En 1946 ya era evidente la ruptura entre los aliados y Churchill denuncia, en una Universidad americana, «el telón de acero» soviético.

---

[330] Claude Martin, en su biografía de Franco, recoge de la primera edición de «La rebelión de los estudiantes» este planteamiento alrededor del príncipe Juan Carlos, que tenía entonces siete años. Había nacido en Roma el 5 de enero de 1938.

[331] Aquel bosque de brazos en alto debió hacer meditar a quienes en 1945 habían suprimido en la «Gaceta», como saludo oficial, enseñar levantada la palma de la mano en gesto de paz y amistad. El ademán ya utilizado por los íberos —no faltan quienes defienden que fue adoptado por los romanos después de su invasión de la Península— constituye, además de un saludo que nos pertenece en la historia, algo tan bello que difícilmente podrá ser erradicado.

LA REBELIÓN DE LOS ESTUDIANTES

En 1947, en un referéndum se vota la Ley de Sucesión, iniciándose un largo camino institucional que facilitaría el futuro del Régimen. En ese año, la Santa Sede da su aprobación a la Sociedad sacerdotal de la Santa Cruz (Opus Dei). Finalidad: difundir en todas las clases de la sociedad civil, y especialmente entre los intelectuales, la aspiración a la perfección evangélica en el mundo. A partir de esa fecha se intensifica el interés de la Obra por las cátedras vacantes.

En el Colegio «César Carlos», en el curso 1949-50, se producirían incidentes de alguna violencia por la enemiga de sus colegiales a la forma garantizada, en que se decía concurrían ciertos miembros de la Obra a las oposiciones,

En junio de 1950 estalla la guerra de Corea, que suponía un refrendo total a lo anunciado por Franco a Churchill sobre el inevitable enfrentamiento de los Estados Unidos con la U. R. S. S. A partir de entonces hace crisis la fobia antiespañola y, en noviembre, la O. N. U. revoca los acuerdos conducentes a nuestro aislamiento internacional. En otro cambio de Gobierno, en junio de 1951, Carrero Blanco, un personaje político al que muchos no prestaban atención, es elevado a la categoría de ministro.

La etapa de José María del Moral llega hasta 1951; en ella se produce un hecho importante: la «generación» procedente del Frente de Juventudes inicia su acceso a los mandos del Sindicato y lo hace sin rompimientos, como un relevo natural, para desembocar en el nombramiento para la jefatura nacional del S. E. U. de Jorge Jordana, que, por edad, no había intervenido en la guerra. Con él, la nueva generación pasa a mandar en sí misma. El universitario pierde pasión política, ayudado por la desaparición de la intromisión exterior, descarada y ofensiva, en nuestros asuntos. Con ello aumenta la preocupación por alcanzar un mejor grado profesional.

Con buena carga de ilusión se puso en marcha, en el curso 1951-52, el Servicio Universitario del Trabajo. El padre Llanos escribió en Haz que esperaba, a través de una desinteresada dedicación social de los estudiantes, cambiar la imagen que de ellos tenía parte de la sociedad como seres frívolos y superfluos.

El levantamiento anticomunista en el Berlín oriental, reprimido por los tanques soviéticos, en junio de 1953, en el que tomaron parte activa los estudiantes que más tarde formaron en la Universidad Libre en zona aliada, terminó con la idea de enjuiciar la guerra como un enfrentamiento ideológico.

El año 1953 fue pródigo en hechos que confirman un alto en la guerra fría contra nuestro país. Destacaron la firma de un Concordato con la Santa Sede y un convenio de cooperación con los Estados Unidos.

Se celebra, con gran pompa, el VII centenario de la Universidad de Salamanca y el S. E. U., después de una serie de Congresos regionales, convoca en Madrid el I Congreso Nacional de Estudiantes, con la asistencia de 1.200 representantes de las distintas Universidades. En la clausura en la Ciudad Universitaria, Franco fue aclamado por su victoria de la paz.

En julio se crea el Seguro Escolar, importante e innovador logro social.

Pese a que, el 25 de agosto de 1948, Franco y don Juan, en alta mar, a bordo del yate «Azor», navegando por el golfo de Vizcaya, trataron el tema de la educación del Príncipe aparentemente sin resultado, en junio de 1954 Juan Carlos obtiene el título de Bachiller, tras unos exámenes, en el Instituto de San Isidro, de Madrid.

Ya los estudiantes universitarios pertenecían a una promoción que había visto la guerra con ojos infantiles.

En la generación del 36 se aceleró el proceso de dispersión. Sintiéndose con «las alas cortadas», fueron legión los que se refugiaron en la vida profesional, no de forma normal, sino «desalentados» porque las cosas no siguieron el camino que «anhelaban» [332]. Otros buscaron fortuna por América o aquí. O pasaron al sacerdocio, como Federico Sopeña y Carlos Gómez Caballero. Arrastrados por irrefrenable versatilidad, algunos, después de contribuir al triunfo de las armas nacionales, trataron de dialogar con las múltiples partidas de celtibérica contumancia de rojos en el exilio.

Luis Santa Marina relató esta diáspora, al mundo de Jorge Manrique:

Los que hicieron a diario cosas propias de arcángeles.

Los niños hechos hombres de un estirón de pólvora.

Los que con recias botas la vieja piel de toro

trillaron, en los ojos quimeras y romances.

¿A dónde están ahora?

Decidme,

¿qué se hicieron?

[332] Luis Romero, en «La Noria», premio Eugenio Nadal 1951, lo describiría en uno de los treinta y seis personajes de su novela.

EPÍLOGO EN TRES PARTES SOBRE EL «PODER ESTUDIANTIL»

Todas las generaciones se pierden por algo, y siempre se han perdido y siempre se perderán.

E. HEHINGWAT

I. LA IMAGINACIÓN, CONTRA LA SOCIEDAD DE CONSUMO

Siempre se consideró a la Universidad, con sus estudiantes, como la antena más sensible para recoger el pulso del tiempo, convirtiéndose, especialmente en el último medio siglo, en avanzada combativa de las ideas nacientes y anticipo voceado de lo caduco condenado a morir.

Minimizar, con la razón de lo transitorio, la marejada estudiantil, considerándola como una moda inconsciente, ha sido, y es, actitud característica de quienes, estatuas de sal, padecen permanente temor por la evolución del pensamiento. Solamente los sordos y cortos de vista, ante los vientos político-sociales que viven, pueden negar que en las inquietudes universitarias debe buscarse, cuando menos, las semillas del mañana no escrito.

El inconformismo es una constante estudiantil; pero la actual rebeldía presenta aspectos no coincidentes con la de épocas pasadas, pese a obligadas semejanzas. Por otra parte, los padres y la sociedad son hoy más vacilantes que en la generación anterior. En cualquier caso, sus metas son más ambiciosas, resumidas en el slogan «Poder estudiantil», y su amplitud, numérica y geográfica, es incomparablemente mayor; ello origina una preocupación universal que alcanza hasta los menos curiosos, convencidos de que algo muy importante está sucediendo en el «campus» universitario.

Uno de los problemas de nuestra vida universitaria hoy más en crisis, y cuya solución se pide a todas horas, es el de la disciplina. Cuando se observa la frecuencia de las asonadas y motines que perturban la normalidad de los estudios, o cuando se ve desconocida la autoridad de un profesor respetado y, aun en ocasiones eminente, por sus propios alumnos en su clase, todo el mundo, con razón, se preocupa y se suscitan diversas ideas y sentimientos dentro, como fuera, de la Universidad. Para unos, esas perturbaciones son, en cierto modo, fenómeno natural de todos los tiempos y países, fruto de la combinación de estos dos elementos: la vehemencia de la edad juvenil y la barbarie de toda muchedumbre; por lo cual ha ocurrido en todo tiempo y ocurre en las Universidades más nombradas. Y así es, sin duda.

El párrafo anterior, que no hemos entrecomillado, será considerado, estamos seguros, redactado en 1974 y la mayoría le atribuirá origen gubernamental. Pues bien, pertenece al hombre que, desde el campo llamado izquierdista, insufló un aire renovador en la Universidad española, don Francisco Giner de los Ríos, y está escrito en el año 1902. Lo traemos aquí simplemente para señalar que la situación actual no supone una novedad absoluta.

El fenómeno debe, sin duda, analizarse con serenidad y obtener conclusiones, pese al peligro que supone generalizar en cuestión no sedimentada y, por tanto, variable; sin desorientarse por la existencia de grupos diferenciados dentro de cada Universidad y claras variantes de nación a nación, ni porque la mayoría esté inclinada hacia posiciones poco determinadas, pues lo que cuenta siempre es la minoría activa, el pelotón de cabeza, así resulta inservible, de momento —a largo plazo no puede ignorarse la fuerza correctora de la mayoría silenciosa—, el descubrimiento del profesor italiano Acquaviva de que no llega al 6 por 100 la población estudiantil en rebeldía [333] Pese a todo, existe una línea general en las ideas, un estilo en la acción y una conciencia autónoma.

Finalizada la guerra mundial, los estudiantes de los países vencedores, tanto en el Occidente como en el Este, sintieron escasa inquietud política; se concedía un margen de esperanza a los gobernantes y a las ideologías triunfadoras. En las naciones derrotadas, la depresión moral, unida a las dificultades materiales, no dejaron resquicio para pensar en otra cosa que en ganar el tiempo perdido. Sin que hubiera sido previsto por muchos de los planificadores aliados, apenas terminada la guerra se acentuó la división de la Humanidad: por un lado, lo que se autollamó mundo libre, y enfrente, un compacto territorio socialista. Esta discrepancia, honda y trascendente, llevaría en sí misma el germen que, en una y otra parte, reactivaría la desazón universitaria.

Los éxitos espectaculares de la sociedad de consumo [334] —se utilizaría la palabra «milagro» reiteradamente— se vieron pronto ligados al tradicional e injusto reparto por clases sociales o económicas, unido a un neocolonialismo que sujetaba en penoso subdesarrollo a otras naciones. Los avances, también estruendosos, de la sociedad de producción socialista se hacían a costa de un subconsumo, para sus ciudadanos, de objetos indispensables, pero considerados por los gobernantes como superfluos. En una y otra área, los logros materiales, con otros factores, iban enterrando el espíritu. Los universitarios fueron los primeros en percibir que se iba a un final deshumanizado y que era un deber atajar el mal decididamente.

---

[333] Ciertamente, hoy como ayer, los grupos dominantes son una pequeña minoría. Pero hoy como ayer, esa pequeña minoría solamente puede movilizar a la masa aparentemente neutra si sus ideas sincronizan de alguna manera.
En el otoño de 1968 en las batallas campales de la Columbia de Nueva York, en la que hubo centenares de heridos, intervinieron unos mil estudiantes de los 18.000 matriculados. El hecho, aún así, fue exaltado cinematográficamente en «Rebelión en Columbia»

[334] John Kenneth Galbraith, uno de los intelectuales que figuraron en el deslumbrante equipo de J. F. Kennedy, profesor de la Universidad bostoniana de Harvard, calificó nuestra sociedad en «The affluent society».

La fuente ideológica que llevaría la crítica del socialismo en el poder y la del capitalismo occidental a un mismo resultado de tiranía tiene un nombre, Herbert Marcuse. Sobre su filosofía se montarían los ímpetus universitarios, seducidos por el feliz hallazgo de que solamente los marginados o automarginados en la sociedad con la cadena producción-consumo podían constituir el nuevo proletariado, condición que se reforzaba con la masificación creciente de la enseñanza superior [335]. No por causal coincidencia, además de «El hombre unidimensional», Marcuse escribiría «Eros y civilización»; ambos, libros de horas de los estudiantes agitados. El viejo revisionista socialdemocrata entrelaza a Marx y Freud, aun cuando, estudiados como fenómenos con facetas diversas, encontramos en sus lecciones el carácter represivo de la sociedad, condicionando las reacciones sociales y las eróticas. Con menor intensidad y extensión también debe estimarse la influencia de Jean-Paul Sartre [336].

La «contestación» a la sociedad occidental alcanza óptima popularidad, centrada sobre pensadas extravagancias que, en sus comienzos, resultaron un divertido espectáculo para la burguesía y un peligro, leve, de contagio decadente y apestoso para las autoridades del Este. El descuido en el vestir, con frecuencia andrajoso y, en todo caso, discrepante; el cabello abundante y desordenado; aparente despreocupación higiénica y cierta suciedad en un vivir vagabundo, contrafigura del conformismo creciente de las masas por su progresivo acceso a los bienes de consumo; la pasión por otros modos musicales y artísticos en general [337]; la libertad sexual, llevada en público hasta el límite; el uso habitual de hierbas alucinógenas que ayudan a huir de la realidad; los sucedáneos místicos a la busca de religiones sin Dios. Estas manifestaciones, que no parecían amenazas serias para el bienestar establecido, confluyeron a la política activa con el hecho histórico más escandaloso de los últimos decenios: la guerra del Vietnam, que, en virtud de una serie de torpezas americanas, se fue convirtiendo, día a día, en el sentir universal, en conflicto de dos bandos: uno, simplemente agresor; otro, inocente agredido. La guerra vietnamita suponía un espejo insoportable en donde los americanos sensibles, se veían vestidos con el uniforme colonialista que se habían puesto en el 98 en Cuba. Era necesario para su conciencia romper el espejo, puesto que piensan seguir con el mismo uniforme.

Berkeley, el primero de los «campus» de la Universidad de California, ha sido el pionero del movimiento [338]. Lógicamente tenía que partir de los Estados Unidos, en teoría y de hecho, el gesto inicial contra la sociedad insaciable de cerebros ejecutivos, capaces de continuar ininterrumpidamente el ritmo de más producción y más consumo, pues no existe Universidad tan ligada a las exigencias de la industria, al mundo de los negocios, como la americana. Después siguió, en Europa, la Universidad Libre de Berlín, escapada del otro lado del socialismo. En las Universidades inglesas, la rebelión de costumbres alcanza la cota máxima, salvo en delimitados grupos —los «pad» de la vida «hippy» californiana, comunidades en las que nada es privado ni oculto, ni siquiera las más apestosas necesidades fisiológicas; la Comuna I de Berlín, con la exhibición y venta fotográfica de su promiscuidad sexual, en la que lo normal era vulgaridad aburguesada; la agresividad sangrienta de los «provos» de Amsterdam—. En los británicos, la politización fue y es menos acusada.

La rebeldía estudiantil, que en los orígenes, especialmente en países con restricciones de libertad, se centró en motivaciones nacionales, con más o menos celeridad fue universalizándose. Hoy, la protesta no puede analizarse por áreas aisladas, y los gritos de París, en junio: «Elección, traición», y la consigna de Méjico, en agosto: «Olimpíada, no; revolución, sí», no suponen otra cosa que la traducción a las circunstanciales de la misma corriente. Con las naturales peculiaridades y desfase en el tiempo, debemos asimismo considerar dentro del actual movimiento generacional la «contestación» en Occidente y en el Este.

Independientemente de lo expuesto en esta síntesis, es evidente que las estructuras universitarias están en crisis con una creciente problemática que exige cambios y remedio, con más urgencia y profundidad en las de patrón napoleónico que en las anglosajonas. Pero esto solo no removería con terquedad a los estudiantes. Si alguien entiende que las soluciones técnicas, suponiéndolas factibles de forma aislada, convertirían lo universitario en una balsa de aceite, mostrará su absoluta incomprensión sobre lo que ocurre [339].

Tampoco el clima de hoy tiene su motor en influencias políticas concretas. Ciertamente sería necesaria una asociación de tontos para negar, por un lado, provocantes nacionales nacidas por limitaciones o injusticias, y también la existencia de consignas y tácticas estudidas en el complejo laboratorio del comunismo internacional, y no resultará una deducción gratuita pensar en la intromisión de sociedades subterráneas al servicio de los Estados Unidos [340]; pero estas interferencias se limitan a obtener provecho circunstancial de un estado de ánimo surgido por otros impulsos. De lo contrario, no tendría explicación la coincidencia de su latido violento en Universidades con regímenes políticos contrapuestos, en naciones con niveles culturales y económicos distintos, que van desde el rígido comunismo polaco al liberal capitalismo de los Países Bajos; desde el inseguro y masivo Brasil hasta el reducido y aséptico mecanismo suizo; desde el Japón asiático hasta la cima de la civilización maquinista en los Estados Unidos de Norteamérica.

[335] En los países del Mercado Común, paradigma europeo de la sociedad de consumo, se alcanzó, en el curso 1966-67, la cifra de 1.394.000 estudiantes universitarios. Durante el mayo francés de 1968, solamente la sorbona tenía 180.000 alumnos matriculados.
[336] A quienes entienden que los jóvenes rechazan todo lo anterior, los invitamos a meditar sobre tres «emes» de su predilección: Marx, Marcuse, Mao; uno muerto en el siglo pasado y dos nacidos en el XIX.
[337] En orden a la libertad, musicalmente, la generación actual es regresiva. La cima de la libertad creadora está en el «jazz» de los años veinte y el sonido revolucionario debe buscarse en la música atónica y dodecafónica.
[338] Tal vez el germen deba buscarse en la Universidad de Columbia con el «Students for a Democratic Society» —S. D. S.— con su proceso a la sociedad de consumo.
[339] Entendemos que lo importante no es la formación profesional sino la educación del hombre como ser trascendente.
[340] La acción de la CÍA americana resulta conocida en detalles, en virtud de la peculiar sicología de aquel país. Incluso con nombres y fechas puede seguirse su papel activo en el mayo francés con el objetivo de socavar la política del general De Gaulle insumisa a la economía de los Estados Unidos.

De manera evidente desde la última guerra, el comunismo ruso no es ya el principal factor desencadenante de la inquietud juvenil y adopta una posición conservadora en cuanto a las normas morales y civiles de la sociedad soviética. Tal vez considerando que es lo más apropiado para consolidar los avances sociales conseguidos.

De ahí que las censuras maoístas tachándoles de inmovilismo no carezcan de sentido. Y así ocurre que, mientras el mundo del trabajo adopta una postura conformista en las sociedades de consumo y la consigna de la lucha de clases pierde atractivo (pues, aun cuando no han desaparecido las tensiones sociales, su carácter es muy distinto al del pasado), los demagogos izquierdistas, enquistados en la intelectualidad resentida del papel económico secundario que les reserva el capitalismo, se convierten en punta de lanza subversiva y su dinamita puede hacer saltar la sociedad desde sus cimientos. La lucha de clases, ya anacrónica, es sustituida por la lucha generacional, concepto que vale por el de revolución permanente, debido a ese genio de la rebeldía llamado Trotsky y que en China toma forma bajo el nombre desorientador de revolución cultural.

La clave anímica de esta situación entendemos que debe buscarse en el «silencio de Dios» que siente gran parte del ser universitario. El análisis del fenómeno excede a nuestro propósito, pese a que nos tienta detenernos en la atmósfera formada por una creación científica que se presenta sin limitación de posibilidades, el forcejeo entre tradiciones carcomidas por hipocresía y la nueva ensoñación sin trabas. La «muerte de Dios» es visible, con más o menos acentuación o anticipación según los países, dejando una áspera desesperanza. Por añadidura, en el sector que mantiene la fe aumenta el número de quienes estiman que la frontera religiosa a su alcance languidece entre gastados razonamientos. Simultáneamente, en el campo político, las ideologías al uso presentan lamentables flecos y desgarrones, tantos que han hecho creer a los observadores de superficies que había llegado la hora de sustituirlas por planificaciones económicas.

¿Qué puede reprocharse a los universitarios en este aspecto trascendente? El propio Pablo VI no elude presentar a Dios como problema. Elegimos a modo de síntesis una de sus frases: «Dios no es evidente» [341].

No debemos despreciar, como fermento que alcanza a las mujeres también, el tedio vital que no se satisface con ilusiones normales para sentir la atracción de la aventura. Nos parece tiempo de señalar, «in grosso», los rasgos definitorios del movimiento universitario, que, sin perjuicio de aquellos otros que se desprenden de cuanto llevamos escrito, sí admite una condensación armónica:

A) Inclinación socialista; entendida como vehículo social revolucionario, en cierto modo utópico, puesto que rechaza por igual el ordenancismo moscovita y el medio camino de los vergonzantes comunismos de las naciones del Este europeo, y aun más los socialismos capitalistas del Mercado Común, mostrando una evidente simpatía hacia idealismos con fin incierto, como el maoísmo. La explicación a la difícil encrucijada puede encontrarse en razón de que tratan de buscar la máxima justicia sin necesidad de entregarse a un Estado dogmático todopoderoso.

B) Entusiasmo por la libertad; escapando de las tenazas del partidismo político, la disciplina de los sindicalismos obreros, las ideologías endiosadas, la patriotería nacionalista, el atosigante maquinismo automatizado la reglamentación incluso de nuestro andar, los manejos económicos siempre bajo el poder de los mismos apellidos. Ansian liberarse de tabúes sexuales, religiosos o políticos, lo que obliga a poner en entredicho cualquier clase de autoridad o paternalismo sobre su juventud e inexperiencia [342].

El concepto de su libertad llega a negar la delegación de poder, ni siquiera como culminación de un proceso democrático. La fórmula en la Universidad se resuelve en Comités y Asambleas «soberanas» en acción permanente y sin constitución reglamentada. La solución supone una mentalidad anarquizada que conduce a la negación de los partidos políticos, convertidos en focos de manipulación de unos cuantos aparatos burocráticos de poder que adquieren su mayor rigidez con el marxismo ortodoxo.

Les aburre la seguridad política del futuro y no aman el confort económico.

C) Espontaneidad violenta como medio de mostrar e imponer sus modos, compatible con su odio a la guerra entre naciones. Les parece hipócrita truco defensivo el pacífico juego electoral de las democracias parlamentarias, no les seduce ninguna fábrica de votos, y sí Cuba, país sin urnas. Su imagen está más próxima a Camilo Torres que a Francisco de Asís. Admiran la guerrilla —«Che» Guevara es un mito—, ven en ella un camino. Su táctica busca la lucha callejera. Los sistemas imperantes aquí y allá se les presentan dispuestos a defenderse con las armas de la Ley, contra la que su prisa elige el camino de la rebeldía. Por la misma razón no admiten la inmovilidad de los procesos socialistas contra los que levantan su «renovación dentro de la revolución», lema trotskysta que todavía inquieta al comunismo soviético.

Conviene advertir que las ideas contestarías están sometidas a cambios perceptibles en cortos espacios de tiempo. Nuestra condensación anterior tiene su centro en 1968. Desde entonces se han hecho más confusas al mezclarse con reacciones que apuntan a un repliegue de lo anárquico.

El desarrollo de la acción y las ideas de la contestación universitaria tiene un lugar de cita, convertido por los estudiantes en espejo ejemplar: mayo de 1968 en Francia. Sería excesivo reseñar aquí su historia, por otra parte suficientemente conocida y en la que resultó fácil apreciar, en su inspirada vehemencia, demasiada imprevisión, excesiva debilidad de medios y clara megalomanía revolucionaria [343] Arrimando el ascua a la sardina del

[341] Dos de septiembre de 1970, Audiencia en Castelgandolfo.

[342] En una novela magra pero representativa, «Love Story», dice el protagonista que el amor a los padres es un síndrome italomediterráneo y para recalcar su libertad frente a la autoridad paterna, la acusa así: «Abusa obligándome a hacer «lo que está bien.»

[343] Las primeras planas de los diarios franceses han estado durante semanas dedicadas a las barricadas del Barrio Latino y sus derivaciones. Las revistas han publicado reportajes amplísimos sobre la ocupación de la Sorbona y Nanterre. Apenas transcurrido

inmovilismo, no faltan quienes, burdamente, han interpretado el «poder estudiantil» consagrado en La Sorbona y Nanterre, como la expresión de un desorbitado e indefendible deseo de erigirse en gobernantes [344]. El propósito estudiantil no es tan estúpidamente simplista; trata de crear un fuerte núcleo que empuje a la sociedad hacia una transformación revolucionaria; para ello consideran muy importante tener el control de la base de partida, la Universidad autónoma y libre, y desde allí incitar y mover a la acción a obreros, sacerdotes, intelectuales y cuantos les escuchen y secunden. Quiera Dios que esta vez no se cumpla la sentencia de que los idealistas llevan siempre con ellos la infelicidad.

II. ESPAÑA NO ES DIFERENTE

A partir de 1954 comienza a borrarse en la retina de los universitarios españoles la imagen de la guerra civil, aun cuando todavía el ambiente les ayuda a comprender el ánimo de la generación del 36, por la que sienten admiración. Pero el recuerdo épico se desdibuja, curso a curso, para dar paso, en un sector, a cierta situación fronteriza con la ruptura que se manifiesta en 1956.

Sin producirse una solución de continuidad ni haber surgido otra generación, es decir, un grupo ideológicamente homogéneo, considerable numéricamente, con sensibilidad intelectual, independiente y original, capaz, en suma, de historiar el 18 de julio, ya la «quinta del 36» aparecía en su ocaso político, a pesar de que no podía prescindirse, individualmene, de sus componentes.

Hemos anotado, con recriminable brevedad, algunos de los errores tácticos que llevaron a la juventud de la guerra, como colectividad, a callejones sin salida; equivocaciones que partían evidentemente de las insoslayables consecuencias de tres años de lucha civil, de su estallido prematuro para la Falange, en pleno desarrollo doctrinal, y más aún para sus estudiantes. Los obstáculos hacia el Poder se agrandaban por la tiranía emocional que les impedía aceptar realidades en cuanto contradecían su visión pura de las ideas iniciales. Y también la hermosa carga de los muertos por una doctrina concreta hacía sonar a traición cualquier cambio, por muy justificado que estuviera. El triunfo militar no fue examinado fríamente en sus catastróficas consecuencias materiales; se veía en él sólo la base de partida para una acción milagrosa de resurgimiento. Metiéndose hasta el fondo en el engaño de estimar que el hombre cambia en cada generación y de que era posible desprenderse del pasado.

La exaltación anímica predisponía para un profundo desaliento, que hubiera podido superarse con jefes indiscutibles y hechos convincentes; pero entre universitarios jóvenes no puede haber, a lo sumo, más que «primus Ínter pares», con limitada posibilidad de capitanía, y si alguno pareció capaz de mandar y ser obedecido, no terminó por asumir íntegramente su papel.

La juventud que hizo la guerra llegó a rozar lo inverosímil y creyó tener en sus manos el horizonte, pero los sueños ambiciosos nunca se logran. Aun así, su historia podría enorgullecer a cualquier generación.

Pedro Laín, rector de la «Central» en 1954 y 1956, en «El problema de la Universidad», señala, como episodio inicial del proceso que llevaría a la formación de una generación con características y motivaciones distintas a la del 36, la manifestación del año 1954, organizada por el S. E. U. en Madrid, como protesta por la visita a Gibraltar de la reina Isabel. La represión de los guardias fue especialmente severa. La mayoría de los estudiantes reaccionaron, indignados, contra una política que, con una mano, les lanzaba a la calle y, con la otra, les maltrataba sin miramientos. Varios centenares ocuparon las Facultades de San Bernardo, pero en virtud de atinadas gestiones del rector se logró restablecer el orden académico sin represiones. Tomaba forma una nueva conciencia cuyo universo se liberaba de los contornos establecidos, dando lugar a la consolidación de una inquietud que produjo, en 1956, una cargada atmósfera de rebeldía. Cierta manifestación, por las calles, de este ánimo violento dio lugar a un herido de bala, Miguel Álvarez, del Frente de Juventudes, quien se debatió en agonía durante días. Por encadenamiento de diversas circunstancias se produjo una tensa situación general que pudo degenerar dramáticamente. En los cursos siguientes, la Universidad entró en relativa calma. La brutal represión de Hungría, en noviembre de 1956, con miles de víctimas a cargo del Ejército soviético, sumó su contribución a la tregua aparente. En 1957 se produjo un ataque al territorio de Ifni que requirió una operación militar para restablecer las fronteras, dando ocasión, con la muerte en un asalto de Francisco Rojas Navarrete, alférez de la Facultad de Derecho, que las virtudes heroicas no eran patrimonio exclusivo de los jóvenes de una sola generación. Pero con la pacificación parcial de los claustros —en febrero de 1957 hubo algaradas callejeras importantes—, los nuevos conceptos ideológicos no detuvieron su desarrollo; por el contrario, tomaban cuerpo para el futuro, y los incidentes, aun cuando menos estrepitosos, adquirían carácter endémico.

---

un mes de la revuelta, las librerías lucían apresurados títulos sobre la contestación: Que faire de la Révolution de mai, por el Club Jean-Moulin; Les Citations de la Révolution de mai, por Alain Ayache; Le Livre noir des journées de mai, por la UNEF y el SNESUP; L'Imagination au pouvoir, por Walter Lewino; La Révolution introuvable, por Ray-mon Aror; Les murs ont la parole, por Julien Besancon; Ce n'est qu'un debut, por Philippe Labro; La Révolte étudiante, por Jacques Sauvageot; Ecrits politiques, por Rudi Dutschke. El orientador, ya desorientado, L'Express recomendaba en julio a sus lectores, como reflexión para las vacaciones, L'Homme Unidimensionnel, de H. Marcuse.

[344] Presencié, durante el mes de mayo en Francia, una manifestación de alumnos de bachillerato que, ante el estupor de sus connacionales, lucían pancartas con la consigna «Pouvoir etudiant». El mimetismo de los más jóvenes no es de hoy, y en ningún caso alcanza edades como las del Comité de Huelga, formado en 1936 en el Grupo Escolar de la calle Diputación, de Barcelona, todos menores de catorce años. El alcalde entonces, Pi y Suñer, les recibió divertido, sin darse cuenta que aquello era el primer ensayo de los sindicalistas próximos a Sorel para convertir los colegios municipales en escuelas de acción.

Mientras tanto, al S. E. U. se le hacía perder las últimas batallas por su democratización representativa. Nula acogida oficial alcanzó el Congreso de Cuenca, en donde se recordó con vehemencia la necesidad de poner en práctica su vieja doctrina de la máxima representatividad de abajo arriba.

En la apertura del curso 1964-65, Daniel Regalado, jefe nacional del S. E. U., leyó en la Universidad un mensaje que suponía volver a la integral representatividad estudiantil y asumir el papel de «aguafiestas» del conformismo y abuso de unos y otros. Hubo pateo profesoral y artículo de Juan Van-Halen en El Estudiante: «El derecho al pataleo.» Se dio el cese a Regalado y, con ello, al futuro del S. E. U. Los que entonces, con el ministro Lora Tamayo, pensaban en la disciplina estudiantil y la tranquilidad universitaria no veían la subversión que cobraba con tal medida alientos inusitados. El director de El Estudiante, Juan Van-Halen, dirigió una carta expresiva de la situación: «Te supongo enterado del relevo que ha tenido lugar en la jefatura nacional del S. E. U. El hasta ahora jefe nacional, Daniel Regalado Aznar, ha sido relevado en su cargo por José Miguel Ortí Bordas. Ante este hecho, muchos de los mandos nacionales y de Distrito en el Sindicato hemos creído necesario presentar la dimisión.» El mensaje de apertura de curso que dirigió Daniel Regalado Aznar a los estudiantes tocaba varios puntos de nuestra vida universitaria —en virtud de ese deseo de representatividad y de información— que parece no han sido entendidos en el Ministerio de Educación. Por esa mala interpretación se ha considerado perniciosa la postura y se ha impuesto un cese rápido y, a todas luces, inexplicable. Como cree que la linea seguida por Daniel Regalado es la correcta y creo que no puede considerarse estudiantil ni joven una organización que se limite a asentir, a dar palmadas en la espalda sin aportar aptitud crítica alguna, veo inviable mi permanencia en una Jefatura Nacional al servicio de otras líneas de conducta y he decidido dimitir.»

En el último periódico del S. E. U. aparecían dos firmas que sonarían en adelante: Máximo y Francisco Umbral, y en su publicación hermana, Cinema Universitario, las de Miguel Picazo, Carlos Saura, Julio Diamante, Jorge Grau y Manuel Summers. El Estudiante anunciaba, gozoso: «Elecciones: Más de 100.000 estudiantes elegirán con su voto 12.000 consejeros de curso, 1.200 delegados de curso, etcétera.»

Recientemente, en 1970, con un título que nos suena, «La rebeldía universitaria», Andrés Garrigó dice que el S. E. U. de Regalado sólo pensaba en construir Colegios Mayores y comedores de estudiantes. El señor Garrigó sabe que no dice la verdad y que es contumaz en ello. Ya El Estudiante denunció entonces, como Gaceta Universitaria, por él dirigida, periódico trasplantado de Pamplona, desde donde recibía bendiciones Garrigó y no solamente simbólicas, usaba de «la mala fe y del juego sucio» en relación con los propósitos declarados por Regalado. Gaceta Universitaria, que no aclaró nunca de dónde salía su financiación, fue la palanca visible utilizada por los neomateria-listas cristianos para hundir el S. E. U., sin escrúpulos en el procedimiento. Garrigó ahora, en su libro, cita temerariamente: «La santificación del trabajo, tema de nuestro tiempo», punto nuclear del mensaje que hace algunas décadas trajo monseñor Escrivá de Balaguer [345]. El resultado de tal «santificada» aventura, que se llevó al S. E. U. y a Dios también de las aulas, lo expresa el director de Gaceta Universitaria con esta desconsoladora frase, prestada por Michael Novack: «Dios no está muerto. Volverá a las Universidades cuando vuelva el hombre [346].

Si el último jefe del S. E. U., José Miguel Ortí Bordas, no podía ignorar que su papel se reducía a enterrar un cadáver, inmolado en el altar imposible de una rígida vida universitaria, los intentos posteriores de montar Asociaciones Profesionales Estudiantiles, con el malogrado Ortega Escós, trataban de contener la inundación de cañas de bambú.

El nombre S. E. U. persistió con Ignacio García como delegado nacional comisario, actuando sin relación con su misión sindical.

Para que nadie les disminuya la gloria de la empresa de acabar con el S. E. U., el equipo de Gaceta Universitaria negó, con reiteración, la influencia marxista en la Universidad y proclamó, convencido de haber descubierto un argumento irrefutable: «¿También los comunistas son las causas de los alborotos de Praga?»

Si la protesta universitaria española arrancó con energía propia, hoy no podemos, sin falsearla, dejarla aislada de la rebeldía general. El profesor Aránguren —¡en mayo de 1968!— publica un librito de menos de treinta páginas con el título «El problema universitario», en el que presenta nuestra «alma mater» actual como una isla en el universo. En el mismo texto insiste en su punto de vista de que la política española, desde 1939, solamente evolucionó lingüísticamente. Dos muestras de una pasión política que oscurece el rigor mínimo que debe exigirse. Podría asegurar que ciertos males empiezan y terminan en el «campus» español y que, políticamente, las reformas son insuficientes o en sentido equivocado, lo que sería un juicio respetable; lo otro entra dentro del marco de su autoconfesión, «quizá movido por el resentimiento de haberme visto arrebatada la cátedra». De seguir algunas

[345] Estos muchachos de la Gaceta Universitaria, que andaban por la vida con un simbólico libro de contabilidad bajo el brazo, conscientes de su acabado trabajo en el desaguisado universitario y dispuestos a no dejarse arrebatar ni una parte de la gloria de haber asumido el papel de muías en una cacharrería, escribieron al aparecer la tercera edición de este libro, que el autor insistía en el error de vet la mano del comunismo en la protesta estudiantil. Cualquiera que nos lea sabe muy bien que quienes así opinaban asumían el bíblico papel de serpientes, pues nosotros nos limitamos a señalar que el comunismo, especialmente en nuestra Patria, sacaba buen partido de la situación. Es necesario no solamente ser imbécil, sino también considerar anormales al resto de los lectores para insistir en la teoría de las manos inocentes del intransigente y criminal comunismo español, bien sea de Carrillo o de Lister.

[346] La revista Mundo que gira movida por un equipo de la misma obra, no pretende ocultar el hecho, pese a sus resultados. En un trabajo del profesor Mariano Aguilar Navarro, publicado en julio de 1972, titulado: «Los problemas universitarios», dice: «Llegó un momento en que la dinámica social obligaba a prescindir del S. E. U., y esto es lo que se hizo, especialmente por propia iniciativa de esas familias ideológicas que ahora es de moda denominar como tecnócratas y democristianas. En su día se verá perfectamente claro cómo partió de esos rectores la decisión de terminar con el S. E. U.»

versiones elementales sobre la agitación española, su objetivo podría haberse resumido en dos palabras: asociación libre. Pero, ¿cómo pudo'pensarse seriamente que la asociación era una meta y no un simple punto de apoyo?

Afirmamos antes que existen unas líneas de conducta y pensamiento comunes a los universitarios del mundo, pero también es evidente una graduada distinción que se percibe con más claridad en aspectos extremos. Baste comparar el uso de la pildora anticonceptiva entre estudiantes inglesas o españolas, o la utilización de drogas en California y Madrid. Asimismo debemos considerar los puntos políticos de partida; nuestro reducido porcentaje de estudiantes trabajadores y la raquítica evolución del capitalismo industrial español, que no permite el rechazo de la cadena producción-consumo en el comienzo de su desarrollo. Encontraremos también problemas típicos de cada Universidad. La neoyorquina Columbia, uno de los más pertinaces focos de rebeldía, mezcla ostensiblemente el rechazo a la sociedad de consumo con el marginamiento negro. Como existen tendencias separatistas en la Universidad de Barcelona.

El temporal estudiantil viene haciendo trabajar intensivamente las linotipias [347]. Del maremágnum de comentarios queremos salir al paso, sin más espera, del injusto mote «hijos de papá» [348]. El insulto viene en descendencia directa del despectivo «señoritos», con que reaccionaron los marxistas ante el empuje callejero de los universitarios anteriores a 1936. En definitiva, ¿existen diferencias sustanciales entre los estudiantes de 1928, 1936 y 1968? La confusión nace de juicios sugestionados por los hechos aparentes y de conceder preferencia a las palabras sobre los impulsos, a la forma de expresar las ideas sobre los verdaderos sentimientos. Los universitarios no cambian en su generosa rebeldía, en el afán renovador, en el ansia de justicia, en su alegre decisión. Varía, claro está, el lenguaje, las circunstancias del tiempo y el planteamiento morfológico.

Un catedrático no perteneciente a la generación del 36, Antonio Millán Puelles, en el prólogo del libro «Los estudiantes, en rebeldía», de Kai Hermann, por él traducido al castellano, describe así a los escolares actuales: «Su fachada es "romántica" y aun, si se quiere, "anarquista"; pero el objetivo hacia el que tiende se fundamenta en una seria crítica de la ideología liberal y del marxismo ortodoxo. No es comunista, pero tampoco liberal.» Esta definición serviría, íntegramente, para los estudiantes de 1936. Esta indeferenciación anímica llevó al profesor marxista Habermans a considerar cierta inclinación hacia un «fascismo izquierdista» en la actuación y también en la doctrina de los grupos dirigidos por el estudiante berlinés Rudi Dutschke. Otra vez, la «maldita» palabra fascismo fue pronunciada por Marcuse ante las explicaciones del «dulce demagogo» de la Universidad Libre, y antes, en California, el término lo habían utilizado los profesores liberales contra el radicalismo estudiantil.

Quien llegue hasta aquí, después de repasar esta historia, recordará que José Antonio concebía a la juventud universitaria como un todo político, no como ingenua milicia al servicio de sus mayores, fuere cual fuere el color de éstos, y precisaba, adelantándose a las fáciles censuras de quienes no comprendían su arrojo por reformar una sociedad de la que eran miembros privilegiados, que precisamente las minorías reformadoras estaban integradas por los de arriba y motejaba de mezquinos a los conservadores [349], que descubrían asombrados que eran los mineros de Asturias, los obreros mejor pagados, quienes formaban la vanguardia de las luchas sociales revolucionarias.

Otra vulgar opinión que parece admitirse por los más, sin dedicarle un minuto de meditación, reduce la «contestación» a un indigerible galimatías de contradicciones y negaciones que encubren un juvenil y permanente instinto de alborotar por alborotar. La situación producida por el roce con la materia y el enfriamiento para el contagio, de los ideales de 1936 tenía que engendrar una cadena de negaciones. Siempre es más fácil saber lo que no se quiere. El que los jóvenes no posean fórmulas magistrales ni pregonen curalotodos para la economía o el alma no debe subestimarse, pues sólo los dudosamente inteligentes pueden hoy estar seguros de tener en la mano la solución para el mundo que vivimos. Lo que importa es acertar en la dirección; los programas concretos son asunto de políticos profesionalizados. ¿Acaso los universitarios españoles intentaron apoderarse del Estado y regirlo con sus fuerzas? Por lo demás, creemos que ninguna persona equilibrada esté convencida de vivir en una sociedad en la que no es necesario borrar limitaciones e injusticias. Y, ¿quiénes asumen el papel de activistas justicieros con más decisión y desprendimiento que los estudiantes?

Para apreciar lo inmensamente positivo del movimiento estudiantil y hacer provechosa su dinámica será necesario el pequeño esfuerzo de contemplarlo por encima de lo anecdótico, salvando el manoteo de los grupos

[347] Entre los primeros libros aparecidos tras la apertura de curso, 1968-69, figuran además de los citados de Pedro Laín y Aranguren: Los comienzos de la crisis universitaria en España, antología de F. Aguilar Piñal; La Universidad actual en crisis, antología realizada por Jesús Burillo. La desaparecida Comisaría del S. E. U. recogió, en un volumen de 1.000 páginas, una interesante documentación bajo el título Educación, Universidad y Mundo Estudiantil; Universidad y política en América, bajo la dirección de Manuel García Roca; Universidad y educación de masas, por Antonio Tovar. La editorial RIALP cuenta con media docena de títulos encabezados por La crisis de la Universidad en España, de José Orlandis. Ediciones Guadarrama La rebeldía universitaria, de A. Garrigó. La generación de la protesta, de Rafael Gómez Pérez. Nova Terra no fue parca en publicaciones, Debates Universitarios. Cuadernos para el diálogo, independientemente de su dedicación al problema, lanzó un número monográfico. La bibliografía alcanza ai otros idiomas españoles. Octavi Fullat es autor de La joventut actual: el nostre futur. El tema alcanza a la novela, «la última», Pólvora mojada, de Andrés Berlanga.

[348] En los comienzos del movimiento de mayo en París, «L'Huma-nité», órgano central del Partido Comunista francés, cayó en el error de utilizar el famoso término, aplicado a quienes desde la Universidad pretendían reformar la sociedad revolucionariamente. Los acontecimientos les obligaron a rectificar, pero su oportunismo descarado mereció de los estudiantes, si cabe, una mayor repulsa.

[349] La política exige vacunarse contra las palabras. Hoy, en Checoslovaquia, los «conservadores» son los comunistas stalinianos. Quien pretenda dar el mismo significado a los términos libertad, fascismo, democracia, socialismo, revolución, pronunciados en Moscú, Londres, Pekín, Madrid, Varsovia, Berlín o California, en estos años o hace cincuenta, sufrirá descomunal desorientación. Lo fundamental no son las formas externas, ni las frases a menudo sonoras y vacías, sino la mentalidad. De ahí que no se entenderá e! proceso juvenil actual recogiendo sus palabras y traduciéndolas exactamente con los significados tradicionales.

comprometidos, que sin una atenta mirada pueden parecer el todo. Acercándonos abiertamente, conviviendo su problemática, sin intentar aprovecharlo. En cualquier caso serán sordos a los consejos de quienes no han sabido ser maestros y guías, y en esa actitud negarán valor al pasado inmediato, del que se abusó en su exégesis. Por lo demás, la insistencia no era necesaria para que siguiera imperturbable la historia condicionando el futuro. Al hombre no le es dado construir en la nada y los cimientos son siempre la obra de las generaciones anteriores.

Siempre podrá ser verdad que la generación pasada «entra en el futuro caminando de espaldas». Pero también que los jóvenes acentúan su actitud de ignorar el pasado e incluso al presente que les rodea.

III. EL FUTURO ES DE OTROS

¿Cuál puede ser el porvenir de este movimiento universitario? [350].

Reducir la «contestación» estudiantil a una procesión de algaradas sería dar asentimiento a la tesis del comunismo francés, que la encuadra en acciones de anarquistas de droguería, capaces solamente de fortalecer los poderes políticos que precisamente tratan de derribar [351].

El comunismo militante, cuyas raíces fueron plantadas en el campo obrero, no puede admitir resignado la ingerencia predominante de un nuevo proletariado que viene a recordar las olvidadas tácticas de violencia sindical, erigiéndose en líderes de los avances sociales, actitud que, incomprensiblemente para los simples, los enfrenta con los obreros, a quienes pretenden liberar de unas estructuras opresoras. Sin darse cuenta que el viejo proletariado del trabajo es hoy, en las naciones desarrolladas, un estamento aburguesado. La prevención comunista arranca de la derrota democrática en las últimas elecciones francesas de los partidos que apoyaron, con más o menos decisión, la revuelta de mayo. Este desastre electoral tiene un precedente en las anteriores elecciones presidenciales norteamericanas: uno de los candidatos que apoyaban a Goldwater en California, el republicano Ronald Reagan, triunfó basando su campaña para gobernador del Estado en ataques a la actitud y mentalidad de la «enfermiza juventud universitaria de Berkeley».

Para responder correctamente a la interrogante inicial es necesario despejar primero la incógnita de sus deseos, separando las aspiraciones referidas a la Universidad de aquellas más amplias que alcanzan la sociedad, tanto en el campo económico como en el político y el religioso. Examinaremos someramente su esquema táctico con un criterio amplio que escape, en lo posible, a condicionamientos estrictamente nacionales.

Si admitimos el punto de vista de Marcuse «en lo que concierne a la Universidad, los estudiantes saben lo que quieren: adoptan seriamente el principio democrático de la autodeterminación y quieren estar preparados para la autodeterminación». Esta posición tiene un enunciado general, máxima libertad de movimientos y de expresión de ideas dentro de su «campus», en el que la inmensa mayoría estudiantil ejerza el predominio. De esta plataforma arranca una serie de reformas técnicas. Han obtenido las mayores preocupaciones y aceptaciones: la supresión de los exámenes, que, por cierto, es apoyada por las últimas conclusiones de la ciencia decimológica; la abolición de las cátedras vitalicias, y la impartición desde ellas de la ciencia que le parezca al profesor sin la menor consideración a la opinión de los alumnos; rompimiento de las actuales barreras para la torrencial presencia de los hijos de los obreros y campesinos [352]; modificación de los planes de estudio, simplificando y especializando lo profesional, y conversión en centros de multiconocimiento y elaboración de ideas lo universitario clásico de forma que no fabriquen autómatas para una sociedad ya planificada, sino hombres que sometan a crítica y renovación permanente las estructuras establecidas, pero no como regreso a fórmulas liberales, sino de un nuevo colectivismo compatible con el entusiasmo por la vida.

Aún montado sobre una filosofía que desvaloriza la palabra evangélica, descartar el «substratum» religioso en el movimiento estudiantil podrá conducirnos a un enfoque erróneo. El rechazo a la sociedad del bienestar tiene claros entronques contrarios al materialismo, tanto en su versión marxísta como en las capitalistas. Pese a sus motivaciones por injusta distribución o recorte de las libertades, el asco a la sociedad de la abundancia y a la posesión por el dinero obedece a un espíritu, cuando menos, fronterizo con lo religioso. El olvido de Dios no es posible, y lo muestran los inútiles intentos para sustituirlo: la inclinación de ciertos grupos a buscar en el fondo espiritual de la India, atraídos por actitudes contemplativas del hinduismo. El malogrado novelista Jack Keruac, una de las fuentes vivificantes del movimiento «hippy», propagó cierto misticismo budista con su obra «The Dharme Bums». Los estudios de Teología de la mujer de Dutschke y las predicaciones de su esposo en la Liga Estudiantil Evangelista; los inventores californianos de religiones de amor y pobreza. Pese a no parecer reverente, habrá de admitirse la similitud señalada por Toymbee de ciertos sectores «hippies» con los primeros cristianos [353] y la afirmación de que «las teorías de Marcuse son más religiosas que sociológicas». Dios está presente incluso en sus manifestaciones musicales, en el comportamiento paroxístico de la danza, cercana a ciertas sectas rusas.

---

[350] Al iniciarse el curso 1968-69, es decir, el primero después del mayo francés nos atrevimos a escribir en la anterior edición: «Renunciamos al papel de redactores de sucesos que no han ocurrido, pero nos atrevemos a pronosticar la decepción de quienes se refieren al curso entrante como el de la gran inundación juvenil roja o negra, creemos que por mucho que sea el ruido, las nueces serán menos que en el anterior.»

[351] En las «mil caras» del comunismo, en España auspician y elogian lo mismo que censuran en el país vecino.

[352] La U. R. S. S., en donde, felizmente, han logrado, salvo en el sector campesino, una óptima igualación de acceso a la Universidad, de vuelta del problema, sienten la necesidad de retener la corriente hacia los estudios superiores.

[353] Años atrás fue retirada una publicación semanal eclesiástica zaragozana por contener un cartel en el que la leyenda «No hay que adorar el dinero» se ilustraba, no sin justificación, con fotografías de «hippies», cuya patética angustia no está exenta de hermosura.

Podría reducirse esta mentalidad a la frase del mayo universitario parisiense: «Ni amo, ni Dios. Dios soy yo.» Más aleccionadora es la atenta observación de los estudiantes con Cristo dentro convertido en Redentor extravagante, entre los que debemos incluir a seminaristas, dispuestos a que salten en pedazos las viejas estructuras de sus iglesias, sin miramientos para formulismos tradicionales ni siquiera respeto dogmático absoluto, y ausentes de cualquier ánimo de previa obediencia, lanzados hacia innovaciones subversivas. ¿Qué otra cosa significa la comunión cogidos de la mano de protestantes y católicos en París durante la revuelta de mayo, o la petición de exasperados sectores universitarios de Essen, clamando la dimisión del Papa por su «Humanae Vitae», estado de ánimo recogido en parte por el LXXXII Congreso Católico de dicha ciudad?

¿Acaso la subversión estudiantil más profunda, aun cuando atenuada hacia la calle, no ha sido la de los seminarios? La pertinaz efervescencia y empuje generacional arrancó estas atrevidas palabras al prefecto de la Sagrada Congregación de la Enseñanza Católica, cardenal Garrone: «La fuerza que empuja a la juventud actual podría muy bien provenir de Dios.»

Cuando existen tales criterios referidos a la vida trascendente no debe extrañar su posición energuméntca en cuestiones temporales, colocándose en una postura antí-toto, rechazando casi en bloque los sistemas imperantes, como si en ellos radicaran exclusivamente las imperfecciones del mundo y el hombre, portador de virtudas y defectos, fuera inocente víctima de sus propias creaciones y muchos de los males no se escondieran en sí mismo.

Cohn Bendit repetía mucho que el hombre, en el poder, se corrompe; la vida le enseñó pronto, en experiencias personales degradantes, que también se corrompe en la oposición.

Los estudiantes señalan, y su razón no es desdeñable, que es imposible imaginar siquiera una reforma radical universitaria sin una previa transformación de la sociedad. Pero, ¿cuáles son las bases que permitan el logro de unas estructuras sugestivas? Aquí es donde se debaten entre imprecisiones y hasta incoherencias, aun cuando no en grado que impida fijar un haz ideológico en formación o fermentación, si se prefiere. Habrá de admitirse que el movimiento estudiantil es insolidario con el pasado, absolutamente cismático. No corresponde con ninguna ideología conocida, aun menos con los esquemas programáticos de los partidos políticos y ni siquiera con los credos religiosos. En consecuencia, no debe extrañar el desconcierto que producen. La intervención de los representantes socialistas de la Unión Nacional de Estudiantes Franceses en Sofía, en el «Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes», en 1968, provocó su expulsión de Bulgaria. Ya en septiembre, en Carrara, en el TU Congreso Anarquista Intemacional, Daniel Cohn-Bendit acusó a los reunidos, ni más ni menos, de no aptos para la acción, de burócratas de la dinamita, y lo asombroso es que entonces, desde su plataforma efectiva de revolución total y continua, parecía tener razón.

Los mayores pasaron del sobresalto al asombro ante las actitudes de los jóvenes. Con frecuencia reaccionan groseramente, como en el enfoque de la pérdida del sentido clásico de masculinidad. Si no admitimos estar ante el umbral de un mundo distinto, corremos el riesgo de equivocarnos con la aparición de cualquier imagen no habitual. Así, una completa sensibilidad hacia la ternura, la huida del hombre musculoso como tipo ideal no es vulgar afeminamiento, sino otro concepto en el reparto de cometidos entre los sexos. Como supone en la mujer la liberación del pudor, del que es una muestra la irrupción minifaldera, algo más que una moda [354], y el generalizar como objeto de uso píldoras anticonceptivas. Las generaciones que comienzan marchan hacia una sexualidad sin paredes —como señala Mac Luhan, profesor de moda en la Universidad de Toronto—; al hacerse posible todo, siempre y en cualquier forma, deja de ser la obsesión primigenia. Aclaramos que, en esto, nuestra pretensión es dar adecuadas perspectivas para analizar el fenómeno, no razones en pro ni en contra. Más difícil es convencer de que en el uso de ciertos alucinógenos, en principio leves, derivados del cáñamo indio buscan un medio para aislarse del mundo hipócrita, injusto y cruel para recorrer ingrávidos por espacios próximos a una vida sobrenatural, imaginativa y seductora, haciendo de ello como una comunión espiritual que transporta.

Para el logro de sus aspiraciones les ronda, entre otras serias asechanzas, un intrincado dilema: concretarse políticamente o mantener una actitud generalizada de rechazo.

Trabajarán por llevarlos al campo banderizo. El dirigismo de quienes pretenden objetivos partidistas, políticos de profesión a la caza de votos y clientes. El dogmatismo de los receptores de consignas, que, aun montados sobre palabras de libertad, paradójicamente, emanaban de Moscú o Praga. Sorprendentes aduladores espirituales a la busca, sin condiciones, de fieles. Los seudointelectuales obsesionados por participar en la cosa pública desde una atractiva plataforma. Los templagaitas repletos de fórmulas prácticas y contemporizadoras. Evidentemente, reducir o encaminar la «contestación» hacia programas delimitados parece mezquina misión y equivocada táctica. Es lógico suponer que, una vez encuadrados en lo que fuere, su ímpetu quedaría encerrado y sin tardar se fraccionaría en grupos antagónicos.

Elegir el papel de fermento permanente y altisonante sin fines específicos es el deseo de los intelectuales que forman el santoral elevado del movimiento, en donde encontraremos actitudes desinteresadas y palabras seductoras; pero, a poco que tengamos los pies sobre la tierra, notaremos que en ese estado se desemboca a menudo en un nihilismo abyecto.

Las actitudes desenfocadas hasta lo inadmisible, para un ser inteligente, tenían que producirse como esa escena cinematográfica de Arrabal en la que una mujer defeca sobre el rostro de su padre.

[354] La minifalda supuso además el derrocamiento de una fuerte autoridad, la de modistas franceses. El popularizado «blusón de embarazada» con su complementario almohadón, fue lógica atemperación o la actual mentalidad. Tal vez en la irreversible conducta de las mujeres esté la mayor acentuación revolucionaria de este tiempo.

No tardarán los extremistas de la libertad integral y desnuda en ver algo más que una frase «fascista» en la definición de André Gide: «El arte vive de normas limitativas y muere de libertad.» Pensamiento que sirve también para el hombre.

Convertir la droga y el amor en medios revolucionarios conduce a la autodestrucción.

Su radicalismo les lleva con frecuencia a caer en la puerilidad de reducir a cero todo el pasado, sin querer ver que inevitablemente vivimos prendidos de la Historia y que para revolucionar la sociedad tenemos que admitir previamente su existencia. Pero también el gesto por el gesto de un vago inconformismo puede secar al entusiasmo por la acción y el interés hacia ellos del resto de la sociedad, conduciendo a la nada.

Lo «hippy» es una actitud, una forma de ser, más que de pensamiento. No es, por tanto, intelectual, en un sentido estricto. Lo «hippy» no puede engendrar otra cosa y terminará reducido a simple producto de la propia sociedad de consumo que combate. Ejemplo visible es la música de la juventud. El «rock» fue la libertad del cuerpo. Cuando, en 1961, Bob Dylan inicia la canción protesta utiliza un medio burgués. El lema «Queremos el mundo y lo queremos ahora», o el «acid rock» es un ritmo con el que pretendemos seguir las «alucinaciones alucinógenas». Todo con el sello norteamericano y de sociedad de consumo. Después vinieron Los Beatles, cuya comercialización debió producir escandaloso repudio [355].

A mitad de camino entre el deseo de constituirse en fuerza organizada hacia conquistas ambiciosas y el fundado temor de caer en los engranajes implacables de la sociedad del bienestar, se acercan a la maldición de Hemingway sobre la inevitable frustración de todas las generaciones. Los estudiantes no pueden conformarse con el ajetreado y pueril papel de permanente elemento de inestabilidad.

«Revolvedora que no revolucionaria», como diría Madariaga, la Universidad Libre de Berlín es un paradigma de la rebeldía por la rebeldía. Escapan del mundo socialista por discrepancias insalvables y en el Occidente se levantan también contra la sociedad que les circunda. El inconformismo violento, radicalizado hasta ese extremo, deriva en una estéril y casi irracional lucha contra la propia naturaleza humana, por no tener una idea precisa y detallada de la sociedad que desean [356].

La juventud necesita victorias tangibles; ello requiere fijarse objetivos asequibles dentro de una acción que evite desembocar en las esferas de cualquier programa político, pero que sea logro visible en el largo camino por la justicia, en el que siempre el futuro estará en otros porque la Humanidad, que no va a encontrar el paraíso a la vuelta de la esquina, no se detendrá.

Y para no tropezar en errores similares habría de juzgar a sus antecesorese meditando sobre lo que hicieron y pensaron de jóvenes y cómo se frustraron sus ilusiones.

La casi imposibilidad de una granazón ideológica incubada por una generación universitaria, situación instintivamente sentida por sus protagonistas, produce un vértigo de prisa que choca con el lento desarrollo del planteamiento marcusiano. En el caso actual, la prisa provoca una aceleración de la rebeldía, con medios desmesurados en relación con los objetivos inmediatamente alcanzables, de la que es claro ejemplo la acción armada en la plaza de las Tres Culturas, de Méjico, en octubre de 1968.

Fuentes irrefutables hacen subir las víctimas a más de medio millar. Docenas de cadáveres, algunos de padres de estudiantes, fueron arrojados al mar desde aviones. En lo que se llama desde entonces «Plaza de la Muerte» ocurrió la mayor matanza de estudiantes de la Historia. ¿Por qué sus camaradas universitarios destacados se limitaron a protestas inferiores a las organizadas por la simple detención de estudiantes en España? ¿Se debe a que los movimientos estudiantiles son menos espontáneos de lo que creían sus protagonistas? El 10 de junio de 1971, otra represión policíaca produjo en la capital azteca oficialmente once muertos; según relaciones nominales estudiantiles, treinta y ocho. El hecho volvió a encontrar el mismo silencio que la gran tragedia de la plaza de Tlatelolco [357].

Hasta ahora, los estudiantes se han habituado a con-templar ante sí desertores. De estar en manos del clero y de los políticos, han visto a éstos ensayar toda suerte de cabriolas para plegarse a sus gritos y tratar de marchar a su paso. Muchos de sus maestros están convertidos en incitadores.

Tomando al pie de la letra el divertimiento quevedíano de ponerse delante de las mujeres para conseguir que anden detrás de uno, lo aplican a la masa estudiantil, soportando ofensas y empujones y aprobando cuanto hacen, con razón o sin ella.

Con la envoltura de halagos, siente, en suma, que puede despreciar todo lo que antes suponía ley y era autoridad. Lo prevenido a la liberación del sexo y el menosprecio de la religión podrá conducir al caos o a la

[355] Es visible para todos la entristecida decadencia del movimiento «hippy». Difícilmente sobrevivirá al año 1975.

[356] Este juicio pertenece a H. Marcuse, quien, en sus escritos, tampoco explica cómo debe construirse la nueva sociedad ofreciendo el plazo de un siglo para el logro de su utopía, entendiendo que ni si quiera una auténtica catástrofe produciría cambios radicales inmediatos.
Pensando en la procedencia racial de San Pablo, Marx, Freud, Trostki, Einstein, Marcuse, Cohn-Bendit, Dutschke y de buen número de «hippies», cabe asombrarse ante la inagotable capacidad judía para sembrar inquietudes.

[357] En 1973, Luis Echevarría, como Presidente de Méjico, visitó varias capitales europeas. En París y Moscú invocó el Tratado de Tlatelolco, ni un solo universitario se vio empujado a recordarle la cruel represión sin precedente, ni parecido, de la que fue responsable como secretario de Gobernación en 1968.
Al regresar a Méjico se produjo un nuevo enfrentamiento con muertes estudiantiles en la ciudad de Puebla.

anarquía, pero sólo fugazmente; su final será encontrar un spengleriano pelotón de soldados o la severidad policíaca de un Estado socialista. Y otra vez a comenzar de nuevo.

José Pía, colaborador del joseantoniano F. E., al historiar la TJ República, señaló, con alguna perplejidad, el fenómeno de lo que llamó cambios pendulares estudiantiles.

Si hubiera meditado sobre ese fenómeno, vería que nunca cambió la dirección de la marcha. Pero ocurre que si una generación se debe entregar —como señaló José Antonio— a una tarea revolucionaria no puede hacerlo con las palabras y los símbolos con que lo hicieron las generaciones anteriores. Por ello harían mal los propietarios de la sociedad en suponer que los movimientos e ideas próximas universitarias, independientemente de sus formas dialécticas, no van a estar resueltamente del lado de la justicia. Creemos haber mostrado que, anímicamente, el cambio de la F. U. E. al S. E. U. era más aparente que real; otro tanto podríamos seguir diciendo en la actual etapa, y con un poco de perspectiva se verán claramente los contornos de esta afirmación aparentemente arriesgada.

Así, nos vale como final, la cita de A. Camus, puesta por Tagüeña, el más destacado representante de la generación de la F. U. E., al frente de su libro mejicano «Testimonio de dos guerras»:

«Indudablemente cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá lograrlo. Pero su tarea es quizá mayor: evitar que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida, en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, los dioses muertos y las ideologías extenuadas; en la que poderes mediocres, que pueden hoy destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión; esa generación, ha debido en sí misma y en su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y de morir».

Aun cuando se acaba el tiempo del «poder estudiantil», pretenciosa, pero significativa y definitoria consigna, ante los universitarios se presenta el camino de renovar la sociedad, con un mismo punto de apoyo, la Universidad. Los obstáculos, de manera absoluta, seguirán siendo insalvables ; pero su nervio y decisión no pasan en vano.

En cualquier caso, quienes tratan de desviar las inclinaciones de la época son amantes de los esfuerzos inútiles. Dijo ya Cervantes: «Contra el uso de los tiempos no hay que argüir ni de que hacer consecuencias.»

APÉNDICE

ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS CAÍDOS [358]

LUCHANDO EN EL BANDO NACIONAL EN LOS CAMPOS DE RUSIA O ASESINADOS EN LA ZONA REPUBLICANA

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

José Abadía Balduque.
Juan Allanegui Félez.
Eduardo Allue de Buen.
Luis Allueva Aznar.
Francisco Aliño Pérez.
Ramón Arrufal Ginez.
Juan Barceló Aguilar.
Alfonso de Benito y de Lolave.
Vicente Berrecuso Martret.
Ángel Blasco del Cacho.
Juan José Borao Molto.
Federico Carrión Trian.
Alvaro Casaus Alfranca.
Alfonso Casanova Cortés.
Pascual Climente Aguado.
Pío Coll Soldevilla.
Cremencio Corredor Bueno.
Mariano Coscolla Gómez.
Luis Arce Erro.
Alfonso Esonera Andrés.
Ángel Esteve Gimeno.
José María Fernández Zorzona.
Alfonso Franco de Gaminde.
Baltasar Fuertes Guirao.
Felipe Gaitán de Ayala.
Juan Gallart Sanz
Faustino Gascón Bartolomé.
Ramón Gavia Paño.
Pascual Genis Fontana.
Joaquín Gerona Gracián.
Constancio Gil Marco.
Joaquín Giménez Arnáu.
Wenceslao Goizuta Guallart.
José Gimeno Vidal.
José Golzueta y L. de Goicoechea.
José María Hernández Zorzano.
José Luis Herrero Checa.
Ángel Hidalgo Vázquez
Nicolás Irurzon Goicoa.
J. Jesús Jaurrieta Baleztena.
Luis María Liria Borderas.
Antonio López Javierre.
José López Monforte.
J. Francisco López Noguez.
Emilio Lozano Grassa.
Vicente Lusarreta Ripollés.
Vicente Lusarreta Saroz.
J. Francisco Marco Monreal.
Cruz Martínez de Baroja-
Jesús Martínez Bergés.
Antonio Mazón de la Torre.
Clemente Mendieta Bayona.
Federico de Morían Armona.
José María de Morían Buenechea.
Domingo Muñoz Gascón.
Mariano de Nicolás Sanz.
Manuel de Alaro Larroyed.
Ernesto Olivan Armengol.
Carlos Osuna Fajardo.
Manuel Pascual León.
Pedro Pemán Marco.
Pedro María Perales Salvat.
Ángel Pérez López
Joaquín Pérez López.
Ángel Pérez Pérez.
Antonio Quijado Guerrero.
Pascual Ramón Chavarría.
Teodoro Ripollés Aznarez.
Luis Rodredo Liaño.
Jesús Rodiles Monreal.
José María Ruiz Mendiola.
Benigno Sáez Mosquecho.
Agustín San Ildefonso García.
Víctor Sanz González.
José María Sigüenza Salvador.
Julio T. Solanot García de Bucesta
Jesús Vingas Clariano.
José Luis Virgos Oller.
Fernando Zamora Lafiguera.
Felipe Zurbano López Dicastillo.
Juan José Crespo Jarque.
José María Llena Lanan.
Amador Abad Aristicibal.
Ángel Abad Ezquerra.
Gerónimo Blasco Sancho.
Manuel Capdevila Ortega.
Cipriano Calvo Castrovieja.
Alfonso Carlos Garanda!.
Fernando Diez Amerlivia,.
José María Estables Goibi
Pedro Estefanía Traspademjia.
Eduardo Estive Gimeno.
Santiago Fanlo Riveras.
Antonio Franco Caballero.
Fernando de Frutos Vicenta,
Ángel Galdeano Lázaro.
Jesús Gastón Gastón.
Juan Antonio Gil Bergéll.
Rafael González Paracuéllos.
Vicente González Ruiz.
Salvador Gracia Sierra.
Luis Mancho Buj.
Jesús Marín Caldera.
José Marqueta Roig
José Montis Toro.
Carlos Munarriz Escondrillas.
Jesús Narro Tovar.

[358] No sólo van desapareciendo las placas que en las Universidades se colocaron al final de la guerra con los nombres de los estudiantes caídos, «para perpetuar su sacrificio», sino que, para vergüenza de cuantos sean responsables, hay Facultades e Institutos en donde los expedientes, e incluso las simples relaciones de los muertos, se han destruido como papel viejo. Un hecho así merecería algo más que un calificativo de la máxima dureza, aun cuando el régimen político que nació del 18 de julio hubiera concluido. La bochornosa incuria administrativa que ha permitido la pérdida de la documentación, en su día recogida como si el héroe fuera un estorbo consumado ya su sacrificio, hace prácticamente imposible la relación total de los nombres de los muertos, especialmente en bachillerato.

Carlos Nebreda de la Morena.
José de Nicolás Sanz.
Pedro Pablos de Vicente..
Agusto Liria Borderas.
Pedro Pimentel Gallega.
Fernando Pirón Sáenz.
Jesús Puyoldeval Lorenzo..
Enrique Rey d'Arcourt Atagria.
Eugenio Salgado Cejalvo.
José Sáenz Villamayor.
Jesús Sala de Pablo
Ángel Sancho Izquierdo.
Mateo Sanz de Galdeano fajar.
Eduardo Serrano Martínez..
José María Torres Abad.
Epifanio Urrutia Baztán.
Ángel Vidal Estivill.
Andrés Vitoria Garcés.
Juan María Zaldívar Gamaa Alfonso.
Primitivo Gargallo Mañero.
Antonio Manuel Núñoz Calvo.
Gonzalo Ballester Escrictae.
Ángel Terroba García.
José Pascual Catalán.
Antonio Almarcegui Otal
Elíseo Arcos López.
Ángel Rodríguez Barón.
Alberto Giménez P. Caballero.
Francisco Gallisa Amposta.
Eugenio Moreu Estreme.
José Ramos Pérez.
Ramón Dachery Insúe.
Antonio Escorihuela Griñón.
Tomás Olague Poli.
José Aramburu Zavala.
Alfredo Casajús de Martín.
José Marín Aria.
Ángel Aizcurri Ortiz
Ángel Pujol de Vall Lorenzo.
Sebastián Arbúes Iriarte.
José Emilio Huarte Cuesta.
José Marín Yoldi Cuesta.
José Tutos Larrosa.
Constando Baguena Barrachina.
Florencio Belio Huerta.
Francisco Albiñana Arresana.
Jesús Femar Solsona.
Mariano Uriarte Martín.
Antonio Catalán Pérez.
Jesús Muneta Ganuza.
Vicente Tena Jovani.
Fernando Fernández Pérez.
Jesús AzumaemU R. de Mendoza.
Lucio Yus Bravo.
Ángel Ibarra Briz.
José Tormo Zapreter.
José Elia Ecay.
José Losada Artuño.
Antonio Urteaga Ansón.
Ramón Utrillas Nuin.
Javier Vargas Lozano.
Emilio Villas. Rozas.
Luis Villalonga Guerra
Luis Zamora de la Figuera.
José María. Suvirón Felíu.
Juan José Jiménez Aranda.
Julián Martínez Lasierra.
Manuel Velasco.
Antonio Sangenis.
José Villido.
Marcos Simano.
Bernardo cite la Linde Barón de Erruz.
Santiago Fernández Portóles.
Fernando Ducha Redal.
Ángel Carlos Dronda Roldan.
Miguel Escolana Heredia.
Martín Esponera.
Francisco García Gil Corona.
Adolfo Chamorro Ara.
Luis Checa Toral.
José María Ángulo Santa Pau.
José Manuel Bauluz García-Berenguer.
Sebastián Bolea García.
Hilarión Calvo Martínez.
Eduardo Cariñena Castell.
Modesto Carpi Torres.
Manuel Climente Acín.
Rafael Gasea Melus.
Pedro Gil Ascoin.
Enrique Gracia Martínez.
Manuel Gutiérrez Delgado
Moisés Irache Bonet.
José Luis Martínez Larraz.
Juan José Miguel Benedicto.
Antonio Miguel Betrián.
Francisco Moneva Pérez.
Antonio Palacios Parlange.
Vicente Peleato Peleato.
Nicolás Salmos Rodríguez.
José de Santa Pau Carrillo.
Eduardo de la Serna Bayo.
Manuel Suárez Llanos la Cruz.
Antonio Torrecillas Pereda.
Manuel Pardos Alonso.
Miguel Escolana Hererdia
Ricardo Monterde Pérez.
Luis Abad Bavio.
Jesús Benito Arnedo.
José Latasa de Arancibar.
Luis Palacio Roig.
José María Zamora Navas.
Onofre Giménez Garu.
Francisco Moncasi Sangenis.
José María Moncasi Sangenis.
Baltasar Fuertes Guirao.
Agustín Minguijón Paraíso.
Manuel Bosch Reigt.
Eugenio Agacino Mac-Pherson.
José María Alfranca Miguel
Eduardo Andréu Martino.
Guillermo Andréu Peñalons.
Juan Cónsul Villar.
José de Torres.
Narciso Codina.
Cayetano Zapio.
Ángel Salcedo.
Salvador Ozta.
Manuel Ena.
Manuel Leiva.
Mariano Villa.
José Obispo.
Teodoro Gálvez.
Benito Piedrafita
José Antonio Palafox.
Juanone Ille.
Felipe San Marco.
Marqués de Lazán.
Luis Villalba.
Barón de Barsage.
Antonio Torres.

Fernando Gómez Buitrón.
Diego Fillavier.
Antonio Cuadros.
Domingo Lampa.
Mariano Renovales.
Pedro Villacampa.
Bartolomé Amorós
José Miranda.
Ignacio López Pascual.
Francisco del Ponto.

FUNDADORES DEL S.E.U. Relación complementaria

Fernando Alcántara Esponera.
Bernardo Alveri.
Rafael Alomar Blanes.
Melchor Alonso Martínez.
Miguel Alvarez.
Ramón Alvarez Cienfuegos.
Nicolás Alvarez Díaz de M.
Julio Alvarez Rodríguez.
Ramón Amida Asenjo.
Ángel Anguita. Jesús
Aparicio López
Joaquín A. de Aracón.
Enrique Aranda Fernández.
Ramón Arcaliz Munto.
Faustino Arranz Bustamante.
José Arsenio Bretones.
Rafael Avila Quesada.
José Bailara Puig.
Álvaro Barón Torres.
Nicanor Bartolomé Agundez.
Pedro Bascuñana López.
Luis Basterredrea Azcúe.
Luis Batte y Juan.
Antonio Beltrán de Heredia-
José Beltrán Sousa.
Manuel Benavente Lozano.
Joaquín Beneyto Llorca.
Rufino Bermejo Medrano.
Alejandro Bermejo Matías.
Ángel de Bernardi Romero.
Emilio Bernardo Cavero.
Javier Bescansa Aller.
José María Botas G. Borbón.
Manuel Braguetas Braguetas.
Armando Bragulat de Silva.
Ángel Briones González.
Eustaquio Cabeza Miravalle-
Guillermo Cabrera Gimeno.
Arturo Calvo Cardoso.
José Calvo Gil.
Primitivo de la Cal.
José Calvo.
Antonio Camino López.
Alfredo del Campo Soriano.
Primitivo del Campo Sentís.
Manuel Canales Diego.
Alfredo Canales Riego.
Juan Antonio Candón Múñez.
Juan Manuel Canga González.
José María Capello Sanz.
Abelardo Carazo
José Luis Carvajosa Cubero.
Manuel Carmona Díaz.
Manuel Carmona Marchan.
José María Cerrán Lesnarte.
Alfredo Carrasco Herreros.
Jesús Casado Holgado.
Gaspar Caso González.
Juan Castañón Anta.
José Manuel Castaños Martínez
Ramón Castellón Cordón.
Leopoldo de Castro
Alfonso de Castro Puente,
Francisco Cerda Martínez.
Ramón Cervera Moya
Mariano Cirujano Robledo.
Mariano Cobaledo Sánchez.
Jorge Coll San Simón.
Fernando Concha Sánchez.
Servando Conejero Olmos.
José Antonio Cordero Rodríguez.
José María Coroín Ferrer.
Crespi de Baldaura.
J. Ramón de la Cuesta.
Raúl Cuervo Muñiz.
Juan Ramón Chamorro.
Pedro Charro Prim.
Antonio Duran Casanegra
Ernesto Duran Medina.
Juan José Díaz García.
Julián Díaz Guenes.
José Domenech.
Luis Domínguez.
José Luis Escobar.
Bartolomé Espasa Risquert.
Ramón Fernández D. Castro.
Manuel Fernández del Campo.
Pedro Fernández Garda.
Celestino Fernández.
J. Antonio Fernández
Emilio Luis Fernández Robles.
Antonio Fernández Saiz.
Julián Flores Casado.
Ángel Florencio Ortigosa.
Mariano Fuente.
Vicente Fuertes Romero.
Luis Fúster Llomader.
Diego Galán Baniga.
Mariano Gálvez Martín-Oteto.
Francisco J. García F.
Feliciano García Guerra.
Mauro García Galiano
Feliciano García Guerra.
Fernando García Hockrufo.
Serafín García Libran.
Eleuterio García Rodríguez.
Jacobo García Ruiz Morón.
Luis García Salazar.
Pedro Garrido Capa.
Mariano Giribert González.
Federico Gobart Sardinero.
Ramón Gómez de la Cortina.
José Luis Gómez Diez Mda.
Felipe Gómez Lobo.

Rafael Gómez Llodó.
Eduardo González Aunólas
Diego Guzmán Agustín.
José Gómez Muñoz.
Ricardo Gómez Ránger.
José Luis Gómez Sánchez.
José María González Jiménez.
Tomás González Martínez.
Luis Gorostegui Pérez.
Francisco González Rosa.
José González Valera.
Godofredo Gutiérrez Gil.
José María Gutiérrez González.
Gabriel Gutiérrez Gil.
Zumidio Gutiérrez.
Ángel Gutiérrez Valdés
Fernando Hasman Montaner.
Julio Herce Perelló.
Cándido Hernández García.
Vicente Hernández.
Luis Hernando Martínez.
Pedro Hernández Miguel.
Luis Hernán Millán.
José Luis Hernández Vaquero
Espinosa. Antonio Herrero Lizana.
Santiago Herrero Sánchez.
Ignacio Mortal López.
Juan Ibáñez González.
Juan Ibáñez de Navarra y T.
José María Ibarra Bergue
Lucio Ibáñez Villarreal.
Emilio Iglesias Gómez.
Nicolás Jabonete Sánchez.
Joaquín Jaguer Arrabal.
Enrique Jaén Castro.
Agustín Jiménez Chamorro.
L. María Jiménez Izquierdo.
Francisco Jiménez Paya.
Ovidio Laamaño Martínez.
Simón Lancha.
José Lezcallar Alomar.
Manuel López Astray.
José María López Bragado
Pedro López Gómez.
Francisco López González.
Enrique López González.
Francisco López Jurado.
Vicente Lleo Sanz.
José Manuel Lluma Gordillo.
José Madruga López.
Antonio Maeso Alonso.
Ramón José Maldonado L.
J. Felipe Manrique.
Darío Marcos Alvarez.
Cipriano Marcos.
Ramón Marcos Torres
Luis Maredo.
José María Mark Rivas.
Simón Martí Narbona.
Julián Martín Fabiane.
Félix Martín Lloret.
Emilio Martín Navarro.
Antonio Martín Pintado.
Antonio Martínez Almolna.
Francisco Martínez Cañavate.
Jesús Martínez Herrera.
Antonio Martínez Santaolalla.
Francisco Marios Escobar.
Pascual Masa Mingo.
Teodomiro Moren Abad
José María Moreno Gil.
Juan Mengot Tallo.
Antonio Menéndez Caval.
José Miró Ferrero.
Carlos Montalvo de Ángel.
Gerardo Montero Benito.
José Manuel Moreno de Guerra.
Antonio Moreno Torrabal
Jesús Mosquedo Caramelo.
Leopoldo Mulet García.
Luis Navarro Fernández.
Manuel Navarrete Zapata.
Eustaquio Ojeado Zamora.
José María Ossel Pons
Juan José de Palomares.
Leopoldo Panizao Rodríguez.
José Antonio Panlagua.
Victoriano Panlagua Moroco.
Fernando Pradera Valla.
Felicitas Placer Altier.
Mariano Quijada Mondo.
Juan Ramírez Palmer.
José Luis Rodríguez Alvarez.
José Rodríguez Carmons.
José Rodríguez Iglesias.
Luis Rodríguez del Valle.
Antonio Roldan Martínez
Emilio Romero Navarro.
José del Rosal de la Escalona.
Joaquín Rezuela.
José Manuel Sadornil.
Enrique Sauz Alfoirán.
Carlos Salamanca Martín.
Lorenzo Salgado Torres.
Pedro Sánchez Becerril.
Francisco Sánchez Cantalejo.
Julián Sánchez Izquierdo.
Enrique Sáez Marrero.
Antonio Sereluz.
Regino Sevillano.
Enrique Sicilia Clavijo.
Porrino Silván Galíndez.
Joaquín Sousa Alaejos
José Ramón Tagores y D. del R.
Luis Termino Saiz.
Francisco Utrilla Mon.
Alberto Valverde la Guardia.
Fernando Vega Vega.

UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA ESTUDIANTES DE LAS PALMAS

Rafael Bello del Toro
Carmelo Bethencourt Benítez
Ignacio Díaz Lezcano
José García González
Enrique Machín Ayala
José Melián Torres-Osear Ramos Rodríguez
Mario César Rodríguez Artiles
Diego Marrero Rodríguez

Francisco Sánchez Herrera
Manuel Cabrera Viera
Alfredo Cabrera Ortega
Osear Naranjo Tascón
Pablo Padrón Méndez
Antonio Santana Rodríguez
Julio Navarro Jaime
Juan Frade Molina
José Jaime Goncalves
José Rodríguez Artiles
Porfirio Artiles Santana
Vicente Solís Bethencourt
José Rivero Marrero
Francisco López Acevedo
Narciso Reyes de la Coba
Antonio Doreste Manchado
Antonio Manchado Martinón
Antonio Jiménez Duarte
Francisco Hernández González
Alfonso Marrero Granados
Santiago Sáenz Tejera
Sebastián García García
Vicente Monzón Barber
Juan Hernández Hernández
Fernando García Díaz
Luis Sotomayor Wan de Valle Ascanio
Jacinto Borges Díaz
Pedro Cabrera Tavío
Jesús Tresguerras Cabrera
Ambrosio Oliva Ramírez
Antonio Santana Rodríguez

ESTUDIANTES DE SANTA CRUZ DE TENERIFE

Gonzalo Armendáriz Gurrea.
Francisco Quesada Sánchez.
Ángel Ramos Izquierdo.
Osmundo Fernández Lercaro.
Francisco Casañas González de Chave.
José Enrique Ascanio Baker.
Miguel Sosvilla Henríquez.
Francisco Javier Centurión Hernández
José Centurión Hernández.
Juan Betancor Socorro.
Eduardo Renshaw Beautell.
Ernesto Ascanio León Huerta.
José Gómez Pérez Zamora.
Tomás Casañas González de Chávez.
Félix González Hernández.
Jacinto Casariego González.
Agustín Delgado Rodríguez de la Sierra.
Juan Hernández Contreras.

UNIVERSIDAD DE GRANADA

Manuel Mateos Ferrez
José Calderón Gómez
Miguel Cañones Cañata
Enrique Jaén Castro
Francisco López Jurado
Enrique Montes Granado
Joaquín Peralta Cobo
Manuel Izquierdo Suárez
José María Gálvez Cuadra
Juan J. de la Colina Burón
Ramón Gómez de las Cortinas y Andrada
José M. Lobatón Alvarez
Fernando Aramburu Pacheco
Fernando García Santos
Manuel Funes Morales
Joaquín Torres Jiménez
Rafael de los Ríos Muñoz
Antonio García Molina
Fernando Gómez Salas
Eugenio García Ruiz
Florián Garrido Muñoz
José M. Blasco González
Francisco Esteban Valcárcel
Pedro López Villanueva
Francisco Martínez del Valle
Miguel Sarazúa Suárez
Juan Medialdea Medialdea
Enrique Alonso Paniagua
Francisco Garrido Muñoz
José Sánchez Almohalla
Manuel Candela García de la Parra
Victoriano Ruiz Fernández
Antonio Moreno Torralbo
Jesús Casado Corzo
Diego Guzmán Augustín
Juan J. León Orbaneja
Juan Moreno González
Darío Mateos Alvarez
José Moreno Ballesteros
Carlos Moreno Cardero
José María Allanegui Alonso
Jerónimo Casado Salas
Evaristo Ribera Cabrera
José L. Almagro y Montes de Oca
Pedro Bailen Tito
Diego Serrano Nicolás
Gerardo Martínez Sánchez
Emilio Fernández Bufill
Alfonso Ahumada Cid
Ángel Rosado González.
José Calabrús Calabrús.
Juan del Prado Pablo.
Luis Roca González.
Salvador Alcalá del Olmo de las Heras.
Antonio Díaz Saro
Juan Diego Martínez Jerez
José Carbajar García
Fernando Casas Ochoa

Francisco del Prado y Pablo
Manuel Trujillos Rodríguez
José M. González Solís
Rosendo Peinado Gámez
José Velasco Díaz
Luis Funes Morales
Jesús Caballero Calero
Manuel Molina Martín
Pedro Montes Viñolo
Gaspar Pérez Pedrosa
Francisco Gómez Salas
Rafael Rojo Roldan
Pedro Chillón Sánchez
Antonio Magallón García
José García Morales
Antonio Comino López
Afelio Torrubia Duarry
Juan Herrera Jiménez
Miguel Sáez Vílchez
José López Puerta
Manuel Navarro Benito
Baltasar Hernández Collantes
Manuel Mora Romero
Francisco Jimeno Paya
Juan Pérez de Percebal del Moral
Rafael Alcañiz Martínez
Juan Barrionuevo Linan
Luis Batllés y Juan
Diego Casado Comas
Francisco Carrasco Fernández
Ernesto Carbonell Carbonell
José Fernández Pinto
José García Pérez
Fermín Rirarte Dueñas
José Lora Galán
José Martínez Herrera
Ramón Marcos Torres
José Luis Olieti Benimeli
Juan Pérez Pérez
Francisco Rodríguez de la Isla Sobrino
Antonio Villanueva Molina
Luis Vicent Verdú
Ricardo Vera Suárez
Joaquín Amaro las Heras
Valentín Blasco González
Antonio Carrascosa y Fanquet
Antonio Cisneros Aguilar
José Casas Aznar
Luis Domínguez Valero
Lorenzo Florencio Florencio
Timoteo Herráiz Jarabo
Manuel López Villanueva
Manuel Moreno Martín Maestre
Diego Madueno Torres Pardo
José María Martínez Vinuesa
Luis Pastor Crespo
José Palop Lavigne
Pedro Rojas Corripio
Francisco Villalobos Saiz de Tejada
Adolfo Villena Sáez
Francisco Casallo Gómez
Eduardo Lozano Ramírez
Miguel Horquez Molina
Melchor Almagro Segura
Pedro Montes
Jesús Sánchez Montoya
José Cachinero Rein
Fernando Vega Vega
Antonio Jurado Arroyo
Ángel María Castiñeira Guzmán
Lorenzo Calatrava Morillas
Miguel Gómez Nieto
Francisco Ronquillo Moya
Manuel Díaz de la Guardia Troyano
Antonio Galindo Monje
Agustín Ortiz Lama
Luis Fernández López
Francisco Pelayo Navarro
Manuel Goroscope Echevarría
Fernando García Gómez
Eduardo González Aurioles y Día de Guardia
Onésimo Rad. Manjón

UNIVERSIDAD DE OVIEDO

Manuel Tares Mena
Ramón Alonso Martínez
Marcelino Alonso González
Antonio Alvarez Cienfuegos Alvarez
Ramón Aciola Asenjo
Vicente Arbesú Jove
Emilio González Aguirre
Aníbal Rivero Loy
Paulino Lorenzo
Alfonso Junquera Vega
Francisco Suárez Fernández
Celso García Rodríguez
Eloy Peláez García
Cándido Martínez Cobián
Enrique Martínez
Juan Castañón Aza
Luis Fernández Suárez
José María Fernández Martínez
Luis Gil García
José Martín Díaz
Teodomiro Moran Abad
Vicente Jové Vázquez
Victoriano Gil García
Celestino Fernández
José Ramón Alonso Martínez
José Botas García Barbón
Amalio Suárez González
Luis Saro Díaz-Ordóñez.
Luis Basterrechea Arare.
José Bernardo Montes González.
Juan Manuel Canga González.
Antonio Menéndez Cabal
Javier Fernández Fernández.
Ramón Alvarez Cienfuegos Alvarez.
Mariano Giribet.
Ramón Vicioso Alonso.
Manuel Alvarez Díaz.
Celestino Alvarez Díaz.
Valentín Blanco.
Bernardo Alvera.
Julio Alvarez Rodríguez
Fernando García Haekins.

Ángel Rodríguez de la Flor.
Braulio G. Gayoso Losada.
Antonio Pérez Martínez Campoamor.
José Fernández Fernández.
José Rodríguez Iglesias.
Eustaquio Ojeado Zamora.
José Ñuño González.
Julio Nevares Rodríguez.
Javier Fernández Fernández.
Jesús Fernández Menéndez.
Mariano Giribet.
José Fernando Barbón
Luis Paquet Cangas.
Juan Antonio García de Juan.
Alvaro Guillón Voli.
Francisco González Rasa.
José Rosal Escosura.
Marcelino Alonso González.
Alvaro Barón Torres.
Fernando Sancha Sánchez.
José María Cifuentes.
José Beltrán Sousa.
Eustaquio Cabeza Miravalles.
José Díaz Fernández.
José Rodríguez Iglesias.
Luis Paquet Cangas
Celso Ramón García Rodríguez.

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

RELACIÓN COMPLEMENTARIA

Joaquín Abaurre y Fernández Pasalacua.
Diego Alonso de la Hera.
Nicolás Alvarez y Díaz de Mayorga.
Manuel Arreciado Orta.
Juan Antonio Arcusa Corbacho.
Perfecto Barrero Fernández.
José Barroso Figueroa.
Carlos Arrans Salazar.
José Bejarano Nieto.
Miguel Blanco Rodríguez.
Antonio Bocanegra Camacho.
Fernando Claro Abrial
Francisco Cabello de Alba Gracia.
Juan Cubezali Fernández.
Bernaldo Cano Rodríguez.
José Castro Orellana.
Alfonso de Castro Puente.
José María de la Calle Jiménez
Ramón Charlo Hoyos Limón.
Antonio G. Delgado de Torres. Gallego.
Francisco Díaz Aguilar.
Antonio María Duran y Tinoco del Castillo.
Francisco Díaz Gómez.
Fernando Díaz Quintana
Marcelino Escobar de Baya.
Ramón Fernández Vázquez.
José Fernández Rey.
Juan Antonio Fernández Martínez Robles.
José Fernández Martínez Robles
José Luis Fernández Segura.
Rafael Fuentes Infantes.
José María García Barragán.
Ángel Figuerola Griffien.
Juan Galán Rubio.
Vicente Galiano Camacho
Lorenzo Galera García
Manuel Gómez Benítez
José Luis Guerrero Mérida
José Gómez Fernández
José Ginés Fernández
Felipe Gómez Cobo
Joaquín Gómez Moreno
Antonio Gómez Dueña
Francisco Gómez Guerra
Tomás González Ceballos
Andrés González Vázquez
Luis Gorostegui Pérez
Juan Luis Gutiérrez Ambrosi
Julio Grajera Casillas
Julio González González
Fernando Hidalgo Trejo
Luis Hoyo Andicuberri
Alberto Arriero Medina
Ignacio Iraola Rodríguez Guerra
Fernando Jaraba Rollan
Juan Ramón Jiménez Bayo
José Jiménez Fernández
José Jiménez Guerra
Francisco Jiménez Guerra
José Joaquín Lozano López
Isidro López Martínez
Enrique López Laborde
Pedro León Alas de Saavedra
Enrique López y López
Antonio López Espinosa
Manuel Linares Sartou
Antonio Lemus Bengoechea
Amador Lara Ceballos
José María Márquez López
Manuel Morales García Berdoy
Rafael Mendoza Cabrera
Miguel Agustín Martínez Cano
Antonio Minguell Beltrán
Vicente Monte Fornés
Manuel Morales García-Bordoy
Pedro Mora Moreno
Plácido Moreno Risquer
Trinidad Morilla Soriano
José Navarro Villa Zeballos
Luis Núñez Cabeza de Herrera
Pedro Núñez Rojas
Manuel Ollero Sierra
Cristóbal Pavón García
Cándido de las Parr. Acosta
Maximiliano Pérez Alvarez de Toledo
Juan Pérez Velázquez
Manuel Pinillos Vázquez
Victoriano Panlagua Moruno
Ricardo Parody Giménez
Luis Piazza Molini
Antonio Parrilla Sarmiento
Joaquín del Puerto Criado
Antonio Quijada Guerrero
Aurelio Rodríguez Baena

Sebastián Recaséns Queipo de Llano
Fernando Roda Gayo
Manuel Rey Manzano
Diego Rodríguez Pinto
José Rodríguez Carmona.
Fernando Rodríguez de Móndelo Vivar.
José Rodríguez Duarte.
Diego Rojas y Díaz de la Cortina.
Juan Manuel Rodríguez Villalba.
Aurelio Romero Romero.
José María Rojas Lobo
Manuel Romero Encina.
Manuel Romero Martín.
José Soria Machuca.
Juan Salas Forcillado.
Nicolás Suárez Sánchez.
Carlos Shaw García.
Manuel Tavora Fernández.
Rafael Tous Vargas-Machuca.
Ángel Tous Vargas-Machuca.
José Manuel Torres Navarro.
Antonio Xarrie Blázquez.
Claudio Vázquez Marte!.
Aurelio Vázquez de la Torre.
Juan Pedro Vidal Jiménez
Ricardo Alonso Villalón-Daoíz.
Rodolfo Vega Castro.
Pedro Vicente Alarcón.

FACULTAD DE DERECHO DE MADRID

Emilio Abarca Aceitero
Francisco Almagro Díaz
Bartolomé Almoguera Somoza
Federico Alonso Comes
Manuel Alonso Cerezo
Enrique Alvarez Diez Ulzurrún
Luis Alvarez Alvarez
Julián Aragón Muñoz
Luis Arenas Caravante
Manuel Asensio Galainena
Emilio Ayuso Núñez
Guillermo Aznar Genner
Ignacio Bartolomé Fernández
Alejandro Benaías G de las Hijas
Sebastián Benítez Lumbreras
José Luis Bilzquerra Saiz
Martín Blas Crespo
Miguel Blasco Vilatela
Juan Antonio Blanco Marín
José Cabás Corrales
Antonio Caballero Pedraza
Francisco Cabrera Muñoz
Ricardo Comín G Maturana
Antonio Corral de Rueda
Manuel Chacel del Moral
José Cacho Carballido
Federico Cálvente Fernández
Ramón Cárdenas Merle
Joaquín Castro Moreno
Carlos Castelló Oliver
Rodolfo Castillo Martín
Francisco Cata Franco
Carlos Cenal Lorente
Rafael Conejero Sánchez
José Díaz Guerrero
Fernando Domínguez Aguado
Juan Duran Tinoco del Castillo
Basilio Edo y Díaz
Emilio Edo y Díaz
Alfonso Estefanía y Benlliure
Joaquín Fabregat
Félix Fernández-González
Ambrosio Fernández Llamazares
Enrique Fernández Fernández
Enrique Fernández Muñoz
Santiago Fernández Pérez
Antonio Fontán Palacios
Eduardo Franco Cereceda.
Vicente Gallego-Díaz Moreno.
Rafael García Segura
Mauro García Gallano.
Manuel Gara y Galiana.
José Antonio García de Juan.
Vicente Gargallo Angla.
Jorge Gómez Membrillera.
Alvaro González Amezúa Noriega.
Antonio González Escudero.
Jesús González González.
Gerardo González Sampedro.
José María Godina Ahijón.
José M. Guerrero Díaz Asensio.
José Guerrero Fuensalida.
Luis Gutiérrez Velasco
Justo García Ayllón.
Reginaldo Hernández.
Félix María Hernández.
Carlos L. Fernández Sabater.
José María Huete Morillo.
Jaime Izquierdo Estéfano.
Ramón Jáudenes Junco.
Vicente Jimeno Ondovilla.
Luis Laguna López.
José M. Leznes Díaz Calderón.
Enrique López González.
Saturnino López García
Tomás López Martínez.
Félix Lorente Lozano.
José Lorenzo Salgado.
Francisco Lozano Colodrón.
Joaquín Martín de Pozuelo.
Emilio Martín Blas.
Tomás Martínez Pardo.
Alvaro Arnáiz Echevarría.
Vicente Buzón Ruiz.
José María Murciano Verbaey.
Julio García Matamoros Calvo.
Manuel López López.
Pedro M Fernández Villasana.
Germán Marina y Gómez Quintero.
Gonzalo Ontiveros de Larra.
Francisco García del Valle.
Enrique Sotomayor Gip Pini.
Juan Carlos Gil Delgado.
Antonio Chicharro Lamamie de Clairac.
Vicente Gaceo del Pino.
Antonio Palomar Ruiz.
Manuel Sánchez Torres.
Eugenio Arizcún García.

Julián Martín Fabiani
Eugenio Castelló Gómez
Luis Sancho Martínez
Antonio Fernández Mellado
Ramón Lorente Echanove
Félix Pereda Fernández
Pablo Arguelles Tejedor
Diego Mateos García
Tomás A. Martínez García
Félix Martínez Fombuena
Eduardo Martín Gil
Antonio Martín Gallego
Alberto Martínez de Velasco
Julio Medina Castillejo
Joaquín Miranda González
Eduardo Millán Merino
Mariano Molleda Fernández
Miguel Mollinedo Gutiérrez
Juan J Moreno Bernáldez
loFrencio Moreno Ruiz
Rafael Moreno Serra
Sebastián Moreno Alonso
Joaquín Morugán Sáenz Graci
Jaime Moya Velasco
Manuel Moya Velasco
Antonio Muñoz Coll
Alberto Muzquiz Naboz
Joaquín Olaquível y Llovera
Ángel Olagarría
Luis Olano Oribe
Alberto Ortega Arranz
Rafael Orozco Masseien
Basilio Ochoa Corral
Antonio Oñate
Guillermo Orueta Heredia
Luis Ortiz Godín
Fernando Ory y Aranaz
Antonio Otaño Ruiz de la Torre
José María Padura Vizmanos
Manuel Palao Martialay
Manuel Palacios Infiesta
José L. Esteban Perruga
Eduardo Peiró Delgado
Joaquín Peñuelas y Llinas
Guillermo Peñuelas y Llinas
Luis Penalba y Baillo
Sebastián Pérez de Castro
Alberto Pereda Bóp
Fernando Pereda Fernández
Mariano Pérez Sopeña
Rafael Peso Calvo
Guillermo Ponde de León
Juan José Pou y Fernández
José Pomar Díaz
Andrés Reina Carvajal
Cirilo Reverter Moran
José María Requena Lázaro
Pedro Riesgo Ordóñez
Rafael Roca Ortega
José Luis Rodríguez de la FIoz
Vicente Rodríguez García
Rafael Rodríguez Medel
José Rodríguez Medel
José A. Rodríguez Celis Zeballos
Antonio Rubio Romero
Francisco Román García
Jesús Ruiz del Álamo
Alejandro Ruiz del Álamo
Andrés Sáenz de Heredia
Joaquín Sáenz de Heredia
José Sáenz de Heredia
Jesús Sánchez Dafanse
Gonzalo Sánchez Trincado
Ángel Serrano Zuaznaba
Vicente Simón
Luis M Sobredo Riboo
José M Soler Esplava
José M Sol Hernández
Luis M Sol Hernández
Pedro Solano
Luis Soria Rosellón
Rufino Soria Rosellón
Ramiro Saucedo Zarza
Luis M. Tarazona Escribano
Felipe Torres Gómez
Juan Temprano Vidal
Rafael Toni Sterling
Ramón Tora Galván
Francisco Varón Gómez
Joaquín Vara de Rey
Eladio Vadlllo Girones
Juan J Valle Colmenares
Manuel Valle Colmenares
Pedro Villaescusa Bonilla
Luis Sánchez García
Luis Paz R Losada

INGENIEROS AGRÓNOMOS (Estudiantes asesinados)

Julio González García.
José Romero García Quevedo.
Antonio Ruiz Pieri.
Carlos del Moral.
Francisco González Quevedo.
Gaspar Díaz Jové.
Nicolás Suárez.
Arsenio Jiménez Sabio.
Federico Acaso.
Pablo Puerta Mansi.
Pedro Daban.

CAÍDOS EN EL FRENTE

Alfonso Domínguez.
Luis Fernando Oriol Urquijo.
Ignacio Salas Larrazábal.
Joaquín Gómez Hílate.
Manuel Marcos Zaldúa.
Ignacio Sangno Torres.

Miguel Martín Sanz.
José Rodríguez Vivar.
Ricardo López de Haro.
Francisco Guijosa Sarasola.
Tomás Delgado.
José Trueba.
Rafael Villegas.

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

Jesús Almodóvar Tapia.
Maximiliano Alvarez de Toledo
José Francisco Alvarez Iralzor.
Lorenzo Bécares Hernández.
Antonio Beltrán de Heredia Sánchez.
Alejandro Bermejo Matías.
Ramón Bermúdez Cañete.
Ángel de Bernardi Romero.
Ernesto Blanco Domínguez.
Ricardo Borrego Tajadura.
Fernando Bulnes Villalobos.
Arturo Calvo Cardoso.
José Castaño Hernández.
José María Centeno Arangüena
Mariano Cobaleda Sánchez.
José María Cossío Escalante.
Antonio Crespo Santillana
Tomás Cuesta Dutari.
Ramón Cuesta Rodríguez Valcárcel.
Pedro Charro Prim.
Ramiro Díaz Jiménez y Martín.
Miguel Díaz Infante.
José María Esperabé González.
Emilio Fugoaga.
Rafael Fernández Cabrera López
Torres. Manuel Fernández del Campo.
Manuel Firmat Maldonado.
Julián Flores Casado.
Alberto Fernández de Troconiz
Esteban. Marceliano García León.
Enrique García Puente Llamas
Raúl García Quirós.
Eleuterio García Rodríguez.
Manuel García Rodríguez.
José García y García.
Félix García Vares.
José Garrido González.
José Giner Valles.
Eugenio González Corral.
Mariano Gómez de Dios.
Fermín María González de Sarralde.
Bernabé González Esteban.
Blas González García.
Marcial González González.
Constantino González Ordiales
Vicente Grandes Donís.
Carlos Cuervos Martínez.
Luis Cuervos Martínez.
Justo Gutiérrez Escudero.
Manuel Gutiérrez Ojesto.
Eugenio Hernández Calvo.
Rafael Hernández Guevara.
Julián Herrero Holgado.
Belisario Herrera Cortés.
Ignacio Hortal López.
Manuel Iglesias Rodríguez.
Ángel Isasi Solane.
José María Lamamlé de Clairac.
Gaspar Laso González
Alejo Leal Osuna.
Fidel Ledesma García.
José López Sánchez.
José María López Areal.
Benito López Ramos.
Jesús Losada Holgado.
Gaspar Lozano González.
Pedro Llamas Armestoy.
Enrique Llamas González.
Luis Martín Blanco.
Abel Martín González.
Félix Martín Lloret.
Ezequiel Martín Nieto.
Manuel Mayoral Massot
Antonio Merelles Aguilar.
Carlos Miralles Alvarez.
Manuel Miralles Alvarez.
Antonio Nieto Funda.
Juan Ningot Tallo.
Lorenzo Niño Astudillo.
Luis Oreja Melero.
José Peix Vicente.
Rafael Pérez Calzada.
Gabriel Pérez y Pérez.
Juan Pérez Tabernero.
Fernando Pérez Tabernero.
Fernando Pérez Vaquero.
Manuel Rodríguez de las Heras
Ángel Rodríguez Guevara.
Mariano Rodríguez y Rodríguez
Jerónimo Ruano García.
Ángel Ruano.
Manuel Redondo Salinas.
Antonio Ruiz de Alda.
Leonardo Sáez García.
Enrique Sáez Marrero.
Luis Sáez Ureña.
Daniel Salas Villagómez
Abel Sánchez Delgado.
José Sánchez Galache.
Celedonio Sánchez Galindo.
Andrés Sánchez García
Emilio Sánchez García.
Gerardo Sánchez Granjel.
Enrique Santiago.
Andrés Sánchez y Sánchez.
Leonardo Sanz.
Mariano Sarriera Losada.
Fernando Secall Peñalosa.
Francisco Soler Torres.
Joaquín Sousa Alaejos.
Manuel Suárez de Figueroa.
Luis Suárez Ureña.
Manuel R. Tapiador y Vallano.
José Terrón Vargas
Francisco Usero de los Arcos.
Ramón del Valle Almazán.
Emilio Vázquez de Parga García.
Carlos Verastegui de Onís.

José Zapatero González.
Luis Vicente Caballero.
David Rayo y Ponce de León.
Jesús Villacorta Luis.
Francisco Muñoz Sánchez.

UNIVERSIDAD DE SANTIAGO DE COMPOSTELA

Antonio Azcárraga Pérez Caballero.
Carlos Botas Blanco.
Julio Carreras Carballo.
Carlos Castro Masquelet.
Alejandro Conde Galanes
Diego Díaz de Rábago y Pérez.
Ramón Fernández Calvo.
Joaquín Fernández Cid Sotelo.
Roque Fraga Rodríguez.
César Goday Enríquez.
Bernardino González Martínez.
Agustín Lago Núñez.
Juan López González.
Antonio Ramírez de Arellano y Hervella.
Julio Ramos de Castro.
Manuel Rodeiro Amado.
Constantino Romay Martínez.
Joaquín Ruiz Enríquez.
Jesús Santos Sequeiros-
Carlos Luis Soneira Maside.
Ignacio Ugalde Fernández.
Antonio del Valle Vázquez.
Francisco Vázquez Acuña.
Enrique Aranda Fernández.
Ramón Bermúdez de Castro Rebellón.
Arsenlo Antonio Bernal Blanco.
Ricardo Bernárdez Bernárdez.
Manuel Cardama Vieira.
Jesús Crespo Bello.
José Fernández Armesto.
José María Fernández López.
Roberto García Maraury.
José Luis López Niño
Alejandro Morillo Flandes.
Jesús Mosquera Caramelo.
José Páramo Lobit.
Santiago Pedrosa Posada.
Alberto Pérez Pardiñas.
Ángel Ramos Pérez Colemán.
Alberto Rodríguez García Araluce.
Antonio Sampedro Cores.
José Togores y Díaz del Río.
Víctor Vázquez Belmonte.
Jaime Vidal Rey.
Antonio Viéitez de Soto.
Domingo Villar Padín.
José Barreiro Troncoso
Remigio Causa Longueira.
José CoII Sansimón.
Luis García Maraury.
Rafael García Saro.
José González Sánchez.
Rafael Morón García.
Florencio Núñez Fernández.
Eduardo Núñez Lago.
Florencio Pérez Sánchez.
Antonio Rodríguez Pérez.
Santiago San Román Presa.
Felipe Sevillano Rodríguez.
Maximino Suárez Mourelle.
Baltasar Velasco González
Eduardo Bermejo García.
Secundino Campos Pego.
Fernando Iglesias García.
Fernando Amigo García.
Gerardo Bermejo Martínez.
Jesús Brage Núñez.
Francisco Cao Blanco.
Gabriel Flores Otero.
José Félix García Pastoriza.
Tomás García Pinilla.
Rafael Gutiérrez Moyano.
Gonzalo López Campanioni y Pérez.

FILOSOFÍA Y LETRAS DE MADRID

Nicolás López y López.
José María Mon Torviso
Gumersindo Otero de Castro Figueroa.
Ramón Pedrosa Posada
Antonio Pino Alvarez
Germán Pintos Carnicero
Cándido Pórtela Pazos
Alfonso Quintía López
Manuel Rey Martínez
Miguel Rivas Anido
Antonio Rodríguez y Rodríguez
Manuel Romero Vidal
Ramón Ruiz Ramírez
Enrique Sáez Alfeirán
Santiago Santos Lampón
Daniel Sendón Alvareilos
Luis María Baamonde Mallo
Antonio Vázquez Garriga
Basilio Peláez Criado
Joaquín Peñuelas Llinas
José Pezueia Andrade
Teodoro Revuelta Escribano
Pedro del Río Pérez
Eduardo Rodenas Lluisa
Manuel Rodríguez de la Puente
Alejandro Salazar Salvador
Francisco Javier Torroja Meléndez
Ángel Tuya García del Solar
Gerardo Vecilla de las Heras
Francisco Vega Feide

Antonio Velasco Ruiz
Melchor Martínez Antuña
Antonio Caballero Pedraza
Francisco Galiana Serra
Argimiro González González
Miguel González Martín Meras
Francisco Granen Masía
Fernando Huidobro de Polanco
Francisco Lozano Colodrón
Herminio Lucas Rojo
Jesús Martínez Hernández
Pedro Martínez Pérez
José Oliver Villarroya

Los estudiantes muertos cubrieron toda la geografía militar y todos los días de los 986 del calendario de la guerra española. José Luis Virgos Oller, en Zueros de Castellón; Mariano Uñarte Martín, en Brañoseras; José Tutor Larrosa, en la Sierra de Tivisa; Julio de Torres Solanot, en Veruela; Manuel Suárez Llanos, en el río Segre; Joaquín Gerona, en Alcañiz; Fernando Salazar Cano, en Villalba de Tarragona; Vicente Peralta, en Torres de Berellén; Pedro Fernández, en Colombres; Juan José Arredondo, en Monterrubio; Máximo Nebreda Vela, en Valdenoceda; José Manuel Sadornil, en Quisicedo; Alfredo Triana, en la Sierra de Espadan; Abelardo Casazo, en Sariñana; Julián Díaz Güemes, en Peñafiel; Pedro Fernández Villa, en Fayón; Manuel Mora Romero, en Sotodosos; Jesús Benito Arredo, en Abandames; Ángel Blasco del Cacho, en Puente de Escandón; Miguel Sáez Vilches y Fernando Vega Vega, en Peñarroya; en el hospital de Córdoba, en un bombardeo de los rojos, Agustín Ortiz Lama; Manuel Goróscope Echevarría, en Mendizorroza; José Manuel Banluz, en Magallón; Jesús Ferrer Solsona, en Balaguer; Fernando de Frutos Vicente, en Cuevas de Vinocoma; Juan Galler, en Balfogona; Alfonso Hernández Escola, en Morella; Nicolás Irurzun y Goicoa, en San Salvador del Valle; Jesús Martínez, en Belsobia; José Luis Martínez Lanaz, en Caspe; Marino Moreno Tena y Antonio Magallón, en Almudévar; José de Nicolás Sas, en Fuente de San Marcial; Ramiro Salcedo Zarza, en Oviedo; y en la tierra de nadie, pasándose a las filas nacionales, como los fundadores del S. E. U. de Ciudad Real, José Luis Gómez Sánchez, Francisco Sánchez Cantalejo, Francisco González Rasa y José Tudela; o en las camas de los hospitales, como Jesús Nano de Pova, Jesús Sola de Pablo, Luis García Bovio, Wenceslao Goizueta, Moisés Irache, José María Izurquiza, Buenaventura Trujillo, Ernesto Sardina, Antonio Paralleda, Luis Fernández López, Fernando García Gómez y Rafael Rojo. Y en todas las cárceles y paredones rojos, Santiago Fernández Portóles, en San Sebastián; Félix Marqueta, en Barcelona; José María Sigüenza, en Valencia; Alberto Ortega, en el penal del Dueso.